



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

Jesucristo en Flandes

Melmoth reconciliado

Massimilla Doni

La obra maestra desconocida

Gambara

La búsqueda del absoluto



TOMO XXVI

Lectulandia

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: *La Comedia Humana*».

Balzac

Lectulandia

Honoré de Balzac

**Jesucristo en Flandes y otras
historias**

La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - 26

ePub r1.0

Titivillus 09.03.16

Título original: *Jésus-Christ en Flandre, Melmoth réconcilié, Massimilla Doni, Le Chef-d'oeuvre inconnu, Gambara, La Recherche de l'Absolu*

Honoré de Balzac, 1839

Traducción: Juan Godó Costa & José María Aymamí & Antonio Ribera

Edición: Augusto Escarpizo

Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este tomo contiene las siguientes obras:

Jesucristo en Flandes

Melmoth reconciliado

Massimilla Doni

La obra maestra desconocida

Gambara

La búsqueda del absoluto

Melmoth reconciliado ha sido traducida por Juan Godó Costa; *La búsqueda del absoluto*, por José M.^a Aymamí; las demás obras, por Antonio Ribera.



JESUCRISTO EN FLANDES



A Marcelina Desbordes-Valmore

*A vos, hija de Flandes, de la que
sois una de las modernas glorias,
dedico esta ingenua tradición
de vuestro país.*

De Balzac.

En una época bastante indeterminada de la historia brabantona, las comunicaciones entre la isla de Cadzant y las costas de Flandes estaban mantenidas por una barca destinada a transportar viajeros. Middelbourg, capital de la isla, más tarde tan célebre en los anales del protestantismo, contaba apenas con doscientos o trescientos hogares. La rica Ostende era un abra desconocida, flanqueada de una aldea escasamente poblada por algunos pescadores, por comerciantes pobres y por corsarios impunes. Sin embargo, la aldea de Ostende, compuesta de una veintena de casas y de trescientas cabañas, chozas o tugurios construidos con restos de navíos naufragados, disfrutaba de un gobernador, de una milicia, de horcas patibularias, de un convento y de un burgomaestre, de todos los órganos en fin de una civilización adelantada. ¿Quién reinaba entonces, en Brabante, en Flandes, en Bélgica? Sobre este punto, la tradición es muda. Confesémoslo: esta historia se resiente singularmente de lo vago, lo incierto, lo maravilloso que los oradores favoritos de las veladas flamencas se han recreado muchas veces en derramar en sus glosas, tan diversas de poesía, como contradictorias en los detalles. Relatada de época en época, repetida de hogar en hogar por los cuentistas de día y de noche, esta crónica ha recibido de cada siglo un tono diferente. Semejante a esos monumentos dispuestos según el capricho de las arquitecturas de cada época, pero cuyas masas negras y desgastadas por la acción del tiempo gustan a los poetas, causaría la desesperación de los comentaristas, de los desmenuzadores y pulidores de frases y palabras, de acontecimientos y de fechas. El narrador cree en ella, como todos los espíritus supersticiosos de Flandes han creído, sin ser ni más doctos ni más infirmes. Dada la imposibilidad de armonizar todas las versiones, he aquí el hecho escueto, despojado acaso de su romancesca ingenuidad, imposible de reproducir, pero con sus atrevimientos que la historia desapruera, con su moraleja que la religión sanciona, su fantasía, flor de imaginación, y su sentido esotérico que puede acomodar al sabio. A cada cual su pasto y el cuidado de entresacar el buen grano de entre la cizaña.

La barca que servía para pasar los viajeros desde la isla de Cadzant a Ostende, iba a abandonar el poblado. Antes de soltar la cadena de hierro que la sujetaba a una piedra de la pequeña escollera donde se verificaba el embarque, el patrón hizo sonar el cuerno varias veces, a fin de llamar a los rezagados, pues este era el último viaje. La noche se aproximaba, los debilitados resplandores del sol poniente apenas permitían distinguir las costas de Flandes, ni divisar en la isla a aquellos pasajeros retardatarios, errando o bien a lo largo de los muros de tierra de que estaban rodeados los campos, o entre los altos juncos de la marisma. La barca estaba ya llena, y alguien gritó a su patrón:

—¿Qué esperáis? ¡Partamos!

En aquel momento un hombre apareció a algunos pasos de la escollera; el piloto, que no le había oído venir ni andar, se sorprendió bastante al verle. Aquel viajero parecía haberse levantado repentinamente de la tierra, como un campesino que hubiese estado tendido en el campo esperando la hora de la salida, siendo despertado

por el cuerno. ¿Era un ladrón? ¿Algún aduanero o policía? Al llegar sobre la escollera a la que estaba amarrada la barca, siete personas situadas en pie a popa de la misma, se apresuraron a sentarse en los banquillos, para estar solas y no dejar al forastero que se pusiera entre ellas. Fue un pensamiento instintivo y rápido, uno de esos pensamientos aristocráticos que asaltan el corazón de los ricos. Cuatro de aquellos personajes pertenecían a la más elevada nobleza de Flandes. En primer lugar un joven caballero, acompañado de dos hermosos lebreles y portador sobre sus largos cabellos de un birrete ornado de piedras preciosas, hacía resonar sus doradas espuelas y se atusaba de cuando en cuando con impertinencia el bigote, lanzando miradas desdeñosas al resto de los pasajeros. Una altiva doncella llevaba su halcón en su puño, y no hablaba más que a su madre y a un eclesiástico de alto rango, pariente suyo sin duda. Estas personas metían mucho ruido y conversaban entre sí como si hubieran estado solas en la barca. Sin embargo, al lado de ellas se encontraba un personaje muy importante en el país; un opulento burgués de Brujas, envuelto en una gran capa. Su criado, armado hasta los dientes, había puesto junto a sí dos sacos llenos de oro. Al lado de ellos se encontraba todavía un hombre de ciencia, doctor en la universidad de Lovaina, flanqueado por su pasante. Aquellas gentes, que se despreciaban mutuamente, estaban separadas de proa por el banco de los remeros.

Cuando el pasajero retrasado plantó pie en la barca, lanzó una rápida mirada a popa, y no viendo sitio allí, fue a pedirselo a los que se encontraban en la parte delantera. Estos pasajeros eran gente pobre. Ante el aspecto de un hombre con la cabeza desnuda, cuyo jubón y gregüescos de camelote pardo, y la golilla de tela de lino almidonada, carecían de todo ornato, que no portaba en mano ni birrete ni sombrero, sin bolso ni espada al cinto, todos le tomaron por un burgomaestre seguro de su autoridad; burgomaestre bonachón y dulce como algunos de aquellos viejos flamencos cuya naturaleza y carácter ingenuos también han sido reflejados por los pintores del país. Los pasajeros pobres acogieron, por ende, al desconocido con demostraciones respetuosas que provocaron chanzas susurradas entre los ocupantes de popa. Un soldado veterano, hombre de penas y fatigas, cedió su puesto en el banquillo al forastero, sentándose en el borde de la barca, manteniéndose allí en equilibrio por la manera con que apoyó sus pies contra uno de esos travesaños de madera que, semejantes a las espinas de un pez, sirven para enlazar las planchas de las embarcaciones. Una mujer joven, madre de un pequeño y que parecía pertenecer a la clase obrera de Ostende, se apartó para hacer sitio al recién llegado. Fue un movimiento que no revelaba ni servilismo ni desdén, sino que era uno de esos testimonios de atención por los cuales la gente pobre, acostumbrada a conocer el precio de un servicio y las delicias de la fraternidad, exponen la franqueza y la naturaleza de sus almas, tan cándidas en la expresión de sus cualidades y de sus defectos; por su parte, el extranjero agradeció la deferencia con un gesto lleno de nobleza, sentándose luego entre aquella joven madre y el viejo soldado. Tras él se encontraban un campesino y su hijo, de diez años de edad. Una mendiga, con unas

alforjas casi vacías, vieja y arrugada, en harapos, el mismo tipo de la desgracia y la incuria, yacía sobre la roda de la barca, agazapada en un gran rollo de cordeles. Uno de los remeros, viejo marinero que la había conocido guapa y rica, la había permitido entrar a bordo, según el admirable dicho del pueblo, *por el amor de Dios*.

—Mil gracias, Tomás —había dicho la vieja—. Diré esta noche por ti dos *Pater* y dos *Ave* en mis oraciones.

El patrón hizo sonar por última vez el cuerno, miró a la muda campiña, retiró la cadena a bordo, corrió por la borda hasta el gobernalle, tomó la barra, y permaneció en pie; luego, tras haber contemplado el cielo, dijo con voz recia a sus remeros, cuando estuvieron en plena mar:

—¡Remad, remad fuerte, y démonos prisa! ¡Esta endiablada mar tiene malas pulgas! Siento el oleaje en el movimiento del gobernalle y la tempestad en mis heridas.

Estas palabras, dichas en términos marineros, especie de lengua inteligible tan sólo para oídos acostumbrados al ruido de las olas, imprimieron a los remos un movimiento precipitado, mas siempre cadencioso; movimiento unánime, diferente de la manera de remar precedente, como el trote de un caballo lo es de su galope. Las personas distinguidas sentadas a popa tuvieron gran placer en ver todos los brazos nervudos, estos atezados rostros de ojos de brasa, estos músculos tensos, y las diferentes fuerzas humanas actuando concertadamente para conducirlos al otro lado del estrecho mediante un módico peaje. Lejos de deplorar aquella miseria, aquellas gentes comentaron, entre risas, las grotescas expresiones que la maniobra imprimía a las fisonomías atormentadas de los remeros. A proa, el soldado, el campesino y la vieja, contemplaban a los marineros con esa especie de compasión natural de quienes, viviendo del trabajo, conocen sus duras angustias y febriles fatigas. Además, acostumbrados a la vida al aire libre, habían comprendido por el aspecto del cielo el peligro que les amenazaba, por lo que todos estaban serios. La joven madre mecía a su criatura, cantándole un viejo himno religioso para dormirle.

—Si llegamos —dijo el soldado al campesino—, es que Dios se habrá obstinado en dejarnos vivos.

—¡Ah, es el dueño y señor! —replicó la vieja—. Pero yo creo que su gusto es llamarnos a su lado. ¡Ved allá abajo aquella luz...!

Y con un ademán de la cabeza mostraba el sol poniente, cuyas bandas de fuego hendían vivamente pardas nubes matizadas de rojo, que parecían muy a punto de desencadenar algún furioso viento. El mar dejaba oír un sordo murmullo, una especie de bramido interior, bastante semejante a la voz de un perro cuando no hace sino gruñir. Después de todo, Ostende no estaba lejos. En aquel momento, el cielo y el mar ofrecían uno de esos espectáculos a los que quizá tanto la poesía como la pintura puedan dar más duración de la que realmente tienen. Las creaciones humanas exigen contrastes poderosos. Así, los artistas piden por lo general a la naturaleza sus más brillantes fenómenos, desesperando sin duda de reproducir la grande y bella poesía de

su aspecto normal, aunque el alma humana sea a menudo también profundamente removida tanto por la calma como por el movimiento, por el silencio como por la tempestad. Hubo un momento en que, en la barca, todo el mundo se calló, quedándose contemplando el mar y el cielo, fuese por presentimiento, o por obedecer a esa melancolía religiosa que nos prende a casi todos a la hora de la oración, a la caída del día, en el instante en que la naturaleza se calla, para que hablen las campanas. El mar desprendía un resplandor blanco y lívido, pero cambiante y recobrando las tonalidades del acero. El cielo estaba generalmente grisáceo. Al oeste, largos espacios estrechos simulaban raudales de sangre, mientras que a oriente, destellantes líneas, trazadas como con fino pincel, se hallaban separadas por nubes plegadas como arrugas de la frente de un anciano. Así, el mar y el cielo ofrecían por doquier un fondo mate, todo en semi-tonos, que hacía resaltar las siniestras brasas del ocaso. Aquella fisonomía de la naturaleza inspiraba un sentimiento terrible. Si estuviera permitido deslizar los audaces tropos del pueblo en la lengua escrita, se repetiría lo que decía el soldado, que el tiempo estaba en derrota, o, lo que le respondió el campesino, que, el cielo tenía la cara de un verdugo. El viento se alzó de pronto hacia poniente, y el patrón, que no cesaba de consultar el mar, viéndola hincharse al horizonte, clamó:

—¡Ohé, ohé!

A este grito, los marineros detuvieron al punto el impulso de sus remos, dejando de bogar.

—El patrón tiene razón —dijo fríamente Tomás cuando la barca, llevada a lo alto de una enorme ola, volvió a descender como al fondo de la mar entreabierta.

Ante aquel extraordinario movimiento, aquella repentina cólera del océano, los ocupantes de popa se tornaron lívidos y lanzaron un grito terrible:

—¡Pereceremos!

—¡Oh, no todavía! —les respondió tranquilamente el patrón.

En el mismo momento, las nubes se desgarraron bajo el esfuerzo del viento, precisamente sobre la barca.

Las masas grises se desplegaron con siniestra celeridad en dirección al este y a poniente, el resplandor del crepúsculo cayó a plomo por una hendedura debida al ventarrón, permitiendo ver los rostros. Los pasajeros, nobles o ricos, marineros y pobres, quedaron un momento sorprendidos ante el aspecto del que había llegado el último. Sus cabellos, partidos en dos bandas sobre su tranquila y serena frente, caían en numerosos bucles sobre sus hombros, recortando sobre la atmósfera gris un rostro dulcemente sublime, en el que irradiaba el amor divino. Él no despreciaba la muerte; estaba seguro de no perecer. Pero, si de buenas a primeras los pasajeros de popa olvidaron por un instante la tempestad cuyo implacable furor les amenazaba, pronto volvieron a sus sentimientos de egoísmo y a los hábitos de su vida.

—¡Qué feliz es ese estúpido burgomaestre, al no percatarse del peligro que corremos todos! ¡Está ahí como un perro, y morirá sin agonía! —dijo el doctor.

Apenas había pronunciado esta frase, bastante juiciosa, que la tempestad desató sus legiones. Los vientos soplaron de todos lados, la barca giró como una peonza, y el agua penetró en ella.

—¡Ay, mi pobre criatura, mi pobre criatura...! ¿Quién salvará a mi pequeño? —clamó la madre con desgarrador acento.

—Vos misma —respondió el forastero.

El timbre de aquella voz penetró en el corazón de la joven madre, infundiéndole esperanzas: oyó aquella suave palabra a pesar de los silbidos de la tormenta, a pesar de los gritos lanzados por los pasajeros.

—¡Santísima Virgen del Buen Socorro, que estáis en Amberes, os prometo mil libras de cera y una estatua, si me sacáis de este trance! —clamó el burgués, de rodillas sobre sus sacos de oro.

—La Virgen tanto está en Amberes como aquí —le respondió el doctor.

—Está en el cielo —replicó una voz que parecía salida del mar.

—¿Quién es el que ha hablado?

—¡Es el diablo! —exclamó el pasante—. Se burla de la Virgen de Amberes.

—Dejad a un lado a vuestra Santa Virgen —conminó el patrón a los pasajeros—. ¡Ea, empuñad los cubos y achicad el agua de la barca! ¡Y vosotros —prosiguió dirigiéndose a los marineros—, remad de firme! Tenemos un momento de respiro, y en nombre del diablo que os deja en este mundo, seamos nosotros mismos nuestra providencia... Este pequeño canal es furiosamente peligroso, ya se sabe, hace treinta años que lo atravieso. ¿Es acaso esta tarde cuando comienzo a batirme con esta tempestad?

Luego, en pie ante su timón, el patrón continuó mirando, alternativamente, su barca, el mar y el cielo.

—El patrón se burla siempre de todo —dijo Tomás en voz baja.

—¿Es que Dios nos dejará morir con esos miserables? —preguntó la orgullosa joven al hermoso caballero.

—¡Oh, no, no, noble señorita... Escuchadme!

La atrajo hacia sí tomándola del talle, y le dijo hablándola al oído:

—¡Sé nadar, no digáis nada!... Os asiré por vuestros bellos cabellos y os conduciré suavemente a la orilla; pero no puedo salvar a nadie más que a vos.

La doncella miró a su vieja madre. La dama estaba de rodillas y pedía alguna absolución al obispo, quien no la escuchaba. El caballero leyó en los ojos de su bella un débil sentimiento de piedad filial, y le dijo con sorda voz:

—¡Someteos a las voluntades de Dios! Si Él quiere llamar a vuestra madre a Sí, será sin duda para su felicidad... en el otro mundo —añadió en voz más baja—. Y para la nuestra en éste —pensó.

La señora de Rupelmonde poseía siete feudos, además de la baronía de Graves. La doncella escuchó la voz de su vida, los intereses de su amor hablando por boca del apuesto aventurero, joven descreído que frecuentaba las iglesias en busca de una

presa, una hija casadera o buenos dineros contantes. El obispo bendecía las olas y les ordenaba desesperadamente que se calmaran; él pensaba en su concubina que le esperaba con algún delicado festín, y que acaso en aquellos momentos se metía en el baño, se perfumaba, se vestía de terciopelo y raso, o se prendía los collares y sus piedras preciosas. Lejos de pensar en los poderes de la Santa Iglesia, el perverso obispo mezclaba sentimientos y anhelos mundanos y frases de amor profano a las santas palabras del breviario. El resplandor que iluminaba los pálidos rostros de los pasajeros permitió ver sus diversas expresiones cuando la barca, levantada en el aire por una ola, lanzada luego al fondo del abismo, después sacudida y zarandeada como una débil hoja, juguete del cierzo otoñal, crujió su casco pareciendo a punto de romperse. Los gritos fueron entonces horribles, seguidos de espantosos silencios. La actitud de las personas situadas a proa de la embarcación contrastaba singularmente con la de las gentes ricas o poderosas. La joven madre apretaba a su criatura contra su pecho cada vez que las olas amenazaban con engullir aquella especie de frágil cascarón; mas ella creía en la esperanza que en su corazón había vertido las palabras pronunciadas por el forastero; y cada vez que volvía sus miradas hacia aquel hombre, extraía de su rostro una fe nueva, la fuerte fe de una mujer débil, la fe de una madre. Viviendo por la palabra divina, por la palabra de amor brotada de aquel hombre, aquel cándido ser esperaba con confianza el cumplimiento de aquella especie de promesa y casi no temía ya el peligro. Clavado en la borda de la embarcación, el soldado no cesaba de contemplar a aquel ser singular, sobre cuya impasibilidad modelaba su rostro rudo y atezado, desplegando su inteligencia y su voluntad, cuyos poderosos resortes se habían viciado un tanto durante el curso de una vida pasiva y maquinal; celoso por mostrarse tan tranquilo y sereno con un valor superior, acabó por identificarse, sin saberlo acaso, con el principio secreto de aquella potencia interior. Y seguidamente, su admiración se convirtió en instintivo fanatismo, en amor sin límites, en creencia en aquel hombre, semejante al entusiasmo que los soldados tienen por su jefe cuando es hombre de poder, rodeado por el fulgor de las victorias, y que marcha en medio de los resplandecientes prestigios del genio. La vieja mendiga decía en voz baja:

—¡Ah, cuán infame pecadora soy! ¿He sufrido bastante para expiar los placeres de mi juventud? ¡Ah!, ¿por qué, desgraciada, has llevado la vida de placer de una francesa, has comido los bienes de Dios con gentes de la Iglesia, y el de los pobres con tahúres y recaudadores de contribuciones...? ¡Cuán grande ha sido mi yerro! ¡Oh, Dios mío, Dios mío, déjame acabar mi desgracia en esta desdichada tierra!

O bien:

—¡Santa Virgen, madre de Dios, tened piedad de mí!

—Consolaos, abuela; el buen Dios no es un lombardo. Aunque yo haya matado, acaso a troche y moche, a buenos y a malos, no temo la resurrección.

—¡Ah, señor soldado!, qué dichosas son esas bellas damas por estar al lado de un obispo, de un santo hombre —prosiguió la vieja—. Sus pecados les serán absueltos.

¡Ay, si pudiera yo oír la voz de un sacerdote diciéndome: «Tus pecados te son perdonados», le creería!

El forastero se volvió hacia ella, y su compasiva mirada la hizo estremecer.

—Tened fe —la dijo— y seréis salvada.

—¡Que Dios os recompense, mi buen señor! —le respondió ella—. Si decís verdad, iré por vos y por mí en peregrinación a Nuestra Señora de Loreto, descalza.

Los dos campesinos, padre e hijo, permanecían silenciosos, resignados y sometidos a la voluntad de Dios, como seres acostumbrados a seguir instintivamente, al igual de los animales, el vaivén dado a la naturaleza. Así, de un lado, las riquezas, el orgullo, la ciencia, la licencia, el crimen, toda la sociedad humana tal cual la hacen las artes, el pensamiento, la educación, el mundo y sus leyes; mas también, de este lado solamente, los gritos, el terror, mil diversos sentimientos combatidos por espantosas dudas; allí, solamente, las angustias del miedo. Luego, por encima de estas existencias, un hombre poderoso, el patrón de la barca, constituido en su propia providencia y gritando: «¡Santo Achique!...» y no: «¡Virgen Santa!»... desafiando, en fin, la tempestad y luchando con el mar cuerpo a cuerpo. Al otro extremo, débiles... la madre meciendo en su regazo a una criatura que sonreía a la tempestad; una mujeruca antes alegre y ahora entregada a horribles remordimientos; un viejo soldado acribillado de heridas, sin otra recompensa que su vida mutilada como premio de una abnegación infatigable: tenía apenas un trozo de pan mojado en lágrimas; y, sin embargo, se reía de todo y marchaba sin inquietudes, feliz cuando ahogaba su gloria en el fondo de un jarro de cerveza, o cuando despertaba la admiración de los niños contándosela; encargaba alegremente a Dios del cuidado de su futuro; en fin, dos campesinos, seres doloridos y fatigados, el trabajo encarnado, la labor de la que vivía el mundo. Estas criaturas simples estaban despreocupadas del pensamiento y sus tesoros, pero prestas a sumirlos en una creencia, poseyendo la fe tanto más robusta, cuanto jamás no habían discutido ni analizado nada; naturalezas vírgenes en las que la conciencia había quedado pura y el sentimiento poderoso; el remordimiento, la desgracia, el amor, el trabajo, habían ejercitado, purificado, concentrado, decuplicado su voluntad; la única cosa que, en el hombre, se asemeja a lo que los sabios llaman alma.

Cuando la barca, conducida por la milagrosa pericia del piloto, llegó casi a la vista de Ostende, a cincuenta varas de la costa fue rechazada por una convulsión de la tempestad, y zozobró de pronto. El forastero de luminoso rostro dijo entonces a aquel pequeño mundo de dolor:

—Los que tengan fe serán salvados; que me sigan.

Y con la misma, aquel hombre se levantó y fue andando con firme paso sobre las olas. Al punto estrechó la joven madre su criatura en sus brazos y fue a su lado por el mar. El soldado se irguió de pronto, diciendo en su lenguaje ingenuo:

—¡Zambomba! Yo te seguiría a los infiernos...

Luego, sin parecer asombrado, caminó por el mar también. La vieja pecadora,

creyendo en la omnipotencia de Dios, le siguió igualmente, y los campesinos se dijeron:

—Si ellos andan sobre el mar, ¿por qué no nosotros?

Y levantándose corrieron tras los pasos de los demás. Tomás quiso imitarlos, pero como su fe era vacilante, cayó varias veces en el mar, se levantó, y luego, tras tres pruebas, anduvo asimismo sobre el mar. El audaz piloto se había atado como un rémora a la tablazón de su barca. El avaro había tenido fue y se había levantado; pero quiso llevar su oro y su oro se lo llevó al fondo del mar. Burlándose del charlatán y de los imbéciles que le escuchaban, en el momento en que vio al desconocido proponer a los pasajeros que marcharan sobre el mar, el sabio se echó a reír y fue engullido por el océano. La doncella fue arrastrada al abismo por su amante. El obispo y la dama se fueron al fondo, acaso debido al peso de sus delitos, pero más pesada todavía era su incredulidad, su confianza en falsas imágenes, cargados de devoción, ligeros de limosnas y de verdadera religión.

La fiel tropa que hollaba con pie firme y seco su camino entre las enojadas aguas oía en torno a ella los silbidos de la tempestad. Enormes olas venían a estrellarse, mas una fuerza invencible parecía apartarlas de su llano camino, que dividía el océano. A través de la bruma, aquellos fieles distinguían a lo lejos, en la costa, una débil lucecita que temblequeaba en la ventana de la cabaña de un pescador. Cada uno, andando valerosamente hacia aquel resplandor, creía oír a su vecino gritando a través de los bramidos del mar: «¡Valor!». Y, sin embargo, atentos a su peligro, nadie decía palabra. Así alcanzaron la orilla. Y cuando todos estuvieron sentados en el hogar del pescador, buscaron en vano a su luminoso guía. Apostado en lo alto de una roca, al pie de la cual el huracán había arrojado al piloto atado a su tabla, por aquella fuerza que despliegan los marinos a la greña con la muerte, el HOMBRE descendió, recogió al náufrago casi destrozado, y luego dijo extendiendo una mano caritativa sobre su cabeza:

—Pase por esta vez, pero no lo repitáis, pues daríais muy mal ejemplo.

Cargó con el marino a hombros y le llevó hasta la cabaña del pescador. Llamó para el desgraciado, para que se abriese la puerta de aquel modesto asilo, y luego el Salvador desapareció. En aquel paraje fue erigido, por las gentes de mar, el convento de la *Merced*, donde se vio durante mucho tiempo la huella que, según dicen, habían dejado los pies de Jesucristo sobre la arena. En 1793, cuando la entrada de los franceses en Bélgica, los monjes se llevaron aquella reliquia, testimonio de la última visita que hiciera Jesús a la tierra.

Fue allí que, cansado de vivir, me encontraba yo algún tiempo después de la revolución de 1830. Si me hubieseis preguntado por la razón de mi desesperación, me habría sido casi imposible decirlo, a tal extremo se ha tornado floja y fluida mi alma. Los resortes de mi inteligencia se relajaban bajo la brisa del viento del oeste. El cielo vertía un frío negro y las pardas nubes que pasaban sobre mi cabeza, prestaban una siniestra expresión a la naturaleza la inmensidad del mar, todo me decía: «¿Qué más

da morir hoy como mañana; no hay que morir de todos modos...?». Erraba yo, pues, pensando en un futuro dudoso, en mis esperanzas frustradas. Presa de esas fúnebres ideas, entré maquinalmente en la iglesia de aquel convento, cuyas grises torres se me aparecieron entonces como fantasmas, a través de las brumas del mar. Contemplé sin entusiasmo aquel bosque de columnas congregadas, cuyos frondosos capiteles sostienen arcadas ligeras, constituyendo un elegante laberinto. Anduve despreocupadamente por las naves laterales, que se desplegaban ante mí como pórticos girando sobre ellos mismos. La difusa claridad de un día de otoño apenas permitía ver, en lo alto de las bóvedas, las claves esculpidas, las delicadas nervaduras que dibujaban tan puramente los ángulos de todas las graciosas cimbras. El órgano permanecía mudo. Únicamente el ruido de mis pasos despertaba los graves ecos ocultos en las negras capillas. Me senté junto a uno de los cuatro pilares que sostienen la cúpula, al lado del coro. Desde allí podía captar el conjunto de aquel monumento, al que contemplaba sin dedicarle ninguna idea. El efecto mecánico de mis ojos me hacía abarcar únicamente el imponente dédalo de todos los pilares; los inmensos rosetones milagrosamente colocados como encajes sobre las puertas laterales o de la gran fachada; las galerías aéreas donde pequeñas y menudas columnatas separaban las vidrieras encajadas por arcos, por tréboles, o por flores, linda filigrana en piedra. Al fondo del coro, un cimborrio de vidrio destellaba como si estuviese construido con piedras preciosas hábilmente engarzadas. A derecha e izquierda, dos naves profundas oponían a aquella bóveda, alternativamente blanca y coloreada, sus negras sombras, en el seno de las cuales se dibujaban débilmente los indistintos fustes de cien grisáceas columnas. A fuerza de contemplar aquellas arcadas maravillosas, aquellos arabescos, aquellos festonajes, aquellas espirales y aquellas fantasías de arabescos entrelazados entre sí, singularmente iluminadas, mis percepciones se tornaron confusas. Me encontré, como si estuviera en el límite entre la fantasía y la realidad, seducido por las ilusiones ópticas y casi aturdido por sus múltiples aspectos. Insensiblemente, aquellas recortadas piedras se velaron, y ya no las vi más que a través de una nube formada por un polvillo de oro, semejante al que revolotea en las bandas luminosas trazadas por un rayo de sol en una habitación. En el seno de aquella vaporosa atmósfera, que tomó indistintas todas las formas, resplandeció de pronto el encaje de los rosetones. Cada nervadura, cada ángulo esculpido, la menor arista y rasgo se platearon. El sol alumbró hogueras en las vidrieras, cuyos polícromos colores destellaron. Las columnas se agitaron, conmoviéndose suavemente sus capiteles. Un acariciador estremecimiento dislocó el edificio, cuyos frisos se removieron con graciosas precauciones. Diversos gruesos pilares experimentaron graves cadencias semejantes a las de la danza de una viuda noble, que al final de un baile, completa las cuadrillas por complacencia. Algunas columnas rectas y delgadas, se pusieron a reír y saltar, ataviadas de sus coronas de tréboles. Agudas cimbras chocaron con las elevadas ventanas largas y gráciles, semejantes a esas damas medievales que portaban los escudos de sus casas pintados

sobre sus vestiduras de oro. La danza de aquellas arcadas mitradas, con sus elegantes ventanas, semejaba a las luchas de un torneo. Luego, cada piedra vibró en la iglesia, mas sin cambiar de sitio. Habló el órgano, haciéndome escuchar una divina armonía a la cual se mezclaron voces de ángeles, música inaudita, acompañada por el tañido de las campanas, anunciador de que las dos colosales torres se balanceaban en sus cuadradas bases. Aquel extraño aquelarre me pareció la cosa más natural del mundo, no asombrándome después de haber visto a Carlos X por tierra. Yo mismo estaba suavemente agitado como sobre una mecedora que me comunicara una especie de placer nervioso, y me fuese imposible dar una idea de él. Sin embargo, en medio de aquella fogosa bacanal, el corazón de la catedral me pareció frío como si el invierno reinase en él. Vi una multitud de mujeres vestidas de blanco, pero inmóviles y silenciosas. Algunos incensarios expandieron un dulce aroma que penetró en mi alma, regocijándola. Los cirios resplandecieron. El facistol, tan alegre como un chantre alegrillo por el vino, saltó como un sombrero de copa a resorte. Me pareció que la catedral giraba sobre sí misma con tanta rapidez, que me daba la sensación de que cada objeto permanecía en su sitio. El Cristo de colosal tamaño, fijo sobre el altar, me sonreía con maliciosa benevolencia que me tornó temeroso, y dejé de contemplarle para admirar en la lejanía un vaho azulenco que se filtró a través de los pilares, imprimiéndoles una gracia indescriptible. En fin, diversas encantadoras figuras de mujer se agitaron en los frisos. Hasta los niños que sostenían gruesas columnas batieron sus alas. Me sentí alzado por una potencia divina que me sumió en infinito goce, en un éxtasis muelle y dulce. Creo que habría dado mi vida para prolongar la duración de aquella fantasmagoría, cuando de pronto una voz chillona me dijo al oído:

—¡Despierta, soy yo!

Una mujer desecada me tomó la mano, comunicándome el más horrible frío a los nervios. Sus huesos se veían a través de la arrugada piel de su cara lívida y casi verdosa. Aquella gélida viejuca llevaba un vestido negro arrastrado por el polvo, y conservaba en su cuello algo que yo no me atrevía a examinar. Sus ojos de mirada fija,alzada al cielo, no dejaban ver más que el blanco de las pupilas. Me arrastraba a través de la iglesia y señalaba su paso por cenizas que caían de su vestido. Al andar, sus huesos castañeteaban como los de un esqueleto, y yo oía tras de mí el tintinear de una campanilla, cuyos agrios sonidos percutieron en mi cerebro como los de una armónica.

—¡Es preciso sufrir! ¡Es preciso sufrir! —me decía.

Salimos de la iglesia y atravesamos las calles más fangosas del pueblo; luego me hizo entrar en una casa negra, a la que me atrajo con su chillona voz, cuyo timbre era tan cascado como el de una campana rota:

—¡Defiéndeme! ¡Defiéndeme!

Subimos una tortuosa escalera. Cuando hubo llamado en una oscura puerta, la abrió un hombre mudo, parecido a los familiares de la Inquisición. Seguidamente nos

hallamos en una habitación de viejo empapelado agujereado, repleta de no menos vieja lencería, muselinas ajadas y dorados cobres.

—He aquí riquezas eternas —dijo ella.

Me estremecí de horror, al ver entonces distintamente, a la luz de una larga antorcha y de dos cirios, que aquella mujer debía haber salido recientemente de un cementerio. No tenía cabellos. Quise huir, pero moviendo un esquelético brazo, me rodeó con un círculo de hierro provisto de puntas. Al movimiento aquel, resonó cerca nuestro un grito lanzado por millones de voces, el hurra de los muertos.

—Quiero hacerte feliz para siempre —me dijo aquella especie de engendro—. ¡Eres mi hijo!

Estábamos sentados ante una chimenea cuyas cenizas estaban frías. Entonces, la viejuca apretó la mano con tanta fuerza, que me vi forzado a quedarme en mi sitio. La miré con fijeza, intentando adivinar la historia de su vida por el examen de los andrajos en medio de los cuales se pudría. ¿Pero es que existía? Era verdaderamente un misterio. Ya veía yo bien que antaño debió haber sido joven y bella, ornada con todas las gracias de la simplicidad, verdadera estatua griega de frente virginal.

—¡Ah, vaya, ahora te reconozco! —dije—. Desgraciada, ¿por qué te has prostituido a los hombres? En la edad de las pasiones, enriquecida, has olvidado tu pura y suave juventud, tus sublimes afectos y abnegaciones, tus inocentes costumbres, tus creencias fecundas, y has abdicado tu primitivo poder, tu supremacía intelectual, por los poderes de la carne. Abandonando tus vestidos de lino, tu colchón de musgo, tus grutas iluminadas por luces divinas, has destellado diamantes, lujo y lujuria. Intrépida, orgullosa y bravía, queriéndolo todo, obteniéndolo todo y derribándolo todo a su paso, como una prostituta de moda que corre al placer, has sido sanguinaria como una reina voluntariamente embrutecida. ¿No recuerdas haber sido estúpida por momentos, y luego de pronto maravillosamente inteligente, al igual que el arte saliendo de una orgía? Poetisa, pintora, cantante, amante de las ceremonias espléndidas, ¿no has protegido acaso a las artes sino por capricho, y tan sólo para dormir en magníficas y suntuosas mofadas? Un buen día, fantástica e insolente, tú que debías ser casta y modesta, ¿no lo has sometido todo a tu zapatilla, y no la has arrojado a la cabeza de los soberanos que tenían aquí abajo el poder, el dinero y el talento? Insultando al hombre y gozándote en ver hasta donde llegaba la imbecilidad humana, ora decías a tus amantes que anduvieran a cuatro patas, como que te diesen sus bienes, sus tesoros y hasta sus mujeres... ¡cuando ellas valían algo! Has devorado sin motivo millones de hombres, los has lanzado como nubes arenosas de occidente a oriente. Has descendido de las alturas del pensamiento para sentarte al lado de los reyes. Mujer, en vez de consolar a los hombres, los has atormentado, afligido... ¡Segura de obtenerla, pedías sangre! Podrías sin embargo haberte contentado con un poco de harina, criada y acostumbrada como lo fuiste a comer tortas y a mezclar el agua con vino. Original en todo, prohibías a tus agotados amantes que comieran, y ellos no comían. ¿Por qué devaneabas hasta querer lo imposible? Semejante a una

cortesana mimada por sus adoradores, ¿por qué has enloquecido por necesidades, y no has desengañado a quienes explicaban o justificaban todos tus errores? Por fin, has tenido tus últimas pasiones... ¡Terrible como el amor de una mujer de cuarenta años, has rugido! ¡Has querido estrechar el universo entero en un último abrazo, y el universo que te pertenecía, te ha escapado! Luego, tras los jóvenes, han venido a tus pies los viejos, los impotentes que te han tornado horrible. Sin embargo, algunos hombres de vista de águila, te decían con una mirada: «Perecerás sin gloria, porque has engañado, porque has faltado a tus promesas de doncella. En vez de ser un ángel de frente de paz y sembrar la luz y la felicidad a tu paso, has sido una Mesalina ávida del circo y sus desenfrenos, abusando de tu poder. No puedes volver a ser virgen; te haría falta un dueño. Tu hora llega. Hueles ya a muerte. Tus herederos te creen rica, te matarán y no recogerán nada. Intenta cuando menos arrojar tus ropas, que se han quedado anticuadas, y vuelve a lo que antes fuiste. ¡Pero no; ya te has suicidado!...». ¿No es esa tu historia? —le dije para terminar—. Vieja, caduca, desdentada, fría, olvidada ya, pasas sin obtener una mirada... ¿Por qué vives? ¿Qué haces con tu vestido de postulante, que no excita el deseo de nadie? ¿Dónde está tu fortuna? ¿Por qué la has disipado? ¿Dónde tus tesoros? ¿Qué has hecho de hermoso?

A esta pregunta, la viejuca se irguió en sus huesos, apartó tus harapos, se engrandeció, se iluminó, sonrió, y salió de su negra crisálida. Luego, como una mariposa recién nacida, aquella creación india surgió de sus palmeras, apareciéndoseme blanca y joven, con un vestido de lino. Sus cabellos de oro flotaron sobre sus hombros, sus ojos centellearon, una nube luminosa la envolvió y un círculo de oro revoloteó sobre su cabeza; hizo un ademán hacia el espacio, blandiendo una larga espada de fuego.

—¡Mira y cree! —dijo.

De pronto, vi en la lejanía millares de catedrales, semejantes a la que acababa de abandonar, pero ornadas de cuadros y de frescos, y oí en ellas maravillosos conciertos. En torno a aquellos monumentos se apretujaban miríadas de hombres, como hormigas en sus hormigueros: unos ocupados activamente en conservar libros y copiar manuscritos, otros sirviendo a los pobres, casi todos estudiando. Del seno de aquellas muchedumbres innúmeras surgían estatuas colosales, elevadas por ellos. Al fantástico resplandor proyectado por una luminaria tan grande como el sol, leí en el pedestal de aquellas estatuas: CIENCIA, HISTORIA, LITERATURA.

Extinguióse la luz, y me volví a encontrar ante la muchacha que, gradualmente, volvió a entrar en su fría envoltura, en sus harapos mortuorios, y se tornó nuevamente vieja. Su familiar le trajo un poco de cisco para que renovase las cenizas de su brasero, pues el tiempo era crudo; y luego le encendió, a ella que había tenido miles de bujías en sus palacios, una pequeña lamparilla, para que pudiera leer sus oraciones durante la noche.

—¡Ya no se cree más!... —dijo ella.

Tal era la crítica situación en la que vi la más bella, la más vasta, la más

verdadera, la más fecunda de todas las potencias.

—Despertaos, señor; se van a cerrar las puertas —me dijo una voz ronca.

Al volverme, percibí la horrible figura del dador de agua bendita, quien me había sacudido el brazo. Y encontré a la catedral sepultada en las sombras, como un hombre envuelto en una capa.

—¡Crear —me dije— es vivir! ¡Acabo de ver pasar el duelo de una monarquía; es preciso defender a la IGLESIA!

París, febrero de 1831.



MELMOTH RECONCILIADO



AL SEÑOR
GENERAL BARÓN DE POMMEREUL

*En recuerdo de la constante
amistad que unió a nuestros padres
y que subsiste entre los hijos.*

De Balzac.

Hay una clase de hombres que la civilización obtiene en el reino social, de la misma manera que los floricultores crean en el reino vegetal, cultivándola en el invernadero, una especie híbrida que no pueden reproducir ni por semilla ni por esqueje. Un hombre de esta clase es un cajero, verdadero producto antropomórfico, regado por ideas religiosas, mantenido por la guillotina, escamondado por el vicio, y que brota en un tercer piso, entre una esposa amable y unos hijos fastidiosos. El número de cajeros en París será siempre un problema para el fisiólogo. ¿Se han comprendido alguna vez los términos de la proposición en la que la X conocida es un cajero? ¿Encontrar un hombre que esté constantemente en presencia de la fortuna como un gato delante de un ratón enjaulado? ¿Encontrar un hombre que tenga la propiedad de permanecer sentado en una butaca, dentro de una casilla enrejada, sin tener que dar en ella más pasos que en su camarote un teniente de navío durante las siete octavas partes del año, y durante siete u ocho horas al día? ¿Encontrar un hombre al que en este oficio no se le anquilosen las rodillas ni las apófisis de la pelvis? ¿Un hombre que tenga la suficiente grandeza de ser pequeño? ¿Un hombre que pueda hastiarse del dinero, de puro tenerlo en las manos continuamente? Pedid este producto a alguna religión, a alguna moral, a algún colegio, a la institución que sea, y dadles París, esta ciudad de las tentaciones, esta sucursal del infierno, como el medio en el que pueda ser plantado el cajero. Pues bien, las religiones desfilarán una tras otra; los colegios, las instituciones, las morales, todas las leyes humanas, grandes y pequeñas, vendrán a vosotros como viene un amigo íntimo al que le pedís un billete de mil francos. Afectarán un aire de luto, os mostrarán la guillotina, de la misma manera que vuestro amigo os indicará la casa del usurero, una de las cien puertas del hospital... Sin embargo, la naturaleza moral tiene sus caprichos; se permite crear de vez en cuando personas honradas y cajeros. Así, los corsarios a los que condecoramos con el nombre de banqueros y que toman una licencia de mil escudos de la misma manera que un corsario toma su patente de corso, tienen tal veneración por estos raros productos incubados por la virtud, que los enjaulan en unas casillas con objeto de guardarlos como guardan los gobiernos a los animales raros. Si el cajero tiene imaginación, si el cajero tiene pasiones, o si el cajero más perfecto ama a su mujer, y si esta mujer se aburre, tiene ambición o simplemente vanidad, el cajero se disuelve. Si hojeáis la historia de la caja, no encontraréis un solo ejemplo de cajero que haya llegado a lo que se llama *una posición*. Van a presidio, van al extranjero o vegetan en un segundo piso, en la calle Saint-Louis, en el Marais. Cuando los cajeros parisienses hayan reflexionado sobre su valor intrínseco, un cajero no tendrá precio. Es verdad que hay hombres que no pueden ser más que cajeros, de la misma manera que otros son imprescindiblemente bribones. ¡Extraña civilización! La sociedad concede a la virtud cien luises de renta para su vejez, un segundo piso, pan a discreción y una anciana esposa rodeada de sus hijos. En cuanto al vicio, si tiene cierta osadía, si puede torcer hábilmente un artículo del código como Turena torcía a Montecuculli, la sociedad sanciona sus millones robados, le arroja condecoraciones, le colma de

hombres y le abrume con sus muestras de consideración. Por otra parte, el gobierno está en armonía con esta sociedad profundamente ilógica. El gobierno hace entre las jóvenes inteligencias de dieciocho a veinte años una leva de talentos precoces; por medio de un trabajo prematuro, gasta grandes cerebros a los que convoca para seleccionarlos como el jardinero selecciona sus semillas. Para este menester utiliza unos jurados pesadores de talentos, que prueban los cerebros como en la Casa de la Moneda se prueba el oro. Luego de las quinientas cabezas calentadas con el fuego de la esperanza que la población más progresiva le suministra anualmente, acepta la tercera parte, la mete en grandes sacos llamados *sus escuelas*, y la remueve en ellos durante tres años. Aunque cada uno de estos injertos representa enormes capitales, forma, por así decirlo, cajeros de entre ellos; los nombra ingenieros ordinarios, los emplea como capitanes de artillería; en fin, les asegura todo lo que hay de más elevado en los grados subalternos. Luego, cuando estos hombres seleccionados, cebados de matemáticas y atiborrados de ciencia, han llegado a los cincuenta años de edad, les procura como recompensa por sus servicios el tercer piso, la mujer acompañada de hijos y todas las dulzuras de la mediocridad. ¿No es realmente un milagro que de ese pueblo, víctima de tan colosal engaño, se escapen cinco o seis hombres de talento que escalen las cimas sociales?

Tal es el balance exacto del talento y de la virtud en sus relaciones con el gobierno y la sociedad en una época que se cree progresiva. Sin esta observación preliminar, una aventura ocurrida recientemente en París parecería inverosímil, mientras que, dominada por este preámbulo, podrá quizás ocupar las mentes lo bastante superiores como para haber adivinado las verdaderas lacras de nuestra civilización que, desde el año 1815, ha sustituido el principio del honor por el principio del dinero.

Un día sombrío de otoño, hacia las cinco de la tarde, el cajero de una de las casas más importantes de banca de París continuaba trabajando a la luz de una lámpara encendida desde hacía algún rato. Siguiendo los usos y costumbres del comercio, la caja se hallaba situada en la parte más oscura de un entresuelo angosto y bajo de techo. Para llegar hasta allí era preciso atravesar un pasillo iluminado por unas luces de medianería y que se extendía a lo largo de los despachos, cuyas puertas con sus respectivas etiquetas semejabán las de un establecimiento de baños. El conserje había dicho flemáticamente desde las cuatro, según su consigna: *La Caja está cerrada*. En aquel momento los despachos estaban desiertos, el correo había sido despachado, los empleados habían salido, las mujeres de los jefes de la casa esperaban a sus amantes y los dos banqueros comían con sus queridas. Todo estaba en orden. El lugar en que las cajas fuertes habían sido selladas con hierro se encontraba detrás de la casilla enrejada del cajero, ocupado sin duda en hacer la caja. La parte anterior abierta permitía ver un armario de hierro que, gracias a los descubrimientos de la cerrajería moderna, era tan pesado, que los ladrones no habrían podido llevárselo. Esta puerta sólo se abría a voluntad de aquél que sabía escribir la consigna cuyo secreto lo

guardaban las letras de la cerradura sin dejarse corromper, bella realización del *¡Ábrete, sésamo!* de las Mil y una noches. Esto no era nada todavía. Esta cerradura disparaba un trabucazo a aquél que, habiendo sorprendido la consigna, ignoraba un último secreto, la *ultima ratio* de aquel dragón mecánico. La puerta de la habitación, las paredes de la habitación, los postigos de las ventanas de la habitación, toda la habitación estaba guarnecida de hojas de hierro batido muy gruesas, disfrazadas por una capa ligera de madera. Aquellos postigos habían sido cerrados, y la puerta también. Si alguna vez un hombre pudo creerse en una soledad profunda y lejos de todas las miradas, ese hombre era el cajero de la casa Nucingen y compañía, de la calle de Saint-Lazare. Así, en aquella cueva de hierro reinaba el más profundo silencio. La estufa apagada proyectaba aquel calor tibio que produce en el cerebro los efectos pastosos y la inquietud nauseabunda causados al día siguiente de una orgía. La estufa hace dormir, idiotiza y contribuye singularmente a cretinizar a los porteros y a los empleados. Una habitación con estufa es un matraz en el que se disuelven los hombres de energía, donde se debilitan sus resortes, donde se desgasta su voluntad. Los despachos son la gran fábrica de las mediocridades necesarias a los gobiernos para mantener el feudalismo del dinero base del actual contrato social (Véase la obra *Los Empleados*). El calor mefítico que produce allí una reunión de personas no es una de las menores razones del bastardeamiento progresivo de las inteligencias; el cerebro del cual se desprende mayor cantidad de nitrógeno acaba por asfixiar a los demás.

El cajero era un hombre de unos cuarenta años de edad, cuyo calvo cráneo relucía bajo la luz de una lámpara «Cárcel» colocada sobre la mesa. Esta luz hacía brillar los cabellos blancos mezclados con cabellos negros que acompañaban los dos lados de su cabeza, a la que las formas redondeadas de su cara conferían el aspecto de una bola. Su color era de un rojo de ladrillo. Sus azules ojos estaban enmarcados por algunas arrugas. Poseía las manos torneadas de los hombres gruesos. Su traje de paño azul, ligeramente raído en las partes salientes, y los pliegues de su pantalón presentaban a la vista ese aspecto ajado impreso por el uso, al que en vano combate el cepillo, y que da a las personas superficiales una alta idea de la economía, de la honradez de un hombre suficientemente filósofo o suficientemente aristócrata para llevar trajes viejos. Pero no es raro ver a personas mezquinas e insignificantes mostrarse fáciles, pródigas o incapaces en las cosas principales de la vida. El ojal del cajero estaba adornado con la cinta de la Legión de Honor, porque había sido jefe de escuadra de los dragones bajo el emperador. El señor de Nucingen, que había sido abastecedor antes que banquero, habiendo llegado incluso en otro tiempo a conocer los delicados sentimientos de su cajero, encontrándole en una posición elevada de donde la desgracia le hizo descender, tuvo la consideración de darle quinientos francos de sueldo al mes. Este militar era cajero desde el año 1813, época en la que fue curado de una herida recibida en el combate de Studzianka, durante la derrota de Moscú, pero después de haber languidecido por espacio de seis meses en Estrasburgo, adonde, por orden del emperador, habían sido trasladados algunos altos oficiales para

que fueran convenientemente atendidos. Aquel antiguo oficial, llamado Castanier, poseía el grado honorario de coronel y dos mil cuatrocientos francos de retiro.

Castanier, en cuya alma, desde hacía diez años, el cajero había matado al militar, inspiraba al banquero tanta confianza, que dirigía también las escrituras del despacho particular, situado detrás de su caja, y de donde descendía el barón por una escalera secreta. Allí se decidían los negocios; allí se tamizaban las proposiciones, la sala en la que se examinaba el lugar; de allí partían las letras de crédito; en fin, allí se encontraba el libro mayor y el diario donde se resumía la labor de los otros despachos. Después de haber cerrado la puerta de comunicación a la que iba a parar la escalera que daba acceso al despacho principal en donde se reunían los dos banqueros, en el primer piso de su hotel, Castanier había vuelto a sentarse y contemplaba desde hacía un rato varias letras de crédito libradas contra la casa Watschildine de Londres. Luego había cogido la pluma y acababa de imitar, en la parte inferior de todas, la firma *Nucingen*. En el momento en que trataba de averiguar cuál de aquellas firmas falsas era, la más perfectamente imitada, levantó la cabeza como si le hubiera picado una mosca, obedeciendo a un presentimiento que le había gritado en el corazón: *¡No estás solo!* Y el falsario vio detrás de la reja, junto a su caja, un hombre cuya respiración no había percibido, pareciéndole que no respiraba, y que sin duda había entrado por la puerta del pasillo, que Castanier vio abierta de par en par. El antiguo militar experimentó, por primera vez en su vida, un miedo que le hizo permanecer con la boca abierta y los ojos estupefactos delante de aquel hombre, cuyo aspecto era, por lo demás, lo suficientemente espantoso para no tener necesidad de circunstancias misteriosas en semejante aparición. El corte alargado de la cara del forastero, los contornos convexos de su frente y el color blanco de su carne anunciaban, lo mismo que la forma de sus vestidos, la presencia de un inglés. Aquel hombre olía a inglés. Al ver su levita de cuello, su corbata ahuecada y su chorrera blanca que hacía resaltar la lividez permanente de un rostro impasible, cuyos labios rojos y fríos parecían destinados a chupar la sangre de los cadáveres, se adivinaban sus polainas abrochadas hasta más arriba de la rodilla, y el boato medio puritano de un inglés rico que ha salido a pasear a pie. El brillo que despedían los ojos del extranjero resultaba insoportable y producía en el alma una impresión de malestar, aumentado aún por la rigidez de sus rasgos. Aquel hombre flaco y descarnado parecía tener en sí una especie de principio devorador que le era imposible apaciguar. Debía de digerir tan de prisa sus alimentos, que sin duda podía comer incesantemente sin que sus mejillas enrojecieran. Podía beber una barrica del vino de Tokay llamado *vino de sucesión* sin alterar su mirada penetrante que leía el fondo de las almas, ni su cruel razón que parecía ir siempre al fondo de las cosas. Poseía algo de la majestad fiera y tranquila de los tigres.

—Caballero, acabo de recibir esta letra de cambio —dijo a Castanier, con una voz que se puso en comunicación con las fibras del cajero y las alcanzó a todas con una violencia comparable a la de una descarga eléctrica.

—La caja está cerrada —respondió Castanier.

—Está abierta —dijo el inglés mostrándole la caja—. Mañana es domingo, y no puedo esperar. La suma es de quinientos mil francos; vos la tenéis en la caja, y yo la debo.

—Pero, caballero, ¿cómo habéis entrado?

El inglés sonrió, y su sonrisa dejó aterrado a Castanier. Jamás hubo respuesta más amplia y perentoria que el pliegue desdeñoso e imperial formado por los labios del extranjero. Castanier se volvió, cogió cincuenta paquetes de diez mil francos en billetes de banco, y cuando los ofreció al banquero, que le había entregado una letra de cambio aceptada por el barón de Nucingen, viose presa de un temblor convulsivo al percibir los rayos rojos que salían de los ojos de aquel hombre y que acababan de brillar sobre la firma falsificada de la letra de crédito.

—Veo que... no está... vuestro recibo —dijo Castanier, devolviéndole la letra de cambio.

—Prestadme vuestra pluma —dijo el inglés.

Castanier le ofreció la pluma con la que acababa de efectuar su falsificación. El extranjero firmó *John Melmoth*; luego devolvió el papel y la pluma al cajero. Mientras Castanier miraba el carácter de la escritura del desconocido, que iba de derecha a izquierda, al modo oriental, Melmoth desapareció, e hizo tan poco ruido, que cuando el cajero levantó la cabeza dejó escapar un grito al no ver ya a aquel hombre, experimentando los dolores que nuestra imaginación supone producidos por el envenenamiento. La pluma de que se había servido Melmoth le ocasionaba en las entrañas una sensación caliente y removedora bastante parecida a la que produce el emético. Como le parecía imposible a Castanier que aquel inglés hubiera adivinado su delito, atribuyó aquel dolor interior a la palpitación que, según las ideas recibidas, debe procurar un *mal golpe* en el momento de ser efectuado.

—¡Al diablo! ¡Qué tonto soy! ¡Dios me protege, porque si ese animal se hubiera dirigido mañana a esos señores, yo estaba listo! —dijose Castanier arrojando al interior de la estufa las letras falsificadas inútiles, que fueron consumidas.

Selló aquella de la cual quería servirse, cogió de la caja quinientos mil francos en billetes y en *bank-notes*, la cerró, lo puso todo en orden, cogió el sombrero, el paraguas, apagó la lámpara después de encender la bujía y salió tranquilamente para ir, según su costumbre, a entregar una de las dos llaves de la caja a la señora de Nucingen cuando el barón estaba ausente.

—Estáis de suerte, señor Castanier —le dijo la mujer del banquero al verle entrar en su apartamento—; el lunes tenemos fiesta, y podréis ir al campo, a Soisy.

—¿Tendréis la bondad, señora, de decirle a Nucingen que la letra de cambio de los Watschildine, que se había retrasado, acaba de llegar? Los quinientos mil francos acaban de ser pagados. Así, no volveré antes del martes, hacia el mediodía.

—Adiós, caballero, que lo paséis bien.

—Y vos, *ítem*, señora —respondió el viejo dragón, mirando a un joven entonces

de moda, llamado Rastignac que pasaba por ser el amante de la señora de Nucingen.

—Señora —dijo el joven—, ese compadre me parece que quiere jugaros una mala pasada.

—¡Vamos, vamos! Eso es imposible; es demasiado imbécil.

—Piquoizeau —dijo el cajero entrando en la portería—, ¿por qué dejas subir a nadie a la caja después de las cuatro?

—Desde las cuatro —dijo el conserje— he estado fumando mi pipa junto a la puerta, y no ha entrado nadie en los despachos. Tampoco ha salido nadie más que los señores...

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Segurísimo. A las cuatro sólo ha venido el amigo del señor Werbrust, un joven de la casa de los señores du Tillet y compañía, de la calle Joubert.

—¡Bien! —dijo Castanier, saliendo apresuradamente. El calor que le había comunicado la pluma se hacía más intenso—. ¡Mil diablos! —pensaba mientras iba subiendo por el bulevar de Gand—, ¿habré tomado bien mis medidas? ¡Veamos! Dos días de fiesta, el domingo y el lunes; luego, un día de incertidumbre antes de que se me busque; estas demoras me dan tres días y cuatro noches. Tengo dos pasaportes y dos disfraces distintos. ¿No es como para despistar a la policía más hábil? Así, pues, el martes por la mañana cobraré un millón en Londres, en el momento en que no habré despertado aquí la menor sospecha. Dejo mis deudas para mis acreedores, que pondrán una P encima, y yo me encontraré, por el resto de mis días, feliz en Italia, bajo el nombre del conde Ferraro, ese pobre coronel que sólo yo vi morir en los pantanos de Zembin. ¡Mil diablos!, esa mujer que me debe acompañar puede hacer que me reconozcan. Pero... ¿por qué he de llevarme ese trasto viejo? He de abandonarla. Sí, tendré valor para abandonarla. Pero me conozco; soy lo bastante imbécil como para volver por ella. Sin embargo, nadie conoce a Aquilina. ¿Me la llevaré? ¿No me la llevaré?

—¡No te la llevarás! —le dijo una voz que le turbó las entrañas.

Castanier se volvió bruscamente y vio al inglés.

—¡El diablo anda por medio! —exclamó el cajero en voz alta.

Melmoth pasó por delante de su víctima y la dejó atrás. Si el primer movimiento de Castanier fue de buscar querrela a un hombre que leía en su alma, hallábase presa de tantos sentimientos encontrados, que resultaba de ello una inercia momentánea; reanudó, pues, su camino, y cayó en aquella fiebre de pensamiento natural en un hombre lo bastante arrastrado por su pasión como para cometer un delito, pero que no tenía las fuerzas necesarias para llevarlo a término sin crueles agitaciones. Así, aun que decidido a recoger el fruto de un crimen medio consumado, Castanier vacilaba aún en proseguir su empresa, como hace la mayoría de los hombres de carácter mixto, en quienes se encuentra tanta fuerza como debilidad, y que pueden verse determinados tanto a permanecer puros como a convertirse en criminales, según la presión de las más ligeras circunstancias. Entre los hombres reunidos por Napoleón

hubo muchos que, parecidos a Castanier, tenían valor físico en el campo de batalla, sin tener el valor moral que hace a un hombre tan grande en el crimen como en la virtud. La letra de cambio había sido concebida en tales términos, que a su llegada a Londres él había de cobrar veinticinco mil libras esterlinas en casa de Watschildine, el corresponsal de la casa Nucingen, avisado ya del pago por él mismo; su pasaje había sido reservado por un agente tomado en Londres al azar, bajo el nombre del conde Ferraro, a bordo de un barco que llevaba de Portsmouth a Italia a una rica familia inglesa. Todos los detalles, por mínimos que parecieran, habían sido previstos. Había arreglado las cosas de tal modo que se le buscara a la vez en Bélgica y en Suiza, mientras él se encontrase en alta mar. Luego, cuando Nucingen pudiera creer hallarse sobre su pista, habría llegado a Nápoles, donde esperaba vivir con nombre supuesto, gracias a un disfraz tan completo, que había decidido cambiar su rostro simulando en él, con ayuda de un ácido, los estragos de la varicela. A pesar de todas estas precauciones que parecían asegurarle la impunidad, su conciencia le atormentaba. Tenía miedo. La vida dulce y apacible que había llevado durante tanto tiempo había purificado sus costumbres soldadescas. Todavía era probo, y le pesaba tener que mancharse. Así, pues, se dejaba arrastrar por última vez por todas las impresiones de la naturaleza buena que se hallaba en él.

—¡Bah! —se dijo cuando estuvo en la esquina del bulevar y de la calle de Montmartre—. Un coche me llevará esta noche a Versalles al salir del teatro. Una silla de posta me aguarda allí, en casa del sargento de caballería, el cual guardará el secreto de mi partida en presencia de doce soldados dispuestos a fusilarle si rehusara colaborar en mi huida. Así, no veo que nada esté contra mí. Me llevaré, pues, a mi pequeña Naqui, y me iré.

—No te irás —le dijo el inglés, cuya voz extraña hizo afluir toda la sangre al corazón del cajero.

Melmoth subió a un tálburi que le aguardaba, y fue llevado con tanta rapidez, que Castanier vio a su enemigo secreto a cien pasos de distancia, en la calzada del bulevar Montmartre, subiendo por ella apresuradamente, antes de habersele ocurrido la idea de pararle.

—Palabra de honor, que lo que me ocurre es sobrenatural —se dijo—. Si yo fuera lo bastante estúpido como para creer en Dios, me diría a mí mismo que él ha enviado a San Miguel en pos de mí. ¿Me dejarán el diablo y la policía el tiempo necesario para hacer lo que me propongo? ¿Habrás visto? Vamos, todo esto son tonterías.

Castanier tomó la calle del Faubourg-Montmartre y aminoró la marcha a medida que avanzaba hacia la calle Richer. Allí, en una casa recién construida, en el segundo piso de un edificio que daba a unos jardines, vivía una joven, conocida en el barrio con el nombre de señora de La Garde, que, inocentemente, era la causa del delito cometido por Castanier. Para explicar este hecho y acabar de describir la crisis bajo la cual sucumbía el cajero es preciso referir brevemente algunas circunstancias de su vida anterior.

La señora de La Garde, que ocultaba su verdadero nombre a todo el mundo, incluso a Castanier, pretendía ser piamontesa. Era una de esas jóvenes que, sea por la miseria más profunda, sea por falta de trabajo o por temer a la muerte, frecuentemente también por la traición de un primer amante, se ven impulsadas a dedicarse a un oficio que la mayor parte de ellas hacen con disgusto, muchas con despreocupación y algunas para obedecer a las leyes de su constitución. En el momento en que se arrojaba al abismo de la prostitución parisiense, a los dieciséis años de edad, hermosa y pura como una *Madona*, encontró a Castanier. Demasiado maltrecho para tener éxito en sociedad, fatigado de ir todas las noches por los bulevares en busca de una aventura pagada, el viejo dragón deseaba desde hacía algún tiempo poner cierto orden en la irregularidad de sus costumbres. Cautivado por la belleza de aquella pobre criatura, que el azar le arrojaba entre sus brazos, decidió salvarla del vicio en provecho propio, por un pensamiento tan egoísta como bienhechor como son algunos de los pensamientos de los hombres mejores. Lo instintivo es frecuentemente bueno; el estado social mezcla en él su parte mala; de ahí provienen ciertas intenciones mixtas con las cuales el juez debe mostrarse indulgente. Castanier poseía precisamente el suficiente grado de inteligencia para ser astuto cuando sus intereses se hallaban en juego. Así, pues, quiso ser filántropo sobre una base segura, y convirtió a aquella prostituta en su amante.

«Vaya —decíase con su lenguaje soldadesco—, un viejo lobo no debe dejarse dominar por una oveja. Papá Castanier, antes de embarcarte en la vida hogareña debes probar la moral de esa muchacha, con objeto de saber si es susceptible de cariño».

Durante el primer año de esta unión ilegal, pero que la colocaba en la situación menos reprobable de todas aquellas que el mundo reprueba, la piamontesa tomó como nombre de guerra el de Aquilina, uno de los personajes de la *Venecia salvada*, tragedia del teatro inglés que ella había leído por casualidad. Creía parecerse a aquella cortesana, ya sea por los sentimientos precoces que sentía en su propio corazón, ya sea por el rostro o por el carácter general de su persona. Cuando Castanier vio que la joven observaba la conducta más regular y virtuosa que puede observar una joven arrojada al margen de las leyes y de las conveniencias sociales, le manifestó el deseo de vivir con ella maritalmente. Convirtiose entonces en la señora de La Garde, con objeto de ingresar, en tanto lo permitieran las costumbres parisienses, en las condiciones de un matrimonio real. En efecto, la idea fija de muchas de esas pobres mujeres consiste en querer que sean aceptadas como buenas burguesas, fieles a sus maridos, capaces de ser excelentes madres de familia, de anotar sus gastos y remendar la ropa blanca de la casa. Estos deseos nacen de un sentimiento tan loable, que la sociedad debería tomarlos en consideración. Pero la sociedad será ciertamente incorregible, y continuará considerando a la mujer casada como a una corbeta a la que su pabellón y sus documentos permiten navegar, mientras que la mujer de vida libre es el pirata al que se ahorca por no tener los

papeles en regla. El día en que la señora de La Garde quiso firmar como señora Castanier, el cajero se enojó.

«—Entonces, ¿es que no me quieres lo suficiente como para casarte conmigo?» —le preguntó.

Castanier no respondió y quedóse pensativo. La pobre joven se resignó. El ex dragón estaba desesperado. Naqui sufría a causa de esta desesperación y habría querido tranquilizarle; pero, para tranquilizarle, ¿no era preciso acaso conocer la causa de su desesperación? El día en que Naqui quiso conocer el secreto, aunque, sin preguntárselo, el cajero reveló la existencia de una cierta señora Castanier, una esposa legítima, mil veces maldita, que vivía oscuramente en Estrasburgo, con una pequeña renta, y a la que él escribía dos veces al año, guardando sobre ella un silencio tan profundo, que nadie sabía que estuviera casado. ¿Por qué esta discreción? Si la razón de ello es conocida de muchos militares que quizá se encuentren en el mismo caso, tal vez sea útil indicarla. El veterano, si se nos permite emplear aquí la palabra de la que se sirven en el ejército para designar a las personas destinadas a morir capitanes, ese siervo atado a la gleba de un regimiento, es una criatura esencialmente ingenua, un Castanier destinado de antemano a las artimañas de las madres de familia que en las guarniciones se encuentran con hijas difíciles de casar. Así, pues, en Nancy, durante una de esas permanencias tan breves, Castanier tuvo la desgracia de fijarse en una señorita con la que había bailado en una de aquellas fiestas que a menudo ofrecían a la ciudad los oficiales de la guarnición y viceversa. En seguida, el amable capitán fue objeto de una de aquellas seducciones para las cuales las madres encuentran cómplices en el corazón humano haciendo funcionar todos los resortes en sus amistades, que conspiran con ellas. Dominadas por una idea única, estas madres lo refieren todo a un solo proyecto, del cual hacen una obra elaborada durante mucho tiempo, semejante al cráter de arena en el fondo del cual se esconde la hormiga león. ¿Es que no entrará nunca nadie en ese dédalo tan bien construido? ¿Acaso la hormiga león morirá de hambre y de sed? Pero si algún animalillo atolondrado entra en el cráter, ya no saldrá de él. Los secretos cálculos de avaricia que efectúa cada hombre al casarse, la esperanza, las vanidades humanas, todos los hilos fueron manejados para atar a Castanier. Para desgracia suya, había alabado la hija a la madre, al devolvérsela después de bailar un vals, e iniciase una conversación al final de la cual se produjo la más natural de las invitaciones. Una vez en la casa, el dragón quedóse deslumbrado en ella por el bienestar que allí reinaba y en la que la riqueza parecía esconderse bajo una avaricia afectada. Convirtiose en objeto de hábiles lisonjas. Una cena, servida en hermosa vajilla prestada por un tío, las atenciones de una hija única, los chismes de la ciudad, un subteniente rico que parecía querer suplantarle; en fin, las mil y una trampas de las hormigas leones de provincias fueron tan bien tendidas, que Castanier, cinco años más tarde, se decía a sí mismo: «¡Todavía no sé cómo tal cosa ha podido ocurrirme!». El dragón recibió quince mil francos de dote y una señorita felizmente estéril que dos años de matrimonio convirtieron en la mujer más

fea y antipática del mundo. El cutis de aquella joven, mantenido blanco por un régimen severo, se cubrió de barrillos; la cara, cuyos vivos colores anunciaban una seductora prudencia, se llenó de granos; el talle, que parecía esbelto, perdió gracia y elegancia; el ángel se convirtió en una criatura gruñona y suspicaz que desesperaba al pobre Castanier; luego, la fortuna se esfumó. El dragón, no reconociendo ya a la mujer con la que se había casado, consignó a ésta en una pequeña finca de Estrasburgo, aguardando a que Dios se dignara adornar aquel paraíso. Fue una de aquellas mujeres virtuosas que, a falta de ocasión para obrar de otro modo, asesinan a los ángeles con sus quejas, rezan a Dios hasta el punto de fastidiarle si las escuchase, y que suavemente hablan pestes del marido cuando por la noche acaban de jugar una partida de boston con las vecinas. Cuando Aquilina conoció estas desgracias se adhirió sinceramente a Castanier, y le hizo tan feliz con los placeres que su talento de mujer le hacía variar al prodigarlos, que, sin saberlo, acarreó la perdición al cajero. Como muchas mujeres a las cuales la naturaleza parece haber dado por destino el cavar en el amor hasta las últimas profundidades, la señora de La Garde era desinteresada. No pedía ni oro ni joyas, ni pensaba nunca en el mañana; vivía en el presente, y sobre todo en el placer. Las ricas alhajas, los vestidos y el coche tan ardientemente deseados por las mujeres de su condición, no los aceptaba más que como una armonía más en el cuadro de la vida. No quería todo esto por vanidad, por deseo de aparentar, sino para vivir mejor. Por otra parte, no había nadie que con mayor facilidad que ella pudiera prescindir de todas estas cosas. Cuando un hombre generoso, como son casi todos los militares, encuentra una mujer de este temple, experimenta en su corazón una especie de rabia al hallarse inferior a ella al intercambiar la vida. Entonces se siente capaz de asaltar una diligencia con objeto de procurarse dinero si no posee de él la cantidad suficiente para sus prodigalidades. El hombre es así. Se hace a veces culpable para seguir siendo noble y grande a los ojos de una mujer o de una sociedad especial. Un enamorado se parece al jugador que se creería deshonorado si no devolviese lo que toma prestado al camarero de la sala de juego, y que comete monstruosidades, despoja a la mujer y a los hijos, roba y mata para poder tener repletos los bolsillos y el honor a salvo a los ojos de las personas que frecuentan aquella casa fatal. Así le sucedió a Castanier. Al principio había instalado a Aquilina en un modesto apartamento en un cuarto piso, y no le había dado más que unos muebles extremadamente sencillos. Pero al descubrir los encantos y las grandes cualidades de aquella joven, al recibir de ella aquellos placeres inauditos imposibles de describir, se enamoró locamente de ella y quiso adornar a su ídolo. La forma en que iba ataviada Aquilina contrastó tan cómicamente con la miseria de su casa, que fue preciso, para ambos, mudarse. Este cambio se llevó casi todos los ahorros de Castanier, que amuebló su apartamento semi-conyugal con el lujo especial de las entretenidas. Una mujer hermosa no quiere nada feo a su alrededor. Lo que la distingue de todas las mujeres es el sentimiento de la homogeneidad, una de las necesidades menos observadas de nuestra naturaleza, y que induce a las solteronas a

no rodearse más que de cosas viejas. Así, pues, a aquella joven piamontesa le fueron necesarios los objetos más nuevos, los más de moda, todo lo que los comerciantes tenían de más coquetón, las telas más finas, la seda, las joyas, muebles ligeros y frágiles y hermosas porcelanas. No pedía nada. Únicamente que a la hora de elegir, cuando Castanier le decía «¿qué quieres?», ella le respondía: «¡Eso es mejor!». El amor que quiere ahorrar no es nunca verdadero amor; así, pues, Castanier compraba siempre lo mejor. Una vez admitida la escala de proporción, era preciso que en aquel hogar todo se encontrase en armonía: la ropa blanca, la vajilla de plata y los mil accesorios de una casa, la batería de cocina, los objetos de cristal... Aunque Castanier quiso, según una conocida expresión, hacer las cosas con sencillez, se fue empeñando progresivamente. Una cosa necesitaba otra. Un reloj quería dos candelabros. La chimenea pidió su hogar. Los cortinajes fueron demasiado hermosos para que se les pudiera dejar ennegrecer por el humo; era preciso colocar chimeneas elegantes, recientemente inventadas por gente hábil y que prometían una segura defensa contra el humo. Además, a Aquilina le gustaba tanto correr descalza por las alfombras de su habitación, que Castanier puso en todas partes alfombras para poder retozar con Naqui; en fin, mandó construir un cuarto de baño: todo para que ella viviera mejor. Los comerciantes, los obreros y los fabricantes de París poseen un arte inaudito para ensanchar el agujero que un hombre hace en su bolsa; cuando se les consulta, no saben el precio de nada, y el paroxismo del deseo no se acomoda jamás a una dilación; así, pues, hacen que los encargos se efectúen en las tinieblas de un presupuesto aproximado, y arrastran al consumidor al torbellino de los gastos. Todo es delicioso, encantador, todos quedan satisfechos. Unos meses más tarde, esos complacientes proveedores vuelven convertidos en acreedores horriblemente exigentes; tienen necesidades, tienen pagos urgentes que efectuar, dicen incluso que están a punto de quebrar, lloran y tratan de conmovier. Entonces se abre el abismo vomitando una columna de cifras que avanzan de cuatro en cuatro, siendo así que debían ir inocentemente de tres en tres. Antes de que Castanier conociera la suma de sus gastos habían llegado al extremo de dar a su amante un coche de alquiler de lujo, cada vez que tenía que salir, en vez de dejarla que subiera a un tálburi corriente. Castanier, que era goloso, tuvo una excelente cocinera; y para complacerle. Aquilina le obsequiaba con rarezas gastronómicas y vinos escogidos que iba a comprar ella misma. Pero, no teniendo nada por sí misma, sus regalos, aunque tan preciosos por la atención, la delicadeza y la gracia que los dictaban, agotaban periódicamente la bolsa de Castanier, que no quería que su Naqui se quedase sin dinero. ¡Y ella siempre estaba sin dinero! La mesa fue, pues, una fuente de gastos considerables en relación con la fortuna del cajero. El ex dragón tuvo que recurrir a artificios comerciales para procurarse dinero, porque le fue imposible renunciar a sus goces. Su amor por la mujer no le había permitido resistir a los caprichos de la amante. Era uno de esos hombres que, sea por amor propio, sea por debilidad, no saben negar nada a una mujer, y que experimentan una falsa vergüenza tan violenta para decir *No puedo...*

Mis medios no me permiten... No tengo dinero, que se arruinan. Así, pues, un día Castanier se vio en el fondo de un precipicio, para salir del cual debía abandonar a Aquilina y ponerse a pan y agua para pagar sus deudas. Estaba tan acostumbrado a aquella mujer, a aquella vida, que cada mañana iba aplazando sus proyectos de reforma. Obligado por las circunstancias, al principio tomó dinero prestado. Su posición y sus antecedentes le merecían una confianza de la que se aprovechó para combinar un sistema de empréstito en relación con sus necesidades. Luego, para disimular la suma a la que rápidamente ascendió su deuda, recurrió a lo que el comercio llama *circulaciones*. Se trata de letras que no representan mercancías ni valores pecuniarios suministrados, y que el primer endosador paga para el complaciente suscriptor, especie de falsificación tolerada porque es imposible de comprobar, y por otra parte, este dolo fantástico solamente se hace real si no se paga. En fin, cuando Castanier se vio en la imposibilidad de continuar sus maniobras financieras, sea por el crecimiento del capital, sea por lo desmesurado de los intereses, fue preciso hundirse en la quiebra ante sus acreedores. El día en que se manifestara el deshonor, Castanier preferiría la quiebra fraudulenta a la quiebra simple, el crimen al delito. Decidió descontar la confianza que le merecía su honradez real y aumentar el número de sus acreedores tomando prestada, al modo del famoso cajero del tesoro real, la suma necesaria para vivir feliz el resto de sus días en país extranjero. Y lo había hecho tal como acabamos de ver. Aquilina no conocía las dificultades de esta clase de vida; gozaba de ella como hacen muchas mujeres, sin preguntarse cómo llegaba el dinero, de la misma manera que ciertas personas no se preguntan, al comer el dorado panecillo, cómo crece el trigo, siendo así que detrás del horno de las panaderías se encuentran las dificultades y preocupaciones de la agricultura, y también bajo el lujo de la mayor parte de los hogares parisienses se esconden grandes preocupaciones y el trabajo más exorbitante.

En el momento en que Castanier sufría las torturas de la incertidumbre, pensando en una acción que cambiaba toda su vida, Aquilina, tranquilamente sentada al amor de la lumbre, sumergida indolentemente en un gran sillón, le aguardaba en compañía de su doncella. Semejante a todas las doncellas que sirven a esas señoras, Jenny se había convertido en su confidente después de haber reconocido cuán inexpugnable era el imperio que su dueña ejercía sobre Castanier.

—¿Qué vamos a hacer esta noche? León quiere venir —decía la señora de La Garde, leyendo una carta apasionada, escrita en un papel grisáceo.

—Ahí está el señor —dijo Jenny.

Castanier entró. Sin inmutarse. Aquilina arrugó la carta, la cogió con las tenazas y la quemó.

—¿Eso es lo que haces con tus cartas de amor? —le dijo Castanier.

—¡Oh! Dios mío, sí —respondió Aquilina—. ¿No es acaso el mejor medio para no dejarse sorprender? Por otra parte, ¿no debe el fuego ir al fuego, como el agua va al río?

—Dices eso, Naqui, como si realmente se tratase de una carta de amor.

—Bien, ¿es que no soy bastante bonita para recibirlas? —dijo ofreciendo su frente a Castanier con una negligencia que habría indicado a un hombre menos ciego que ella esta cumpliendo con una especie de deber conyugal al procurar alegría al cajero. Pero Castanier había llegado a aquel grado de pasión, inspirado por el hábito, que no permite ver nada.

—Tengo unas entradas para el Gimnasio —dijo Castanier—; vamos a cenar pronto.

—Ve con Jenny. Estoy cansada de espectáculos. No sé qué me pasa esta noche, preferiría quedarme junto al fuego.

—No obstante, tendrías que venir, Naqui, pues no voy a aburrirte en mucho tiempo con mi presencia. Sí, Quiqui, partiré esta noche, y tardaré algún tiempo en regresar. Te dejo dueña de todo. ¿Me guardarás tu corazón?

—Ni el corazón ni otra cosa —dijo la joven—. Pero, a tu regreso, Naqui seguirá siendo Naqui para ti.

—¡Vaya franqueza! ¿De modo que no me seguirás?

—No.

—¿Por qué?

—Porque —dijo Aquilina riendo— ¿puedo, acaso, abandonar al amante que me escribe tales cartas de amor?

Y, diciendo esto, mostró con un gesto medio burlón el papel quemado.

—¿Será cierto —dijo Castanier—? Entonces, ¿tienes un amante?

—¡Cómo! —repuso Aquilina—. ¿Es que nunca os habéis mirado seriamente al espejo? ¡Tenéis cincuenta años, querido! Además, tenéis un tipo como para ponerlo en el escaparate de una frutería, ya que parecéis una calabaza. Al subir la escalera dais resoplidos como una foca. Vuestro vientre tiembla sobre sí mismo como un brillante en la cabeza de una mujer. Por más que hayas servido con los dragones, eres un viejo muy feo. No te aconsejo, a fe mía, si quieres conservar mi estima, que añadas a esas cualidades la de la tontería, creyendo que una mujer como yo vaya a dejar de atemperar tu amor asmático con las flores de alguna linda juventud.

—¿Quieres tomarme el pelo, Aquilina?

—¿Es que no me lo tomas tú a mí? ¿Crees que soy una tonta, al anunciarme tu partida? *Partiré esta noche* —dijo la joven, imitándole—. Gran pelmazo, ¿acaso hablarías así si abandonases a tu Naqui? Llorarías como un becerro que eres.

—En fin, si parto, ¿me acompañarás? —le preguntó.

—Dime, ante todo, si tu viaje no es una broma de mal gusto.

—Sí, en serio, me voy.

—Bien, pues, en serio, me quedo. ¡Buen viaje, cariño! Te esperaré. Antes abandonaré la vida que abandonar mi hermoso París.

—¿No irás a Italia, a Nápoles, para llevar allá una buena vida, dulce, lujosa, con tu hombre gordo que da resoplidos como una foca?

—No.

—¡Ingrata!

—¿Ingrata? —dijo la joven poniéndose en pie—. Puedo salir ahora mismo no llevándome de aquí más que mi persona. Te habré dado todos los tesoros que posee una joven, algo que ni toda tu sangre ni la mía podrían devolverme. Si pudiera, por el medio que fuese, vendiendo mi eternidad, por ejemplo, recobrar la flor de mi cuerpo, como quizá haya reconquistado la de mi alma, y entregarme pura como una azucena a mi amante, no vacilaría un solo instante. ¿Con qué abnegación has recompensado tú la mía? Me diste alimento y cobijo con el mismo sentimiento que induce a alimentar a un perro y a darle cobijo para que nos guarde bien, y que recibe nuestros puntapiés cuando estamos de mal humor, y nos lame la mano tan pronto como le llamamos. ¿Quién de los dos habrá sido más generoso?

—¿No ves, tontuela, que estoy bromeando? —dijo Castanier—. Voy a emprender un pequeño viaje que no durará mucho tiempo. Pero tú vendrás conmigo al Gimnasio; partiré hacia la medianoche, después de haberte dicho un buen adiós.

—¡Pobrecillo mío! ¿De verás te vas? —dijo Aquilina cociéndole por el cuello y abrazándole.

—¡Que me ahogas! —exclamó Castanier, con la nariz en el seno de la joven.

Aquilina se inclinó entonces al oído de Jenny y le dijo:

—Ve a decirle a León que no venga antes de la una; si no le encuentras y llegase durante la despedida, lo retendrás en tu habitación. Bien —añadió en voz alta, levantando la cabeza de Castanier a la altura de la suya y pellizcándole la nariz—, tú eras la más guapa de las focas; iré, pues, contigo esta noche al teatro. Pero antes vamos a cenar; todos los platos son de tu agrado.

—Resulta muy difícil dejar a una mujer como tú —dijo Castanier.

—Entonces, ¿por qué te vas? —le preguntó Aquilina.

—¡Por qué, por qué! Para explicártelo sería preciso decirte cosas que te demostrarían que mi amor por ti llega a la locura. Si tú me has dado tu honra, yo he vendido la mía; así que estamos en paz. ¿Es esto amar?

—¿Qué ocurre? —dijo Aquilina—. Vamos, dime que si yo tuviera un amante, tú seguirías amándome como un padre. ¿Y eso es amor? Vamos, dilo de una vez.

—Te mataría —dijo Castanier sonriendo.

Fueron a sentarse a la mesa y partieron para el Gimnasio después de cenar. Cuando concluyó la primera pieza, Castanier quiso exhibirse ante ciertas personas conocidas que había visto en la sala, para despistar el mayor tiempo posible toda sospecha sobre su huida. Dejó a la señora de La Garde en su localidad que, siguiendo sus modestas costumbres, era un palco de platea, y fue a pasearse por el salón de descanso. No bien había dado unos pasos cuando volvió a encontrar a Melmoth, cuya mirada le produjo el desabrido calor de entrañas, el terror que anteriormente había experimentado, y quedaron el uno frente al otro.

—¡Falsario! —le gritó el inglés.

Al oír estas palabras, Castanier miró a las personas que estaban paseando. Creyó advertir asombro mezclado con curiosidad en sus semblantes; quiso deshacerse de aquel inglés en seguida y levantó la mano para darle una bofetada; pero sintióse el brazo paralizado por un poder invencible que se adueñó de su fuerza y le clavó en su sitio; dejó que el extranjero le cogiera del brazo y los dos pasearon juntos por el salón como dos buenos amigos.

—¿Quién es bastante fuerte para resistirme? —le dijo el inglés—. ¿No sabes que aquí abajo todo tiene que obedecerme, que lo puedo todo? Leo en los corazones, veo el futuro, conozco el pasado. Estoy aquí y puedo estar en otra parte. No dependo del tiempo, ni del espacio, ni de la distancia. El mundo es mi servidor. Tengo la facultad de gozar siempre y de dar siempre la felicidad. Mis ojos atraviesan los muros, ven los tesoros, y los cojo a manos llenas. Con una señal que haga con la cabeza se construyen palacios y mi arquitecto jamás se equivoca. Puedo hacer que se abran flores en todos los terrenos, amontonar piedras preciosas y oro, procurarme mujeres constantemente nuevas; en fin, todo cede a mi poder. Podría jugar a la Bolsa sin equivocarme si yo, que sé encontrar el oro allí donde los avaros lo entierran, tuviera necesidad de echar mano de la bolsa de los demás. ¡Siente, pues, pobre miserable condenado a la vergüenza, el poder de la garra que te tiene cogido! ¡Trata de dominar este brazo de hierro! ¡Ablanda, si puedes, este corazón de diamante! ¡Atrévete a alejarte de mí! Aunque estuvieses en el fondo de las cuevas que hay bajo el Sena, ¿no oirías mi voz? Aunque bajases a las catacumbas, ¿acaso no me verías? Mi voz domina el ruido del trueno y mis ojos compiten en claridad con el sol, porque soy igual a *Aquel que lleva la luz*.

Castanier entendía estas terribles palabras y nada en él las contradecía; caminaba al lado del inglés sin poder alejarse.

—Me perteneces, acabas de cometer un delito. Por fin he encontrado el compañero que buscaba. ¿Quieres saber tu destino? ¡Ja, ja! ¿Pensabas ver un espectáculo? No te faltará. Tendrás dos. Vamos, preséntame a la señora de La Garde como a uno de tus mejores amigos. ¿Acaso no soy tu última esperanza?

Castanier volvió a su palco seguido del extranjero, al que se apresuró a presentar a la señora de La Garde, siguiendo la orden que acababa de recibir. Aquilina no pareció sorprendida de ver a Melmoth. El inglés se negó a colocarse en la parte delantera del palco, y quiso que Castanier permaneciera allí con su amante. El más sencillo deseo del inglés era una orden que era preciso obedecer. La pieza que iba a representarse era la última. Entonces, los teatros pequeños sólo daban tres piezas. El Gimnasio contaba en aquella época con un actor de fama. Perlet iba a representar el *Comédien d'Etampes*, vodevil en el que desempeñaba cuatro papeles distintos. Cuando se levantó el telón, el extranjero extendió la mano hacia la sala. Castanier profirió un grito de terror que se detuvo en su garganta, cuyas paredes se pegaron, porque Melmoth le mostró con el dedo la escena, haciéndole comprender de este modo que había ordenado cambiar el espectáculo. El cajero vio el despacho de

Nucingen; su patrón estaba conversando con un funcionario superior de la prefectura de policía, que le explicaba la conducta de Castanier, advirtiéndole de la sustracción efectuada en la caja, de la falsificación cometida contra él y de la fuga del cajero. Habíase redactado en seguida una denuncia, la cual había sido firmada y entregada al procurador del rey. «¿Creéis que llagamos a tiempo todavía?», decía Nucingen. «Sí —respondió el agente—; está en el Gimnasio, y no sospecha nada».

Castanier se agitó en su silla y quiso marcharse; pero la mano que Melmoth apoyaba en su hombro le obligaba a quedarse a causa de ese horrible poder cuyos efectos experimentamos en las pesadillas. Aquel hombre era la pesadilla misma, y pesaba sobre Castanier como una atmósfera envenenada. Cuando el pobre cajero se volvía para implorar a aquel inglés, encontraba una mirada de fuego que vomitaba corrientes eléctricas, especie de puntas metálicas con las que Castanier se sentía penetrado, atravesado de parte a parte y clavado.

—¿Qué te he hecho? —decía en su abatimiento, jadeante como un ciervo junto a una fuente—. ¿Qué quieres de mí?

—¡Mira! —le gritó Melmoth.

Castanier vio lo que se desarrollaba en el escenario. El decorado había sido cambiado, el espectáculo había concluido. Castanier se vio a sí mismo en escena bajando del coche con Aquilina; pero en el momento en que entraba en el patio de su casa, en la calle Richer, la decoración volvió a cambiar súbitamente y representó el interior de su apartamento. Jenny conversaba, junto al fuego, en la habitación de su señora, con un suboficial del ejército que se encontraba de guarnición en París.

—«Así, pues, se marcha —decía aquel sargento, que parecía pertenecer a una familia acomodada—. Entonces podré ser feliz con toda comodidad. Amo demasiado a Aquilina para poder tolerar que pertenezca a ese viejo sapo. ¡Yo me casaré con la señora de Garde!», —exclamó el sargento.

—¡Viejo sapo! —dijo para sus adentros Castanier, dolorosamente.

—Ahí están la señora y el señor. ¡Escondeos! Escondeos aquí, señor León —le decía Jenny—. El señor no estará mucho rato aquí.

Castanier veía cómo el suboficial se escondía detrás de los vestidos de Aquilina, en el gabinete de ésta. Castanier apareció pronto él mismo en escena, y se despedía de su amante, que se burlaba de él en sus apartes con Jenny, diciéndole las palabras más dulces y acariciadoras. Por un lado lloraba y por otro se reía. Los espectadores mandaban repetir las palabras.

—¡Maldita mujer! —gritaba Castanier en su palco.

A Aquilina se le saltaban las lágrimas de tanto reír, exclamando:

—¡Dios mío, qué gracioso está Perlet en su papel de inglés! ¡Cómo! ¿Vosotros dos sois los únicos de la sala que no os reís? Vamos, ríete, cariño —le dijo al cajero.

Melmoth se echó a reír de una forma que hizo estremecer al cajero. Aquella risa inglesa le retorció las entrañas y le hurgaba en el cerebro como si un cirujano se lo trepanase con un hierro candente.

—Ríen, ríen —decía convulsivamente Castanier.

En aquel momento, en lugar de ver a la pudibunda *lady* que tan cómicamente representaba Perlet, y cuyo modo de hablar anglo-francés hacía que el público se desternillase de risa, el cajero se veía a sí mismo huyendo por la calle de Richer, subiendo a un coche en el bulevar, con la intención de dirigirse a Versalles. La escena volvía a cambiar. Reconoció en la esquina de la calle de la Orangerie y de la de Récollets, el pequeño mesón regentado por su antiguo sargento de caballería. Eran las dos de la madrugada, reinaba el mayor silencio, nadie le espiaba, su coche llevaba enganchados caballos de posta, y venía de una casa de la avenida de París donde vivía un inglés cuyos servicios habían sido solicitados con objeto de desviar las sospechas. Castanier llevaba sus valores y sus pasaportes, subía al coche y partía. Pero al llegar a la barrera, Castanier vio a unos gendarmes a pie que esperaban el coche. Lanzó un grito horrible, reprimido por la mirada del inglés.

—¡Sigue mirando y cállate! —le dijo Melmoth.

Castanier viose por un instante en la prisión de la Cociergerie. Luego, en el quinto acto de aquel drama titulado *El Cajero*, apercibiose, al cabo de tres meses, saliendo de la sala de audiencias de lo criminal, condenado a veinte años de trabajos forzados. Profirió otro grito cuando se vio expuesto en la plaza del Palacio de Justicia y que fue marcado por el hierro del verdugo. Finalmente, en la última escena, se encontraba en el patio de Bicetre, entre sesenta penados, y aguardaba el turno para que le pusieran los grilletes.

—¡Dios mío!, estoy muerta de risa —decía Aquilina—. Estáis muy serio, querido. ¿Qué os ocurre?

—Dos palabras, Castanier —le dijo Melmoth en el momento en que, terminada la pieza, la señora de La Garde pedía a la acomodadora que le devolviese el abrigo.

El pasillo estaba obstruido, toda huida era imposible.

—¿Qué queréis?

—Ningún poder humano puede impedir que vayas a acompañar a Aquilina, que vayas luego a Versalles y que allí te detengan.

—¿Por qué?

—Porque el brazo que te sujeta —dijo el inglés— no te soltará.

Castanier habría querido pronunciar algunas palabras para aniquilarse a sí mismo y desaparecer en el fondo de los infiernos.

—Si el demonio te pidiera tu alma, ¿no se la darías a cambio de un poder igual al de Dios? Con una sola palabra restituirías a la caja del barón de Nucingen los quinientos mil francos que has tomado de ella. Luego, rasgando tu letra de crédito, destruirías todos los vestigios de tu delito. En fin, tendrías oro en abundancia. Apenas crees en nada, ¿verdad? Bien, si todo esto sucede, por lo menos crearás en el diablo.

—¡Si fuera posible! —exclamó Castanier con alegría.

—El que puede hacer esto —dijo el inglés— te lo asegura.

Melmoth extendió el brazo en el momento en que Castanier, la señora de La

Garde y él se encontraban en el bulevar. Caía entonces una fina llovizna, el suelo estaba cubierto de barro, la atmósfera espesa y el cielo negro. Tan pronto como el brazo de aquel hombre se hubo extendido, el sol iluminó París. Castanier se vio a sí mismo, en pleno mediodía, como en un hermoso día de julio. Los árboles estaban cubiertos de hojas, y los parisienses endomingados, circulaban en dos alegres hileras. Los vendedores de coco pregonaban su mercancía. Pasaban coches resplandecientes. El cajero lanzó un grito de terror. A este grito, el bulevar volvió a quedar oscuro y húmedo. La señora de La Garde había subido al coche.

—Vamos, date prisa, amigo mío —le dijo—; ven o quédate. Realmente, esta noche estás pesado como esta lluvia que cae.

—¿Qué debo hacer? —dijo Castanier a Melmoth.

—¿Quieres ocupar mi sitio? —le preguntó el inglés.

—Sí.

—Bien, estaré en tu casa dentro de un instante.

—Vamos, Castanier —decía Aquilina—. Hoy no pareces el mismo. Estás meditando alguna mala pasada. Durante el espectáculo estabas demasiado serio y pensativo. Amigo mío, ¿necesitas algo que yo pueda darte? Vamos, habla.

—Espero, para saber si me amas, a que hayamos llegado a casa.

—No hace falta esperar —le dijo arrojándose a su cuello—. ¡Toma!

Le besó muy apasionadamente en apariencia, prodigándole esas caricias que, en esa clase de criaturas, se convierten en cosas de oficio, como los gestos de las actrices.

—¿De dónde viene esa música? —dijo Castanier.

—Vamos, ¿ahora oyes música?

—Música celestial —repuso Castanier—; diríase que los sonidos vienen de lo alto.

—¡Cómo! ¡Tú que siempre me negaste un palco en los Italianos, con el pretexto de que no podías sufrir la música, he ahí que ahora te vuelves melómano! ¡Pero tú estás loco! ¡Tu música está en tu cabezota! —le dijo cogiéndole la cabeza y apretándola contra su hombro—. Vamos, papá, ¿son las ruedas del coche las que cantan?

—¡Escucha, Naqui! Si los ángeles hacen música a Dios, no puede ser más que aquella cuyos acordes me entran por todos los poros tanto como por los oídos, y no sé cómo hablarte de ella. ¡Es dulce como la miel!

—Por supuesto, que se le hace música al buen Dios, porque siempre representan a los ángeles con arpas. Palabra de honor, que ese hombre está loco —dijose Aquilina a sí misma al ver a Castanier en la actitud de un consumidor de opio en éxtasis.

Habían llegado. Castanier, absorto por todo lo que acababa de ver y de oír, ignorando si debía creer o dudar, caminaba como un hombre borracho, privado de raciocinio. Se despertó en la habitación de Aquilina, adonde había sido llevado, sostenido por su amante, por el portero y por Jenny, porque se había desvanecido al

bajar del coche.

—Amigos míos, amigos míos, *él* va a venir —dijo, hundiéndose con un movimiento desesperado en su poltrona, junto al fuego.

En aquel momento, Jenny oyó la campanilla, fue a abrir y anunció al inglés diciendo que era un señor que tenía una cita con Castanier. Melmoth apareció de pronto, y se hizo un gran silencio. Miró al portero, y el portero se fue. Miró a Jenny, y Jenny se fue.

—Señora —dijo Melmoth a la cortesana—, permitidme que ponga fin a un asunto que no admite demora.

Cogió a Castanier de la mano, y Castanier se levantó. Los dos fueron al salón sin luz, porque los ojos de Melmoth iluminaban las tinieblas más densas. Fascinada por la extraña mirada del desconocido, Aquilina quedóse sin fuerzas e incapaz de pensar en su amante, al que, por otra parte, creía encerrado en la habitación de su doncella, siendo así que, sorprendida por el repentino regreso de Castanier, Jenny le había encerrado en el gabinete, como en la escena del drama representado para Melmoth y para su víctima. La puerta del apartamento se cerró violentamente, y pronto volvió a aparecer Castanier.

—¿Qué te ocurre? —exclamó su amante, horrorizada.

La fisonomía del cajero había cambiado. Su cara sonrosada había tomado la extraña palidez que hacía al extranjero siniestro y frío. Sus ojos lanzaban un fuego sombrío que hería con su brillo insoportable. Su antigua actitud bondadosa habíase convertido en despótica y altiva. La cortesana halló a Castanier demacrado, su frente le pareció majestuosamente horrible, y el dragón exhalaba una influencia espantosa que gravitaba sobre los demás como una pesada atmósfera. Aquilina sintióse por unos instantes desconcertada.

—¿Qué ha ocurrido en tan poco tiempo entre ese hombre diabólico y tú? —le preguntó.

—Le he vendido mi alma. Me doy cuenta de que ya no soy el mismo. Él ha tomado mi ser y me ha dado el suyo. No comprenderías nada. ¡Ah —dijo fríamente Castanier—, ese demonio tenía razón! Lo veo todo y lo sé todo. Tú me engañabas.

Estas palabras helaron a Aquilina. Castanier fue al gabinete después de encender una bujía; la pobre joven le siguió hasta allí, estupefacta, y grande fue su asombro cuando Castanier, habiendo apartado los vestidos, colgados en las perchas, descubrió al suboficial.

—Venid, amigo mío —dijo cogiendo a León por el botón de la levita y llevándolo a la habitación.

La piamontesa, pálida, desesperada, se había dejado caer en un sillón. Castanier se sentó en el sofá, junto a la lumbre, y dejó de pie al amante de Aquilina.

—Vos sois un antiguo militar —le dijo León—; estoy dispuesto a daros una explicación.

—Sois un necio —respondió secamente Castanier—. No tengo ya necesidad de

batirme; puedo matar a quien quiera con una mirada. ¿Por qué habría de mataros? Tenéis en el cuello una línea roja que yo puedo ver. La guillotina os aguarda. Sí, moriréis en la Plaza de Grève. Perteneceís al verdugo; nada puede salvaros. Formáis parte de un grupo de carbonarios. Conspiráis contra el Gobierno.

—¡No me lo habías dicho! —gritó la piemontesa a León.

—¿Es que ignoráis —prosiguió el cajero— que el Ministerio ha decidido esta mañana perseguir vuestra asociación? El procurador general ha tomado vuestros nombres. Habéis sido denunciados por traidores. En estos momentos se está trabajando para preparar los elementos de vuestra acta de acusación.

—Entonces, ¿eres tú quien le has traicionado?... —dijo Aquilina, profiriendo un rugido de leona y levantándose de su asiento para ir a despedazar a Castanier.

—Demasiado me conoces para creerlo —respondió Castanier con una sangre fría que petrificó a su amante.

—¿Cómo lo sabes, pues?

—Lo ignoraba antes de ir al salón; pero ahora lo veo todo, lo sé todo, lo puedo todo.

El suboficial estaba estupefacto.

—Bien, sálvale, amigo mío —exclamó la joven, cayendo de rodillas ante Castanier—. ¡Salvadle, puesto que todo lo puedes! Yo te amaré, te adoraré, seré tu esclava, en lugar de ser tu amante. Me consagraré a tus caprichos más desordenados, harás de mí lo que tú quieras. Sí, demostraré que tengo para ti más que amor; tendré la abnegación de una hija para con su padre, unido a la de una... ¡Pero... comprende, pues, Rodolfo! ¡En fin, por muy violentas que sean mis pasiones, siempre te perteneceré! ¿Qué podría decir para conmoverte? Inventaré placeres... Yo... ¡Dios mío! Mira, cuando quieras algo de mí, cuando quieras que me arroje por la ventana, sólo tendrás que decirme: ¡León! Me arrojaré entonces a los infiernos, aceptaré todos los tormentos, todas las enfermedades, todas las penas, todo lo que tú quieras imponerme.

Castanier permaneció frío. Por toda respuesta, señaló a León diciendo con risa diabólica:

—La guillotina le aguarda.

—No, no saldrá de aquí; yo le salvaré —exclamó Aquilina—. ¡Sí, mataré al que le toque! ¿Por qué no quieres salvarle? —gritó con voz trémula, con los ojos encendidos, el cabello en desorden—. ¿Puedes hacerlo?

—Puedo hacerlo todo.

—¿Por qué no le salvas?

—¿Por qué? —gritó Castanier cuya voz vibraba de un modo terrible—. ¡Porque me estoy vengando! Mi oficio es hacer mal.

—Morir —repuso Aquilina—, morir él, mi amante, ¿es posible?

Corrió hacia su cómoda, sacó de ella un estilete que había en un cajón y acercóse a Castanier, que se echó a reír.

—Bien sabes que el hierro no puede hacerme nada.

El brazo de Aquilina se relajó como una cuerda de arpa súbitamente cortada.

—Salid, amigo mío —dijo el cajero, volviéndose hacia el suboficial—; id a vuestros asuntos.

Extendió la mano y el militar viose obligado a obedecer a la fuerza superior que desplegaba Castanier.

—Aquí estoy en mi casa; podría mandar a buscar al comisario de policía y entregarle un hombre que se introduce en mi domicilio, pero prefiero devolveros la libertad: soy un demonio, no soy un espía.

—Yo le seguiré —dijo Aquilina.

—Síguele —dijo Castanier—. ¡Jenny!...

Jenny se presentó.

—Decid al portero que vaya a buscar un coche.

—Toma, Naqui —dijo Castanier sacando de su bolsillo un fajo de billetes de banco—, no abandonarás, como una miserable, a un hombre que te ama todavía.

Le tendió trescientos mil francos, Aquilina los cogió, los arrojó al suelo, escupió encima, pisoteándolos con la rabia de la desesperación, diciéndole:

—Saldremos a pie los dos, sin un céntimo tuyo. Quédate, Jenny.

—Buenas noches —dijo el cajero, recogiendo el dinero—. Yo ya he vuelto del viaje. Jenny —dijo mirando a la asustada doncella—, tú me pareces buena chica. Ya que estás sin dueña, ven... por esta noche; tendrás un dueño.

Aquilina, desconfiando de todo, se marchó en seguida con el suboficial a la casa de una de sus amigas. Pero la policía sospechaba de León, que le mandaba seguir por dondequiera que iba. Así, fue detenido algún tiempo después, con sus tres amigos, según dijeron los periódicos de entonces.

El cajero se sintió completamente cambiado, tanto moral como físicamente. El Castanier sucesivamente niño, joven, enamorado, militar, valiente, engañado, casado, decepcionado, cajero, apasionado, delincuente por amor, ya no existía. Su forma interior había estallado. En un instante, su cráneo había aumentado y sus sentidos habían crecido. Su pensamiento abarcó el mundo y vio las cosas de él como si hubiese sido colocado a una altura prodigiosa. Antes de ir al teatro experimentaba por Aquilina la pasión más insensata; antes de renunciar a ella habría cerrado los ojos ante sus infidelidades; aquel sentimiento ciego se había disipado como una nube se desvanece bajo los rayos del sol. Contenta de suceder a su dueña y de poseer la fortuna de ésta, Jenny hizo todo lo que el cajero quería. Pero Castanier, que tenía el poder de leer en las almas, descubrió el verdadero motivo de aquella entrega puramente física. Así, divirtiose con aquella muchacha con la maliciosa avidez de un niño que, después de haber exprimido el jugo de una cereza, arroja el hueso de la misma. Al día siguiente, en el momento en que, durante el desayuno, Jenny se creía dueña y señora de la casa, Castanier le repitió, palabra por palabra, pensamiento por pensamiento, lo que ella se decía a sí misma tomando café.

—¿Quieres que te diga lo que estás pensando, pequeña? —le dijo sonriendo—. Pues, esto: «Estos hermosos muebles de palisandro que tanto deseaba y estos hermosos vestidos que yo me probaba, son míos. No me ha costado más que algunas tonterías que la señora rehuía, no sé por qué. A fe mía, que para ir en coche, tener joyas, un palco en el teatro y rentas, yo le daría placeres como para hacerle reventar si no estuviera gordo como un turco. ¡Nunca he visto un hombre así!». ¿Qué, no es esto lo que te decías? —añadió con una voz que hizo palidecer a Jenny—. Bien, sí, hija mía, no tendrás necesidad de todas esas cosas; es por tu bien por lo que te despido, porque no resistirías tal clase de vida. Vamos, despedámonos como dos buenos amigos.

Y la despidió fríamente, dándole una suma de dinero muy escasa.

El primer uso que Castanier se había prometido hacer del terrible poder que acababa de comprar, al precio de su eterna bienaventuranza, era la satisfacción, cabal y entera, de sus gustos. Después de haber ordenado sus asuntos y haber arreglado sus cuentas con el señor de Nucingen, que le dio por sucesor a un buen alemán, organizó una bacanal digna de los hermosos días del imperio romano y se sumergió en ella desesperadamente como Baltasar en su último festín. Pero, como Baltasar, vio claramente una mano luminosa que trazó la sentencia en medio de sus goces, no en las paredes de una sala, sino en las paredes inmensas en las que se dibuja el arco iris. Su festín no fue, en efecto, una orgía circunscrita a los límites de un banquete; fue una disipación de todas las fuerzas y de todos los goces. La mesa era, en cierto modo, la tierra misma que él sentía temblar bajo sus pies. Fue la última fiesta de un disipador que no escatima ya nada. Tomando a manos llenas en el tesoro de los placeres humanos cuya llave le había sido entregada por el Demonio, pronto alcanzó el fondo. Aquel enorme poder, que en un instante pasó a sus manos, fue en un momento ejercido, juzgado, gastado. Lo que era todo, no fue nada. Ocurre a menudo que la posesión mata los más inmensos poemas del deseo, a los sueños del cual raras veces responde el objeto poseído, Este triste desenlace de algunas pasiones era el que estaba oculto bajo la omnipotencia de Melmoth. La vaciedad de la naturaleza humana fue de pronto revelada a su sucesor, al cual el supremo poder trajo la nada como dote. Con objeto de comprender bien la extraña situación en que se encontró Castanier, sería preciso poder apreciar con el pensamiento las rápidas revoluciones y concebir cuán poca duración tuvieron, de lo que es difícil dar una idea a los que permanecen cautivos de las leyes del tiempo, del espacio y de las distancias. Sus facultades ampliadas habían cambiado las relaciones anteriormente existentes entre el mundo y él. Como Melmoth, Castanier podía en algunos instantes encontrarse en los risueños valles del Indostán, pasar en alas de los demonios a través de los desiertos de África y deslizarse por encima de los mares. De la misma manera que su lucidez le hacía penetrar en todas las cosas en el instante en que su vista se posaba en un objeto material o en el pensamiento ajeno, así también su lengua paladeaba, por así decirlo, todos los sabores de un golpe. Su placer se parecía al hachazo del despotismo, que

derriba el árbol para poseer sus frutos. Las transiciones, las alternativas que miden la alegría, el sufrimiento y dan vanidad a todos los goces humanos, ya no existían para él. Su paladar, que se había vuelto sensitivo en exceso, se había embotado de pronto al saciarse de todo. Las mujeres y la buena mesa fueron dos placeres tan cabalmente gozados, desde el momento en que pudo saborearlos de forma que se encontrase más allá del placer, que ya no tuvo deseos de comer ni de amar. Sabiéndose dueño de todas las mujeres que pudiera desear y armado de una forma que no debía fallar jamás, ya no quería mujeres; al encontrarlas de antemano sumisas a sus caprichos más desordenados, sentía una horrible sed de amor, y las deseaba más amantes de lo que ellas podían ser. Pero lo único que el mundo le negaba era la fe, la oración, esos dos amores untuosos y consoladores. La gente le obedecía. Este fue un estado horrible. Los torrentes de dolores, de placeres y de pensamientos que sacudían su cuerpo y su alma habrían arrastrado a la criatura humana más fuerte; pero había en él una pujanza de vida proporcionada al vigor de las sensaciones que le asaltaban. Sintió dentro de sí algo inmenso que la tierra ya no podía satisfacer. Se pasaba el día queriendo atravesar las esferas luminosas de las que tenía una intuición clara y desesperante. Fue secándose interiormente, porque tuvo sed y hambre de cosas que no se bebían ni se comían, pero que le atraían irresistiblemente. Sus labios se volvieron ardientes de deseo, como los de Melmoth, y ansiaba lo *desconocido*, porque lo conocía todo. Al ver el principio y el mecanismo del mundo, ya no admiraba sus resultados, y pronto manifestó ese desdén profundo que hace al hombre superior parecido a una esfinge que todo lo sabe, todo lo ve y guarda una silenciosa inmovilidad. No sentía el menor deseo de comunicar su ciencia a las otras personas. Poseyendo toda la tierra y pudiéndola franquear de un salto, la riqueza y el poder ya no significaron nada para él. Experimentaba aquella terrible melancolía del supremo poder a la que Satanás y Dios no ponen remedio más que por una actividad cuyo secreto sólo pertenece a ellos. Castanier no tenía, como su dueño, el inextinguible poder de odiar y de hacer mal; sentíase demonio, pero demonio en ciernes, mientras que Satanás es demonio para la eternidad; nada puede redimirlo, lo sabe, y entonces se complace en hurgar con su tridente los mundos como un estercolero, desbaratando los propósitos de Dios. Para desgracia suya, Castanier conservaba una esperanza. Así, de pronto, en un instante pudo ir de uno a otro polo, como un pájaro vuela desesperadamente entre los lados de su jaula; pero, después de haber dado este salto, como el pájaro, vio espacios inmensos. Tuvo del infinito una visión que no le permitió seguir considerando las cosas humanas como las demás personas las consideran. Los insensatos que desean el poder de los demonios lo juzgan con sus ideas de hombres, sin prever que tomarán las ideas del demonio al asumir su poder, que seguirán siendo hombres, en medio de seres que ya no les pueden comprender. El Nerón inédito que sueña con incendiar París para su propia distracción, tal como se da en el teatro el espectáculo ficticio de un incendio, no piensa que París se convertirá para él en lo que es para un viajero presuroso, el hormiguero que bordea un camino.

Las ciencias fueron para Castanier lo que es un logogrifo para el que conoce el secreto del mismo. Los reyes y los gobiernos le inspiraban piedad. Su gran libertinaje fue, pues, en cierto modo, una deplorable despedida de su condición humana. Sentíase incómodo en los estrechos límites de la tierra, porque su poder infernal le hacía asistir al espectáculo de la creación, cuyas causas y fin estaba vislumbrando. Al verse excluido de lo que los hombres han llamado el cielo en todas sus lenguas, ya no podía pensar más que en el cielo. Comprendió entonces la sequedad interior reflejada en el rostro de su predecesor, midió la extensión de aquella mirada iluminada por una esperanza siempre traicionada, experimentó la sed que ardía en aquellos rojos labios y las angustias de un perpetuo combate entre dos naturalezas ampliadas. Todavía podía ser un ángel, pero veía que era un demonio. Parecíase a la dulce criatura encerrada por la maligna voluntad de un hechicero en un cuerpo deforme y que, atada por un pacto, tenía necesidad de la voluntad de otra persona para romper una detestable y detestada envoltura. De la misma manera que el hombre realmente grande, aun después de una decepción, siente aún mayores deseos de buscar lo infinito del sentimiento en un corazón de mujer, así también Castanier se encontró de pronto bajo el peso de una sola idea, que tal vez era la clave de los mundos superiores. Por el mismo hecho de haber renunciado a su eterna bienaventuranza, ya no pensaba más que en el futuro de aquellos que rezan y creen. Cuando, al salir de la disipación en la que tomó posesión de su poder, sintió la angustia de este sentimiento, conoció los dolores que los poetas sagrados, los apóstoles y los grandes oráculos de la fe nos han descrito en términos tan gigantescos. Herido por la espada llameante cuya punta sentía clavada en sus riñones, corrió al encuentro de Melmoth, con objeto de ver lo que le sucedía a su predecesor. El inglés vivía en la calle Pérou, cerca de Saint-Sulpice, en un hotel sombrío, negro, húmedo y frío. Esta calle, abierta al norte, como todas las que caen perpendicularmente hacia la, orilla izquierda del Sena, es una de las calles más tristes de París, y su carácter destaca sobre las casas que la bordean. Cuando Castanier estuvo en el umbral de la puerta, la vio tapizada de negro; la bóveda estaba igualmente enlutada. Bajo aquella bóveda brillaban las luces de una capilla ardiente. Habían levantado un cenotafio provisional, y a cada lado del mismo se hallaba de pie un sacerdote.

—No hace falta preguntar al caballero a qué viene —le dijo a Castanier una vieja portera—; os parecéis demasiado a ese pobre difunto. Si sois su hermano, llegáis demasiado tarde para poder decirle adiós. Ese buen señor falleció anteayer por la noche.

—¿Cómo murió? —preguntó Castanier a uno de los sacerdotes.

—Estad tranquilo —respondió un viejo sacerdote, levantando un lado de los paños negros que formaban la capilla ardiente.

Castanier vio uno de aquellos rostros sublimizados por la fe y por cuyos poros parece salir el alma para irradiar sobre las otras personas y calentarlas por medio de los sentimientos de una, caridad persistente. Aquel hombre era el confesor de *sir John*

Melmoth.

—Vuestro señor hermano —prosiguió el sacerdote— ha tenido un fin que debe haber inundado de alegría a los ángeles. Ya sabéis cuán grande es el gozo que en los cielos difunde la conversión de un alma pecadora. Las lágrimas de su arrepentimiento, suscitadas por la gracia, han corrido sin agotarse; sólo la muerte ha podido detenerlas. El Espíritu Santo estaba en él. Sus palabras ardientes y vivas fueron dignas del Rey profeta. Si, nunca, en el transcurso de mi vida, he oído confesión más horrible que la de ese aristócrata irlandés, tampoco escuché oraciones más fervientes. Por muy grandes que hayan sido sus faltas, su arrepentimiento colmó el abismo de ellas en un instante. La mano de Dios se extendió visiblemente sobre él, porque ya no se parecía a sí mismo, tan santamente hermoso se ha vuelto. Sus ojos, tan rígidos, se dulcificaron con sus lágrimas. Su voz tan vibrante, y que daba miedo, asumió la gracia y la suavidad que distinguen a las palabras de las personas que se han humillado. De tal modo edificaba a los que le escuchaban, que las personas atraídas por el espectáculo de esta muerte cristiana se hincaban de rodillas al oír glorificar a Dios, hablar de su grandeza infinita y contar cosas del cielo. Si no deja nada a su familia, ciertamente le ha legado el mayor bien que las familias puedan poseer, un alma santa que velará por todos vosotros y os conducirá por la buena senda.

Estas palabras produjeron un efecto tan violento en el ánimo de Castanier, que salió bruscamente y dirigióse hacia la iglesia de San Sulpicio, obedeciendo a una especie de fatalidad, porque el arrepentimiento de Melmoth le había trastornado. Hacia esa época, un hombre célebre por su elocuencia daba, por la mañana, a ciertas horas, conferencias que tenían por finalidad la de demostrar las verdades de la fe católica a la juventud de ese siglo, proclamada por otra voz no menos elocuente, indiferente en materia de fe. La conferencia había de ceder su lugar al entierro del irlandés. Castanier llegó precisamente en el momento en que el predicador iba a resumir con aquella unción graciosa, con aquella penetrante palabra que le hiciera famoso, las pruebas de nuestro feliz porvenir. El ex dragón, bajo cuya piel se había deslizado el demonio, se hallaba en las condiciones requeridas para recibir con fruto la semilla de las palabras divinas comentadas por el sacerdote. En efecto, si hay un fenómeno comprobado, ¿no es acaso el fenómeno moral que el pueblo ha llamado *la fe del carbonero*? La fuerza de la creencia se halla en razón directa del mayor o menor uso que el hombre ha hecho de su razón. Las gentes sencillas y los soldados son de esa clase. Aquellos que han ido por la vida bajo el estandarte del instinto son mucho más aptos para recibir la luz que aquéllos cuya inteligencia y corazón se ha fatigado en las sutilezas del mundo. Desde los dieciséis años de edad hasta cerca de los cuarenta, Castanier, hombre del Sur, había seguido la bandera francesa. Simple soldado de caballería, obligado a pelear un día tras otro, debía pensar en su caballo antes de poder pensar en sí mismo. Así, pues, durante su aprendizaje militar había tenido pocas horas para reflexionar sobre el futuro del hombre. Siendo oficial se

había ocupado de sus soldados, habíase visto arrastrado de un campo de batalla a otro campo de batalla, sin haber pensado jamás en lo que pueda haber después de la muerte. La vida militar exige pocas ideas. Las personas incapaces de elevarse a las altas combinaciones que abrazan los intereses de nación a nación, los planes de la política así como los planes de campana, la ciencia del estratega y la del administrador, esas personas viven en un estado de ignorancia comparable a la del más tosco campesino de la provincia menos avanzada de Francia. Van adelante, obedecen pasivamente al alma que les da órdenes y matan a los hombres que tienen ante sí, como el leñador abate árboles en un bosque. Pasan continuamente de un estado violento que exige el despliegue de las fuerzas físicas a un estado de reposo, durante el cual reparan sus pérdidas. Golpean y beben, golpean y comen, golpean y duermen, para golpear aún mejor. En medio de este torbellino, las cualidades de la inteligencia se ejercitan poco. La moral permanece en su simplicidad natural. Cuando estos hombres, tan enérgicos en el campo de batalla, vuelven al seno de la civilización, la mayoría de los que han permanecido en los grados inferiores se muestran sin ideas adquiridas, sin facultades, sin alcance. Así, la joven generación se ha quedado asombrada al ver a esos miembros de nuestros gloriosos y terribles ejércitos tan faltos de inteligencia como pueda ser un dependiente y simples como niños. Un capitán de la fulminante guardia imperial es apenas apto para hacer los recibos de un periódico. Cuando los viejos soldados son así, su alma virgen obedece a los grandes impulsos. El delito cometido por Castanier era uno de esos hechos que suscitan tantas discusiones, que, para discutirlo, el moralista habría pedido *la división*, para emplear una expresión del lenguaje parlamentario. Este delito había sido aconsejado por la pasión, por uno de esos embrujos femeninos tan cruelmente irresistibles que ningún hombre puede decir «jamás haré tal cosa», tan pronto como una sirena es admitida en la lucha, y desplegará en ella sus alucinaciones. La palabra de vida cayó, pues, sobre una conciencia nueva a las verdades religiosas que la Revolución francesa y la vida militar habían hecho olvidar a Castanier. Estas palabras terribles, *seréis felices o desgraciados por toda la eternidad*, le hirieron con tanta mayor violencia cuanto que él había fatigado la tierra, la había sacudido como un árbol sin fruto y, en la omnipotencia de sus deseos, bastaba que un punto de la tierra o del cielo le fuese prohibido para que se ocupara del mismo. Si fuera lícito comparar tan grandes cosas con las necesidades sociales, diríamos que se parecería a esos banqueros ricos de varios millones, a los que nada se les resiste en la sociedad; pero que, al no ser admitidos en los círculos de la nobleza, tienen como idea fija la de ingresar en ella y valoran en nada todos los privilegios sociales conquistados por ellos, desde el momento en que les falta un privilegio. Aquel hombre más poderoso que los reyes de la tierra juntos; aquel hombre que podía, como Satanás, luchar contra el propio Dios, apareció apoyado contra uno de los pilares de la iglesia de San Sulpicio, encorvado bajo el peso de un sentimiento, se abismó en una idea del futuro, como se había absorbido en ella el propio Melmoth antes que él.

—¡Ha muerto feliz! —exclamó Castanier—. Ha muerto con la certeza de ir al cielo.

En un instante en las ideas del cajero se operó un cambio radical. Después de haber sido demonio durante algunos días, ya no era más que un hombre, imagen de la caída primitiva consagrada en todas las cosmogonías. Pero al volver a ser pequeño en cuanto a la forma, había adquirido una causa de grandeza, habíase templado en el infinito. El poder infernal que había revelado el poder divino. Era mayor su sed de cielo que el hambre que había sentido de placeres terrestres tan rápidamente agotados. Los goces que promete el demonio no son más que los de la tierra ampliados, mientras que los placeres *celestiales* son ilimitados. Aquel hombre creyó en Dios. La palabra que le entregaba los tesoros del mundo ya no fue nada para él, y aquellos tesoros le parecieron tan despreciables como lo son los guijarros para los que aman los diamantes; porque los veía como vidrios sin valor, en comparación con las bellezas eternas de la otra vida. Para él, el bien procedente de aquella fuente era maldito. Permaneció sumido en un abismo de tinieblas y de lúgubres pensamientos al escuchar las exequias fúnebres de Melmoth. El *Dies irae* le dejó aterrado. Comprendió, en toda su grandeza, aquel grito del alma arrepentida, que se estremece ante la majestad divina. Fue de pronto devorado por el Espíritu Santo, como el fuego devora la paja. De sus ojos manaban lágrimas.

—¿Sois pariente del muerto? —preguntóle el pertiguero.

—Soy su heredero —respondió Castanier.

—¿Para los gastos del culto? —le gritó el pertiguero.

—No —dijo el cajero, que no quiso dar a la iglesia el dinero del demonio.

—¿Para los pobres?

—No.

—¿Para las reparaciones de la iglesia?

—No.

—¿Para la capilla de la virgen?

—No.

—¿Para el seminario?

—No.

Castanier se retiró para no ser objeto de las miradas irritadas de varias personas que se hallaban en la iglesia.

—¿Por qué —decíase a sí mismo, contemplando el templo de San Sulpicio— los hombres habrán construido estas catedrales gigantescas que he visto en todas las regiones? Este sentimiento compartido por las masas, en todas las épocas, se basa necesariamente en algo.

—¿Llamas a Dios? —le decía su conciencia—. ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Estas palabras, repetidas por una voz interior, le dejaba abrumado, pero sus sensaciones de terror fueron suavizadas por los lejanos acordes de la música deliciosa que había oído ya de un modo vago. Atribuyó esta armonía a los cantos de la iglesia,

él medía su fachada. Pero, al escuchar atentamente, se dio cuenta de que los sonidos le llegaban de todas partes; miró hacia la plaza y no vio a ningún músico. Si aquella melodía destilaba en el alma la azul poesía y la lejana luz de la esperanza, daba también mayor actividad a los remordimientos que agitaban al condenado, que se perdió por las calles de París, como las personas abrumadas por el dolor. Todo lo miraba sin ver nada; caminaba a la ventura, como los que pasean ociosamente; se paraba sin motivo, hablaba consigo mismo, y no se habría molestado para esquivar el golpe de una tabla o la rueda de un carruaje. El arrepentimiento le entregaba insensiblemente a esa gracia que tritura el corazón de un modo dulce y terrible a la vez. Tuvo pronto en su semblante, como Melmoth, algo de grande, pero de distraído; una fría expresión de tristeza, semejante a la del hombre desesperado y la jadeante avidez que confiere la esperanza, luego, por encima de todo, quedó presa del hastío hacia todos los bienes de este bajo mundo. Su mirada ocultaba las más humildes oraciones. Sufría en razón de su poder. Su alma violentamente agitada hacía que su cuerpo se doblegase, como un viento impetuoso hace que se dobleguen los altos pinos. Como su predecesor, no podía negarse a vivir, porque no quería morir bajo el yugo del infierno. Su suplicio llegó a hacerse insoportable. Finalmente, una mañana pensó que Melmoth el bienaventurado le había propuesto ocupar su lugar, y que él había aceptado; que, sin duda, otros hombres podrían imitarle; y que, en una época en la que la fatal indiferencia en materia religiosa era proclamada por los herederos de la elocuencia de los Padres de la Iglesia, debía fácilmente encontrar a un hombre que se sometiera a las cláusulas de aquel contrato para aprovecharse de las ventajas que ofrecía.

—Hay un sitio en el que se cotiza lo que valen los reyes, donde se sopesan los pueblos, donde se juzgan los sistemas, donde los gobiernos son referidos a la medida del escudo de cien sueldos, donde las ideas, las creencias son cifradas, donde todo se calcula, donde Dios mismo toma prestado y da en garantía sus rentas de almas, porque el papa tiene allí su cuenta corriente. Si puedo encontrar un alma que negociar, ¿no es acaso en ese sitio?

Castanier dirigióse alegre hacia la Bolsa, pensando que allí podría traficar con un alma tal como se comercia con capitales públicos. Un hombre corriente habría temido al ridículo; pero Castanier sabía por experiencia que todo es serio para el hombre desesperado. Semejante al condenado a muerte que escucharía a un loco que viniese a decirle que pronunciando unas absurdas palabras podría huir volando por la cerradura de su puerta, el que sufre es crédulo y no abandona una idea hasta que ésta ha fracasado, como la rama que se ha roto bajo la mano del nadador arrastrado por las aguas. Hacia las cuatro compareció Castanier en los grupos que se formaban después de cerrarse el curso de los efectos públicos, y donde se hacían entonces las negociaciones de los efectos particulares y los asuntos puramente comerciales. Era conocido de algunos negociantes y podía, fingiendo buscar a alguien, escuchar los rumores que circulaban acerca de personas que se encontraban en apuros.

—Voy a negociarte lo de Claparon y Compañía —dijo un gordo banquero—. Han dejado que el muchacho de la banca se llevase los efectos que habían de pagar esta mañana. Si tienes algunos de ellos, guárdalos.

Ese Claparon estaba allí, conversando con un hombre conocido por sus negocios de usura. Castanier se dirigió en seguida hacia el lugar donde se hallaba Claparon, negociante conocido por su costumbre de atreverse a grandes jugadas que podían tanto arruinarle como enriquecerle.

Cuando Claparon fue abordado por Castanier, el traficante en dinero acababa de dejarle, y el especulador había dejado escapar un gesto de desesperación.

—Bien, Claparon, hemos de pagar quinientos mil francos al banco, y he aquí que ya son las cuatro; esto se sabe, y no tenemos tiempo de arreglar nuestra pequeña quiebra —le dijo Castanier.

—¡Caballero!

—Hablad más bajo —respondió el cajero—. Si yo os propusiera un negocio en el que pudierais ganar tanto dinero como quisierais...

—No pagaría mis deudas, porque no sé de ningún negocio que no requiera su tiempo de incubación.

—Conozco un asunto que os las haría pagar en un momento —repuso Castanier—, pero que os obligaría a...

—¿A qué?

—A vender vuestra parte del paraíso. ¿No es un negocio como cualquier otro? Todos somos accionistas de la gran empresa de la eternidad.

—¿Sabéis que soy hombre para abofetearos?... —dijo Claparon irritado—. No está permitido bromear tontamente con un hombre que se encuentra en apuros.

—Hablo en serio —respondió Castanier sacando del bolsillo un fajo de billetes de banco.

—Ante todo —dijo Claparon—, yo no vendería mi alma al diablo por una miseria. Necesito quinientos mil francos...

—¿Quién os habla de ser mezquinos? —repuso bruscamente Castanier—. Podrías tener más oro del que son capaces de contener los sótanos del banco.

Diciendo esto, alargó un puñado de billetes que decidió al especulador.

—¡De acuerdo! —dijo Claparon—, pero ¿que hay que hacer?

—Venid conmigo allí donde no hay nadie —respondió Castanier indicando un rincón del patio.

Claparon y su tentador cambiaron unas palabras, cada cual con el rostro vuelto hacia la pared. Ninguna de las personas que les habían observado adivinó el objeto de aquel *aparte*, aunque se sintieran vivamente intrigadas por lo extraño de los gestos que hacían las dos partes contratantes. Cuando regresó Castanier, un clamor de asombro se escapó de los jugadores de Bolsa. Como en las asambleas francesas en las que el menor acontecimiento distrae en seguida la atención, todos los rostros se volvieron hacia los dos hombres que provocaban aquel rumor, y no vieron sin

asombro el cambio que se había operado en ellos. En la Bolsa, cada cual se pasea conversando, y todos los que componen la multitud se reconocen en seguida y se observan, porque la Bolsa es como una gran mesa para el juego de berlanga, en la que los hábiles saben adivinar el juego de un hombre y el estado en que se encuentra su caja según su fisonomía. Todo el mundo había notado, pues, el semblante de Claparon y el de Castanier. Éste, como el irlandés, era nervioso y fuerte; sus ojos brillaban y su carne tenía un color que reflejaba vigor. Todos se habían maravillado de aquel semblante majestuosamente terrible preguntándose de dónde lo había sacado aquel buen Castanier; pero Castanier, despojado de su poder, aparecía marchito, arrugado, envejecido, débil. Era, arrastrando a Claparon, como un enfermo presa de un acceso de fiebre, o como un *theriaki* en el momento de exaltación que le da el opio; pero al volver, se encontraba en el estado de abatimiento que sigue a la fiebre, y durante el cual los enfermos expiran, o se hallaba en la horrible postración debida a los goces excesivos de las drogas. El espíritu infernal que le había hecho soportar sus grandes excesos había desaparecido; el cuerpo se encontraba solo, agotado, sin recursos, sin apoyo contra los asaltos del remordimiento y el peso de un arrepentimiento verdadero. Claparon, cuyas angustias todos habían adivinado, reapareció, por el contrario, con ojos relucientes, y reflejaba en su rostro el orgullo de Lucifer. La quiebra había pasado de un rostro a otro.

—Id a reventar en paz, viejo —dijo Claparon a Castanier.

—Por favor, mandad a buscar un coche y un sacerdote, el vicario de San Sulpicio —respondióle el antiguo dragón, sentándose en un guardacantón.

Estas palabras «un sacerdote» fueron oídas por varias personas y provocaron un murmullo entre los jugadores de Bolsa, personas todas ellas que reservan su fe para creer que un pedazo de papel, llamado título de renta, vale una finca. El Libro de la deuda pública es su Biblia.

—¿Tendré tiempo suficiente para arrepentirme? —dijose Castanier con una voz quejumbrosa que sorprendió a Claparon.

Un coche se llevó al moribundo. El especulador fue en seguida a pagar sus efectos al banco. La impresión producida por el súbito cambio de fisonomía de aquellos dos hombres borrose en la multitud, como se borra en el mar la estela que deja el barco. Una nueva de la mayor importancia llamó la atención del mundo de los negocios. A aquella hora en que todos los intereses están en juego, Moisés, al aparecer con sus dos cuernos luminosos, apenas obtendría los honores de un chiste, y su presencia sería negada por la gente. Cuando Claparon hubo pagado sus efectos, sintió miedo. Quedó convencido de su poder, volvió a la Bolsa y ofreció sus negocios a las personas que estaban en apuros. El título de renta perpetua del Tesoro del infierno, y los derechos anejos al goce de la misma, fueron comprados por setecientos mil francos. El notario que lo compró volvió a vender el pacto del diablo por quinientos mil francos a un contratista de obras, quien se desembarazó de él a su vez cediéndolo a un tratante en hierro; y éste lo cedió por doscientos mil francos a un

carpintero. En fin, a las cinco, nadie creía en aquel singular contrato, y los adquirientes brillaban por su ausencia, por falta de fe.

A las cinco y media, el poseedor del contrato era un pintor de brocha gorda, que se hallaba apoyado contra la puerta de la Bolsa provisional, construida en aquella época en la calle Feydeau.

La calle Feydeau es, como saben todos los aficionados a callejear, una de esas calles adoradas por los jóvenes que, a falta de una amante, se casan con todo el sexo. En el primer piso de la casa más burguesamente decente vivía una de esas deliciosas criaturas que el cielo se complace en colmar de los más raros encantos y que, no pudiendo ser duquesas ni reinas, porque es mayor el número de mujeres bonitas que el de títulos y tronos, se conforman con un agente de cambio o con un banquero, cuya felicidad labran ellas a precio fijo. Esta buena y hermosa joven, llamada Eufrasia, era ambicionada por un pasante de notario desmesuradamente ambicioso. En efecto, el segundo pasante del señor Grottat, notario, estaba enamorado de esta mujer, como puede estar enamorado un hombre a los veintidós años. Este pasante habría asesinado al Papa y al Sacro Colegio Cardenalicio con objeto de procurarse una miserable suma de cien luses, reclamada por Eufrasia para comprar un chal que se le había antojado, y a cambio del cual su doncella la había prometido al pasante. El enamorado iba y venía delante de las ventanas de la señora Eufrasia, como van y vienen los osos blancos en su jaula, en el Jardín Botánico. Tenía la mano derecha debajo de su chaleco, sobre el pecho izquierdo, y quería rasgarse el corazón, pero todavía no había llegado más que a retorcerse los elásticos de sus tirantes.

—¿Qué hacer para conseguir diez mil francos? —se decía—. ¿Coger la suma que he de entregar al registro para este contrato de venta? ¡Dios mío!, el dinero que en realidad tomaría prestado, ¿habría de arruinar al adquirente, hombre siete veces millonario? Bien, mañana iré a arrojarme a sus pies y le diré: «Caballero, os he cogido diez mil francos, tengo veintidós años y amo a Eufrasia; he ahí mi historia. Mi padre es rico y él os reembolsará. ¡No me perdáis! ¿No habéis tenido veintidós años y no habéis estado enamorado?». ¡Pero esos malditos propietarios carecen de entrañas! Es capaz de denunciarme al procurador del rey, en lugar de conmoverse. ¡Demonio, si pudiera uno vender el alma al diablo! Pero no hay Dios ni diablo; todo esto son monsergas que no se encuentran más que en los libros infantiles o en las viejas comadres. ¿Qué hacer?

—Si queréis vender vuestra alma al diablo —le dijo el pintor de brocha gorda, delante de quien el pasante de notario había dejado escapar algunas palabras—, tendréis diez mil francos.

—Entonces tendré a Eufrasia —dijo el pasante, aceptando el contrato que le propuso el diablo bajo la forma de un pintor.

Consumado el pacto, el apasionado pasante fue a buscar el chal y subió al piso de la señora Eufrasia; y como tenía el diablo en el cuerpo, permaneció allí doce días sin salir, gastando todo su paraíso, no pensando más que en el amor y en sus orgías, en

medio de las cuales se ahogaba el recuerdo del infierno y de sus privilegios.

El enorme poder conquistado por el descubrimiento del irlandés, hijo del reverendo Maturino, se perdió de este modo.

Fue imposible a algunos orientalistas, a místicos, a arqueólogos ocupados de estas cosas, el comprobar históricamente el modo de evocar al demonio. He aquí por qué.

El día decimotercero de sus apasionadas bodas, el pobre pasante yacía en su camastro, en la casa de su patrón, en una buhardilla de la calle de San Honorato. La Vergüenza, esa estúpida diosa que no se atreve a mirarse, se adueñó del joven, que cayó enfermo, quiso curarse a sí mismo, y se equivocó de dosis tomando una droga curativa debida al talento de un hombre bien conocido en los muros de París. El pasante reventó, pues, bajo el peso del mercurio, y su cadáver se volvió negro como el lomo de un topo. Un diablo había pasado ciertamente por allí, pero ¿cuál? ¿Era Astaroth?

—Ese buen joven ha sido llevado al planeta Mercurio —dijo el primer pasante a un demonólogo alemán que vino a informarse acerca de aquel asunto.

—Lo creo muy bien —respondió el alemán.

—¡Ah!

—Sí, caballero —repuso el alemán—, esta opinión concuerda con las propias palabras de Jacob Boehm, en su proposición cuadragésima octava sobre la *triple vida del hombre, donde se dice que si Dios ha creado todas las cosas por el FIAT, el FIAT es la secreta matriz que comprende y percibe la naturaleza que forma el espíritu nacido de Mercurio y de Dios.*

—¿Cómo decís, señor?

El alemán repitió la frase.

—No lo sabíamos —dijeron los pasantes.

—¿*Fiat?*... —dijo un pasante—. ¡*Fiat lux!*

—Podéis convenceros de la verdad de esta cita —repuso el alemán, leyendo la frase en la página 75 del *Tratado de la Triple vida del Hombre*, impreso en 1809, en casa del señor Migneret, y traducido por un filósofo, gran admirador del ilustre zapatero.

—¡Ah!, era zapatero —dijo el primer pasante—. ¡Caramba!

—¡En Prusia! —repuso el alemán.

—¿Trabajaba para el rey? —dijo un segundo pasante.

—Ese hombre es piramidal —exclamó otro pasante, señalando al alemán.

Aunque fuera un demonólogo de primera, el extranjero no sabía qué clase de demonios malignos son los pasantes; se marchó sin comprender nada de sus chanzas y convencido de que aquellos jóvenes consideraban que Boehm era un genio piramidal.

—Hay una gran instrucción en Francia —se dijo.

París, 6 de mayo de 1835.



MASSIMILLA DONI



AL SEÑOR JACQUES STRUNZ

Mi querido Strunz: Pecaría de ingratitud si no ligara vuestro nombre a una de las dos obras que yo no habría podido escribir sin vuestra paciente complacencia y vuestras atenciones. Hallad, pues, aquí, un testimonio de mi agradecida amistad, por el valor con que habéis intentado, acaso sin éxito, iniciarme en las profundidades de la ciencia musical. Mas siempre me habréis enseñado lo que el genio oculta de dificultades y de trabajos en esos poemas que son para nosotros fuente de divinos placeres. Me habéis también procurado más de una vez la pequeña diversión de reír a costa de más de un pretendido experto. Algunos me tachan de ignorancia, sin sospechar, ni los consejos que debo a uno de los mejores críticos musicales, ni vuestra concienzuda asistencia. Acaso haya, sido yo el más infiel de los secretarios. De ser así, ciertamente que me consideraría un traicionero traductor sin saberlo, mas, no obstante, quiero poder preciarme siempre de ser uno de vuestros amigos.

De Balzac.

París, mayo 1839.

CAPÍTULO I

LOS DOS AMORES

Como lo saben los entendidos, la nobleza veneciana es la primera de Europa. Su Libro de Oro ha precedido a las Cruzadas, época en la que Venecia, resto de la Roma imperial y cristiana que se sumergió en las aguas para escapar de los bárbaros, ya poderosa, ya ilustre, dominaba el mundo político y comercial. Salvo algunas excepciones, esa nobleza está hoy enteramente arruinada. Entre los gondoleros que conducen a ingleses, a los que la historia muestra allí su porvenir, se hallan vástagos de antiguos dogos, cuya raza es más antigua que la de los soberanos. Sobre un puente bajo el cual pasará vuestra góndola, admiraréis a una sublime muchacha mal vestida, pobre criatura que acaso pertenezca a una de las más ilustres razas patricias. Cuando un pueblo de reyes está así, necesariamente se topan en él caracteres singulares. No resulta nada extraordinario que broten chispas entre las cenizas. Destinadas a justificar la rareza de los personajes en acción en esta historia, estas reflexiones no irán más lejos, pues nada hay más insoportable que las redundancias de quienes hablan de Venecia después de tantos grandes poetas y tantos pequeños viajeros. El interés del relato exigía solamente constatar la más viva oposición de la existencia humana: el contraste entre esa grandeza y esa miseria, que se ven allí en ciertos hombres como en la mayoría de las viviendas.

Los nobles de Venecia y los de Génova, como otrora los de Polonia, no utilizaban títulos. Llamarse Quirini, Doria, Brignole, Morosini, Sauli, Mocenigo, Fieschi, Cornaro, Spinola, bastaba al más elevado orgullo. Todo se corrompe, algunas familias están tituladas hoy. Sin embargo, en la época en que los nobles de las repúblicas aristocráticas eran iguales, existía en Génova un título de príncipe para la familia Doria, poseedora de Amalfi con plena soberanía, y otro semejante en Venecia, legitimado por una antigua posesión de Facino Cane, príncipe de Varese. Los Grimaldi, que se convirtieron en soberanos, se apoderaron de Monaco mucho más tarde. El último de los Cane de la rama del mayorazgo, desapareció de Venecia antes de la caída de la República, condenado por delitos más o menos criminales.

Aquéllos a quienes correspondía este principado nominal, los Cane Memmi, cayeron en la indigencia durante el fatal período de 1796 a 1814. En el año vigésimo de este siglo, no estaban ya representados más que por un joven llamado Emilio, y por un palacio considerado como uno de los más bellos ornamentos del Canale Grande. Este hijo de la hermosa Venecia tenía por toda fortuna aquel inútil palacio y mil quinientas libras de renta provenientes de una casa de campo situada sobre el Brenta, último de los bienes poseídos antaño por su familia en tierra firme, y vendida al gobierno austríaco. Esa renta vitalicia salvaba al apuesto Emilio de la vergüenza de

recibir, como muchos nobles, la indemnización de veinte sueldos por día, debida a todos los patricios indigentes, estipulada en el tratado de cesión a Austria.

En el comienzo de la estación invernal, este joven señor estaba todavía en una finca situada al pie de los Alpes tirolese, y comprada en la pasada primavera por la duquesa Catanea. El edificio, construido por Palladio para los Piepolo, consiste en un pabellón cuadrado del más puro estilo. Tiene una grandiosa escalinata, pórticos de mármol en cada fachada, peristilos de bóvedas cubiertas de frescos y tornadas ligeras por el ultramar del cielo, donde vuelan deliciosas figuras, ornamentos de pingüe ejecución, pero tan bien proporcionados, que el edificio los lleva al igual que una mujer lleva su tocado, con una facilidad que regocija los ojos: esa graciosa nobleza que distingue en Venecia a las *procuraties*^[1] de la Piazzeta^[2]. Estucos admirablemente diseñados mantienen en los aposentos un frescor que hace agradable la atmósfera. Las galerías exteriores, pintadas al temple, forman claraboya. Por doquier reina ese brillante enlosado veneciano, cuyos recortados mármoles se truecan en inalterables flores. El mobiliario, como el de los palacios italianos, ofrecía las más bellas sederías ricamente empleadas y preciosos cuadros bien emplazados: algunos del sacerdote genovés llamado *il Capucino*, diversos de Leonardo de Vinci, de Cario Dolci, de Tintoretto y de Ticiano. Los jardines escalonados presentan esas maravillas donde el oro ha sido metamorfoseado en grutas rocosas, en empedrados de guijarros que son como la locura del trabajo, en terrazas construidas por hadas, en boscajes de tonos severos, en los que los cipreses de elevadas copas, los pinos triangulares y el melancólico olivo, se mezclan hábilmente con los naranjos, los laureles y los mirtos; límpidos estanques en los que nadan peces azules y bermellones. Dígase cuanto se diga en favor de los jardines ingleses, estos árboles en parasol, estos tejos podados, el lujo de las producciones del arte casado tan sutil y delicadamente al de una naturaleza vestida de gala, estas cascadas de peldaños de mármol, por los que se desliza el agua tímidamente y semeja a un chal arrastrado por el viento, pero siempre renovado; estos personajes de plomo dorado que adornan discretamente los silenciosos refugios y, en fin, este palacio audaz que se divisa desde cualquier parte elevando su encaje al pie de los Alpes; esos pensamientos vivos que animan la piedra el bronce y los vegetales, o se dibujan en terrazas, toda esa poética prodigalidad era lo más apropiado para el amor de una duquesa y de un apuesto joven, que es una obra poética alejada de los fines de la brutal naturaleza. Quienquiera que comprenda la fantasía, hubiese querido ver sobre alguna de estas hermosas escalinatas, al lado de un jarrón de bajorrelieves circulares, a algún negrito vestido sólo con unas trusas de paño encarnado, sosteniendo con una mano una sombrilla sobre la cabeza de la duquesa, y con la otra la cola de su largo vestido, mientras que ella escuchaba la parla de Emilio Memmi. ¡Y cuánto habría favorecido al veneciano estar vestido como uno de los senadores pintados por Ticiano! ¡Mas ay, en aquel palacio de encantamiento, bastante parecido al de los *Peschiere* de Génova, la Cataneo obedecía a los decretos de Victorina y de las modistas francesas! Llevaba un vestido de muselina y un sombrero de paja, lindos

zapatos de los llamados de garganta de pichón, medias de hilo que el más leve céfiro hubiera arrastrado, y sobre los hombros un chal de encaje negro... Pero lo que no se comprenderá jamás en París, donde las mujeres están embutidas en sus vestimentas como libélulas en sus anilladas caparazones, es el delicioso abandono con el que aquella bella hija de la Toscana llevaba el atuendo francés; lo había italianizado. La francesa destina una increíble seriedad a su falda, mientras que una italiana se ocupa poco de ella, no la defiende con gravadosa mirada, pues se sabe bajo la protección de un solo amor, pasión santa y seria para ella como para los demás.

Extendida sobre un sofá, hacia las once de la mañana, al regreso de un paseo, y ante una mesa en la que se veían restos de una exquisita comida, la duquesa Cataneo dejaba a su amante dueño de su muselina sin decirle «¡*Quieto!*» al menor gesto. Sentado en una poltrona a su lado, Emilio tenía una de las manos de la duquesa entre las suyas, y la contemplaba con entero abandono. No preguntéis si se amaban; se amaban demasiado. No tenían intención de leer, como Pablo y Francisca; lejos de ello, Emilio no se atrevía a decir: ¡*Leamos!* Ante el resplandor de aquellos ojos en los que brillaban dos verdes pupilas atigradas por hilos de oro que partían del centro como las estrías de una grieta y comunicaban a la mirada un dulce centelleo de estrellas, sentía Emilio una voluptuosidad nerviosa que llegaba al espasmo. Por momentos, le bastaba ver los bellos cabellos negros de la adorada enlazados por una sencilla abrazadera de oro, escapándose en orlas relucientes a cada lado de la voluminosa frente, para escuchar en sus oídos los precipitados latidos de su sangrealzada en oleadas, y amenazando con hacer estallar los vasos de su corazón. ¿Por qué fenómeno moral se apoderaba el alma a tal punto de su cuerpo, que no se sentía ya en sí mismo, sino por entero en aquella mujer, a la menor palabra que pronunciaba con voz que turbaba en él las fuentes de la vida? Sí, en la soledad, una mujer de mediocre belleza, estudiada incesantemente se torna sublime e imponente, acaso una mujer tan magníficamente bella como lo era la duquesa llegaba a pasmar a un joven en quien la exaltación hallaba nuevos resortes, pues absorbía realmente su joven alma.

Herederera de los Doni de Florencia, Massimilla había desposado con el duque siciliano Cataneo. Al preparar este matrimonio, su vieja madre, fallecida después, había querido hacerla rica y dichosa según las costumbres de la vida florentina. Había pensado que, salida del convento para entrar en sociedad, su hija cumpliría según las leyes del amor, ese segundo casamiento dictado por el corazón, que lo es todo para una italiana. Pero Massimilla Doni había cobrado en el convento gran afición a la vida religiosa, y, una vez hubo dado su promesa en el altar al duque de Cataneo, se contentó cristianamente con ser su mujer. La cosa fue imposible. Cataneo, que no quería más que una duquesa, halló muy necio el ser marido, y cuando Massimilla se quejó, la dijo tranquilamente que: se buscara un *primo cavalière servante*^[3] y le ofreció sus servicios para llevarle varios a escoger. La duquesa lloró, el duque la abandonó. Massimilla miró al mundo que se apretujaba en torno a ella, fue conducida por su madre a la Pérgola, a algunas mansiones diplomáticas, a las Cascinas, a todas

partes, en fin, donde se encontraran jóvenes y apuestos caballeros; mas la malcasada no halló a nadie que le gustara, y se dedicó a viajar. Perdió a su madre, heredó, llevó luto, vino a Venecia y vio a Emilio, quien pasó ante su palco, cambiando con ella una mirada de curiosidad. Todo fue dicho en aquella mirada. El veneciano se sintió como fulminado, mientras que una voz gritó a los oídos de la duquesa: «*Ahí lo tienes*».

En cualquier otra parte, dos personas prudentes e instruidas se habrían examinado, husmeado; pero aquellas dos ignorancias se confundieron como dos substancias de la misma naturaleza que forman una sola al encontrarse. Massimilla se hizo al punto veneciana y Compró el palacio que había alquilado sobre el Canareggio. Luego, no sabiendo en qué emplear sus cuantiosas rentas, había adquirido también Rivalta, la heredad en la que ahora se encontraba. Emilio, presentado por la Vulpato a la Cataneo, acudió durante todo el invierno muy respetuosamente al palco de su amiga. Jamás amor alguno fue más intenso en dos almas, ni más tímido en sus expresiones. Aquellas dos criaturas temblaban una ante otra. Massimilla no coqueteaba, no tenía *secondo*, ni *terzo*, ni *patito*^[4]. Atenta a una sonrisa y a una palabra, admiraba a su joven veneciano de rostro afilado, de nariz larga y delgada, de negros ojos y noble frente, quien, a pesar de sus ingenuos alientos, no fue a su casa sino después de tres meses empleados en familiarizarse mutuamente. El estío lució su cielo oriental, y la duquesa se lamentó de ir sola a Rivalta. Feliz e inquieto a la vez por la estancia a solas los dos, Emilio había acompañado a Massimilla a su retiro. Y la linda pareja se encontraba en él desde hacía seis meses.

A sus veinte años, Massimilla no había inmolado sin grandes remordimientos sus escrúpulos religiosos al amor; pero había sido desarmada lentamente y deseaba realizar aquel casamiento del corazón, tan alabado por su madre, en el momento en que Emilio tendía su bella y noble mano, larga, aterciopelada, blanca, rematada por unas uñas bien dibujadas y coloreadas como si hubiese recibido de Asia un poco del *henné* que sirve a las mujeres de los sultanes para teñírselas de vivo color rosa. Una desgracia ignorada por Massimilla, pero que hacía sufrir cruelmente a Emilio, se había interpuesto singularmente entre ellos. Massimilla, aunque joven, tenía esa majestad que la tradición mitológica atribuye a Juno, única diosa a la que la mitología no ha dado un amante, ya que Diana ha sido amada, y la casta Diana ha amado... Sólo Júpiter no ha perdido su aplomo ante su divina mitad, sobre la cual han sido modeladas muchas «ladies» en Inglaterra. Emilio colocaba a su amada infinitamente elevada para alcanzarla. Acaso un año más tarde se hallaría ya preso de esa noble enfermedad que no ataca más que a los muy jóvenes o a los ya viejos. Pero, como el que sobrepasa el blanco se encuentra tan lejos de él como el dardo que nunca lo alcanza, la duquesa se encontraba entre un marido que se sabía tan lejos del blanco, que ni siquiera se ocupaba de él, y un amante que lo desbordaba tan rápidamente con las blancas alas del ángel, que ya no podía retomar. Feliz por ser amada, Massimilla gozaba del deseo sin imaginar su fin; mientras que su amante, desgraciado en la dicha, llevaba de cuando en cuando por una promesa a su joven amiga al borde de lo

que las mujeres llaman *el abismo*, y se veía obligado a recoger las flores que lo bordean, sin poder hacer otra cosa más que deshojarlas, conteniendo en su corazón una rabia que no osaba expresar. Ambos se habían paseado repitiéndose a la mañana un himno de amor, tal como lo cantaban los pájaros anidados en los árboles. A la vuelta, el joven, cuya situación no puede describirse sino comparándole a esos ángeles a los que los pintores no dan más que una cabeza y alas, se había sentido tan violentamente amoroso, que había puesto en duda el completo afecto de la duquesa, hasta provocar que dijera; «¿Qué prueba es la que quieres?».

Estas palabras habían sido pronunciadas con aire real, y Memmi besaba con ardor aquella bella mano ignorante. De pronto, se levantó furioso contra sí mismo, y dejó a Massimilla. La duquesa quedóse en su indolente postura sobre el sofá, pero lloró, preguntándose en qué, siendo bella y joven, desagradaba a Emilio. Por su parte, el pobre Memmi daba con la cabeza contra los árboles, como una corneja. Un criado buscaba en aquel momento al joven veneciano, y corría tras él para entregarle una carta llegada por correo urgente.

Marco Vendramín, nombre que en el dialecto veneciano, en el que se suprimen ciertas finales, se pronuncia igualmente Vendramín, su único amigo, le informaba que Marco Facino Cane, príncipe de Varese, había fallecido en un hospital de París. Así, los Cane Memmi se convertían en príncipes de Varese. A los ojos de los dos amigos, un título sin dinero no significaba nada. Vendramín anunciaba a Emilio, como noticia más importante, el haberse contratado para la Fenice al famoso tenor Genovese y a la célebre Tinti. Sin acabar la carta, que la metió en el bolsillo, arrugándola, Emilio corrió a anunciar a la duquesa Cataneo la gran nueva, olvidando su herencia heráldica. La duquesa ignoraba la singular historia que provocaba la curiosidad de Italia por la Tinti; el príncipe se la contó en pocas palabras. Aquella ilustre cantante había sido una simple sirvienta de albergue, y su maravillosa voz había sorprendido a un gran señor siciliano durante un viaje. La belleza de aquella criatura, que entonces sólo contaba doce años, era digna de su voz, por lo que el gran señor había tenido la constancia de educar a dicha personilla como antaño lo hiciera Luis XV con la señorita de Romans. Había esperado pacientemente que la voz de Clara fuese impostada por un famoso profesor, y que tuviera dieciséis años para disfrutar de todos los tesoros tan laboriosamente cultivados. En su debut del pasado año, la Tinti había hechizado a las tres capitales de Italia más difíciles de satisfacer.

—Bien segura estoy que el gran señor no es mi marido —dijo la duquesa.

Pronto fueron preparados los caballos y la Cataneo partió seguidamente para Venecia, a fin de asistir a la inauguración de la temporada de invierno.

En un hermoso atardecer del mes de noviembre, el nuevo príncipe de Varese atravesaba la laguna de Mestre a Venecia, entre la línea de pilotes con los colores austríacos, que marcan el trayecto autorizado por la aduana para las góndolas. Y mientras contemplaba a la góndola de la Cataneo, conducida por lacayos de librea, surcando las aguas, a un tiro de fusil ante la suya, el pobre Emilio, llevado por un

viejo gondolero que había conducido a su padre en tiempos en que Venecia vivía aún, no podía rechazar las amargas reflexiones que le sugería la investidura de su título.

—¡Qué burla de la fortuna! Ser príncipe y tener mil quinientos francos de renta... ¡Poseer uno de los más bellos palacios del mundo, y no poder disponer de los mármoles, de las escalinatas, de las pinturas, de los sepulcros, que un decreto austríaco había hecho inalienables! ¡Vivir sobre una estacada de pilotes de madera de campeche, estimado en casi un millón, y no tener mobiliario! ¡Ser el dueño de suntuosas galerías y habitar un aposento situado sobre el último friso arabesco construido con mármoles traídos de la Morea, que ya, bajo los romanos, un Memmius había recorrido triunfalmente! ¡Ver en una de las más magníficas iglesias de Venecia las efigies de sus antepasados esculpidas sobre sus tumbas, en preciosos mármoles, en medio de una capilla ornada de pinturas de Ticiano, de Tintoretto, de los dos Palma, de Bellini, de Pablo Veronés, y no poder vender a Inglaterra un Memmi de mármol para procurar pan al príncipe de Varese! Genovese, el famoso tenor, obtendrá, en una temporada, mediante sus gorjeos, un capital con cuya renta viviría feliz un vástago de los Memmius, senadores romanos, tan antiguos como los César y los Sila... Genovese puede fumar una «houka» de las Indias, y el príncipe de Varese no puede consumir cigarros a discreción...

Y con la misma lanzó la colilla del suyo al mar.

El príncipe de Varese hallaba sus cigarros en casa de la Cataneo, a quien quisiera llevar las riquezas del mundo; la duquesa estudiaba todos sus caprichos, y se sentía feliz satisfaciéndoselos... Allí era preciso hacer su única comida, la cena, pues su dinero lo empleaba en vestuario y en el abono en la Fenice. Y todavía se veía obligado a destinar cien francos por año al viejo gondolero de su padre, quien, para poder llevarle por ese precio, vivía solamente de arroz... Y, en fin, había también que pagar las tazas de café que todas las mañanas tomaba en el *Florian*, para sostenerse hasta la noche en una excitación nerviosa con cuyo abuso esperaba morir, como Vendramín contaba, por su parte, con el opio.

—¡Y soy príncipe!

Diciéndose esto último, Emilio Memmi arrojó a la laguna, sin terminar su lectura, la carta de Marco Vendramín, en cuya agua quedó flotando como una barquichuela de papel lanzada por un niño.

—Pero Emilio —prosiguió— no tiene más que veintitrés años. Vale más así que lord Wellington gotoso, que el Regente paralítico, que la familia imperial de Austria atacada por grave dolencia, que el rey de Francia...

Mas, al pensar en el rey de Francia, la frente de Emilio se frunció, amarilleose su tez marfileña, y lágrimas rodaron en sus negros ojos, humedeciendo las largas pestañas; se alisó, con mano digna de ser pintada por Ticiano, su espesa cabellera negra, y volvió a dirigir la mirada a la góndola de la Cataneo.

—La mofa que se permite la suerte conmigo, se vuelve a encontrar aún en mi amor —se dijo—. Mi corazón y mi imaginación están llenos de tesoros, y Massimilla

los ignora; ella es florentina y me abandonará. ¡Estar helado a su lado, cuando su voz y su mirada provocan en mí sensaciones celestes! ¡Viendo su góndola a algunos centenares de palmos de la mía, me parece que me pone un hierro candente en el corazón! Un fluido invisible corre por mis nervios y los abrasa, una nube se extiende en mis ojos, me parece que el aire tiene el color que solía en Rivalta, cuando el crepúsculo pasaba a través de una cortina de seda roja, y que, sin que ella me viese, yo la admiraba ensoñadora y sonriente, con la sutilidad de la Monna Lisa de Leonardo. O un pistoletazo acabará con Mi Alteza o el descendiente de los Cane seguirá el consejo de su viejo Carmagnola: nos haremos marineros, piratas, y nos divertiremos viendo cuánto tiempo tardamos en ser colgados.

El príncipe encendió otro cigarro y contempló las volutas de su humo lanzado al viento, como para ver en sus caprichos una repetición de su último pensamiento. Desde lejos, distinguía ya las puntas moriscas de los ornamentos que remataban su palacio, y de nuevo se tornó triste. La góndola de la duquesa había desaparecido en el Canareggio. Las fantasías de una vida novelesca y peligrosa, adoptada como desenlace de su amor, se apagaron con su cigarro, y la góndola de su amiga no le señalaba ya su camino. Vio entonces el presente tal como era: un palacio sin alma, un alma sin acción sobre el cuerpo, un principado sin dinero, un cuerpo vacío y un corazón colmado... mil desesperantes antítesis. El infortunado lloraba a su vieja Venecia, como la lloraba aún más amargamente Vendramín, pues un mutuo y profundo dolor y una misma suerte habían engendrado una mutua y viva amistad entre los dos jóvenes, despojados de dos ilustres familias. Emilio no pudo evitar pensar en los días en que el palacio Memmi vomitaba raudales de luz por todas sus ventanas y resonaba con músicas llevadas a lo lejos sobre la onda adriática; en que se veían atadas centenares de góndolas en sus pilotes, y se escuchaba, sobre su escalinata principal, besada por las aguas, a las elegantes máscaras y a los dignatarios de la República acudiendo en masa; en que la gran sala de los festines, provista de placenteras mesas, y sus galerías de aéreo contorno, repletas de música, parecían contener a toda Venecia yendo y viniendo por las escalinatas restallantes de risas... El cincel de los mejores artistas había esculpido de siglo en siglo el bronce que soportaba entonces los jarrones de largo cuello o ventrudos, comprados en China, y los candelabros de mil bujías. Cada país había suministrado su parte del lujo que ornamentaba paredes, techos y suelos. Hoy, aquellas paredes, despojadas de sus magníficos rasos y tapices, y los tristes techos y suelos, se callaban y lloraban. Ya no más alfombras de Turquía y Persia, ni candelabros y arañas festoneados de flores, ni estatuas, ni cuadros, ni alegría y júbilo, ni dinero, ese gran vehículo del goce y del disfrute... Venecia, aquella Londres de la Edad Media, se desmoronaba piedra a piedra, hombre a hombre. El siniestro verdor que el mar mantenía acariciando los cimientos del palacio, era ahora a los ojos del príncipe como una negra franja que la naturaleza le prendía en señal de muerte. ¡Y, en fin, un gran poeta inglés había venido a abatirse sobre Venecia al igual que un cuervo sobre un cadáver, para graznarle en

poesía lírica, en ese primero y último lenguaje de las sociedades, las estrofas de un *De profundis*! ¡Poesía inglesa lanzada a la frente, al frontispicio de una ciudad que había concebido y parido la poesía italiana!... ¡Pobre Venecia!

Juzgad, pues, cuál debió ser el asombro de un joven absorbido por tales pensamientos, en el momento en que Carmagnola exclamó:

—¡Alteza Serenísima, el palacio arde, o los antiguos dogos han regresado...!
¡Hay luces en los ventanales de la galería alta!

El príncipe Emilio creyó que el toque de una varita mágica había realizado su sueño. A la caída de la noche, el viejo gondolero pudo, sujetando su embarcación en el primer peldaño de una escalinata, atracar a su joven señor sin que fuese visto por ninguna de las personas atareadas en el palacio, algunas de las cuales zumbaban en el descansillo como abejas a la entrada de una colmena. Emilio se deslizó bajo el inmenso peristilo en el que se desplegaba la más bella escalinata de Venecia, y la franqueó prestamente, para conocer la causa de aquella singular aventura. Todo un mundo de obreros se apresuraba a ultimar el amueblamiento y la decoración del palacio. El primer piso, digno del antiguo esplendor de Venecia, ofrecía a sus miradas las cosas tan bellas que Emilio soñaba momentos antes, y el hada las había dispuesto con el más exquisito gusto. Un esplendor digno de los palacios de un rey advenedizo destellaba hasta en los menores detalles. Emilio se paseó por los aposentos sin que nadie le hiciera la menor observación, yendo de sorpresa en sorpresa. Curioso por ver lo que sucedía en el segundo piso, subió, y lo encontró completamente amueblado. Los desconocidos encargados por el encantador de renovar los prodigios de *Las mil y una noches* en favor de un pobre príncipe italiano, reemplazaban algunos muebles mezquinos traídos en los primeros momentos. El príncipe Emilio llegó a su dormitorio, que le sonrió como una concha de la que hubiese surgido Venus. Estaba aquella habitación tan deliciosamente bella, tan coquetonamente engalanada, tan plena de graciosos hallazgos, que se sumió en una poltrona de madera dorada, ante la cual se había servido en preciosa mesa, la más sabrosa y delicada cena fría; y, sin más, se puso a comer.

—No veo a nadie en el mundo más que a Massimilla capaz de haber ideado esta fiesta. Ha sabido que yo era príncipe; el duque Cataneo acaso ha muerto dejándola sus bienes, con lo cual hela dos veces más rica, se casará conmigo, y...

Y comió como para hacerse odiar por un millonario enfermo que le hubiera visto devorando aquella cena, y bebía a torrentes un excelente vino de Oporto.

—Ahora me explico el airecillo que ha empleado ella al decirme: *¡Hasta esta noche!* Puede ser que venga a desembrujarme. ¡Qué lecho tan magnífico, y, qué preciosa lámpara a su lado!... ¡Bah, una daga florentina!

Existen algunos organismos muy fuertes en los cuales la felicidad o la desgracia extremas producen un efecto soporífero. Así, en un hombre bastante poderoso para idealizar a una amante hasta el extremo de no ver la mujer, la llegada demasiado súbita de la fortuna debía producir el efecto de una dosis de opio. Cuando el príncipe

hubo bebido una botella de vino de Oporto, comido la mitad de un pescado y algunos trozos de un asado francés, experimentó un intenso deseo de acostarse. Acaso se encontraba bajo los efectos de una doble embriaguez. Apartó él mismo el cobertor y las sábanas, se desnudó en un hermoso tocador, y se tendió en el lecho, para reflexionar sobre su destino.

—He olvidado al pobre Carmagnola —se dijo—, pero mi cocinero y mi bodeguero se ocuparán a buen seguro de su persona.

En aquel momento, una camarera entró retozonamente, canturreando un aria del *Barbero de Sevilla*, y puso sobre una silla prendas de mujer, una combinación completa de noche, diciendo a media voz:

—¡Ya llegan!

Algunos instantes después apareció en efecto una mujer joven vestida a la francesa, y que podía ser tomada por el original de algún fantástico grabado inglés inventado para un *Forget me not*^[5], una *Belle assemblée*^[6] o un *Book of Beauty*^[7]. El príncipe se estremeció de temor y de placer, pues, como sabéis, amaba a Massimilla. Mas, a pesar de aquella fe de amor que le abrasaba, y que antaño inspiró cuadros a España, Vírgenes a Italia, estatuas a Miguel Ángel, y las puertas del Baptisterio a Ghiberti, la voluptuosidad le apretaba con sus mallas, y el deseo le agitaba sin verter en su corazón esa cálida esencia etérea que le infundía una mirada o el menor pensamiento de la Cataneo. Su alma, su corazón, su razón, toda su voluntad se negaba a la infidelidad; pero la brutal y caprichosa infidelidad dominaba su alma... Aquella mujer no venía sola.

El príncipe percibió uno de esos personajes en los que nadie quiere creer, en cuanto se les hace pasar del estado real, en que los admiramos, al estado fantástico de una descripción más o menos literaria. Como el de los napolitanos, el atuendo del desconocido comportaba cinco colores, caso de admitirse como color el negro del sombrero: el pantalón era oliva, el chaleco encarnado destellaba de dorados botones, la levita tiraba a verde y la lencería llegaba al amarillo. El tal hombre parecía haberse empeñado en justificar al napolitano que Gerolamo pone siempre en escena en su teatro de marionetas. Sus ojos parecían de vidrio. La nariz, en as de trébol, sobresalía horriblemente, cubriendo por lo demás, con pudor, un agujero que sería injurioso para cualquiera el ser denominado boca, y en el que se mostraban tres o cuatro defensas blancas dotadas de movimiento, que se situaban por sí mismas una entre otra. Las orejas se doblegaban bajo su propio peso, prestando a aquel ente una singular semejanza con el perro. La tez, sospechosa de contener diversos metales infusos en la sangre por prescripción de algún Hipócrates, tenía un tono negruzco. La puntiaguda frente, mal oculta por cabellos lisos y ralos, y que caían como los filamentos del vidrio soplado, coronaba con rugosidades rojizas un desabrido rostro. En fin, aunque flaco y de estatura corriente, aquel caballero tenía los brazos largos y anchas las espaldas; a pesar de tal cúmulo de horrores, y a pesar de que aparentaba setenta años, no estaba falto de cierta majestad ciclópea; poseía modales aristocráticos y en su

mirada la seguridad del rico.

Para quienquiera que hubiera tenido el ánimo bastante firme para observarle, su historia estaba escrita por las pasiones en aquella noble arcilla tornada fangosa. Se habría adivinado al gran señor, que, rico desde su juventud, había vendido su cuerpo al desenfreno, para obtener excesivos placeres. Y el desenfreno había destruido a la criatura humana para hacer otra a su uso. Millares de botellas habían pasado bajo los arcos teñidos de púrpura de aquella grotesca nariz, dejando su poso sobre los labios. Largas y fatigosas digestiones se habían llevado los dientes. Los ojos habían palidecido a la luz de las mesas de juego. La sangre se había cargado de gérmenes impuros que habían alterado el sistema nervioso. El funcionamiento de las fuerzas digestivas había absorbido la inteligencia. En fin, el amor había disipado la brillante cabellera del joven. Como ávido heredero, cada vicio había señalado su parte en el cadáver aún con vida. Cuando se observa la naturaleza, se descubre en ella las chanzas de una ironía superior: ha colocado, por ejemplo, a los sapos junto a las flores, como lo estaba el duque al lado de aquella rosa de amor.

—¿Tocaréis el violín esta noche, mi querido duque? —dijo la mujer descorriendo la cortina y dejando caer un magnífico cortinón sobre la puerta.

—¡Tocar el violín! —se dijo el príncipe Emilio—. ¿Qué querrá decir? ¿Qué se ha hecho de mi palacio? ¿Estoy despierto? Heme en el lecho de esa mujer, quien se cree en su casa... ¡Ahora se quita la mantilla! ¿Es que habré fumado opio, como Vendramín, y estoy en medio de uno de esos sueños en los que ve Venecia tal como era hace trescientos años?

Sentada ante su tocador iluminado por bujías, la desconocida deshacía sus adornos con el aire más tranquilo del mundo.

—Llamad a Julia, pues estoy impaciente por desnudarme —dijo.

En este momento, el duque se percató de que la cena había sido atacada, miró en torno a la habitación y vio el pantalón del príncipe sobre una butaca próxima al lecho.

—¡No llamaré, Clarina! —dijo con cascada voz el furioso duque—, ¡No tocaré el violín ni esta noche, ni mañana, ni nunca...!

—¡La, la, la, la! —cantó Clarina en una sola nota, pasando cada vez de una octava a otra con la agilidad del ruseñor.

—A pesar de esa voz que pondría celosa a tu patrona Santa Clara, sois demasiado impúdica, ¡señora bribona!

—No me habéis educado para escuchar semejantes palabras —replicó ella con orgullo.

—¿Os he enseñado acaso a tener a un hombre en vuestra habitación? ¡No merecéis ni mis favores ni mi odio...!

—¡Un hombre en mi lecho! —exclamó Clarina, volviéndose vivamente.

—Y que se ha comido familiarmente vuestra cena, como si estuviera en su casa —añadió el duque.

—¿Pero es que no estoy acaso en mi casa? —prorrumpió Emilio—. Soy el

príncipe de Varese, y este palacio es el mío.

Y en diciendo estas palabras, Emilio se incorporó quedando sentado y mostrando su bella y noble cabeza veneciana en medio de las pomposas pañerías de la cama. De buenas a primeras, la Clarina se echó a reír con una de esas risas locas que atacan a las muchachas cuando topan con una imprevisible aventura cómica. Aquella risa tuvo un fin, cuando reparó en el joven, quien, ha de decirse, era extraordinariamente guapo, aunque poco vestido. Y la misma rabia que mordía a Emilio la apresó, y, como no amaba a nadie, ninguna razón contuvo su fantasía de siciliana enamorada.

—Si este palacio es el palacio Memmi, Vuestra Alteza serenísima deberá prepararse a abandonarlo —dijo el duque, adoptando el tono frío e irónico de un hombre cortés—. Yo estoy aquí en mi casa...

—Sabed, señor duque, que vos estáis en mi habitación y no en la vuestra —intervino Clarina, saliendo de su letargo. Si tenéis sospechas sobre mi virtud, os ruego me dejéis los beneficios de mi delito...

—¡Sospechas! Decid más bien certidumbre, amiga mía...

—Os juro —replicó Clarina— que soy inocente.

—¿Pues qué es lo que veo en el lecho? —repuso a su vez el duque.

—¡Ah, viejo brujo, si tú crees lo que ves más que lo que yo afirmo —gritó Clarina— es que no me amas! ¡Véte y no me rompas más los oídos! ¿Me oís...? ¡Salid de aquí, señor duque! Este joven príncipe os devolverá el millón que os he costado, si tanto apego tenéis al dinero.

—Yo no devolveré nada —dijo Emilio en voz muy queda.

—¡Eh!, no tenemos nada que devolver; un millón es poco para tener a Clarina Tinti cuando se es tan feo... Ea, salid ya —dijo ella al duque—. Vos me habéis despedido, y yo a mi vez os despido; así, pues, estamos en paz.

Y ante un gesto del viejo duque, que parecía querer resistir a tal orden apelada con una actitud digna del papel de Semíramis, con el cual había adquirido la Tinti su inmensa reputación, la *prima donna* se abalanzó sobre el viejo mono y le puso a la puerta, diciendo:

—Si no me dejáis tranquila esta noche, no volveremos a vernos jamás. Y mi *jamás* vale tanto como el vuestro.

—¡Tranquila! —exclamó el duque, dejando escapar una risa amarga—. Me parece, querida, que es *agitata* como os dejo...

El duque salió. Aquella cobardía no sorprendió a Emilio. Todos aquellos que se han acostumbrado a algún gusto particular, escogido en todos los efectos del amor, y que concuerda con su naturaleza, saben que consideración alguna detiene a un hombre habituado a una pasión. La Tinti brincó como un cervatillo de la puerta al lecho.

—¡Príncipe, pobre, joven y bello! ¡Esto es un cuento de hadas!... —dijo.

La siciliana se plantó sobre el lecho con una gracia que recordaba el ingenuo abandono del animal, el de la planta hacia el sol, o el agradable movimiento de vals

por el cual se entregan al viento los ramajes. Mientras soltaba los puños de su vestido se puso a cantar, no con la voz destinada a los aplausos del teatro de la Fenice, sino con la turbada por el deseo. Su canto fue una brisa que llevaba al corazón las caricias del amor. Miraba de soslayo a Emilio, tan confuso como ella; pues, aquella mujer de teatro no tenía ya la audacia que le habían animado los ojos, los ademanes y la voz al despedir al duque; no, ahora era humilde como la cortesana amorosa.

Para imaginarse a la Tinti, habría que haber visto a una de las mejores cantantes francesas en su debut en *Il Fazzoletto*^[8], ópera de García que los italianos representaban entonces en el teatro de la calle Louvois; era tan bella, que un pobre guardia de corps, no habiendo logrado que le escuchara, se suicidó desesperado. La prima donna de la Fenice ofrecía la misma fina inteligencia de expresión, la misma elegancia de formas e igual juventud, pero la superaba en ese cálido color de Sicilia que doraba su belleza; además, su voz era más pastosa; y, en fin, tenía ese aire augusto que distingue los contornos de la mujer italiana. La Tinti, cuyo nombre tiene tanta semejanza con el que se forjó la cantante francesa, tenía diecisiete años, y el pobre príncipe veintitrés. ¿Qué mano burlona se había complacido en lanzar así el fuego tan cerca de la pólvora? Una habitación embalsamada, revestida de seda de suave matiz, brillante de bujías, un lecho de encajes, un palacio silencioso, Venecia, dos juventudes, dos bellezas... ¡todos los faustos reunidos!

Emilio tomó sus pantalones, saltó fuera del lecho, metiose en el tocador, se vistió, volvió y se dirigió precipitadamente hacia la puerta.

He aquí lo que se había dicho al vestirse:

—Massimilla, cara descendiente de los Doni, en quienes la belleza de Italia se ha conservado hereditariamente, tú que no desmientes el retrato de Margarita, uno de los raros lienzos enteramente pintados por Rafael para su gloria, mi bella y santa amada, ¿no sería merecerte huir de este abismo de flores? ¿Sería digno de ti si profanase un corazón que té pertenece por entero? ¡No, no caeré en la trampa vulgar que me tienden mis sentidos revueltos! ¡A esta muchacha, su duque; a mí, mi duquesa!

Mas en el momento en que alzaba el cortinón de la puerta, oyó un gemido. El heroico amante se volvió, y vio a la Tinti que, prosternada y con la cabeza sobre el lecho, ahogaba en él sus sollozos. ¿Lo creeríais? La cantante estaba más bella de rodillas, con el rostro oculto, que confusa y resplandeciéndole. Sus cabellos sueltos sobre sus hombros, su postura de Magdalena, el desorden de sus vestidos desgarrados, todo ello había sido compuesto por el diablo, quien, como sabéis, es un gran colorista. El príncipe tomó del talle a aquella pobre Tinti, quien se le escapó como una culebra y se enroscó en torno a uno de sus pies, el cual oprimió muellemente su adorable carne.

—¿Me explicarás —dijo sacudiendo su pie para retirarlo de la muchacha— cómo te encuentras en mi palacio... cómo el pobre Emilio Memmi...?

—¡Emilio Memmi! —exclamó la Tinti, alzándose—. ¿No te decías príncipe?

—Príncipe desde ayer.

—¡Tú amas a la Cataneo! —dijo la Tinti, mirándole de arriba abajo.

Emilio enmudeció, al ver a la prima donna que sonreía en medio de sus lágrimas.

—¡Vuestra Alteza ignora —prosiguió la cantante— que quien me ha educado para el teatro, que ese duque... es el mismo Cataneo; y vuestro amigo Vendramín, creyendo servir vuestros intereses, le ha alquilado este palacio durante el tiempo de mi contrato en la Fenice, por mil escudos...! Querido ídolo de mi deseo —añadió, tomándole de una mano y atrayéndole hacia sí—, ¿por qué huyes de aquella por cuyos favores muchas personas estarían dispuestas a romperse la crisma? Mira, el amor será siempre el amor... En todas partes es semejante a sí mismo; es como el sol de nuestras almas, al que uno se calienta por doquier brilla... y nosotros estamos aquí, en pleno mediodía. Si mañana no estás contento, ¡mátame! ¡Mas yo viviré... pues soy furiosamente bella!

Emilio resolvió quedarse. Y en cuanto hubo consentido con un ademán de la cabeza, el movimiento de alegría que agitó a la Tinti le pareció iluminado por un resplandor brotado del infierno. Jamás el amor había tomado, a sus ojos, una expresión tan grandiosa. En aquel momento, Carmagnola lanzó fuera un fuerte silbido.

—¿Qué puede querer de mí? —se dijo el príncipe.

Y, vencido por el amor, no escuchó los reiterados silbidos del gondolero...

Si no habéis viajado por Suiza, leeréis acaso con agrado esta descripción, y si habéis escalado aquellos Alpes, no recordaréis sus accidentes sin emoción. En aquel sublime país, en el seno de una roca partida en dos por una cañada, camino tan ancho como la avenida de Neuilly en París, pero de una profundidad de cien toesas y resquebrajado de barrancos, se encuentra una corriente de agua caída bien sea del San Gotardo o del Simplón, o de una cima alpestre cualquiera, que desemboca en una vasta poza, de una profundidad de no sé cuántas brazas y una anchura de varias toesas, orillada de melladas paredes de granito desde las cuales se ven prados, en los que se alzan abetos, gigantescos abedules, y brotan también fresas y violetas silvestres; a veces se topa una casita de campo en cuyas ventanas aparece el lozano rostro de una rubia suiza; según los aspectos del cielo, el agua de esa poza es azul o verde, mas con el azul de un zafiro, y con el verdor de una esmeralda; pues bien, nada en el mundo representa al viajero más indiferente, al diplomático más presuroso, al tendero más fondón, las ideas de profundidad, de calma, de inmensidad, de celeste afecto, de dicha eterna, como aquel líquido diamante al que la nieve venida de las más altas cimas fluye en agua límpida por un cauce natural, oculto bajo los árboles, y horadado en la roca, de donde ella se escapa por una hendidura, sin murmurar; la lámina, que se superpone a la cima, se desliza tan suavemente, que no se nota turbación alguna en la superficie, en la que el carruaje se refleja al paso como en un espejo. Los caballos reciben ahora un par de latigazos, y se contornea una roca y se enfila un puente; y de pronto ruge un horrible concierto de cascadas atropellándose unas a otras; el torrente, escapado por una furiosa compuerta, se rompe en mil caídas

y se quiebra sobre mil cantos rodados; destella en cien haces contra un peñasco caído de lo alto de la cadena que domina el valle, y cae precisamente en medio de esa cañada que se ha abierto imperiosamente el hidrógeno nitrado, la más respetable de todas las fuerzas vivas.

Si habéis captado bien este paisaje, tendréis en esa agua adormecida una imagen del amor de Emilio por la duquesa, y en las cascadas brincando como un rebaño de carneros, una imagen de su amorosa noche con la Tinti. En medio de esos torrentes de amor, se elevaba una roca contra la cual se rompía la onda. Y el príncipe estaba como Sísifo, siempre bajo la roca.

—¿Qué hace el duque Cataneo con su violín? —se decía—. ¿Es, pues, a él a quien debo esta sinfonía?

Se confió a Clara Tinti.

—Querido niño... (ella había reconocido que el príncipe era un niño), querido niño, ese hombre, que tiene ciento dieciocho años en la parroquia del Vicio y cuarenta y siete nada más en los registros de la Iglesia, no posee en el mundo sino un solo y último goce por el cual siente la vida. Sí, todas las cuerdas están rotas, todo es ruina o harapo en él, el alma, la inteligencia, el corazón, los nervios, todo cuanto produce en el hombre un impulso y le une al cielo por el deseo o por el fuego del placer, y gusta tanto de la música no por ella en sí, sino por un efecto tomado a sus innumerables efectos, empeñándose en un acorde perfecto entre dos voces, o entre una voz y la cantarela de su violín. El viejo mono se sienta sobre mí y toma su violín; toca bastante bien, le arranca sonidos; yo trato de imitarlos, y, cuando llega el momento, tanto tiempo buscado, en que es imposible distinguir en la masa sonora el sonido del violín de la nota salida de mi garganta, ese vejestorio cae en éxtasis, sus muertos ojos lanzan sus últimos fulgores, es feliz, y rueda por el suelo como un borracho. Por eso ha pagado a Genovese tan caro. Genovese es el único tenor que puede a veces concordar con el timbre de mi voz. O nos aproximamos realmente ambos una o dos veces por velada, o el duque se lo imagina; y por ese imaginario placer, ha contratado a Genovese; Genovese le pertenece. Ningún director de teatro puede hacer cantar a ese tenor sin mí, ni hacerme a mí cantar sin él. El duque me ha educado para satisfacer tal capricho, y yo le debo mi talento, mi belleza, y, sin duda, mi fortuna. Morirá en cualquier ataque de perfecto acorde. El sentido del oído es el único que ha sobrevivido en el naufragio de sus facultades, siendo el hilo que aún le ata a la vida. De ese tronco podrido, se lanza un brote vigoroso. Según me han dicho, hay muchos hombres en tal situación... ¡que la Virgen los proteja! ¡Tú no estás en el caso!... Tu puedes todo lo que quieres y todo lo que yo quiero, lo sé.

Hacia la mañana, el príncipe Emilio salió quedamente de la habitación, y encontró a Carmagnola tumbado atravesando la puerta.

—Alteza —dijo el gondolero—, la duquesa me había ordenado que os entregara este billete.

Tendió a su señor un bello papelito triangularmente plegado. El príncipe se sintió

desfallecer, y volvió a entrar en la habitación, dejándose caer sobre un sofá, pues su vista estaba turbada y sus manos temblaban al leer la misiva, cuyo contenido decía:

Querido Emilio, vuestra góndola se ha detenido en vuestro palacio. ¿No sabéis, pues, que Cataneo lo ha alquilado para la Tinti? Si me amáis, id esta noche a casa de Vendramín, quien me dice os ha preparado un aposento. ¿Qué debo hacer yo? ¿Quedar en Venecia en presencia de mi marido y de su cantante? ¿O debemos ambos volver juntos al Friul? Respondedme con unas palabras, aunque no sea sino para decirme qué carta era la que arrojasteis a la laguna.

Massimilla Doni.

La escritura y el perfume del papel despertaron mil recuerdos en el alma del joven veneciano. El sol del amor único proyectó su vivo resplandor sobre la onda azul venida de lejos, amasada en el abismo sin fondo, y que brilló como una estrella. El noble joven no pudo retener las lágrimas que brotaron de sus ojos en abundancia; pues, en la languidez que le había dejado la fatiga de los sentidos ahítos, se sintió sin fuerzas contra el choque de aquella pura divinidad. En su dormitar, la Clarina oyó los sollozos, y al incorporarse vio a su príncipe en una actitud dolorosa, y se precipitó a sus rodillas, abrazándolas.

—Sigo esperando la respuesta —dijo Carmagnola, alzando el cortinón.

—¡Infame, tú me has perdido! —clamó Emilio, levantándose, sacudiendo con el pie a la Tinti.

Ella le estrechaba con tanto amor, implorando una explicación con una mirada de samaritana desconsolada, que Emilio, furioso por verse todavía enredado en aquella pasión que le había hecho desdecirse, rechazó a la cantante con brutal puntapié, al par que barbotaba:

—¿No me has dicho que te matara? ¡Muere, pues, bestia venenosa!

Acto seguido salió del palacio y saltó a su góndola.

—¡Rema! —ordenó a Carmagnola.

—¿A dónde? —dijo el viejo.

—A donde quieras.

El gondolero adivinó a su amo y le condujo con mil rodeos al Canareggio, ante la puerta de un maravilloso palacio que admiraréis cuando vayáis a Venecia, pues ningún extranjero ha dejado de detener allí su góndola a la vista de aquellas ventanas todas con ornamentos diversos, en mutua disputa de fantasía, de los balcones y miradores labrados y laborados como los encajes más enrevesados, al ver las rinconadas rematadas por largas columnas esbeltas y retorcidas, y observar los basamentos y tongadas hurgados por un cincel tan caprichoso, que no se halla figura alguna semejante en los arabescos de cada piedra. ¡Cuán admirable la puerta, y cuán misteriosa la larga bóveda en arco que conduce a la escalinata principal! ¡Y quién no admiraría los peldaños en los que el arte inteligente ha clavado, para todo el tiempo

que vivirá Venecia, una magnífica alfombra cual si fuese persa, pero compuesta de piedras de mil contornos incrustadas en un mármol de incomparable albura...! Os deleitaréis con las deliciosas fantasías que ornán las cunas, doradas como las del palacio ducal, y que rampan sobre vosotros, de manera que las maravillas del arte están bajo vuestros pies y sobre vuestras cabezas. ¡Qué dulces sombras, qué silencio, qué frescor! ¡Mas qué gravedad en aquel viejo palacio, donde, por complacer tanto a Emilio como a su amigo Vendramín la duquesa había reunido antiguos muebles venecianos, y manos hábiles habían restaurado los techos! Venecia revivía allí por entero. El lujo no era tan sólo noble, sino instructivo. El arqueólogo habría encontrado de nuevo allí los modelos de lo bello tal como los producía la Edad Media, que tomó sus ejemplos en Venecia. Veíanse los primeros techos con planchas cubiertas de dibujos floreados en oro sobre fondos coloreados, o en colores sobre fondo de oro, y los de estucos dorados, que, en cada esquina, ofrecían una escena con diversos personajes, y en medio los más bellos frescos; género tan ruinoso, que el Louvre no posee sino dos, habiendo retrocedido Luis XIV, con todo su fasto ante tales profusiones, para Versalles. Por doquier el mármol, la madera y los tejidos habían servido de material a obras preciosas. Emilio empujó una puerta de roble tallado, atravesó la larga galería que en los palacios venecianos se extienden en cada piso de uno a otro extremo, y llegó ante otra puerta bien conocida, que le hizo latir con más fuerza el corazón. Al verle, la dama de compañía salió de un inmenso salón, y le introdujo a un gabinete de trabajo, en el que encontró a la duquesa arrodillada ante una Virgen. Él venía a acusarse y a pedir perdón. Massimilla, orando, le transformó. ¡Él y Dios, nada más en aquel corazón! La duquesa se alzó sencillamente, y tendió su mano a su amigo, quien no la tomó.

—¿No os encontró, pues, ayer Gianbattista? —le preguntó ella.

—No.

—¡Ese contratiempo me ha hecho pasar una noche cruel! ¡Temía tanto que tropezarais con el duque, cuya perversidad me es tan conocida! ¡Vaya idea la que ha tenido Vendramín en alquilarle vuestro palacio!

—Una buena idea, Milla, pues tu príncipe no es precisamente rico.

Massimilla estaba tan confiadamente bella, tan magnífica de hermosura, tan calmada por la presencia de Emilio, que en aquel momento el príncipe experimentó, del todo despierto, las sensaciones de ese sueño cruel que atormenta a las imaginaciones vivas, y en el cual, tras haber llegado a un baile lleno de mujeres deliciosamente ataviadas, el soñador se ve de repente desnudo, sin camisa siquiera: la vergüenza y el miedo le flagelan alternativamente, y únicamente el despertar le libera de sus angustias. El alma de Emilio se encontraba en tal estado ante su amada. Hasta entonces, aquella alma había estado revestida de las más bellas flores del sentimiento; el desenfreno la había puesto en un estado innoble, y él sólo lo sabía; pues la bella florentina otorgaba tantas virtudes a su amor, que el hombre amado por ella debía ser incapaz de contraer la menor mancha. Como Emilio no había aceptado su mano, la

duquesa se levantó para pasar sus dedos por los cabellos que había besado la Tinti. Sintió la mano de Emilio húmeda, y le vio la frente sudorosa.

—¿Qué tenéis? —le dijo con voz a la que la ternura dio el dulzor de una flauta.

—No he sabido nunca hasta este momento la profundidad de mi amor —respondió Emilio.

—Bueno, querido ídolo, ¿qué es lo que quieres? —dijo ella.

—¿Qué habré hecho para provocar estas palabras? —pensó.

—Emilio, ¿qué carta fue la que lanzaste a la laguna?

—La de Vendramín, que no acabé de leer, pues de lo contrario no me habría encontrado en mi palacio con el duque, pues, sin duda, en ella me contaba la historia.

Massimilla palideció, mas un gesto de Emilio la tranquilizó.

—Quédate conmigo todo el día, e iremos juntos al teatro; no partamos a Friul; tu presencia me ayudará, sin duda, a soportar la de Cataneo —dijo Massimilla.

Aunque ello debiera ser una continua tortura de alma para el amante, consintió aparentemente satisfecha. Si algo puede dar una idea de lo que experimentarán los condenados viéndose tan indignos de Dios, ¿no es el estado de un joven todavía puro ante una venerada amante, cuando se siente en los labios el sabor de la infidelidad, cuando lleva al santuario de la divinidad adorada la apestada atmósfera de una cortesana? Baader, que explicaba en sus lecciones las cosas celestes por comparaciones eróticas, había sin duda observado, como los escritores católicos; la gran semejanza existente entre el amor humano y el amor del cielo. Esos sufrimientos vertieron un tinte melancólico sobre los placeres que gozó el veneciano al lado de su amada. El alma de una mujer tiene increíbles aptitudes para armonizar con los sentimientos; se colorea con el color, vibra con la nota que aporta un amante; la duquesa se tornó, pues, pensativa. Los irritantes sabores que prende la sal de la coquetería, están tan lejos de activar el amor como esa dulce conformidad de emociones. Los esfuerzos de la coquetería indican demasiado una separación, y, aunque momentánea, desagrada; mientras que esa repartición simpática anuncia una constante fusión de almas. Así, el pobre Emilio se sintió enternecido por la silenciosa adivinación que hacía llorar a la duquesa por una falta desconocida. Sintiendo más fuerte y viéndose inatacada por el lado sensual del amor, la duquesa podía ser acariciadora; desplegaba con audacia y confianza su alma angélica, la ponía al desnudo, como durante aquella noche diabólica la vehemente Tinti había mostrado su cuerpo de mórbidos contornos, de carne elástica y apretada. A los ojos de Emilio, había allí como una justa entre el santo amor de esta alma blanca y el de la nerviosa y bravía siciliana. Aquella jornada fue empleada, pues, en largas miradas cambiadas tras profundas reflexiones.

Cada uno de ellos sondeaba su propia ternura y la hallaba infinita, seguridad que les sugería dulces palabras. El Pudor, esa divinidad que, en un momento de olvido con el Amor, concibió la Coquetería, no habría tenido necesidad de ponerse la mano sobre los ojos al ver a estos dos amantes. Por toda voluptuosidad, por extremo deleite,

Massimilla tenía la cabeza de Emilio sobre su seno, y algunos momentos se aventuraba a imprimir sus labios sobre los suyos, mas de la misma manera que un ave mete su pico en el agua pura de una fuente, mirando con timidez si es visto. El pensamiento de ambos desarrollaba ese beso como un músico desarrolla un terna con los infinitos recursos de la música, y producía en ellos resonancias tumultuosas, ondeantes, que les enfebrecían. A buen seguro que la idea será siempre más violenta que el hecho; de otro modo, el deseo sería menos bello que el placer, y es más poderoso, lo engendra. Así se sentían plenamente felices, pues el goce de la felicidad la aminora siempre. Desposados en el cielo solamente, los dos amantes se admiraban bajo su más pura forma, la de dos almas inflamadas y unidas en la luz celeste, espectáculos radiantes para los ojos que ha tocado la fe, fértiles, sobre todo, en deleites infinitos, y que el pincel de Rafael, Ticiano y Murillo han sabido expresar, y que, viendo sus composiciones, vuelven a hallar quienes los han experimentado. Los groseros placeres prodigados por la siciliana, prueba material de esta angélica unión, ¿no deben ser desdeñados por los espíritus superiores?

El príncipe se decía estos hermosos pensamientos hallándose abatido en divina languidez sobre el fresco, albo y flexible pecho de Massimilla, bajo los cálidos rayos de sus ojos de largas y brillantes pestañas, y se perdía en el infinito de aquel libertinaje ideal. En aquellos momentos Massimilla se convertía en una de esas vírgenes celestes vislumbradas en sueños, que el canto del gallo hace desaparecer, pero que uno las reconoce en el seno de su esfera luminosa, en algunas obras de los gloriosos pintores del cielo.

Por la tarde, los dos amantes fueron al teatro. Así transcurre la vida italiana: por la mañana, amor; por la tarde, la música; durante la noche, sueño. ¡Cuán preferible es ésta existencia a la de los países en los que cada cual emplea sus pulmones y sus fuerzas en politiquear, sin que uno sólo sea capaz de cambiar la marcha de las cosas, como un grano de arena no puede hacer el polvo! La libertad, en estos singulares países, consiste en porfiar sobre la cosa pública, en guardarse a sí mismo, en disiparse en mil ocupaciones patrióticas más necias las unas que las otras, en cuanto derogan al noble y santo egoísmo que engendra todas las grandes cosas humanas. En Venecia, por el contrario, el amor y sus mil lazos, una dulce ocupación de las alegrías y goces reales toma y envuelve el tiempo. En este país, el amor es cosa tan natural, que la duquesa estaba considerada como una mujer extraordinaria, pues todos estaban convencidos de su pureza, a pesar de la violencia de la pasión de Emilio. Así, las mujeres compadecían sinceramente a aquel pobre joven, que pasaba por víctima de la santidad de quien él amaba. Nadie osaba, por lo demás, censurar a la duquesa; pues, en Italia, la religión es una potencia tan venerada como el amor.

Todas las tardes, en el teatro, el palco de la Cataneo era el primero en ser asaetado por los gemelos, y cada mujer decía a su amigo, mostrando a la duquesa y a su amante:

—¿Dónde están?

El amigo observaba a Emilio, buscaba en él algunos indicios de felicidad, y no le encontraba más que la expresión de un amor puro y melancólico. Y en toda la sala, visitando cada palco, los hombres decían entonces a las mujeres:

—La Cataneo no es todavía de Emilio.

—Hace mal —comentaban las viejas—. Le cansará.

—*¡Forse!*^[9] —respondían las jóvenes, con esa solemnidad que las italianas emplean en decir esa gran palabra que responde a muchas cosas aquí abajo.

Algunas mujeres se arrebataban, considerando aquello como un mal ejemplo, y manifestaban que era entender mal la religión el dejarla ahogar al amor.

—Amad a Emilio, querida —decía en voz muy queda la Vulpato a la duquesa, al encontrarla en la escalinata, a la salida.

—¡Pero si le amo con todas mis fuerzas!

—¿Por qué no tiene entonces el aire feliz?

La duquesa respondía por un ligero movimiento de hombros.

Nosotros no concebíamos en Francia, influida por la manía de las costumbres inglesas, la seriedad que la sociedad veneciana ponía en esta investigación. Únicamente Vendramín conocía el secreto de Emilio, secreto bien guardado entre dos hombres que habían reunido en su casa sus escudos, poniendo sobre ellos la divisa: *Non amici, frates*^[10].

CAPÍTULO II

LOS EXTREMOS GOCES

La apertura de una temporada es un acontecimiento en Venecia como en todas las demás capitales de Italia, y por ende, el teatro de la Fenice estaba lleno aquella noche.

Las cinco horas que se pasan en el teatro desempeñan un papel tan importante en la vida italiana, que no resulta inútil explicar las costumbres creadas por esa manera de emplear el tiempo.

En Italia, los palcos difieren de los de otros países, en el sentido que, en todas partes las mujeres quieren ser vistas, y las italianas se cuidan muy poco de ofrecerse en espectáculo. Sus palcos forman un cuadrado largo igualmente cortado al sesgo sobre la sala y sobre el pasillo. A derecha e izquierda hay dos canapés, a cuya extremidad se hallan dos butacas, una para la propietaria del palco, y otra para su acompañante, si es que lleva alguno. Este caso es bastante raro. Cada mujer está demasiado ocupada en su localidad haciendo visitas o recibéndolas; ninguna, por lo demás, se cuida de procurarse una rival. Así, una italiana reina casi siempre sin compartir su palco: en él, las madres no son esclavas de sus hijas, y éstas no son molestadas por aquéllas; de manera que las mujeres no tienen con ellas hijos ni familiares que les censuren, les espíen, les aburran o se metan en sus conversaciones. En su parte delantera, todos los palcos están tapizados de seda de color y corte uniforme. De esta pañería prenden cortinones del mismo color que permanecen cerrados cuando la familia a la que pertenece el palco guarda luto. Con pocas excepciones, y en Milán solamente, los palcos no están iluminados interiormente; no reciben claridad más que de la escena o de un lustre poco luminoso, que, a pesar de vivas protestas, algunas ciudades han dejado poner en la sala; pero a favor de las cortinas, son aún bastante oscuras, y, según la manera como se las disponga, el fondo queda lo bastante tenebroso para que resulte muy difícil saber lo que pasa en el interior. Estos palcos, que pueden contener unas ocho a diez personas, se hallan tapizados de ricas sedas, los techos están agradablemente pintados y rebajados por colores claros, y, en fin, el enmaderado es dorado. En ellos se toman helados y sorbetes, bombones y otras golosinas, pues no solamente las personas de la clase media comen. Cada palco es una propiedad inmobiliaria de elevado precio; los hay que valen treinta mil libras; en Milán, la familia Litta posee tres que se continúan. Estos hechos indican la elevada importancia concedida a la vida ociosa. La conversación es soberana absoluta en este espacio, al que uno de los escritores más ingeniosos de nuestro tiempo, y de los que mejor han observado Italia, Stendhal, ha denominado un pequeño salón cuya ventana da sobre una terraza, que es la platea. En efecto, la música y los encantamientos de la escena son puramente accesorios; el gran

interés reside en las conversaciones que se mantienen, en los grandes pequeños asuntos del corazón que se tratan, en las citas que se dan en ellos, y en los relatos, observaciones y chismorreos que se devanan. El teatro es la reunión económica de toda una sociedad que se examina y se divierte de sí misma.

Los hombres admitidos al palco se ponen unos tras otros, según su orden de llegada, y en uno y otro sofá. El primer llegado se encuentra naturalmente al lado de la propietaria del palco; pero, cuando los dos sofás están ocupados, si llega una nueva visita, el más antiguo interrumpe la conversación, se levanta y se va. Cada uno avanza entonces un puesto, y pasa por turno al lado de la soberana. Esas charlas fútiles, esas conversaciones serias, ese elegante bromear de la vida italiana, no podrían tener lugar sin un dejar hacer general. Así las mujeres son libres de ataviarse o no; se encuentran en su palco como en su casa, y un extraño admitido a él, puede ir a verlas a ella el día siguiente. El viajero no comprende de buenas a primeras esta vida de espiritual ociosidad, ese *dolce farniente* embellecido por la música. Sólo una prolongada estancia y una hábil observación pueden revelar a un extranjero el sentido de la vida italiana, que se asemeja al cielo puro del país, y en el que el rico no quiere una nube. El noble se cuida poco de la administración de su fortuna; deja el gobierno de sus bienes a intendentes (*ragionati*) que le roban y le arruinan; carece de sentido político, que le aburriría pronto; vive, pues, únicamente por la pasión, y con ella llena sus horas. De ahí la necesidad que experimenta el amigo o la amiga de hallarse siempre presente para satisfacerse o para guardarse, pues el gran secreto de esta vida es el amante mantenido durante cinco horas por la mirada de una mujer que le ha ocupado durante la mañana. Las costumbres italianas comportan, pues, un continuo disfrute y requieren un estudio de los medios propios para mantenerlo, oculto por lo demás bajo una aparente indiferencia. Es una hermosa vida, pero costosa, pues en ningún país se encuentra tantos hombres gastados.

El palco de la duquesa estaba en la planta baja, que en Venecia se llama *pepiano*, o sea, de proscenio; ella se situaba siempre de manera que recibía el resplandor de las candilejas, de suerte que su bella cabeza, suavemente iluminada, se destacaba bien sobre el claroscuro. La florentina atraía la mirada por su voluminosa frente de nívea blancura, y coronada por sus enrolladas trenzas de negro cabello, que le daban un aire verdaderamente real, por la delicadeza de sus facciones, que recordaban la suave nobleza de las cabezas de Andrea del Sarto, por el corte de su rostro y el encuadramiento de los ojos de terciopelo, que comunicaban el arrobamiento de la mujer ensoñando la felicidad, pura aún en el amor, al par majestuosa y bella.

En lugar de *Moisés*, obra con la que debía debutar la Tinti en compañía de Genovese, se representaba *El Barbero*, en la que el tenor cantaba sin la célebre *prima donna*. El empresario había manifestado que se había visto forzado a efectuar el cambio debido a una indisposición de la Tinti, y, en efecto, el duque Cataneo no acudió al teatro. ¿Se trataba de un hábil cálculo del empresario para obtener dos llenos completos, haciendo debutar uno tras otro a Genovese y la Clarina, o bien era

cierta la indisposición de la Tinti? En lo que la sala podía discutir, Emilio debía tener una certidumbre; mas aunque la nueva de aquella indisposición le causara algún remordimiento, recordándole la belleza de la cantante y su brutalidad, aquella doble ausencia alivió igualmente al príncipe y a la duquesa. Además, Genovese cantó de forma que hizo ahuyentar los recuerdos nocturnos del amor impuro y a prolongar las santas delicias de aquella suave jornada. Dichoso por recibir él sólo los aplausos, el tenor desplegó las maravillas de ese talento convertido después en europeo. Genovese, entonces de veintitrés años, nacido en Bérgamo, alumno de Veluti, apasionado por su arte, de buena presencia y agradable rostro, diestro en captar el espíritu de sus papeles, predecía ya el gran artista prometido a la gloria y a la fortuna. Tuvo un éxito loco, palabra que no es cabalmente apropiada sino en Italia, donde el agradecimiento de una sala tiene no sé qué frenético para quien le proporciona un goce.

Algunos de los amigos del príncipe vinieron a felicitarle por su herencia, y repetir las noticias que corrían. La víspera por la noche, la Tinti, llevada por Cataneo a una velada de la Vulpato, donde se había mostrado con tan buena salud como espléndida de voz, por lo que su improvisada dolencia provocaba grandes comentarios. Según los rumores del café *Florian*, Genovese estaba apasionadamente enamorado de la Tinti; ésta quería sustraerse a sus declaraciones, y el empresario no había logrado convencerles para que aparecieran juntos. En opinión del general austríaco, sólo el duque estaba enfermo, la Tinti le cuidaba, y Genovese había sido encargado de consolar a la sala. La duquesa debía la visita del general a la llegada de un médico francés a quien había querido presentarle. El príncipe, percibiendo a Vendramín deambulando en torno a la platea, salió para hablar confidencialmente con aquel amigo al que no había visto hacía tres meses, y, mientras ambos se paseaban entre las butacas de platea y los palcos, pudo observar cómo acogía la duquesa al extranjero.

—¿Quién es ese francés? —preguntó el príncipe a Vendramín.

—Un médico hecho venir por Cataneo, quien quiere saber cuánto tiempo puede vivir todavía. Ese francés espera a Malfatti, con el que va a celebrar consulta.

Como todas las damas italianas que aman, la duquesa no cesaba de mirar a Emilio; ya que en este país, la entrega de la mujer es tan completa, que resulta difícil sorprender una mirada expresiva desviada de su fuente.

—Caro —dijo el príncipe a Vendramín—, piensa que he dormido en tu casa esta noche...

—¿Has vencido? —respondió Vendramín, enlazando a su amigo por la cintura.

—No —respondió Emilio—. Pero algún día creo que puedo ser feliz con Massimilla.

—Pues bien —dijo Marco—, serás el hombre más envidiado de la tierra. La duquesa es la más cumplida mujer de Italia. Para mí, que veo las cosas de aquí abajo a través de los brillantes vapores de las embriagueces del opio, ella se me aparece como la más elevada expresión del arte, pues verdaderamente la naturaleza la ha

hecho, sin saberlo, un auténtico retrato de Rafael. Vuestra pasión no desplace a Cataneo, que me ha contado mil escudos que he de entregarte.

—Así, pues —prosiguió Emilio—, te digan lo que te digan, yo duermo todas las noches en tu casa. Ven, pues un minuto pasado lejos de ella, cuando puedo estar a su lado, es un suplicio.

Emilio ocupó su puesto al fondo del palco y quedóse mudo en su rincón, escuchando a la duquesa, disfrutando de su ingenio y de su belleza. Era para él y no por vanidad que Massimilla desplegaba las gracias de esa conversación prodigiosa de agudeza italiana, en la que los sarcasmos caen sobre las cosas y no sobre las personas, la burla se ceba en los sentimientos que merecen ser mofados, y la sal ática acomoda las naderías. En cualquier otra parte, la Cataneo habría podido ser fatigosa; los italianos, seres eminentemente inteligentes, gustan poco de tender su inteligencia extemporáneamente; en ellos, la conversación es hilvanada y sin esfuerzos; no comporta jamás, como en Francia, un asalto de esgrimistas en que cada maestro hace brillar su florete, o que quien no tiene nada que decir es humillado. Si en ellos la conversación brilla, es por una sátira muelle y voluptuosa que se burla con gracia de hechos bien conocidos, y, en vez de un epigrama que puede comprometer, los italianos se dirigen una mirada o una sonrisa de indecible expresión. Tener que comprender ideas allí donde van a buscar disfrutes es, según ellos, y con razón, un hastío. Así, la Vulpato decía a la Cataneo:

—Si le amases, no hablarías tan bien.

Emilio no se mezclaba jamás en la conversación, limitándose a escuchar y mirar. Tal reserva habría hecho creer a muchos extranjeros que el príncipe era un hombre nulo, al imaginarse a los italianos apasionadamente prendados, considerándole simplemente como un amante metido hasta el cuello en su goce. Vendramín se sentó al lado del príncipe, frente al francés, quien, en su calidad de extranjero conservó su lugar en la esquina opuesta a la que ocupaba la duquesa.

—¿Está ebrio ese caballero? —dijo el médico en voz baja al oído de Massimilla, examinando a Vendramín.

—Sí —respondió simplemente la Cataneo.

En este país de la pasión, toda pasión lleva su excusa con ella, y existe una adorable indulgencia para todos los desvíos. La duquesa suspiró profundamente, apareciendo en su rostro una expresión de reprimido dolor.

—¡En nuestro país se ven cosas bien extrañas, señor! —dijo al médico—, Vendramín vive del opio, el otro vive de amor, el de más allá se abisma en la ciencia, la mayoría de los jóvenes acaudalados se encaprichan por una bailarina, y los cuerdos atesoran; todos nos labramos una felicidad o una embriaguez.

—Porque todos queréis distraeros de una idea fija, que una revolución curaría radicalmente —replicó el médico—. El genovés añora su República, el milanés quiere su independencia, el piamontés desea el gobierno constitucional, el de la Romaña pide la libertad.

—Que no comprende —interrumpió la duquesa—. ¡Ay, existen países lo bastante insensatos como para anhelar vuestra estúpida Constitución, que mata la influencia de las mujeres! La mayoría de mis compatriotas quieren leer vuestras producciones francesas, inútiles paparruchas...

—¡Inútiles! —exclamó el médico.

—¡Eh, señor! —replicó la duquesa—, ¿se puede encontrar en un libro algo mejor que lo que tenemos en el corazón? ¡Italia está loca!

—Yo no veo que un pueblo esté loco por querer ser dueño de sus destinos —dijo el médico.

—¡Santo Dios! —replicó de nuevo con viveza la duquesa—. ¿No es comprar al precio de mucha sangre el derecho de querellarse, como vosotros lo hacéis, por estúpidas ideas?

—¡Vos amáis el despotismo! —adujo el médico.

—¿Y por qué no habría de amar un sistema de gobierno que, suprimiéndonos los libros y la nauseabunda política, nos deja a los hombres bien enteros?

—Yo creía a los italianos más patriotas —dijo el francés

La duquesa se puso a reír tan discretamente, que su interlocutor no supo ya distinguir la burla de la verdad, ni la opinión seria de la crítica irónica.

—¿Así, pues, que vos no sois liberal? —dijo.

—¡Dios me libre! —respondió ella—. No sé de nada de peor gusto para una mujer que tener semejante opinión. ¿Amaríais vos a una mujer que llevase a la humanidad en su corazón?

—Las personas que aman son naturalmente aristocráticas —dijo sonriendo el general austríaco.

—Al entrar al teatro —prosiguió el francés—, la primera mujer que he visto fue a vos, y dije a Su Excelencia que si fuera dado a una mujer representar a un país, me parecíais la más indicada, pues en vos me ha parecido percibir el genio de Italia; más veo, con pesar, que, si bien ofrecéis la sublime forma, no poseéis el espíritu... constitucional —añadió.

—¿No debéis hallar —dijo la duquesa, indicándole que contemplara el *ballet*— detestables a nuestros bailarines y execrables a nuestros cantantes? París y Londres nos roban todos nuestros grandes talentos: París los juzga, Londres los paga. Genovese y la Tinti no quedarán entre nosotros seis meses.

En este momento salió el general. Vendramín, el príncipe, y otros dos italianos cambiaron entonces una mirada y una sonrisa señalando al médico. Y, cosa rara en un francés, él dudó de sí mismo, pensando haber dicho o hecho alguna incongruencia, pero al punto tuvo la solución del enigma.

—¿Creéis acaso —le dijo Emilio— que seríamos prudentes hablando con el corazón en la mano ante nuestros amos?

—Estáis en un país esclavo —dijo la duquesa, con un sonido de voz y una actitud de cabeza que le volvieron de pronto la expresión que le negara el médico—

Vendramín —añadió, hablando de manera que solamente fuera escuchada por el médico— se ha puesto a fumar opio, maldita inspiración debida a un inglés, quien, por distintas razones que las suyas, buscaba una muerte voluptuosa; no esa muerte vulgar a la que habéis dado la forma de un esqueleto, sino la muerte ataviada de trapos, que en Francia llamáis banderas, y que es una doncella coronada de flores o de laureles; ella viene en el seno de una nube de pólvora, llevada sobre el viento de una bala de cañón, o tendida sobre un lecho, entre dos cortesanas; se eleva aún de la vaharada de un vaso de ponche, o de los picarescos vapores del diamante que aún se encuentra en estado de carbón. Cuando Vendramín lo quiere, por tres libras austríacas, se hace general veneciano, sube a las galeras de la República y parte a conquistar las doradas cúpulas de Constantinopla, y allá se revuelca en los divanes del serrallo, en medio de las mujeres del sultán convertido en mero servidor de su triunfante Venecia. Luego vuelve, trayendo para restaurar su palacio los despojos del imperio turco. Pasa de las mujeres de Oriente a las intrigas doblemente enmascaradas de sus caras venecianas, temiendo los efectos de unos celos que ya no existen. Por tres *swanskis*, se traslada al consejo de los Diez, ejerce allí la terrible judicatura, se ocupa de los asuntos más graves y sale del palacio ducal para ir en una góndola a acostarse bajo dos ojos de brasa, o para escalar un balcón del cual una blanca mano ha suspendido una escala de seda; ama a una mujer a la que el opio presta una poesía que nosotras, féminas de carne y hueso, no podemos ofrecerle. De repente, al volverse, se encuentra frente a frente con el terrible rostro del senador armado de su puñal, y oye cómo el frío acero se desliza en el corazón de su amante, que muere sonriéndole, ¡pues ella le ha salvado!... Ella es bien feliz —añadió la duquesa, mirando al príncipe—. Él huye y corre a mandar a los dálmatas, a conquistar la costa iliriana para su bella Venecia, donde la gloria le obtiene su perdón y donde saborea la vida doméstica: un hogar, una velada invernal, una mujer joven, criaturas llenas de gracia que rezan a San Marcos dirigidas por una vieja servidora. Sí, por tres libras de opio restaura y equipa nuestro vacío arsenal, presencia la salida y la llegada de los convoyes de mercancías enviados o pedidos por las cuatro partes del mundo. El moderno poderío de la industria no ejerce sus prodigios en Londres, sino en su Venecia, donde se reconstruyen los jardines colgantes de Semíramis, el templo de Jerusalén, y las maravillas de Roma. En fin, engrandece la Edad Media por el mundo del vapor, por nuevas obras maestras que crean las artes, protegidas como antaño las protegiera Venecia. Los monumentos, los hombres se agolpan, se apretujan y se contienen en su estrecho cerebro, en el que los imperios, las ciudades y las revoluciones, se desarrollan y se derrumban en pocas horas, donde únicamente Venecia crece y se agiganta; pues la Venecia de sus sueños tiene el imperio del mar, dos millones de habitaciones, el centro de Italia y la posesión del Mediterráneo y de las Indias

—¡Qué más ópera que un cerebro de hombre! ¡Qué abismo tan poco comprendido, aun por aquellos mismos que lo han recorrido, como Gall! —exclamó

el médico.

—Cara duquesa —dijo Vendramín con voz cavernosa—, no olvidéis el último servicio que me prestará mi elixir. Tras haber oído encantadoras voces y haber absorbido la música por todos mis poros, haber experimentado punzantes deleites y desatado los más cálidos amores del paraíso de Mahoma, topo con terribles imágenes. Entreveo ahora en mi querida Venecia rostros de niños contraídos como los de los moribundos, mujeres cubiertas de horribles llagas, desgarradas, quejumbrosas; hombres dislocados, estrujados por los cúpreos costados de navíos que entrechocan. Comienzo a ver a Venecia tal como es, cubierta de crespón, desnuda, despojada, desierta. ¡Pálidos fantasmas se deslizan por sus calles...! Gesticulan con sus adustas muecas ya los soldados de Austria y mi vida ensoñadora se aproxima a la vida real; mientras que, hace seis meses, era la vida real la que constituía el mal sueño y la vida del opio la del amor y la de las voluptuosidades, de los graves asuntos y alta política. ¡Mas, ay..., para mi desgracia llego a la aurora de la tumba, donde lo falso y lo verdadero se unen en dudosas claridades que no son ni el día ni la noche y que participan del uno y de la otra!

—Ya veis que hay demasiado patriotismo en esta cabeza —dijo el príncipe, posando su mano sobre los mechones de negros cabellos que se prensaban sobre la frente de Vendramín.

—¡Oh!, si nos ama —dijo Massimilla—, renunciará a su triste opio.

—Yo curaré a vuestro amigo —dijo el francés.

—Lograd esa cura y os querremos —dijo Massimilla—. Pero si no nos calumniáis a vuestro regreso a Francia, os querremos aún más. Para ser juzgados, los pobres italianos se encuentran aún demasiado enervados por pesadas dominaciones: ya que también hemos conocido la vuestra —añadió sonriendo.

—La cual convendréis en que fue más generosa que la de Austria —replicó vivamente el médico.

—Austria nos oprime sin darnos nada en cambio, y vosotros lo hacíais para engrandecer y embellecer nuestras ciudades, nos estimulabais creándonos ejércitos. Vosotros contabais con conservar Italia, y estos creen que la perderán: esa es toda la diferencia. Los austríacos nos dan mía felicidad pasmada y mazacota como ellos, mientras que vosotros nos aplastabais con vuestra devorante actividad. ¡Mas qué importa morir por los tónicos o por los narcóticos! ¿No es siempre la muerte, señor doctor?

—¡Pobre Italia! ¡Ella es, a mis ojos, como una mujer bella a quien la Francia debería servir de defensor, tomándola por amante! —exclamó el médico.

—No sabríais amarnos según nuestra fantasía —respondió la duquesa sonriendo—. Nosotros queremos ser libres, pero la libertad que yo deseo no es vuestro innoble y burgués liberalismo que mataría a las artes... Yo quiero —añadió con un tono de voz que hizo estremecer a toda la concurrencia del palco—, es decir, yo quisiera que cada república italiana renaciese con sus nobles, con su pueblo y sus libertades

especiales para cada casta. Quisiera las antiguas repúblicas aristocráticas, con sus luchas intestinas, con sus rivalidades que produjeron las más bellas obras de arte, que crearon la política y elevaron las más ilustres casas principescas. Extender la acción de un gobierno sobre una gran superficie de la tierra, es empequeñecerla. Las repúblicas italianas han sido la gloria de Europa en la Edad Media. ¿Por qué Italia ha sucumbido allí donde los suizos, sus porteros, han vencido?

—Las repúblicas suizas —respondió el médico— eran buenas amas de casa ocupadas de sus pequeños asuntos y que no tenían nada que envidiarse; mientras que vuestras repúblicas eran soberanas soberbias que se han vendido para no saludar a sus vecinos... han caído demasiado bajo como para que puedan volver a levantarse jamás. ¡Los güelfos triunfan!

—No nos compadezcáis demasiado —dijo la duquesa con voz orgullosa que hizo palpar a los dos amigos—. ¡Os seguimos dominando! Desde el fondo de su miseria, Italia reina por los hombres selectos que pululan en sus ciudades. Desgraciadamente, la parte más considerable de nuestros genios llegan tan rápidamente a comprender la vida, que se sepultan en un penoso goce; en cuanto a los que quieren jugar al triste juego de la inmortalidad, saben bien coger vuestro oro y merecer vuestra admiración. Sí, en este país, cuyo rebajamiento es deplorado por viajeros memos y por hipócritas poetas, cuyo carácter es calumniado por los políticos; en este país que parece enervado, abatido, sin potencia, en ruinas, envejecido más bien que viejo, se halla en todo poderosos genios que retoñan vigorosas ramas, como en una antigua viña rebrotan los sarmientos productores de deliciosos racimos. Este pueblo de antiguos soberanos, da aún reyes que se llaman Lagrange, Volta, Rasori, Canova, Rossini, Bartolini, Galvani, Vigano, Beccaria, Cicognara, Corvetto... Estos italianos dominan el punto de la ciencia humana en el cual se fijan o regentan el arte al que se entregan. Sin hablar de los cantantes de ambos sexos y de los ejecutantes que se imponen a Europa por una inaudita perfección, como Taglioni, Paganini, etc., Italia reina aún sobre el mundo que siempre vendrá a adorarla. Id esta noche a *Florian* y hallaréis en Capraja uno de nuestros hombres selectos, pero enamorado de la oscuridad; nadie, excepto el duque Cataneo, mi señor, comprende mejor que él la música... y por ende también se le ha dado aquí el apodo de *il Fanático*...

Al cabo de algunos instantes, durante los cuales se animó la conversación entre el francés y la duquesa, que se mostró finamente elocuente, los italianos se retiraron uno a uno para contar en todos los palcos que la Cataneo, que pasaba por ser *una donna di gran spiritu*, había batido en toda la línea, sobre la cuestión de Italia, a un experto médico francés. Fue la comidilla de la velada. Cuando el francés se vio solo entre el príncipe y la duquesa, comprendió que había que dejarlos a sus anchas y salió. Massimilla saludó al médico con una inclinación de cabeza que le distanciaba tanto de ella, que aquel gesto habría podido atraer el odio de aquel hombre, de haber ignorado él el encanto de su palabra y de su belleza. Hacia el final de la ópera, Emilio quedó, pues, solo con la Cataneo; ambos se tomaron de la mano y oyeron así el dúo

final de *Il Barbiere*.

—No hay como la música para expresar el amor —dijo la duquesa, conmovida por aquel canto de dos ruiseñores dichosos.

Una lágrima mojó los ojos de Emilio; Massimilla, sublime con la belleza que resplandece en la *Santa Cecilia* de Rafael, le apretaba la mano y sus rodillas se tocaban; ella tenía como un beso en flor en los labios. El príncipe veía sobre las radiantes mejillas de su amada un alborozado fulgor parecido al que se eleva en un día de estío sobre las doradas mieses y sentía su corazón oprimido por toda la sangre que le aflucía; creía oír un concierto de voces angélicas y habría dado su vida por volver a sentir el deseo que le había inspirado la víspera, a una hora parecida, la detestada Clarina; mas se sentía como si no tuviera cuerpo. Aquella lágrima, la desgraciada Massimilla la atribuyó, en su inocencia, a las palabras que acababan de arrancarle la cavatina de Genovese.

—*Carino*^[11] —dijo al oído de Emilio—. ¿No estás por encima de las expresiones amorosas, tanto como la causa es superior al efecto?

Después de acomodar a la duquesa en su góndola, Emilio esperó a Vendramín para ir al *Florian*.

El café *Florian* es, en Venecia, una institución indefinible. Los negociantes hacen en él sus operaciones y en él citan también los abogados para tratar sus más espinosas consultas. El *Florian* es, a la vez, una Bolsa, un ambigú de teatro, una sala de lectura, un club, un confesonario, y conviene a tal punto a la simplicidad de los asuntos del país, que algunas mujeres ignoran por completo el género de ocupación de sus maridos, pues, si tienen que escribir una carta, van a redactarla al café. Naturalmente, los espías abundan en *Florian*; pero su presencia agudiza el genio veneciano, que puede en aquel lugar ejercer esa prudencia antaño tan célebre. Muchas personas pasan toda su jornada en el *Florian*; y en fin, el *Florian* es de tal necesidad para ciertas gentes, que, durante los entreactos, abandonan el palco de sus amigas para darse una vuelta por él a informarse de lo que se cuenta.

Mientras los dos amigos caminaron por las callejuelas de la Mercería, fueron en silencio, pues había demasiada concurrencia; pero al desembocar en la plaza de San Marcos, el príncipe dijo:

—No entremos todavía en el café. Paseémonos, pues tengo que hablarte.

Seguidamente contó su aventura con la Tinti, y la situación en que se hallaba. La desesperación de Emilio pareció a Vendramín tan vecina de la locura, que le prometió una curación completa, caso de que quisiera darle carta blanca con Massimilla. Esta esperanza llegó a propósito para impedir a Emilio ahogarse durante la noche; pues, al recuerdo de la cantante, experimentaba unos espantosos deseos de retornar a su lado. Los dos amigos se dirigieron al salón más retirado del café *Florian*, para escuchar esa conversación veneciana que sostienen allí algunos hombres selectos, resumiendo los acontecimientos del día. Los temas dominantes fueron, en primer lugar, la personalidad de lord Byron, de quien los venecianos se burlaron finalmente; luego el

apego de Cataneo a la Tinti, cuyas causas les parecían inexplicables, después de haber sido explicadas de veinte maneras distintas; después el debut de Genovese, y, finalmente, la lucha entre la duquesa y el médico francés. El duque Cataneo se presentó en el salón en el momento en que la conversación devenía apasionadamente musical. Dirigió, sin que ello fuera observado, pues a tal punto pareció natural la cosa, un saludo lleno de cortesía a Emilio, quien se lo devolvió gravemente. Cataneo buscó si había allí algún conocido; reparó en Vendramín y le saludó, haciéndolo después a su banquero, patricio sumamente acaudalado, y finalmente a quien en aquellos momentos estaba en el uso de la palabra, un célebre melómano, amigo de la condesa Albrizzi, y cuya existencia, como la de algunos habituales concurrentes al *Florian*, era totalmente desconocida, a tal extremo se hallaba, cuidadosamente oculta: solamente se sabía que frecuentaba el *Florian*.

Se trataba de Capraja, el noble de quien la duquesa había dicho algunas palabras al médico francés. Este veneciano pertenecía a esa especie de soñadores que lo adivinan todo por el poder de su pensamiento. Teórico fantástico, le importaba un comino la fama. Su vida armonizaba con sus opiniones. Capraja apareció bajo los *procuraties* hacia las diez de la mañana, sin que se supiera de dónde venía; vagaba por Venecia y se paseaba fumando cigarros. Iba regularmente a la Fenice, ocupaba un asiento de platea, y en los entreactos iba al *Florian*, donde diariamente tomaba tres o cuatro tazas de café; el resto de su velada se remataba en aquel salón, que abandonaba hacia las dos de la madrugada. Mil doscientos francos subvenían a todas sus necesidades; no hacía más que una comida al día, en casa de un pastelero de la Mercería, quien le tenía preparada su cena a una hora fija, sobre una pequeña mesa, en el fondo de su establecimiento; la propia hija del pastelero le preparaba ostras rellenas, le suministraba puros y cuidaba de su dinero. Siguiendo sus consejos, la tal pastelera, aunque muy bella, no escuchaba a ningún enamorado, vivía juiciosamente, y conservaba la antigua vestidura de las venecianas. Esta veneciana de pura raza tenía doce años cuando Capraja se interesó por ella, y veintiséis cuando él murió; ella le quería mucho, aunque jamás le hubiese besado ni la mano ni la frente, e ignorase completamente las intenciones de aquel pobre viejo noble. La muchacha había acabado por cobrar sobre el patricio el imperio absoluto que una madre ejerce sobre su hijo. Era ella la que le advertía que cambiase de ropa interior; si al día siguiente venía Capraja sin camisa, ella le daba una blanca, que él se llevaba y se la ponía al otro día. Capraja no miraba jamás a una mujer, bien fuese en el teatro o bien paseándose. Aunque descendiente de una antigua familia patricia, su nobleza no le parecía valer una palabra; después de la medianoche era cuando se despertaba de su apatía, hablaba y demostraba haberlo observado y oído todo. Este Diógenes pasivo e incapaz de explicar su doctrina, medio turco y medio veneciano, era recio, bajo de estatura y gordo; tenía la nariz puntiaguda de un dogo, la mirada satírica de un inquisidor y una boca prudente, aunque burlona. A su muerte, se supo que vivía cerca de San Benedetto, en un cuchitril. Con dos millones invertidos en los fondos públicos

de Europa, dejó de percibir los intereses debidos desde el primitivo empréstito efectuado en 1814, lo que producía una enorme suma, tanto por el aumento del capital como por la acumulación de intereses. Esa fortuna fue legada a la joven pastelera.

—Genovese —decía— iré muy lejos. Yo no sé si comprende la destinación de la música o si obra instintivamente, pero es el primer cantante que me ha satisfecho. ¡No moriré, pues, sin haber oído fermatas ejecutadas como a menudo he escuchado en ciertos sueños, a cuyo despertar me parecía ver revolotear los sonos en los aires! La fermata es la más elevada expresión del arte, es el arabesco que orna el más bello aposento de la vivienda: un poco menos, y no hay en él nada; un poco más, y todo es confuso. Encargada de despertar en vuestra alma mil ideas dormidas, ella se lanza, ella atraviesa el espacio sembrando en el aire sus gérmenes que, recogidos por el oído, florecen en el fondo del corazón. Creedme, componiendo su *Santa Cecilia*, Rafael ha dado prioridad a la música sobre la poesía. Tiene razón: la música se dirige al corazón, mientras que los escritos no lo hacen sino a la inteligencia; la música comunica inmediatamente sus ideas, al igual de los perfumes. La voz del cantante viene a impresionarnos, no el pensamiento, no los recuerdos felices, sino los elementos del pensamiento, y hace mover los principios mismos de nuestras sensaciones. Es deplorable que el vulgo haya obligado* a los músicos a encajar sus expresiones en palabras, en ficticios intereses; más verdad es que de otro modo no serían comprendidas por la masa. La fermata es, pues, el único punto dejado a los amigos de la música pura, a los enamorados del arte todo desnudo. Al escuchar esta noche la última cavatina, me he creído invitado por una bella muchacha que con una sola mirada me ha vuelto joven: la encantadora me ha puesto una corona en la cabeza y me ha conducido a esa puerta de marfil por la que se penetra en las misteriosas regiones de la Ilusión. Debo a Genovese el haber abandonado mi vieja envoltura durante algunos momentos, breves en la métrica de los relojes, y bien largos por las sensaciones. ¡Me he sentido joven, amado, en toda una primavera embalsamada por las rosas!

—Os engañáis, *caro* Capraja —dijo el duque—. Existe en la música un poder más mágico que el de la fermata.

—¿Cuál? —preguntó Capraja.

—El acorde de dos voces, o de una voz y del violín, el instrumento cuyo efecto se aproxima más a la voz humana —respondió el duque—. Ese perfecto acorde nos lleva más adelante en el centro de la vida, sobre el río de elementos que reanima los deleites y que traslada al hombre en medio de la esfera luminosa donde su pensamiento puede convocar al mundo entero. Te falta aún un tema, Capraja, pero a mí me basta el principio puro: tú quieres que el agua pase por los mil canales del maquinista para volver a caer en haces destellantes; mientras que yo me contento con un agua tranquila y pura, mi mirada recorre un mar sin rizos, ¡yo sé abarcar el infinito!

—¡Cállate, Cataneo! —dijo orgullosamente Capraja—. ¡Cómo!, ¿es que no ves el hada que, en su ágil carrera a través de una luminosa atmósfera, reúne en ella, con el hilo de oro de la armonía, los melodiosos tesoros que nos lanza sonriendo? ¿No has sentido jamás el toque de la varita mágica con la cual dice a la Curiosidad: «¡Levántate!»? La diosa se yergue radiante del fondo de los abismos del cerebro, corre a maravillosas casillas, y las roza como un organista acaricia sus teclas. De pronto se lanzan los Recuerdos, trayendo las rosas del pasado, conservadas divinamente frescas y lozanas. Nuestra joven amada vuelve y acaricia con sus manos blancas cabellos de hombre joven; el corazón demasiado colmado, desborda, y vuélvense a ver las floridas riberas de los torrentes del amor. Todos los zarzales ardientes de la juventud llamean y repiten sus divinas palabras, antaño oídas y comprendidas... Y la voz trina, comprime en sus rápidas evoluciones esos huidizos horizontes, los reduce, hasta que desaparecen eclipsados por goces más profundos, los de un futuro ignoto que el hada muestra con el dedo, al par que huye a su cielo azul.

—Y tú —respondió Cataneo—, ¿no has visto acaso jamás el fulgor directo de una estrella abrirte abismos superiores, y no has montado nunca en ese rayo que guía a uno hasta el cielo en medio de los principios que mueven los mundos?

Para todo el auditorio, el duque y Capraja se entregaban a un juego cuyas condiciones no eran conocidas.

—La voz de Genovese se apodera de las fibras —dijo Capraja.

—Y la de Tinti prende en la sangre —respondió el duque.

—¡Qué paráfrasis del amor feliz en esa cavatina! —prosiguió Capraja—. ¡Ah, Rossini era joven cuando escribió ese tema por el placer que borbotea! Mi corazón se ha inundado de sangre fresca, mil deseos han cosquilleado en mis venas... ¡Jamás sonos más angélicos me han desprendido más de mis lazos corporales! ¡Jamás el hada ha mostrado brazos más ebúrneos y bellos, ha sonreído más amorosamente, ha alzado mejor su túnica hasta la rodilla, haciéndolo al par con la cortina tras la cual se oculta mi otra vida!

—Mañana, mi viejo amigo —respondió el duque—, montarás sobre el lomo de un cisne refulgente que te mostrará la más rica tierra; verás la primavera como la ven los niños. Tu corazón recibirá la luz sideral de un sol nuevo; te acostarás sobre seda roja, bajo los ojos de una virgen y serás como un amante feliz muellemente acariciado por una Voluptuosidad cuyos desnudos pies se ven aun, y que va a desaparecer. El cisne será la voz de Genovese, si puede unirse a su Leda, la voz de Tinti. Mañana se nos ofrece *Moisés*, la ópera más inmensa creada por el genio más grande de Italia.

Todos dejaron hablar al duque y a Capraja, no queriendo ser víctimas de una burla; sólo Vendramín y el duque les escucharon durante algunos instantes. El fumador de opio comprendía aquella poesía; él tenía la llave del palacio por donde se paseaban aquellas dos imaginaciones voluptuosas. El médico trataba de comprender y

comprendió; ya que pertenecía a esa pléyade de magníficos talentos de la escuela de París, de la que el auténtico médico sale tan profundamente metafísico como poderoso analista.

—¿Les entiendes? —dijo Emilio a Vendramín al salir del café hacia las dos de la mañana.

—Sí, querido Emilio —le respondió Vendramín, mientras se dirigían a su casa—. Esos dos hombres pertenecen a la legión de espíritus puros que pueden despojarse aquí abajo de sus larvas de carne y que saben revolotear a caballo sobre el cuerpo de la reina de las hechiceras, en los cielos de azul donde se despliegan las sublimes maravillas de la vida moral: van en el arte allá donde a ti te conduce tu extremo amor y a donde a mí me lleva el opio. No pueden ser entendidos más que por sus iguales. Yo, cuya alma está exaltada por un triste medio, yo que hago contener cien años de existencia en una sola noche, yo puedo entender a esos grandes espíritus cuando hablan de ese magnífico país llamado el país de las quimeras por quienes se estiman cuerdos, y el de las realidades para nosotros, a quienes se llama locos. Pues bien, el duque y Capraja, que se conocieron en otro tiempo en Nápoles, están locos por la música.

—¿Pero cuál es el singular sistema que Capraja quería explicar a Cataneo? —preguntó el príncipe—. ¿Lo has comprendido tú, que lo comprendes todo?

—Pues sí —respondió Vendramín—. Capraja ha trabado amistad con un músico de Cremona, alojado en el palacio Capello, el cual cree que los sonidos encuentran en nosotros mismos una sustancia análoga a la que engendra los fenómenos de la luz y que produce nuestras ideas. Según él, el hombre tiene diapasones interiores que los sonidos afectan, y que corresponden a nuestros centros nerviosos, de los que parten nuestras sensaciones y nuestras ideas. Capraja, que ve en las artes la colección de los medios por los cuales el hombre puede insuflarse la naturaleza exterior de acuerdo con una maravillosa naturaleza, que él denomina la vida interior, ha compartido las ideas de ese hacedor de instrumentos, quien compone en estos momentos una ópera. Imagínate una creación sublime donde las maravillas de la creación visible están reproducidas con una grandiosidad, una ligereza, una rapidez y una extensión inconmensurables, donde las sensaciones son infinitas y donde pueden penetrar ciertos organismos privilegiados que poseen una divina potencia y tendrás entonces una idea de los goces extáticos de que hablaban Cataneo y Capraja, poetas para ellos solos. Mas también, desde el momento en que, en las cosas de la naturaleza moral, un hombre llega a sobrepasar la esfera en la que se crean las obras plásticas por los procedimientos de la imitación, para entrar en el reino todo espiritual de las abstracciones, donde todo se contempla en su principio y se percibe la omnipotencia de los resultados, ese hombre no es ya comprendido por las inteligencias vulgares.

—Acabas de explicar mi amor por la Massimilla —dijo Emilio—. Querido, hay en mí mismo una potencia que se despierta al fuego de sus miradas, a su menor contacto, y me lanza a un mundo de luz, en el que se desarrollan efectos que no me

atreví a decirte. A menudo me ha parecido que el delicado tejido de su piel llena de flores la mía cuando su mano se posa sobre mi mano. Sus palabras responden en mí a esos diapasones interiores de que hablabas. El deseo solivianta mi cerebro, en lugar de hacerlo con mi inerte cuerpo; el aire se torna entonces rojo y centellea, perfumes desconocidos y de intensidad indecible relajan mis nervios, rosas me tapizan las paredes de la cabeza y me parece que mi sangre fluye por todas mis arterias abiertas, a tal extremo es completa mi languidez.

—El fumar opio produce los mismos efectos —respondió Vendramín.

—¿Quieres, pues, morir? —preguntó con terror Emilio.

—Con Venecia —dijo Vendramín, extendiendo la mano hacia San Marcos—. ¿Ves uno solo de esos campaniles y de esas agujas que esté derecho? ¿No comprendes que el mar va a exigir su presa?

El príncipe bajó la cabeza y no se atrevió a hablar más de amor a su amigo. Es preciso viajar por naciones conquistadas para saber lo que es una patria libre. Al llegar al palacio Vendramín, el príncipe y Marco vieron una góndola detenida ante la puerta acuática. El príncipe abrazó entonces por la cintura a Vendramín y le estrechó cariñosamente, diciéndole:

—¡Que pases una buena noche, querido!

—¡Yo, una mujer, cuando me acuesto con Venecia! —exclamó Vendramín.

En aquel momento, el gondolero, apoyado contra una columna, miró a los dos amigos, reconoció al que le habían señalado y dijo al oído del príncipe:

—La duquesa, monseñor.

Emilio saltó a la góndola, donde fue asido por brazos de hierro, pero mórbidos, y atraído sobre los cojines, donde sintió el palpitante seno de una mujer amorosa. Y seguidamente, el príncipe no fue ya más Emilio, sino el amante de la Tinti, ya que sus sensaciones fueron tan embriagadoras, que cayó aturdido en el primer beso.

—¡Perdóname esta superchería, amor mío! —le dijo la siliciana—. ¡Pero si no te llevo conmigo, muero!

CAPÍTULO III

LA ÓPERA DE MOISÉS

El siguiente día, a las siete y media de la tarde, los espectadores se encontraban en sus mismas localidades en el teatro, con excepción de los concurrentes a platea, que se sientan siempre al azar. El viejo Capraja se hallaba en el palco de Cataneo. Antes de la obertura, el duque fue a hacer una visita a la duquesa; afectó mantenerse tras ella y dejar a Emilio en la delantera del palco, al lado de Massimilla. Dijo algunas frases insignificantes, sin sarcasmos, sin amargura, y con aire tan cortés como si se hubiese tratado de una visita a una extraña. A pesar de sus esfuerzos por parecer amable y natural, el príncipe no pudo cambiar su fisonomía, horriblemente preocupada. Los indiferentes debieron atribuir a los celos la alteración tan pronunciada en sus facciones habitualmente serenas. La duquesa compartía sin duda las emociones de Emilio, pues asimismo presentaba una frente cavilosa; estaba visiblemente abatida. El duque, muy embarazado entre aquellas dos murrias, aprovechó la entrada del francés para escabullirse.

—Señor —dijo Cataneo a su médico, antes de volver a dejar caer el cortinón del palco—, vais a escuchar un inmenso poema musical bastante difícil de comprender, de buenas a primeras; pero os dejo en compañía de la señora duquesa, la cual, mejor que nadie, podrá explicárosla, puesto que es mi discípula.

El médico se sintió impresionado, lo mismo que el duque, por la expresión que se pintaba en los rostros de los dos amantes y que expresaba una desesperación enfermiza.

—Entonces, ¿una ópera italiana tiene necesidad de un cicerone? —le dijo a la duquesa, sonriendo.

Devuelta por esta pregunta a sus obligaciones de señora del palco, la duquesa se esforzó por disipar las nubes que oscurecían su frente y contestó, apoderándose con precipitación de un tema de conversación que le permitía vaciar su irritación interior:

—No es una ópera, caballero —contestó—, sino un oratorio, una obra que se parece, efectivamente, a uno de nuestros magníficos edificios, por el cual os guiaré con mucho gusto. Creedme, no exageraremos al consagrar a nuestro gran Rossini toda nuestra inteligencia, pues hace falta ser poeta y músico al mismo tiempo para comprender todo el alcance de semejante música. Perteneceis a una nación cuya lengua y cuyo genio son demasiado positivos para que se pueda introducir fácilmente en el mundo de la música; pero Francia es también lo bastante comprensiva como para no cesar de amarla y cultivarla, y vos lo conseguiréis también, como cualquier otra cosa. Además, debemos reconocer que la música, tal como la crearon Lulli, Rameau, Haydn, Mozart, Beethoven, Cimarosa, Paisiello y Rossini, y como la

continuarán otros genios del futuro, es un arte nuevo, desconocido para las generaciones pasadas, las cuales no poseían tantos instrumentos como en la actualidad poseemos, y que nada sabían de la armonía, en la cual se apoyan hoy las flores de la melodía, como se sustentan sobre un rico terreno. Un arte tan nuevo exige estudios en las masas, los cuales desarrollarán el sentimiento al que se dirige la música. Este sentimiento existe apenas en vuestro país, pueblo ocupado en teorías filosóficas, de análisis, de discusiones, y siempre turbado por divisiones intestinas. La música moderna, que quiere una paz profunda, es el idioma de las almas tiernas, amorosas, inclinadas a una noble exaltación interior. Este lenguaje, mil veces más rico que el de las palabras, es lo que el pensamiento con respecto a su expresión verbal; despierta las sensaciones y las ideas en su misma forma, allí donde en nosotros nacen las ideas y las sensaciones, mas dejándolas tales como son en cada cual. Este poder sobre nuestro ser íntimo es una de las grandezas de la música. Las demás artes imponen al espíritu creaciones definidas; la música es infinita en las suyas. Nos vemos obligados a aceptar las ideas del poeta, el cuadro del pintor, la estatua del escultor; pero cada uno de nosotros interpreta la música a voluntad de su dolor o de su alegría, de sus esperanzas o de su desesperación. Donde las demás artes cercan nuestros pensamientos, fijándolos sobre una cosa determinada, la música los desencadena sobre la naturaleza entera, poseyendo ella el poder de expresárnosla. Vais a ver cómo yo comprendo el *Moisés* de Rossini.

Se inclinó hacia el médico, a fin de poder hablarle no siendo oída sino por él.

—Moisés es el libertador de un pueblo esclavo —le dijo—. Acordaos de este pensamiento, y veréis con qué religiosa esperanza la sala entera escuchará la plegaria de los hebreos liberados, y con qué fragorosos aplausos responderá.

Emilio se situó en el fondo del palco en el momento en que el director de la orquesta esgrimió su batuta. La duquesa indicó con el dedo al médico el puesto abandonado por el príncipe, para que lo ocupara. Pero el francés estaba más intrigado por conocer lo que había pasado entre los dos amantes, que por penetrar en el alcázar musical elevado por el hombre que Italia entera aplaudía entonces, pues entonces Rossini triunfaba en su propio país. El francés observó a la duquesa, quien hablaba bajo el influjo de una excitación nerviosa, y le recordó la *Niobé* que acababa de admirar en Florencia: la misma nobleza en el dolor, la misma impassibilidad física; sin embargo, el alma ponía un reflejo en el cálido tono de su tez, y sus ojos, en los que se extinguía la languidez bajo una orgullosa expresión, secaban sus lágrimas por un violento fuego. Sus contenidos dolores se calmaban cuando miraba a Emilio, quien tenía por su parte clavada la vista en ella. Resultaba ciertamente fácil apreciar que la intención de la duquesa era enternecer una esquiva desesperación. El estado de su corazón imprimía no sé qué de grandioso a su espíritu. Como la mayoría de las mujeres presas de una extraordinaria exaltación, había salido de sus habituales límites, y tenía algo de la pitonisa, al par que permanecía noble y grande, pues era la forma de sus ideas y no de su rostro lo que se desencajó desesperadamente. Acaso

quería brillar con todo su espíritu para conferir un atractivo a la vida y retener con ella a su amante.

Cuando la orquesta hubo ejecutado los tres compases en *do mayor* que el maestro ha puesto en cabeza de su obra, para hacer comprender que su obertura será cantada, ya que la verdadera obertura es el vasto tema recorrido desde aquel brusco ataque hasta el momento en que la luz aparece por orden de Moisés, la duquesa no pudo reprimir un movimiento convulsivo que demostraba hasta qué punto aquella música armonizaba con su oculto sufrimiento.

—¡Cómo hielan esos tres acordes! —dijo la duquesa—. Se presiente el dolor... ¡Escuchad atentamente este preludio, que tiene por tema la terrible elegía de un pueblo herido por la mano de Dios! ¡Qué gemidos! El rey, la reina, su hijo primogénito, los grandes, todo el pueblo suspira; son alcanzados en su orgullo; en sus conquistas, detenidos en su avidez. ¡Querido Rossini, has hecho bien en lanzar este hueso a roer a los tudescos, que nos negaban el don de la armonía y la ciencia...! Vais a escuchar la siniestra melodía que el maestro ha hecho exhalar a esta profunda composición armónica, comparable a lo que los alemanes tienen de más complicado, mas de la que no se desprende ni fatiga ni hastío para nuestras almas. Vosotros los franceses, que antaño realizasteis la más sangrienta de las revoluciones, en donde el aristócrata fue aplastado bajo las patas del león popular y destrozado por sus garras, el día en que este oratorio sea ejecutado en vuestro país, comprenderéis esta magnífica queja de las víctimas de un Dios que venga a su pueblo. Tan sólo un italiano podía escribir este tema fecundo, inagotable y absolutamente dantesco. ¿Creéis que no es nada soñar con la venganza durante un momento? ¡Viejos maestros alemanes, Haendel, Sebastian Bach, y tú mismo, Beethoven, de rodillas; he aquí a la reina de las artes, he aquí a la Italia triunfante!

La duquesa había podido decir estas palabras mientras se alzaba el telón. El médico oyó entonces la sublime sinfonía con la que el compositor ha abierto esta vasta escena bíblica. Se trata del dolor de todo un pueblo. El dolor es uno en su expresión, sobre todo cuando se trata de sufrimientos físicos. Así, tras haber adivinado instintivamente, como todos los hombres de genio, que no debía existir ninguna variedad en las ideas, el músico, una vez hallada su frase capital, la ha paseado de tonalidad en tonalidad, agrupando las masas y sus personajes sobre este motivo, por modulaciones y cadencias admirablemente flexibles. La potencia se reconoce en esa simplicidad. El efecto de esta frase, que describe las sensaciones del frío y de la noche en un pueblo incesantemente bañado por las luminosas ondas del sol, y que el pueblo y sus reyes repiten, es impresionante. Ese lento movimiento musical tiene yo no sé qué de despiadado. Esa frase fresca y dolorosa es como una barra o una maza que algún verdugo celeste asesta intermitentemente sobre los miembros de todos los pacientes. A fuerza de oírle yendo del *do menor* al *sol menor*, volviendo al *do* para nuevamente trasladarse al dominante *sol*, y reanudar en *fortísimo* sobre la tónica *mi bemol*, llegar al *fa mayor* y regresar al *do menor*, cada

vez más y más cargado de terror, de frío y de tinieblas, el alma del espectador acaba por asociarse a las impresiones expresadas por el músico. Asimismo el francés experimentó la más intensa emoción cuando llegó la explosión de todos los dolores reunidos que claman:

*O Nume d'Israel
Se brami in libertá
Il popol tuo fedel
Di lui, di noi, pietá!*

(¡Oh Dios de Israel, si quieres que tu fiel pueblo salga de la esclavitud, dignate tener piedad de él y de nosotros!).

—Jamás se sintetizaron tan grandiosamente los efectos naturales, una idealización tan cabal de la naturaleza. En los grandes infortunios nacionales, todos se quejan durante mucho tiempo por separado; luego se destacan sobre la masa, aquí y allá, gritos de dolor más o menos violentos; finalmente, cuando la miseria ha sido sentida por todos, estalla como una tempestad. Una vez oídos en su común clamor, los pueblos cambian sus sordos gritos en otros de impaciencia. Así ha procedido Rossini. Tras la explosión en *do mayor*, el Faraón canta su sublime recitado de:

¡Mano ultrice di un Dios!

(¡Dios vengador, te reconozco demasiado tarde!)

El tema primitivo toma entonces un acento más vivo; Egipto entero llama a Moisés en su socorro.

La duquesa había aprovechado la transición requerida por la llegada de Moisés y de Aaron, para explicar así el magnífico trozo.

—¡Que lloren! —añadió apasionadamente—. ¡Sí, pues han causado muchos males, y cometido muchos pecados...! ¡Egipcios, expiad las culpas de vuestra insensata corte...! ¡Con qué arte ese gran pintor ha sabido emplear todos los colores pardos de la música y todo cuanto hay de tristeza en la paleta musical! ¡Qué frías tinieblas; qué brumas! ¿No tenéis el alma de luto? ¿No estáis convencido de la realidad de las negras nubes que cubren la escena? ¿No está, para vos, la naturaleza envuelta en las sombras más densas? No hay allí ni palacios egipcios, ni palmeras, ni paisajes. ¡Así, cuánto bien no os harán al alma las notas profundamente religiosas del médico celeste que va a sanar esta plaga cruel! ¡Cómo se halla todo graduado para llegar a esa magnífica invocación de Moisés a Dios! Por un sabio cálculo cuyas analogías os serán explicadas por Capraja, esa invocación no es acompañada sino por los cobres. Estos instrumentos de metal confieren al fragmento su gran color

religioso. Y no sólo es admirable tal artificio en él, sino ved aún a qué punto es fértil en recursos el genio: Rossini ha extraído nuevas bellezas del obstáculo que se creaba. Ha podido reservar los instrumentos de cuerdas para expresar cuando el día sucede a las tinieblas, y llegar así a uno de los más poderosos efectos conocidos en música. ¿Se había sacado semejante partido del recitado hasta este inimitable genio? No hay en él aún ni una aria ni un dúo. El poeta se ha mantenido por la fuerza del pensamiento, por el vigor de las imágenes, por la autenticidad de su declamación. Esa escena dolorosa, esa profunda noche, esos gritos de desesperación, ese cuadro musical es bello como el *Diluvio* de vuestro gran Poussin.

Moisés agitó su vara, y el día apareció.

—¿No combate aquí, señor, la música con el sol, cuyo fulgor ha tomado, con la naturaleza entera cuyos fenómenos traduce en los más ligeros detalles? —prosiguió la duquesa en voz baja—. Aquí el arte llega a su apogeo; ningún músico irá más lejos. ¿Oís a Egipto despertando tras ese largo embotamiento? La dicha se desliza por doquier con el día. ¿En qué obra antigua o contemporánea hallaréis una página tan sublime, la más espléndida alegría opuesta a la más profunda tristeza? ¡Qué clamores, qué notas chispeantes! ¡Cómo respira el alma oprimida! ¡Qué delirio, qué *trémolo* en esa orquesta! ¡Cuán bello *tutti*! ¡Es el júbilo del pueblo salvado! ¿No os estremecéis de placer?

El médico, en efecto sorprendido por aquel contraste, uno de los más magníficos de la música moderna, aplaudió con fuerza, arrastrado por su admiración.

—¡Bravo! —gritó Vendramín, que había escuchado.

—El preludio ha terminado —prosiguió la duquesa—. Acabáis de experimentar una sensación violenta, señor; el corazón os late desacompañadamente, habéis visto en las profundidades de vuestra imaginación el más refulgente sol inundando con sus torrentes de luz todo un país, triste y frío otrora. Sabed ahora cómo se las ha compuesto el músico, a fin de poder admirarle en los secretos de su genio, tras haber experimentado hoy su influencia. ¿Qué creéis que sea ese fragmento del alzarse del sol, tan variado, tan brillante, tan complicado? Consiste en un simple acorde de *do*, repetido sin cesar, y al cual Rossini no ha mezclado más que un acorde de cuarto de sexta. En ello resplandece la magia de su hacer. Para describirnos la llegada de la luz, ha seguido el mismo procedimiento empleado para describirnos las tinieblas y el dolor. Esta aurora en imágenes, es absolutamente parecida a una aurora natural. La luz es una sola y misma substancia, por doquier semejante a sí misma, y cuyos efectos no son variados sino por los efectos que encuentra, ¿no es eso? Pues bien, el músico ha escogido por base de su música un motivo único, un simple acorde en *do*. El sol aparece primero y derrama sus rayos sobre las cimas, y luego, desde allí, sobre los valles. Al igual el acorde despunta sobre la primera cuerda de los primeros violines con una suavidad boreal, se expande en la orquesta, anima uno a uno todos los instrumentos, y se despliega en ella. Lo mismo que la luz va coloreando progresivamente los objetos, él va animando cada fuente de armonía hasta que todas

fluyen en un *tutti*. Los violines, a los que aún no se había oído, han dado la señal por su dulce *trémolo*, vagamente agitado como las primeras ondas luminosas. Ese bello, ese alegre movimiento que os ha acariciado el alma, lo ha encajado el hábil músico de acordes de base, por una indecisa fanfarria de las trompas contenidas en sus más sordas notas, a fin de describirnos bien las últimas sombras frescas que tiñen los valles mientras que los primeros albores retozan en las cimas. Después, los instrumentos de viento se mezclan dulcemente, reforzando el acorde general. Las voces están unidas por suspiros de alegría y de asombro. Finalmente los cobres han resonado brillantemente, las trompetas han estallado. La luz, fuente de armonía, ha inundado la naturaleza, y todas las riquezas musicales se han desplegado entonces con una violencia, con un fulgor, semejantes a los de los rayos del sol oriental. No es hasta el triángulo cuyo *do* repetido recuerda el canto de los pájaros al amanecer, con sus acentos agudos y sus traviosos arrumacos. La misma tonalidad, vuelta por esta mano magistral, expresa el júbilo de la naturaleza entera, calmando el dolor que antes nos traspasaba. Ahí está el sello del gran maestro: la unidad... Es uno y variado. Una sola frase y mil sentimientos de dolor, las miserias de una nación; un solo acorde y son despertados todos los accidentes de la naturaleza, todas las expresiones de la alegría de un pueblo. Esas dos inmensas páginas están soldadas por una invocación al Dios siempre vivo, autor de todas las cosas, tanto de ese dolor como de ese gozo. ¿No es por sí sólo un gran poema ese preludio?

—En efecto —convino el francés.

—He aquí ahora un quinteto tal como los sabe hacer Rossini; si alguna vez ha podido abandonarse a la dulce y fácil voluptuosidad que se reprocha a nuestra música, no es en este lindo trozo en el que cada cual debe expresar su alegría, donde el pueblo esclavo es liberado, y donde, sin embargo, va a suspirar un amor en peligro. El hijo del faraón ama a una judía, y esta judía le abandona. Lo que convierte a este quinteto en algo delicioso y encantador es un retorno a las emociones corrientes de la vida, tras la pintura grandiosa de las dos más inmensas escenas nacionales y naturales, la miseria y la felicidad encuadradas por la magia que le prestan la venganza divina y maravillosa de la Biblia... ¿No tenía yo razón? —añadió la duquesa al francés, cuando acabó la magnífica fuga de

Voci di giubilo
D'intorno eheggino
Di pace l'Iride
Per noi spunto

(Qué gritos de júbilo resuenan en derredor nuestro; el astro de la paz expande para nosotros su claridad).

—¡Con qué arte el compositor ha construido ese trozo...! —prosiguió ella tras

una pausa durante la cual esperó una respuesta—. Lo ha comenzado con un solo de trompa de divina suavidad, sostenido por los arpeggios de las arpas, pues las primeras voces que se elevan de ese gran concierto son las de Moisés y Aarón, que dan gracias al verdadero Dios; su canto, dulce y grave, recuerda las sublimes ideas de la invocación, uniéndose empero al júbilo del pueblo profano. Esa transición tiene algo de celeste y terrestre al par, que sólo el genio sabe hallar, y que presta al andante del quinteto un color que yo compararía al que el Ticiano pone en torno a sus personajes divinos. ¿Habéis observado el maravilloso engarce de las voces? ¡Con qué hábiles entradas las ha agrupado el compositor sobre los encantadores motivos cantados por la orquesta! ¡Con qué ciencia ha preparado el festín de su alegría! ¿No habéis vislumbrado los coros danzantes, las arrebatadas rondas de todo un pueblo escapado al peligro? Y cuando el clarinete ha dado la señal de la fuga *Voci di giubilo*, tan brillante, tan animada, ¿no ha experimentado vuestra alma esa unción pírrica de que habla el rey David en sus salmos, y que presta a las colinas?

—Sí, constituiría un buen aire de contradanza —dijo el médico,

—¡Francés, francés, siempre francés! —exclamó la duquesa, ofendida en medio de su exaltación por aquella observación un tanto mordaz—. Sí, vosotros sois capaces de emplear ese sublime impulso, tan alegre, tan noblemente pimpante, en vuestros rigodones... Una poesía sublime no obtiene nunca favor a vuestros ojos. El más elevado genio, los santos, los reyes, los infortunados, todo cuanto hay de sagrado, ha de pasar por las baquetas de vuestra caricatura. La vulgarización de las grandes ideas por vuestros aires de contradanza constituye la caricatura musical... En vosotros, el ingenio mata al alma, como el razonamiento mata a la razón...

El palco entero permaneció mudo durante el recitado de Osiride y de Membrée, que maquinan dejar sin efecto la orden de partida dada por el faraón en favor de los hebreos.

—¿Os he enfadado? —dijo el médico a la duquesa—. Creedme que de ser así, me sentiría desesperado. Vuestra palabra es como una varita mágica; abre casillas en mi cerebro, haciendo salir de él nuevas ideas, animadas por esos sublimes cantos.

—No —respondió ella—. Vos habéis alabado a nuestro gran músico a vuestra manera. Rossini tendrá éxito en vuestro país, lo veo, por sus vertientes espirituales y sensuales. Esperemos que algunas almas nobles y amorosas del ideal que en vuestra fecunda patria deben sin duda encontrarse, apreciarán la elevación, lo grandioso de una música tal... ¡Ah, he aquí al famoso dúo entre Elcia y Osiride! —prosiguió aprovechando el tiempo que le procuró la triple salva de aplausos con que la platea saludó a la Tinti, que hacía su primera entrada—. Si la Tinti ha comprendido bien el papel de Elcia —añadió—, vais a oír los cantos sublimes de una mujer al par desgarrada por el amor a la patria y hacia uno de sus opresores, mientras que Osiride, poseído por frenética pasión por su bella conquista, se esfuerza por conservarla. La ópera reposa tanto sobre esta gran idea, sobre la resistencia de los faraones al poder de Dios y de la libertad, que debéis asociaros a la misma, so pena de no comprender

nada de esta inmensa obra. A pesar del desfavor con que acogéis las invenciones de nuestros poetas de libretos, permitidme haceros observar el arte con el que está construido este drama. En él se encuentra el necesario antagonismo a todas las bellas obras, y tan favorable al desarrollo de la música. ¿Qué más magnífico que un pueblo deseando su libertad, mantenido encadenado por la mala fe, sostenido por Dios, amontonando prodigio tras prodigio para llegar a ser libre? ¿Qué más dramático que el amor del príncipe por una judía, y que casi justifica las traiciones del poder opresor? He ahí, sin embargo, todo lo que expresa este audaz, este inmenso poema musical, en el que Rossini ha sabido conservar a cada pueblo su nacionalidad fantástica, pues nosotros les hemos atribuido grandezas históricas, en las que han consentido todas las imaginaciones. Los cantos de los hebreos y su confianza en Dios se hallan en constante oposición con los gritos de rabia y los esfuerzos del faraón representado en todo su poder. En este momento, Osiride, entregado por completo al amor, espera retener a su amada por el recuerdo de todas las dulzuras de la pasión, quiere vencer a los encantos de la patria. Así reconoceréis las divinas languideces, las ardientes melodías, las ternuras, los voluptuosos recuerdos del amor oriental en el *¡Ah, se puoi così lasciarmi!* (¡Ah, si tienes el valor de abandonarme, destrózame el corazón!), de Osiride, y en la respuesta de Elcia:

¡Ma peqché così straziarmi! (¡Por qué atormentarme así, si mi dolor es espantoso!).

—No, dos corazones tan melodiosamente unidos no podrían separarse —añadió, mirando al príncipe—. Mas he ahí a esos dos amantes de pronto interrumpidos por la triunfante voz de la patria que resuena en la lejanía, y que llama a Elcia. ¡Qué divino y delicioso *allegro* ese motivo de la marcha de los hebreos yendo al desierto! ¡No hay sino Rossini para hacer decir tantas cosas a los clarinetes y a las trompetas! ¿No se encuentra más próximo al cielo un arte que puede mejor que todos los demás retratar en dos frases todo lo que es la patria? ¡Esa llamada me ha conmovido siempre demasiado, para que pueda decir lo que hay de cruel en ella para quienes esclavos encadenados, ven partir a gentes libres!

Los ojos de la duquesa se humedecieron al escuchar el magnífico motivo que, en efecto, domina la ópera.

—*¡Dov'è mai quel core amante!*

(¡Qué corazón amante no compartiría mis angustias!) —prosiguió en italiano, cuando la Tinti atacó la admirable cantilena de la fuga, en la cual pide piedad para sus dolores. ¿Pero qué sucede? La platea murmura...

—Genovese brama como un ciervo —dijo el príncipe.

Este dueto, el primero que cantaba la Tinti, estaba, en efecto, turbado por el completo desastre de Genovese. En cuanto el tenor cantó de concierto con la Tinti, su

hermosa voz cambió. Su escuela de canto tan sabia, aquella escuela que recordaba a la vez a Crescentini y Veluti, parecía que la había olvidado adrede. Ora una impropia prolongación de una nota, o una fioritura excesiva, estropeaban su canto. Ora ahorros de voz sin transición, escapándosele su sonido, como un curso de agua al que se le abre una esclusa, acusaban un olvido completo y voluntario de las leyes del gusto. Por lo tanto, la platea se agitó desmesuradamente. Los venecianos creyeron en alguna apuesta entre Genovese y sus compañeros. La Tinti, reclamada, fue aplaudida con furor, y Genovese recibió algunos avisos demostrativos de la actitud hostil de la platea. Durante la escena, harto cómica para un francés, de las llamadas continuas a la Tinti, que apareció once veces a recibir sola los frenéticos aplausos de la asamblea, pues Genovese, casi silbado, no osó darle la mano, el médico hizo una observación a la duquesa sobre el final de la fuga del dúo.

—Rossini debía expresar en él —dijo—, el más profundo dolor, y yo le encuentro un giro desenfadado, un tono de alborozo fuera de su propósito...

—Tenéis razón —respondió la duquesa—. Esa falta procede de una de esas tiranías a las que están sometidos nuestros compositores. Ha pensado más en su prima donna que en Elcia cuando ha escrito esa fuga. Pero hoy, aun cuando la Tinti la ejecutara más brillantemente, estoy tan penetrada de la situación, que ese pasaje demasiado alegre está, para mí, pleno de tristeza.

El médico miró alternativamente y con atención al príncipe y a la duquesa, sin poder adivinar la razón que los separaba, y que había hecho a aquel dúo tan lacerante para ambos. Massimilla bajó la voz y se aproximó al oído del médico.

—Vais a escuchar algo magnífico, la conspiración del faraón contra los hebreos. La majestuosa aria. *¡A rispettar mi apprendá!* (¡Que aprenda a respetarme!), es el triunfo de Carthagenova, que va a expresarnos maravillosamente el orgullo herido y la duplicidad de las cortes. El trono va a hablar: retira las concesiones hechas y arma su cólera. El faraón va a alzarse sobre sus pies para lanzarse sobre una presa que se le escapa. ¡Jamás Rossini ha escrito nada de carácter tan magnífico, ni que se halle impregnado de tan abundante y vigoroso verbo! Es una obra completa, sostenida por un acompañamiento de maravillosa labor, como las menores cosas de esta ópera, en donde la potencia de la juventud destella en los más pequeños detalles.

Los aplausos de la sala entera rubricaron aquella bella concepción, que fue admirablemente traducida por el cantante, y sobre todo, bien comprendida por los venecianos.

—He aquí el final —prosiguió la duquesa—. Escucháis de nuevo esa marcha inspirada por la dicha de la liberación, y por la fe de Dios, que permite a todo un pueblo penetrar alegremente en el desierto... ¡Qué pulmones no se sentirían refrescados por los celestes impulsos de este pueblo al salir de la esclavitud! ¡Ah, caras y vivientes melodías! ¡Gloria al genio magnífico que ha sabido plasmar tantos sentimientos! ¡Hay no sé qué de guerrero en esa marcha que dice que ese pueblo tiene consigo al Dios de los ejércitos! ¡Qué profundidad en esos cantos colmados de

acciones de gracias! Las imágenes de la Biblia se agitan en nuestra alma, y esa divina escena musical nos hace asistir realmente a una de las más grandes de un mundo antiguo y solemne. El corte religioso de ciertas partes vocales, la manera en que las voces se ajustan una a otras y se agrupan, expresan todo cuanto concebimos de las sacras maravillas de esa primera edad de la humanidad. Ese bello concierto no es, sin embargo, más que el desarrollo del tema de la marcha en todas sus consecuencias musicales. Ese motivo es el principio fecundante para la orquesta y las voces, por el canto y la brillante instrumentación que lo acompaña. He aquí a Elcia que se reúne con la horda y a quien Rossini ha hecho expresar tristeza para matizar la alegría de ese trozo. Escuchad su duetino con Amenofi. ¡Jamás un amor herido ha escuchado cantos semejantes! La gracia de los nocturnos respira en ellos; tienen el sagrado duelo del amor herido. ¡Qué melancolía! ¡Ah, el desierto lo será dos veces para ella...! ¡Ved, en fin, la terrible lucha de Egipto y los hebreos! Esa alegría, esa marcha, todo, está turbado por la llegada de los egipcios. La promulgación de las órdenes del faraón se cumple por una idea musical que domina el final, una frase sorda y grave; parece como si se oyera el paso de los poderosos ejércitos de Egipto rodeando a la falange sagrada de Dios, envolviéndola lentamente como una larga serpiente de África lo hace con su presa. ¡Qué gracia en las lamentaciones de este pueblo burlado...! ¿no es algo más italiano que hebreo? ¡Qué movimiento magnífico hasta la llegada del Faraón, quien acaba de poner en presencia a los jefes de los dos pueblos y todas las pasiones del drama! ¡Qué admirable mezcla de sentimientos en el sublime *ottetto*, donde chocan la cólera de Moisés y la de los dos Faraones! ¡Qué combate de voces y de cóleras desencadenadas! Jamás se había ofrecido a un compositor tema más vasto. La famosa final de *Don Juan* no presenta, después de todo, más que a un libertino a la greña con sus víctimas que invocan la venganza celeste; mientras que aquí la tierra y sus potencias intentan combatir contra Dios. Dos pueblos, uno débil y otro fuerte, se hallan en presencia. Así, como tenía a su disposición todos los medios, Rossini los ha empleado maravillosamente. Ha podido, sin ser ridículo, expresar los movimientos de una furiosa tempestad, sobre la cual se desatan horribles imprecaciones. Ha procedido por acordes aplicados a un ritmo en tres tiempos con una sombría energía musical, con una persistencia que acaba por conquistarnos. El furor de los egipcios sorprendidos por una lluvia de fuego, los gritos de venganza de los hebreos, requerían masas sabiamente calculadas: ¡ved así como ha hecho progresar el desarrollo de la orquesta con los coros! El *allegro assai* en *do menor* es terrible en medio de ese diluvio de fuego... Confesad —dijo la duquesa en el momento en que, alzando su vara, Moisés hace caer la lluvia de fuego, y donde el compositor despliega toda la potencia en la orquesta y en la escena que jamás música alguna ha traducido más diestramente el trastorno y la confusión...

—Ha convencido a la galería —dijo el francés.

—Pero ¿qué sucede todavía? Decididamente la galería está muy agitada —comentó de nuevo la duquesa.

En efecto: en el final, Genovese había dado, mirando a la Tinti, unos gorgoritos tan absurdos, que el tumulto estaba en su colmo en ella, cuyos goces habían sido turbados. No había nada más chocante para los oídos italianos que aquel contraste de lo bueno y lo malo. El empresario tomó el partido de comparecer, y manifestó que, a la observación hecha por él a su *divo*, el señor Genovese había respondido que ignoraba en qué y cómo había podido perder el favor del público, en el mismo momento en que intentaba alcanzar la perfección de su arte.

—¡Que sea malo como ayer y nos contentaremos! —respondió Capraja con voz furiosa.

Este apostrofe volvió a la galería a su buena disposición. Contra la costumbre italiana, el *ballet* fue poco escuchado. En todas las localidades, no se hablaba de otra cosa sino de la singular conducta de Genovese y de la alocución del empresario. Quienes podían tener acceso a las bambalinas, se apresuraron a ir a enterarse del secreto de aquella comedia, y no tardó en esparcirse el rumor de una terrible escena hecha por la Tinti a su compañero Genovese, en la cual la prima donna le reprochó estar celoso de su éxito, haberla puesto trabas con su ridícula conducta, y hasta haber intentado privarla de sus medios representando la pasión. La cantante lloraba a lágrima viva por aquel infortunio. «Había esperado —decía— complacer a su amante, que estaba en la sala, y al que no había podido descubrir». Es necesario conocer la plácida vida actual de los venecianos, tan desprovista de acontecimientos, que un ligero accidente acaecido entre dos amantes sirve de conversación, o bien la pasajera alteración de la voz de una cantante, prestando a estos nimios sucesos la importancia que se da en Inglaterra a los asuntos políticos, para comprender hasta qué punto se hallaban agitados el teatro de la Fenice y el café *Florian*. La Tinti enamorada, la Tinti que no había desplegado sus medios, la locura de Genovese, o la mala pasada que le jugaba, inspirada por esa envidia artística que tan bien comprenden los italianos... ¡qué rica mina de vivas discusiones! Toda la sala hablaba como se habla en la Bolsa, produciendo un ruido que debía asombrar a un francés acostumbrado a la calma de los teatros de París. Todos los palcos estaban en movimiento al igual de colmenas enjambreantes. Solamente un hombre no tomaba parte alguna en este tumulto. Emilio Memmi volvía la espalda a la escena, y, con los ojos melancólicamente posados en Massimilla, parecía no vivir más que de su mirada, no habiéndola dirigido ni una sola vez a la cantante.

—No necesito, *caro carino*, preguntarte por el resultado de mi negociación —dijo Vendramín a Emilio—. Tu Massimilla, tan pura y tan religiosa, ha sido de una sublime complacencia... ¿ha sido finalmente la Tinti?

El príncipe respondió por un ademán de cabeza lleno de horrible melancolía.

—Tu amor no ha desertado las cimas etéreas en las que planeas —prosiguió Vendramín, estimulado por su opio—. No se ha materializado. Esta mañana, como desde hace seis meses, has sentido a las flores al desplegar sus embalsamados cálices bajo las bóvedas de tu cráneo desmesuradamente agrandado. Tu engrosado corazón

ha recibido toda su sangre, y se ha topado en tu garganta. Ahí se han desarrollado —añadió poniéndole la mano en el pecho—, encantadoras sensaciones. La voz de Massimilla llegaba a él por ondas luminosas, su mano liberaba mil voluptuosidades aprisionadas, que abandonaban los repliegues de tu cerebro para agruparse vaporosamente en torno a ti, y arrastrarte, ingrávigo de cuerpo, bañado de púrpura, a un aire azul sobre las montañas de nieve, en las que reside el puro amor de los ángeles. La sonrisa y los besos de sus labios te revestían de una venenosa túnica que consumía los últimos vestigios de tu naturaleza terrestre. Sus ojos eran dos estrellas que te convertían en luz sin sombra. Eras como dos ángeles prosternados sobre las palmas celestes, esperando que se abriesen las puertas del paraíso; mas ellas giraban difícilmente en sus goznes, y, en tu impaciencia, tú las golpeabas sin poder alcanzarlas. Tu mano no encontraba sino nubes más alertas que tu deseo. Coronada de blancas rosas y semejante a una novia celeste, tu luminosa amiga lloraba por tu furor. Acaso decía a la Virgen melodiosas letanías, mientras que los diabólicos deleites de la tierra te soplaban sus infames clamores; tú desdeñabas entonces los frutos divino de ese éxtasis en el cual yo vivo a costa de mis días.

—Tu embriaguez, querido Vendramín —respondió con calma Emilio—, se encuentra por bajo de la realidad. ¿Quién podría describir esa languidez puramente corporal en que nos sume el abuso de los placeres soñados, y que deja al alma su eterno deseo, y a la mente sus facultades puras? Mas ya estoy cansado de este suplicio que me explica el de Tántalo. Esta noche es la última de mis noches. Tras haber intentado mi postrer esfuerzo, devolveré su hijo a nuestra madre; el Adriático recibirá mi último suspiro...

—¡Qué imbécil eres! —replicó Vendramín—. Pero no, estás loco, pues la locura, esa crisis que despreciamos, es el recuerdo de un estado anterior que turba nuestra forma actual. El genio de mis sueños me ha dicho estas cosas, y muchas más... Tú quieres reunir a la duquesa y a la Tinti..., pero, Emilio, tómalas separadamente; eso será más cuerdo. Únicamente Rafael ha reunido la forma y la idea. Tú quieres ser Rafael en amor; mas no se crea el azar. Rafael es una chiripa del Padre Eterno, quien ha creado enemigas a la forma y la idea, pues de lo contrario, nadie viviría. Cuando el principio es más fuerte que el resultado, no cabe ningún producto. Debemos estar, o sobre la tierra o en el cielo. Permanece, pues, en el cielo, ya que siempre estarás demasiado pronto sobre la tierra.

—Acompañaré a la duquesa —dijo el príncipe— y arriesgaré mi última tentativa... ¿Y luego?

—Luego —respondió vivamente Vendramín—, prométeme que vendrás a buscarme al *Florian*...

—Prometido.

Esta conversación, sostenida en griego moderno entre Vendramín y el príncipe, que sabían esta lengua al igual de muchos venecianos, no había podido ser entendido por la duquesa y por el francés. Aun cuando muy al margen del círculo de interés que

enlazaba a la duquesa, Emilio y Vendramín, pues los tres se comprendían por miradas italianas, finas, incisivas, veladas y oblicuas, alternativamente, el médico acabó por entrever una parte de la verdad. Una ardiente súplica de la duquesa a Vendramín había dictado a este joven veneciano su proposición a Emilio, pues la Cataneo había presentido el sufrimiento que experimentaba su amante en el puro cielo en el que se descarriaba, no columbrando, empero, a la Tinti.

—Esos dos jóvenes están locos —dijo el médico.

—En cuanto al príncipe —respondió la duquesa—, dejadme el cuidado de curarlo; por lo que respecta a Vendramín, si no ha comprendido esta sublime música, acaso sea incurable.

—Si queréis decirme de dónde proviene su locura, los curaría —manifestó el médico.

—¿Desde cuándo un gran médico no es un adivino? —preguntó burlonamente la duquesa.

El acostumbrado *ballet* del intermedio hacía tiempo que había acabado y comenzaba el segundo acto de *Moisés*, mostrándose muy atenta la sala. Se había difundido el rumor de que el duque Cataneo había sermoneado a Cenovese, mostrándole el enorme perjuicio que causaba a Clarina, la *diva* de la velada. Se esperaba, por ende, un sublime segundo acto.

—El príncipe y su padre inician la escena —dijo la duquesa—. Han cedido de nuevo, sin dejar de insultar a los hebreos, pero tiemblan de rabia. El padre se consuela por el próximo enlace de su hijo, y el hijo está desolado por esta boda que supone un obstáculo que todavía acrecienta su amor, contrariado de todos lados. Genovese y Carthagenova cantan admirablemente. Ya lo veis, el tenor hace las paces con la galería. ¡Qué bien pone de relieve las riquezas de esta música!... La frase dicha por el hijo, por su tónica, y repetida por el padre a la dominante, pertenece al sistema simple y grave sobre el cual reposa esta partitura, cuya sobriedad de medios hace aún más asombrosa la fecundidad de la música. Egipto entero está ahí. Yo no creo que exista un trozo moderno en el que se respire semejante nobleza. La paternidad grave y majestuosa de un rey se expresa en esta frase magnífica y conforme al gran estilo que impera en toda la obra. A buen seguro que no puede estar mejor representado sino por esas grandiosas imágenes, el hijo de un Faraón vertiendo su dolor en el seno de su padre y haciéndoselo experimentar. ¿No halláis en vos mismo un sentimiento de esplendor que prestamos a esa antigua monarquía?

—¡Es una música sublime! —dijo el francés.

—El aria de la *Pace mia smarrita* (Mi paz turbada), que va a cantar la reina, es uno de esos llamados trozos de bravura, y de factura, a los cuales están condenados todos los compositores y que perjudican al plan general del poema; pero su ópera no existiría si no satisficiera el amor propio de la prima-donna. Sin embargo, este pastel musical está tan ampliamente tratado, que se le ejecuta textualmente en todos los teatros. Es tan brillante, que las cantantes no substituyen en él su aria favorita, como

se practica en la mayoría de las óperas. En fin, he aquí el punto flamante de la partitura, el dúo de Osiride y de Elcia, en el subterráneo en el que quiere él ocultarla para raptarla a los hebreos que parten y huir con ella de Egipto. Los dos amantes son disturbados por la llegada de Aaron, quien ha ido a prevenir a Amaltea y ahora vamos a oír al rey de los cuartetos: *Mi manca la voce, mi sento morire*. (Me falta la voz, me siento morir). Ese *Mi manca la voce* es una de las obras maestras que resistirán a todo, hasta al tiempo, ese gran destructor de las modas en música, ya que está tomado a ese lenguaje del alma que jamás varía. Mozart posee su famoso final del *Don Juan*, Marcello su salmo *Coeli enarrant gloriam Dei*, Cimarosa su *Pria che spunti*, Beethoven su *Sinfonía en do menor* y Pergolese su *Stabat*. Rossini conservará su *Mi manca la voce*. Es, sobre todo, la maravillosa facilidad con que varía la forma lo que ha de admirarse en Rossini; para obtener ese gran efecto, ha recurrido al viejo sistema del canon de unisonancia, para hacer entrar sus voces y fundirlas en una misma melodía. Como la forma de esas sublimes cantinelas era nueva, la ha establecido en un viejo cuadro; y para mejor ponerla de relieve, ha apagado la orquesta, no acompañando la voz sino por arpegios de arpas. Es imposible tener más espíritu en los detalles, ni más grandeza en el efecto general... ¡Santo Dios! ¡Otra vez tumulto! —exclamó la duquesa.

Genovese, que había cantado tan bien su dúo con Carthagenova, estaba fatal con la Tinti. De gran cantante, se convertía en el peor de los coristas. Se levantó el más espantoso griterío que hasta entonces conmoviera las bóvedas de la Fenice, no cediendo el tumulto sino ante la voz de la Tinti, quien, rabiosa por el obstáculo puesto por la obstinación de Genovese, cantó el aria de *Mi manca la voce* como cantante alguna lo hará. El entusiasmo se desbordó ahora, pasando los espectadores de la indignación y el furor a las más estrepitosas manifestaciones de júbilo.

—Ella me vierte raudales de púrpura en el alma —decía Capraja, bendiciendo con su mano extendida a la *diva* Tinti.

—¡Que el cielo agote sus gracias sobre tu cabeza! —gritó un gondolero.

—El Faraón va a revocar sus órdenes —prosiguió la duquesa, mientras que la sala se calmaba gradualmente—. Moisés le fulminará en su trono, anunciándole la muerte de todos los mayores de Egipto y cantando esa aria de venganza que contiene los truenos y rayos del cielo y donde resuenan los clarines hebreos. Mas, no os confundáis, que esa aria es de Pacini, que Carthagenova substituye a la de Rossini. Esa aria de *Paventa* (Espanto) quedará sin duda en la partitura, pues proporciona harto bien a los bajos la oportunidad de desplegar las riquezas de su voz, y aquí la expresión ha de tener la primacía sobre la ciencia. Además, la magnífica aria está henchida de amenazas, por lo que no sé si se nos permitirá cantarla durante mucho tiempo.

Una salva de bravos y de aplausos, seguida de un profundo y prudente silencio, acogió esa aria; nada fue más significativo ni más veneciano que esa audacia, al punto reprimida.

—No os diré nada del *tempo di marcia* (tiempo de marcha) que anuncia el coronamiento de Oroside, y con el cual el padre quiere desafiar la amenaza de Moisés: basta con escucharlo. Su famoso Beethoven no ha escrito nada más magnífico. Esta marcha, llena de pompas terrestres, contrasta admirablemente con la de los hebreos; comparadlas y veréis que la música es aquí de inaudita fecundidad. Elcia declara su amor a la cara de los dos jefes hebreos y lo sacrifica por esa admirable aria de *Porge la destra amata* (Dad a otra vuestra adorada mano). ¡Ah, qué dolor! ¡Ved la sala!

—¡Bravo! —clamó casi al unísono la platea cuando fue fulminado Genovese.

—Liberada de su deplorable compañero, oiremos cantar a la Tinti: ¡*O desolata Elcia!* (¡Oh desolada Elcia!), la terrible cavatina donde clama un amor reprobado por Dios... ¿Dónde estás, Rossini, para oír tan magníficamente interpretado lo que tu genio te ha dictado? —añadió la Cataneo—. ¿Hay alguien que iguale a Clarina? —preguntó a Capraja—. ¡Para animar esas notas con bocanadas de fuego que, salidas de los pulmones aumentan en el aire con no sé qué substancias aladas que nuestros oídos aspiran y que nos elevan al cielo con amoroso raptó, es preciso ser una deidad!

—Ella es como esa bella planta india que se lanza de la tierra, recoge en el aire un invisible alimento y despide de su cáliz redondeado en blanca espiral, nubes de perfumes que hacen aflorar ensueños en nuestro cerebro —respondió Capraja.

Reclamada la Tinti por las entusiastas aclamaciones, reapareció sola, y, al par de los vítores, recogió mil besos que todos le enviaban con la punta de los dedos, lanzándosele, asimismo, rosas, y siéndole entregada una corona trenzada con la flores de los sombreros de las mujeres, casi todos confeccionados por modistas parisinas. Insistentemente se pidió la repetición de la cavatina.

—¡Con qué impaciencia Capraja, el enamorado de la fermata, esperó este trozo, que no tiene más valor que el de su ejecución! —dijo entonces la duquesa—. En él, Rossini ha puesto, por decirlo así, la brida en el cuello a la fantasía de la cantante. La fermata y el alma de ella lo son todo. Con una voz o una ejecución mediocre, eso no sería nada. La garganta debe hacer resaltar los brillantes de ese pasaje. La cantante ha de expresar el más inmenso dolor, el de una mujer que ve morir a su amante ante sus ojos... La Tinti, como lo oís, hace resonar la sala con las más agudas notas, y, para dejar en completa libertad al arte puro, a la voz, Rossini ha escrito ahí frases netas y francas; en un último esfuerzo, ha inventado estas desgarradoras exclamaciones musicales: ¡*Tormenta!* ¡*Affani!* ¡*Smanie*^[12]! ¡Qué clamores, cuánto dolor en esas fermatas! Como podéis ver, la Tinti ha arrebatado a la sala por sus sublimes esfuerzos.

El francés, estupefacto por aquella furia amorosa de toda una sala provocada por su placer, entrevió un poco a la verdadera Italia; pero ni la duquesa, ni Vendramín, ni Emilio, prestaron la menor atención a la ovación clamorosa a la Tinti, que se repitió. La duquesa tenía miedo de ver a su Emilio por última vez; en cuanto al príncipe, ante la duquesa, aquella imponente divinidad que le arrebatava al cielo, ignoraba dónde se

encontraba, no oía la voluptuosa voz de quien le había iniciado a las voluptuosidades terrestres, pues una horrible melancolía hacía escuchar a sus oídos un concierto de voces plañideras, acompañadas por el sordo zumbido de una lluvia torrencial. Vendramín, vestido de procurador, veía la ceremonia del *Bucentauro*. El francés, que había acabado por adivinar un extraño y doloroso misterio entre el príncipe y la duquesa, apilaba las más ingeniosas conjeturas para explicárselo. La escena había cambiado. En medio de una bella decoración representando el desierto y el Mar Rojo, se efectuaron las evoluciones de egipcios y hebreos, sin que fuesen perturbados los pensamientos de que eran presa los cuatro personajes de aquel palco. Mas, cuando los primeros acordes de las arpas anunciaron la plegaria de los hebreos liberados, el príncipe y Vendramín se levantaron y se apoyaron ambos a cada uno de los tabiques del palco y la duquesa se acodó sobre la repisa forrada de terciopelo, sosteniendo su cabeza con la mano izquierda.

El francés, advertido por estos movimientos de la importancia conferida por toda la sala a aquel trozo tan justamente célebre, lo escuchó religiosamente. Toda la sala pidió el *bis* de la plegaria, aplaudiéndola exageradamente.

—Me parece haber asistido a la liberación de Italia —pensaba un milanés.

—¡Esta música levanta las cabezas inclinadas y da esperanza a los corazones más adormecidos! —exclamó un romañés.

—Aquí —dijo la duquesa al médico, cuya emoción fue visible—, la ciencia ha desaparecido y sólo la inspiración ha dictado esa obra maestra, que ha brotado del alma como un grito de amor. En cuanto al acompañamiento, consiste en arpeggios de arpas, y la orquesta no se amplifica sino hasta la última repetición de este tema celeste. Jamás Rossini se elevará más alto que en esta plegaria; lo hará todo tan bien, nunca mejor: lo sublime es siempre semejante a sí mismo, mas este canto es aún una de esas cosas que le pertenecerán por entero. Lo análogo de una concepción parecida, no podría hallarse sino en los salmos del divino Marcello, que es a la música lo que Giotto a la pintura. La majestad de la frase, cuya forma se desarrolla aportándonos inagotables melodías, iguala a lo que los genios religiosos han inventado de más amplio. ¡Y qué simplicidad en los medios! Moisés ataca el tema en *sol menor*, y acaba por una cadencia en *sí bemol*, que permite al coro reasumirla, al principio pianísimo, en *sí bemol* y tornarla por una cadencia en *sol menor*. Este juego tan noble en las voces, termina en la última estrofa por una fuga en *sol mayor*, cuyo efecto es aturdidor para el alma. Parece como si ascendiendo hacia los cielos, el canto de ese pueblo salido de la esclavitud, topa con cantos provenientes de las esferas celestes. Las estrellas responden jubilosamente a la embriaguez de la tierra liberada. La periódica redondez de esos motivos, su elegante rotundidad armónica, la nobleza de las lentas gradaciones que preparan la explosión del canto y su *ritornello*, crean y desarrollan imágenes celestes en el alma. ¿No os parece ver los cielos entreabiertos, los ángeles empuñando sus sistros de oro, los serafines prosternados agitando sus incensarios repletos de perfumes y los arcángeles apoyados sobre sus flamígeras

espadas que acaban de vencer a los impíos? El secreto de esta armonía que refresca y reanima el pensamiento, es, en mi parecer, el de algunas obras humanas sumamente raras; ella nos lanza por un momento al infinito, cuando menos tal sensación experimentamos y hasta lo entrevemos en esas melodías sin límites como las que se cantan en torno al trono de Dios. El genio de Rossini nos conduce a una prodigiosa altura, desde la cual divisamos una Tierra Prometida en la que nuestros ojos, acariciados por celestes resplandores, se sumen sin hallar horizonte alguno. El último clamor de Elcia, casi sanada, otorga un amor terrestre a ese himno de agradecimiento. Esa cantinela es un rasgo de genio.

—¡Cantad! —dijo la duquesa al oír la última estrofa cómo era escuchada, con sombrío entusiasmo—. ¡Cantad; sois libres!

Estas últimas palabras fueron dichas con acento tal, que hicieron estremecerse al médico; y para arrancar a la duquesa a su amargo pensamiento, la planteó durante el tumulto provocado por las llamadas a escena de la Tinti, uno de esos debates en los que sobresalen los franceses.

—Señora —dijo—, al explicarme esta obra maestra que, gracias a vos, volveré a escuchar mañana, comprendiéndola ya en sus medios y en su efecto, me habéis hablado a menudo del color de la música, y de lo que pintaba ella: pero, en mi calidad de analista y de materialista, os confesaré que sigo sintiéndome sublevado por la pretensión que ciertos entusiastas albergan de querer hacernos creer que la música pinta, retrata con sonidos. ¿No resulta eso algo así como si los admiradores de Rafael sostuvieran que canta con los colores?

—En el lenguaje musical, pintar, es despertar por sonos ciertos recuerdos en nuestro corazón, o ciertas imágenes en nuestra inteligencia, y esos recuerdos, esas imágenes, tienen su color, son tristes o alegres. Nos presentáis un juego de palabras como debate, eso es todo. Según Capraja, cada instrumento tiene su misión, y se dirige a ciertas ideas, como cada color responde en vos a determinados sentimientos. Al contemplar arabescos de oro sobre un fondo azul, ¿tenéis los mismos pensamientos que provocan en vos arabescos rojos sobre un fondo negro o verde? Tanto en una como en otra pintura, no hay figuras, nada de sentimientos expresados, a no ser por el arte puro, y, sin embargo, ninguna alma permanecerá fría contemplándolos. ¿No tiene el oboe el poder de evocar en todos los espíritus imágenes campestres, así como casi todos los instrumentos de viento? ¿No tienen los instrumentos de metal no sé qué de guerrero, no desarrollan en nosotros sensaciones animadas y un tanto bélicas? Y las cuerdas, cuya substancia se ha tomado de las creaciones organizadas, ¿no repercuten en las fibras más delicadas de nuestro organismo, no van hasta el fondo de nuestro corazón? Cuando os he hablado de los colores sombríos, del frío de las notas empleadas en el preludio de Moisés, ¿no estaba yo tan en lo cierto como vuestros críticos al hablarnos del color de tal o cual escritor? ¿No reconocéis el estilo nervioso, el estilo pálido, desvaído, el animado y el coloreado? El arte pinta con palabras, con sonidos, con colores, con líneas, con

formas; si sus medios son diversos, los efectos son los mismos. Un arquitecto italiano nos procurará la sensación que provoca en nosotros la obertura de Moisés, paseándonos por avenidas umbrosas, frondosas, húmedas, y haciéndonos llegar súbitamente frente a un valle repleto de agua, de flores, de edificios, e inundado de sol. En sus grandiosos esfuerzos, las artes no son sino la expresión de los grandes espectáculos de la naturaleza. No soy lo bastante docta como para adentrarme en la filosofía de la música; sobre el particular id a interrogar a Capraja, y quedaréis sorprendido de lo que os dirá. Según él, poseyendo cada instrumento como expresiones la duración, el aliento o la mano del hombre, es superior como lenguaje al color, el cual es fijo, y a la palabra, que tiene límites. El idioma musical es infinito, lo contiene todo, puede expresarlo todo. ¿Sabéis ahora en qué consiste la superioridad de la obra que habéis escuchado? Os lo explicaré en pocas palabras. Existen dos músicas: una pequeña, mezquina, por doquier semejante a sí misma, que descansa sobre un centenar de frases de las que cada músico se apropia, y que constituye un parloteo más o menos agradable, con el cual viven la mayoría de los compositores; se escuchan sus cantos, sus pretendidas melodías, se experimenta más o menos placer, pero no queda absolutamente nada en la memoria; transcurren cien años, y son olvidados sus creadores y sus creaciones. Los pueblos, desde la antigüedad hasta nuestros días, han conservado, como precioso tesoro, ciertos cantos que resumen sus costumbres y sus hábitos, diría que casi su historia. Escuchad uno de esos cantos nacionales (y el canto gregoriano ha recogido la herencia de los pueblos anteriores en ese género), y os sumís en profundos ensueños, se desarrollan en vuestra alma cosas inauditas, inmensas, a pesar de la simplicidad de esos rudimentos, de esas ruinas musicales. Pues bien, aparecen cada siglo uno o dos hombres de genio, no más, los Homeros de la música, a quien Dios otorga el poder de superar a los tiempos, y que formulan esas melodías plenas de hechos cumplidos, henchidas de poemas inmensos. Meditadlo bien, recordad este pensamiento, que será fecundo repetido por vos: es la melodía y no la armonía la que tiene el poder de atravesar las épocas. La música de este oratorio contiene un mundo de esas cosas grandes y sagradas. Una obra que comienza por esa introducción y que acaba con esa plegaria, es inmortal, tan inmortal como el *O filii et filiae* de Pascuas, como el *Dies irae* de la muerte, como todos los cantos que sobreviven en todos los países a esplendores, a alegrías y a prosperidades perdidas.

Dos lágrimas que la duquesa enjugó al salir de su palco, proclamaban bastante que ella pensaba en la Venecia que ya no existía; así, Vendramín la beso la mano.

La representación terminaba por un concierto de las más originales maldiciones, por los silbidos prodigados a Genovese, y por un acceso de delirante locura en favor de la Tinti. Desde hacía tiempo que los venecianos no habían tenido un teatro más animado; su vida estaba, en fin, recalentada por ese antagonismo que jamás ha faltado en Italia, donde la ciudad menos importante ha sido siempre alimentada por los intereses opuestos de dos facciones: por doquier gibelinos y güelfos, los Capuleto y

los Montaigu en Verona, los Geremeï y los Lomelli en Bolonia, los Fieschi y los Doria en Génova, los patricios y el pueblo, el Senado y los tribunos de la república romana, los Pazzi y los Medici en Florencia, los Sforza y los Visconti en Milán, los Orsini y los Colonna en Roma; en fin, y en todas partes y en todos los lugares, el mismo movimiento. En las calles había ya genovesistas y tintistas. El príncipe acompañó a su casa a la duquesa, a la que el amor de Osirides había más que entristecido; creía para sí misma en alguna catástrofe semejante, y no podía sino estrechar a Emilio contra su corazón, como para conservarlo junto a ella.

—¡Recuerda tu promesa! —dijo Vendramín a su amigo—. Te espero en la plaza.

CAPÍTULO IV

LAS DOS CURACIONES

Vendramín tomó del brazo al francés, y le propuso pasearse por la plaza de San Marcos, en espera del príncipe.

—Me sentiría más que contento si no volviese —dijo.

Estas palabras fueron el punto de partida de una conversación entre el francés y Vendramín, quien vio en aquel momento una ocasión para consultar a un médico, contándole la singular situación en que se encontraba Emilio. El francés hizo lo que en toda ocasión hacen los franceses: se echó a reír. Vendramín, que estimaba la cosa enormemente seria, se enfadó; mas se apaciguó cuando el discípulo de Magendie, de Cuvier, de Dupuytren y de Broussais le dijo que creía poder sanar al príncipe de su excesiva felicidad, y disipar la celeste poesía con la que rodeaba a la duquesa como con una nube.

—¡Dichosa desgracia! —comentó—. Los antiguos, que no eran tan imbéciles como lo hacían suponer su cielo de cristal y sus ideas en física, han querido describir en su fábula de Ixion esa potencia que anula al cuerpo y hace al espíritu soberano de todas las cosas.

Vendramín y el médico vieron venir a Genovese, acompañado del fantástico Capraja. El melómano deseaba vivamente saber la verdadera causa del *fiasco*. Sometido a esta pregunta, el tenor charlaba como esos hombres que se achispan por la fuerza de las ideas que les sugiere la pasión.

—Sí, señor, yo la amo, la adoro con un furor del que no me creía capaz tras haberme cansado de las mujeres. Las mujeres perjudican demasiado al arte para que se puedan llevar juntos los placeres y el trabajo. Clara cree que envidia sus éxitos y que he querido impedir su triunfo en Venecia; pero yo le aplaudía entre bastidores y gritaba: ¡*Diva!*, más fuerte que toda la sala.

—Pero —observó Cataneo apareciendo— eso no explica cómo, de cantante divino, te has convertido en el más execrable de cuantos hacen pasar el aire por una garganta, sin imprimirle de esa encantadora suavidad que nos arrebató.

—¡Yo —replicó el virtuoso—, yo convertido en mal cantante, yo que igualo a los más grandes maestros!

En este momento, el médico francés, Vendramín, Capraja, Cataneo y Genovese habían llegado a la plaza. Era medianoche. El brillante golfo que dibujan las iglesias de San Jorge y San Pablo al extremo de la Giudecca, y el comienzo del Canale Grande, tan misteriosamente abierto por la *do gana*^[13] y por la iglesia dedicada a la Maria della Salute, ese magnífico golfo, estaba en calma. La luna iluminaba los navíos ante la ribera de los Esclavonios. El agua de Venecia, que no sufre ninguna de

las agitaciones del mar, parecía viviente, por el titilante rielar de sus millones de lentejuelas. Jamás cantor alguno halló escenario más magnífico. Genovese tomó al cielo y al mar por testigos, con enfático movimiento; luego, sin más acompañamiento que el murmullo del mar, cantó el aria de *Ombra adorata*, la obra maestra de Crescentini. Aquel canto, que se elevó entre las famosas estatuas de San Teodoro y San Jorge en el seno de la desierta Venecia, iluminada por la luna, las palabras tan en armonía con aquel teatro, y la melancólica expresión de Genovese, todo subyugó a los italianos y al francés. A las primeras notas, Vendramín, tuvo el rostro cubierto de gruesas lágrimas. Capraja quedó inmóvil como una de las estatuas del palacio ducal. Cataneo pareció sentirse emocionado. El francés, sorprendido, reflexionaba como un sabio impresionado por un fenómeno que quebranta uno de sus principios fundamentales. Aquellos cuatro espíritus tan diferentes, cuyas esperanzas eran tan pobres, que no creían en nada ni para ellos, ni después de ellos, que se hacían a sí mismos la concesión de ser una forma caprichosa y pasajera, como una hierba o cualquier coleóptero, vislumbraron el cielo. Jamás la música mereció mejor su epíteto de divina. Los consoladores sonidos emitidos por aquella privilegiada garganta, envolvían a las almas de nubes suaves y acariciadoras. Y esas nubes a medias visibles, como las cúspides de mármol que entonces plateaba la luna en torno a los auditores, parecían servir de sitiales a ángeles cuyas alas expresaban la adoración, el amor, por un religioso batir. Aquella simple e ingenua melodía, penetrando los sentidos interiores, llevaba a ellos la luz. ¡Cuán santa era la pasión! ¡Mas cuán espantoso despertar preparaba la vanidad del tenor a aquellas nobles emociones!

—¿Soy un mal cantor? —dijo Genovese, después de haber terminado el aria.

Todos lamentaron que el instrumento no fuese una cosa celeste. ¿Era debida aquella música angélica a un sentimiento de amor propio herido? El cantor no sentía nada, no pensaba más en los piadosos sentimientos, en las divinas imágenes que promovía en los corazones, que el violín no sabe lo que Paganini le hace decir. Todos habían querido ver a Venecia alzando su mortaja, cantando ella misma, y no se trataba sino del *fiasco* de un tenor.

—¿Comprendéis el sentido de semejante fenómeno? —preguntó el médico a Capraja, deseando hacer hablar al hombre que la duquesa le había señalado como profundo pensador.

—¿Cuál...? —preguntó a su vez Capraja.

—Genovese, excelente cuando la Tinti no le acompaña, se convierte a su lado en un asno que rebuzna —dijo el francés.

—Obedece a una ley secreta cuya demostración matemática será acaso formulada por uno de vuestros químicos, y que el próximo siglo hallará en una fórmula repleta de X, de A y de B, mezcladas con pequeñas fantasías algebraicas, barras, signos y líneas que me producen cólico, en cuanto que las más estupendas invenciones de la matemática no añaden gran cosa a la suma de nuestros goces. Cuando un artista tiene la desgracia de hallarse colmado de la pasión que quiere expresar, no sabría

describirla, pues él es la cosa misma, en vez de ser la imagen. El arte procede del cerebro y no del corazón. Cuando vuestro sujeto os domina, sois su esclavo y no el amo. Como un rey asediado por su pueblo. Sentir demasiado vivamente en el momento en que se trata de ejecutar, es la insurrección de los sentidos contra la facultad.

—¿No debiéramos convencernos de ello por un nuevo ensayo? —preguntó el médico.

—Cataneo, tú puedes poner aún en presencia a tu tenor y a la prima donna —dijo Capraja a su amigo el duque.

—Señores —respondió el aludido—, venid a cenar a mi casa. Debemos reconciliar al tenor con Clarina; de no ser así, Venecia habría perdido la temporada.

El ofrecimiento fue aceptado.

—¡Gondoleros! —llamó Cataneo.

—Un momento —dijo Vendramín al duque—. Memmi espera en el *Florian*, y no quiero dejarle solo; embriaguémosle esta noche, o se matará mañana...

—¡*Corpo santo!* —exclamó el duque—. Yo quiero conservar a ese bravo mozo para la dicha y el porvenir de mi familia... sí, voy a invitarle.

Todos volvieron al café *Florian*, donde la numerosa concurrencia estaba animada por tempestuosas discusiones, que cesaron a la vista del tenor. En una esquina, cerca de una de las ventanas que daban a la galería, taciturno, con la mirada fija y los miembros inmóviles, el príncipe ofrecía una horrible imagen de la desesperación.

—¡Ese loco —dijo en francés el médico a Vendramín— no sabe lo que quiere! Se halla en el mundo un hombre que puede separar a una Massimilla Doni de toda la creación, poseyéndola en el cielo, en medio de las pompas ideales que potencia alguna puede realizar aquí abajo. Puede ver a su amada siempre sublime y pura, escuchar, siempre también, en sí mismo lo que nosotros acabamos de escuchar a la orilla del mar, vivir constantemente bajo el fuego de sus ojos que crean la atmósfera dorada y cálida que Ticiano ha puesto en torno a la Virgen en su *Asunción*, y que fue Rafael el primero en inventar, tras alguna revelación, para su *Transfiguración de Cristo*, ¡y ese hombre no aspira sino a embadurnar esa poesía! ¡Por mi ministerio, reunirá su amor sensual y su amor celeste en esa sola mujer! Finalmente, hará como todos; tendrá una querida. Poseía una divinidad, ¡y el desgraciado quiere hacer de ella una hembra! Os lo digo, señor, abdica el cielo, y no respondo si más tarde muere de desesperación. ¡Oh figuras femeninas, finamente recortadas por un óvalo puro y luminoso, que recordáis las creaciones en donde el arte ha luchado victoriosamente con la naturaleza! ¡Pies divinos que no podéis andar, esbeltos talles que un soplo terrestre quebraría, juncales formas que no concebirán jamás, vírgenes entrevistas por nosotros al salir de la infancia, admiradas en secreto, adoradas sin esperanza, envueltas por los rayos de algún deseo infatigable, vosotras a las que no se vuelve a ver más, pero cuya sonrisa domina toda nuestra existencia!, ¿qué puerco de Epicuro ha querido sumiros en el fango de la tierra? ¡Eh, señor, el cielo no irradia sobre la

tierra y no la caliente sino porque está a treinta millones de leguas de ella!; id más cerca, la ciencia os advierte que no es ni caliente ni luminoso, pues, la ciencia sirve de algo —añadió mirando a Capraja.

—¡No está mal para un médico francés! —dijo Capraja, dando una palmadita en la espalda del extranjero—. ¡Acabáis de explicar lo que Europa comprende menos del Dante, su *Bice*! —añadió—. Sí, Beatriz, esa figura ideal, la reina de las fantasías del poeta, elegida entre todas, consagrada por las lágrimas, deificada por el recuerdo, rejuvenecida sin cesar por los deseos no colmados.

—Mi príncipe —dijo el duque al oído de Emilio—, venid a cenar conmigo. Cuando se toma a un pobre napolitano su mujer y su amante, no puede negársele nada.

Esta bufonada napolitana, dicha con el buen tono aristocrático, arrancó una sonrisa a Emilio, quien se dejó tomar por el brazo y conducir. El duque había comenzado por enviar a su casa a mío de los mozos del café. Como el palacio Memmi estaba en el Gran Canal, del lado de Santa Maria della Salute, había que ir a él dando la vuelta a pie por el Rialto, o bien en góndola; pero los invitados no quisieron separarse, y todos prefirieron andar a través de Venecia. Debido a sus enfermedades el duque se vio obligado a trasladarse en su góndola.

Hacia las dos de la madrugada, quien hubiese pasado ante el palacio Memmi lo habría visto vomitando luz por todas sus ventanas sobre las aguas del Gran Canal, y oído la deliciosa obertura de *Semíramis*, ejecutada al pie de sus escalinatas por la orquesta de la Fenice, que daba una serenata a la Tinti. Los invitados estaban a la mesa en la galería del segundo piso. Desde lo alto del balcón, la Tinti cantaba en agradecimiento la *Buona sera* (Buenas noches) de Almaviva, mientras que el intendente del duque distribuía a los pobres ejecutantes las liberalidades de su amo, invitándoles a una cena para el día siguiente; cortesías a las que están obligados los grandes señores que protegen a las actrices y las damas que protegen a los actores. En este caso, es preciso casarse con todo el teatro. Cataneo hacía magníficamente las cosas; era el banquero del empresario, y aquella temporada le costaba dos mil escudos. Había hecho venir el mobiliario del palacio, un cocinero francés, y vinos de todos los países. En consecuencia, ya puede suponerse que la cena fue regiamente servida. Situado al lado de la Tinti, el príncipe sintió vivamente, durante toda la cena, eso que los poetas denominan en todos los idiomas las flechas del amor. La imagen de la sublime Massimilla se obscurecía al igual que la idea de Dios se cubre a veces por las nubes de la duda en el espíritu de los sabios solitarios. La Tinti se estimaba la más dichosa mujer de la tierra, al verse amada por Emilio; segura de poseerlo, el gozo se reflejaba en su rostro; su belleza resplandecía con tan vivo fulgor, que cada cual, al vaciar su copa, no podía impedir el inclinarse hacia ella en homenaje de admiración.

—La duquesa no vale lo que la Tinti —dijo el médico, olvidando su teoría ante el fuego de los ojos de la siciliana.

El tenor comía y bebía flojamente, pareciendo querer identificarse a la vida de la

prima donna, y perdía ese graso bien sentido de placer, que distingue a los cantantes italianos.

—Vamos, *signorina* —dijo el duque dirigiendo una mirada de súplica a la Tinti—, y vos, *caro primo uomo* —dijo a Genovese—, confundid vuestras voces en un acorde perfecto. Repetid el *do* de *Qual portento*^[14], a la llegada de la luz al oratorio, para convencer a mi amigo Capraja de la superioridad del acorde sobre la fermata...

—¡Quiero triunfar sobre el príncipe que ella ama, pues eso salta a los ojos, lo adora! —se dijo Genovese en su fuero interno.

Mas cual no fue la sorpresa de los invitados que habían escuchado a Genovese a la orilla del mar, al oírle berrear, maullar, rugir, detonar, ladrar, chillar, emitir hasta sonidos que se traducían por un sordo estertor; en fin, representar una comedia incomprensible, ofreciendo a las asombradas miradas una figura exaltada y sublime de expresión, como la de los mártires pintados por Zurbarán, Murillo, Ticiano y Rafael. La risa que cada cual dejó escapar, se tornó en seriedad casi trágica en el momento en que todos se percataron de que Genovese actuaba de buena fe. La Tinti pareció comprender que su camarada la amaba y que había dicho la verdad sobre las tablas, en el teatro, país de mentira y ficción.

—¡*Poverino!*^[15] —murmuró, acariciando la mano del príncipe bajo la mesa.

—¡*Per Dio santo!* —clamó Capraja—. ¿Querrás explicarme cuál es la partitura que lees en este momento, asesino de Rossini? Dinos, por favor, qué es lo que te pasa, qué demonio se debate en tu garganta...

—¡El demonio! —replicó Genovese—. Decid el Dios de la música. Mis ojos, como los de Santa Cecilia, divisan ángeles, que, con el dedo, me hacen seguir una a una las notas de la partitura escrita en rasgos de fuego, y yo intento luchar con ellos. ¡*Per Dio!*, ¿es que no me comprendéis? El sentimiento que me anima ha pasado a todo mi ser, a mi corazón y a mis pulmones. Mi alma y mi garganta no tienen sino un soplo. ¿No habéis escuchado jamás en sueños sublimes músicas pensadas por compositores desconocidos que emplean el sonido puro que la naturaleza ha puesto en todo, y que nosotros evocamos más o menos bien mediante los instrumentos con los cuales componemos masas coloreadas, pero que, en esos maravillosos conciertos, ese puro son se produce despojado de las imperfecciones que le prestan los ejecutantes, pues no pueden ser todo sentimiento, todo alma? Pues bien, esas maravillas son las que yo os brindo, y vos maldecís... Estáis tan loco como la galería de la Fenice, que me ha silbado. Yo despreciaba a ese vulgo de no haber podido escalar conmigo a la cima desde la que se domina el arte, y es a hombres notables, un francés... ¡Vaya, se ha marchado!

—Hace ya media hora —dijo Vendramín.

—¡Tanto peor! Él me hubiera podido comprender, puesto que dignos italianos, enamorados del arte, no me comprenden...

—¡Bah, bah, bah! —dijo Capraja dando unos golpecitos en la cabeza del tenor y sonriendo—. Galopa sobre el hipogrifo del divino Ariosto; corre tras tus brillantes

quimeras, *teriaki* musical.

En efecto, cada convidado, convencido de que Genovese estaba borracho, le dejaba hablar sin escucharle. Sólo Capraja había comprendido el problema planteado por el francés.

Mientras el vino de Chipre desataba todas las lenguas, y que cada cual caracoleaba sobre el caballito de su tema favorito, el médico esperaba a la duquesa en una góndola, tras haberla remitido un billete escrito por Vendramín. Massimilla vino con su vestido de noche, a tal punto le había alarmado la despedida del príncipe, y sorprendida por las esperanzas que le daba esta misiva.

—Señora —dijo el médico a la duquesa, haciendo que se sentara y dando la orden de marcha a los gondoleros—, en estos momentos se trata de salvar la vida a Emilio Memmi, y vos sola tenéis ese poder.

—¿Qué es preciso hacer? —preguntó ella.

—¡Ah...! ¿Os resignaríais a desempeñar un papel infame, a pesar de ser la más noble figura que sea posible admirar en Italia? ¿Caeríais, del cielo azul en que os halláis, en el lecho de una cortesana? En fin, vos, ángel sublime, vos, belleza pura y sin mancha, ¿consentiríais en adivinar el amor de la Tinti, en su casa, y la manera de engañar al ardiente Emilio, a quien la embriaguez tornará por lo demás poco clarividente?

—¿No es más que eso? —dijo ella sonriendo y mostrando al asombrado francés un rincón que le pasara desapercibido del delicioso carácter de la italiana enamorada—. Para salvar la vida de mi amigo sobrepasaré, si es preciso, a la Tinti.

—Y fundiréis en uno solo dos amores separados en él por una montaña de poesía que se derretirá como la nieve de un glaciar bajo los rayos de un sol de estío.

—Os deberé un eterno agradecimiento —dijo gravemente la duquesa.

Cuando el médico francés volvió a entrar en la galería, donde la orgía había tomado el carácter de la locura veneciana, tenía un aspecto satisfecho que pasó desapercibido al príncipe, fascinado por la Tinti, de la que se prometía los embriagadores deleites que ya había saboreado. La Tinti, en auténtica siciliana, nadaba en la emociones de una fantasía amorosa a punto de ser satisfecha. El francés dijo unas palabras al oído de Vendramín, y la Tinti se inquietó.

—¿Qué tramáis? —preguntó al amigo del príncipe.

—¿Sois una buena muchacha? —le dijo al oído el médico, con la dureza de un operador.

Aquellas palabras penetran en el entendimiento de la pobre cantante como una puñalada en un corazón.

—¡Se trata de salvar la vida a Emilio! —añadió Vendramín.

—Venid —dijo el médico a la Tinti.

La cantante se levantó y fue al extremo de la mesa, entre Vendramín y el médico, donde pareció hallarse como una criminal entre su confesor y su verdugo. Debatiose durante mucho tiempo, pero sucumbió por amor a Emilio. Las últimas palabras del

médico fueron:

—¡... y vos sanaréis a Genovese!

La Tinti dijo algo al tenor al dar la vuelta a la mesa. Retornó junto al príncipe, le rodeó el cuello con los brazos y le besó en los cabellos con una expresión desesperada que impresionó a Vendramín y al francés, los únicos que estuvieran en sus cabales, y luego fuese a su habitación. Emilio, al ver a Genovese abandonar la mesa y a Cataneo sumido en una larga discusión musical con Capraja, se deslizó hacia la puerta de la habitación de la Tinti, alzó el cortinón y desapareció como una anguila en el limo.

—Bueno, Cataneo —decía Capraja—, tú lo has pedido todo a los placeres físicos, y hete aquí suspendido por un hilo a la vida como un arlequín de cartón veteado de cicatrices, y no disfrutando más que cuando alguien hace sonar un acorde.

—Y tú, Capraja, que lo has pedido todo a las ideas, ¿no te encuentras en el mismo estado?, ¿no vives a caballo de una fermata?

—¡Yo poseo el mundo entero! —dijo Capraja, extendiendo la mano con ademán regio.

—¡Y yo le he devorado! —replicó el duque.

Luego se percataron de que el médico y Vendramín habíanse ido también, y que se encontraban solos.

Al día siguiente, tras la más dichosa de las noches felices, algo turbó el sueño del príncipe. Sentía en su pecho perlas vertidas por un ángel; despertose... estaba inundado por las lágrimas de Massimilla Doni, en cuyos brazos se encontraba, y que le había estado contemplando mientras dormía.

Por la noche, en la Fenice, Genovese, aun cuando su compañera Tinti no le había dejado levantar antes de las dos de la tarde, lo cual, según se dice, perjudica a la voz de un tenor, cantó divinamente su papel en *Semíramis*; fue aclamado y llamado varias veces a escena en unión de la Tinti, hubo nuevas flores y coronas, esta vez para ambos, la galería enloqueció de placer, y el tenor no se ocupó ya de seducir a la prima donna con los encantos de un método angélico.

Vendramín fue el único al que no pudo curar el médico. El amor hacia una patria que no existe es una pasión sin remedio. El joven veneciano, a fuerza de vivir en su república del siglo XIII, y de acostarse con aquella gran cortesana traída por el opio, para retornar a la vida real, a la que le reconducía el abatimiento, sucumbió, llorado y querido por sus amigos.

¿Cómo decir el desenlace de esta aventura, ya que es horriblemente burgués? Una palabra bastará a los adoradores del *ideal*.

La duquesa estaba encinta.

Las hadas, las ondinas, las sílfides de los antiguos tiempos, las musas de Grecia, las vírgenes de mármol de la Cartuja de Javía, el Día y la Noche de Miguel Ángel, los angelitos que Bellini fue el primero en poner al pie de los cuadros religiosos, y que Rafael ha pintado tan divinamente bajo su *Virgen de la dádiva*, y de la que hiela en

Dresde, las deliciosas doncellas de Orcagna en la iglesia de San Miguel, en Florencia, los coros celestes de la tumba de San Sebald, en Nuremberg, algunas Vírgenes de la catedral de Milán, las que pueblan cien catedrales góticas, toda la nación de figuras que rompen su forma para ir a vosotros, artistas comprensivos, todas esas féminas incorpóreas, corrieron a agruparse en tomo al lecho de Massimilla Doni, y lloraron.

París, 25 de mayo de 1839



LA OBRA MAESTRA DESCONOCIDA



A UN LORD.
1845.

I

GILLETTE

Hacia finales del año 1612, una fría mañana de diciembre, un joven, vestido humildemente, se paseaba por delante de la puerta de una casa situada en la calle de los Grands-Augustins, de París. Después de haber caminado un buen rato por aquella calle con la irresolución de un amante que no se atreve a subir al piso de su primera querida, por dócil que ésta sea, terminó por franquear el dintel de la puerta y preguntó si el maestro Francisco Porbus estaba en casa. Al responderle afirmativamente una anciana ocupada de barrer el vestíbulo, el joven subió lentamente los peldaños, deteniéndose de cuando en cuando, como un cortesano reciente, inquieto por la acogida que le dispensará el rey. Cuando llegó a lo alto de la escalera permaneció unos momentos en el rellano, indeciso en coger el grotesco llamador que había en la puerta del taller en el que trabajaba el pintor de Enrique IV, al que María de Médicis sustituyó por Rubens. El joven experimentaba aquella profunda emoción que ha hecho vibrar el corazón de todos los grandes artistas cuando, en la plenitud de su juventud y de su arte, se han enfrentado con un hombre genial o con una obra maestra. Existe en todos los sentimientos humanos una flor primitiva, engendrada por un noble entusiasmo, que se va constantemente debilitando hasta que la felicidad no es más que un recuerdo y la gloria una mentira. Entre estas frágiles emociones nada se parece tanto al amor como la tierna pasión de un artista que inicia el delicioso suplicio de ser destinado a la gloria y a la desventura, pasión llena de audacia y de timidez, de vagas creencias y de desengaños ciertos. Quien, siendo adolescente de talento, con poco dinero, no ha palpitado intensamente al hallarse en presencia de un maestro, le faltará siempre una cuerda en su corazón, una indefinible creencia del último toque de pincel, un sentimiento en la obra, una cierta expresión poética. Si algunos fanfarrones hinchados de sí mismos creen demasiado pronto en su porvenir, solamente los imbéciles los consideran personas geniales. En cuanto a esto, aquel joven parecía estar dotado de auténtico valor, si es que el talento puede medirse por esta timidez, por este pudor indefinible que las personas predestinadas a la gloria saben perder en el ejercicio de su arte, como las mujeres hermosas pierden el suyo en el ejercicio de la coquetería. El hábito del triunfo disipa las dudas y el pudor es, posiblemente, una duda.

Agobiado por la miseria y sorprendido en aquel momento de su impertinencia, el pobre neófito no había jamás entrado en casa del pintor al cual debemos el portentoso retrato de Enrique IV, a no ser por la ayuda extraordinaria que le proporcionó la casualidad. Un caballero anciano subía por la escalera. En lo curioso de su vestido, en la magnificencia de su golilla de encaje, en la preponderante seguridad de su andar, el

joven adivinó en este personaje a un amigo o un protector del maestro; se retiró hacia la pared para dejarle paso y le examinó atentamente, esperando encontrar en él la naturaleza buena del artista o las agradables maneras de las personas amantes de las artes; pero apercibió en su rostro algo de diabólico, y, sobre todo, ese no sé qué que caracteriza al artista. Imagínense un cráneo calvo, una frente abombada, prominente y salida sobre una pequeña nariz remangada en la punta, como la de Rabelais o la de Sócrates; la boca risueña, el mentón corto, apuntando orgullosamente hacia arriba y cubierto por una barba gris, cortada en punta; los ojos verdemar apagados aparentemente por la edad, pero que por contraste con el blanco nacarino en el que nadaba la pupila, debían lanzar miradas magnéticas en los momentos culminantes de cólera o de entusiasmo. El rostro estaba singularmente ajado por las fatigas de la edad, pero todavía más por los pensamientos que corroen igualmente al cuerpo y al alma. Los ojos carecían de pestañas, y apenas podían descubrirse algunos rastros de cejas en las arcadas oculares de su frente. Meted esta cabeza sobre un cuerpo delgado y débil, rodeadla con un encaje de deslumbrante blancura y trabajado como una tela de araña, poned sobre el pecho de aquel anciano una pesada cadena de oro, y tendrán una perfecta imagen del personaje al que la poca luz de la escalera prestaba todavía un color fantástico.

Hubierais dicho tratarse de un lienzo de Rembrandt marchando silenciosamente, enmarcado en la negra atmósfera propia de este gran pintor. El anciano lanzó sobre el joven una mirada llena de sagacidad, llamó tres veces a la puerta y dijo a un hombre valetudinario, de unos cuarenta años, que vino a abrirla:

—Buenos días, maestro.

Porbus se inclinó respetuosamente; permitió la entrada del joven pensando que iba con el anciano y se preocupó tanto menos por él, cuanto el neófito continuaba sometido a la influencia del encanto que experimentan los pintores natos ante el aspecto del primer taller que ven o donde se revelan algunos procedimientos materiales del arte. Una claraboya abierta en el techo iluminaba el taller del maestro Porbus. Concentrado en una tela colocada en un caballete y que solamente estaba tocada por tres o cuatro rasgos blancos, la luz no llegaba hasta las negras profundidades de los ángulos de aquella vasta pieza; pero algunos reflejos de luz iluminaban en aquellas sombras unas lentejuelas plateadas de una coraza de reitre, colgada de una pared, rasgaban con profundo surco la cornisa moldeada y barnizada de un antiguo aparador cargado de curiosas vajillas, y en el que podían verse también la granulada trama de algunas viejas corinas de brocado de oro, a grandes pliegues, lanzados por allí, para ser utilizados como modelo. Restos de yeso, fragmentos de torsos de diosas, amorosamente pulidos por el beso de los siglos, llenaban las mesillas y las consolas. Cajas de pinturas, botellas de aceite y de esencia, escabeles derribados, no dejaban por entre todo ello más que un estrecho camino para poder llegar hasta la alta vidriera cuyos rayos caían de lleno sobre el pálido rostro de Porbus y sobre el cráneo de marfil del extraño personaje. Innumerables bocetos de estudios a

tres colores, a la sanguina o a la pluma, llenaban las paredes hasta el techo. Pronto la atención del joven fue exclusivamente atraída por un cuadro que, en aquellos tiempos de algaradas y revoluciones, se había hecho célebre y que visitaban algunos de aquellos obcecados a los cuales se debe la conservación del fuego sagrado durante los tiempos malos. Aquella hermosa tela representaba a *Maria Egipciaca* disponiéndose a pagar el pasaje en la barca. La obra maestra, destinada a María de Médicis, fue vendida por ella en los días de miseria,

—Tu santa me gusta —dijo el anciano a Porbus— y estaría dispuesto a pagar por ella diez escudos de oro sobre el precio de la reina; pero esto de hacerle la competencia..., al diablo.

—¿La encuentra bien?

—¡Euh!, ¡euh! —exclamó el anciano—, ¿bien?... sí y no. Esta buena mujer no está del todo mal, pero no tiene vida. Vosotros creéis conseguirlo todo cuando dibujáis correctamente una figura y habéis puesto cada cosa en su sitio, según las leyes de la anatomía. Coloreáis este lineamiento con un tono de carne conseguido previamente en la paleta, teniendo buen cuidado en dejar un lado más oscuro que el otro, y por que miráis de vez en cuando a una mujer desnuda de pie sobre una tabla, ya creéis haber copiado la naturaleza, os imagináis pintores y haber robado el secreto de Dios... ¡Bah!, no basta para ser un gran poeta con conocer a fondo la sintaxis y no cometer faltas de ortografía. ¡Mira tu santa, Porbus! A primera vista parece admirable; pero cuando la miras más detenidamente, se da uno cuenta de que está pegada al fondo de la tela y que no podrá girar el cuerpo. Es una silueta que sólo tiene un plano, es una imagen que no sabría volverse ni cambiar de posición. No siento pasar el aire entre su brazo y el paisaje del fondo; le falta espacio y carece de profundidad; no obstante, todo está bien en lo que respecta a perspectiva, y la degradación aérea ha sido perfectamente observada; pero, a pesar de tan loables esfuerzos, me resisto a creer que este cuerpo esté animado por el cálido soplo de la vida. Me parece que si pusiese la mano en una garganta de la morbidez de ésta, no sentiría correr la sangre por debajo de su marfileña piel, la existencia no hincha con su rocío de púrpura las venas y arterias que se entrelazan en tupida red bajo la transparencia ambarina de sus sienes y de su pecho. Esta parte palpita, pero esta otra está inmóvil; la vida y la muerte luchan en cada uno de los detalles; aquí, es una mujer; allí, una estatua; más lejos, un cadáver. Tu creación es incompleta. No has sabido insuflar más que una parte de tu alma en tu querida obra. La antorcha de Prometeo se ha apagado una vez más en tus manos, y muchas partes del cuadro no han sido tocados por la celestial llama.

—Pero ¿porqué, mi querido maestro? —dijo respetuosamente Porbus al anciano, mientras el joven se esforzaba en reprimir un fuerte deseo de pegarle.

—¡Ah!, he aquí el porqué —respondió el anciano—. Has estado nadando entre dos sistemas, entre el dibujo y el color, entre la paciencia minuciosa, la rigidez precisa de los antiguos maestros alemanes y el ardor apasionado, la feliz abundancia

de los pintores italianos. Has querido imitar, a la vez, a Holbein y al Tiziano, a Albrecht Dürer y a Pablo Veronese. Ciertamente era esta una magnífica ambición. Pero ¿a qué has llegado? No has podido plasmar ni el encanto severo, ni las decepcionantes magias del claroscuro. En este sitio, como un bronce en fusión que revienta su frágil molde, el rico y rubicundo color de Tiziano ha hecho estallar el débil contorno de Albrecht Dürer en que le habías vertido. Por otra parte, el lineamiento ha resistido y contenido el magnífico desbordamiento de la paleta veneciana. Tu figura no está ni perfectamente dibujada, ni perfectamente pintada, y en ella aparecen por todas partes las huellas de esta infortunada indecisión. Si no te sientes lo bastante fuerte para fundir en uno solo los dos procedimientos rivales, debes optar abiertamente por uno u otro, con el fin de conseguir la unidad que simula una de las condiciones de la vida. No eres verdadero más que en las partes centrales, los contornos son falsos, no se desenvuelven y no prometen nada tras ellos. Aquí hay verdad —dijo el anciano señalando el pecho de la santa...—. Y aquí —prosiguió señalando el lugar en el que en el cuadro terminaban los hombros—. Pero allí —dijo volviendo al centro de la garganta— todo es falso. Dejémos de análisis, que acabarían entregándote a la desesperación.

El anciano se sentó en un escabel, apoyó la cabeza entre las manos y quedó silencioso.

—Maestro —le dijo Porbus—, no obstante su opinión, he estudiado concienzudamente el desnudo de este pecho; pero, para desgracia nuestra, hay efectos verdaderos en la naturaleza que no son más que probables en la tela...

—La misión del arte no consiste en copiar a la naturaleza, sino en expresarla. ¡No eres un vil copista, sino un poeta! —exclamó vivamente el anciano interrumpiendo a Porbus con un gesto despótico—. De otra forma, un escultor cumpliría con su misión vaciando el cuerpo de una mujer. Pues bien, intenta vaciar la mano de tu amante, ponía delante tuyo y verás un horrible cadáver sin ningún parecido con el original, y te verás obligado a buscar a un hombre cuyo cincel, sin copiarla exactamente, le preste movimiento y vida. Debemos captar el espíritu, el alma, la fisonomía de las cosas y de los seres. ¡Los efectos, los efectos! Pero si no son más que accidentes de la vida, no la vida misma. Una mano, ya que me estoy sirviendo de este ejemplo, una mano no es solamente una parte del cuerpo humano, sino que expresa y continúa una idea que hay que captar y reproducir. Ni el pintor, ni el poeta, ni el escultor, deben separar el efecto de la causa que se hallan siempre, irrevocablemente, uno dentro de la otra. ¡La verdadera lucha reside en esto! Muchos pintores triunfan, instintivamente, sin conocer este tema de arte. Tú dibujas una mujer, pero no la ves. No es esta la manera de forzar los arcanos de la naturaleza. Tu mano reproduce, sin que te des cuenta, el modelo que has copiado en el taller de tu maestro. No profundizas lo bastante en la intimidad de la forma, no la persigues con bastante apasionamiento y perseverancia en sus movimientos y en sus huidas. La belleza es algo adusto y difícil que no se deja captar fácilmente; hay que saber aguardar el momento oportuno,

vigilarla, apremiarla y abrazarla estrechamente para obligarla a entregarse. La forma es un Proteo mucho más difícil de coger y mucho más fértil en tretas que el Proteo de la fábula; sólo al cabo de largos y duros combates es posible obligarla a revelarla bajo su verdadero aspecto. Vosotros os contentáis con la primera apariencia con que se os presenta, o todo lo más, con la segunda, o con la tercera; no es así como actúan los luchadores victoriosos. Estos pintores invencibles no se dejan engañar por los fuegos fatuos, perseveran hasta que la naturaleza se muestra completamente desnuda, y en su verdadero espíritu. Así procedió Rafael —dijo el anciano, descubriéndose para expresar el respeto que le inspiraba el rey de las artes—, su gran superioridad deriva del sentido íntimo que en él parece desear romper la forma. La forma es, en sus figuras, lo que es entre nosotros un intérprete para comunicar ideas, sensaciones, una amplia poesía. Cada figura es un mundo, un retrato cuyo modelo se nos ha aparecido en una visión sublime, todo luz, dibujado por una voz interior, despojado de sus vestiduras por una mano celestial que deja al descubierto, en el pasado de toda una vida, las fuentes de la expresión. Tú haces a tus mujeres de hermosas ropas de carne, de lindos trapos de cabelleras, pero ¿dónde está la sangre que engendra la calma o la pasión y que es la que produce efectos particulares? Tu santa es una mujer morena, pero esto, mi pobre Porbus, es de una rubia. Tus figuras son como pálidos fantasmas de color que nos pasea por delante de nuestros ojos, y a esto llamas tú pintura y arte. Porque has hecho algo que se parece más a una mujer que a una casa, crees haber alcanzado el fin, y te sientes muy orgulloso de no haber tenido necesidad de escribir debajo de tus figuras: *currus venustus*, o *pulvher homo*, como hacían los pintores primitivos; ¡os imagináis ser artistas maravillosos! ¡Ah, ah!, no lo sois todavía, mis queridos compañeros; necesitáis usar todavía muchos lápices, embadurnar muchas telas antes de llegar. Seguramente una mujer pone la cabeza de esta manera, lleva la falda así, sus ojos languidecen y se cierran con este mismo aire de resignada dulzura y la sombra palpitante de sus pestañas flota así sobre sus mejillas. Es esto y no es esto. ¿Qué le falta? Nada, pero ese nada lo es todo. Das la apariencia de la vida, pero no sabes expresar el aliviadero por donde se desborda ese no sé qué que es el alma quizá, y que flota nebulosamente sobre la envoltura; en resumen, aquella flor de vida que el Tiziano y Rafael han sabido captar tan maravillosamente. Partiendo del punto extremo al que has llegado, se podría llegar a hacer, posiblemente, excelente pintura; pero te cansas demasiado pronto. El vulgo admira y el verdadero conocedor sonrío. ¡Oh!, Mabuse, ¡oh!, maestro mío —añadió aquel extraño personaje—, eres un auténtico ladrón, tú has llevado a la vida contigo. En este sentido —prosiguió— tu tela es mejor que los cuadros de ese ganapán de Rubens, con sus montañas de carne flamenca sazonadas de bermellón, sus oleadas de cabelleras rubias y su algarabía de color. Por lo menos en ti hay color, sentimiento y dibujo, los tres elementos necesarios de la pintura.

—Pero si esta santa es sublime, mi buen señor —exclamó con potente voz el joven, saliendo de un profundo ensueño—. Estas dos figuras, la de la santa y la del

barquero, poseen una finura de intención ignorada por los pintores italianos, y no conozco a ninguno capaz de expresar tan perfectamente la indecisión del batelero.

—¿Este muchacho ha venido con usted? —preguntó Porbus al anciano.

—Maestro, perdone usted mi atrevimiento —respondió el neófito, sonrojándose—. Soy desconocido y embadurnador instintivo, llegado hace poco a esta ciudad, fuente de toda ciencia.

—¡Manos a la obra! —le dijo Porbus entregándole un lápiz rojo y un pedazo de papel.

El desconocido copió, con rapidez, la *Maria*, con unos trazos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el anciano.

El joven escribió al pie del boceto: «Nicolás Poussin».

—He aquí algo que no está mal para un principiante —dijo el singular personaje que van locamente discursaba—. Veo que se puede hablar de pintura delante de ti. No te critico por haber admirado la santa de Porbus. Para todo el mundo constituye una obra maestra, y solamente pueden revelarse sus pecados a los iniciados en los profundos arcanos del arte. Pero, ya que eres digno de la lección y capaz de comprenderla, quiero demostrarte lo poco que le falta para completar esta obra. Sé todo ojos y todo atención, que no volverá a ofrecérsese una ocasión semejante para instruirte. Tu paleta, Porbus.

Porbus fue a buscar la paleta y los pinceles. El pequeño anciano se arremangó las mangas con un movimiento de brusquedad convulsiva, pasó el pulgar por la paleta que Porbus le tendía; se la arrancó de las manos más que le cogió un puñado de pinceles de varias dimensiones, y su barba puntiaguda empezó a moverse inmediatamente por una serie de gestos amenazadores que expresaban el prurito de una amorosa fantasía. Mientras cambiaba el color de su pincel, iba gruñendo entre dientes:

—Estos son unos colores para ser tirados por la ventana con el que los ha compuesto; son de una crudeza y de una falsedad repelentes. ¿Cómo pueden pintar con esto?

Después templó con vivacidad febril la punta del pincel en diferentes montones de colores, cuya gama entera recorría con más rapidez que un organista de la catedral recorre el teclado de su órgano al interpretar el *¡Oh! Filii* por Pascua.

Porbus y Poussin permanecían inmóviles uno a cada lado de la tela, sumidos en la más vehemente contemplación.

—Ves, joven —decía el anciano sin volverse—, ves como mediante tres o cuatro toques de pincel y un poco de barniz azulado, se puede hacer circular aire en torno de la cabeza de esta pobre santa, que debía ahogarse y sentirse presa en esta atmósfera densa. Mira cómo este trozo de tela flamea ahora y cómo se comprende que es agitada por la brisa. Antes, parecía una tela almidonada sostenida con agujas. ¿Observas cómo el luciente satinado que acabo de poner sobre el pecho da la impresión de grasa morbidez que debe tener la piel de una mujer y cómo el color,

mezcla de rojo pardo y ocre calcinado, da nuevo color a la gris frialdad de esta gran mancha de sombra, en la que la sangre parece helarse, en vez de correr, por las venas? Joven, joven, lo que ahora te estoy enseñando, ningún maestro sería capaz de enseñártelo. Únicamente Mabuse poseía el secreto de insuflar vida a las figuras. Mabuse sólo tuvo un alumno, que fui yo. Y yo no los he tenido, y ahora soy ya viejo. Posees inteligencia bastante para adivinar el resto, por lo que te dejo entrever.

Mientras hablaba, el extraño anciano iba tocando todas las partes del cuadro: aquí, dos pinceladas; allá, una sola, pero siempre con tanta intención, que se diría era aquél un cuadro nuevo, pero un cuadro templado por la luz. Trabajaba con un ardor apasionado, tanto, que su despejada frente quedó pronto perlada de sudor; se movía tan rápidamente, con movimientos tan repentinos, tan a sacudidas, tan impacientes, que al joven Poussin le parecía que en el cuerpo de aquel extraño personaje había un demonio que actuaba por medio de las manos de aquél, a pesar de los deseos del hombre. El brillo sobrenatural de sus ojos, las convulsiones que parecían ser el efecto de una resistencia, daban a aquella idea tal aspecto de verdad que debía impresionar a una imaginación joven. El anciano iba diciendo:

—¡Paf!, ¡paf!, ¡paf!, así es como se hace, joven. Ven, mira cómo mis pequeños toques me hacen triunfar sobre este tono glacial. ¡Vamos, pues! ¡Pon!, ¡pon!, ¡pon! —exclamaba, dando calor a las partes donde consideraba que le faltaba vida, y haciendo desaparecer por algunas manchas de color, las diferencias de temperamento, y restablecía la unidad de tono que requería la apasionada egipcia—. Ves, muchacho, lo que verdaderamente importa es el último toque de pincel. Porbus ha dado centenares de pinceladas; yo sólo he tenido que dar una. Nadie sabrá jamás lo que había aquí debajo. Aprende esto.

Finalmente, aquel demonio se detuvo, y volviéndose hacia Porbus y Poussin, que se habían quedado mudos de admiración, les dijo:

—Esto todavía no puede compararse a mi *Bella Quimera*; no obstante, no tendría inconveniente en poner mi firma al pie de este cuadro. Sí, lo firmaría —añadió levantándose para coger un espejo en el cual la contempló—. Ahora, vamos a comer —dijo—. Venid los dos a mi casa. Tengo jamón ahumado y buen vino... ¡Ah!, pese a los desdichados tiempos que corremos, podremos hablar de pintura. ¡Podemos hacerlo!... He aquí un muchacho —añadió dando una palmada en el hombro de Nicolás Poussin— que tiene facilidad para ella.

Dándose entonces cuenta de la miserable carcasa que llevaba el normando, sacó de su cinturón una bolsa de piel, la registró, tomó dos monedas de oro y mostrándoselas, dijo:

—Te compro tu dibujo.

—Cógelas —dijo Porbus a Poussin, viéndole cómo se estremecía y enrojecía de vergüenza, ya que el joven adepto poseía el orgullo del pobre—. Tómalas, tiene en su faltriquera el rescate de dos reyes.

Descendieron los tres del taller, y caminaron divinizando sobre las artes hasta

llegar a una hermosa casa de madera, situada cerca del puente de Saint-Michel, cuyos adornos, aldabas, marcos de las ventanas y arabescos de la fachada, maravillaron a Poussin. El pintor en ciernes se halló, de repente, en una sala baja, ante un buen fuego, cerca de una mesa cubierta de manjares apetitosos y, para colmo de dicha, en compañía de dos grandes artistas, llenos de sencillez.

—Joven —le dijo Porbus al verle extasiado delante de un cuadro—, no contemples más esta tela, caerías en la desesperación.

Se trataba del *Adán* que había pintado Mabuse para poder salir de la cárcel en la que sus acreedores le tuvieron mucho tiempo encerrado. Aquella figura ofrecía, en efecto, tal verismo que Nicolás Poussin empezó a comprender el verdadero sentido de las confusas frases pronunciadas por el anciano. Éste miraba también el cuadro con aire de satisfacción, pero sin ninguna muestra de entusiasmo, pareciendo decir: «¡Yo lo hago mejor!».

—Aquí hay vida —dijo—, mi pobre maestro se superó en esta tela. Pero todavía falta un poco de verdad en el fondo del cuadro. El hombre está verdaderamente vivo, se levanta y se está dirigiendo hacia nosotros. Pero el aire, el viento que respiramos, vemos y sentimos, no están. Además, lo que hay ahí es solamente un hombre. Y el hombre recién salido de las manos de Dios debería tener algo de divino, que le falta. El mismo Mabuse lo reconocía, con despecho, cuando no estaba borracho.

Poussin miraba alternativamente al anciano y a Porbus con inquieta curiosidad. Se acercó al segundo de ellos como para pedirle el nombre de su anfitrión; pero el pintor se puso un dedo en los labios con aire misterioso y el joven, vivamente interesado, guardó silencio, esperando que, tarde o temprano, alguna palabra perdida le pondría en conocimiento del hombre cuyas riquezas y talentos quedaban suficientemente probados por el respeto que Porbus le testimoniaba y por las maravillas contenidas en aquella sala.

Poussin, viendo en el oscuro arriadero de roble de la pared un magnífico retrato de mujer, exclamó:

—¡Qué bellísimo Giorgione!

—No, le replicó el anciano; ves uno de mis primeros balbuceos en pintura...

—¡Dios mío! Entonces estoy en casa del dios de este arte —dijo ingenuamente Poussin.

El anciano sonrió, como hombre familiarizado, desde hacía tiempo, con elogios como aquél.

—¡Maestro Frenhofer! —dijo Porbus—, ¿no podría hacer que trajeran un poco de vuestro excelente vino del Rhin para mí?

—¡Dos toneles! —respondió el anciano—. Uno para recompensarte del placer que me has proporcionado esta mañana al permitirme contemplar tu linda pecadora, y el otro como un presente de amistad.

—¡Ah!, si no estuviera enfermo con tanta frecuencia, y usted me permitiera ver su *Bella Quimera*, podría quizá hacer alguna pintura elevada, ancha y profunda, en la

que las figuras fuesen de tamaño natural.

—¿Enseñarte mi obra? —exclamó el anciano, emocionado—. ¡No!, ¡no! Tengo todavía que perfeccionarla mucho. Ayer por la tarde creí que la había terminado. Sus ojos me parecieron húmedos, su carne palpitante. Las trenzas de sus cabellos crujían. ¡Respiraba! Aunque me hallo en posesión del procedimiento para proporcionar a una tela lisa el relieve y la morbidez de la naturaleza, esta mañana de día, he reconocido mi error. ¡Ah!, para poder alcanzar este glorioso resultado he tenido que estudiar muy a fondo todos los grandes maestros del color, he analizado y levantado capa por capa todos los cuadros del Tiziano, este rey de la luz; lo mismo que este rey de pintores, tuve que bosquejar mi figura en tonos claros con pasta suave y grasienta —ya que las sombras no son más que un accidente, recuérdalo siempre, pequeño—. Después, he vuelto a mi obra y por medio de medias tintas y de barnices, la transparencia de los cuales iba disminuyendo progresivamente, he ido haciendo las sombras cada vez más vigorosas hasta llegar al negro profundo; ya que las sombras de los pintores corrientes son de otra naturaleza que sus tonos claros; será madera será cobre, será lo que queráis, excepto carne en la sombra. Se nota que, si su figura cambiase de posición, las partes sombreadas no se blanquearían y que no se harían más luminosas. Yo he evitado este defecto, en el que han incurrido muchos de los más ilustres pintores; en cambio, yo he conseguido que la blancura se adivine bajo la opacidad de la sombra más intensa. Como una multitud de ignorantes, que se imaginan saber dibujar correctamente simplemente por el hecho de haber trazado unas líneas más o menos regulares, yo no he marcado distintamente los límites exteriores de mi figura y hecho resaltar hasta el más mínimo detalle anatómico, ya que el cuerpo humano no termina en estas líneas. En esto los escultores se hallan más cerca de la verdad que nosotros. La naturaleza comporta una serie de morbideces que se envuelven las unas a las otras. Hablando con rigor, el dibujo no existe. ¡No te rías, jovencuelo! Aunque lo que digo te parezca muy extraño, algún día comprenderás la razón que me asiste. La línea es el medio por el cual el hombre se da cuenta de los efectos de luz sobre los objetos; pero no existen líneas en la naturaleza, donde todo es pleno; es precisamente al modelar cuando se dibuja, es decir, es entonces cuando se destacan las cosas del medio en que se encuentran y son; lo que da apariencia al cuerpo es únicamente la distribución de la luz. Así, pues, no me he detenido en las líneas, he extendido sobre todos los contornos una nube de medias tintas rubias y cálidas que hace que no se pueda poner la mano ni señalar el sitio exacto en el que los contornos se distinguen del fondo. De cerca, este trabajo parece algodonoso y se diría está falto de precisión; pero, a dos pasos, todo se reafirma, se destaca; el cuerpo gira, las formas se manifiestan, y se siente circular el aire a todo su alrededor. No obstante, aún no me siento satisfecho, tengo dudas. Quizá lo mejor sería no dibujar ni un sólo trazo, y sería preferible atacar una figura por las partes centrales, dedicándose primero a las más ilustradas para pasar a continuación a las más oscuras. ¿No es así como procede el sol, divino pintor del Universo? ¡Oh naturaleza, naturaleza!, ¿quién te ha

sorprendido en tus fugas? Mira la ciencia excesiva lo mismo que la ignorancia, conduce a una negación. ¡Dudo de mi obra!

El anciano hizo una pausa y después continuó:

—Hace diez años que trabajo; pero ¿qué son diez miserables liños cuando se trata de luchar contra la naturaleza? Ignoramos el tiempo que empleó el señor Pigmalión en hacer una sola estatua andante.

El anciano cayó en una profunda meditación, y permaneció con la mirada fija, jugando maquinalmente con su cuchillo.

—¡Está conversando con su propio *espíritu*! —dijo Porbus, en voz baja, a Poussin.

Ante esta palabra, Nicolás Poussin se sintió preso de una inexplicable curiosidad de artista. Aquel anciano de ojos blancos, atento y estupidizado, se convirtió, para él, en algo más que un hombre, se lo figuró un genio fantástico viviendo en una esfera desconocida. Despertaba en el alma mil ideas confusas. El fenómeno moral de esta especie de fascinación es imposible de definir, porque no se puede traducir la emoción suscitada por un canto que recuerda a la patria al corazón de un exilado. El desprecio que el anciano afectaba expresar hacia las más bellas tentativas del arte, sus riquezas, sus modales, la deferencia que Porbus le manifestaba, aquella obra mantenida secreta durante tanto tiempo, obra de paciencia, obra genial sin duda, a juzgar por la franca admiración que había despertado en el joven Poussin la cabeza de la *Virgen*, aunque cerca del *Adán* de Mabuse, atestiguaba el hacer imperial de uno de los príncipes del arte; todo en aquel anciano iba más allá de los límites de la naturaleza humana. Lo que la rica imaginación de Nicolás Poussin pudo captar de claro y perceptible, al contemplar aquel ser sobrenatural, era una imagen acabada de un artista por naturaleza, de esta naturaleza alocada a la que le ha sido confiada tanto poder y de la cual tan a menudo se abusa, conduciendo a la fría razón a los burgueses, e incluso a muchos de los amantes del arte, a través de múltiples caminos pedregosos que, para ellos, son prácticamente intransitables; mientras que, jugueteando con sus fantasías, esta muchacha de alas blancas descubre epopeyas, castillos y obras de arte. ¡Naturaleza burlona y bondadosa, fecunda y pobre! Así, para el entusiasta Poussin, aquel anciano se había convertido, por una súbita transfiguración, en el mismísimo arte, el arte con sus secretos, sus dificultades y sus ensueños.

—Sí, mi querido Porbus —prosiguió Frenhofer—, ahora sólo me falta encontrar a la mujer irreprochable, un cuerpo cuyos contornos sean de una belleza perfecta, y la carnación de la cual... Pero ¿dónde podría hallarla viva? —dijo interrumpiéndose—. ¿Dónde podría encontrar a esta inhallable Venus de los antiguos, tantas veces buscada, y de la cual sólo encontramos cualidades dispersas? ¡Oh!, para ver un momento, una sola vez, la naturaleza divina, completa, es decir, el ideal, daría toda mi fortuna... ¡Pero tendría que irte a buscar en el Limbo, celeste beldad! Como Orfeo, sería capaz de bajar hasta los infiernos del arte para recuperar la vida.

—Podemos irnos —dijo Porbus a Poussin— ¡no nos oye, no nos ve!

—Vayamos a su taller —dijo el joven, maravillado.

—¡Oh!, el viejo reitre ha sabido defender la entrada. Sus tesoros están demasiado bien guardados para que podamos llegar allí. No he esperado su opinión para intentar el asalto a este misterio.

—¿Hay, pues, un misterio?

—Sí —respondió Porbus—. El anciano Frenhofer es el único discípulo que Mabuse ha querido tener. Convertido en su amigo, su salvador, su padre, Frenhofer sacrificó la mayor parte de sus riquezas en satisfacer las pasiones de Mabuse; en cambio, éste le reveló el secreto del relieve, el poder de dar a las figuras aquella extraordinaria vida, aquel efluvio de naturaleza, que constituyen nuestra eterna desesperación, y de los cuales llegó a poseer *su hacer* en forma tal, que un día, habiéndose vendido y bebido el damasco floreado con el que debía vestirse para asistir a la entrada en París de Carlos V, acompañó a su maestro vestido con un papel pintado como el damasco. El brillo particular de la tela con la que se cubría Mabuse sorprendió al Emperador, el cual, deseando cumplimentar al acompañante del viejo borracho, descubrió la superchería. Frenhofer es un hombre apasionado por nuestro arte, que ve más alto y más lejos que los otros pintores. Ha meditado profundamente sobre los colores, sobre la verdad absoluta de la línea; pero, a fuerza de buscar, ha llegado a dudar del objetivo mismo de su búsqueda. En sus momentos de desesperación afirma que el dibujo no existe, y que con las líneas lo único que puede conseguirse son figuras geométricas; lo que está más allá de lo verdadero, ya que con el trazo y el negro, que no es ningún color, se puede hacer una figura; lo que demuestra que nuestro arte está, como la naturaleza, compuesto de infinitos elementos; el dibujo da un esqueleto, el color es la vida, pero la vida sin esqueleto es algo más incompleto que el esqueleto sin vida. Finalmente, hay algo que es más verdadero que todo esto, y es que la práctica de la observación es todo para un pintor, y que, si la razón y la poesía se querellan con los pinceles, se llega a dudar como de este buen hombre, que es tan loco como buen pintor. Pintor sublime, ha tenido la desgracia de nacer rico, lo cual le ha permitido divagar; no le imites. ¡Trabaja! Los pintores no deben pensar más que con los pinceles en la mano.

—¡Entraremos allí! —exclamó Poussin sin escuchar a Porbus y disipando toda duda.

Porbus sonrió al entusiasmo del joven desconocido y se separó invitándole a visitarle.

Nicolás Poussin regresó con lento andar a la calle de la Harpe y pasó de largo sin ver la modesta posada en la cual se albergaba. Subiendo con inquieta prontitud su miserable escalera llegó a una habitación alta, situada bajo el techado como un palomar, sencilla y ligera cobertura de las casas del viejo París. Al lado de la reducida y única ventana de la pieza le hallaba una muchacha que al oír el ruido de la puerta se levantó súbitamente por un impulso amoroso; había reconocido al pintor por la manera con la que había descorrido el cerrojo.

—¿Qué tienes? —le preguntó.

—Que... yo..., que... —balbuceó ahogado de dicha—, ¡que me he sentido pintor! Hasta el momento presente había dudado de mí, pero esta mañana he creído en mí. ¡Puedo ser un gran hombre! ¡Gillette, seremos ricos, dichosos! Hay oro en estos pinceles...

Pero de repente se calló. Su rostro grave y vigoroso perdió toda expresión de alegría cuando comparó la inmensidad de sus esperanzas con la mediocridad de sus recursos. Las paredes estaban cubiertas de papeles con bocetos pintados a lápiz. No poseía más que cuatro telas propias. Los colores habían alcanzado en aquellos días altos precios. Y el pobre joven veía que su paleta estaba casi vacía. En medio de aquella miseria poseía y sentía increíbles riquezas anímicas y la superabundancia de una genialidad devoradora. Llevado a París por un gentilhombre amigo suyo, o tal vez por su propio talento, había encontrado al instante una amante, una de aquellas almas nobles y generosas dispuestas a pasar privaciones y a sufrir al lado de un gran hombre, que le ahuyentaba las penas y se esforzaba por comprender sus caprichos; fuerte por la miseria y el amor, como otras se sienten intrépidas por afán de lujo y por mostrar a todo el mundo su insensibilidad. La errante sonrisa de Gillette que florecía en sus labios, doraba aquella buhardilla y rivalizaba con el resplandor del cielo. No todos los días brillaba el sol, en cambio ella estaba siempre allí, constantemente, recogida en su pasión, aferrada a su felicidad, a sus sufrimientos, y consolaba al genio que desbordaba en el amor antes de ser apoderado por el arte.

—Escucha, Gillette, ven.

La obediente y alegre muchacha saltó sobre las rodillas del pintor. Todo era gracia y encanto en ella, todo belleza, alegre como la primavera, adornada con todas las riquezas femeninas y revelándolas por el fuego de un alma bella.

—¡Oh, Dios! —exclamó él—, nunca me atrevería a decirte...

—¿Se trata de un secreto? —le interrumpió ella—, quiero saberlo.

Poussin permaneció pensativo.

—Habla, pues.

—Gillette... ¡pobre corazón amado...!

—Ya veo, quieres pedirme algo.

—Sí.

—Si lo que quieres es que pose ante ti como el otro día —prosiguió ella con aire juguetón—, no lo consentiré jamás, ya que en estos momentos tus ojos no me dicen nada. No estás pensando en mí, y no obstante me estás mirando...

—¿Preferirías verme copiando a otra mujer?

—Tal vez sí, si era una mujer fea.

—Pues bien —continuó Poussin en tono serio—, si para mi gloria futura, si para convertirme en un gran pintor tuvieras que posar para otro, ¿lo harías?

—No es necesario que me pongas a prueba, sabes perfectamente que no iría.

Poussin inclinó la cabeza sobre su pecho, como hombre que sucumbe a una

alegría o a un dolor demasiado intenso para su alma.

—Escucha —dijo ella tirando de la manga de su raída chaqueta—, ya te he dicho, Nichk, que daría mi vida por ti; pero jamás te he prometido, mientras viva, renunciar a tu amor.

—¿Renunciar?, preguntó el joven artista.

—Si me mostrara de la forma que dices a otro hombre, no me amarías más; y, yo misma, me consideraría indigna de ti. Obedecer a tus deseos es algo natural y sencillo. A pesar mío, me siento feliz, e incluso orgullosa, de cumplir tu voluntad. Pero para otro, no, ¡eso no!

—Perdóname, mi querida Gillette —exclamó el pintor poniéndose de rodillas—. Prefiero ser amado que glorioso. Para mí, tú eres más bella que la fortuna y los honores. Vamos, tira ya mis pinceles, quema estos bocetos. Me he equivocado. Mi vocación es la de quererte. Yo no soy un pintor, soy un enamorado. ¡Perezcan el arte y todos sus secretos!

Ella le admiraba feliz, encantada. Ella reinaba, sentía instintivamente, que el arte quedaba relegado ante ella y tirado a sus pies como un grano de incienso.

—No obstante se trata de un anciano —prosiguió Poussin—. Solamente vería en ti a la mujer. ¡Eres tan perfecta!

—Es preciso amar mucho —dijo ella dispuesta a sacrificar sus escrúpulos amorosos para recompensar a su amante de todos los sacrificios realizados—. Pero —añadió— éste sería mi perdición. ¡Ay, perderme por ti..., sí, esto estaría bien y sería hermoso! Pero tú me olvidarías. ¡Oh!, ¿qué mal pensamiento has tenido?

—Lo he tenido y te amo —dijo el joven con especial contrición—, pero ¿soy, pues, un infame?

—Consultemos al padre Hardouin —dijo ella.

—¡Oh, no! Que sea un secreto entre nosotros dos.

—Pues bien, iré; pero tú no estés allá —añadió ella—. Quédate en la puerta con tu daga en la mano; si grito, entra y mata al pintor.

No viendo más que su arte, Poussin estrechó a Gillette entre sus brazos.

—Ya no me ama —pensó Gillette cuando se encontró sola.

Se estaba arrepintiendo ya de su resolución. Pero pronto se sintió presa de un terror más cruel que su arrepentimiento, y se esforzó en alejar de su mente un pensamiento espantoso que iba tomando cuerpo en su corazón. Creía amar menos al pintor, sospechando que era menos digno de estima que antes.

II

CATALINA LESCAULT

Tres meses después del encuentro de Poussin y Porbus, éste vino a ver al maestro Frenhofer. El anciano se encontraba entonces presa de uno de aquellos descorazonamientos profundos y espontáneos cuya causa es, si debemos creer a los matemáticos de la medicina, una mala digestión, el viento, el calor, o algún desarreglo de los hipocondrios; y según los espiritualistas, ciertas imperfecciones en nuestra naturaleza moral. Pero el buen hombre estaba pura y simplemente fatigado de intentar terminar ese misterioso cuadro. Languidecía en un amplio sillón de madera de roble trabajada y cuero negro; sin abandonar su actitud melancólica, lanzó a Porbus la mirada de un hombre establecido en su ensimismamiento.

—Y bien, maestro —le dijo Porbus—, ¿qué le sucede? ¿Es que el azul ultramar que mandó a buscar a Brujas le ha resultado de mala calidad? ¿Es que no ha podido pulverizar suficientemente el nuevo blanco? ¿Su aceite es malo o los pinceles imperfectos?

—¡Ay! —exclamó el anciano—, he creído durante un momento que mi obra estaba consumada; pero me había equivocado en varios detalles, y no me sentiré tranquilo mientras no haya desvelado mis dudas. Estoy decidido a emprender un viaje, ir a Turquía, a Grecia, a Asia, en busca de una modelo, y poder comparar mi cuadro a distintas naturalezas... Tal vez tenga arriba, prosiguió dejando escapar una sonrisa de satisfacción, la verdadera naturaleza. A veces tengo incluso miedo a que un hálito de inspiración me ponga delante de una tal mujer, y que inmediatamente desaparezca.

Después se puso en pie súbitamente como para partir.

—¡Ah, oh! —exclamó Porbus—, precisamente he venido a verle para ahorrarle la molestia y la fatiga del viaje.

—¿Cómo? —preguntó Frenhofer atónito.

—El joven Poussin es amado por una mujer cuya incomparable belleza carece de imperfecciones. Pero, mi querido maestro, si él consiente en prestárosela, al menos tendrá que permitirle usted admirar su tela.

El anciano quedó de pie, inmóvil, en un estado de perfecta estupidez.

—¡Cómo! —exclamó por fin dolorosamente—, ¿enseñar mi creación, mi hija, mi esposa? ¿Descorrer el velo con el cual he cubierto mi felicidad? ¡Esto sería una horrible prostitución! Hace diez años que vivo con esa mujer, es mía, sólo mía, me ama. ¿No me ha sonreído a cada pincelada? Posee un alma, un alma que yo le he dado. Enrojecería si otros ojos que no sean los míos se fijaran en ella. ¡Permitir que la vean! Pero ¿dónde podría encontrarse al marido, al amante, que fuera bastante vil

para conducir a su mujer a semejante honor? Cuando tú pintas un cuadro para la Corte, no pones en él tu alma, a los cortesanos únicamente les vendes muñecos de colores. Mi pintura, en cambio, no es una pintura, sino un sentimiento, una pasión. Nacida en mi taller, debe continuar siendo virgen, y solamente puede salir vestida. La poesía y las mujeres sólo se entregan desnudas a sus amantes. ¿Podríamos las modelos de Rafael, de Fray Angélico, del Ariosto, o a la Beatriz del Dante? No. Sólo vemos de ellas la forma. Pues bien, la obra que tengo arriba encerrada bajo cerrojo, constituye una excepción en nuestro arte. No se trata de una tela, sino de una mujer, una mujer con la cual río, lloro, hablo, pienso. Pretendes que de un golpe me desprenda de una felicidad de diez años como si me quitara el abrigo. ¿Quieres que en un momento deje de ser padre, amante, y dios? Esta mujer no es una criatura, es una creación. Que venga cuando quiera tu joven a esta casa, y le entregaré mis tesoros, le regalaré los cuadros de Corregio, de Miguel Ángel, del Tiziano, besaré las huellas de sus zapatos en el polvo; pero ¿hacerle mi rival? ¡Vergüenza! Soy aún más amante que pintor. Sí, creo que tendría fuerzas suficientes para quemar, en mi último suspiro, la cabeza de mi *Bella Quimera*; pero hacerle soportar la mirada de un hombre, de un hombre joven, de un pintor. ¡No, no! Mataría al día siguiente a aquel que la hubiera mancillado con una mirada. ¡Te mataría a ti, a ti!, a mi amigo, inmediatamente, si no la saludabas poniéndote de rodillas ante ella. ¿Quieres ahora que someta a mi ídolo a las frías miradas y a las críticas estúpidas de los imbéciles? ¡Ah!, el amor es un misterio, sólo hay vida en el fondo de los corazones y todo está perdido cuando un hombre dice a su amigo, o a quien sea: «¡He aquí a la que yo amo!».

El anciano parecía haberse rejuvenecido; sus ojos tenían el brillo de la vida; sus pálidas mejillas se habían coloreado con un rojo intenso y sus manos temblaban. Porbus, estupefacto ante la violencia apasionada con la cual había hablado, no sabía qué responder a un sentimiento tan nuevo y tan intenso. ¿Frenhofer estaba cuerdo? ¿Loco? ¿Se encontraba subyugado por una fantasía de artista, o las ideas que había expresado procedían de aquel singular fanatismo que produce en nuestro interior el prolongado alumbramiento de una gran obra? ¿Podía esperarse que transigiera alguna vez con aquella extraña pasión?

Preso por todos estos pensamientos, Porbus dijo al anciano:

—Pero ¿no se trata de cambiar una mujer por otra? ¿Es que Poussin no entrega a su amante a la mirada de usted?

—¿Qué amante? —respondió Frenhofer—. Tarde o temprano le traicionará. En cambio la mía siempre me será fiel.

—Pues bien —prosiguió Porbus—, no hablemos más de ello. Pero debo advertirle que antes de que pueda, usted encontrar, incluso en Asia, una mujer tan hermosa, tan perfecta como aquella de quien le estoy hablando, habrá muerto usted sin poder terminar su obra.

—¡Oh, ya está terminada! —dijo Frenhofer—. Quien la viera, creería ver a una

mujer tendida sobre una cama de terciopelo, bajo un dosel. A su lado, un trípode de oro, exhala perfumes. Sentirías la tentación de tirar de los cordones de las cortinas, y te parecería ver el pecho de Catalina Lescault, una hermosa cortesana conocida por la *Bella Quimera*, los movimientos producidos por su respiración. No obstante me gustaría estar seguro...

—Váyase, pues, a Asia —dijo Porbus notando como una especie de titubeo en la mirada de Frenhofer.

Y Porbus dio algunos pasos en dirección a la puerta de la sala.

En aquel momento, Gillette y Nicolás Poussin habían llegado muy cerca de la casa donde vivía Frenhofer. Cuando la joven estaba a punto de entrar en ella, se desasíó del brazo del pintor y retrocedió como sobrecogida por extraño presentimiento.

—Pero ¿qué es lo que vengo a hacer aquí? —preguntó a su amante, con voz profunda, y mirándole fijamente.

—Gillette, recuerda que te dejé en libertad de escoger, y que en todo te obedeceré. Tú eres toda mi conciencia y mi gloria. Regresemos a casa, quizá sea más feliz si tú...

—¿Es a mí a quien hablas así? Oh, no me estoy comportando como una niña... Vamos —añadió pareciendo realizar un violento esfuerzo—, si nuestro amor parece y se mete en mi corazón una prolongada pena, ¿no tendré el consuelo de saber que tu celebridad es el precio de mi obediencia a tus deseos? Entremos, esto será como seguir viviendo, lo que vale más que el no ser más que un recuerdo en tu paleta.

Al abrir la puerta de la casa, los dos amantes se encontraron con Porbus que, sorprendido por la belleza de Gillette, cuyos ojos estaban entonces llenos de lágrimas, la cogió toda temblorosa, y la condujo a presencia del anciano:

—Mire usted: ¿no vale por todas las obras maestras del mundo?

Frenhofer se estremeció. Allí estaba Gillette, en la actitud ingenua y sencilla de una joven georgiana, inocente y atemorizada, raptada por bandidos y presentada a un mercader de esclavos. Un púdico rubor coloreaba su tez, tenía los ojos bajos, sus brazos colgados a lo largo del cuerpo, sus fuerzas parecían estar a punto de abandonarla, y las lágrimas protestaban por la violencia que se cometía a su pudor. En aquel momento Poussin, desesperado por haber dejado salir a aquel tesoro de su buhardilla, se maldijo a sí mismo. Volvió a ser más amante que artista y mil escrúpulos le dieron vueltas por el corazón cuando observó la rejuvenecida mirada del anciano, que por costumbre de pintor, desnudó, por así decirlo, a aquella hermosa joven, adivinando sus más secretas formas. Sintió entonces los feroces celos del verdadero amor.

—¡Gillette, vámonos de aquí! —exclamó.

Al oír aquel grito, aquel acento, su amante levantó los ojos hasta él, le miró y se lanzó en sus brazos.

—¡Ah, esto significa que me amas! —exclamó ella vertiendo abundantes

lágrimas.

Después de haber tenido la energía suficiente para callar su dolor, carecía de fuerzas para ocultar su felicidad.

—Déjamela solamente un momento —dijo el anciano pintor— y podrás compararla con mi *Catalina*... si consiento en que la veas.

Había todavía amor en aquella exclamación de Frenhofer. Parecía como experimentar una sensibilidad especial y gozar por anticipado del triunfo que la belleza de su creación debía obtener sobre la de una muchacha de carne y hueso.

—¡No permitas que se desdiga! —exclamó Porbus dando una palmada en el hombro de Poussin—. Los frutos del amor desaparecen rápidamente, los del arte son inmortales.

—¿Entonces para él —respondió Gillette mirando atentamente a Poussin y a Porbus— no soy una mujer?

Alzó la cabeza con orgullo; pero cuando, después de haber lanzado a Frenhofer una mirada resplandeciente, vio a su amante entregado a la contemplación del retrato que tiempo atrás había tomado por un Giorgione, dijo:

—¡Ah, subamos! ¡Jamás me ha mirado así!

—Anciano —dijo Poussin sacado de su meditación por la voz de Gillette— ¿ves esta espada? Pues la clavaré en tu corazón al primer grito de auxilio que lance esta joven, incendiare tu casa, y nadie saldrá. ¿Lo has comprendido?

Nicolás Poussin estaba sombrío y sus palabras cayeron sobre los reunidos como un rayo. Aquella actitud, y sobre todo el gesto del joven pintor, consolaron a Gillette, que casi le perdonó el que la sacrificara a la pintura y a su glorioso futuro. Porbus y Poussin se quedaron ante la puerta del taller, mirándose uno al otro, en silencio. Si primero el autor de la *María Egipciaca* se permitía algunas exclamaciones, como: «¡Ah!, ahora se está desnudando», «ahora él le dice que se ponga a la luz», y «ahora la está comparando», pronto se calló ante el aspecto de Poussin, cuyo rostro estaba profundamente triste; y aunque los viejos pintores no tengan escrúpulos tan minúsculos en presencia del arte, los admiró por lo ingenuos y entusiastas que eran. El joven mantenía la mano sobre la empuñadura de su daga y la oreja casi pegada contra la puerta. Ambos, en la sombra y de pie, parecían dos conspiradores aguardando el momento de matar a un tirano.

—¡Entrad, entrad! —les gritó el anciano resplandeciente de felicidad—. Mi obra es perfecta, y ahora puedo enseñarla con orgullo. Jamás pintor, pinceles, colores, tela, o luz, podrán rivalizar con la *Catalina Lescault*, la cortesana.

Presos de una viva curiosidad, Porbus y Poussin entraron en un amplio taller de pintor cubierto de polvo, donde todo estaba en desorden, donde vieron aquí y allá cuadros colgados de las paredes. Primero se detuvieron ante una figura de mujer de tamaño natural, semidesnuda y que les dejó plenamente admirados.

—Dejad ya esto, que carece de importancia —dijo Frenhofer—, es una tela que pinté únicamente para estudiar una pose; pero no vale nada. Todo esto son mis errores

—prosiguió mostrándoles una serie de encantadoras composiciones colgadas de las paredes.

Al escuchar aquellas palabras Porbus y Poussin, estupefactos por el desdén ante semejantes obras de arte, buscaron con la mirada el retrato anunciado, sin conseguir verlo.

—¡Pues bien, helo aquí! —les dijo el anciano, cuyos cabellos estaban en desorden, el rostro inflamado por una excitación sobrenatural, los ojos chisporroteantes, y que jadeaba como un joven ebrio de amor—. ¡Ah, ah —exclamo —, seguramente no esperabais semejante perfección! Os halláis delante de una mujer, y buscáis un cuadro. Hay tanta profundidad en esta tela, el aire es tan auténtico, que no podéis distinguirlo del aire que nos envuelve. ¿Dónde está el arte? —¡Se ha esfumado, ha desaparecido! He aquí las formas de una mujer. ¿No es verdad que he sabido captar perfectamente el color, la realidad de la línea que limita el cuerpo? ¿No es verdad que se trata del mismo fenómeno que nos presenta a los objetos que están en la atmósfera como los peces en el agua? ¡Admirad de qué manera los contornos se destacan del fondo! ¿No parece que se puede pasar la mano por los hombros? Es porque durante siete años he estado estudiando los efectos del acoplamiento de la luz y los objetos. Y estos cabellos ¿no los inunda la luz?... Pero ella respira, me lo parece... ¿Veis este seno? ¡Ah! ¿quién no la querría adorar de rodillas? Sus carnes palpitan. Se va a levantar, esperad.

—¿Ve usted algo? —preguntó Poussin a Porbus.

—No... ¿Y tú?

—Nada.

Los pintores dejaron al anciano en su éxtasis, comprobaron si la luz, que caía aplomada sobre la tela, no neutralizaba los efectos pictóricos. Examinaron la tela, colocándose a derecha y a izquierda, de frente, agachándose, y levantándose en torno a ella.

—Sí, sí, es una tela —les decía Frenhofer engañándose sobre la finalidad de aquel escrupuloso examen—. Sí, esto es el caballete, esto el bastidor, y esto son mis colores y mis pinceles.

Cogió uno de éstos y se lo entregó con gesto sencillo.

—El viejo landsquenete se está burlando de nosotros —dijo Poussin volviendo a colocarse frente al pretendido cuadro—. Aquí no veo otra cosa que colores confusamente mezclados, contenidos por una serie infinita de extrañas líneas que forman una muralla de pintura.

—¡Nos estamos equivocando, mira...! —respondió Porbus.

Al acercarse más pudieron ver en un rincón de la tela la punta de un pie desnudo que emergía de aquel caos de colores, de tonos, de matices indecisos, especie de bruma en la forma; pero un pie delicioso, ¡un pie vivo! Quedaron petrificados de admiración ante aquel fragmento escapado a una increíble, a una lenta y progresiva destrucción. Aquel pie aparecía en aquel lugar como el torso de una Venus de mármol

de Pharos surgida entre los escombros de una ciudad incendiada.

—¡Aquí debajo hay una mujer! —exclamó Porbus, haciendo observar a Poussin las capas de color que el anciano pintor había ido superponiendo sucesivamente creyendo perfeccionar su pintura.

Los dos artistas se volvieron espontáneamente hacia Frenhofer, empezando a explicarse, aunque muy vagamente, el éxtasis en el cual vivía.

—Es de buena fe —dijo Porbus.

—Sí, amigo mío —dijo el anciano despertando—. Es preciso tener fe, pues la fe es necesaria en el arte, así como el vivir durante mucho tiempo con la propia obra, para poder producir una creación como esta. Algunas de estas sombras me han costado ímprobos trabajos. Mirad, en la mejilla, debajo de los ojos, hay una ligera penumbra que si la observáis en la naturaleza os parecerá casi increíble. Pues bien, este resultado no me ha costado inauditos sufrimientos al querer reproducirla. Ahora mi querido Porbus contempla con atención mi trabajo, y comprenderás, mejor que si te lo explicara, lo que te decía sobre la manera de tratar el modelo y los contornos. Mira la luz del seno, y comprueba cómo por una serie de toques y de *resaltes*, he llegado a conseguir la captación de la verdadera luz y a combinarla con la luciente blancura de los tonos claros; y cómo mediante un procedimiento inverso, borrando las partes salientes y los gránulos del empastre, he podido, a fuerza de acariciar el contorno de mi figura, anegar en la media tinta, desterrar hasta la misma idea de dibujo y de procedimientos artificiales, y darle el aspecto y la morbidez de la misma naturaleza. Aproximaros, veréis mejor este trabajo. De lejos, casi desaparece. Mirad allí, en mi opinión es muy notable.

Y con el mango de su pincel, señalaba a los dos pintores una mancha de color claro.

Porbus dio una palmada en la espalda del anciano, y volviéndose hacia Poussin, dijo:

—¿Sabéis que tanto Poussin como yo le consideramos un gran pintor?

—Y aún más grande poeta que pintor —añadió gravemente Poussin.

—Ahí —prosiguió Porbus tocando la tela— es donde termina nuestro arte terrenal.

—Y a partir de ahí se pierde en los cielos —dijo Poussin.

—¡Cuántas delectaciones en un pedazo de tela! —exclamó Porbus.

El anciano, absorto, no les escuchaba y sonreía a aquella mujer imaginaria.

—Pero tarde o temprano se dará cuenta de que en la tela no hay nada —exclamó Poussin.

—¿No hay nada en mi tela? —dijo Frenhofer, mirando alternativamente a los pintores y a su pretendido cuadro.

—¿Qué has hecho? —dijo en voz baja Porbus a Poussin.

El anciano cogió con vigor el brazo del joven y le dijo:

—¡Tú no puedes ver nada, patán!, ¡villano!, ¡desgraciado!, ¡belitre!, ¡estúpido!

¿Para qué has subido, pues, hasta aquí? Mi buen Porbus —prosiguió dirigiéndose al pintor—, ¿tú tampoco ves nada? ¡Respóndeme! Yo soy tu amigo, dime, ¿mi cuadro me ha salido mal?

Porbus, indeciso, no sabía qué decir; pero la ansiedad pintada en el pálido rostro del anciano era algo tan cruel, que señaló la tela diciendo:

—¡Mira!

Frenhofer contempló la tela durante unos momentos y vaciló.

—¡Nada!, ¡nada! ¡Y pensar que he estado trabajando siete años en ella...!

Se sentó y lloró.

—Así, pues, no soy más que un imbécil, un loco. Así, pues, carezco de talento y de capacidad. No soy más que un hombre rico que al andar no hace otra cosa que andar. ¡No he producido nada!

Contempló su tela a través de las lágrimas, se puso en pie con orgullo y lanzó sobre los dos pintores una brillante mirada, diciendo:

—¡Por el cuerpo, por la sangre, por la cabeza de Jesucristo! ¡Lo que vosotros sois es una pareja de envidiosos que queréis hacerme creer que la tela está mal pintada para robármela! ¡Yo, yo la veo!, está allí maravillosamente hermosa...

En aquel momento Poussin oyó el llanto de Gillette, olvidada en un rincón.

—¿Qué tienes, ángel mío? —le preguntó el pintor, vuelto súbitamente amoroso.

—¡Mátame! —le dijo ella—. Sería una infame si siguiera amándote, ya que te desprecio... ¡Te admiro y me causas horror! ¡Te amo y estoy empezando a creer que te odio!

Mientras Poussin escuchaba a Gillette, Frenhofer cubría a su *Catalina* con una tela de sarga verde, y con la seria tranquilidad de un joyero que cierra sus cajones creyéndose en compañía de hábiles rateros. Lanzó sobre los dos pintores una mirada disimulada, plena de desprecio y de sospecha, y les puso silenciosamente a la puerta de su taller con una prontitud convulsiva; después, cuando estaban en el rellano, les dijo:

—Adiós, amiguitos.

Aquella despedida dejó helados a los dos pintores. Al día siguiente, Porbus, inquieto, volvió a casa de Frenhofer y se enteró que había fallecido aquella noche después de haber quemado sus telas.

París, febrero de 1832.



GAMBARA



Al Señor Conde AUGUSTO-BENJAMIN DE BELLOY

Mi querido conde:

Es al rincón del fuego, en un misterioso y espléndido retiro que ya no existe, pero que vivirá en nuestro recuerdo y de donde nuestros ojos descubrían París, desde las colinas de Bellevue hasta el Arco de Triunfo de la Estrella, que, cierta mañana regada de té, y a través de las mil ideas que nacen y se extinguen como cohetes en vuestra centelleante conversación, que usted, pródigo de espíritu, arrojó bajo mi pluma a este personaje digno de Hoffmann, ese portador de tesoros ignotos, ese peregrino sentado a la puerta del paraíso, con oídos para escuchar los cantos de los ángeles y que, no teniendo lengua para repetirlos agitando sobre las teclas de marfil dedos rotos por las contracciones de la inspiración divina, creyendo expresar la música del cielo a estupefactos auditores. Vos habéis creado a Gambará; yo solamente lo he vestido. Permitidme dar al César lo que pertenece al César, lamentando que no esgrimáis la pluma en una época en que los gentilhombres deben servirse tan bien de ella como de su espada, a fin de salvar su país. Vos podéis no pensar en vos mismo, pero, sin embargo, nos debéis vuestro talento.

Vuestro sincero amigo,

De Balzac

En los Jardies, febrero de 1839

I

DE CÓMO UN NOBLE MILANÉS, AL SEGUIR A UNA MUJER, SE TOPÓ CON UN COMPOSITOR SOSPECHOSO DE ESTAR LOCO

El primer día del año de 1831 vaciaba sus cucuruchos de bombones, sonaban las cuatro, había una muchedumbre en el Palais-Royal y comenzaban a llenarse los restaurantes. En aquel momento, un cupé se detuvo ante la escalinata, saliendo de él un hombre joven de altivo porte, indudablemente extranjero; de otro modo no habría tenido lacayo de plumas aristocráticas ni los escudos de armas que los héroes de Julio perseguían aún. El extranjero entró en el Palais-Royal y siguió a la muchedumbre bajo las galerías, sin extrañarse de la lentitud a que la afluencia de curiosos condenaba a su paso; parecía acostumbrado al noble andar que irónicamente se denomina paso de embajador; pero su dignidad traslucía un poco a teatro. Aunque su rostro fuese bello y grave, su sombrero, del que se escapaba un mechón de cabellos negros ondulados, se inclinaba acaso demasiado sobre la oreja derecha, desmintiendo algo su gravedad por un aire poco más o menos de mal sujeto; sus ojos, distraídos y semicerrados, dejaban caer una mirada desdeñosa sobre la muchedumbre.

—¡Qué hombre tan guapo! —dijo en voz baja una griseta, apartándose para dejarle pasar.

—¡Y bien que lo sabe! —respondió en voz alta su compañera que era fea.

Tras haber dado una vuelta por la galería, el joven miró alternativamente al cielo y a su reloj, hizo un gesto de impaciencia, entró en una expendeduría de tabacos, encendió un cigarro, se situó ante un espejo y lanzó una mirada a su traje, algo más llamativo de lo que permiten en Francia las leyes del gusto. Ajustó su cuello y su chaleco de terciopelo negro, cruzado varias veces por una de esas gruesas cadenas de oro fabricadas en Génova; luego, tras haberse echado con un solo movimiento sobre su hombro derecho su capa de forro asimismo de terciopelo, cubriéndolo con elegancia, prosiguió su paseo sin distraerse por las ojeadas burguesas de que era blanco. Cuando comenzaron a iluminarse las tiendas y la noche se hizo bastante oscura, se dirigió hacia la plaza del Palais-Royal, como hombre que temiese ser reconocido, pues la flanqueó hasta la fuente, para alcanzar, a resguardo de los coches de punto, la entrada de la calle Froidmanteau, calle sucia, oscura y malfamada: una especie de cloaca que la policía tolera junto al saneado Palais-Royal, lo mismo que un mayordomo italiano dejaría a un criado negligente amontonar las barreduras de la casa en un rincón de la escalera. El joven vacilaba. Hubiérase dicho alguna burguesa endomingada alargando el cuello ante un arroyo crecido por un aguacero. Sin

embargo, la hora estaba bien escogida para satisfacer cualquier inconfesable fantasía. Más temprano, podía ser sorprendido; más tarde, podían haberse anticipado.

Haberse dejado invitar por una de esas miradas que alientan sin ser provocadoras; haber seguido durante una hora, acaso durante un día a una mujer bella, haberla divinizado en su pensamiento y haber prestado a su ligereza mil favorables, interpretaciones; haber reincidido en creer en las simpatías súbitas, irresistibles; haber imaginado, bajo el fuego de una pasajera excitación, una aventura en un siglo en que las novelas se escriben precisamente porque no hay aventuras; haber soñado con balcones, guitarras, estratagemas y cerrojos, y haberse embozado en la capa de Almaviva; tras haber escrito un poema en la fantasía, detenerse a la puerta de un burdel y luego, por todo desenlace, ver en la discreción de su Rosina una precaución impuesta por un reglamento de la policía, ¿no resulta una decepción por la cual han pasado muchos hombres sin querer reconocerla? Los sentimientos más naturales son los que se confiesan con más repugnancia, y la fatuidad es uno de estos sentimientos. Cuando la lección no va más lejos, un parisién la aprovecha o la olvida, y el mal no es grande; mas no debía ser así para el extranjero, quien comenzaba a temer pagar un tanto caro su educación parisina.

Aquel paseante era un noble milanés proscrito de su patria, donde algunas de sus manifestaciones liberales habían hecho sospechoso al gobierno austríaco. El conde Andrea Marcosino había sido acogido en París con esa solicitud netamente francesa que hallarán siempre un espíritu amable, un nombre sonoro, acompañados de doscientas mil libras de renta y de un galano exterior. Para semejante hombre, el exilio debía ser un viaje de placer; sus bienes fueron simplemente embargados y sus amigos le informaron que tras una ausencia a lo más de dos años, podría reaparecer en su patria sin peligro. Tras haber hecho rimar *crudeli affani*^[16] con *i mi ei tiranni*^[17] en una docena de sonetos y tras haber mantenido con su bolsa a los desgraciados italianos refugiados, el conde Andrea, que tenía la desgracia de ser poeta, se creyó liberado de sus ideas patrióticas.

Así, pues, desde su llegada se entregaba sin reserva mental alguna a los placeres de todo género que París ofrece gratuitamente a quien es lo bastante rico para comprarlos. Su talento y su apostura le había valido muchos éxitos con las mujeres, a las que amaba colectivamente como convenía a su edad, pero sin distinguir todavía especialmente a ninguna. Esta afición se hallaba, por lo demás, subordinada a la que sentía por la música y la poesía cultivadas desde la infancia y donde le parecía más difícil y más glorioso alcanzar el éxito que en la galantería, ya que la naturaleza le ahorraba las dificultades que los hombres desean vencer. Hombre complejo, como tantos otros, dejábase seducir fácilmente por las dulzuras del lujo, sin el cual no hubiese podido vivir, de igual modo que tenía en mucho las distinciones sociales que sus opiniones rechazaban. Así, sus teorías de artista, de pensador y de poeta se hallaban a menudo en contradicción con sus gustos, con sus sentimientos y con sus hábitos de gentilhombre millonario; mas se consolaba de esos contrasentidos al

hallarlos en muchos parisienses, liberales por interés, aristócratas por naturaleza.

No se había, pues, sorprendido sin viva inquietud, el 31 de diciembre de 1830, a pie, en uno de nuestros deshielos, pegado a los pasos de una mujer cuyo vestido revelaba una miseria profunda, radical, antigua, inveterada, y que no era más bella que tantas otras que cada noche veía en los Bouffons, en la Ópera o en sociedad, y ciertamente menos joven que la señora de Manerville, de la que había obtenido una cita para aquel mismo día y que acaso estaba esperándole aún. ¡Pero había tantos dolores y tantas voluptuosidades ahogadas en la mirada a la vez tierna y orgullosa, profunda y rápida, que los negros ojos de aquella mujer le asaeteaban a hurtadillas! ¡Pero ella había enrojecido con tanto fuego, cuando al salir de un almacén donde había permanecido un cuarto de hora, sus ojos se encontraron de frente con los del milanés que la había esperado a algunos pasos...! Y había, en fin, tantos peros y síes, que el conde, asaltado por una de esas furiosas tentaciones para las que nuestro idioma carece de palabras, ni aún en la de la orgía, se había puesto a perseguir a esta mujer a la caza, en fin, de la griseta como un viejo parisién. Mientras iban ambos caminando, sea que se encontrase él detrás o adelantara a aquella mujer, examinaba todos los detalles de su persona o de su vestido a fin de desalojar el absurdo deseo que se había atrincherado en su cerebro; y pronto halló en aquella revista un placer más ardiente del que saboreara la víspera contemplando bajo las ondas de un perfumado baño las formas irreprochables de la persona amada; a veces, bajando la cabeza, la desconocida le lanzaba la oblicua mirada de una cabra atada junto al suelo, y viéndose constantemente perseguida apresuraba el paso como deseando huir. Sin embargo, cuando un embotellamiento de coches o cualquier otro accidente llevaba a Andrea junto a ella, el noble la veía ceder bajo su mirada sin que nada en sus rasgos expresara el enojo ni el despecho. Esos signos evidentes de una emoción combatida, dieron el último espolazo a los desordenados ensueños que le arrastraban y así galopó hasta la calle Froidmanteau, donde, tras muchos rodeos, la desconocida entró bruscamente, creyendo haber despistado a su perseguidor, muy sorprendido por aquel manejo. Era de noche. Dos mujeres pintadas de rojo, que bebían casis en el mostrador de un abacero, vieron a la muchacha y la llamaron. Ella se detuvo en el umbral de la puerta, respondió con algunas palabras llenas de dulzura al cordial cumplido que le fue dirigido y prosiguió su correría. Andrea, que iba tras ella, la vio desaparecer en uno de los más sombríos pasadizos de aquella calle cuyo nombre ignoraba. El repelente aspecto de la casa donde acababa de entrar la heroína de su novela, le produjo como una náusea. Al retroceder un paso para examinar los lugares, vio cerca de él a un hombre de mala catadura y le pidió información. El hombre apoyó su mano derecha en un nudoso bastón y respondió con una sola palabra:

—¡Farsante!

Mas al mirar de arriba a bajo al italiano, sobre quien caía el resplandor de un reverbero, su rostro adquirió una expresión truhanescamente zalamera.

—¡Ah, perdón, señor! —prosiguió cambiando de tono—, hay también un

restaurante, una especie de mesa redonda, que tiene muy mala cocina y pone queso en la sopa. Acaso el señor busca ese figón, pues por su indumentaria resulta fácil reconocer que el señor es italiano; a los italianos les gusta mucho el terciopelo y el queso. Si el señor quiere que le indique un restaurante mejor, tengo a dos pasos de aquí a una tía que aprecia mucho a los extranjeros.

Andrea alzó su capa hasta los bigotes y se lanzó fuera de aquella calle, impulsado por el asco producido por aquel inmundo personaje cuyo atuendo y gestos estaban en concordancia con la innoble casa en la que acababa de entrar la desconocida. Volvió a hallar con deleite los mil refinamientos de su apartamento, y fue a pasar la velada en casa de la marquesa d'Espard para intentar lavar la mancha de aquella fantasía que tan tiránicamente le había dominado durante parte del día. Sin embargo, cuando se hubo acostado, con el recogimiento de la noche retornó su visión del día, pero más lúcida y más animada que en la realidad. La desconocida marchaba aún ante él: a veces, al atravesar los arroyos, descubría aún su torneada pierna; sus nerviosas caderas se estremecían a cada uno de sus pasos; Andrea quería hablarla de nuevo y no se atrevía, él, Marcosini, noble milanés. Luego la veía entrando en aquel oscuro pasadizo que la había escamoteado y se reprochaba por no haberla seguido.

—Pues, en fin —se decía—, si es que me evitaba y quería que perdiera sus huellas es que me quiere. En las mujeres de esa clase de resistencia es una prueba de amor. De haber llevado más lejos esta aventura, acaso habría acabado por hallar en ella el hastío o el asco y dormiría tranquilo.

El conde tenía la costumbre de analizar sus más vivas sensaciones, como lo hacen involuntariamente los hombres que tiene tanta inteligencia como corazón, y se asombraba de volver a ver a la desconocida de la calle Froidmanteau, no en la pompa ideal de las visiones, sino en la desnudez de sus aflictivas realidades. Y, sin embargo, si su fantasía hubiese despojado a aquella mujer de la librea de la miseria la habría estropeado; pues él la quería, la deseaba, la amaba con sus medias salpicadas de lodo, con sus zapatos de tacones torcidos, con su sombrero de paja. La quería en aquella misma casa donde la había visto entrar.

«¿Estaré, pues, prendado del vicio?, se decía espantado. Aún no he llegado a eso; tengo veintitrés años y no tengo nada de viejo estragado».

La misma energía del capricho del que se veía juguete le tranquilizaba un poco. Aquella lucha singular, aquella reflexión y aquella afición a la correría, podrán con razón sorprender a algunas personas acostumbradas a los usos de París, pero deberán observar que el conde Andrea Marcosino no era francés.

Educado entre dos abates que, siguiendo la consigna dada por un padre devoto, le soltaron raramente, Andrea no había amado a una prima a los once años, ni seducido a los doce a la camarera de su madre; no había frecuentado esos colegios donde la enseñanza más perfeccionada no es la que vende el Estado; en fin, hacía pocos años que vivía en París: todavía era accesible a esas impresiones súbitas y profundas contra las cuales la educación y las costumbres francesas constituyen un broquel tan

poderoso. En los países meridionales, frecuentemente una mirada hace nacer grandes pasiones. Un gentilhomme gascón que, moderando mucha sensibilidad con mucha reflexión, se había apropiado de mil pequeñas recetas contra las repentinas apoplejías de su mente y de su corazón, había aconsejado al conde que se entregase, cuando menos una vez por mes, a alguna magistral orgía para conjurar esas tormentas del alma que sin tales precauciones estallan a menudo a destiempo. Andrea recordó el consejo.

—Bien —pensó—, comenzaré mañana, primero de enero.

Ello explica por qué el conde Andrea Marcosini bordeaba tan tímidamente para entrar en la calle Froidmanteau. El hombre elegante embarazaba al amoroso. Vaciló largo rato; pero, tras haber hecho una última llamada a su valor, marchó con paso firme hasta la casa, que reconoció sin esfuerzo. Allí se detuvo aún. ¿Era efectivamente aquella mujer lo que se imaginaba? Recordó entonces la mesa redonda italiana y se apresuró a valerse de un término medio que sirviera a la vez a su deseo y a su repugnancia. Entró para cenar y se deslizó en el pasadizo, en el fondo del cual halló, no sin tantear largo rato, los peldaños húmedos y mugrientos de una escalera que un gran señor italiano debía tomar por una escala. Atraído hacia el primer piso por una pequeña lámpara colocada en el suelo y por un fuerte olor de cocina, empujó la entreabierta puerta y vio una sala parda por la mugre y el humo en la que trotaba una prójima ocupada en preparar una mesa de unos veinte cubiertos. Ninguno de los comensales se encontraba aún allí. Tras una ojeada lanzada por aquella mal iluminada estancia, cuyo empapelado caía en girones, el noble fue a sentarse junto a una estufa que humeaba y roncaba en un rincón. Atraído por el ruido que hizo el conde al entrar y al depositar capa, apareció bruscamente el patrón.

Figuraos un cocinero flaco, seco, de elevada estatura, dotado de una nariz desmesurada de cachiporra y lanzando en su derredor, por momentos y con febril vivacidad, una mirada que quería parecer prudente. A la vista de Andrea, cuyo porte revelaba una posición elevada, *il signor* Giardini se inclinó respetuosamente. El conde manifestó el deseo de cenar allí habitualmente en compañía de algunos compatriotas, pagando de antemano cierto número de abonos, y supo dar a la conversación un giro familiar, a fin de alcanzar rápidamente su objetivo. Apenas hubo hablado de su desconocida, que *il signor* Giardini hizo un gesto grotesco y miró a su huésped con aire malicioso, dejando vagar una sonrisa por sus labios.

—¡Basta! —exclamó— ¡Capisco^[18]! Vuestra Señoría ha sido conducido aquí por dos apetitos. La *signora* Gambarara no habrá perdido su tiempo, si ha logrado interesar a un señor tan generoso como usted parece serlo. En pocas palabras os informaré sobre todo cuanto aquí sabemos sobre esa pobre mujer, verdaderamente digna de compasión. El marido ha nacido, creo, en Cremona y viene de Alemania; quería introducir una música y nuevos instrumentos entre los *tedeschi*^[19]... ¿No es esto para sentir piedad? —comentó Giardini alzándose de hombros—. *Il signore* Gambarara, que se cree un gran compositor, no me parece fuerte en todo lo demás. Hombre cortés,

por otra parte, lleno de sentido común y de ingenio, en ocasiones hasta sumamente amable, sobre todo cuando ha bebido algunos vasos de vino, caso raro, dada su profunda miseria, se ocupa noche y día en componer óperas y sinfonías imaginarias en vez de tratar de ganarse honradamente la vida. Su pobre mujer se ve reducida a trabajar para toda clase de gente... ¡qué queréis!, ama a su marido como a un padre y lo cuida como a un hijo. Muchas personas han cenado en mi casa para hacer la corte a la señora, pero nadie lo ha logrado —dijo recalcando la última palabra—. *La signora* Mariana es juiciosa, mi caro señor, demasiado cuerda para su desgracia... Los hombres no dan nada por nada hoy. La pobre mujer morirá, pues, aperreada. ¿Creéis que su marido la recompensa de esa abnegación? ¡Bah! El señor no le otorga ni una sonrisa; y su cocina se hace en casa del panadero, pues no solamente ese diablo de hombre no gana un céntimo, sino que todavía se gasta todo el fruto del trabajo de su mujer en instrumentos que talla, que alarga, que acorta, que desmonta y vuelve a montar hasta que no pueden producir más que sonidos que espantan a los gatos; ¡y entonces está contento! Y, sin embargo, veréis en él al más dulce y al mejor de todos los hombres y nada holgazán, al contrario, siempre está metido en su trabajo. ¿Qué queréis que os diga? Está loco y no conoce su estado. Le he visto limando y forjando esos instrumentos, comer pan negro con un apetito que hasta me daba envidia, señor, a mí que tengo la mejor mesa de París. Sí, Excelencia, antes de un cuarto de hora sabréis qué hombre soy yo. He introducido en la cocina italiana refinamientos que le sorprenderán. Excelencia, yo soy napolitano, es decir, cocinero nato. ¿Mas de qué sirve el instinto sin la ciencia? ¡La ciencia... me he pasado treinta años adquiriéndola, y ya veis a donde me ha conducido! Mi historia es la de todos los hombres de talento. Mis ensayos, mis experiencias, han arruinado sucesivamente a tres restaurantes fundados en Nápoles, en Parma y en Roma. Hoy, que me encuentro aún reducido a hacer un oficio de mi arte, me abandono a menudo a mi pasión dominante. Sirvo a esos pobres refugiados algunos de mis guisos predilectos. Me arruino así. Dirá acaso que es una estupidez; ya lo sé, mas ¡qué quiere!, el talento me arrastra y no puedo resistir el condimentar un plato que me satisface. Y esos mozos saben si ha cocinado mi mujer o yo, se lo juro. ¿Qué sucede? De sesenta y tantos comensales que veía siempre a mi mesa cada día, en la época en que fundé este miserable restaurante, hoy no recibo más de veinte, a los que concedo crédito la mayoría de las veces. Los piemonteses y los saboyanos se han marchado; pero los entendidos, las personas de gusto, los verdaderos italianos han permanecido. Así, no hay sacrificio que no haga por ellos... A menudo les doy por veinticinco sueldos por cabeza una cena que me cuesta el doble.

La palabra del *signor* Giardini olía tanto a la ingenua truhanería napolitana, que el conde, encantado, se creyó aún en Gerolamo.

—Puesto que es así, mi caro patrón —dijo con la misma familiaridad de antes al cocinero—, ya que el azar y su confianza me han puesto en el secreto de sus sacrificios cotidianos, permitidme doblar la suma.

En acabando estas palabras, Andrea hacía rodar sobre la estufa una moneda de cuarenta francos, de la cual el señor Giardini le devolvió religiosamente dos con cincuenta céntimos, no sin algunos discretos modales.

—Dentro de algunos minutos —prosiguió Giardini— va a ver a vuestra *donnina*^[20]. Le colocaré al lado del marido, y si queréis agradarle, hablad de música... Los he invitado a los dos, ¡pobre gente! Para celebrar el Año Nuevo regalo a mis huéspedes un plato en la confección del cual creo haberme superado...

La voz del señor Giardini fue cubierta por las ruidosas felicitaciones de los comensales, que fueron llegando dos a dos, o uno a uno, bastante caprichosamente, siguiendo la costumbre de las mesas redondas. Giardini afectaba mantenerse junto al conde y hacía de cicerone, indicándole cuáles eran sus clientes habituales. Trataba con sus chanzas de hacer aflorar una sonrisa a los labios de un hombre en quien su instinto de napolitano le hacía presentir un rico protector a explotar.

—Aquél —dijo— es un pobre compositor que quisiera pasar de la romanza a la ópera y no puede. Se queja de los directores, de los marchantes de música, de todo el mundo, excepto de sí mismo, y en verdad que no tiene más cruel enemigo... Ya ve qué tez florida, qué contentamiento de sí, cuán pocos esfuerzos en sus facciones, tan bien dispuestas para la romanza... Quien lo acompaña con aspecto de un comerciante de fósforos, es una de las más grandes celebridades musicales, Gigelmi, el más gran director de orquesta italiano conocido; pero ha quedado sordo y acaba desgraciadamente su vida, privado de lo que la embellecía... ¡Oh, he aquí a nuestro gran Ottoboni, el viejo más cándido que la tierra haya parido..., pero del que se sospecha que es el más fanático de los que quieren la regeneración de Italia! Me pregunto cómo se puede desterrar a un viejo tan amable...

Aquí, Giardini miró al conde, quien sintiéndose sondeado del lado político, se atrincheró en una inmovilidad del todo italiana.

—Un hombre obligado a cocinar para todo el mundo, ha de privarse de las opiniones políticas, Excelencia —prosiguió el cocinero—. Mas todo el mundo a la vista de ese pobre hombre que tiene más aspecto de cordero que de león, habría dicho lo que yo pienso ante el propio embajador de Austria. Además estamos en un momento en que la libertad no está ya proscrita y va a recomenzar su regreso. Cuando menos así lo creen estas buenas gentes —dijo aproximándose al oído del conde—. ¿Y por qué habría de contrariar sus esperanzas? Pues, en cuanto a mí toca, no odio el absolutismo, Excelencia... ¡Todo gran talento es absolutista! Pues bien, aunque lleno de genio, Ottoboni se afana de manera inaudita en la instrucción de Italia, compone libritos para esclarecer la inteligencia de los niños y de las gentes del pueblo, los hace pasar muy hábilmente a Italia; emplea todos los medios imaginables para rehacer una moral a nuestra pobre patria, que prefiere el goce a la libertad... ¿acaso con razón?

El conde mantenía una actitud tan impasible que el cocinero no pudo descubrir lo más mínimo de sus verdaderas opiniones políticas.

—Ottoboni —prosiguió— es un santo varón, muy caritativo, todos los refugiados le quieren; pues, Excelencia, un liberal puede tener sus virtudes... ¡Oh, oh, he ahí a un periodista! —exclamó Giardini, señalando a un tipo que portaba el ridículo atuendo que en otro tiempo se prestaba a los poetas alojados en buhardilla, pues su levita estaba ajada y raída, sus botas agrietadas y su sombrero chafado y mugriento, todo ello, en fin, en un estado de deplorable vetustez—. ¡Excelencia, ese pobre hombre tiene un talento enorme y es cabalmente incorruptible! —explicó—. Se ha equivocado sobre su época, dice la verdad a todo el mundo y por ende nadie puede soportarle. Hace la reseña teatral en dos periódicos oscuros, aun cuando sea lo bastante instruido como para escribir en los grandes rotativos. ¡Pobre hombre...! Los demás no son dignos de que se los indique y vuestra Excelencia los adivinará —añadió al percatarse que, ante la aparición de la mujer del compositor, el conde no le escuchaba ya.

Al ver a Andrea, la *signora* Mariana se estremeció, y sus mejillas se tiñeron de vivo rubor.

—Ahí está —dijo Giardini en voz baja y apretando el brazo del conde al par que le mostraba un hombre magro y de elevada estatura—. Ved cuán pálido y grave está, el pobre... De seguro que hoy su manía no ha trotado con su idea.

La preocupación amorosa de Andrea fue turbada por un sorprendente hechizo que inducía a todo artista a contemplar a Gambará.

El compositor había alcanzado la cuarentena, pero aun cuando su frente ancha y despejada estuviera surcada de algunos pliegues paralelos y poco profundos, a pesar de las sumidas sienes en las que algunas venas matizaban de azul el transparente tejido de una piel lisa, y a pesar de la profundidad de sus órbitas en las que se enmarcaban unos negros ojos provistos de anchos párpados de claras pestañas, la parte inferior de su rostro le prestaba todas las apariencias de la juventud, por la serenidad de las líneas y por la suavidad de los contornos. El primer vistazo decía al observador que en aquel hombre la pasión había sido ahogada en aras de la inteligencia, la única que había envejecido en aquella gran lucha.

Andrea lanzó rápidamente una mirada a Mariana, quien le espiaba. Al aspecto de aquella bella cabeza italiana cuyas exactas proporciones y la espléndida coloración revelaban uno de esos organismos en los que todas las fuerzas humanas se hallaban armónicamente equilibradas, midió el abismo que separaba a aquellos dos seres unidos por el azar. Satisfecho por el presagio que veía en aquella disparidad entre los dos esposos, no pensaba en desprenderse de un sentimiento que había de elevar una barrera entre la bella Mariana y él. Sentía ya por aquel hombre, cuyo único bien era ella, una especie de respetuosa compasión, al adivinar el digno y sereno infortunio revelado por la mirada dulce y melancólica de Gambará. Tras haber esperado hallar en este hombre uno de esos grotescos personajes tan a menudo puestos en escena por los cuentistas alemanes o por los poetas de *libretti*, topaba con un individuo simple y reservado, cuyos modales y porte, exentos de toda extravagancia, no carecían de

nobleza. Sin ofrecer la menor apariencia de lujo, su traje era más adecuado de lo que podría corresponder a su profunda miseria, y su camisa atestiguaba la ternura que velaba por los menores detalles de su vida.

Andrea alzó unos ojos húmedos sobre Mariana, quien no enrojeció y dejó escapar una semi-sonrisa en la que acaso a floraba el orgullo que le inspiró aquel mudo homenaje. Demasiado seriamente prendado como para no atisbar el menor indicio de complacencia, el conde se creyó amado al verse tan bien comprendido. Se ocupó acto seguido de la conquista del marido más bien que de la mujer, dirigiendo todas sus baterías contra el pobre Gambará, quien, sin sospechar nada, tragaba los *bocconi*^[21] del *signor* Giardini sin saborearlos. El conde entabló conversación sobre un tema trivial; mas desde las primeras palabras consideró a aquella inteligencia pretendidamente ciega acaso sobre un punto por muy clarividente en los demás y vio que se trataba menos de halagar la fantasía de aquel malicioso buen hombre que de intentar comprender sus ideas.

Los comensales, gentes hambrientas cuyo ingenio se despertaba a la vista de una comida buena o mala, dejaban asomar las más hostiles disposiciones con respecto al pobre Gambará y no esperaban sino el final del primer plato para dar libre curso a sus chacotas. Un refugiado cuyas frecuentes ojeadas revelaban pretenciosos proyectos sobre Mariana y que creía situarse muy favorablemente en el corazón de la italiana tratando de ridiculizar a su marido, comenzó el fuego para poner al recién llegado al corriente de las costumbres de la mesa redonda.

—¡Cuánto tiempo hace que no oímos hablar de la ópera *Mahoma*! —exclamó, sonriendo a Mariana—. ¿Será acaso debido a que completamente entregado a los cuidados domésticos, adsorbido por las dulzuras del cocido, Paolo Gambará desatendería a un talento sobrehumano, dejaría enfriarse su genio y entibiarse su imaginación?

Gambará conocía a todos los comensales, y se sentía situado en una esfera tan superior que no se tomaba la molestia de rechazar sus ataques, por lo que no respondió.

—No es dado a todo el mundo —prosiguió el periodista— el poseer suficiente inteligencia para comprender las lucubraciones musicales del señor, y ahí sin duda se encuentra la razón que impide a nuestro divino maestro presentarse ante los buenos parisinos.

—Sin embargo —dijo el compositor de romanzas, quien no había abierto la boca sino para engullir cuanto se le presentaba—, conozco a personas de talento que hacen cierto caso al juicio de los parisinos. Tengo cierta reputación en música —añadió con aire modesto—, la cual no la debo más que a mis pequeñas ilustraciones de sainete y al éxito que obtienen mis contradanzas en los salones; pero pienso hacer ejecutar pronto una misa compuesta para el aniversario de Beethoven y creo que seré mejor comprendido en París que en cualquier otra parte... ¿Me hará el señor el honor de asistir a ella? —dijo dirigiéndose a Andrea.

—Gracias —respondió el conde—, pero no me siento dotado de los necesarios órganos para la apreciación de los cantos franceses. Mas si vos estuvieseis muerto, señor, y fuese Beethoven quien hubiera compuesto la misa, creedme que no dejaría de asistir.

Esta chanza atajó la escaramuza de quienes querían dar cuerda a las extravagancias de Gambara, a fin de divertir al nuevo comensal. Andrea sentía ya cierta repugnancia en ofrecer un espectáculo de una locura tan noble y conmovedora a tantas mentes vulgares. Prosiguió sin segunda intención una conversación intermitente, durante la cual se interpuso a menudo la nariz del *signor* Giardini entre dos réplicas. Cada vez que a Gambara se le escapaba una broma de buen tono o alguna idea paradójica, el cocinero alargaba el cuello, lanzaba al músico una mirada de compasión y otra de inteligencia al conde, y decía a éste: ¡*Ematto*^[22]! Llegó un momento en que el cocinero interrumpió el curso de sus juiciosas observaciones para ocuparse del segundo plato, al que confería la máxima importancia. Durante su ausencia, que duró poco, Gambara se inclinó también hacia el oído de Andrea.

—Ese bueno de Giardini —le dijo a media voz— nos ha amenazado hoy con un plato de su invención, que os invito a respetar aun cuando haya sido su mujer quien haya velado por su condimento. El buen hombre tiene la manía de las innovaciones culinarias. Se ha arruinado en experimentos, de los cuales el último le ha obligado a salir de estampida de Roma, sin pasaporte, circunstancia que silencia como una tumba. Tras haber comprado un restaurante afamado, se le encargó un ágape de gala que daba un cardenal recién nombrado, cuya mansión no estaba aún dispuesta. Giardini creyó haber hallado una ocasión de distinguirse, y a fe que lo logró, pues la misma noche, acusado de haber querido envenenar a todo el cónclave, se vio obligado a abandonar Roma e Italia sin siquiera haber podido hacer las maletas. Esa desgracia le ha asestado el último golpe, y ahora... —Gambara se puso un dedo en medio de la frente y meneó la cabeza—. Por lo demás —añadió—, es una excelente persona. Mi mujer asegura que le tenemos mucho que agradecer.

Apareció Giardini, portador con mucha precaución de una fuente que puso en medio de la mesa, yendo luego a situarse de nuevo, modestamente, al lado de Andrea, a quien se sirvió el primero. En cuanto hubo probado aquel condumio, el conde halló un intervalo infranqueable entre el primer y el segundo bocado. Su embarazo fue grande, pues no quería en modo alguno discontentar al cocinero, que le observaba atentamente. Si al fondista francés le importa poco ver desdeñado un plato cuyo pago está asegurado, no hay que creer en modo alguno que suceda lo mismo con un congénere italiano, a quien a menudo no basta el elogio. Para ganar tiempo, Andrea felicitó calurosamente a Giardini, pero se inclinó a su oído, deslizándole por debajo de la mesa una moneda de oro, rogándole que fuera a comprar algunas botellas de champán, dejándole en libertad para atribuirse todo el honor de aquella liberalidad.

Al reaparecer el cocinero todos los platos estaban vacíos y la sala resonaba de alabanzas al patrón. El champán calentó pronto las cabezas italianas y la

conversación, hasta entonces contenida por la presencia de un extraño, franqueó los límites de una recelosa reserva para expandirse aquí y allá por los inmensos campos de las teorías políticas y artísticas. Andrea, que no conocía otras embriagueces que las del amor y de la poesía, se convirtió pronto en árbitro de la atención general, conduciendo hábilmente la discusión por el terreno de las cuestiones musicales.

—¿Querriais informarme, señor —dijo al fautor de contradanzas—, cómo el Napoleón de pequeños aires se rebaja a destronar a Palestrina, Pergolese y Mozart, pobres tipos que van a tomar el tole ante la proximidad de esa fulminante Misa de Réquiem?

—Señor —replicó el compositor—, un músico se siente siempre embarazado para contestar cuando su respuesta exige el concurso de cien hábiles ejecutantes. Mozart, Haydn y Beethoven son muy poca cosa sin orquesta.

—¡Poca cosa! —repuso el conde—. Sin embargo, todo el mundo sabe que el inmortal autor de *Don Juan* y del *Réquiem* se llama Mozart, y yo tengo la desgracia de ignorar el nombre del fecundo inventor de las contradanzas que están tan de boga en los salones...

—La música existe independientemente de la ejecución —dijo el director de orquesta, quien a pesar de su sordera había captado algunas palabras del debate—. Al dar comienzo a la sinfonía en *do menor* de Beethoven, un músico se halla pronto transportado al mundo de la fantasía en las áureas alas del tema en *sol natural*, repetido en *mi* por las trompas. Ve toda una naturaleza a intervalos iluminada por destellantes haces de luz, ensombrecida por nubes de melancolía y alegrada por cantos divinos.

—Beethoven está superado por la nueva escuela —manifestó desdeñosamente el compositor de romanzas.

—¿Cómo puede haber sido superado si todavía no ha sido comprendido? —opinó el conde.

A estas palabras, Gambará bebió una copa entera de champán y acompañó su libación con una aprobadora semi-sonrisa.

—Beethoven —prosiguió el conde— ha aislado los límites de la música instrumental y nadie le ha seguido en su camino.

Gambará reclamó, protestando mediante un movimiento de su cabeza.

—Sus obras —continuó de nuevo el conde— son notables sobre todo por la simplicidad del plan y por la manera con que es seguido el mismo. En la mayoría de los compositores, las locas y desordenadas partituras orquestales no se entrelazan sino para producir un efecto momentáneo, no concurren siempre a la producción del efecto conjunto de la obra por la regularidad de su curso. En Beethoven los efectos se hallan, por decirlo así, distribuidos de antemano. Semejantes a los diferentes regimientos que contribuyen con acompasados y exactos movimientos a ganar la batalla, las partes de orquesta en las sinfonías de Beethoven siguen las órdenes dadas en el interés general y están subordinadas a planes admirablemente concebidos. En

este aspecto hay una paridad en un genio de otro género. En las magníficas composiciones históricas de Walter Scott, el personaje más al margen de la acción viene en un momento dado a ligarse al argumento por hilos tejidos en la trama de la intriga.

—¡*E vero*^[23]! —exclamó Gambará, a quien parecía volverle el buen sentido a la inversa de su sobriedad.

Queriendo llevar más lejos la demostración, Andrea olvidó por un momento todas sus simpatías, se puso a desmoronar la fama europea de Rossini, e hizo a la escuela italiana ese proceso que cada noche gana desde hace treinta años en más de cien teatros de Europa. A buen seguro que era ardua empresa la suya. Las primeras palabras que pronunció, elevaron en torno suyo un sordo rumor de desaprobación; mas ni las frecuentes interrupciones, ni las exclamaciones, ni los fruncimientos de entrecejos, ni las miradas de compasión detuvieron al frenético admirador de Beethoven.

—Comparad —dijo— las sublimes producciones del autor de que acabo de hablar con lo que se ha convenido en llamar música italiana: ¡qué inercia de pensamientos en ésta!, ¡qué cobardía de estilo! Esos gritos uniformes, esa trivialidad de cadencias, esas eternas fiorituras lanzadas al azar, no importa en qué situación, ese monótono *crescendo* que Rossini ha puesto de moda y que hoy es parte integrante de toda composición; en fin, esos arpegios ruiseñorescos, forman una especie de música parlanchina, ramplona, picotera, perfumada, que no tiene más mérito que la mayor o menor facilidad del cantante y la ligereza de la vocalización. La escuela italiana ha perdido de vista la excelsa misión del arte. En vez de elevar a la masa hacia ella, es ella la que ha descendido al vulgo; no ha conquistado su influencia sino aceptando sufragios de todas las manos y dirigiéndose a las inteligencias pedestres, que son la mayoría. Esa boga es un escamoteo de encrucijada. En fin, las composiciones de Rossini, en quien se halla personificada semejante música, así como la de los maestros que proceden más o menos de él, me parecen dignos, todo lo más, de congregar al pueblo en la calle en torno a un organillo y de acompañar las cabriolas de Polichinela. ¡Viva la música alemana!... cuando ella sabe cantar —añadió en voz baja.

Esta salida resumió una larga tesis en la cual se había mantenido Andrea, durante más de un cuarto de hora, en las más elevadas regiones de la metafísica, con la seguridad de un sonámbulo que camina por los tejados. Vivamente interesado por aquellas sutilezas, Gambará no había perdido palabra de toda la discusión; tomó la palabra en cuanto pareció haberla abandonado Andrea, y se produjo entonces un movimiento de atención entre todos los comensales, algunos de los cuales se disponían a marcharse.

—Ataca con mucha vehemencia a la escuela italiana —dijo Gambará, muy animado por el champán—, lo cual, por lo demás, me es bastante indiferente. ¡Gracias a Dios, yo estoy al margen de esas indigencias más o menos melódicas! Pero

pienso que un hombre de mundo muestra poco agradecimiento por esa tierra clásica de la que extrajeron sus primeras lecciones Alemania y Francia. Mientras que las composiciones de Carissimi, Cavalli, Scarlatti y Rossi se ejecutaban en toda Italia, los violinistas de la Ópera de París tenían el singular privilegio de tocar el violín con guantes. Lulli, que extendió el imperio de la armonía y fue el primero en ordenar las disonancias, solamente halló, a su llegada a Francia, a un cocinero y a un albañil con voz e inteligencia suficientes para ejecutar su música; hizo un tenor del primero, y metamorfoseó al segundo en bajo. En aquel tiempo, Alemania, con excepción de Sebastián Bach, ignoraba la música... Pero, señor —añadió Gambará con el humilde tono de un hombre que teme ver acogidas sus palabras por el desdén o por la malevolencia—, aunque joven, usted ha estudiado estas elevadas cuestiones del arte, pues de lo contrario no las expondría con tanta claridad.

Estas palabras hicieron sonreír a una parte del auditorio, que no había comprendido nada de las distinciones establecidas por Andrea. Giardini, persuadido de que el conde no había proferido más que frases sin transcendencia, le dio un leve empujoncito riendo para su capote de una burla de la que se creía cómplice.

—En todo cuanto acaba de decirnos hay muchas cosas que me parecen sumamente sensatas —dijo Gambará prosiguiendo—, ¡mas tened cuidado! Su alegato, al infamar el sensualismo italiano, me parece inclinarse hacia el idealismo alemán, que es una herejía no menos funesta. Si los hombres de imaginación y de sensibilidad, tales como usted, no desertan en un campo sino para pasar a otro, si no saben permanecer neutros entre los dos excesos, sufriremos eternamente la ironía de esos sofistas que niegan el progreso, y que comparan el genio del ser humano a este mantel que, demasiado corto para cubrir enteramente la mesa del *signor* Giardini, lo hace con una de las extremidades a costa de la otra.

Giardini dio un bote en su silla como si le hubiese picado un tábano, mas una súbita reflexión le tornó a su dignidad de anfitrión: alzó los ojos al cielo y dio un nuevo codazo al conde, quien comenzó a creerle más loco que Gambará. Aquella manera grave y religiosa de hablar del arte interesaba al milanés en grado sumo. Colocado entre dos locuras, una de las cuales era tan noble y la otra tan vulgar, y que se zaherían mutuamente con gran diversión de la masa, hubo un momento en que el conde se vio manteado entre lo sublime y la parodia, esas dos farsas de toda creación humana. Rompiendo entonces la cadena de las increíbles transiciones que le habían llevado a aquel ahumado tugurio, se creyó, juguete de alguna extraña alucinación, y no miró ya a Gambará y a Giardini sino como a dos abstracciones.

Sin embargo, a una última cuchufleta del director de la orquesta, que respondió a Gambará, los comensales se habían retirado riendo a carcajadas. Giardini se fue a preparar el café que quería ofrecer a sus más selectos huéspedes. Su mujer levantaba la mesa. El conde, situado junto a la estufa, entre Mariana y Gambará, se hallaba precisamente en la situación que el loco estimaba tan deseable: tenía a su izquierda el sensualismo y a su derecha el idealismo. Gambará, al toparse por primera vez con un

hombre que no se le reía en las narices, no tardó en salir de las generalidades, para hablar de sí mismo, de su vida, de sus trabajos y de la regeneración musical de la que se creía el Mesías.

—¡Escuche, usted que no me ha insultado hasta ahora! Quiero contarle mi vida, no por jactarme de una constancia que no proviene de mí, sino para la mayor gloria de quien ha puesto en mí su fuerza. Usted parece bueno y piadoso; si no cree en mí, cuando menos me compadece: la piedad es del hombre, la fe viene de Dios.

Andrea, enrojeciendo, recogió bajo su silla un pie que rozaba el de la bella Mariana y concentró toda su atención en ella, al par que escuchaba a Gambará.

II

VIDA DEL *SIGNOR* PAOLO GAMBARA

—Nací en Cremona, siendo mi padre un constructor de instrumentos, bastante buen ejecutante, pero mejor compositor —prosiguió el músico—. He podido, pues, conocer muy temprano las leyes de la composición musical en su doble expresión, material y espiritual, y hacer, como niño curioso, observaciones que posteriormente se han representado al espíritu del hombre formado. Los franceses nos expulsaron de nuestra casa a mi padre y a mí. Fuimos arruinados por la guerra. Así, desde los diez años de edad he comenzado la vida errante a la que han sido condenados casi todos los hombres que dieron vueltas en su cabeza a innovaciones de arte, de ciencia o de política. La clase o las disposiciones de su mente, que no cuadran con los compartimentos en los que se albergan los burgueses, les arrastran providencialmente a lugares donde han de recibir sus enseñanzas. Impulsado por mi pasión hacia la música, recorrí toda Italia, de teatro en teatro, viviendo con poco, como allá se vive. Ora tocaba el contrabajo en una orquesta, como me encontraba en el escenario formando parte del coro o bajo el tablado, con los tramoyistas. Estudiaba así la música en todos sus efectos, interrogando al instrumento y a la voz humana, preguntándome en qué difieren, en qué concuerdan, escuchando las partituras y aplicando las leyes que mi padre me había enseñado. A menudo viajaba componiendo y afinando instrumentos. Era una vida sin pan, en un país donde siempre brilla el sol, pero donde en ninguna parte se encuentra dinero para el artista desde que Roma solamente es de nombre la reina del mundo cristiano. Ora bien acogido, ora expulsado por mi miseria, no perdía mi valor; ¡escuchaba las voces interiores que me anunciaban la gloria!

Me parecía que la música estaba en pañales. He conservado tal opinión. Todo lo que nos queda en el mundo musical anterior al siglo xvii me ha probado que los antiguos autores no han conocido más que la melodía; ignoraban la armonía y sus inmensos recursos. La música es, a la vez, una ciencia y un arte. Las raíces que tiene en la física y en las matemáticas le dan carácter de ciencia. Se relaciona con la física por la esencia misma de la substancia que emplea: el sonido es aire modificado; el aire está compuesto de principios, los cuales hallan sin duda en nosotros otros análogos que les responden, simpatizan y agrandan por el poder del pensamiento. Así, el aire debe contener tantas partículas de elasticidades diferentes y capaces de tantas vibraciones de duraciones diversas como hay de tonos en los cuerpos sonoros, y esas partículas, percibidas por nuestro oído y empleadas por el músico, responden a ideas según nuestros temperamentos.

En mi opinión, la naturaleza del sonido es idéntica a la de la luz. El sonido es la

luz bajo otra forma; uno y otra proceden por vibraciones que desembocan en el hombre y que en sus centros nerviosos se transforman en pensamientos. La música, lo mismo que la pintura, emplea cuerpos que tienen la facultad de separar tal o cual propiedad de la substancia madre, para componer cuadros. En música, los instrumentos equivalen a los colores utilizados por el pintor. Desde el momento que todo es producido por un cuerpo sonoro se halla siempre acompañado por su tercia mayor y por su quinta, que afecta granos de polvo colocados sobre un pergamino estirado, de manera que traza figuras geométricas siempre iguales, según los diferentes volúmenes del sonido, regulares, cuando se hace un acorde, y sin formas exactas cuando se producen disonancias, yo digo que la música es un arte tejido en las mismas entrañas de la naturaleza. La música obedece a leyes físicas y matemáticas. Las leyes físicas son poco conocidas, y las leyes matemáticas lo son más; y, después de que se han comenzado a estudiar sus relaciones, se ha creado la armonía, a la cual hemos debido Haydn, Beethoven y Rossini, magníficos genios que ciertamente han producido una música más perfeccionada que la de sus antecesores, hombres cuyo genio, por lo demás, es incontestable. Los viejos maestros cantaban en lugar de disponer del arte y de la ciencia, noble alianza que permite fundir en un todo las bellas melodías y la poderosa armonía.

Ahora bien, si el descubrimiento de las leyes matemáticas nos ha dado esos cuatro grandes músicos, ¿a dónde llegaríamos si encontrásemos las leyes físicas (¡captad bien esto!) en virtud de las cuales reunimos, en mayor o menor cantidad, cierta substancia etérea expandida en el aire, y que nos da la música tan bien como la luz, los fenómenos de la vegetación, lo mismo que los de la zoología? ¿Lo comprendéis? Esas leyes nuevas dotarían al compositor de nuevos poderes al ofrecerle instrumentos superiores a los actuales, y acaso una armonía grandiosa comparada a la que rige hoy la música. Si cada sonido modificado responde a una potencia, es preciso conocerla para casar todas esas fuerzas según sus verdaderas leyes. Los compositores trabajan sobre substancias que les son desconocidas.

¿Por qué el instrumento de metal y el de madera, el fagot y la trompa, se parecen tan poco, empleando, sin embargo, las mismas substancias, es decir, los gases constitutivos del aire? Sus disparidades proceden de una descomposición cualquiera de esos gases, o de una aprehensión de los principios que les son propios y que devuelven modificados, en virtud de facultades desconocidas. Si conociéramos esas facultades, la ciencia y el arte saldrían ganando. Lo que amplía la ciencia, amplía el arte.

Pues bien, yo he vislumbrado y he hecho esos descubrimientos. Sí —añadió Gambara animándose—, hasta ahora el hombre ha observado más los efectos que las causas... Si penetrase en las causas, la música se convertiría en la más grande de todas las artes. ¿No es la que penetra más profundamente en nuestra alma? No vemos más que lo que la pintura nos muestra, y no oímos sino lo que el poeta nos dice; la música va mucho más allá: ¿no forma nuestro pensamiento?, ¿no despierta los

recuerdos adormecidos? Ved mil almas en una sala; un motivo brota de la garganta de la Pasta, cuya ejecución responde cabalmente a los pensamientos que brillaban en el alma de Rossini cuando escribió su aria; la frase de Rossini, transmitida a esas almas, desarrolla en ellas otros tantos poemas diferentes: a éste, se le aparece una mujer durante mucho tiempo soñada; a aquél, yo no sé qué ribera, a lo largo de la cual ha caminado, apareciéndosele sus sauces lánguidos, la onda clara y las esperanzas que danzaban bajo las bóvedas de follaje; esa mujer recuerda los mil sentimientos que la torturaron durante una hora de celos; la otra piensa en los deseos no satisfechos de su corazón y se traza, con los ricos colores del sueño, un ser ideal al que se entrega experimentando las delicias de la fémina acariciando su quimera en el mosaico romano; la de más allá piensa que, la misma noche, realizará algún deseo, y se sume de antemano en el torrente de los deleites, recibiendo sus retozonas ondas sobre su ardiente pecho. Sólo la música tiene el poder de hacernos entrar en nosotros mismos; mientras que las demás artes nos procuran placeres definidos.

Pero me desvíó. Tales fueron mis primeras ideas, bien vagas, pues un inventor al principio no hace sino entrever una especie de alba. Yo portaba, pues, esas gloriosas ideas en el fondo de mi zurrón, y ellas me hacían comer alegremente el mendrugo seco que, a menudo, mojaba en el agua de las fuentes. Yo trabajaba, componía aires, y, tras haberlos ejecutado con un instrumento cualquiera, proseguía mis correrías a través de Italia.

En fin, a los veintidós años de edad, fui a vivir a Venecia, donde saboreé por primera vez la calma, y me encontré en una situación soportable. Trabé conocimiento con un viejo noble veneciano al que complacieron mis ideas, y me empleó en el teatro de la Fenice. La vida estaba barata, el alojamiento costaba poco. Yo ocupaba un aposento en ese palacio Capello del que salió una noche la famosa Bianca, que se convirtió en gran duquesa de Toscana. Me imaginaba que mi desconocida gloria partiría de allí para hacerse también coronar un día. Pasaba las noches en el teatro y los días entregado al trabajo. Tuve un desastre. La representación de una ópera en cuya partitura había ensayado mi música fue un fracaso. No se comprendió nada de mi música de los *Mártires*. Dad Beethoven a los italianos, y no entienden nada. Ninguno tenía paciencia para esperar un efecto preparado por diferentes motivos ofrecidos por cada instrumento, y que debían aglutinarse en un gran conjunto. Yo había fundado ciertas esperanzas sobre la ópera de los *Mártires*, pues nosotros, nosotros damos por descontado siempre el éxito, nosotros los amantes de la diosa azul, de la Esperanza...

Cuando se cree uno destinado a producir grandes cosas, es difícil dejar de presentirlas; la cámara tiene siempre hendiduras por donde pasa la luz. En aquella casa se encontraba la familia de mi mujer, y la esperanza de obtener la mano de Mariana, que me sonreía a menudo desde su ventana, había contribuido mucho a mis esfuerzos. Caí en una negra melancolía, midiendo la profundidad del abismo en que estaba sumido, pues vislumbraba claramente una vida de miseria, una constante lucha

en la que debía perecer el amor. Mariana hizo como el genio: saltó con los pies juntos sobre todas las dificultades. No os diré del poco de felicidad que doró el comienzo de mis infortunios. Espantado por mi caída, juzgué que Italia, poco comprensiva y adormecida en los estribillos de la rutina, no estaba dispuesta a recibir las innovaciones que yo meditaba; pensé, pues, en Alemania. Al viajar a este país, a donde fui a través de Hungría, escuchaba las mil voces de la naturaleza, y me esforzaba por reproducir esas sublimes armonías mediante instrumentos que yo construía o modificaba con tal fin. Esos ensayos implicaban enormes gastos, que pronto absorbieron nuestros ahorros. Fue, sin embargo, nuestra mejor época; fui apreciado en Alemania. No conozco nada más grande en mi vida que aquella época. No sabría comparar nada a las tumultuosas sensaciones que me asaltaban al lado de Mariana, cuya belleza adquirió entonces un fulgor y una potencia celestes. ¿Cabe decirlo?... fui feliz. Durante estas horas de debilidad, más de una vez hice hablar a mi pasión el lenguaje de las armonías terrestres. Llegué a componer algunas de esas melodías que se asemejan a figuras geométricas y que se aprecian mucho en el mundo en que vivís.

En cuanto tuve éxito, topé con invencibles obstáculos multiplicados por mis colegas, plenos todos de mala fe o de ineptia. Yo había oído hablar de Francia como de un país en el que eran favorablemente acogidas las innovaciones, y quise trasladarme a él; mi mujer halló algunos recursos y llegamos a París. Hasta entonces no se me había nadie reído en las narices; pero, en esta espantosa ciudad, me fue preciso soportar ese nuevo suplicio, al que la miseria vino pronto a añadir sus lacerantes angustias. Reducidos a alojarnos en este barrio infecto, hace varios meses que vivimos únicamente del trabajo de Mariana, quien ha puesto su aguja al servicio de las desgraciadas prostitutas que hacen su galería de esta calle. Mariana asegura que ha encontrado en esas desgraciadas mujeres consideraciones y generosidad, lo cual lo atribuyo al ascendiente de una virtud tan pura, que el mismo vicio se ve forzado a respetar.

—Espere —le dijo Andrea—. Acaso habéis llegado al término de vuestras pruebas. Confiando que mis esfuerzos, unidos a los suyos, hayan sacado a la luz sus trabajos, evidenciándolos como es debido, permita a un compatriota, a un artista como usted, ofrecerles algún anticipo sobre el infalible éxito de su producción.

—Todo cuanto corresponde a las condiciones de la vida material, es cuestión de mi mujer —respondió Gambara—. Ella decidirá lo que podemos aceptar sin avergonzarnos, de un hombre tan atento como parece serlo. En cuanto a mí, que desde hace mucho tiempo no me he abandonado a tan largas confianzas, le pido permiso para dejaros. Veo en estos momentos una melodía que me invita; ella pasa y danza ante mí, desnuda y estremecida como una bella muchacha que pide a su amante los vestidos que él ha escondido. Adiós, es necesario que vaya a vestir a mi amada; le dejo con mi mujer.

Y con la misma se escapó como hombre que se reprochara de haber perdido un

tiempo precioso, y Mariana, perpleja, quiso seguirle. Andrea no se atrevió a retenerla. Giardini intervino en socorro de ambos.

—Ya lo ha oído, *signorina* —dijo—, su marido le ha dejado más de un asunto para arreglar con el señor conde.

Mariana volvió a sentarse, mas sin alzar los ojos hacia Andrea, quien vacilaba en hablarla.

—¿No me valdría la confianza del *signor* Gambara —dijo Andrea con voz conmovida— la de su mujer? ¿Se negaría la bella Mariana a relatarme la historia de su vida?

—Mi vida —respondió Mariana— es la de las hiedras. Mas si quiere conocer la historia de mi corazón, hay que creerme tan exenta de orgullo como desprovista de modestia para pedirme su relato, después de lo que acaba de escuchar.

—¿Y a quién se lo pediría? —exclamó el conde, al que la pasión apagaba todo ingenio.

—A usted mismo —replicó Mariana—. O me ha comprendido ya o no me comprenderá jamás. Intente interrogarse.

—Consiento en ello, pero no me escuchará. Esa mano que le he tomado, la dejaré en la mía mientras mi relato sea fiel.

—Escucho —dijo Mariana.

—La vida de una mujer comienza con su primera pasión —dijo Andrea—. Mi cara, Mariana, ha comenzado a vivir sólo el día en que ha visto por primera vez a Paolo Gambara; necesitaba saborear una pasión profunda y, sobre todo, le hacía falta alguna interesante debilidad a proteger, a sostener. El bello temperamento de mujer de que está dotada, requiere acaso menos aún el amor que la maternidad. ¿Suspira, Mariana? He tocado a una de las llagas vivas de vuestro corazón. Era un hermoso papel el que iba a asumir, tan joven: protectora de una magnífica inteligencia extraviada. Se decía: «Paolo será mi genio; yo seré su razón, y ambos constituiremos ese ser casi divino que se llama un ángel, esa sublime criatura que goza y comprende, sin que la sapiencia ahogue al amor». Luego, en el primer impulso de la juventud, ha oído usted esas mil voces de la naturaleza que el poeta quería reproducir. El entusiasmo os prendía cuando Paolo desplegaba ante usted esos tesoros de poesía buscando su fórmula en el lenguaje sublime, pero limitado, de la música, y lo admiraba mientras que una delirante exaltación le arrastraba lejos de usted, pues le placía creer que toda esa energía desviada sería, en fin, vuelta al amor. Usted ignoraba el imperio tiránico y celoso que el pensamiento ejerce sobre los cerebros, que se prendan de amor por él. Gambara se había entregado, antes de conocerla, a la orgullosa y vengativa amante a la que hasta hoy le ha disputado en vano. Un solo instante ha entrevisto la felicidad. Vuelto a caer de las alturas donde su espíritu planeaba sin cesar, Paolo se asombró al hallar la realidad tan dulce, y así usted ha podido creer que su locura se adormecía en los brazos del amor. Mas la música no tardó en recuperar su presa. El deslumbrante espejismo que la había de pronto

transportado en medio de las delicias de una pasión compartida, tornó más melancólica y árida la solitaria vida en la que se ha empeñado usted.

En el relato que su marido acaba de hacer, así como en el patente contraste de vuestras facciones y de las suyas, yo he vislumbrado las secretas angustias de vuestra vida, los dolorosos misterios de esta unión mal aparejada, en la cual vos habéis cargado con los sufrimientos. Si su conducta fue siempre heroica, si su energía no cejó ni una vez en el ejercicio de sus penosos deberes, acaso en el silencio de las noches solitarias ese corazón, cuyos latidos le alzan en este momento el pecho, murmuró más de una vez... Su suplicio más cruel fue la grandeza misma del marido de usted; menos noble, menos puro, habría podido abandonarle; pero sus virtudes sostenían las de usted; entre su heroísmo y el de él, se preguntaba usted quién cedería el último. Perseguía usted la grandeza real de la tarea, como Paolo perseguía su quimera. Si el solo amor del deber la hubiera sostenido y guiado, acaso el triunfo le hubiese parecido más fácil; le habría bastado con matar el corazón y transportar la vida al mundo de las abstracciones; la religión hubiese absorbido el resto, y habría vivido en una idea, como las santas mujeres que extinguen al pie del altar los instintos de la naturaleza. Mas el encanto derramado sobre toda la persona de Paolo, la elevación de su espíritu, los raros y conmovedores testimonios de su ternura, os rechazaban sin cesar fuera de ese mundo ideal, en el que la virtud quería retenerla; exaltaban en usted fuerzas sin cesar agotadas en la lucha contra el fantasma del amor... ¡Pero usted aún no dudaba! Los mejores resplandores de la esperanza la arrastraban en persecución de la dulce quimera. En fin, las decepciones de tantos años han hecho que usted perdiera la paciencia que hacía mucho tiempo se le habría agotado a un ángel. Hoy, esa apariencia tan prolongadamente perseguida, es una sombra y no un cuerpo. Una locura que se aproxima tanto al genio, debe ser incurable en este mundo. Impresionada por este pensamiento, ha pensado en su juventud, si no perdida, cuando menos sacrificada; ha reconocido entonces amargamente el error de la naturaleza, que le había dado un padre a quien llamaba un esposo. Si os habéis preguntado si no habrías sobrepasado los deberes de la esposa, conservándoos íntegra a ese hombre que se reservaba a la ciencia... Y ha lanzado usted una mirada en derredor; mas estaba usted entonces en París y no en Italia, donde se sabe amar tan bien...

—¡Oh, permítame que acabe ese relato! —exclamó Mariana—. Prefiero decir yo misma esas cosas. Seré sincera; siento ahora que hablo a mi mejor amigo. Sí, yo estaba en París cuando pasaba en mí todo cuanto acaba de explicarme tan claramente; pero, cuando le vi, estaba salvada, pues en parte alguna había encontrado el amor soñado desde mi infancia. Mi vestido y mi vivienda me sustraían a las miradas de un hombre como usted. Algunos jóvenes a quienes su situación no permitía insultarme, se me hicieron aún más odiosos por la ligereza con que me trataban; unos se mofaban de mi marido como de un viejo ridículo, otros buscaban con bajeza obtener su amistad para traicionarle; todos hablaban de separarme de él, no comprendiendo

ninguno el culto que he consagrado a esa alma, que no se encuentra lejos de nosotros sino porque está cerca del cielo, a ese amigo, a ese hermano al que quiero siempre servir. Únicamente usted ha comprendido el lazo que me une a él, ¿no es así? Decidme que tenéis por mi Paolo un interés sincero, y sin ninguna segunda intención...

—Acepto esos elogios —interrumpió Andrea—; mas no vaya más lejos, no me obligue a desmentiros. La amo, Mariana, como se ama en ese bello país en el que ambos hemos nacido; la amo con toda mi alma y todas mis fuerzas, pero, antes de ofrecerle este amor, quiero ser digno del suyo. Intentaré un postrer esfuerzo para devolverle al hombre al que usted ama desde la infancia, al hombre al que amaré siempre. Y en espera del éxito o de la derrota, aceptad sin ruborizaros el desahogo que quiero darles a los dos; mañana mismo iremos a buscar un alojamiento para él. ¿Me estima usted lo suficiente para asociarme a sus funciones tutelares?

Mariana, asombrada por aquella generosidad, tendió la mano al conde, quien salió esforzándose por escapar a los cumplidos del *signor* Giardini y de su mujer.

III

LA ÓPERA «MAHOMA»: MÚSICA Y LIBRETO DE GAMBARA

El día siguiente, el conde fue introducido por Giardini en el alojamiento de los esposos. Aun cuando le fuese conocido el elevado espíritu de su enamorado, pues hay ciertas almas que se penetran rápidamente, Mariana era demasiado buena mujer de su casa para no dejar traslucir la desazón que experimentaba recibiendo a tan gran señor en un aposento tan pobre. Todo estaba muy limpio en él. Ella se había pasado la mañana entera desempolvando y frotando su singular mobiliario, obra del *signor* Giardini, quien lo había construido en sus ratos de ocio con restos de instrumentos desechados por Gambarara. Andrea no había visto nunca nada más extravagante. Para mantenerse con la debida seriedad, dejó de mirar a un grotesco lecho ejecutado por el malicioso cocinero con la caja de un viejo clavecín, y posó sus ojos sobre el de Mariana, estrecho catre cuyo único colchón estaba cubierto con muselina blanca, aspecto que le inspiró pensamientos al par tristes y dulces. Quiso hablar de sus proyectos y del empleo de la mañana; pero el entusiasta Gambarara, creyendo al fin haber hallado un benévolo oyente, se apoderó del conde y le obligó a escuchar la ópera que había escrito para París.

—En primer lugar, señor —dijo Gambarara—, permita que le explique el argumento en dos palabras. Aquí las personas que reciben impresiones musicales, nos las desarrollan en ellas mismas, como la religión nos enseña a desarrollar los textos sagrados mediante la oración; resulta así sumamente difícil hacerle comprender que existe en la naturaleza una música eterna, una melodía suave, una armonía perfecta, turbada tan sólo por las revoluciones independientes a la voluntad divina, como las pasiones lo son a la voluntad de los hombres. Debía yo, pues, hallar un cuadro inmenso en el que pudieran contenerse los efectos y las causas, ya que mi música tiene por finalidad ofrecer una pintura de la vida de las naciones tomada en su más elevada perspectiva.

Mi ópera, cuyo *libretto* ha sido compuesto por mí, pues un poeta no habría podido nunca desarrollar el tema, abarca la vida de Mahoma, personaje en quien las magias del antiguo sabeísmo y la poesía oriental de la religión judía se han resumido para producir uno de los más grandes poemas humanos: la dominación de los árabes. Ciertamente, Mahoma ha tomado a los judíos la idea del gobierno absoluto, y a las religiones pastoriles o sabeicas el movimiento progresivo que ha creado el brillante imperio de los califas. Su destino estaba escrito en su mismo nacimiento, pues tuvo por padre a un pagano y por madre a una judía. ¡Ah, para ser gran músico, mi estimado conde, es preciso ser también muy sabio! Sin instrucción nada de color

local, nada de ideas musicales. Música. El compositor que canta por cantar es un artesano y no un artista. Esta magnífica ópera continúa la gran obra que yo había emprendido. Mi primera ópera se llamaba *Los Mártires*, y debo hacer otra: *Jerusalén libertada*. Comprenderéis la belleza de esta triple composición y sus recursos tan diversos: ¡*Los Mártires, Mahoma, Jerusalén!* El Dios de Occidente y el de Oriente, y la lucha de sus religiones en torno a un sepulcro... Mas no hablemos de mis grandezas para siempre perdidas. He aquí el sumario de mi ópera:

El primer acto —dijo tras una pausa— presenta a Mahoma como empleado en la casa de Kadijah, rica viuda con quien le había colocado su tío; es amoroso y lleno de ambición; expulsado de la Meca, huye a Medina, y data su era con la fecha de su huida (*la hégira*). El segundo acto muestra a Mahoma profeta y fundando una religión guerrera. El tercero presenta a Mahoma hastiado de todo, habiendo consumido la vida, y ocultando el secreto de su muerte para convertirse en un dios, postrer esfuerzo del orgullo humano. Va usted a juzgar mi manera de expresar por sonidos una gran gesta que la poesía no sabría traducir sino imperfectamente mediante palabras.

Gambara se puso a su piano con aire recogido y su mujer le trajo el voluminoso legajo de su partitura, que el compositor no abrió.

—Toda la ópera —dijo—, reposa sobre una base, como sobre un rico terreno. Mahoma debía tener una majestuosa voz de bajo, y su primera mujer necesariamente la de contralto. Kadijah era vieja ya, tenía cuarenta años. ¡Atención, he aquí la obertura! Comienza (*en do mayor*) por un *andante (tres tiempos)*. ¿Capta usted la melancolía del ambicioso que no se satisface con el amor? A través de sus quejas, mediante una transición al tiempo relativo (*mi bemol, allegro, cuatro tiempos*), calan los clamores del enamorado epiléptico, sus furores y algunos motivos guerreros, pues el sable omnipotente de los califas comienza a relucir a sus ojos. Las bellezas de la mujer única le prestan el sentimiento de esa pluralidad de amor que nos impresiona tanto en *Don Juan*. ¿No vislumbráis el paraíso de Mahoma al oír estos motivos? Mas he aquí (*la bemol mayor, seis-ocho*) un *cantabile* capaz de abrir a la música al alma más rebelde: ¡Kadijah ha comprendido a Mahoma! Kadijah anuncia al pueblo las entrevistas del profeta con el arcángel Gabriel (*maestoso sostenuto en fa menor*). Los magistrados y los sacerdotes, el poder y la religión, que se sienten atacados por el innovador, como Sócrates y Jesucristo atacaban poderes y religiones agonizantes o desgastadas, persiguen a Mahoma y le expulsan de la Meca (*fuga en do mayor*). Llega a mi bella dominante (*sol, cuatro tiempos*): Arabia escucha a su profeta, acuden los caballeros (*sol mayor, mi bemol, si bemol, sol menor... siempre cuatro tiempos*), ¡Aumenta la avalancha de hombres! El falso profeta ha comenzado por una tribu lo que va a hacer sobre el mundo (*sol, sol*). Promete la dominación universal a los árabes; se le cree, porque está inspirado. Comienza el crescendo (*por esa misma dominante*). He aquí algunas fanfarrias (*en do mayor*), cobres encajados en la armonía, que se despliegan y se manifiestan para expresar los primeros triunfos. Es

conquistada Medina al profeta y se marcha sobre la Meca (*explosión en do mayor*). Las potencias de la orquesta se desarrollan como un incendio, cada instrumento habla, prodúcense torrentes de armonía. De pronto, el *tutti* es interrumpido por gracioso motivo (*una tercia menor*). ¡Escuchad la última cantinela del amor abnegado! La mujer que ha sostenido al gran hombre muere ocultándole su desesperación, fenece en el triunfo de aquél en quien el amor se ha hecho demasiado inmenso para detenerse en una mujer, y ella le adora tanto como para sacrificarse a la grandeza que la mata... ¡Qué amor de fuego! He aquí el desierto que invade el mundo (*torna el do mayor*). Vuelve a intensificarse con plenitud también la orquesta, resumiéndose en una terrible quinta brotada del contrabajo fundamental, que expira. ¡Mahoma se aburre; lo ha consumado todo! ¡Y ahora quiere morir siendo dios! Arabia le adora y reza, y volvemos a mi primer tema de melancolía (*por el do menor*) al alzarse el telón.

¿No halla usted —dijo Gambará cesando de tocar el piano y volviéndose hacia el conde— en esta música viva, de contrastes, singular, melancólica y siempre grande, la expresión de la vida de un epiléptico rabioso de placer, no sabiendo ni leer ni escribir, haciendo en cada uno de sus defectos un peldaño para la grada de sus grandezas, tornando sus faltas y sus desgracias en triunfos? ¿No ha experimentado usted la idea de la seducción ejercida sobre un pueblo ávido y enamorado en esta obertura, muestra de la ópera?

Al principio, sereno y severo el rostro del maestro en el cual Andrea había intentado adivinar las ideas que expresaba con voz inspirada y que una indigesta amalgama de notas no permitía entrever; se había animado paulatinamente hasta adquirir una apasionada expresión que surtió efecto en Mariana y en el cocinero. Mariana, impresionada demasiado vivamente por los pasajes en los que reconocía su propia situación, no había podido ocultar la expresión de su mirada a Andrea. Gambará se enjugó la frente y dirigió una tan instantánea mirada al techo de la habitación que pareció atravesarlo y elevarse hasta los cielos.

—Habéis visto el peristilo —dijo— y ahora entraremos en el palacio. Comienza la ópera.

Primer acto. Mahoma, solo en la parte delantera del escenario, comienza por una aria (*fa natural, cuatro tiempos*), interrumpida por un coro de camellos que se hallan junto a un pozo, en el fondo del escenario (*hacen una contraposición en el ritmo: doce-ocho*). ¡Qué majestuoso dolor! Enternecerá a las mujeres más disipadas, penetrando en sus entrañas, si es que no tienen corazón. ¿No es la melodía del genio constreñido?

Con gran asombro de Andrea, pues Mariana ya estaba acostumbrada, Gambará contraía tan violentamente su garganta, que no salían de ella sino ahogados sonidos, bastante parecidos a los que lanza un perro guardián enronquecido.

La ligera espuma que blanqueó los labios del compositor, produjo un escalofrío a Andrea.

—Su mujer llega (*la menor*). ¡Qué magnífico dúo! En este trozo expreso cuánta voluntad tiene Mahoma y cuánta inteligencia su mujer. Kadijah anuncia que va a consagrarse a una obra que le arrebatara el amor de su joven marido. Mahoma quiere conquistar el mundo, su mujer no ha adivinado y le ha secundado persuadiendo al pueblo de la Meca que los ataques de epilepsia de su marido son los efectos de su trato con los ángeles. Coro de los primeros discípulos de Mahoma, que vienen a prometerle su apoyo (*do sostenido menor, sotto voce*). Mahoma sale para ir al encuentro del arcángel Gabriel (*recitado en fa mayor*). Su mujer alienta al coro (*Aria cortada por los acompañamientos del coro. Soplos de voz sostienen el canto amplio y majestuoso de Kadijah. La mayor*). Abdallah, el padre de Aisha, única muchacha que Mahoma ha hallado virgen, cambiando por esta razón el nombre de su progenitor en el de Abu-Becker (*padre de la doncella*), avanza con su hija y se separa del coro (*con frases que dominan el resto de las voces y que sostienen el aria de Kadijah, uniéndose a ella en contrapunto*). Omar, padre de Hafsa, otra muchacha que debe poseer Mahoma, imita el ejemplo de Abu-Becker, y viene con su hija a formar un quinteto. La virgen Aisha es una soprano primera y Hafsa hace la segunda; Abu-Becker es bajo y Omar barítono. Mahoma reaparece inspirado. Canta su primera gran aria, que comienza el final (*mi mayor*); promete el imperio del mundo a sus primeros creyentes. El profeta repara en las dos muchachas y por una transición suave (*de si mayor a sol mayor*) las dedica frases amorosas. Ali, primo de Mahoma, y Khaled, su más gran general, dos tenores, llegan y anuncian la persecución: los magistrados, los militares, los señores, han proscrito al profeta (*recitado*). Mahoma clama en una invocación (*en do*) que el arcángel Gabriel está con él y muestra un palomo que escapa volando. El coro de fieles responde con acentos de devoción (*en un modulado en si mayor*). Llegan los soldados, los magistrados y los grandes (*tiempo de marcha; cuatro compases en si mayor*). Lucha entre los dos coros (*fuga en mi mayor*). Mahoma (*por una sucesión de séptimas en dicrescendo*) cede a la tempestad y huye. El color sombrío y montaraz de este final se halla matizado por los motivos de las tres mujeres que presagian a Mahoma su triunfo y cuyas frases se encontrarán desarrolladas en el tercer acto, en la escena donde Mahoma saborea las delicias de su grandeza.

En este momento, fluyeron lágrimas a los ojos de Gambará y, tras un instante de emoción, exclamó:

—¡Segundo acto!: He aquí a la religión triunfante y ya instituida. Los árabes custodian la tienda de su profeta, quien consulta a Dios (*coro en la menor*). Aparece Mahoma (*plegaria en fa*). ¡Qué brillante y majestuosa armonía encajada bajo este canto, donde tal vez he retrocedido los límites de la melodía! ¿No se precisaba acaso expresar las maravillas de este gran movimiento humano que ha creado una música, una arquitectura, una poesía, una indumentaria, unas costumbres? Al oírlo, se pasea bajo los arcos del Generalife y las cinceladas bóvedas de la Alhambra. Las fiorituras del aria describen la deliciosa arquitectura morisca y las poesías de esta religión

galante y guerrera, que había de oponerse a la bélica y donosa caballería de los cristianos. Algunos cobres se despiertan en la orquesta y anuncian los primeros triunfos (*mediante una cadencia quebrada*). Los árboles adoran al profeta (*mi bemol mayor*). Llegada de Khaled, de Amrov y de Ali con un *tempo di marcia*^[24]. ¡Los ejércitos de los creyentes han tomado ciudades y sometido a las tres Arabias! ¡Qué pomposo recitado! Mahoma recompensa a sus generales dándoles a sus hijas por esposas. (¡Aquí —dijo Gambara con aire lastimero— se intercala uno de esos innobles *ballets* que cortan el hilo de las más bellas tragedias musicales!). Pero Mahoma (*si menor*) eleva de nuevo la ópera con su gran profecía que comienza en ese pobre Voltaire con este verso:

La era de Arabia ha llegado por fin.

—Es interrumpida por el coro de los árabes triunfantes (*compás de doce por ocho acelerado*). Los clarines y los cobres reaparecen con las tribus que llegan en masa. Fiesta general en la que todas las voces concurren unas tras otras y donde Mahoma proclama la poligamia. En medio de esta gloria apoteósica, la mujer que tanto ha servido a Mahoma se destaca con mi aria magnífica (*si mayor*). «¿Y yo —dice—, yo no seré, pues, ya más amada...?». «Es preciso separarnos —responde él—. ¡Tú eres una mujer y yo soy un profeta; puedo tener esclavos, pero no iguales...!»». Escuchad este dúo (*sol sostenido mayor*). ¡Qué desgarraduras! La mujer comprende la grandeza que ella ha creado con sus manos, ama lo bastante a Mahoma como para sacrificarse a su gloria, lo adora como un dios, sin juzgarle y sin un murmurar. ¡Pobre mujer, la primera engañada y la primera víctima! ¡Qué tema para el final (*si mayor*), ese dolor bordado de colores tan pardos sobre el fondo de las aclamaciones del coro y enlazado a los acentos de Mahoma abandonado de su mujer como a un instrumento inútil, pero haciendo ver que no la olvidará jamás! ¡Qué triunfales girándulas, qué cohetes de cantos jubilosos y perlados lanzan las dos frescas voces (*primera y segunda soprano*) de Aisha y de Hafsa, sostenidas por Ali y su mujer, y por Omar y Abu-Becker...! ¡Llorad, alegraos! ¡Triunfos y lágrimas! Esa es la vida.

Mariana no pudo contener su llanto y Andrea se sintió tan emocionado que sus ojos humedecieron ligeramente. El cocinero napolitano, que perturbó la comunicación magnética de las ideas expresadas por los espasmos de la voz de Gambara, se unió a aquella emoción. El músico se volvió, contempló al grupo y sonrió.

—¡Por fin me comprendéis! —exclamó.

Jamás triunfador alguno, llevado pomposamente al Capitolio en los rayos púrpuras de su gloria y acompañado por las naciones de todo un pueblo, tuvo parecida expresión al sentir posarse la corona sobre su cabeza. El rostro del músico resplandecía como el de un santo mártir. Nadie disipó el error. Una horrible sonrisa

rozó los labios de Mariana. El conde estaba espantado ante la ingenuidad de aquella delirante locura.

—¡Tercer acto! —anunció el compositor volviendo a sentarse al piano (*andantino solo*)—. Mahoma, desgraciado en su serrallo, rodeado de mujeres. Cuarteto de huríes (*en la mayor*). ¡Qué esplendores, qué cantos de ruiseñores dichosos! Modulaciones (*fa sostenido menor*). El tema se representa (*sobre la dominante mi para proseguir en la mayor*). Las voluptuosidades se agrupan y se destacan a fin de producir su contraste con el sombrío final del primer acto. Tras las danzas, Mahoma se levanta y canta una gran aria (*fa menor*) para lamentar el amor único y abnegado de su primera mujer y declarándose vencido por la poligamia. Jamás músico alguno ha tenido semejante tema. La orquesta y el coro de mujeres expresan los goces de las huríes, mientras que Mahoma vuelve a la melancolía que ha iniciado la ópera.

—¿Dónde está Beethoven —exclamó Gambará— para que sea yo bien comprendido en este retorno prodigioso de toda la ópera sobre sí misma? ¡Cómo se halla todo apoyado sobre la base! Beethoven no ha construido de otro modo su sinfonía en *do*. Pero su movimiento heroico es puramente instrumental, mientras que aquí se halla apoyado por un sexteto de las más bellas voces humanas y por un coro de creyentes que velan a la puerta de la casa santa. ¡Tengo todos los tesoros de la melodía y de la armonía, una orquesta y voces! ¡Oíd la expresión de todas las existencias humanas, ricas o pobres: *la lucha, el triunfo y el hastío!* Ali llega, el Corán triunfa en todos los lugares (*dúo en re menor*). Mahoma se confía a sus dos suegros, está cansado de todo, quiere abdicar el poder y morir ignorado para consolidar su obra. Magnífico sexteto (*si bemol mayor*). Se despide (*solo en fa natural*). Sus dos suegros, instituidos en vicarios (*califas*), convocan al pueblo. Gran marcha triunfal. Plegaria general de los árabes arrodillados ante la casa santa (*casbah*), de donde vuela el palomo (*misma tonalidad*). Efectuada la plegaria por sesenta voces y dirigida por las mujeres (*en si bemol*), se corona esta gigantesca obra en la que se expresa la vida de las naciones y de los seres humanos. Habéis sentido todas las emociones terrenas y divinas.

Andrea contemplaba a Gambará con alelado pasmo. Si al principio había sido impresionado por la horrible ironía que presentaba aquel hombre expresando los sentimientos de la mujer de Mahoma sin reconocerlos en Mariana, la locura del marido quedó eclipsada por la del compositor.

No había ni la apariencia de una idea poética o musical en la vertiginosa y aturdidora cacofonía que hería los oídos: los principios de la armonía, las primeras reglas de la composición estaban ausentes en aquella creación informe. En vez de la música sabiamente ligada que designaba Gambará, sus dedos producían una sucesión de quintas, de séptimas y octavas, de tercias mayores y de escalas de cuarta sin sexta en la base, confusa amalgama de sonos discordantes lanzados al azar, que parecía combinado para desgarrar los tímpanos menos delicados. Es difícil expresar aquella extravagante composición, pues harían falta nuevos vocablos para tal música

imposible.

Penosamente afectado por la locura de aquel buen hombre, Andrea enrojeció y miraba a hurtadillas a Mariana, quien, pálida y con la vista baja, no podía contener las lágrimas. En medio de su confuso fárrago de estridentes notas, Gambarara había lanzado de cuando en cuando exclamaciones que traslucían el arrobo de su alma: estaba desmayado de satisfacción, había sonreído a su piano, lo había mirado con cólera, le había sacado la lengua, expresión al uso de los inspirados, y, en fin, parecía ebrio de la poesía que le llenaba a rebosar la cabeza, y que vanamente se había esforzado en traducir. Las extrañas disonancias que aullaban bajo sus dedos habían evidentemente resonado en sus oídos como armonías celestiales. Ciertamente, por la inspirada mirada de sus ojos azules abiertos a otro mundo, por el rosa resplandor que coloreaba sus mejillas, y sobre todo por la divina serenidad que el embeleso difundía en sus facciones tan nobles y orgullosas, un sordo hubiese creído asistir a una improvisación debida a algún gran artista. Y esa ilusión habría sido tanto más natural, cuanto que la ejecución de aquella insensata música exigía una habilidad digital maravillosa. Gambarara había debido trabajar en ella durante años. Y no eran sólo sus manos las ocupadas, sino que la complicación de los pedales imponía a todo su cuerpo una perpetua agitación; por lo que el sudor corría a chorros por su cara, mientras que se esforzaba por inflar un crescendo con todos los débiles medios que el ingrato instrumento ponía a su servicio: había pataleado, resoplado, rugido; sus dedos habían igualado en ligereza a la doble lengua de una serpiente; en fin, a un último aullido del piano se había echado hacia atrás dejando caer su cabeza sobre el respaldo de su butaca.

—¡Por Baco, me siento todo aturdido! —exclamó el conde al salir—. Un niño bailando sobre un teclado haría mejor música.

—¡A buen seguro que el azar no evitaría el acorde de dos notas con tanta destreza como ese diablo de hombre lo ha hecho durante una hora! —manifestó Giardini.

—¿Cómo la admirable regularidad de las facciones de Mariana no se altera con la continua audición de esas espantosas discordancias? —se preguntó en voz alta el conde—. Corre la amenaza de afearse.

—¡Señor, es preciso arrancarla a ese peligro! —exclamó Giardini.

—Sí —dijo Andrea—, ya he pensado en ello. Mas para reconocer si mis proyectos no reposan sobre una base falsa, preciso apoyar mis suposiciones sobre una experiencia. Volveré para examinar los instrumentos que él ha inventado. Así, mañana, después de la cena, haremos una velada y yo mismo enviaré el vino y los dulces necesarios.

El cocinero se inclinó. El día siguiente fue empleado por el conde para arreglar el apartamento destinado al pobre matrimonio. Fue, pues, por la noche, como convenido, a casa del artista, hallando que de acuerdo a sus instrucciones, los vinos y pasteles estaban servidos con una especie de aparato por Mariana y por el cocinero. Gambarara le mostró triunfalmente los tamborcillos sobre los cuales había granos de

pólvora con ayuda de los cuales hacía sus observaciones sobre la diferente naturaleza de los sonidos emitidos por los instrumentos.

—¡Ya veis —le dijo— con qué medios más simples llego a probar una gran proposición! La acústica me revela así acciones análogas de sonido sobre los objetos afectados. Todas las armonías parten de un centro común y conservan entre sí íntimas relaciones; o más bien, la armonía, una como la luz, es descompuesta por nuestras artes como el rayo luminoso por el prisma.

Luego presentó instrumentos contruidos según sus leyes, explicando los cambios que introducía en su contextura. Finalmente, anunció, no sin énfasis, que coronaría aquella sesión preliminar, buena todo lo más para satisfacer la curiosidad de la vista haciendo oír un instrumento que podía reemplazar a una orquesta entera y que él denominaba *panharmonicon*.

—Si se trata del que está en esa caja y que nos atrae las quejas del vecindario cuando trabajáis en él —dijo Giardini—, no tocaréis mucho tiempo, pues no tardará en presentarse algún policía... ¿lo habéis pensado?

—Si ese pobre loco se queda —dijo Cambara al oído del conde—, me será imposible tocar.

El conde alejó al cocinero prometiéndole una recompensa si se avenía a apostarse fuera, a fin de impedir a las patrullas de vigilancia o a los vecinos que interviniesen. El cocinero, que no había andado parco en servir de beber a Gambara, consintió en ello. Sin hallarse ebrio, el compositor se encontraba en ese estado en que todas las fuerzas intelectuales están sobreexcitadas, en que la paredes de una habitación se tornan luminosas, las buhardillas no tienen ya techo y el alma revolotea en el mundo de los espíritus. Mariana despojó de sus envoltorios, no sin esfuerzo, un instrumento tan grande como un piano de cola, pero con una caja superior. Aquel extravagante instrumento ofrecía, aparte de la mentada caja y su teclado, las boquillas de algunos instrumentos de viento y los agudos picos de algunos tubos.

—Toque usted, se lo ruego, esa plegaria que dice ser tan bella y que termina su ópera —dijo el conde.

Con gran asombro de Mariana y de Andrea, Gambara comenzó por varios acordes que revelaban a un maestro; y a ese asombro sucedió primero una admiración mezclada de sorpresa y luego un completo éxtasis en medio del cual olvidaron el lugar y el ejecutante. Los efectos de una orquesta no habrían sido tan grandiosos como lo fueron los sonos de los instrumentos de viento que recordaban al órgano y que se unieron maravillosamente a las riquezas armónicas de los instrumentos de cuerda; pero el estado imperfecto aún en que se encontraba aquel singular artefacto, cortaba los desarrollos del compositor, cuyo pensamiento apareció entonces más grande. A menudo, la perfección de las obras de arte impide al alma engrandecerlas. ¿No es tal el proceso ganado por el esbozo contra el cuadro acabado en el tribunal de aquellos que rematan la obra por el pensamiento en lugar de aceptarla toda hecha? La más pura y suave música que oyera jamás el conde, brotó y se elevó bajo los dedos de

Gambara, como una nube de incienso sobre un altar. La voz del compositor volvió a tornarse joven, y, lejos de perjudicar a aquella magnífica melodía, su órgano la explicó, la fortaleció, la dirigió, como la voz átona y temblequeante de un hábil lector, tal como lo era Andrieux, ampliaba el sentido de una sublime escena de Corneille o de Racine, añadiendo a ella una poesía íntima. Aquella música digna de los ángeles, revelaba los tesoros ocultos en la inmensa ópera que no podría ser jamás comprendida en tanto que aquel hombre persistiera en explicarse en su estado de razón. Igualmente repartidos entre la música y la sorpresa que les causaba aquel instrumento de cien voces en el cual un ajeno hubiese podido creer que su constructor había ocultado invisibles muchachas, a tal punto los sonos tenían por momentos una pasmosa analogía con la voz humana, el conde y Mariana no se atrevían a comunicarse sus ideas, ni con la mirada ni con la palabra. El rostro de Mariana estaba iluminado por un magnífico resplandor de esperanza que le devolvió las galanuras de la juventud. Aquel renacimiento de su belleza que se unía a la luminosa aparición del genio de su marido, veló con una nube de malhumor las delicias que aquella hora misteriosa daba al conde.

—Es usted nuestro buen genio —le dijo Mariana—. Estoy tentada de creer que usted le inspira, pues yo, que no le dejo nunca, jamás he escuchado nada parecido.

—¡Y los adioses de Kadajah! —exclamó Gambara, quien cantó la cavatina a la que la víspera había dado el epíteto de sublime y que hizo llorar a los dos enamorados, a tal punto expresaba la más elevada abnegación del amor.

—¿Quién ha podido dictarle semejantes cantos? —preguntó el conde.

—*El Espíritu* —respondió Gambara—. Cuando no se me aparece, todo está en fuego. Veo las melodías cara a cara, bellas y frescas, lozanas, coloreadas como flores, irradiando y resonando: y yo escucho, pero hace falta un tiempo infinito para reproducirlas.

—¡Más aún! —dijo Mariana.

Gambara, que no parecía experimentar la menor fatiga, tocó de nuevo sin esfuerzos, sin gesticulaciones ni muecas. Ejecutó su obertura con tan gran talento y descubrió riquezas musicales tan inéditas, que el conde, deslumbrado, acabó por creer en una magia semejante a la que despliegan Paganini y Listz, ejecución que ciertamente cambia y transforma todas las condiciones de la música, haciendo de ella una poesía muy superior a sus creaciones pentagráficas.

—¿Cree Vuestra Excelencia que podrá curarle? —preguntó el cocinero cuando bajó Andrea.

—Pronto lo sabré —respondió el conde—. La inteligencia de ese hombre tiene dos ventanas, una cerrada al mundo y otra abierta al cielo: la primera es la música, la segunda la poesía; hasta hoy se ha obstinado en permanecer ante la ventana cerrada y es preciso conducirlo a la otra. Vos habéis sido el primero en ponerme sobre la pista, Giardini, al decirme que vuestro huésped razonaba mejor en cuanto había bebido algunos vasos de vino.

—Sí —exclamó el cocinero—, y adivino el plan de Vuestra Excelencia.

—Si es tiempo aún de hacer repercutir la poesía en sus oídos en medio de los acordes de una bella música, hay que ponerle en estado de oír y de juzgar. Ahora bien, sólo la embriaguez puede acudir en mi socorro. ¿Me ayudará a emborrachar a Gambará, querido?, ¿no le producirá eso mal a usted mismo?

—¿Cómo lo entiende Vuestra Excelencia?

Andrea se marchó sin responder, pero riendo de la perspicacia que quedaba a aquel loco. Al día siguiente fue a buscar a Mariana, quien había pasado la mañana en componerse un atavío sencillo, pero adecuado, el cual había consumido todas sus economías. Aquella transformación habría disipado la ilusión de un hombre estragado, pero, en el conde, el capricho se había convertido en pasión. Despojada de su poética miseria y trocada en simple burguesa, Mariana le hizo soñar en el matrimonio; la dio la mano para subir a un coche de punto y le hizo partícipe de su proyecto, Ella lo aprobó todo, dichosa por hallar un enamorado aún más grande, más generoso y más desinteresado de lo que esperaba. Así llegó a su apartamento, en el que Andrea se había complacido en evocar su recuerdo a su amiga por algunos de esos refinamientos que seducen hasta a las mujeres más virtuosas.

—No os hablaré de mi amor más que en el momento en que usted desespere de su Paolo —dijo el conde a Mariana al volver a la calle Froidmanteau—. Será testigo de la sinceridad de mis esfuerzos; si resultan eficaces, acaso no sabré resignarme a mi papel de amigo, pero entonces me apartaré de usted, Mariana. Pues si bien me siento con bastante valor para laborar por la felicidad de usted, no tendría bastante fuerza para contemplarla.

—No hable así: las generosidades tienen también su peligro —respondió ella, conteniendo a duras penas sus lágrimas—. Pero, cómo, ¿me dejáis ya?

—Sí —respondió Andrea—, sed dichosa sin distracción.

A creer al cocinero, el cambio de higiene fue favorable a los dos esposos. Todas las noches, después de beber, Gambará parecía menos caviloso, hablaba más sensata y reposadamente, y hasta decía de leer los periódicos. Andrea no pudo impedir estremecerse al ver la inesperada rapidez de su éxito; mas aun cuando sus angustias le revelasen la fuerza de su amor, no le hicieron vacilar en su virtuosa resolución. Un día fue a reconocer los progresos de aquella singular curación. Si el estado de su enfermo le causó al principio cierta alegría, ésta fue turbada por la belleza de Mariana, a quien la holgura había devuelto todo su lustre. Desde entonces volvió cada noche a entablar conversaciones suaves o serias en las que aportaba las claridades de la oposición comedida a las singulares teorías de Gambará. Aprovechaba la maravillosa lucidez que gozaba el espíritu del músico en todos los extremos que no se aproximaran demasiado a su locura para hacerle admitir en las diversas ramas del arte, principios igualmente aplicables más tarde a la música.

Todo iba bien en tanto que los vapores del vino calentaban el cerebro del enfermo; mas en cuanto había recobrado, o mas bien, vuelto a perder su razón, recaía

nueva mente en su manía. Sin embargo, Paolo se dejaba ya distraer más fácilmente por la impresión de los objetos exteriores y su inteligencia se dispersaba asimismo sobre un número de puntos a la vez. Andrea, que se tomaba un interés de artista en aquella obra semi-médica, creyó finalmente poder dar un gran golpe. Resolvió ofrecer en su vivienda una cena a la cual fue admitido Gardini por la fantasía que tuvo de no separar el drama de la parodia, el día de la primera representación de la ópera *Roberto el diablo*, a cuyos ensayos había asistido y que le pareció idónea a abrir los ojos de su enfermo. Al segundo plato ya, Gambará, más que achispado, se burló de sí mismo con mucha gracia y Giardini confesó que sus innovaciones culinarias no valían un pepino. Andrea no había descuidado nada para operar aquel doble milagro. El *orvieto*, el *montefiascore*, traídos con las infinitas precauciones que exige su transporte, el *lácrima-cristi*, el *giro*, todos los cálidos vinos, en fin, de la *cara patria* hacían subir a los cerebros de los convidados la doble embriaguez de la viña y del recuerdo. A los postres, el músico y el cocinero abjuraron alegremente sus errores: uno canturreaba una cavatina de Rossini y el otro apilaba en su plato trozos de viandas que regaba con marrasquino de Zara, en pro de la cocina francesa. El conde aprovechó la favorable disposición de Gambará, quien se dejó conducir a la Ópera con la dulce mansedumbre de un cordero.

IV

LO QUE GAMBARA, EBRIO, HALLABA EN «ROBERTO EL DIABLO»

A las primeras notas del preludio, la embriaguez de Gambara pareció disiparse para dar paso a esa excitación febril que a veces armonizaba su criterio y su imaginación, cuyo habitual desacuerdo motivaba sin duda su locura; y el pensamiento dominante de aquel gran drama musical se le apareció en toda su deslumbrante simplicidad, como un relámpago que surca la profunda noche en la que él vivía. A sus despejados ojos, aquella música trazó los horizontes inmensos de un mundo en el que se encontraba lanzado por primera vez, en todo él reconocía accidentes ya vistos en sueños. Se creyó trasladado a las campiñas de su país, donde comienza la bella Italia que Napoleón denominaba tan atinadamente el glacis de los Alpes. Vuelto por el recuerdo al tiempo en que su razón joven y viva no había sido aún perturbada por el éxtasis de su demasiada exuberante imaginación, escuchó con religiosa actitud y sin querer pronunciar una palabra. Así, el conde respetó el trabajo interior que se verificaba en aquella alma. Hasta las doce y media de la noche, Gambara permaneció tan profundamente inmóvil, que los habituales de la Ópera le debieron tomar por lo que era, un hombre ebrio. A la vuelta, Andrea se puso a atacar la obra de Meyerbeer, a fin de despabilar a Gambara, que seguía sumido en una de esas modorras que conocen los bebedores.

—¿Qué hay de tan magnético en esa incoherente partitura para que le ponga a usted en el estado de un sonámbulo? —díjole Andrea al llegar a su casa—. El argumento de *Roberto el Diablo* indudablemente se halla lejos de estar desprovisto de interés: Holtei lo ha desarrollado con rara fortuna en un drama muy bien escrito y repleto de situaciones intensas y que atraen el interés; pero los autores franceses han hallado el medio de extraer de él la fábula más ridícula del mundo. Jamás lo absurdo de los libretos de Vesari y de Shikaneder igualó al del poema de *Roberto el Diablo*, auténtica pesadilla dramática que angustia a los espectadores sin hacer nacer emociones fuertes. Meyerbeer ha reservado una parte demasiado hermosa al diablo... Beltrán y Alicia representan la lucha del bien y del mal, el bueno y el mal principio. Este antagonismo ofrecía el más feliz contraste al compositor. Las más suaves melodías colocadas al lado de cantos ásperos y duros eran una consecuencia natural de la forma del libreto; pero en la partitura del autor alemán, los demonios cantan mejor que los santos. Las inspiraciones celestes desmientan a menudo su origen y si el compositor abandona durante un instante las formas infernales se apresura a volver a ellas, al sentirse pronto fatigado por el esfuerzo que ha hecho en abandonarlas. La melodía, ese hilo de oro, no debe quebrarse jamás en una composición tan vasta,

desaparece a menudo en la obra de Meyerbeer. El sentimiento no interviene para nada, el corazón no desempeña en ella papel alguno; por ende no se encuentran jamás esos motivos dichos, esos ingenuos cantos que remueven todas las simpatías y dejan en el fondo del alma una dulce impresión. La armonía reina soberanamente, en vez de ser el fondo sobre el cual deben destacarse los grupos del cuadro musical. Esos acordes disonantes, lejos de conmover al auditorio, no provocan en su alma más que un sentimiento análogo al que se experimentaría a la vista de un saltimbanqui suspendido sobre una cuerda y balanceándose entre la vida y la muerte. Jamás vienen cantos graciosos a calmar esas fatigosas crispaciones. Se diría que el compositor no ha tenido otra finalidad que la de mostrarse extravagante, fantástico; se apresura a apoderarse de la ocasión de producir un efecto barroco, sin inquietarse de la verdad, de la unidad musical, ni de la incapacidad de las voces, aplastadas bajo ese desencadenamiento musical...

—¡Cállese, amigo mío! —dijo Gambará—. Aún me encuentro bajo el hechizo de ese admirable canto de los infiernos que los portavoces hacen todavía más terrible... ¡instrumentación nueva! ¡Las cadencias quebradas que dan tanta energía al canto de Roberto, la cavatina del cuarto acto, la final del primero, me tienen aún bajo la fascinación de un poder sobrenatural! No, ni la propia declamación de Gluck fue jamás de tan prodigioso efecto, y estoy asombrado de tanta ciencia.

—*Signor maestro* —replicó Andrea sonriendo—, permítame que le contradiga. Gluck, antes de escribir, reflexionaba largo tiempo. Calculaba todas las probabilidades y establecía un plan que podía ser modificado más tarde por sus inspiraciones de detalle, pero que no le permitía jamás descarriarse en el camino. De ahí esa acentuación enérgica, esa declamación palpitante de verdad. Convengo con usted en que la ciencia es grande en Meyerbeer; mas esta ciencia se convierte en defecto cuando se aísla de la inspiración y creo haber percibido en esta obra el penoso trabajo de un espíritu fino que ha entresacado su música en millares de motivos de óperas arrumbadas u olvidadas para apropiárselos ampliándolos, modificándolos o concentrándolos. Pero le ha sucedido lo que ocurre a todos los fautores de *centones*, el abuso de las buenas cosas. Este hábil vendimiador de notas prodiga disonancias que por demasiado frecuentes acaban por percutir el oído y lo acostumbran a esos grandes efectos que el compositor debe tratar con cuidado para sacar de ellos el mayor partido cuando la situación los reclama. Esas transiciones *enarmónicas* se repiten hasta la saciedad, y el abuso de la *cadencia plagal* le priva mucho de su solemnidad religiosa. Ya sé bien que cada compositor tiene sus formas particulares a las que vuelve a pesar de sí, pero es esencial velar sobre uno mismo y evitar ese defecto. Un cuadro cuyo colorido no ofreciese sino azul o rojo, estaría lejos de la autenticidad y fatigaría la vista. Así, el ritmo, casi siempre idéntico en la partitura de *Roberto*, confiere una gran monotonía al conjunto de la obra. En cuanto al efecto de los portavoces de que hablé, es cosa desde hace tiempo conocida en Alemania, y lo que Meyerbeer nos presenta como novedad fue ya empleada por Mozart, quien hacía

cantar de esa manera al coro de diablos de *Don Juan*.

Andrea intentó, al par de inducirle a nuevas libaciones, hacer volver a Gambara por sus contradicciones al verdadero sentimiento musical, demostrándole que su pretendida misión en este mundo no consistía en regenerar un arte al margen de sus facultades, sino el buscar bajo otra forma, que no era sino la de la poesía, la expresión de su pensamiento.

—No ha comprendido nada, querido conde, de ese inmenso drama musical —dijo negligentemente Gambara, quien sentándose al piano de Andrea, pulsó las teclas, escuchó el sonido y pareció pensar durante algunos instantes, como para resumir sus propias ideas—. Sepa usted en primer lugar —prosiguió—, que un oído experto como el mío ha reconocido el trabajo de engastador de que habláis. Sí, esa música está escogida con amor, pero en los tesoros de una imaginación rica y fecunda, donde la ciencia ha exprimido las ideas para extraer su substancia musical. Voy a explicaros esa labor.

Se levantó para poner las bujías en la habitación contigua y antes de volverse a sentar bebió un vaso lleno de vino de Giro, vino de Cerdeña que contiene tanto fuego como el que encienden los caldos de Tokai.

—Mire —dijo Gambara—, esta música no está hecha ni para los incrédulos ni para aquellos que no aman. Si no ha experimentado durante su vida los vigorosos ataques de un espíritu maligno que desplaza el objetivo cuando vos lo apunta, que da un triste fin a las más bellas esperanzas; en una palabra, si no ha percibido nunca la cola del diablo removiéndose en este mundo, la ópera *Roberto* será para usted lo que el Apocalipsis para quienes creen en todo ha acabado con ellos. Si desgraciado y perseguido, comprende usted el genio del mal, ese gran mono que destruye en todo momento la obra de Dios; si se lo imagina habiendo, no amado, sino violado a una mujer casi divina y obteniendo de ese amor los goces de la paternidad, hasta el punto de querer más que su hijo sea eternamente desdichado con él que saberle eternamente dichoso con Dios; si se imagina, en fin, el alma de la madre planeando sobre la cabeza de su hijo para arrancarlo a las horribles seducciones paternas, solamente tendrá una débil idea de ese inmenso poema al que falta muy poca cosa para rivalizar con el *Don Juan* de Mozart. *Don Juan* está por encima, por su perfección, lo concedo; *Roberto el Diablo* representa ideas y *Don Juan* provoca sensaciones. *Don Juan* es aún la sola obra musical en donde la armonía y la melodía se hallan en proporciones exactas; ahí únicamente reside el secreto de su superioridad sobre *Roberto*, ya que *Roberto* es más fecundo. ¿Mas, a qué sirve esta comparación, si esas dos obras son bellas con sus propias bellezas? A mí, que gimo bajo los reiterados golpes del demonio, *Roberto* me ha hablado más enérgicamente que a usted, y lo he hallado vasto y concentrado al par. Verdaderamente, gracias a usted, acabo de vivir en el bello país de los sueños, donde nuestros sentimientos se encuentran engrandecidos, donde el universo se despliega en proporciones gigantescas en relación al hombre.

Se produjo un momento de silencio.

—Me estremezco aún —prosiguió el desgraciado artista— por los cuatro compases de timbales que me han alcanzado las entrañas y que abren esa breve, esa brusca introducción donde el sol de trombón, las flautas, el oboe y el clarinete proyectan en el alma un color fantástico. Ese andante en *do menor* hace presentir el tema de la invocación de las almas en la abadía y engrandece la escena por el anuncio de una lucha todo espiritual... ¡Sí, me ha producido un escalofrío!

Gambara recorrió el teclado con mano segura y amplió magistralmente el tema de Meyerbeer por una especie de descarga anímica, a la manera de Liszt. Ya no fue un piano, sino la orquesta entera, el genio de la música evocado.

—¡He ahí el estilo de Mozart! —exclamó—. Vea cómo ese alemán manejaba los acordes y mediante qué sabias modulaciones hace pasar al espanto para llegar a la dominante en *do*. ¡Oigo el infierno! El telón se alza. ¿Qué veo? El único espectáculo al que dábamos el nombre de infernal, una orgía de caballeros en Sicilia. He ahí, en ese coro en *fa*, todas las pasiones humanas desencadenadas por un *allegro* báquico. Se mueven todos los hilos con los que nos maneja el diablo. Esa es en efecto la especie de alegría que prende a los hombres cuando danzan sobre un abismo, dándose el vértigo a sí mismos. ¡Qué movimiento en ese coro! Sobre este coro, la realidad de la vida, la vida ingenua y burguesa se destaca en *sol menor* por un canto lleno de simplicidad, el de Raimbaut. Me refresca un momento el alma ese buen hombre que expresa la verde y ubérrima Normandía, al venir a recordarla a Roberto en medio de la embriaguez. Así la dulzura de la patria amada matiza con brillante malla ese sombrío comienzo. Luego viene esta maravillosa balada en *do mayor*, y que traduce tan bien el tema... ¡*Yo soy Roberto!*, estalla en seguida. El furor del príncipe ofendido por su vasallo, no es ya más una cólera natural; pero va a amainar, pues los recuerdos de la infancia llegan con Alicia por ese *allegro* en *la mayor*, lleno de movimiento y de gracia. ¿Oye los clamores de la inocencia, que, al entrar en este drama infernal, penetra en él perseguida...? ¡*No, no!* —cantó Gambara, quien supo hacer cantar al par a su asmático piano—. ¡La patria y sus emociones han llegado! La infancia y sus recuerdos han vuelto a florecer en el corazón de Roberto; mas he aquí la sombra de la madre que se alza acompañada de suaves ideas religiosas... La religión anima esta bella romanza en *mi mayor*, y en la cual se encuentra una maravillosa progresión armónica y melódica sobre las palabras:

*Pues, en los cielos como en la tierra,
Su madre va a rezar por él.*

La lucha comienza entre las potencias desconocidas y el único hombre que tenga en sus venas el fuego del infierno para resistirlas; y, para que lo sepáis bien, he aquí la entrada de Beltrán, bajo la cual el gran músico ha encajado en ritornello a la orquesta una llamada de la balada de Raimbaut. ¡Qué arte! ¡Qué ligazón de todas las partes!

¡Qué potencia de construcción! El demonio está abajo, se oculta, se remueve y se agita. Con el espanto de Alicia, que reconoce al diablo del *San-Miguel* de su aldea, se plantea el combate de los dos principios. El tema musical va a desarrollarse, ¡y con qué variadas frases! He aquí el necesario antagonismo a toda ópera, vigorosamente acusado por un hermoso recitado, al estilo de Gluck, entre Beltrán y Roberto:

¡Jamás sabrás con qué exceso te amo!

Ese *do menor* diabólico, ese terrible bajo de Beltrán empieza su labor de zapa, que destruirá todos los esfuerzos de este hombre de violento temperamento. Ahí, para mí, todo es espantoso. ¿Tendrá el crimen al criminal? ¿Se apoderará el verdugo de su presa? ¿Devorará la desgracia al genio del artista? ¿Matará la enfermedad al enfermo? ¿Preservará al cristiano el ángel guardián? He aquí el final, la escena del juego, donde Beltrán atormenta a su hijo, causándole las más terribles emociones. Roberto, despojado, colérico, destrozándolo todo, y queriendo matar a todo el mundo, ponerlo todo a sangre y fuego, le parece en efecto su hijo; así le es parecido. ¡Que atroz júbilo en *Me río de tus jugadas*, de Beltrán...! ¡Qué bien matiza la barcarola veneciana este final! ¡Mediante qué audaces transiciones vuelve a escena esta perversa paternidad para tomar a Roberto al juego! Ese comienzo es abrumador para quienes desarrollan los temas en el fondo de su corazón, dándoles la extensión que el músico les ha encargado de comunicar. No había ahí sino el amor para oponer a esa gran sinfonía cantada, donde no advertís ni monotonía, ni el empleo de un mismo medio: es una y varia, distintivo de cuanto es grande y natural. Respiro, llego a la elevada esfera de una corte galante; escucho las lindas frases, lozanas y ligeramente melancólicas de Isabel, y el coro de mujeres en dos partes y en una imitación que trasciende un poco a los tonos moriscos de España. En este pasaje, la terrible música se dulcifica por tonalidades suaves, como una tempestad que se calma, para llegar a ese dúo floreado, coquetón, bien modulado, que no se parece en nada a la música precedente. Tras los tumultos del campo de los héroes buscadores de aventuras, viene la pintura del amor. ¡Gracias, poeta! Mi corazón no habría resistido más tiempo. Si no recogiese yo las margaritas de una ópera cómica francesa, si no escuchara la dulce chanzoneta de la mujer que sabe amar y consolar, no soportaría la terrible nota grave con que aparece Beltrán respondiendo a su hijo ese *¡Si yo lo permito!*, cuando promete a su princesa adorada triunfar con las armas que ella le da. Tiene la esperanza del jugador redimido por el amor, el amor de la más bella mujer, ¿pues habéis visto a esa siciliana encantadora y su mirada de halcón seguro de su presa? (¡Qué intérpretes tan soberbios ha encontrado el músico!). A la esperanza del hombre, el infierno opone la suya por este sublime grito: *¡A ti, Roberto de Normandía!* ¿No admira usted el sombrío y profundo horror impreso en esas largas y bellas notas escritas sobre *En el bosque próximo*? Se encuentran ahí todos los encantamientos de

Jerusalén liberada, como se encuentra la caballería en ese coro de cadencia española, y en el *tempo di marcia*. ¡Qué originalidad en ese alegre, modulaciones de los cuatro timbales acortados (*do, re, do, sol*)! ¡Cuánta gracia en la convocatoria al torneo! Ahí está por entero el movimiento de la vida heroica de la época, el alma se asocia a él; se lee al par una novela de caballería y un poema. La exposición está terminada, parece que los recursos de la música estén agotados, uno no ha oído nada semejante, y, sin embargo, todo es homogéneo. ¿Ha percibido la vida humana en su sola y única expresión? «¿Seré feliz o desgraciado?», dicen los filósofos. «¿Seré condenado o salvado?», dicen los cristianos.

Aquí, Gambara se detuvo sobre la última nota del coro, la desarrolló melancólicamente, y se levantó para ir a beber otro gran vaso de vino de Giro. Este caldo semiafricano reavivó la incandescencia de su rostro, que la ejecución apasionada y maravillosa de Meyerbeer había hecho palidecer ligeramente.

—Para que nada falte a esta composición —prosiguió—, el gran artista nos ha dado ampliamente el único dúo bufo que pudiera permitirse un demonio, la seducción de un pobre tovero. Ha puesto la chanza al lado del horror, una chanza en la que se sume la única realidad que se muestra en la sublime fantasía de su obra: los amores puros y tranquilos de Alicia y de Raimbaut; su vida será turbada por una anticipada venganza; sólo las almas grandes pueden sentir la nobleza que anima esas arias bufas, en las que no se encuentra ni el papilloteo demasiado abundante de nuestra música italiana, ni el vulgar de las coplas francesas. Tiene algo de la majestad del Olimpo. Hay en ellas la risa amarga de una divinidad opuesta a la sorpresa de un trovero que se *donjuaniza*. Sin esa grandeza, habríamos vuelto demasiado bruscamente al color general de la ópera, impregnado en esa horrible rabia en séptimas disminuidas que se resuelven en un vals infernal, poniéndolo en fin cara a cara con los demonios. ¡Con qué vigor se destaca la tonadilla de Beltrán en *si menor*, sobre el coro de los infiernos, describiéndonos la paternidad mezclada a esos cantos demoníacos por una espantosa desesperación! ¡Qué deliciosa transición la llegada de Alicia, sobre el retornelo en *si bemol*! Oigo aún esos angélicos cantos plenos de frescor, ¿no es, acaso, el ruiseñor tras la tormenta? El gran pensamiento del conjunto se vuelve a hallar así en los detalles; ¿pues qué podría oponerse a esa agitación de los demonios bullendo en su guarida, si no es el aire maravilloso de Alicia?:

Cuando abandoné Normandía...

El áureo hilo de la melancolía discurre siempre a lo largo de la potente armonía, como una celeste esperanza, la borda... ¡y con cuán profunda habilidad! Jamás el genio abandona la ciencia que le guía. Aquí, el canto de Alicia se encuentra en *si bemol* y se enlaza al *fa sostenido*, la dominante del coro infernal. ¿Oís el trémolo de la orquesta? Se requiere a Roberto en el cenáculo de los demonios. Beltrán vuelve a

escena, y ahí se encuentra el punto culminante del interés musical, un recitado comparable a cuanto los más grandes maestros han compuesto de más grandioso, la ardiente lucha en *mi bemol*, donde prorrumpen los dos atletas, el cielo y el infierno, uno con: *¡Sí, tú me conoces!*, sobre una séptima en disminuyendo, y el otro por su *ja* sublime: *¡El cielo estará conmigo!* El infierno y la cruz se hallan en presencia. Vienen las amenazas de Beltrán a Alicia, el pasaje más violentamente patético del mundo, desplegándose con complacencia el genio del mal, y apoyándose, como siempre, en el interés personal. La llegada de Roberto, que nos da el magnífico trío en *la bemol* sin acompañamiento, establece un primer encuentro entre las dos fuerzas rivales y el hombre... Vea cómo se produce claramente —añadió Gambara, comprimiendo esta escena mediante una ejecución apasionada que impresionó a Andrea—. Toda esta avalancha de música, desde los cuatro tiempos de timbales, ha rodado hacia este torneo de las tres voces. La magia del mal triunfa. Alicia huye, y se oye el dúo en *re* entre Beltrán y Roberto; el diablo le hunde sus garras en el corazón, y se lo desgarrá, para apropiárselo mejor; se sirve de todo: honor, esperanza, goces eternos e infinitos... lo hace brillar todo a sus ojos; le pone, como a Jesús, sobre el pináculo del Templo, y le muestra todos los tesoros de la tierra, el cofre del mal; le punza en el puntillo del valor, y los bellos sentimientos del hombre estallan en este grito:

*¡De los caballeros de mi patria,
el honor fue siempre el sostén!*

En fin, para coronar la obra, he aquí el tema que ha iniciado fatalmente la ópera, ahí está ese canto principal, en la magnífica evocación de las almas:

*Monjas que reposáis bajo esta fría piedra
¿Me oís?*

Gloriosamente recorrida, la carrera musical es gloriosamente terminada por el *allegro vivace* de la bacanal en *re menor*. ¡He aquí ya el triunfo del infierno! ¡Rueda, música, envuélvenos en tus pliegues redoblados! ¡Rueda y seduce! ¡Enrédanos y engañanos! Las potencias infernales han asido su presa, la aferran, y bailan. ¡Helo perdido a ese hermoso genio destinado a vencer, a reinar! Los demonios exultan de júbilo, la miseria ahogará al genio, la pasión perderá al caballero...

Aquí, Gambara desarrolló la bacanal por su propia cuenta, improvisando ingeniosas variaciones acompañándose con melancólica voz, como para expresar los íntimos sufrimientos que había experimentado.

—¿Oye usted celestes quejas del amor desatendido? —prosiguió—. Isabel llama

a Roberto en medio del gran coro de los caballeros dirigiéndose al torneo, donde reaparecen los motivos del segundo acto, a fin de hacer comprender bien que el acto tercero se ha desarrollado en una esfera sobrenatural. Se restablece la vida real. Ese coro se apacigua ante la aproximación de los encantamientos del infierno que trae Roberto con el talismán; van a proseguirse los prodigios del tercer acto. Aquí sobreviene el dúo de la violación, cuyo ritmo indica bien la brutalidad de los deseos de un hombre que lo puede todo, y donde la princesa, por plañidos gemidos, intenta que su amante recupere la razón. Ahí, el músico se había colocado en una situación difícil de vencer, habiéndola superado por el más delicioso trozo de la ópera. ¡Qué adorable melancolía en la cavatina! «¡Gracia para ti!». Las mujeres han comprendido bien su sentido; todas ellas se veían abrazadas y raptadas en la escena. Tan sólo ese trozo haría la fortuna de la ópera, pues todas ellas creían hallarse enzarzadas con algún violento caballero. Jamás hubo música tan apasionada ni tan dramática. El mundo entero se desencadena entonces contra el réprobo. Se puede reprochar a este final su semejanza con el de *Don Juan*; pero existe en la situación la enorme diferencia que en ella prorrumpe una noble creencia en Isabel, un amor verdadero que salvará a Roberto; ya que rechaza desdeñosamente el poder infernal que le es confiado, mientras que Don Juan persiste en sus incredulidades. Este reproche es, por lo demás, común a todos los compositores que desde Mozart han hecho finales. El de *Don Juan* tiene una de esas formas clásicas halladas para siempre. En fin, la religión se eleva omnipotente, con su voz que domina los mundos, que llama a todas las desgracias para consolarlas, y a todos los arrepentimientos para reconciliarlos. La sala entera se conmueve con los acentos de este coro:

Desgraciados o culpables
¡Apresuraos a acudir!

En el horrible tumulto de las pasiones desencadenadas, la voz santa no habría sido oída; mas en este crítico momento, la divina Iglesia católica puede tronar, y se alza con brillantes claridades. Ahí me he asombrado hallar, tras tantos tesoros armónicos, una nueva veta en la que el compositor ha dado con el trozo capital de *¡Gloria a la Providencia!*, escrito a la manera de Haendel. Llega Roberto, fuera de sí, desgarrando el alma con su *¡Si yo pudiese orar!* Impelido por la decisiva sentencia de los infiernos, Beltrán persigue a su hijo e intenta un último esfuerzo. Alicia viene a hacer aparecer a la madre; escúchase entonces el gran trío hacia el cual se encamina la ópera: el triunfo del alma sobre la materia, del espíritu del bien sobre el del mal. Los cantos religiosos disipan a los infernales, y la dicha se muestra espléndida; mas aquí la música se ha debilitado: yo he visto una catedral en vez de oír el concierto de los venturosos ángeles, alguna divina plegaria de las almas liberadas aclamando la unión de

Roberto e Isabel. No deberíamos quedar bajo el peso de los ensalmos del infierno, sino salir con una esperanza en el corazón. A mí, músico católico, me falta otra plegaria de *Moisés*. Hubiese querido saber cómo Alemania habría luchado contra Italia, lo que Meyerbeer hubiera hecho para rivalizar con Rossini. Sin embargo, a pesar de este leve defecto, el autor puede decir que tras cinco horas de una música tan substancial, un parisino prefiere una condecoración a una obra maestra musical... ¡Ya habéis escuchado las aclamaciones dirigidas a esta obra; tendrá quinientas representaciones! Sí, los franceses han comprendido esta música...

—Es porque ofrece ideas —interrumpió el conde.

—No, es porque presenta con autoridad la imagen de las luchas donde tantas personas sucumben, y porque todas las existencias individuales pueden unirse a ella por el recuerdo. Así, yo, desgraciado, he quedado satisfecho de oír ese clamor de las voces celestes, con el que tantas veces he soñado...

Seguidamente, Gambará cayó en un éxtasis musical e improvisó la más melodiosa y la más armoniosa cavatina que jamás oyera ni había de oír Andrea, un canto divino divinamente cantado y cuyo tema tenía una gracia comparable al de *O filii et filiae*, más colmado de atractivos encantos que sólo el más excelso genio musical podría hallar. El conde quedó sumido en la más encendida admiración: las nubes se disipaban, el azul del cielo se entreabría, figuras de ángeles aparecían y alzaban los velos que ocultaban el santuario, y la luz de los cielos se derramaba a raudales. Pronto reinó el silencio. El conde, asombrado al no oír más, contempló a Gambará, quien, con la mirada fija en la actitud de los drogados, balbuceaba la palabra ¡*Dios!* Andrea esperó a que el compositor descendiera de las encantadoras regiones a las que había ascendido sobre las tornasoladas alas de la inspiración, y resolvió esclarecerle con la luz que le llevaría.

—Bueno —le dijo ofreciéndole otro vaso lleno y bebiendo con él—, ya ve lo que ha hecho ese alemán, según usted: una sublime ópera sin ocuparse de teoría, mientras que los músicos que escriben tratados, pueden ser, como los críticos, detestables compositores.

—¿Así que no le gusta mi música...?

—No digo eso; pero si en vez de apuntar a expresar ideas, y si, en lugar de llevar al extremo el principio musical, lo cual hace que usted sobrepase el objetivo, quisiera simplemente despertar en nosotros sensaciones, sería mejor comprendido, caso, de todos modos, de que no se haya equivocado sobre su vocación... Pues es un gran poeta...

—¡Qué! —exclamó Gambará—. ¿Resultarían inútiles veinticinco años de estudios? ¿Me sería acaso necesario estudiar la imperfecta lengua de los hombres, cuando tengo la llave del *verbo celeste*? ¡Ah, si estuviera usted en lo cierto, me moriría...!

—Usted no. Usted es grande y fuerte, volverá a reanudar su vida, y yo le apoyaré. Ofreceremos la noble y rara alianza de un hombre rico y de un artista que se

comprenden mutuamente.

—¿Es sincero? —dijo Gambará, atacado de súbito estupor.

—Ya se lo he dicho, es usted más poeta que músico.

—¡Poeta! ¡Poeta! ¡Eso vale más que nada! Dígame la verdad, a quién aprecia más, ¿a Mozart o a Homero?

—Los admiro a uno y a otro por igual.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—¡Hum! Todavía una palabra. ¿Qué le parece Meyerbeer y Byron?

—Usted los ha juzgado, aproximándolos así.

El coche del conde estaba listo, por lo que el compositor y su noble médico franquearon rápidamente los peldaños de la escalera, y llegaron en pocos instantes a casa de Mariana. Al entrar, Gambará se lanzó en brazos de su mujer, quien retrocedió un paso, volviendo la cabeza; el marido dio igualmente un paso atrás y se inclinó hacia el conde.

—¡Ah, señor! —dijo Gambará con voz sorda—. Mejor habría sido dejarme mi locura.

Y bajando acto seguido la cabeza, se desplomó.

—¿Qué ha hecho? ¡Está como una cuba! —exclamó Mariana, lanzando sobre el cuerpo una mirada donde la piedad combatía a la repugnancia.

El conde, ayudado por su criado, levantó a Gambará, tendiéndolo sobre su cama. Andrea salió, con el corazón henchido de horrible alegría.

El día siguiente, el conde dejó pasar la hora acostumbrada de su visita; comenzaba a temer haberse engañado a sí mismo, y haber vendido un tanto cara la holgura y la sensatez a aquel pobre matrimonio, cuya paz estaba turbada para siempre.

Por fin apareció Giardini, portador de una misiva de Mariana.

«Venga —escribía ella—. ¡El mal no es tan grande como usted hubiera querido, cruel!».

—Excelencia —dijo el cocinero mientras Andrea se arreglaba—. Nos habéis tratado magníficamente ayer por la noche; mas convenid que aparte los vinos, que eran excelentes, vuestro maestra sala no nos ha servido un plato digno de figurar en la mesa de un verdadero gastrónomo... Tampoco habréis de negar, supongo, que los manjares que os fueron servidos en mi casa el día en que me hicisteis el honor de sentaros a mi mesa, contenían la quintaesencia de todos cuantos macularon ayer vuestra magnífica vajilla... Por lo tanto, esta mañana me he despertado pensando en la promesa que me hicisteis de un puesto de jefe de cocina. Ahora me considero ya como agregado a vuestra casa.

—El mismo pensamiento me ha acudido a mí hace algunos días —respondió Andrea—. Y, en consecuencia, he hablado de usted al secretario de la embajada de Austria, por lo que desde ahora puede atravesar los alpes cuando le plazca. Poseo un

castillo en Croacia, al que voy raramente; en él acumularéis las funciones de portero, de bodeguero y de mayordomo, con doscientos escudos de emolumentos. Este salario será también el de su mujer, a la que está reservado el resto del servicio. Podrá librarse a experiencias *in anima vili*, es decir, sobre el estómago de mis vasallos. Aquí tiene un bono sobre mi banquero, para los gastos del viaje.

Giardini besó la mano del conde, según la costumbre napolitana.

—Excelencia —dijo—, acepto el bono sin aceptar el puesto; sería deshonrarme abandonar mi arte, declinando el juicio de los gastrónomos más delicados, que decididamente se encuentran en París.

Al aparecer Andrea en casa de Gambara, éste se levantó y salió a su encuentro.

—Mi generoso amigo —dijo con el aire más abierto—, o bien ha abusado ayer de la debilidad de mis órganos, para divertiros a mi costa, o su cerebro no está más a prueba que el mío de los vapores natales de nuestros excelentes caldos del Latium. Quiero atenerme a esta última suposición, prefiriendo dudar de su estómago que de su corazón. Sea como fuere, renuncio para siempre al uso del vino, cuyo abuso me ha arrastrado ayer a muy culpables locuras. ¡Cuando pienso que he estado a punto de...! (Lanzó una mirada de espanto a Mariana). En cuanto a la miserable ópera que me hizo escuchar, pensándolo bien, no es más que música hecha, como tantas otras, con medios corrientes... siempre montañas de notas amontonadas, *verba et voces*: es la hez de la ambrosía que yo bebo a grandes tragos al traducir la celeste música que oigo... Son frases trinchadas, cuyo origen he reconocido. El trozo de *¡Gloria a la Providencia!* se asemeja demasiado a otro de Haendel, el coro de los caballeros yendo al combate es pariente de aire escocés en *La Dama Blanca*; en fin, si la ópera gusta tanto, es que la música es de todo el mundo, por lo que debe ser popular. Le dejo, mi caro amigo; tengo desde esta mañana en mi cabeza algunas ideas que no piden sino remontar hacia Dios en las alas de la música; mas quería verle y hablarle. Adiós, voy a pedir perdón a mi musa. Cenaremos esta noche juntos..., pero nada de vinos, para mí cuando menos. ¡Oh!, estoy firmemente decidido...

—Quedo desesperado —dijo Andrea enrojeciendo.

—¡Ah, me devuelve mi conciencia! —exclamó Mariana—. Ya no me atrevía a interrogarle. Amigo mío, amigo mío, no es nuestra culpa; él no quiere sanar...

CONCLUSIÓN

Seis años después, en enero de 1837, la mayoría de los artistas que tenían la desgracia de estropear sus instrumentos de viento o de cuerdas, los llevaban a la calle Froidmanteau, a una mugrienta y horrible casa en cuyo quinto piso vivía un viejo italiano llamado Gambara. Desde hacía cinco años, este artista había sido abandonado por su mujer, y le habían sucedido mil desgracias. Un instrumento con el que contaba hacer fortuna, y que llamaba el *panharmonicon*, fue vendido en subasta pública, así como una resma de papel pautado, garrapateado de innúmeras notas musicales. El día siguiente a la Venta, aquellas partituras habían servido, en el mercado, para envolver pescado, frutas y verduras. Así, tres grandes óperas de las que hablaba aquel pobre hombre con emotiva unción, pero que un antiguo cocinero napolitano convertido en simple revendedor decía ser un amasijo de necedades, habían sido diseminadas por París y devoradas por los cestillos de las vendedoras ambulantes. Mas no importaba, el propietario de la casa había percibido sus alquileres y los del juzgado sus costas. Al decir del viejo napolitano, que revendía a las prostitutas de la calle Froidmanteau los restos de más suntuosos banquetes hechos en la ciudad, la *signora* Gambara había seguido a Italia a un gran señor milanés, no sabiendo nadie lo que había sido de ella. Cansada de quince años de miseria, acaso arruinaba al conde con un lujo exorbitante, pues se adoraban ambos tanto, que en el transcurso de su vida, afirmaba el napolitano, jamás había presenciado ejemplo de tan auténtica pasión.

Hacia finales de aquel mismo mes de enero, un atardecer que Giardini conversaba con una ramera que había venido a buscar cena, de aquella divina Mariana, tan pura y tan bella, tan noblemente abnegada, y *que, sin embargo, había acabado como todas las demás*, la prostituta, el revendedor y su mujer percibieron en la calle a una mujer flaca, de rostro ennegrecido, polvoriento, un nervioso y ambulante esqueleto que miraba los números y trataba de reconocer una casa.

—*¡Ecco la Mariana*^[25]! —dijo en italiano el revendedor.

Mariana reconoció al fondista italiano Giardini, sin explicarse debido a qué desgracias había llegado a tener un miserable tienducho de *reventa*. Entró en él y se sentó, pues venía de Fontainebleau, habiendo recorrido catorce leguas durante el día, y mendigando su pan desde Turín hasta París. Ella espantó a aquel horrible trío. De su belleza maravillosa, no le quedaba sino dos ojos enfermos y apagados. La única cosa que encontraba fiel era la desgracia. Fue bien acogida por el viejo y hábil restaurador de instrumentos, quien la vio entrar con indecible placer.

—*¡Ya has vuelto, pues, mi pobre Mariana!* —le dijo con bondad—. *¡Durante tu ausencia, ellos me han vendido mis instrumentos y mis óperas!...*

Era difícil echar la casa por la ventana para celebrar la vuelta de la samaritana, pero Giardini puso un sobrante de salmón, la ramera pagó el vino, Gambara ofreció su pan, la *signora* Giardini colocó el mantel, y aquellos infortunados tan diversos

cenaron en la buhardilla del compositor. Interrogada sobre sus aventuras, Mariana no quiso responder, y alzó tan sólo sus bellos ojos al cielo, diciendo en voz baja a Giardini:

—¡Casado con una bailarina!

—¿Cómo se las apaña para vivir? —preguntó la ramera—. La caminata os ha matado y...

—Y envejecido —interrumpió Mariana—. No; no es ni la fatiga ni la miseria, sino el pesar.

—¡Ah, vaya! ¿Por qué no ha enviado nada a su hombre?, —le preguntó la prostituta.

Mariana respondió solamente con un golpe de vista y la mujer fue alcanzada en pleno corazón.

—¡Pues sí que es orgullosa! —exclamó—. ¿De qué le sirve eso? —dijo al oído de Giardini.

Aquel año, los artistas fueron muy cuidadosos con sus instrumentos, y las reparaciones no bastaron para subvenir a las escasas necesidades del pobre matrimonio; la mujer no ganó gran cosa con la aguja, y los dos esposos debieron resignarse a utilizar su talento en la más baja de todas las esferas. Ambos salían al atardecer e iban a los Campos Elíseos a cantar dúos que Gambará acompañaba con una ruin guitarra. Durante el camino, su mujer, que para estas expediciones se cubría la cabeza con un mezquino velo de muselina, conducía a su marido a una abacería de la calle de Saint-Honoré, haciéndole beber unas copitas de aguardiente para achisparle, de otro modo habría tocado una música detestable. Los dos se situaban ante la gente de buen tono sentada en sillas, y uno de los más grandes genios de la época, el Orfeo ignorado de la música moderna, ejecutaba fragmentos de sus partituras, siendo aquellos trozos tan notables, que arrancaban algunas monedas a la indolencia parisina. Cuando un diletante de bufones, sentado allá por azar, no reconocía la ópera de la que habían sido extraídos aquellos pasajes, interrogaba a la mujer vestida de sacerdotisa griega, que le tendía un cuenco forrado de viejo moaré, en el que recogía las limosnas:

—¿De dónde está tomada esa música, querida?

—Es de la ópera *Mahoma* —respondía Mariana.

Como Rossini ha compuesto un *Mahoma II*, el diletante decía entonces a la dama que le acompañaba:

—¡Qué lástima que no quieran darnos en los Italianos las óperas de Rossini que desconocemos! Pues esta es ciertamente una bella música...

Gambará sonreía.

Hace unos días le reclamaban el pago de la miserable suma de treinta y seis francos por el alquiler de la buhardilla en la que vive la pobre pareja resignada. El abacero no ha querido fiar el aguardiente con el que la mujer achispa a su marido para que tocara bien. Gambará estuvo entonces tan detestable aquel día que los oídos

de la gente rica se mostraron ingratos, y el cuenco forrado de tornasolado moaré volvió vacío. Eran las nueve de la noche, y una bella italiana, la *principessa* Massimilla di Varese, sintió compasión por aquellos desgraciados y les dio cuarenta francos, interrogándoles luego, reconociendo por el agradecimiento de la mujer que era veneciana; el príncipe Emilio les pidió contaran la historia de sus desgracias, y Mariana la relató, sin queja alguna, ni contra el cielo ni contra los hombres.

—Señora —dijo para terminar Gambara, que no estaba chispado—, somos víctimas de nuestra propia superioridad. Mi música es bella; mas cuando la música pasa de la sensación a la idea, no puede tener por auditores sino a personas de genio, pues únicamente ellas tienen el poder de desarrollarla. Mi desgracia proviene de haber escuchado conciertos de ángeles, y haber creído que los hombres podrían comprenderlos. Lo mismo acontece a las mujeres cuando en ellas el amor adopta formas divinas, entonces los hombres no las comprenden.

Esta frase valía los cuarenta francos que había dado la Massimilla, por lo que sacó de su bolso otra moneda de oro, diciendo a Mariana que escribiría a Andrea Marcosini.

—¡No le escribáis, señora —dijo Mariana—, y que Dios os conserve siempre bella!

—¡Encarguémonos de ellos! —pidió la princesa a su marido—. Pues este hombre ha permanecido fiel al *Ideal* que nosotros hemos matado.

Al ver la moneda de oro, el viejo Gambara lloró; le acudió una reminiscencia de sus antiguos trabajos científicos, y, enjugando sus lágrimas, el pobre compositor dijo una frase que la circunstancia hizo conmovedora:

—El agua es un cuerpo quemado.

París, junio de 1837.



LA BÚSQUEDA DEL ABSOLUTO



A
LA SEÑORA JOSEFINA DELANNOY,
NACIDA DOUMERC

Señora: Dios quiera que esta obra tenga una vida más larga que la mía. El agradecimiento que os profeso y que, así lo espero, igualará a vuestro afecto casi maternal por mí, subsistiría, entonces, más allá del término señalado a nuestros sentimientos. Ese sublime privilegio de extender así por la vida de nuestras obras la existencia del corazón bastaría, si no hubiese una certidumbre a este respecto, para consolarle de todas las penas que les cuesta a aquéllos cuya ambición es conquistarlo. Así, pues, repetiré: Dios lo quiera.

Balzac.

Les Jardies, junio de 1839.

I

LA CASA CLAES

Existe en Douai, en la calle de París, una casa cuyo aspecto, disposiciones interiores y detalles, han conservado, más que cualquier otra vivienda, el carácter de las antiguas construcciones flamencas, tan ingenuamente apropiadas a las patriarcales costumbres de ese buen país; pero, antes de describirla, quizá sea preciso establecer, en interés de los escritores, la necesidad de esos aderezos didácticos contra los cuales protestan ciertas personas ignorantes y audaces que quisieran emociones sin sufrir sus principios generadores, la flor sin la semilla, la criatura sin la gestación. ¿Sería, pues, el arte considerado como más vigoroso que la naturaleza?

Los acontecimientos de la vida humana, bien sea pública o privada, se hallan tan íntimamente ligados a la arquitectura, que la mayoría de los observadores pueden reconstruir las naciones o los individuos en toda la verdad y autenticidad de sus costumbres a través de los restos de sus monumentos públicos o por el examen de sus reliquias domésticas. La arqueología es a la naturaleza social lo que la anatomía comparada a la naturaleza orgánica. Un mosaico revela toda una sociedad, lo mismo que un esqueleto de ictiosaurio da a entender toda una creación. Por ambas partes, todo se deduce, todo se enlaza. La causa hace adivinar su efecto, como cada efecto permite remontar una causa. El sabio resucita así hasta las verrugas de las antiguas épocas.

De ahí proviene sin duda el prodigioso interés que inspira una descripción arquitectónica cuando la fantasía del escritor no desnaturaliza sus elementos; no todos pueden ligarla al pasado por rigurosas conjeturas, y para el hombre el pasado se asemeja singularmente al futuro. Contarle lo que fue, ¿no es casi siempre decirle lo que será? En fin, es raro que la pintura o la descripción de los lugares donde se desarrolla la vida no recuerde a cada cual sus deseos frustrados o sus esperanzas en flor. La comparación entre un presente que defrauda las secretas apetencias y el futuro que puede realizarlas es una inextinguible fuente de melancolía o de dulces satisfacciones.

Así resulta casi imposible no sentir una especie de enternecimiento con la pintura de la vida flamenca, siempre que estén bien traducidos los rasgos accesorios. ¿Por qué? Acaso se deba a que, entre las diversas existencias, es la que mejor representa las incertidumbres del hombre. No va acompañada sin todas las fiestas, sin todos los lazos de la familia, sin un benéfico acomodo que testimonia la continuidad del bienestar, sin un reposo que se parece a la beatitud; pero sobre todo expresa la calma y la monotonía de una felicidad cándidamente sensual en la que el goce ahoga al deseo, precediéndole siempre. Por mucho precio que pueda conceder el hombre

apasionado a los tumultos de los sentimientos, no ve jamás sin emoción las imágenes de esta naturaleza social cuyos latidos del corazón se hallan tan bien acompasados que las personas superficiales la acusan de frialdad. La masa prefiere generalmente la fuerza anormal que desborda a la fuerza igual que persiste. La masa no tiene tiempo ni paciencia para constatar el inmenso poder escondido bajo una apariencia uniforme. Y así, para impresionar a esa muchedumbre arrastrada por la corriente de la vida, la pasión, lo mismo que el gran artista, no tiene otro recurso que ir más allá del objetivo, como lo han hecho Miguel Ángel, Bianca Capello, la señorita de la Valliere, Beethoven y Paganini. Únicamente los grandes calculadores piensan que no hay que sobrepasar jamás ese objetivo y no tienen respeto sino por la virtualidad impresa en una perfecta ejecución que pone en toda obra esa profunda calma cuyo encanto prende en los seres superiores. Ahora bien, la vida adoptada por ese pueblo esencialmente ahorrador colma perfectamente las condiciones de felicidad con que las masas sueñan para la vida ciudadana y burguesa.

El más exquisito materialismo está grabado en todas las costumbres flamencas. El confort inglés ofrece tintas secas, tonalidades duras, mientras que en Flandes el viejo interior de los hogares deleita la vista con colores blandos, por una auténtica sencillez, una cabal llaneza; implica el trabajo sin fatiga; la pipa denota una feliz aplicación del *farniente* napolitano; además, acusa un sentimiento apacible del arte, su condición más necesaria, la paciencia y el elemento que hace sus creaciones duraderas, la conciencia; el carácter flamenco está en esas dos palabras, paciencia y conciencia, que parecen excluir los ricos matices de la poesía y dar a las costumbres de este país la misma uniformidad que sus vastas llanuras, la misma frialdad de su brumoso cielo. Sin embargo, no es así. La naturaleza ha desplegado su poder modificándolo todo, hasta los efectos del clima.

Si se observan con atención los productos de los diversos países del globo, inmediatamente queda uno sorprendido al ver los colores grises y malvas especialmente asignados a las producciones de las zonas templadas, mientras que los más brillantes distinguen las de los países cálidos. Las costumbres deben necesariamente conformarse a esta ley de la naturaleza. Los Flandes, que en tiempos pasados eran esencialmente pardos y de tintes uniformes, han hallado el medio de poner brillo en su fuliginosa atmósfera por las vicisitudes políticas que los han sometido sucesivamente a los borgoñés, a los españoles y a los franceses, y que les han hecho fraternizar con los holandeses y los alemanes. De España han conservado el lujo de los escarlatas, de los rasos brillantes, las tapicerías de vigorosos efectos, las plumas, las bandurrias y las formas cortesanas. De Venecia han tenido, a cambio de sus telas y sus encajes, esa fantástica cristalería donde el vino reluce y parece mejor. De Austria han conservado esa tarda diplomacia que da tres pasos por uno. El comercio con las Indias ha depositado allí las invenciones grotescas de la China y las maravillas del Japón. Sin embargo, a pesar de su paciencia en amasarlo todo, en no entregar nada, en mantenerlo todo, los Flandes no podían apenas ser considerados

sino como el depósito general de Europa, hasta el momento en que el descubrimiento del tabaco soldó con su humo los diseminados rasgos de su fisonomía nacional. Desde entonces, a pesar de las particiones de su territorio, el pueblo flamenco existió por la pipa y la cerveza.

Después de asimilarse, por la constante economía de su conducta, las riquezas y las ideas de sus amos o de sus vecinos, este país, tan por naturaleza apagado y carente de poesía, se compuso una vida original y unas costumbres características sin parecer empañado de servilismo. El arte despojó en él todo idealismo para reproducir únicamente la forma. Así, no le pidáis a esta patria de la poesía plástica ni el verbo de la comedia, ni los audaces trazos de la epopeya o de la oda, ni el genio musical; pero ella es fértil en descubrimientos, en discusiones doctorales que requieren tiempo y luz. Allí todo está acuñado en la moneda del goce temporal. El hombre ve exclusivamente lo que es, y su pensamiento se somete tan escrupulosamente a servir las necesidades de la vida que en ninguna obra se ha lanzado más allá del mundo real. La única idea de futuro concebida por este pueblo fue una especie de economía en política, y su fuerza revolucionaria provino del deseo doméstico de tener los codos libres en la mesa y su completa comodidad bajo el alero de sus *steedes*. El sentimiento del bienestar y el espíritu de independencia que inspira la fortuna engendraron, más temprano allí que en otra parte, esa necesidad de libertad que más tarde fomentó en Europa. Así, la constancia de sus ideas y la tenacidad que da la educación a los flamencos, formaron en otro tiempo hombres temibles en la defensa de sus derechos. Nada, pues, en este pueblo se forma a medias, ni las cosas, ni los muebles, ni el dique, ni la cultura, ni la revuelta. Así conserva el monopolio de lo que emprende. La fabricación del encaje, obra de paciente agricultura y de más paciente industria, y la de su tejido, son hereditarias como sus fortunas patrimoniales. Si se tuviese que pintar la constancia bajo la más pura fuerza humana, quizá se estaría en lo cierto tomando el retrato de un buen burgomaestre de los Países Bajos, capaz, como tantos ejemplos se han dado, de morir burguesamente y sin brillo por los intereses de su corporación. Mas las dulces poesías de esta vida patriarcal se volverán a hallar naturalmente en la descripción de una de las últimas casas que, en la época en que esta historia comienza, conservaban aún su carácter en Douai.

De todas las villas del departamento del Norte, Douai es, por desgracia, la que más se moderniza, donde el sentimiento innovador ha hecho las más rápidas conquistas y se halla más difundido el amor al progreso social. Allí dominan el tono, las modas y las maneras de París, y de la antigua vida flamenca, los *duesienses* no conservarán ya más que la cordialidad de las atenciones hospitalarias, la cortesía española y la riqueza y la limpieza de Holanda. Las viviendas de piedra habrán reemplazado a las casas de ladrillo. Lo granado de las formas báltavas habrá cedido ante la cambiante elegancia de las novedades francesas.

La casa donde se han desarrollado los acontecimientos de esta historia se encuentra poco más o menos hacia la mitad de la calle de París y lleva en Douai

desde hace más de doscientos años el nombre de «casa Claes». Los Van Claes fueron antaño una de las más célebres familias de artesanos a los que los Países Bajos debieron en diversas producciones una supremacía comercial que han mantenido. Durante mucho tiempo los Claes fueron en la villa de Gante, de padre en hijo, los jefes del poderoso gremio de los tejedores. Cuando la revuelta de esta gran ciudad contra Carlos V, quien quería suprimir sus privilegios, el más rico de los Claes estuvo tan gravemente comprometido que, previendo una catástrofe y obligado a compartir la suerte de sus compañeros, envió secretamente, bajo la protección de Francia, a su mujer, sus hijos y sus riquezas, antes de que las tropas del emperador se apoderasen de la villa. Las previsiones del síndico de los tejedores fueron acertadas, pues, al igual que con muchos otros burgueses, se rechazó su capitulación y fue ahorcado como rebelde, siendo en realidad el defensor de la independencia gantesca. La muerte de Claes y de sus compañeros dio sus frutos. Más tarde, aquellos inútiles suplicios costaron al rey de las Españas la mayor parte de sus posesiones en los Países Bajos. De todas las semillas confiadas a la tierra, la sangre derramada por los mártires es la que da una más pronta cosecha. Cuando Felipe II, que castigó la revuelta hasta la segunda generación, extendió sobre Douai su cetro de hierro, los Claes conservaron sus grandes bienes, aliándose a la muy noble familia de Molina, cuya rama principal, entonces pobre, consiguió ser lo bastante rica hasta poder rescatar el condado de Nourho, que sólo poseía titularmente, en el reino de León.

A comienzos del siglo XIX, tras vicisitudes cuya lista no ofrecería nada de interesante, la familia Claes estaba representada en la rama establecida en Douai por la persona de don Baltasar Claes-Molina, conde de Nourho, quien prefería llamarse lisa y llanamente Baltasar Claes. De la inmensa fortuna amasada por sus antepasados, quienes llegaron a ocupar hasta un millar de artesanos, le quedaban a Baltasar unas quince mil libras de renta en predios en el distrito de Douai, y la casa de la calle de París, cuyo mobiliario valía por lo demás una fortuna. En cuanto a las posesiones del reino de León, fueron objeto de un litigio entre los Molina de Flandes y la rama de esta familia que quedó en España. Los Molina de León ganaron el proceso y tomaron el título de condes de Nourho, aun cuando sólo tuvieran derecho de llevarlo los Claes, pero la vanidad de la burguesía era superior al orgullo castellano. Así, cuando se instituyó el estado civil, Baltasar Claes dejó a un lado los harapos de su nobleza española trocándolos por su gran ilustración gantesca.

El sentimiento patriótico late tan poderosamente en las familias exiladas, que, hasta los últimos días del siglo XVIII, los Claes siguieron fieles a sus usos y a sus costumbres. No emparentaban sino con las familias de la más pura burguesía; exigían cierto número de regidores o de burgomaestres del lado de la novia para admitirla en su familia. En fin, iban a buscar sus mujeres a Brujas o a Gante, a Lieja u Holanda, con objeto de perpetuar las costumbres de su hogar doméstico. Hacia finales del pasado siglo, su sociedad, cada vez más reducida, se limitaba a siete u ocho familias de nobleza parlamentaria cuyas costumbres, cuya toga de grandes pliegues y cuya

gravedad magistral y altivo continente, a medias español, armonizaban con sus hábitos. Los habitantes de la villa dedicaban una especie de respeto religioso a esta familia, que para ellos era como un prejuicio. La constante honradez, la lealtad sin tacha de los Claes, su invariable decoro, los convertían en una superstición tan inveterada como la de la fiesta de Gayant, y bien expresada con ese nombre de «la casa Claes». El espíritu del viejo Flandes respiraba por entero en aquella vivienda, la cual ofrecía a los aficionados a las antigüedades burguesas el tipo de las modestas moradas que se construyó la burguesía rica en la Edad Media.

El principal ornamento de la fachada era una puerta de dos batientes de roble, guarnecidos de clavos dispuestos al tresbolillo, en cuyo centro los Claes habían hecho esculpir orgullosamente dos navetas acopladas. El vano de esta puerta de piedra arenisca estaba rematado por una cimbra puntiaguda que sostenía una pequeña linterna coronada por una cruz y en la cual se veía una estatuilla de Santa Genoveva hilando su rueca. Aunque el tiempo hubiese puesto su pátina sobre las delicadas labores de esta puerta y su linterna, el cuidado extremo que les dedicaban los moradores de la casa permitían captar todos los detalles a los transeúntes. Así el jambaje, compuesto de columnas unidas, conservaba un color gris oscuro y brillaba de tal modo que daba la impresión de que estaba barnizado.

A cada lado de la puerta, en la planta baja, había dos ventanas semejantes a las demás de la casa. Su marco de piedra remataba bajo el antepecho en una concha primorosamente ornada, y la parte superior en dos arcos que separaban el montante del crucero que dividía la vidriera en cuatro partes desiguales, ya que el travesaño, situado a la altura requerida para formar una cruz, daba a los dos lados inferiores de la ventana una dimensión casi doble a la de las partes superiores redondeadas por sus cimbras. El doble arco tenía por adorno tres hileras de ladrillos que avanzaban una sobre otra, estando cada ladrillo alternativamente saliente o entrante en cosa de una pulgada, con objeto de que dibujase una greca. Los vidrios, pequeños y en rombo, estaban encajados en varillas de hierro extremadamente delgadas y pintadas de rojo.

Las paredes, de ladrillos ensamblados con argamasa blanca, se sostenían de trecho en trecho y en los ángulos por encadenados de piedra. El primer piso tenía cinco ventanas, el segundo tenía sólo tres y el desván recibía la luz a través de una gran abertura redonda de cinco compartimientos, recamada de piedra arenisca y situada en medio del frontón triangular que describía el remate, como la roseta en la fachada de una catedral. En el caballete del tejado se elevaba, a guisa de veleta, una rueca cargada de lino. Los dos lados del gran triángulo que formaba la pared de la fachada estaban recortados a escuadra por una especie de peldaños hasta el coronamiento del primer piso, donde, a derecha e izquierda de la casa, caían las aguas pluviales arrojadas por fauces de un animal fantástico. Al pie de la casa, una base de piedra arenisca simulaba un peldaño o grada. Finalmente, y como último vestigio de las antiguas costumbres, a cada lado de la puerta y entre las dos ventanas había en la calle una trapa de madera protegida con tiras de hierro y por la que se bajaba a los

sótanos.

Desde su construcción, esta fachada se limpiaba esmeradamente dos veces cada año. Si faltaba un poco de argamasa en alguna junta, la grieta se taponaba en seguida. Las ventanas, los alféizares, las piedras, todo brillaba mejor que lo que brillan en París los más preciosos mármoles. Esta fachada de la casa no ofrecía, pues, la menor huella de deterioro. A pesar de los tonos pardos causados por la propia vejez del ladrillo, estaba tan bien conservada como pueden estarlo un viejo cuadro o un viejo libro caros a un aficionado, y que estarían siempre nuevos si no experimentan, bajo la capa de nuestra atmósfera, la nociva influencia de los gases cuya malignidad nos amenaza a nosotros mismos. El cielo nuboso, la húmeda temperatura de Flandes y las sombras producidas por la poca anchura de la calle, privaban muy a menudo a este edificio del lustre que extraía de su rebuscado aliño, lo que lo hacía frío y triste a la mirada. Un poeta habría apreciado algunos hierbajos o musgo entre las losas; habría deseado que aquellas tongadas de ladrillos se hubieran agrietado; que bajo los arcos de las ventanas alguna golondrina hubiese hecho su nido en las triples casillas rojas que las adornaban. Así el acabado, el aire meticulosamente aseado de esta fachada medio gastada por el frotamiento, le daban un aspecto secamente honesto y decentemente estimable, que a buen seguro habría hecho mudarse a un romántico que hubiese vivido enfrente.

Cuando un visitante tiraba de la cadena de hierro trenzado que pendía al lado de la puerta, haciendo sonar la campanilla, y la sirvienta venida del interior le abría el batiente en medio del cual había una pequeña reja, ese batiente escapaba al punto de la mano arrastrado por su peso y volvía a caer produciendo, bajo las bóvedas de una espaciosa galería embaldosada y en las profundidades de de la casa, un sonido grave y pesado, como si la puerta fuese de bronce. Esa galería, siempre fresca y sembrada de una capa de arena fina, conducía a un gran patio interior, pavimentado con anchas baldosas vidriadas y de color verdusco. A la izquierda había la ropería, las cocinas y la sala de la servidumbre; a la derecha, la leñera, la carbonera y las dependencias de la vivienda, cuyas puertas, ventanas y paredes estaban ornadas de dibujos conservados con exquisita pulcritud. La claridad, tamizada entre cuatro paredes rojas rayadas con listas blancas, adquiría reflejos y tonalidades rosas que daban a las figuras y a los menores detalles una gracia misteriosa y fantásticas apariencias.

Una segunda casa absolutamente parecida al edificio situado en la parte de la calle, y que en Flandes lleva el nombre de «casa interior», aparecía en el fondo del patio, sirviendo únicamente de vivienda de la familia. En la planta baja, la primera pieza era un locutorio que recibía la luz a través de dos ventanas que daban al patio y de otras dos que daban a un jardín cuya anchura igualaba a la de la casa. Dos puertas vidriadas paralelas conducían la una al al jardín y la otra al patio, y correspondían a la puerta de la calle, de manera que desde la entrada, un extraño podía abarcar el conjunto de la vivienda y distinguir hasta la hojarasca que alfombraba el fondo del jardín. La parte delantera, dedicada a las recepciones, y, en cuyo segundo piso

estaban los aposentos destinados a los forasteros o invitados, contenían objetos de arte y grandes riquezas acumuladas; pero nada podía igualar a los ojos de los Claes, ni al juicio de un entendido, los tesoros que adornaban aquella pieza donde durante dos siglos había transcurrido la vida de la familia.

El Claes muerto por la causa de las libertades gantesas, el artesano del que se tendría una idea muy débil si el historiador omitiera decir que poseía cerca de cuarenta mil marcos de plata, ganados con la fabricación de las velas necesarias a la omnipotencia marina veneciana...; este Claes tuvo por amigo al célebre escultor en madera Van Huysium, de Brujas. Muchas veces el artista había recurrido a la bolsa del artesano. Algún tiempo antes de la revuelta de los ganteses, Van Huysium, enriquecido, esculpió secretamente para su amigo un enmaderado de ébano macizo en el que estaban representadas las principales escenas de la vida de Artevelde, el cervecero que por un tiempo fue rey de Flandes. Ese revestimiento compuesto de sesenta paneles, contenía unos mil cuatrocientos personajes principales y se consideraba la obra principal de Van Huysium. El capitán encargado de custodiar a los burgueses de Carlos V, decidió que los ahorcasen el día de su entrada en su villa natal, y propuso, según se dice, a Van Claes dejarle que se evadiese si le daba la obra de Van Huysium; pero el tejedor la había enviado a Francia. Ese locutorio, enteramente revestido con esos paneles, que por respeto a los manes del mártir, vino el propio Van Huysium a encuadrarlo en madera pintada de ultramar con estrías de oro; es, pues, la obra más completa de este maestro, de tal suerte que los menores fragmentos se pagan hoy a peso de oro.

Sobre la chimenea, Van Claes, pintado por Ticiano con su atuendo de presidente del tribunal, parecía conducir aún a esa familia que, veneraba en él a su gran hombre. La chimenea, primitivamente de piedra y muy alta campana, fue reconstruida en mármol blanco en el siglo pasado y sostenía dos candelabros de cinco brazos retorcidos, de bastante mal gusto, pero de plata maciza. Las cuatro ventanas tenían cortinones de damasco granate con estampado de flores negras y forradas de seda blanca, y el mobiliario, tapizado con igual tejido, fue renovado durante el reinado de Luis XIV. El entarimado, evidentemente moderno, estaba compuesto de grandes planchas de madera blanca, encuadradas por bandas de roble. El techo, formado por diversas viñetas en cuyo fondo había un mascarón Cincelado por Van Huysium, fue respetado y conservaba los tonos pardos del roble de Holanda. En los cuatro ángulos de ese locutorio se elevaban columnas truncadas, coronadas por candelabros semejantes a los de la chimenea; una mesa redonda ocupaba el centro. A lo largo de las paredes había alineadas simétricamente unas mesitas de juego. En dos consolas doradas y encima de una losa de mármol blanco había en la época en que comienza esta historia, dos globos de cristal llenos de agua y en cuyo interior nadaban, sobre un lecho de arena y de conchas, peces rojos, dorados o plateados.

Esta pieza era a la vez brillante y oscura. El techo absorbía necesariamente la claridad, sin reflejar nada de ella. Si del lado del jardín abundaba la claridad y

cabrilleaba en las tallas del ébano, las ventanas del patio, que daban paso a poca luz, hacían apenas brillar las estrías de oro impresas sobre las paredes opuestas. Este locutorio, tan magnífico en un día claro, ofrecía la mayor parte del tiempo tonalidades suaves, los tintes rojizos y melancólicos que el sol esparce sobre las copas de los árboles en otoño.

Está de más proseguir la descripción de la casa Claes, en cuyas otras partes se desarrollarán necesariamente diversas escenas de esta historia; de momento basta con conocer sus principales disposiciones.

En el año 1812, hacia los últimos días del mes de agosto, un domingo, después de las vísperas, una mujer estaba sentada en su poltrona delante de una de las ventanas del jardín. Los rayos del sol caían oblicuamente sobre la casa, la cogían de través, atravesaban el locutorio, expiraban en singulares reflejos sobre los entablados que revestían las paredes del lado del patio, y volvían a la mujer en la zona púrpura proyectada por la cortina de damasco de la ventana. Un mediocre pintor que hubiese en aquel instante copiado a esta mujer, habría seguramente logrado una obra destacable al reproducir una cabeza tan llena de dolor y de melancolía. La actitud del cuerpo y los pies adelantados denotaban el abatimiento de una persona que pierde la conciencia de su ser físico en la concentración de sus fuerzas absorbidas por un pensamiento fijo; ella seguía sus irradiaciones en el futuro, como a menudo, en la orilla del mar, se ve un rayo de sol que atraviesa las nubes y deja en el horizonte alguna franja luminosa. Las manos de esa mujer, desechadas por los brazos de la poltrona, colgaban, y la cabeza, como si se sintiera demasiado pesada, reposaba sobre el respaldo. Un vestido muy sencillo de percal blanco impedía apreciar bien sus proporciones, y el corpiño estaba disimulado por los pliegues de un chal cruzado sobre el pecho y negligentemente anudado. Aun cuando la luz no hubiese puesto de relieve su rostro que parecía querer destacar con preferencia al resto de su persona, habría sido imposible no ocuparse entonces exclusivamente de él; su expresión, que hubiese impresionado al más indiferente de los niños, acusaba un estupor persistente y frío a pesar de algunas ardientes lágrimas. Nada es más terrible que ver ese extremo dolor cuyo desbordamiento no tiene lugar sino entre raros intervalos, pero que quedaba sobre este rostro como la lava cuajada en torno a un volcán. Se habría creído en una madre agonizante, obligada a dejar a sus hijos en un abismo de miserias, sin poder legarles ninguna protección humana.

La fisonomía de esta dama, de unos cuarenta años de edad, pero entonces mucho menos lejos de la belleza de lo que no lo hubiera estado jamás en su juventud, no ofrecía ninguno de los rasgos de la mujer flamenca. Una espesa cabellera negra caía en ondas sobre sus hombros y a lo largo de sus mejillas. Su frente, muy abombada, de estrechas sienas, era amarillenta, pero bajo ella destellaban dos negros ojos que parecían despedir llamas. Su rostro, netamente español, moreno, poco vivo el color, salpicado por la viruela, llamaba la atención por lo perfecto de su óvalo, cuyos contornos conservaban, a pesar de la alteración de las líneas, un acabado de

majestuosa elegancia y que reaparecía a veces por entero si algún esfuerzo del alma le restituía su primitiva pureza. El rasgo que prestaba la mayor distinción a ese rostro enérgico era una nariz curva como el pico de un águila y que demasiado protuberante en su centro, parecía mal constituida interiormente; pero había en ella una delicadeza indescriptible; sus aletas eran tan tenues que su transparencia permitía a la luz enrojecerlas intensamente. Aunque los labios gruesos y apretados denotasen la altivez que inspira una elevada cuna, estaban impresos de una bondad natural y respiraban cortesía. Podría discutirse la belleza de ese rostro a la vez vigoroso y femenino, pero llamaba la atención. Pequeña, jorobada y coja, esa mujer permaneció tanto más tiempo soltera por cuanto que se obstinaban en negarle talento; sin embargo, hubo varios hombres que se impresionaron hondamente por el apasionado ardor que expresaba aquella cabeza, por los indicios de una inagotable ternura, y que permanecieron bajo un encanto inconcebible con tantos defectos. Ella tenía mucho de su abuelo, el duque de Casa-Rafael, grande de España. En aquel instante, el encanto que antaño apresaba tan despóticamente a las almas enamoradas de la poesía, brotaban de su rostro más vigorosamente que en cualquier momento de su vida pasada, y se ejercía, por decirlo así, en el vacío, expresando una voluntad fascinadora omnímoda sobre los hombres, pero sin fuerza sobre los destinos. Cuando sus ojos abandonaban el recipiente de cristal donde miraba a los peces sin verlos, los levantaba con desesperado movimiento, como para invocar al cielo. Sus sufrimientos parecían ser de aquellos que sólo se pueden confiar a Dios. El silencio no estaba turbado sino por el monótono canto de los grillos y de las cigarras en el jardinillo, el cual exhalaba un calor de horno, y por el apagado tintinear de la platería, y el sordo ruido de los platos y las sillas que removía en la pieza contigua al locutorio un criado ocupado en disponer la cena.

En ese momento, la afligida dama prestó oído atento y pareció recogerse; cogió su pañuelo y se enjugó unas lágrimas; intentó sonreír, y deshizo tan bien la expresión de dolor grabada en sus facciones, que habría podido creérsela en ese estado de indiferencia en que nos deja una vida exenta de inquietudes. Bien fuese porque la costumbre de vivir en aquella casa donde la confinaban sus enfermedades, le hubiera permitido reconocer algunos efectos naturales e imperceptibles para los demás, y que las personas presas de sentimientos extremos anhelan vivamente, o porque la naturaleza hubiese compensado tantas desgracias físicas dándole sensaciones más delicadas que a los seres en apariencia más ventajosamente dotados, esa mujer había oído los pasos de un hombre en una galería construida encima de las cocinas y de las salas destinadas a la servidumbre de la casa, y cuya galería comunicaba la parte delantera con la posterior. El ruido de los pasos fue cada vez más nítido. Pronto, sin poseer el poder con el cual una criatura apasionada como lo era aquella mujer sabe abolir a menudo el espacio para unirse a su otro yo, un extraño hubiera oído fácilmente el andar de aquel hombre en la escalera que bajaba de la galería al locutorio. Y al oír aquellos pasos, el ser que menos atención prestase se habría

sorprendido, pues era imposible escucharlos fríamente. Un andar precipitado o brusco e irregular asusta. Cuando un hombre se levanta y llama a gritos, denunciando un incendio, sus pies gritan tan fuerte como su voz. Siendo así, un andar contrario no debe causar menos poderosas emociones. La grave lentitud, el paso pausado y como arrastrado de ese hombre, habrían sin duda impacientado a personas irreflexivas; pero un observador o personas nerviosas habrían experimentado un sentimiento próximo al terror ante el acompasado ruido de aquellos pies que parecían carecer de vida y hacían crujir el entarimado con dos pesas de hierro. Habríase reconocido el paso indeciso y pesado de un viejo, o el majestuoso andar de un pensador que arrastra mundos consigo.

Cuando ese hombre bajó el último escalón, fijando los pies en las baldosas con un movimiento de duda, quedóse un momento en el rellano donde desembocaba el corredor que llevaba a la sala de la servidumbre y desde donde se llegaba igualmente al locutorio por una puerta disimulada entre el enmaderado, como lo estaba paralelamente la que daba al comedor. En aquel instante un leve estremecimiento, comparable a la sensación que produce una chispa eléctrica, agitó a la mujer sentada en la poltrona, pero también la más dulce sonrisa floreció en sus labios, y su rostro, embebido en la espera de un goce, resplandeció como el de una bella virgen italiana; halló la fuerza precisa para devolver sus angustias al fondo de su alma; luego volvió la cabeza hacia los paneles de la puerta que iba a abrirse en el ángulo del locutorio, y que fue, en efecto, empujada con tal brusquedad que la pobre criatura pareció haber recibido su sacudida.

Baltasar Claes apareció de pronto, dio algunos pasos, no miró a la mujer, o, si la miró, no la vio, y permaneció en pie en medio del locutorio, apoyando sobre su mano diestra su cabeza ligeramente inclinada. Un horrible sufrimiento, al cual aquella mujer no podía acostumbrarse, aunque se le reprodujera frecuentemente cada día, le estrujó el corazón, disipó su sonrisa, plegó su morena frente sobre las cejas, hacia esa línea que ahonda la reiterada expresión de los sentimientos extremos, y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero se las enjugó al punto, mirando a Baltasar.

Era imposible no sentirse profundamente impresionado por el jefe de la familia Claes. De joven, debió de parecerse al sublime mártir que amenazó a Carlos V con asegundar a Artevelde; mas entonces parecía de más de sesenta años, aun cuando sólo tuviera cincuenta, y su prematura vejez había destruido aquel noble parecido. Su elevada estatura se encorvaba ligeramente, fuese debido a sus trabajos o porque la espina dorsal se le hubiese combado bajo el peso de su cabeza. Tenía un amplio pecho y cuadrado el busto, pero las partes inferiores de su cuerpo eran enjutas, aunque nerviosas; y ese desacuerdo en un organismo evidentemente perfecto en otro tiempo intrigaba a la mente que intentaba encontrar en alguna singularidad de su existencia las razones de esta forma fantástica. Su abundante cabellera rubia, poco cuidada, caía sobre sus hombros a la manera alemana, pero en un desorden que armonizaba con la extravagancia general de su persona. Su ancha frente ofrecía, por

lo demás, las protuberancias en las cuales ha situado Gall los mundos poéticos. Sus ojos, de un azul claro y bello, tenían la brusca viveza que se observa en los grandes investigadores de causas ocultas. Su nariz, sin duda perfecta antes, se había alargado, y sus ventanas parecían abrirse gradualmente por una involuntaria tensión de los músculos olfativos. Los velludos pómulos sobresalían mucho, sus mejillas, ya ajadas, parecían tanto más sumisas, y su boca, llena de gracia, estaba comprimida entre la nariz y un breve mentón bruscamente levantado. La forma de su rostro era, sin embargo, más larga que ovalada; así, el sistema científico que atribuye a cada rostro humano una semejanza con la cara de un animal, habría encontrado una prueba más en el de Baltasar Claes, el cual se podía comparar a una cabeza de caballo. La piel se le pegaba a los huesos, como si algún fuego secreto la hubiese desecado incesantemente; luego, por momentos, cuando miraba al espacio como para encontrar allí la realización de sus esperanzas, hubiéramos dicho que lanzaba por las ventanas de su nariz la llama que le devoraba el alma. Los profundos sentimientos que animan a los grandes hombres respiraban en este pálido rostro surcado de arrugas, y en la frente plegada como la de un viejo rey lleno de preocupaciones, pero, sobre todo, en los destellantes ojos, cuya brasa parecía igualmente acrecentada por la castidad que procura la tiranía de las ideas, y por el hogar interior de una vasta inteligencia. Los ojos, hundidos en las órbitas, parecían haber sido cercados únicamente por las vigilias y las terribles reacciones de una esperanza siempre defraudada y siempre renaciente.

El celoso fanatismo que inspiran el arte o la ciencia se revelaban aún en ese hombre por una singular y constante distracción de la que eran testimonio su vestimenta y su exterior, de acuerdo con la magnífica monstruosidad de su fisonomía. Sus anchas y velludas manos estaban sucias, y sus largas uñas tenían, en sus extremidades, ribetes negros muy acusados. El calzado, o no estaba limpio o le faltaban los cordones. Entre todos los moradores de la casa, únicamente el amo podía permitirse la extraña licencia de ser tan desaseado. Su pantalón de paño negro lleno de manchas, su chaleco abierto y sin botones, su corbata al revés y su verdosa levita siempre con descosidos, completaban un extravagante conjunto de cosas pequeñas y grandes que en cualquier otro hubiera indicado la miseria que engendran los vicios, pero que en Baltasar Claes era el desaliño del genio. Con demasiada frecuencia el vicio y el genio producen efectos semejantes, ante los cuales el hombre vulgar se engaña. ¿No es el genio un exceso constante que devora el tiempo, el dinero, el cuerpo, y que lleva al hospital más rápidamente aún que las malas pasiones? Los hombres parecen hasta tener más respeto por los vicios que por el genio, ya que se niegan a conceder crédito a éste. Parece como si los beneficios de los trabajos secretos del sabio están tan lejos, que el estado social teme contar con él en vida suya; prefiere desquitarse no perdonándole su miseria o sus infortunios.

A pesar de su constante olvido del presente, si Baltasar Claes olvidaba sus misteriosas contemplaciones; si alguna intención dulce y sociable reanimaba a aquel rostro pensador; si sus ojos fijos perdían su rígido fulgor para traducir un sentimiento;

si miraba en torno suyo volviendo a la vida real, resultaba difícil no rendir involuntariamente un homenaje a la seductora belleza de aquel rostro, al donoso espíritu que reflejaba. Así, todos, viéndole entonces, lamentaban que ese hombre no perteneciese ya al mundo, diciéndose: «¡Qué hermoso debió de ser en su juventud!». Vulgar error. Nunca Baltasar Claes fue más poético que en aquel momento. Seguramente que Lavater habría querido estudiar aquella cabeza llena de paciencia, de lealtad flamenca, de moralidad cándida, donde todo era amplio y grande, donde la pasión parecía serena porque era fuerte. Las costumbres de este hombre debían de ser puras, su palabra sagrada, su amistad parecía constante, y su abnegación hubiese sido completa; pero la voluntad que emplea esas cualidades en provecho de la patria, del mundo o de la familia, se había desplazado fatalmente a otra parte. Este ciudadano, ocupado en velar por la marcha de un hogar, en regentar una fortuna, en dirigir a sus hijos hacia un hermoso futuro, vivía, aparte de sus deberes y de sus afectos, en contacto con algún genio familiar. A un sacerdote le habría parecido colmado de la palabra de Dios; un artista le hubiese saludado como a un gran maestro, y un entusiasta le hubiera tomado por un vidente de la Iglesia «swedenborgiana».

En este momento, la ropa gastada y ruin que llevaba ese hombre contrastaba singularmente con el acicalamiento de la mujer que le admiraba tan dolorosamente. Las personas contrahechas que tienen talento o un alma bella se visten con un gusto exquisito. O bien se visten con sencillez, comprendiendo que su encanto es puramente moral, o saben hacer olvidar la desgracia de sus proporciones mediante una especie de elegancia en los detalles que recrea la mirada y ocupa el espíritu. No solamente tenía un alma generosa esa mujer, sino que aún amaba a Baltasar Claes con ese instinto de la mujer que procura un regalo anticipado de la inteligencia de los ángeles. Educada en el seno de una de las familias más ilustres de Bélgica, habría adquirido el gusto si no lo hubiese tenido ya; pero acuciada por el deseo de complacer constantemente al hombre que amaba, sabía vestirse admirablemente, sin que su elegancia chocase con sus dos defectos de conformación. Su corpiño no pecaba por lo demás sino en los hombros, siendo uno de ellos sensiblemente más abultado que el otro en la espalda. Miró primero a ver si estaba sola con Baltasar, y le dijo con voz dulce, dirigiéndole una mirada llena de esa sumisión que distingue a las flamencas, pues hacía tiempo que el amor había ahuyentado la altivez de la grandeza española.

—¿Estás, pues, muy ocupado, Baltasar? Son ya treinta y tres domingos que no vienes ni a misa ni a vísperas.

Claes no respondió; su mujer bajó la cabeza, unió las manos y esperó. Sabía que aquel silencio no denotaba ni desprecio ni desdén, sino tiránicas preocupaciones. Baltasar era uno de esos seres que conservan durante mucho tiempo en el fondo de su corazón su delicadeza juvenil, y se habría sentido criminal expresando el menor pensamiento hiriente a una mujer abrumada por el sentimiento de su desgracia física. Acaso él solo, entre los hombres, sabía que una palabra, una mirada, pueden borrar años de felicidad, y que son más crueles cuanto más contrastan con una constante

dulzura, ya que nuestra naturaleza nos induce a sentir más dolor por una disonancia en la felicidad que placer experimentamos en un goce en la desgracia.

Instantes después Baltasar pareció despertarse, miró vivamente en derredor suyo, y dijo:

—¿Vísperas?... ¿Están los hijos en las vísperas?

Dio algunos pasos para mirar hacia el jardín, en el cual había muchos y magníficos tulipanes; pero se detuvo de pronto, como si hubiese chocado contra un muro, y exclamó:

—¿Por qué no se combinarían en un momento dado?

«¿Se volverá loco?», se preguntó su mujer con el mayor terror.

Para dar más interés a la escena que había provocado esta situación, resulta indispensable dirigir una ojeada a la vida anterior de Baltasar Claes y de la nieta del duque de Casa-Real.

II

HISTORIA DE UN MATRIMONIO FLAMENCO

Hacia el año 1783, don Baltasar Claes Molina de Nourho, entonces de veintidós años, podía pasar por lo que en Francia llamamos un guapo mozo. Completó su educación en París, donde adquirió excelentes modales en la sociedad de la señora de Efmont, del conde de Horn, del príncipe de Arenberg, del embajador de España, de Helvetius y de los franceses originarios de Bélgica, o de las personas venidas de este país y a las cuales su cuna o su fortuna hacían contar entre los grandes señores que en aquel tiempo daban el tono. El joven Claes encontró algunos parientes y amigos que le lanzaron al gran mundo en el momento en que ese gran mundo iba a caer; pero, como la mayoría de los jóvenes, fue, de momento, más seducido por la gloria y la ciencia que por la vanidad. Así frecuentó mucho la sociedad de los sabios, tratando particularmente con Lavoisier, quien entonces llamaba más la atención pública por la inmensa fortuna de asentista general que por sus descubrimientos en el terreno de la química, aunque, tiempo después, el gran químico hizo olvidar al pequeño asentista general. Baltasar se apasionó por la ciencia que cultivaba Lavoisier, y se convirtió en su más ardiente discípulo; pero era joven y apuesto como lo fue Helvetius, y las mujeres de París no tardaron en enseñarle a destilar exclusivamente el espíritu y el amor. Aun cuando hubiera abrazado el estudio con ardor, y que Lavoisier le hubiese dedicado algunos elogios, abandonó a su maestro para escuchar a las maestras del gusto, a cuyo lado los jóvenes tomaban sus últimas lecciones de mundología, modelándose según los usos de la alta sociedad, que en Europa constituyen una misma familia. La embriagadora ilusión del éxito duró poco; tras haber respirado el aire de París, Baltasar se fue cansando de una vida vacía que no concordaba ni con su alma ardiente ni con su amante corazón. La vida doméstica, tan dulce, tan tranquila y serena, y de la que se acordaba con sólo oír el nombre de Flandes, le pareció convenirle mejor a su carácter y a las ambiciones de su corazón. Los dorados de los salones parisienses habían eclipsado las melodías del pardo locutorio y del pequeño jardín donde su infancia había transcurrido tan dichosa. Es preciso no tener ni hogar ni patria para permanecer en París. París es la ciudad del cosmopolita o de los hombres que se han casado con el mundo y lo abrazan incesantemente con el brazo de la ciencia, del arte o del poder.

El hijo de Flandes volvió, pues, a Douai como el palomo de La Fontaine a su nido, y lloró de alegría al llegar el día en que se paseaba a Gayant. Gayant, esa supersticiosa felicidad de toda la villa, ese triunfo de los recursos flamencos, se había introducido cuando la emigración de su familia a Douai. La muerte de su padre y la de su madre dejaron desierta la casa Claes, y la ocuparon durante algún tiempo.

Pasado el primer dolor, sintió la necesidad de casarse para completar la dichosa existencia que le habían inculcado todas las religiones; quiso seguir el procedimiento del hogar doméstico yendo, como sus antepasados, a buscar una esposa a Gante, a Brujas o a Amberes, pero ninguna de las jóvenes que vio le convino. Tenía, sin duda, algunas ideas particulares sobre el matrimonio, pues desde su juventud fue acusado de no seguir el camino corriente. Cierta día oyó hablar en casa de uno de sus parientes, en

Gante, de una señorita de Bruselas que se había convertido en objeto de muy vivas discusiones. Unos sostenían que la belleza de la señorita de Temnick quedaba eclipsada por sus imperfecciones; otros la veían perfecta a pesar de sus defectos. El viejo primo de Baltasar Claes dijo a sus invitados que, bella o no, tenía un alma que haría que él la desposara con gusto si fuese casadero, y contó cómo acababa de renunciar a la herencia de su padre y de su madre a fin de procurar a su joven hermano un enlace digno de su nombre, prefiriendo así la felicidad de su hermano a la suya propia, sacrificándole su vida. Pues no cabía pensar que la señorita de Temnick se casara vieja y sin fortuna cuando siendo una joven heredera no se le presentaba ningún partido. Algunos días después Baltasar Claes buscaba a la señorita de Temnick, la cual tenía entonces veinticinco años, y de quien se había vivamente prendado. Josefina de Temnick se creyó objeto de un capricho, y negose a escuchar a Claes; mas la pasión es tan comunicativa, y, para una pobre muchacha contrahecha y coja, ofrece tantas seducciones un amor inspirado a un hombre joven y apuesto, que consintió en que la cortejase.

¿No sería preciso un libro entero para describir el amor de una joven humildemente sometida a la opinión que la proclama fea, mientras siente en ella el irresistible hechizo que producen los verdaderos sentimientos? Son feroces celos y envidias a la vista de la felicidad, crueles veleidades de venganza contra la rival que roba una mirada, emociones, terrores desconocidos a la mayoría de las mujeres, y que perderían su intensidad siendo sólo indicados. La duda, tan dramática en amor, sería el secreto de ese análisis, esencialmente minucioso, donde ciertas almas volverían a hallar la poesía perdida, pero no olvidada, de sus primeras desazones; esas exaltaciones sublimes en el fondo del corazón y que el rostro no traiciona nunca; ese temor de no ser comprendida, y esas ilimitadas alegrías por haberlo sido; esas vacilaciones del alma que se repliega en sí misma, y esas proyecciones magnéticas que prestan a los ojos infinitos matices; esos proyectos de suicidio motivados por una palabra y disipados por una entonación de voz tan extensa como el sentimiento cuya ignota persistencia revela; esas miradas temblorosas que velan terribles audacias; esos súbitos deseos de hablar y de obrar reprimidos por su misma violencia; esa elocuencia íntima que se produce por frases sin espíritu, pero pronunciadas con alterada voz; los misteriosos efectos de ese primitivo pudor del alma y de esa divina discreción que hace generoso en la sombra y hallar un exquisito gusto a las ignoradas abnegaciones; en fin, todas las bellezas del amor joven y las debilidades de su

potencia.

La señorita Josefina de Temnick fue coqueta por grandeza de alma. El sentimiento de sus aparentes imperfecciones la hizo tan difícil como lo habría sido la persona más bella. El temor de desagradar un día despertaba su orgullo, destruía su confianza y la procuraba el valor de guardar en el fondo de su corazón esas primeras dichas que las demás mujeres gustan de publicar por sus modales, y en las que apoyan su engreimiento. Cuanto más vivamente la empujaba el amor hacia Baltasar, menos se atrevía ella a expresar sus sentimientos. ¿No se convertían acaso en humillantes especulaciones el gesto, la mirada, la respuesta o la pregunta que, en una mujer bonita, son halagos para un hombre? Una mujer bella puede ser ella misma a su antojo; la sociedad le pasa siempre por alto una tontería o una torpeza, mientras que una sola mirada detiene la más magnífica expresión en los labios de una mujer fea, intimida sus ojos, aumenta la poca gracia de sus ademanes, coarta su actitud. Bien sabe que sólo a ella se le prohíbe cometer faltas, que todos le niegan el don de repararlas, y, por lo demás, nadie le proporciona la ocasión de ello. ¿No debe extinguir las facultades, helar su ejercicio, la necesidad de ser a cada instante perfecta? Esta mujer no puede vivir más que en una atmósfera de angélica indulgencia. ¿Dónde se encuentran los corazones de los que se expande la indulgencia sin teñirse de una amarga y ofensiva compasión?

Estos pensamientos, a los que le había acostumbrado la horrible urbanidad social, y esos miramientos que, más crueles que injurias, agravan las desgracias constatándolas, oprimían a la señorita de Temnick, causándole una mortificación constante que reflúa al fondo de su alma las más deliciosas impresiones, e imprimía frialdad a su actitud, a su palabra, a su mirada... Ella estaba enamorada a hurtadillas, no atreviéndose a tener elocuencia o belleza sino en la soledad. Desgraciada en pleno día, habría sido encantadora si le hubiesen permitido vivir sólo en la noche. A menudo, para poner a prueba aquel amor, y a riesgo de perderlo, desdeñaba el atavío que podía velar en parte sus defectos. Sus ojos de española fascinaban cuando se daba cuenta de que Baltasar la encontraba bella por ir sencillamente vestida de casa. Sin embargo, la desconfianza le echaba a perder los raros instantes durante los cuales se aventuraba a pensar en la felicidad, no tardando en preguntarse si Claes trataba de desposarla sólo para tener una esclava en casa, o bien si no tendría él algunas imperfecciones secretas que le obligaran a contentarse con una pobre muchacha tan desfavorecida. Estas perpetuas ansiedades daban a veces un precio inaudito a las horas en que creía en la duración, en la sinceridad de un amor que debía vengarla del mundo. Ella provocaba delicadas discusiones exagerando su fealdad, a fin de penetrar hasta el fondo de la conciencia de su amante, arrancando entonces a Baltasar verdades poco halagüeñas; pero le placía el compromiso en que él se encontraba cuando le inducía a decir que lo que se amaba en una mujer era todo un alma hermosa, y esa lealtad, esa abnegada dedicación que hace tan constantemente dichosos los días de la vida, que al cabo de algunos años de matrimonio la más

deliciosa mujer de la tierra es para un marido el equivalente de la más fea. Tras haber aplicado lo que había de verdad en las paradojas que tienden a disminuir el precio de la belleza, de pronto Baltasar se percataba de lo desatento de estas proposiciones, y descubría toda la bondad de su corazón en la delicadeza de las transiciones con que sabía probar a la señorita de Temnick que ella era perfecta para él. La abnegación, que es acaso en la mujer el colmo del amor, no le faltó a esa muchacha, pues siempre desesperó de ser amada; pero le tentó la perspectiva de una lucha en la cual el sentimiento debía triunfar de la belleza; además, halló grandeza en entregarse sin creer en el amor, y, en fin, la felicidad, de tan corta duración como pudiera ser, debía costarle demasiado cara como para que se negase a saborearla. Esas circunstancias, esos combates, comunicando el encanto y lo imprevisto de la pasión a esta criatura superior, inspiraban a Baltasar un amor casi caballeresco.

La boda se celebró a principios del año 1795. Los dos volvieron a Douai para pasar los primeros días de su unión en la casa patriarcal de los Claes, cuyos tesoros engrosó la señorita de Temnick, quien aportó algunos bellos cuadros de Murillo y de Velázquez, los diamantes de su madre y los magníficos presentes que le envió su hermano, convertido en duque de Casa-Real.

Pocas mujeres fueron más dichosas que la señora Claes. Su felicidad duró quince años, sin la más ligera nube, y, como una viva luz, se infundió hasta en los menudos detalles de la existencia. La mayor parte de los hombres tienen desigualdades de carácter que producen continuas disonancias, privando así a su hogar de esa armonía que es el bello ideal del matrimonio, pues esa mayoría se halla dominada por pequeñeces y las pequeñeces engendran los disgustos. Uno será probo y activo, pero rudo y áspero; el otro será bueno, pero terco; éste amaré a su mujer, mas con voluntad vacilante; aquél, preocupado por la ambición, cumplirá con sus sentimientos como si pagase una obligada deuda; si procura las vanidades de la fortuna, se lleva el goce cotidiano; en fin, los hombres del medio social son esencialmente incompletos, sin ser notablemente reprochables. Las personas de espíritu son tan variables como barómetros; únicamente el genio es esencialmente bueno. Así la felicidad pura se encuentra en las dos extremidades de la escala moral. Únicamente la buena bestia o el hombre de genio son capaces, uno por debilidad y el otro por la fuerza, de esa igualdad de humor, de esa constante dulzura en la cual se funden las asperezas de la vida. En la bestia, es indiferencia y pasividad; en el hombre de genio es la indulgencia y la continuidad del sublime pensamiento cuyo intérprete es, y que ha de semejarse tanto en el principio como en la aplicación. Ambos seres son igualmente simples e ingenuos: sólo que en el primero es el vacío, y en el segundo la profundidad. Así, las mujeres hábiles están dispuestas a tomar una bestia como el mejor sustituto de un gran hombre.

Baltasar imbuyó, pues, de buenas a primeras su superioridad en las cosas más pequeñas de la vida. Se recreó viendo en el amor conyugal una obra magnífica y, como los hombres de elevado alcance que no toleran nada imperfecto, quiso

desplegar todas las bellezas de ese amor. Su espíritu modificaba incesantemente la calma de la felicidad, su noble carácter marcaba las atenciones con la impronta de la gracia. Así, aunque compartiese los principios filosóficos del siglo XVIII, instaló en su casa, hasta el año 1801, a pesar de los peligros que le hacían correr las leyes revolucionarias, a un sacerdote católico, a fin de no contrariar el fanatismo español que su mujer había mamado con la leche materna por el catolicismo romano; luego, al restablecerse el culto en Francia, acompañó a su mujer a misa todos los domingos. Jamás su afecto abandonó las formas del apasionamiento. Jamás hizo sentir en su hogar esa fuerza protectora que las mujeres desean tanto, porque, para la suya, se habría parecido a la piedad. En fin, y mediante la más ingeniosa adulación, la trataba como a su igual y manifestaba a veces esos enfurruñamientos que un hombre se permite hacia una mujer bella como para enfrentar la superioridad. Sus labios estuvieron siempre adornados, con la sonrisa de la felicidad, y sus palabras constantemente llenas de dulzura. Amó a su Josefina por ella y por él, con ese ardor que traduce un elogio continuo de las cualidades y de los encantos de una mujer. La fidelidad, a menudo efecto de un principio social, de una religión o de un cálculo en los maridos, parecía involuntaria en él, y no iba sin el acompañamiento de los dulces halagos de la primavera del amor.

El deber era la única obligación del matrimonio que fuéles desconocida a estos dos seres igualmente amantes, pues Baltasar Claes halló en la señorita de Temnick una constante y cabal realización de sus esperanzas. En él, el corazón fue siempre saciado sin fatiga, y el hombre colmado siempre de dicha. No solamente la sangre española no mentía en la nieta de los Casa-Real, y le prestaba el instinto de esa ciencia que sabe hacer variar el placer al infinito, sino que también tuvo esa ilimitada abnegación que es el genio de su sexo, como la gracia constituye su belleza. Su amor era un fanatismo ciego que, a un solo movimiento de cabeza, la habría hecho ir gozosamente a la muerte. La delicadeza de Baltasar había exaltado en ella los más generosos sentimientos de la mujer, inspirándole una imperiosa necesidad de dar más de lo que recibía. Ese intercambio mutuo de una felicidad alternativamente prodigada, situaba visiblemente el principio de la vida exterior de ella, y expandía un creciente amor en sus palabras, en sus miradas, en sus actos. Por ambas partes, el agradecimiento fecundaba y diversificaba la vida del corazón, lo mismo que la certidumbre de ser uno todo para el otro excluía las pequeñeces, engrandeciendo las menores cosas secundarias de la existencia.

¿Pero no son también las más dichosas criaturas del mundo femenino la mujer contrahecha que su marido halla erguida, la coja a la cual un hombre no quiere de otro modo, o la de edad que parece joven a los ojos de su amante? La pasión humana no podría ir más allá. ¿No es la gloria de la mujer el hacer que se quiera lo que parece un defecto en ella? Olvidar que una coja no anda derecha, es la fascinación de un momento; pero, amarla porque cojea, es la deificación de su defecto. Acaso habría que grabar en el Evangelio de las mujeres esta sentencia: «Bienaventuradas las

imperfectas, porque a ellas pertenece el reino del amor».

Ciertamente, la belleza debe ser una desgracia para una mujer, pues esta flor pasajera tiene demasiada parte en el sentimiento que inspira. ¿No se la quiere como se toma en matrimonio a una rica heredera? Mas el amor que hace experimentar o que testimonia una mujer desheredada de las frágiles ventajas tras las cuales corren los hijos de Adán, es el amor auténtico, la pasión verdaderamente misteriosa, un ardiente abrazo de las almas, un sentimiento por el cual no llega nunca el día de la desilusión. Esta mujer tiene gracias ignoradas por el mundo, al control del cual se sustrae; es hermosa pertinentemente, y recoge demasiada gloria para que se olviden sus imperfecciones. Así, los efectos más célebres de la historia fueron casi todos inspirados por mujeres a las que el vulgo habría hallado defectos. Cleopatra, Juana de Nápoles, Diana de Poitiers, la Valliere, la Pompadour, en fin, la mayoría de las mujeres cuya belleza se cita como perfecta, vieron acabar desgraciadamente sus amores. Esta aparente singularidad debe tener su causa. Tal vez el hombre vive más por el sentimiento que por el amor; acaso el encanto puramente físico de una mujer tiene sus límites, mientras que el esencialmente moral de una mujer de belleza mediocre es infinito. No es la moraleja de la fábula en lo que reposan las *Mil y una noches*. Mujer de Enrique VIII, una fea habría desafiado el hacha y sometido la inconstancia de su dueño.

Por una singularidad bastante explicable en una muchacha de origen español, la señorita de Claes era ignorante. Sabía leer y escribir, pero, hasta la edad de veinte años, época en la que sus padres la sacaron del convento, sólo había leído obras ascéticas. Al entrar en el mundo, sintió al principio la sed de los placeres y no aprendió más que la frívola ciencia del vestido y el acicalamiento, pero fue tan pronto humillada por su ignorancia, que no se atrevió a mezclarse en ninguna conversación, por lo que pasaba por tener escaso talento e ingenio. Sin embargo, esa educación mística tuvo por resultado conservar en ella los sentimientos con toda su purísima fuerza y no malear su natural espíritu. Torpe y fea como heredera a los ojos del mundo, se volvió espiritual y bella para su marido. Baltasar intentó de la mejor manera, durante los primeros años de su matrimonio, inculcar a su mujer los conocimientos que precisaba para hacer un discreto papel en sociedad, mas sin duda era demasiado tarde. Ella no tenía sino la memoria del corazón. Josefina no olvidaba nada de cuanto le decía Claes referente a ellos mismos; recordaba las más pequeñas circunstancias de su vida feliz, pero al otro día había olvidado la lección de la víspera. Esta ignorancia habría causado graves desacuerdos y hasta discordias entre otros esposos, pero la señora Claes tenía un tan cándido sentido de la pasión, amaba tan devotamente, tan santamente a su marido, y la hacía tan hábil el deseo de conservar su felicidad, que se las arreglaba siempre para parecer comprenderle, y raramente dejaba aparecer los momentos en que su ignorancia habría resultado demasiado evidente. Además, cuando dos personas se quieren lo bastante como para que cada día sea para ellas el primero de su pasión, existen en esta fecunda felicidad

fenómenos que cambian todas las condiciones de la vida. ¿No es, entonces, como una infancia despreocupada de todo cuanto no sea risa, goce, placer? Luego, cuando la vida es muy activa, cuando el hogar es cálido, el hombre deja proseguir la combustión sin pensar en ella o discutirla, sin medir ni los medios ni el fin. Nunca, por lo demás, ninguna hija de Eva entendió mejor que la señora Claes su oficio de mujer. Tuvo esa sumisión de la flamenca, que hace el hogar tan atractivo, y al que su altivez de española prestaba un sabor más elevado. Ella sabía imponer el respeto por una mirada en la que fulguraba el sentimiento de su valía y de su nobleza, pero ante Claes temblaba; y, a la larga, había acabado por situarle tan alto y tan cerca de Dios, dedicándole todos los actos de su vida y sus menores pensamientos, que su amor no se compaginaba ya sin un tinte de respetuoso temor que lo avivaba aún. Adoptó con orgullo todas las costumbres de la burguesía flamenca y empleó su amor propio en hacer la vida doméstica holgadamente dichosa, en mantener los más pequeños detalles de la casa en su clásica y esmerada limpieza, en no poseer sino objetos de una calidad absoluta, en presentar en la mesa los manjares más delicados, y en tenerlo todo en el hogar en armonía con la vida del corazón.

Tuvieron dos hijos y dos hijas. La mayor, llamada Margarita, nació en el año 1796. El benjamín tenía ya tres años y se llamaba Juan Baltasar. El sentimiento maternal fue en la señora Claes casi igual a su amor por su esposo. De ahí que en su alma, sobre todo durante los últimos días de su vida, se libraba un horrible combate entre esos dos sentimientos igualmente poderosos, de los que uno se había convertido, en cierto modo, en enemigo del otro. Las lágrimas y el terror impresos en su rostro, en el momento en que comienza el relato del drama doméstico que se incubaba en este apacible hogar, los motivaba el temor de haber sacrificado sus hijos a su marido.

En el 1805 el hermano de la señora Claes murió sin dejar descendencia. La ley española se oponía a que la hermana entrara en posesión de las tierras que eran patrimonio del título de la casa, pero, mediante sus disposiciones testamentarias, el duque le legó unos sesenta mil ducados, que los herederos de la rama colateral no le disputaron. Aunque el sentimiento que la unía a Baltasar Claes era tal que idea alguna de interés podía empañarlo nunca, Josefina sintió una especie de gozo al poseer una fortuna igual a la de su marido, y su dicha fue poder ofrecerle algo después de haberlo recibido todo tan noblemente de él. El azar dispuso, pues, que aquel casamiento, en el que los calculadores veían una locura, fuese, en lo que atañe a los intereses, excelente.

Fue harto difícil determinar el empleo de aquella suma. La casa Claes estaba tan magníficamente surtida en mobiliario, en cuadros, en objetos de arte y de precio, que no parecía apenas posible añadir cosas dignas de las que ya había en ella. El gusto de esta familia había acumulado tesoros. Una generación se dedicó a seguir la pista de las obras maestras de la pintura; luego la necesidad de completar la colección empezada hizo que la dedicación se fuese heredando. Los cien cuadros que

adornaban la galería por la cual se comunicaba la vivienda posterior con los departamentos de recepción del primer piso de la casa delantera, así como otros cincuenta distribuidos en los salones de gala, exigieron tres siglos de pacientes búsquedas. Había célebres lienzos de Rubens, de Ruysdael, de Van Dyck, de Terburg, de Gerard Dow, de Teniers, de Mieris, de Paul Potter, de Wouwermans, de Rembrandt, de Hobbema, de Cranach y de Holbein. Los cuadros italianos y franceses estaban en minoría, pero todos eran auténticos y capitales. Otra generación había tenido la fantasía de las vajillas de porcelana y china. Tal Claes se apasionó por los muebles, otro por la platería, y, en fin, cada cual tuvo su manía, su pasión, uno de los rasgos más acusados del carácter flamenco. El padre de Baltasar, el último resto de la famosa sociedad holandesa, dejó una de las más ricas colecciones conocidas de tulipanes.

Aparte de estas riquezas hereditarias, que representaban un capital enorme y amueblaban magníficamente la vieja casa, sencilla en el exterior como una concha, pero como una concha interiormente nacarada y embellecida con los más ricos colores, Baltasar Claes poseía aún una quinta en la llanura de Orchis. Lejos de basar, como los franceses, sus gastos según los ingresos, siguió la vieja costumbre holandesa de no consumir sino una cuarta parte, y mil doscientos ducados por año situaban su dispendio al nivel del que hacían las personas más acaudaladas de la villa. La publicación del Código Civil dio la razón a esta cordura. Al ordenar el reparto igual de los bienes el capítulo dedicado a las *Sucesiones*, debía dejar a cada hijo casi pobre y dispersar un día las riquezas del antiguo museo Claes. Baltasar, de acuerdo con la señora Claes, colocó la fortuna de su mujer de manera que asegurase a cada uno de sus hijos una posición semejante a la del padre. La casa Claes persistió, pues, en la modestia de su rumbo, compró bosques, un tanto maltratados por las guerras que se habían sucedido, pero los cuales, cuidados debidamente, deberían adquirir un enorme valor dentro de diez años.

La alta sociedad de Douai, la cual frecuentaba Baltasar Claes, supo apreciar tan bien el noble carácter y las cualidades de su mujer que, por una especie de convención tácita, se libró de los deberes a los que tanto apego tienen las gentes de provincias. Durante la estación invernal, que ella pasaba en la ciudad, raramente iba a ninguna fiesta, siendo la sociedad la que acudía a su casa. Recibía los miércoles y ofrecía tres opíparas cenas cada mes. La gente había notado que prefería no salir de su hogar, en el que por lo demás la retenía su pasión por su marido y los cuidados que reclamaba la educación de sus hijos. Tal fue hasta el año 1809 la conducta de este matrimonio que en nada recordaba las ideas recibidas. La vida de estos dos seres, secretamente plena de amor y de gozo, era exteriormente semejante a cualquier otra. La pasión de Baltasar Claes por su mujer, y que su mujer sabía perpetuar, parecía, como lo hacía observar él mismo, emplear su constancia innata en el cultivo de la felicidad que valía tanto como el de los tulipanes al que estaba inclinado desde su infancia y le dispensaba de tener su manía como cada uno de sus antepasados tuvo la

suya.

A finales del año, el espíritu y las maneras de Baltasar sufrieron funestas alteraciones, empezando de una manera tan natural que al principio la señora Claes no vio necesario preguntarle por su causa. Una noche, su marido se acostó en un estado de preocupación que ella se creyó en el deber de respetar. Su delicadeza de mujer y sus hábitos de sumisión la habían hecho esperar siempre las confidencias de Baltasar, cuya confianza le estaba garantizada por un cariño tan verdadero que no dejaba el menor paso a los celos. Aunque segura de obtener una respuesta cuando ella se permitiese una pregunta curiosa, conservó siempre de sus primeras impresiones en la vida el temor de una negativa. Por otra parte, la dolencia moral de su marido tuvo fases y sólo llegó por tonos progresivamente más acentuados a la intolerable violencia que destruyó la felicidad de su hogar. Por ocupado que estuviera Baltasar, siguió siendo durante meses conversador y afectuoso, y el cambio de su carácter no se manifestó todavía sino por frecuentes distracciones. La señora Claes esperó largo tiempo para saber por boca de su marido el secreto de sus trabajos; acaso era que no quería decir nada sino hasta el momento en que llegaran a producir resultados útiles, ya que muchos hombres tienen un orgullo que les impele a ocultar sus combates no mostrándose más que cuando se saben victoriosos. El día del triunfo, la dicha doméstica debía reaparecer tanto más deslumbrante cuanto que Baltasar se percataría de esa laguna en su vida amorosa que su corazón sin duda desaprobaba. Josefina conocía lo bastante a su marido para saber que no se perdonaría el no haber hecho a su Pepita menos feliz durante varios meses. Así, ella guardaba silencio, experimentando una especie de goce en sufrir por él, para él, pues su pasión tenía un tinte de esa piedad española que no separa jamás la fe del amor y no comprende el sentimiento sin sufrimientos. Esperaba un retorno del cariño, diciéndose cada noche: «Será mañana», y pensando en su felicidad como en algo ausente.

La señora Claes concibió su último hijo en medio de estas secretas inquietudes. ¡Horrible revelación de un futuro de dolor! En esta circunstancia, el amor fue, entre las distracciones de su marido, como una distracción mayor que las otras. Su orgullo de mujer, herido por primera vez, le hizo sondear la profundidad del ignoto abismo que la separaba para siempre del Claes de los primeros días.

Desde ese momento, el estado de Baltasar empeoró. Este hombre, antes incesantemente consagrado a los goces domésticos, que jugaba durante horas enteras con sus hijitos, que rodaba con ellos por la alfombra del locutorio o en las pequeñas avenidas del jardín, que parecía no poder vivir sino bajo los negros ojos de su Pepita, no se dio cuenta del embarazo de su mujer, olvidó vivir en familia y se olvidó de sí mismo. Cuanto más tardaba la señora Claes en preguntarle por la clase de sus ocupaciones, menos se atrevía él. Ante esta idea, la sangre le hervía y le faltaba la voz. Finalmente, creyó que ya no le gustaba a su marido y entonces sufrió su mayor alarma. Ese temor la embargó, la desesperó, la exaltó, convirtiéndola en el origen de muchas horas melancólicas y de amargas pesadillas. Justificó a Baltasar a su costa,

encontrándose fea y vieja; luego entrevió un pensamiento generoso, pero humillante para ella, en el trabajo con el cual él se creaba una fidelidad negativa, y quiso devolverle su independencia dejando establecer uno de esos secretos divorcios, la expresión de la felicidad de que parecen disfrutar muchos matrimonios. Sin embargo, antes de decir adiós a la vida conyugal, intentó leer en el fondo de aquel corazón, pero lo encontró cerrado. Insensiblemente vio que Baltasar aparecía indiferente ante todo lo que había amado, que descuidaba sus tulipanes en flor y ya no pensaba en sus hijos. Sin duda se entregaba a algún sentimiento al margen de los afectos del corazón, pero que según las mujeres no seca menos el corazón. El amor estaba dormido y no aventado. Si eso supuso un consuelo, no dejó de seguir siendo la misma desdicha.

La continuidad de esta crisis se explica con una sola palabra: la esperanza, secreto de todas estas situaciones conyugales. Cuando la pobre mujer llegaba a un grado de desespero que le prestaba el valor de interrogar a su marido, precisamente entonces volvía a encontrar dulces momentos durante los cuales Baltasar le demostraba que si él se sometía a algunos pensamientos diabólicos, esos pensamientos le permitían ser él mismo a veces. Durante esos instantes en que se despejaba su cielo, ella se apresuraba demasiado en gozar de su felicidad para molestarle con importunidades; luego, cuando se armaba de valor para interrogar a Baltasar, en el momento mismo en que iba a hablarle, él se le escapaba al instante, la dejaba bruscamente, o recaía en el abismo de sus meditaciones, de las que nada podía sacarle.

Pronto la reacción de lo moral sobre lo físico comenzó sus estragos, al principio imperceptibles, pero apreciables a los ojos de una mujer amante que seguía los pensamientos secretos de su marido en sus menores manifestaciones. Frecuentemente le costaba a ella un gran esfuerzo retener sus lágrimas viéndole después de cenar hundido en una butaca del rincón de la chimenea, taciturno y pensativo, la mirada clavada en algún negro panel, sin darse cuenta del silencio que reinaba en su derredor. Observaba con terror los insensibles cambios que degradaban aquel rostro que el amor había hecho sublime para ella; cada día la vida del alma se retiraba más de él, y su envoltura quedaba sin expresión alguna. A veces los ojos adquirían un color vidrioso, y parecía que la vista le replegase para sumirse en el interior. Cuando los hijos estaban acostumbrados, al cabo de algunas horas de silencio y de soledad, llenas de espantosos pensamientos, si la pobre Pepita se aventuraba a preguntar: «¿Sufres, querido?», Baltasar no respondía, o bien, al hacerlo, volvía en sí por un estremecimiento como el del hombre que se despierta sobresaltado, y respondía con un «no» seco y cavernoso que caía pesadamente sobre el palpitante corazón de su mujer.

Aunque ella hubiese querido ocultar a sus amistades la singular situación en que se hallaba, viose, sin embargo, obligada a aludirla. Según la costumbre de las pequeñas ciudades, la mayoría de los salones habían hecho de aquel cambio de Baltasar el tema de sus conversaciones, y ya en ciertos círculos se sabían muchos detalles que ignoraba la señora Claes. Así, a pesar del mutismo impuesto por la

cortesía, algunos amigos demostraron tan vivas inquietudes, que ella se apresuró a justificar las rarezas de su marido diciendo que Baltasar Claes había emprendido un importante trabajo que le absorbía, pero cuyo éxito había de ser motivo de gloria para su familia y para su patria.

Esta misteriosa explicación halagaba demasiado la ambición de una ciudad en la que más que en ninguna otra reinan el amor del país y el deseo de su ilustración, como para que no produjese en las mentes y en los espíritus una reacción favorable a Claes. Las suposiciones de su mujer eran, hasta cierto punto, bastante fundadas. Operarios de diversas profesiones habían trabajado durante mucho tiempo en el desván de la casa delantera, a la cual se trasladaba Baltasar desde la mañana. Tras haber construido en ella retiros cada vez más prolongados, a los cuales se habían acostumbrado insensiblemente su mujer y sus servidores, Baltasar llegó a permanecer allí días enteros. Mas, ¡dolor inaudito!, la señora Claes supo por las humillantes confidencias de sus buenas amigas, asombradas de su ignorancia, que su marido no cesaba de comprar en París instrumentos de física, materiales preciosos, libros y máquinas, y se arruinaba, según se decía, en la búsqueda de la piedra filosofal. Ella debía pensar en sus hijos, añadían las amigas, en su propio futuro, y sería criminal no emplear su influencia para apartar a su marido de la falsa senda que había emprendido. Si la señora Claes recobraba su impertinencia de gran dama para imponer silencio a esos absurdos rumores, no por ello dejó de asaltarla el terror a pesar de su aparente seguridad y resolvió abandonar su papel de abnegada. Creó así una de esas situaciones durante las cuales una mujer se encuentra en un plano de igualdad con su marido, y menos acobardada se atrevió a preguntar a Baltasar por la razón de su cambio y el motivo de su constante retiro. El flamenco frunció el ceño y respondió:

—Querida, tú no comprenderías nada de eso.

Un día Josefina insistió en conocer el secreto, quejándose con dulzura de no compartir los pensamientos de aquél con quien compartía su vida.

—Puesto que eso te interesa tanto —respondió Baltasar, reteniendo a su mujer sobre sus rodillas y acariciándole la negra cabellera—, te diré que he vuelto a ocuparme de química y que soy el hombre más feliz de la tierra.

Dos años después del invierno en el que Claes se convirtió en un químico, su casa cambió de aspecto. Fuese porque chocara a la sociedad la perpetua distracción del sabio o porque sus secretas ansiedades hiciesen menos agradable a la señora Claes, ella no veía más que a sus amistades íntimas. Baltasar no iba a ninguna parte, se encerraba en su laboratorio durante el día, permaneciendo en él a veces la noche entera y no apareciendo ante su familia más que a la hora de la cena. Desde el segundo año dejó de pasar la temporada estival en su casa de campo, que su mujer no quiso ocuparla sola. A veces Baltasar salía de su casa, no volviendo hasta el día siguiente, dejando a la señora Claes entregada durante toda una noche a mortales inquietudes; tras haberle hecho buscar infructuosamente en una ciudad cuyas puertas

se cerraban al toque de queda, según uso en las plazas fuertes, no podía enviar a nadie a la busca de su marido en el campo. La infeliz no tenía ni siquiera ya la esperanza mezclada de angustia que procura la expectativa y sufría hasta el día siguiente. Baltasar, que había olvidado la hora del cierre de las puertas, llegaba entonces tranquilamente, sin sospechar las torturas que su distracción imponía a su familia; y la dicha de volverle a ver era para su mujer una crisis tan peligrosa como sus aprensiones; ella se callaba, no se atrevía a interrogarle, pues a la primera pregunta que le hizo, él respondió sorprendido.

—Bueno..., ¿es que no puede uno pasearse?

Las pasiones no saben engañar. Las inquietudes de la señora Claes justificaron los rumores que se habían empeñado en desmentir. Su juventud la había acostumbrado a conocer la urbana compasión de la sociedad, y para no sufrirla por segunda vez, se encerró aún más en el recinto de su casa, de la que todo el mundo desertó, hasta sus mejores amistades.

El desorden en el vestir, siempre tan degradante para un hombre de la clase elevada, fue tal en Baltasar, que entre tantas causas de tristeza no fue uno de los menos sensibles que afectaron a esta mujer, acostumbrada al exquisito cuidado de las flamencas. De acuerdo con Lemulquinier, ayuda de cámara de su marido, Josefina remedió durante algún tiempo la diaria devastación de la ropa, pero tuvo que renunciar a ello. El mismo día en que, sin que Baltasar lo advirtiese, se sustituían con prendas nuevas las que estaban manchadas, desgarradas o agujereadas, él las convertía en andrajos.

Esta mujer feliz durante quince años y cuyos celos no se habían despertado nunca, vio de pronto que ya no era nada al parecer en el corazón en que antes reinó. Española de origen, el sentimiento de la mujer española protestó en ella cuando descubrió una rival en la ciencia que le arrebató a su marido; los tormentos de los celos le devoraron entonces el corazón y renovaron su amor. ¿Pero qué hacer contra la ciencia? ¿Cómo combatir el poder incesante, tiránico y creciente? ¿Cómo matar a una rival invisible? ¿Cómo una mujer cuyo poder se halla limitado por la naturaleza, puede luchar con una idea cuyos goces son infinitos y los atractivos siempre nuevos? ¿Qué intentar contra la seducción de las ideas que se refrescan, se tornan más lozanas, renacen más bellas en las dificultades y arrastran a un hombre tan lejos del mundo que llega hasta a olvidar sus más caros afectos?

En fin, un día, y a pesar de las severas órdenes que Baltasar había dado, su mujer quiso al menos no abandonarle, encerrarse con él en aquel desván adonde se retiraba, combatir cuerpo a cuerpo con su rival, ayudando a su marido durante las horas que prodigaba a aquella terrible amante. Ella quiso deslizarse secretamente en el misterioso taller de seducción, y adquirir el derecho de permanecer siempre en él. Intentó, pues, compartir con Lemulquinier el derecho de entrar en el laboratorio; mas para que no fuese testigo de una querrela que temía, esperó un día en que su marido no necesitase el ayuda de cámara. Desde hacía algún tiempo, ella estudiaba las idas y

venidas de ese criado con una impaciencia rencorosa: ¿acaso no sabía él todo lo que ella deseaba conocer, lo que su marido le ocultaba y que no se atrevía ella a preguntarle? Entonces, Lemulquinier era más favorecido que ella, la esposa...

Fue, pues, temblando y casi feliz, pero por primera vez en su vida conoció la cólera de Baltasar; apenas hubo entreabierto la puerta cuando él se le echó encima, la sujetó violentamente contra la escalera, rodando ella peldaños abajo. Aterrado, Baltasar bajó corriendo. Mientras la ayudaba a levantarse gimió:

—¡Dios santo...! Perdóname.

Una mascarilla de cristal se hizo añicos sobre la señora Claes, quien vio a su marido pálido, lívido, espantado.

—Querida, yo te había prohibido que vinieses aquí —dijo él, sentándose en el primer peldaño, abatido—. Los santos han evitado que murieses. ¿Por qué azar yo miraba fijamente la puerta? Ignoras que hemos podido morir.

—Y yo habría sido entonces muy feliz —respondió ella.

—Mi experimento se ha frustrado —prosiguió Baltasar—. Únicamente puedo perdonarte a ti el dolor que me produce tan cruel decepción. Quizá estaba ya cerca de descomponer el ázoe... Anda, vuelve a tus ocupaciones.

Baltasar regresó al laboratorio.

«Quizá estaba ya cerca de descomponer el ázoe», se dijo la pobre mujer volviendo a su habitación, donde se desahogó llorando.

Esta frase le resultaba ininteligible. Los hombres acostumbrados por su educación a comprenderlo todo, no saben lo horrible que es para una mujer no comprender el pensamiento del hombre a quien ama. Más indulgentes que nosotros, esas maravillosas criaturas no nos reprochan el ver que no entendemos el lenguaje de su alma; temen hacernos sentir la superioridad de sus sentimientos, y ocultan sus dolores con tanta alegría como callan sus desconocidos goces; pero, más ambiciosas en el amor que nosotros, quieren abarcar algo más que el corazón del hombre; quieren abarcar también todo su pensamiento. Para la señora Claes, el no saber nada de la ciencia a la que se consagraba su marido engendraba en su alma un despecho más violento que el que podía causarle la belleza de una rival. Una lucha de mujer a mujer deja en la que más ama la ventaja de amar mejor, pero ese despecho revelaba una importancia y humillaba los sentimientos que nos ayudan a vivir. Josefina la ignoraba. Se creaba, para ella, una situación en la que su ignorancia la separaba de su marido. En fin, como última tortura y la más viva, él vivía a menudo entre la vida y la muerte, corría peligros lejos de ella y cerca de ella, sin que ella los compartiera y sin que los sospechase. Como el infierno dantesco, era una prisión moral sin esperanza. La señora Claes quiso siquiera conocer los atractivos de esta ciencia y se puso a estudiar secretamente química en los libros. Esa familia vivió desde entonces como enclaustrada.

Tales fueron las sucesivas transiciones que la desgracia hizo que sufriese el hogar dé los Claes antes de llevarlo a la especie de muerte civil que le hiere en el momento

en que esta historia comienza.

La violenta situación se complicó. Como todas las mujeres apasionadas, la señora Claes era de un desinterés inaudito. Los que aman de verdad saben muy bien lo poco que significa el dinero al lado de los sentimientos y con cuánta dificultad se lo admite. Sin embargo, Josefina supo, no sin honda emoción, que su marido debía trescientos mil francos, hipotecados sobre sus propiedades. La autenticidad de los contratos sancionaba las inquietudes, los rumores y las conjeturas de la villa. La señora Claes, justamente alarmada, se vio obligada, no obstante su superior orgullo, a interrogar al notario de su marido, a confiarle el secreto de sus dolores o a dejárselos adivinar y a oír finalmente esta humillante pregunta:

—¿Cómo, todavía no os ha dicho nada el señor Claes?

Por fortuna, el notario de Baltasar era algo pariente suyo. El abuelo del señor Claes se había casado con una Pierquin de Amberes, de la misma familia que los Pierquin de Douai. Desde ese matrimonio, ellos, aunque extraños entre los Claes, los trataban como si fueran primos. Pierquin, joven de veintiséis años que acababa de suceder en la notaría a su padre, era la única persona que tenía acceso a la casa Claes. La señora Claes vivía desde hacía varios meses en tan total soledad, que el notario se vio obligado a confiarle la noticia del desastre que nadie de la villa ignoraba. Le dijo que probablemente su marido debía sumas considerables a la casa que le proporcionaba productos químicos. Después de informarse de la fortuna y la consideración que gozaba el señor Claes, esa casa aceptaba sus pedidos y hacía los envíos sin el menor recelo, a pesar de la importancia de los créditos.

La señora Claes encargó a Pierquin que pidiese la relación de las entregas que había recibido su esposo. Dos meses después los señores Protez y Chiffreville, fabricantes de productos químicos, enviaron una factura que subía a cien mil francos. La señora Claes y Pierquin la repasaron con creciente sorpresa. Si muchos artículos, expresados científicamente o comercialmente, les resultaban ininteligibles, se aterraron al ver cargadas en cuenta partidas de metales y de diamantes de todas clases, aunque en pequeñas cantidades. El total de la deuda se explicaba fácilmente por la multiplicidad de los artículos, por las precauciones que requería el transporte de ciertas sustancias o el envío de algunas delicadas máquinas; por el exorbitante precio de diversos productos que no se obtenían sino difícilmente, o que su rareza encarecía, y por el valor de los instrumentos de física o de química fabricados según las instrucciones del señor Claes. El notario, en interés de su primo, se había informado sobre los Protez y Chiffreville, y la probidad de estos negociantes debió tranquilizar en cuanto la moralidad de sus operaciones con el señor Claes, a quien además daban cuenta de los resultados obtenidos por químicos de París a fin de ahorrarle gastos.

La señora Claes rogó al notario que ocultara a la sociedad de Douai la naturaleza de esas adquisiciones que habrían tachado de locuras; pero Pierquin le respondió que para no debilitar la consideración de que gozaba Claes, ya había aplazado hasta el

último momento las obligaciones escrituradas que la importancia de las sumas prestadas en confianza por sus clientes habían finalmente necesitado. Reveló la existencia del mal, diciendo a su prima que si ella no encontraba el medio de impedir que su marido gastase tan locamente su fortuna, en seis meses los bienes patrimoniales estarían gravados con hipotecas que sobrepasarían su valor... En cuanto a él, añadió las observaciones que había hecho a su primo, con los miramientos debidos a un hombre tan justamente considerado, no habían ejercido la menor influencia. De una vez por todas, Baltasar le contestó que él trabajaba para la gloria y la fortuna de su familia.

Así, a todas las torturas del corazón que la señora Claes venía soportando desde hacía dos años, añadiéndose una a otra y aumentando el dolor del presente con todos los dolores pasados, se agregó un miedo horrible, incesante, viendo con espanto el porvenir. Las mujeres tienen presentimientos cuya exactitud es prodigiosa. ¿Por qué, en general, tiemblan más que esperan cuando se trata de los intereses de la vida? ¿Por qué sólo tienen fe en los grandes sentimientos del futuro religioso? ¿Por qué adivinan tan hábilmente las catástrofes de fortuna o las crisis de nuestros destinos? Quizá el sentimiento que las une al hombre que aman hace que sopesen admirablemente las fuerzas, que precisen las facultades, que conozcan los gustos, las pasiones, los vicios, las virtudes; el estudio perpetuo de estas causas, ante las cuales se encuentran continuamente, les presta sin duda el fatal poder de prever sus efectos en todas las situaciones posibles. Lo que ellas ven del presente les hace juzgar el futuro con un natural acierto explicado por la perfección de su sistema nervioso, el cual les permite captar los más leves diagnósticos del pensamiento y de los sentimientos. Todo en ellas vibra al unísono de las grandes conmociones morales. Ellas sienten, o ven. Entonces, aunque apartada de su marido desde hacía dos años, la señora Claes presentía la pérdida de su fortuna. Ella había apreciado el ardor reflexivo y la inalterable constancia de Baltasar, y si era verdad que trataba de hacer oro, debía arrojar con perfecta insensibilidad su último trozo de pan al crisol; pero ¿qué era lo que buscaba?

Hasta entonces el sentimiento maternal y el amor conyugal se habían confundido tan bien en el corazón de esta mujer que jamás sus hijos, igualmente queridos por ella y por su marido, se habían interpuesto entre ellos. Pero de pronto fue a veces más madre que esposa, aunque con mayor frecuencia fuese más esposa que madre. Y, sin embargo, por muy dispuesta que pudiera estar a sacrificar su fortuna y hasta la de sus hijos por la felicidad de quien la había escogido, amado, adorado, y para quien ella era aún la única mujer que existía en el mundo, los remordimientos que le causaba la debilidad de su amor maternal la sometían a horribles alternativas. Así, como mujer, sufría en su corazón; como madre, sufría en sus hijos, y, como cristiana, sufría por todos. Se callaba y aherrojaba esas crueles tempestades en su alma. Su marido, único árbitro de la suerte de su familia, era el dueño de regular a su antojo el destino; sólo tenía que rendir cuenta a Dios. Además, ¿podría ella reprocharle el empleo de su

fortuna tras el desinterés de que había dado tantas pruebas durante diez años de matrimonio? Pero su conciencia, de acuerdo con el sentimiento y las leyes, le decían que los padres eran los depositarios de la fortuna y no tenían el derecho de enajenar la felicidad material de sus hijos. No pudiendo resolver estas elevadas cuestiones, ella prefería cerrar los ojos, siguiendo la costumbre de las personas que se niegan a ver el abismo hasta cuyo fondo saben que han de rodar. Desde hacía seis meses su marido no le había dado dinero para el sostén de su casa, y ella hizo vender en París secretamente los ricos aderezos de diamantes que su hermano le había dado el día de su boda, y sometió el hogar a la más estricta economía. Despidió al ama que cuidaba de sus hijos, incluso a la nodriza de Juan. En otros tiempos, el lujo de los carruajes era ignorado por la burguesía, tan sencilla y humilde en sus costumbres y tan orgullosa en sus sentimientos; nada, pues, se había previsto en la casa Claes para aquella invención moderna; Baltasar se veía obligado a tener su cuadra y su cochera en una casa frente a la suya; sus ocupaciones no le permitían vigilar esa parte del hogar que concierne esencialmente a los hombres; la señora Claes suprimió el oneroso gasto de carruajes y de domésticos que su aislamiento hacía inútiles, y a pesar de la lógica de su proceder no intentó paliar sus reformas con pretextos. Hasta el presente, los hechos habían desmentido sus palabras, y para el futuro lo que mejor convenía era el silencio. El cambio de vida de los Claes no era reprehensible en un país que, como Holanda, considera al que lo gasta todo como un demente. Pero como su hija mayor, Margarita, iba a cumplir dieciséis años, Josefina quiso que contrajera una buena alianza, y la presentó en sociedad como correspondía a una muchacha emparentada con los Molina, con los Van Ostrom-Temnick y los Casa-Real. Poco antes del día en que empieza esta historia se había agotado el dinero de los diamantes. La señora Claes se vio de nuevo con Pierquin, quien la visitó y la acompañó hasta la iglesia de San Pedro, hablándole confidencialmente de su situación.

—Querida prima mía —le dijo—, yo no podría, sin faltar a la amistad que me une a vuestra familia, ocultaros el peligro en que estáis, y no rogaros que conferenciéis con vuestro marido. ¿Quién puede, si no sois vos, detenerle al borde del abismo hacia el que vais? Las rentas de los bienes hipotecados no bastan para pagar los intereses de las sumas prestadas; en la actualidad estáis sin ingreso alguno. Si talaseis los bosques que poseéis, sería despojaros de la única probabilidad de salvación que os queda para el futuro. Mi primo Baltasar debe en estos momentos treinta mil francos a la firma Protez y Chiffreville de París; ¿con qué pagaréis? ¿Con qué viviréis? ¿Y qué será de vosotros si Claes continúa pidiendo reactivos, hornos de vidrio, pilas de Volta y otros cachivaches? Vuestra fortuna, menos la casa y el mobiliario, se ha derrochado en gas y en carbón. Cuando se habló anteayer de hipotecar su casa, ¿sabéis cuál fue la respuesta de Claes: «¡Diablos!»? En tres años es la primera muestra de razón que ha dado.

La señora Claes oprimió dolorosamente el brazo de Pierquin, miró al cielo y dijo:
—Guardadnos el secreto.

A pesar de su piedad, la infeliz mujer, aniquilada ante unas palabras tan elocuentes, no pudo rezar, quedándose en su silla junto a sus hijos; abrió el breviario, pero no volvió una hoja; había caído en una contemplación tan agotadora como las meditaciones de su marido. El honor español y la probidad flamenca vibraban en su alma con una voz tan poderosa como la del órgano. La ruina de sus hijos estaba consumada. Entre ellos y el honor de su padre no podía dudar. La necesidad de una lucha entre ella y su marido la espantaba; él era, a sus ojos, tan grande, tan imponente, que la sola perspectiva de su cólera la agitaba lo mismo que la idea de la majestad divina. Iba, pues, a salir a aquella constante sumisión en la que había permanecido santamente como esposa. El interés de su hijos la obligaría a contrariar en sus gustos a un hombre que idolatraba. ¿No habría que someterle cuestiones positivas mientras él planeaba en las elevadas regiones de la ciencia, y conducirlo aunque fuese violentamente a un risueño porvenir para sumirle en lo que el materialismo presenta de más horrendo a los artistas y a los grandes hombres? Para ella, Baltasar Claes era un gigante de la ciencia, un hombre acorazado por la gloria; él sólo podía haberla olvidado por las más grandiosas esperanzas, y era tan profundamente sensato, hablaba con tanto talento sobre temas de todo género, que debía de ser sincero al decir que trabajaba para la gloria y la fortuna de su familia. El amor de ese hombre por su mujer y sus hijos no era únicamente inmenso; era infinito. Sus sentimientos no podían anularse; sin duda habían aumentado, reproduciéndose bajo otra forma. Y ella, tan noble y tan generosa y temerosa, ¿iba a hacerle oír incesantemente a su gran hombre la palabra dinero y el sonido del dinero, a mostrarle las úlceras de la miseria, a hacerle escuchar los clamores de la angustia, cuando él oía las melodiosas voces de la fama...? ¿No disminuiría acaso el cariño con que Baltasar la protegía? Si no hubiese tenido hijos habría abrazado audazmente y con júbilo el nuevo destino que le ofrecía su marido. Las mujeres criadas en la opulencia sienten pronto el vacío que cubren los goces materiales, y cuando su corazón más fatigado que mustio les ha proporcionado la felicidad que se consigue con un cambio constante de sentimientos verdaderos, no retroceden ante una existencia mediocre si esa existencia conviene al hombre de quien se saben queridas. Sus pensamientos y sus goces están sometidos a los caprichos de esa vida al margen de la suya; para ellas el único futuro temible es perderla.

En ese momento, pues, sus hijos separaban a Pepita de su verdadera vida, tanto como Baltasar Claes estaba separado de ella por la ciencia; así, cuando volvió de las vísperas y se dejó caer en un sillón, despidió a sus hijos reclamándoles el mayor silencio; luego mandó recado a su marido para que fuese a verla. Pero aunque Lemulquinier, el viejo ayuda de cámara, insistiese en arrancarle de su laboratorio, Baltasar Claes no le siguió: La señora Claes tuvo tiempo para reflexionar largamente sin pensar en la hora, ni en el tiempo, ni en el día. La angustia de deber treinta mil francos y no poderlos pagar reavivó los pasados tormentos, uniéndolos a los del presente y del futuro. El cúmulo de intereses, de sensaciones y de ideas la encontró

débil y lloró.

Cuando vio entrar a Baltasar, cuya expresión le pareció entonces más terrible, más absorbida, más extraviada de lo que jamás lo estuvo, y cuando él no le respondió, ella se quedó un instante desconcertada por la inmovilidad de su mirada blanca y vacía, por todos los pensamientos agotadores que fluían de su cansada frente. Bajo el golpe de esa impresión, deseó morir. Pero cuando oyó su apagada voz expresando un deseo científico en el momento en que a ella le temblaba el corazón, recobró su valor, y resolvió luchar contra la aterradora potencia que le había arrebatado a sus hijos un padre, a la casa una fortuna, a todos la felicidad. Sin embargo, no pudo reprimir el continuo temblor que la agitaba, pues nunca en su vida había vivido escena tan solemne. En aquel terrible momento ¿no se compendiaba virtualmente su futuro y no se resumía en él por entero el pasado?

Ahora, las personas débiles, las tímidas, o aquéllas a las cuales la fuerza de sus sentimientos agranda las menores dificultades de la vida; los seres de quienes se apodera un involuntario temblor ante los árbitros de su destino pueden concebir los millares de pensamientos que se atropellaron en la cabeza de esa mujer y los sentimientos cuyo peso estrujó su corazón cuando su marido se dirigió lentamente hacia la puerta del jardín.

III

EL ABSOLUTO

La mayoría de las mujeres conocen las angustias de la íntima deliberación contra la cual se debatió la señora Claes. Entonces, aquéllas cuyo corazón no ha conocido la menor violencia sino para informar a su marido de algún excedente de gastos o de deudas contraídas en la tienda de modas, comprenderán cuánto aumentan los latidos del corazón al tratarse de algo que afecta a la vida. Una mujer hermosa puede obtener el perdón arrojándose a los pies de su marido, y encontrar recursos en sus expresiones de dolor, mientras que el sentimiento de sus defectos físicos aumentaba aún los temores de la señora Claes. Así, cuando vio a Baltasar a punto de salir, su primer impulso fue el de precipitarse sobre él, pero un cruel pensamiento la contuvo. ¿Iba ella a enfrentarse con él...? ¿No había de parecer ridícula a un hombre que no hallándose ya sometido a las fascinaciones del amor, podría ver claro? Josefina habría renunciado a todo voluntariamente, hijos y fortuna, antes que anularse como mujer. Quiso descartar toda mala suerte en hora tan solemne y llamó con voz fuerte:

—¡Baltasar!

Él se volvió maquinalmente y tosió, pero sin prestar atención a su mujer, fue a escupir en una de esas cajitas que hay entre trecho y trecho junto al zócalo, como es habitual en la mayoría de los hogares belgas y holandeses. Ese hombre que no pensaba en nadie, no olvidaba nunca las escupideras, a tal punto era inveterada su costumbre. Para la pobre Josefina, incapaz de darse cuenta de esa extravagancia, el constante cuidado que su marido dedicaba al mobiliario le causaba siempre una inaudita angustia, pero en este momento fue tan violenta que consiguió irritarla, y exclamó con una acritud que reflejaba hasta dónde había herido sus sentimientos:

—¡Yo os estoy hablando, señor!

—¿Qué significa eso? —respondió Baltasar volviéndose rápido y dirigiendo a su mujer una mirada que pareció como si recobrase la vida y que fue para ella como un latigazo.

—Perdón, querido... —dijo ella palideciendo.

Quiso levantarse y tenderle la mano, pero careció de fuerzas para ponerse de pie.

—Me muero —dijo con voz ahogada por los sollozos.

Al oírla, Baltasar tuvo, como todas las personas distraídas, una viva reacción y adivinó, por decirlo así, el secreto de su crisis; en el acto cogió a su mujer, abrió la puerta que daba a la pequeña antesala y bajó tan rápidamente la vieja escalera de madera que, habiéndose enganchado el vestido de Josefina en una boca de las tarascas que adornaban las barandillas, un pedazo de ropa se rasgó con estrépito. Para abrirla, dio un puntapié a la puerta del vestíbulo común a sus aposentos, pero la

habitación de ella estaba cerrada.

Dejó suavemente a Josefina en una butaca diciéndole:

—Por Dios, ¿dónde está la llave?

—Gracias, querido —dijo la señora Claes abriendo los ojos—; es la primera vez en mucho tiempo que me he sentido tan cerca de tu corazón.

—¿Por qué está cerrada la puerta? —exclamó Claes—. ¿La llave? Esos criados.

Josefina le indicó con un ademán que cogiese la llave que ella tenía sujeta a una cinta que pendía de su bolsillo. Después de abrir la puerta, Baltasar dejó a su mujer sobre un diván y salió para impedir que subieran los criados alarmados por las voces; ordenó que sirvieran pronto la cena y volvió en seguida al lado de su mujer.

—¿Qué tienes, amor mío? —dijo sentándose a su lado y tomándole la mano que le besó.

—Ya no tengo nada —respondió ella—, ya no sufro. Sólo quisiera tener el poder de Dios para poner a tus pies todo el oro de la tierra.

—¿Por qué el oro? —preguntó él.

Y atrajo a su mujer hacia sí, la abrazó y le besó la frente.

—¿Acaso no me das mayores riquezas queriéndome como me quieres, querida y preciosa criatura? —le preguntó Claes.

—Oh, Baltasar mío... ¿Por qué no disiparás las angustias con que vivimos todos como ahuyentas con tu voz la pena de mi corazón? Pero ya veo que sigues siendo el mismo.

—¿De qué angustias hablas, querida?

—Estamos arrumados, amor mío.

—¿Arruinados? —repitió él.

Se sonrió, acarició la mano de su mujer teniéndola entre las suyas y dijo con dulce voz como hacía tiempo no se le había oído:

—Mañana, ángel mío, nuestra fortuna quizá no tendrá límites... Ayer, buscando secretos mucho más importantes, creo que encontré el medio de cristalizar el carbono, la substancia del diamante... Querida mía, dentro de algunos días me perdonarás mis distracciones. Parece que a veces estoy distraído. ¿No te he tratado bruscamente hace un momento? Sé indulgente para un hombre que nunca ha dejado de pensar en ti, cuyos trabajos están llenos de ti, de nosotros...

—No sigas, cállate... —respondió ella—. Hablaremos de todo eso esta noche, querido. Yo sufría de tanto dolor; ahora sufro de tanto placer.

—Muy bien —dijo él—; esta noche hablaremos. Si me absorbiese en alguna meditación, recuérdame esta promesa. Esta noche dejaré a un lado mis cálculos y mis trabajos y me embeberé en los goces de la familia, en los deleites del corazón; tengo, Pepita, tanta necesidad de ello; más aún, tengo sed...

—¿Me dirás qué es lo que buscas, Baltasar?

—Oh, mi pequeña niña...; si no comprenderías nada.

—¿Tú crees? Mira, querido, hace ya cuatro meses que estudio química para poder

hablar contigo. He leído a Fourcroy, a Lavoisier, Chaptal... Sé lo que dicen Nollet, Rouelle, Berthollet, Gay-Lussac, Spallanzani, Leuwenhoeck, Galvany, Volta..., y todos los libros que se refieren a la ciencia que adoras. Anda, puedes decirme tus secretos...

—Eres un ángel —exclamó Baltasar cayendo de rodillas ante su mujer y derramando lágrimas de enternecimiento que la hicieron estremecer—. Nos comprendemos en todo.

—Me arrojaría al fuego del infierno de tus hornos por oír esas palabras de tu boca y por verte así —dijo ella.

Al oír los pasos de su hija en la antecámara, corrió hacia ella.

—¿Qué quieres, Margarita? —le preguntó a su hija mayor.

—Madre, el señor Pierquin acaba de llegar. Si se queda a cenar, habrá que cambiar los manteles y...

La señora Claes se sacó del bolsillo el llavero y lo entregó a su hija señalándole los armarios de madera de la antesala, y le dijo:

—Disponlo tú misma... Puesto que mi querido Baltasar vuelve hoy a mí, déjalo sólo conmigo —agregó al entrar en su dormitorio y dando a su rostro una expresión de dulce malicia—. Ve a tu habitación, querido, y hazme el favor de vestirte, pues cena con nosotros Pierquin. Anda, quítate esa ropa llena de rotos. Mira estas manchas. ¿No es el ácido muriático o sulfúrico el que ha bordado de amarillo todos esos agujeros? Anda, rejuvenécete; te mandaré a Lemulquinier cuando me haya cambiado de vestido.

Baltasar quiso entrar en su habitación por la puerta que comunicaba entrambas, pero había olvidado que estaba cerrada de su lado, y salió por la antesala.

—Margarita, deja la lencería en un sillón y ven a vestirme; prefiero que lo hagas tú que Marta —dijo la señora Claes llamando a su hija.

Baltasar, al cruzar la antesala, cogió a Margarita y le acercó el rostro con expresión de júbilo, diciéndole:

—Hola, hijita; qué hermosa estás hoy con ese vestido de muselina y tu cinturón rosa.

Después la besó en la frente y le estrechó la mano.

—¡Mamá, papá acaba de besarme! —dijo Margarita entrando en la habitación de su madre—. Parece muy contento, muy feliz...

—Querida hija, vuestro padre es un gran hombre; hace ya tres años que trabaja para la gloria y la fortuna de su familia, y cree que ha alcanzado la meta de sus investigaciones. Este día debe ser para nosotros una hermosa fiesta...

—Mi querida mamá —respondió Margarita—, nuestros criados andaban tan mustios al verle tan ceñudo, que no seremos las únicas en esa alegría... Poneos otro ceñidor; ése ya está muy gastado...

—Bueno, pero démonos prisa; quiero ir a hablar con Pierquin. ¿Dónde está?

—En el locutorio, jugando con Juan.

—¿Y Gabriel y Felicia?

—Los oigo en el jardín.

—Bien, baja en seguida; vigila que no cojan tulipanes, pues vuestro padre todavía no ha visto los de este año y quizá quiera verlos después de comer. Dile a Lemulquinier que le suba a vuestro padre lo que necesite.

Cuando salió Margarita, la señora Claes observó a sus hijos desde una de las ventanas de su habitación que daban al jardín, y les vio contemplando uno de esos insectos de alas verdes, relucientes y moteados de oro, vulgarmente llamados costureras.

—Sed juiciosos, queridos —les dijo subiendo un poco la cristalera para ventilar su habitación.

Después llamó suavemente a la puerta de comunicación para asegurarse de que su marido no había recaído en alguna distracción. Al abrir él, ella le dijo con tono jocoso al verle desvestido:

—No me dejarás mucho tiempo sola con Pierquin, ¿verdad? Ven pronto.

Se sintió tan ágil para bajar que al oírla, un extraño no habría creído que se tratase de una mujer que cojeaba.

—El señor, al subir a la señora —le dijo el ayuda de cámara con quien se cruzó en la escalera—, le ha roto el vestido...; pero también ha roto la mandíbula de esta figura, y no sé quién la podrá arreglar.

—Bah, mi pobre Lemulquinier, no la hagas reparar; no es ninguna desgracia —respondió ella.

«¿Qué tiene que ocurrir para que no sea un desastre?, se preguntó Lemulquinier. ¿Habrá encontrado “el absoluto” el amo?».

—Buenas tardes, señor Pierquin —dijo la señora Claes abriendo la puerta del locutorio.

El notario se adelantó para ofrecer el brazo a su prima, pero ella no aceptaba nunca otro que no fuese el de su marido; agradeció a su primo con una sonrisa y le dijo:

—¿Venís quizá por los treinta mil francos?

—Sí, señora; al volver a casa, he recibido una notificación de Protez y Chifreville; han girado sobre el señor Claes seis letras de cambio de cinco mil francos cada una.

—Bien, hoy no le digáis nada de eso a Baltasar —respondió ella—. Cenad con nosotros. Si por casualidad os pregunta a qué habéis venido, hallad algún plausible pretexto; os lo ruego. Dadme la notificación; yo misma le hablaré del asunto... Todo va bien —prosiguió al ver el asombro del notario—. Dentro de algunos meses mi marido reembolsará probablemente las sumas prestadas.

Mientras escuchaba estas palabras dichas en voz baja, el notario vio a la señorita Claes volviendo del jardín, seguida de Gabriel y de Felicia, y dijo:

—Nunca vi a Margarita tan hermosa como hoy.

La señora Claes, que se había sentado en su butacón y tenía en las rodillas al pequeño Juan, miró a su hija y al notario afectando un aire indiferente.

Pierquin era de mediana estatura, ni grueso ni flaco, de rostro vulgarmente agraciado y que expresaba una tristeza más dolorosa que melancólica, una abstracción imprecisa más que pensativa; pasaba por misántropo, pero era demasiado interesado, demasiado buen gastrónomo para que su divorcio del mundo fuese real. Su mirada habitualmente perdida en el vacío y su actitud indiferente y su afectado silencio parecían obedecer a una íntima inquietud, pero en realidad encubrían la vacuidad y la nulidad de un notario exclusivamente ocupado en intereses humanos, aunque todavía era lo bastante joven para ser envidioso. Emparentar con la casa Claes habría sido para él causa de una dedicación sin límites de no haber tenido en el fondo algún sentimiento de avaricia. Se hacía el generoso, pero sabía contar. Así, sin llegar a explicarse a sí mismo los cambios en que incurría, sus atenciones fueron tajantes, duras y ásperas, como lo son en general las de las gentes de negocios, cuando creyó que Claes estaba arruinado; pero eran afectuosas, suaves y casi serviles cuando sospechaba algún feliz resultado en los trabajos de su primo. Tan pronto veía en Margarita Claes una infanta a la cual era imposible que se le acercase un simple notario de provincia, como después la consideraba una pobre muchacha rabiosamente feliz por que él se dignara convertirla en su esposa. Era un provinciano, y flamenco sin malicia, no carecía, sin embargo, de lealtad ni de bondad; pero tenía un ingenuo egoísmo que dejaba incompletas sus cualidades, y ridiculeces que estropeaban su personalidad.

En aquel momento la señora Claes se acordó del escueto tono con que el notario le habló en el pórtico de la iglesia de San Pedro, y observó la alteración que su respuesta acababa de producirle; adivinó el fondo de sus pensamientos, y con mirada perspicaz intentó leer en el alma de su hija para saber si pensaba en su primo, pero no vio en ella sino una absoluta indiferencia. Después de unos instantes, durante los cuales la conversación giró en torno a los rumores de la villa, el dueño de la casa bajó de su habitación, donde desde hacía un momento su mujer oía con la mayor alegría el crujir de sus botas en el entarimado. Su andar, parecido al de un hombre joven y ágil, anunciaba una completa metamorfosis, y la emoción que su presencia despertaba en la señora Claes fue tan viva que apenas pudo contener un estremecimiento cuando él bajaba por la escalera. No tardó en aparecer Baltasar con el vestido que entonces imponía la moda. Llevaba botas enterizas bien lustradas que dejaban ver la extremidad superior de una media de seda blanca, un pantalón de casimir azul con botones de oro, chaleco blanco floreado y frac azul. Se había afeitado, peinado y perfumado el cabello, cortado las uñas y lavado las manos con tanto esmero que era casi irreconocible para los que antes lo habían visto. En vez de un viejo casi desvariado, sus hijos, su mujer y el notario veían a un hombre que aparentaba cuarenta años y cuyo rostro afable y cortés seducía. Hasta la fatiga y los sufrimientos que revelaban la delgadez de los contornos y la adherencia de la piel a los huesos

tenían cierta gracia.

—¿Qué tal os va, Pierquin? —preguntó Baltasar Claes.

Otra vez padre y marido, el químico cogió al pequeño de las rodillas de su madre y lo alzó al aire, haciéndole bajar y subir alternativamente.

—Ved al pequeñajo —dijo al notario—. ¿No os entran deseos de casaros viendo una criatura tan bonita? Creedme, querido, los goces de la familia consuelan de todo.

—¡Brr...! —hacía levantando al niño—. ¡Pum! —después al dejarlo en el suelo, repetía—: ¡Brr! ¡Pum!

El chiquillo se reía nerviosamente al ver que igual estaba cerca del techo que del suelo. La madre desvió la mirada para no traicionar la emoción que le causaba un juego tan sencillo en apariencia y que para ella era una revolución doméstica.

—Vamos a ver cómo andas —dijo Baltasar, dejando a su hijo solo en el suelo y yendo él a sentarse en un butacón.

El niño corrió hacia su padre, atraído por el brillo de los botones de oro que le ataban el pantalón con el extremo de las botas.

—Eres un picaruelo —dijo el padre abrazándole—. Eres un Claes, caminas derecho... Bueno, Gabriel, ¿cómo sigue el padre Morillon? —le preguntó a su hijo mayor, cogiéndole de una oreja y retorciéndosela con cariño—. ¿Te defiendes valientemente contra los temas y versiones? ¿Les hincas bien el diente a las matemáticas?

Luego Baltasar se levantó, se acercó a Pierquin y le dijo con la afectuosa cortesía que le caracterizaba:

—Querido, ¿tenéis tal vez algo que consultarme? —Y cogiéndolo del brazo se lo llevó al jardín, añadiendo—. Venid a ver mis tulipanes...

La señora Claes observó a su marido mientras salía, y no pudo reprimir su alegría viéndole tan joven, tan afable, tan bien en todos los aspectos; y se levantó y cogió por la cintura a su hija y la besó diciéndole:

—Hacía mucho tiempo que no había visto a padre tan amable —respondió ella.

Lemulquinier anunció que la cena estaba servida. Para evitar que Pierquin le ofreciese el brazo, la señora Claes tomó el de Baltasar, y todos pasaron al comedor.

Esta estancia, cuyo techo se componía de vigas destacadas y enriquecidas con pinturas que se repasaban cada año, estaba provista de elevados aparadores de roble en cuyos estantes había las más curiosas piezas de la vajilla patrimonial. Las paredes estaban tapizadas de un cuero violeta en el que aparecían impresos en trazos de oro temas de caza. En los aparadores, y aquí y allá, había cuidadosamente dispuestas plumas de aves exóticas y raras conchas. Las sillas no se habían cambiado desde el comienzo del siglo XVI y tenían los barrotes torneados y el breve respaldo guarnecido de un tejido a franjas cuya moda se extendió tanto y que Rafael ilustró en su cuadro llamado la *Virgen de la silla*. La madera se había ennegrecido, pero los dorados clavos relucían como si fuesen nuevos, y los tejidos, esmeradamente renovados, eran de un admirable color granate. Flandes revivía allí por entero con sus innovaciones

españolas.

Sobre la mesa, las garrafas y los frascos tenían ese perfil respetable que les daban las redondeadas panzas del modelo antiguo. Los vasos eran esos clásicos vasos de pie alto que se ven en los cuadros de la escuela holandesa o flamenca. La vajilla, de loza y ornada de figuras coloreadas a la manera de Bernardo Palissy, procedía de la manufactura inglesa de Wedgwood. La platería era maciza, de lados cuadrados y relieves; verdadera platería de familia cuyas piezas, todas distintamente cinceladas de moda y de forma, atestiguaban los comienzos del bienestar y los progresos de la fortuna de los Claes. Las servilletas tenían franjas según la moda netamente española. En cuanto a la mantelería, es de pensar que en los Claes su honrilla era que fuese la mejor. Ese servicio y la cubertería eran de uso diario. La casa delantera, donde se daban las fiestas, tenía su lujo particular, cuyas maravillas, reservadas para los días de gala, les imprimían esa solemnidad que se pierde cuando las cosas van empequeñeciéndose por un excesivo uso. En la parte posterior todo estaba marcado con el sello de una sencillez patriarcal. Y afuera, delicioso detalle, una parra crecía a lo largo de las ventanas enmarcadas de pámpanos por todas partes.

—Seguís fiel a las tradiciones, señora —dijo Pierquin recibiendo un plato de esa sopa de tomillo en que las cocineras flamencas u holandesas ponen albondiguillas mezcladas con rodajitas de pan tostado—. Es el potaje dominical de rigor en casa de nuestros padres. Vuestra casa y la de mi tío Des Raquets son las únicas donde aun se come esta sopa, histórica en los Países Bajos... Ah, perdón; el viejo Savaron de Savarus la hace aún servir orgullosamente en su casa, en Tournai, pero en todas las demás partes el antiguo Flandes se va... Ahora los muebles se fabrican a la griega, no viéndose sino cascós, escudos, lanzas y arcos. Todos reconstruyen su casa, venden los antiguos muebles, funden su platería o la cambian por porcelana de Sevres, que no vale lo que vale la tradicional de Sajonia ni la oriental. ¡Oh, yo soy flamenco con toda el alma! Y así mi corazón sangra al ver a los caldereros comprar a precio de madera o de metal nuestros bellos muebles con incrustaciones de cobre o de estaño. Pero el estado social quiere cambiar de piel, creo. Y hasta los procedimientos del arte se pierden. Cuando todo se hace con prisas, nada se ejecuta concienzudamente. Cuando mi último viaje a París, me llevaron a ver las pinturas expuestas en el Louvre. Palabra de honor que son como telones esos lienzos sin aire, sin profundidad, sobre los cuales los pintores temen poner color. Y quieren, según se dice, derribar nuestra vieja escuela... ¡Bah, qué pretensión...!

—Nuestros antiguos pintores —respondió Baltasar— estudiaban las diversas combinaciones de la resistencia de los colores sometiéndolos a la acción del sol y de la lluvia. Pero tenéis razón: hoy los recursos materiales del arte son menos cultivados que nunca.

La señora Claes no escuchaba la conversación. Al oírle decir al notario que estaban de moda los servicios de porcelana, en el acto pensó en la luminosa idea de vender la pesada platería procedente de la herencia de su hermano, esperando poder

liquidar con su beneficio la deuda de treinta mil francos de su marido.

—Vaya, vaya... —dijo Baltasar al notario, cuando se unió a la conversación la señora Claes—. Entonces, en Douai ¿se ocupan de mis trabajos?

—Sí —respondió Pierquin—; toda la gente se pregunta en qué podéis gastar tanto dinero. Ayer le oí al primer presidente lamentarse de que un hombre de vuestra calidad busque la piedra filosofal. Entonces me permití responder que sois altamente instruido como para no saber que eso sería enfrentarse con lo imposible, demasiado cristiano para creer que venceríais a Dios, y, como todos los Claes, demasiado calculador para trocar vuestro dinero por los polvos de la madre celestina. Sin embargo, quiero confesaros que he compartido el pesar que le causa vuestro retiro a la sociedad. Vos ya no sois verdaderamente de la ciudad. En verdad, señora, os habría encantado haber podido oír los elogios que todo el mundo se complació en hacer de vos y de vuestro esposo.

—Habéis obrado como un buen pariente al rebatir imputaciones cuyo menor mal sería el ponerme en ridículo —respondió Baltasar—. La gente de Douai me cree arruinado... Pues bien, querido Pierquin, dentro de dos meses daré, para celebrar el aniversario de nuestra boda, una fiesta cuya magnificencia me devolverá la estimación que nuestros caros compatriotas conceden a los escudos.

La señora Claes enrojeció intensamente. Desde hacía dos años que el aniversario se había olvidado. Semejante a esos locos que tienen momentos en que sus facultades brillan con inusitado esplendor, nunca había estado Baltasar tan espiritual en su cariño. Todo fueron atenciones para sus hijos, y su conversación tuvo una gracia seductora por su espíritu y su oportunidad. Ese retorno a la paternidad, ausente desde hacía tanto tiempo, era ciertamente la más hermosa fiesta que podía ofrecer a su mujer, para quien su palabra y su mirada habían recuperado aquella constante simpatía expresiva que se siente de corazón a corazón y que demuestra una deliciosa identidad de sentimientos.

El viejo Lemulquinier parecía que hubiese rejuvenecido, e iba y venía con un alborozo insólito, causado por el cumplimiento de sus secretas esperanzas. El cambio tan repentinamente operado en las maneras de su amo era aún más significativo para él que para la señora Claes. Allí donde la familia veía la felicidad, el ayuda de cámara veía una fortuna. Al ayudar a Baltasar en sus manipulaciones se había identificado con su locura. Bien fuese porque había captado el alcance de sus investigaciones en las explicaciones que se le escapaban al químico cuando la meta retrocedía ante sus manos, o fuese porque la innata inclinación del hombre a la imitación le hubiese hecho adoptar las ideas de aquel junto al cual vivía, Lemulquinier había concebido por su amo un sentimiento supersticioso mezclado de terror, de admiración y egoísmo. El laboratorio era para él lo que es para el pueblo un despacho de lotería, la esperanza organizada. Cada noche se acostaba diciéndose: «Mañana quizá nadaremos en oro...». Y al día siguiente se despertaba con una fe tan viva como la víspera. Su apellido indicaba un origen netamente flamenco. En los viejos tiempos a la gente del

pueblo se la conocía por un apodo sacado de su profesión, de su país, de su conformación física o de sus cualidades morales. Y ese apodo se convertía en el nombre de la familia burguesa que fundaban con su manumisión. En Flandes, los comerciantes de hilo de lino se llamaban *mulquiniers*, y ésta era sin duda la profesión del hombre que entre los antepasados del viejo criado pasó del estado de siervo al de burgués, hasta que infortunios desconocidos redujeron al nieto a su primitivo estado de siervo asalariado. La historia de Flandes, de su hijo y de su comercio se resumían, pues, en ese viejo criado, llamado a menudo, por eufonía, *Mulquinier*.

Su carácter y su fisonomía no estaban faltos de originalidad. Su rostro de forma triangular era ancho, largo y salpicado por las huellas de una viruela que le dejó una rara apariencia al dejarle una multitud de estrías blancas y brillantes. Flaco y de elevada estatura, tenía el andar grave y misterioso. Sus ojillos anaranjados, como la peluca amarilla y lisa que llevaba, sólo miraban de soslayo. Su exterior estaba de acuerdo con el sentimiento de curiosidad que provocaba. Su calidad de preparador iniciado en los secretos de su amo, sobre cuyos trabajos guardaba silencio, le daban cierto interés. Los vecinos de la calle de París le miraban pasar con una curiosidad mezclada de temor, pues tenía respuestas sibilinas y siempre prometedoras de tesoros. Orgulloso por ser necesario a su amo, ejercía sobre sus compañeros de servicio una especie de autoridad impertinente, de la que se aprovechaba para obtener concesiones que le hacían un poco dueño de la casa. A la inversa de los criados flamencos, los cuales son sumamente afectos a la casa, él no tenía apego más que por Baltasar. Si afligía algún pesar a la señora Claes, como si acontecía algún favorable suceso a la familia, él comía su pan con manteca y bebía su cerveza con la misma flema.

Al terminar la cena, la señora Claes propuso tomar el café en el jardín, ante la mata de tulipanes que adornaba el centro. Las macetas de los tulipanes, cuyos nombres se leían grabados en pizarras, estaban enterradas y dispuestas de manera que se formasen una pirámide en cuya cúspide había un ejemplar boca-de-dragón que sólo poseía Baltasar. Esa flor, llamada *tulipa Claesiana*, reunía los siete colores, y sus largas escotaduras parecían doradas en los bordes. El padre Baltasar, que había rehusado muchas veces diez mil florines por ese ejemplar, adoptaba tan grandes precauciones para que no pudieran robarle una sola semilla, que lo guardaba en el locutorio y se pasaba a menudo días enteros contemplándolo. El tallo era enorme, erecto, firme, de un verdor admirable; las proporciones estaban en armonía con el cáliz, cuyos colores se distinguían por esa brillantez que en un tiempo dio tanto precio a esas fastuosas flores.

—Hay aquí unos treinta o cuarenta mil francos en tulipanes —dijo el notario—, mirando alternativamente a su prima y la mata de mil colores.

La señora Claes estaba demasiado entusiasmada por el aspecto de las flores que el sol poniente hacía que pareciesen preciosas, para captar bien el sentido de la observación notarial.

—¿Para qué sirve eso? —prosiguió el notario dirigiéndose a Baltasar—.

Deberíais venderlas.

—¿Por qué? ¿Acaso tengo necesidad de dinero? —respondió Claes con el ademán del hombre a quien cuarenta mil francos suponen poca cosa.

Hubo un momento de silencio durante el cual los hijos lanzaron diversas exclamaciones:

—Mira, mamá, aquella...

—Oh, ésa sí que es preciosa...

—¿Cómo se llama ésa?

—¡Qué abismo para la razón humana! —exclamó Baltasar alzando las manos y uniéndolas con desesperado ademán—. Una combinación de hidrógeno y oxígeno hace surgir por sus diferentes dosificaciones, en un mismo ambiente y de un mismo principio, esos colores que constituyen cada uno un resultado diferente.

Su mujer entendió bien los términos de esta proposición, pero fue demasiado rápidamente anunciada para que la concibiera por entero. Baltasar pensó que ella había estudiado su ciencia favorita, y le dijo, haciéndole una misteriosa seña:

—Aunque lo comprendieses, no sabrías aún lo que yo quiero decir...

Y pareció recaer en una de aquellas meditaciones que le eran habituales.

—Lo creo —dijo Pierquin, cogiendo la taza de café que le sirvió Margarita—. «Ahuyentad al natural, que volverá al galope» —añadió en voz baja y dirigiéndose a la señora Claes—. Aunque tuvierais la bondad de hablarle vos misma, ni el diablo le sacaría de su contemplación. Así seguirá hasta mañana.

Entonces se despidió de Claes, quien fingió no oírle; besó al pequeño Juan, a quien su madre tenía en brazos, y, después de un respetuoso saludo, se retiró. Cuando se oyó cerrarse la puerta de entrada, Baltasar tomó a su mujer del talle y desvaneció la inquietud que podía procurarle su fingida abstracción, diciéndole al oído:

—Yo sabía cómo hacerlo para que se fuese.

La señora Claes miró a su marido sin que se sonrojase por las lágrimas que le empañaban los ojos; ¡eran tan dulces...! Luego apoyó la frente en el hombro de Baltasar, dejando en el suelo al pequeño Juan.

—Volvamos al locutorio —dijo ella después de una pausa.

Durante la velada, Baltasar derrochó una alegría casi loca; inventó mil juegos para los niños, y jugó tanto con ellos que no se dio cuenta de dos o tres ausencias de su mujer. Hacia las nueve y media, una vez acostado el pequeño y después que la hija mayor volvió al locutorio tras haber ayudado a su hermana Alicia a desnudarse, Margarita encontró a su madre sentada en su butaca y a su padre hablando con ella y teniéndole cogida una mano. Temió interrumpir a sus padres y quiso retirarse sin hablarles, pero la señora Claes lo advirtió y le dijo:

—Ven, Margarita; ven aquí, querida.

Seguidamente la atrajo hacia sí y la besó piadosamente en la frente, añadiendo:

—Lleva tu libro a tu habitación, y acuéstate pronto.

—Buenas noches, Margarita —añadió Baltasar.

Margarita besó a su padre y se fue. Claes y su mujer permanecieron durante algunos momentos solos, ocupados en contemplar las últimas tonalidades del crepúsculo que morían entre el ramaje del jardín, oscuro ya, y cuyos escorzos apenas se veían. Cuando fue de noche, Baltasar dijo a su mujer con voz emocionada:

—Subamos...

Mucho antes de que las costumbres inglesas hiciesen de la habitación de una mujer un lugar sagrado, la de una flamenca era impenetrable. Las buenas amas de casa de este país no lo entendían como un alarde de virtud, sino como un hábito contraído en la infancia, una superstición doméstica que convertía un dormitorio en un delicioso santuario donde se respiraban los más tiernos sentimientos, donde lo simple se unía a cuanto la vida social tiene de más dulce y respetable. En la posición particular en que se encontraba la señora Claes, toda mujer había querido reunir alrededor suyo las cosas más elegantes, pero ella lo había hecho con un gusto exquisito, sabiendo la influencia que ejerce sobre los sentimientos el aspecto de lo que nos rodea. En una criatura bella, habría supuesto lujo; en ella era una necesidad. Había comprendido el alcance de estas palabras: «La belleza se compone», máxima que dirigía todas las acciones de la primera mujer de Napoleón y que a menudo la falseaba, mientras que en la señora Claes era siempre natural y auténtica.

Aunque Baltasar conociera bien la habitación de su mujer, su olvido de las cosas materiales de la vida había sido tan completo que al entrar en ella sintió dulces escalofríos, como si la viese por primera vez. La fastuosa alegría de una mujer triunfante resplandecía en los espléndidos colores de los tulipanes que salían del largo cuello de los grandes jarrones de porcelana china, hábilmente dispuestos, y en la profusión de luces, cuyos efectos sólo podían compararse al restallar de los más jubilosos festejos. El resplandor de las bujías prestaba un armonioso destello a los tejidos de seda gris cuya monotonía matizaba los reflejos del oro sobriamente distribuido sobre algunos objetos y las variadas tonalidades de las flores que parecían garrillas de pedrería. El secreto de estos preparativos era él, siempre él... Josefina no podía decir más elocuentemente a Baltasar que él era el principio constante de sus alegrías y de sus dolores. El aspecto de aquella habitación dejaba el alma en un delicioso estado y ahuyentaba cualquier pensamiento triste para sólo dejar el sentimiento de una dicha pura. El tejido de la tapicería comprada en China exhalaba ese suave aroma que invade el cuerpo sin fatigarlo. Finalmente, las cortinas cuidadosamente corridas revelaban un deseo de soledad, una celosa intención de conservar los menores sonos de la palabra, y de encerrar allí las miradas del esposo reconquistado.

Embellecida con su bella cabellera negra perfectamente lisa y que caía de cada lado de su frente como las alas de un cuervo, la señora Claes, envuelta en una bata que le subía hasta el cuello y en la que se destacaba una esclavina adosada al encaje, corrió también el cortinaje de la puerta para que no llegase ruido alguno del exterior. Desde allí, Josefina dirigió a su marido una de esas sonrisas con que una mujer

espiritual cuya alma embellece el rostro expresa irresistibles esperanzas. El mayor encanto de una mujer consiste en una constante llamada a la generosidad del hombre, en una graciosa declaración de debilidad que le enorgullece a él y le despierta los más magníficos sentimientos. ¿No refleja mágicas seducciones la confesión de la debilidad? Cuando los aros del cortinaje se deslizaron sordamente por el travesaño de madera, volvióse hacia su marido, pareció que quería disimular en aquel momento sus defectos físicos apoyando la mano en una silla para avanzar con gracia. Era como una llamada. Baltasar, embebido durante unos instantes en la contemplación de aquel rostro oliváceo que se destacaba sobre el fondo gris, atrayendo y satisfaciendo la mirada, se levantó para coger a su mujer y llevarla al sofá. Era lo que ella quería.

—Me has prometido —dijo ella tomándole una mano que oprimió entre las suyas— iniciarme en el secreto de tus investigaciones. Convendrás, querido mío, que soy digna de saberlo cuando he tenido el valor de estudiar una ciencia condenada por la Iglesia, pero quería comprenderte. Soy curiosa, no me ocultes nada. Cuéntame por qué razón una mañana cualquiera te despiertas inquieto cuando la noche anterior te he dejado tan contento y feliz...

—¿Es para oír hablar de química que te has vestido con tanta coquetería?

—Óyeme, amor mío: ¿no es para mí el mayor de los placeres recibir una confianza que me hace penetrar más en tu corazón? ¿No es una fusión de las almas lo que comprende y engendra todas las felicidades de la vida? Tu amor vuelve a mí puro y entero, y quiero saber qué idea ha sido tan poderosa como para privarme de él durante tanto tiempo. Sí, tengo más celos de un pensamiento que de todas las mujeres juntas. El amor es inmenso, pero no es infinito, mientras que la ciencia tiene profundidades sin límites a las que yo no podría verte ir solo. Detesto todo lo que pueda interponerse entre nosotros. Si consigues la gloria tras la cual corres, yo sería desgraciada. ¿No te concedería los mayores goces? Yo sola, señor, debo ser la causa de vuestros placeres.

—No, no es una idea, ángel mío, lo que me ha lanzado por esa hermosa senda, sino un hombre.

—¿Un hombre? —exclamó ella con terror.

—¿Te acuerdas, Pepita, del oficial polaco que alojamos en esta casa en el año 1809?

—¿Que si me acuerdo? —respondió ella—. A menudo me he impacientado de que mi memoria me hiciese volver a ver con frecuencia sus ojos semejantes a gotas de fuego, los surcos sobre sus cejas, donde se veían los encendidos carbones del infierno; su ancho cráneo sin pelo, el bigote rígido, el rostro anguloso, torturado... ¡Y qué espantosa calma en su andar...! Si hubiese encontrado una habitación en cualquier albergue, seguro que no habría dormido aquí...

—Ese gentilhomme polaco se llamaba Adán de Wierzchownia —prosiguió Baltasar—. Cuando nos dejaste por la noche solos en el locutorio, nos pusimos a hablar por casualidad de químicas. Privado por la pulcreza del estudio de esa ciencia,

se hizo soldado. Creo que fue con motivo de un vaso de agua azucarada que nos reconocimos como sus adeptos. Cuando dije a Lemulquinier que trajese azúcar en terrones, el capitán hizo un gesto de sorpresa. «¿Habéis estudiado química?», me preguntó. «Con Lavoisier», le respondí. «Ah, qué feliz sois por ser libre y rico!», exclamó. Y de su pecho brotó uno de esos suspiros que revelan un infierno de dolor oculto bajo un cráneo o encerrado en un corazón; fue algo tan ardiente, tan concentrado, que la palabra no puede expresarlo. Acabó su pensamiento con una mirada que me heló. Tras una pausa, me dijo que, casi muerta Polonia, se había refugiado en Suecia. Allí buscó consuelos en el estudio de la química, por la cual había sentido siempre una irresistible vocación. «Pues bien, añadió, veo que habéis reconocido, lo mismo que yo, que la goma arábiga, el azúcar y el almidón convertidos en polvo dan una sustancia absolutamente parecida, y en el análisis un mismo resultado *cualitativo*».

Hizo aún una pausa, y, después de observarme con una escrutadora mirada, me dijo confidencialmente solemnes palabras cuyo sentido general, todavía hoy, ha quedado sólo en mi memoria, pero las acompañó un timbre de tan cálidas inflexiones y tal fuerza e intensidad en el gesto que me removieron las entrañas y me sacudieron lo mismo que un martillo golpea el hierro en un yunque.

Aquí tienes resumidos sus razonamientos, los cuales fueron para mí la brasa que Dios puso sobre la lengua de Isaías, pues mis estudios con Lavoisier me permitían apreciar todo su alcance:

—Señor —me dijo—, la puridad de esas tres sustancias, en apariencia tan distintas, me ha llevado a pensar que todas las producciones de la tierra debían de tener un mismo principio. Los trabajos de la química moderna han demostrado la verdad de esta ley en la parte más considerable de los efectos naturales. La química divide la creación en dos partes distintas: la naturaleza orgánica y la inorgánica. Comprendiendo todas las creaciones vegetales o animales en las que se muestra una organización más o menos perfeccionada, o, para ser más exactos, una mayor o menor movilidad que determina un grado más o menos elevado de sensibilidad, la naturaleza orgánica es ciertamente la parte de mayor importancia de nuestro mundo. Ahora bien, si análisis ha reducido todos los productos de esta naturaleza a cuatro cuerpos simples, que son tres gaseosos: el nitrógeno, el hidrógeno y el oxígeno; y otro cuerpo simple, no metálico y sólido, el carbono. Por el contrario, la naturaleza inorgánica, tan poco variada, desprovista de movimiento y de sensibilidad, y a la cual se puede rehusar el don de crecimiento que le ha otorgado Linneo, cuenta con cincuenta y tres cuerpos simples cuyas diferentes combinaciones forman todos sus productos. ¿Es probable que los medios sean más numerosos allá donde se dan menos resultados? Así, la opinión de mi antiguo maestro es que esos cincuenta y tres cuerpos tienen un principio común, modificado en otro tiempo por la acción de una potencia extinguida hoy, pero que el genio humano tiene que hacer revivir. Pues bien, suponeos por un momento que la actividad de esta potencia sea reavivada, y

tendríamos una química imitaría. Las naturalezas orgánica e inorgánica se basarían probablemente en cuatro principios, y, si llegásemos a descomponer el ázoe, que debemos considerar como una negación, ya sólo tendríamos tres. Estamos ya cerca del gran Ternario de los antiguos y de los alquimistas de la Edad Media, del que nos burlamos erradamente. La química moderna no es aún sino eso. Es mucho y es poco. Es mucho, puesto que la química se ha acostumbrado a no retroceder ante ninguna dificultad, y es poco, en comparación a lo que queda por hacer. ¡Mucho ha servido el azar a esta hermosa ciencia! Así, esa lágrima de carbono puro cristalizado, el diamante, ¿no parecía la última sustancia que fuera posible crear? Los antiguos alquimistas, que creían descomponible el oro, y consecuentemente factible, retrocedían ante la idea de producir el diamante; sin embargo, nosotros hemos descubierto la naturaleza y la ley de su composición.

«Yo —añadió él— he ido más lejos. Una experiencia me ha demostrado que el misterioso Ternario que preocupa desde tiempo inmemorial no se encontrará en los análisis actuales, faltos de dirección hacia, un punto fijo. He aquí una experiencia. Sembrad pepitas de berro (por tomar una sustancia entre las de la naturaleza orgánica) en la flor de azufre (por tomar igualmente un cuerpo simple). Regad las semillas con agua destilada para no dejar penetrar en los productos de la germinación ningún principio que no sea cierto. Las semillas germinan, brotan en un ambiente conocido, no alimentándose sino de los principios conocidos por el análisis. Cortad en varias radicaciones el tallo de las plantas, a fin de procuraros una cantidad suficiente para obtener algunos puñados de cenizas quemándolos, para poder operar así sobre una conveniente masa. Pues bien, al analizar las cenizas, hallaréis ácido silícico, alúmina, fosfato y carbonato cálcico, carbonato magnésico, sulfato, carbonato potásico y óxido férrico, como si el berro hubiese brotado de un terreno al borde del agua. Sin embargo, esas sustancias no existían ni en el azufre, cuerpo simple que servía de suelo a la planta; ni en el agua empleada en regarla, y cuya composición es conocida; pero como tampoco se hallan en la semilla, no podemos explicarnos su existencia en la planta sino suponiendo un elemento común a los cuerpos contenidos en el berro y a los que han servido de medio. Así el aire, el agua destilada, la flor de azufre y las sustancias que da el análisis del berro, es decir, la potasa, la cal, el magnesio, la alúmina, etc., tendrían un principio común errando en la atmósfera, tal como la ha hecho el sol. De esta irrecusable experiencia —exclamó él— yo he deducido la existencia del *absoluto*... Una sustancia común a todas las creaciones, modificada por una fuerza única, tal es la posición neta y clara del problema ofrecido por el absoluto y que le ha parecido *buscable*. Allá encontraréis el misterioso Ternario, ante el cual se ha arrodillado en todos los tiempos la humanidad: la materia prima, el medio, el resultado. Hallaréis ese terrible número Tres en toda cosa humana; domina las religiones, las ciencias y las leyes. Aquí —añadió— la guerra y la miseria han detenido mis trabajos... Vos sois un discípulo de Lavoisier, sois rico y dueño de vuestro tiempo, y, por lo tanto, puedo haceros partícipe de mis

conjeturas. He aquí la meta que mis experiencias personales me han hecho entrever. La MATERIA UNA debe ser el principio común de la electricidad negativa y de la positiva. Id al descubrimiento de las pruebas que establecerán esas dos verdades y poseeréis la razón suprema de todos los efectos de la naturaleza. Ah, señor, cuando se lleva aquí —dijo golpeándose la frente— la última palabra de la creación, presintiendo el absoluto, ¿es vivir el ser arrastrado en el movimiento de ese hatajo de hombres que se precipitan unos sobre otros a una hora fija, sin saber lo que hacen? Mi vida actual es exactamente el inverso de una ilusión. Mi cuerpo va, viene, actúa; está en medio del fuego, de los cañones, de los hombres; atraviesa Europa al antojo de una potencia a la que obedezco despreciándola. Mi alma no tiene conciencia alguna de esos actos; permanece fija, sumida en una idea, adormecida por ella; la búsqueda del absoluto, de ese principio por el cual semillas absolutamente semejantes y puestas en un mismo ambiente dan la una cálices blancos y la otra amarillos. Fenómeno aplicable a los gusanos de seda, los cuales, alimentados por las mismas hojas y constituidos sin aparente diferencia, hacen unos la seda amarilla y los otros la blanca; aplicable, en fin, al hombre mismo, quien a menudo tiene legítimamente hijos enteramente diferentes de la madre y de él. ¿No implica, por lo demás, la deducción lógica de este hecho la razón de todos los efectos de la naturaleza? ¿Qué más conforme a nuestras ideas sobre Dios que creer que lo ha hecho todo por el medio más simple? La adoración pitagórica por el UNO del que salen todos los números y que representan la materia una; la por el número DOS, primera agregación y tipo de todos los demás, y la por el número TRES, que en todo tiempo ha configurado a Dios, es decir, la materia, la energía y el producto, ¿no resumían tradicionalmente el confuso conocimiento del absoluto? Stahl, Becher, Paracelso, Agripa, todos los grandes investigadores de causas ocultas tenían por santo y seña el Trimegisto, que quiere decir el gran Ternario. Los ignorantes, acostumbrados a condenar la alquimia, esta química trascendente, no saben sin duda que nos ocupamos en justificar las búsquedas apasionadas de esos grandes hombres. Hallado el absoluto, yo me habría entonces apercollado con el movimiento. Mientras yo me alimento de pólvora y mando a hombres que mueran tan inútilmente, mi antiguo maestro apila descubrimiento sobre descubrimiento, vuela hacia *el absoluto*... ¡Y yo, yo moriré como un perro, en el ángulo de una batería!...».

Cuando el pobre hombre recobró un poco de calma, me dijo con una especie de conmovedora fraternidad: «Si hallase un experimento que hacer, os lo legaría antes de morir».

—Pepita mía —dijo Baltasar apretando la mano de su mujer—, lágrimas de rabia surcaron las hundidas mejillas de ese hombre mientras vertía en mi alma el fuego de ese razonamiento que ya Lavoisier se había hecho tímidamente, sin osar abandonarse a él...

—¡Cómo! —exclamó la señora Claes, quien no pudo evitar el interrumpir a su marido—. ¿Ese hombre que pasó una noche bajo nuestro techo nos arrebató tu afecto,

destruyó con una frase y una sola palabra la felicidad de una familia? ¡Oh, mi querido Baltasar...! ¿Hizo la señal de la cruz ese hombre? ¿Le observaste bien? Únicamente el Tentador puede tener sus ojos amarillos, de los que salía el fuego de Prometeo. Sí, tan sólo el demonio podía arrancarte de mí. Desde ese día tú no has sido ni padre, ni esposo, ni cabeza de familia...

—¡Qué! —dijo Baltasar irguiéndose y lanzando una penetrante mirada a su mujer—. ¿Reprochas a tu marido que se eleve sobre los demás hombres y tienda a tus pies la púrpura de la gloria, como una mínima ofrenda a los tesoros de tu corazón? ¿No sabes lo que he hecho yo en tres años? He dado pasos de gigante, Pepita mía... —dijo animándose.

Su rostro le pareció entonces a su mujer más resplandeciente bajo el fuego del genio que nunca lo estuvo bajo el fuego del amor, y lloró al oírle.

—He cambiado el cloro y el nitrógeno; he descompuesto diversos cuerpos considerados hasta ahora como simples; he hallado nuevos metales... Mira —añadió al reparar en el llanto de su mujer—, he descompuesto las lágrimas. Las lágrimas contienen un poco de fosfato de cal, de cloruro de sodio, de mucosidad y de agua.

Continuó hablando sin ver la tremenda convulsión que desencajaba el rostro de Josefina; había cabalgado sobre la ciencia, la cual le llevaba en su grupa, con las alas desplegadas, muy lejos del mundo material.

—Este análisis, querida, es una de las mejores pruebas del sistema del absoluto. Toda vida implica una combustión. Según la mayor o menor actividad del hogar, es la vida más o menos persistente. Así, la destrucción del mineral se retrasa infinitamente si la combustión es virtual, latente o insensible. Así los vegetales, que cobran incesante lozanía mediante la combinación de que procede la humedad, viven indefinidamente, y existen diversos vegetales contemporáneos del último cataclismo. Pero cada vez que la naturaleza ha perfeccionado un instrumento, al que con una finalidad ignorada ha insuflado la sensibilidad, el instinto o la inteligencia, tres grados marcados en el sistema orgánico, esos tres organismos requieren una combustión cuya actividad está en razón del resultado obtenido. El hombre, que representa el más elevado grado de inteligencia y que nos ofrece el único instrumento del que emana un poder a medias creador, «el pensamiento», es, entre las creaciones zoológicas, aquélla en que la combustión se halla en su grado más intenso y cuyos poderosos efectos son, en cierto modo, revelados por los fosfatos, los sulfatos y los carbonatas que proporciona su cuerpo en nuestro análisis. ¿No serían estas substancias las huellas que deja en él la acción del fluido eléctrico, principio de toda fecundación? ¿No se manifestaría la electricidad en él por combinaciones más variadas que en cualquier otro animal? ¿No poseería facultades más grandes que cualquier otra criatura para absorber más considerables partes de principio absoluto, y no se las asimilaría para componer, en un instrumento más perfecto, su fuerza y sus ideas? Yo lo creo así. El hombre es un matraz. Así, según yo, el idiota sería aquél cuyo cerebro contendría la menos propiedad de fósforo o de cualquier otro producto

del electro-magnetismo; el loco, aquél cuyo cerebro contuviese demasiado; el hombre corriente o vulgar, quien tuviese poco; el de genio, aquél cuyo cerebro estuviera saturado en grado conveniente. El hombre constantemente enamorado, el ganapán, el bailarín, el gran comilón, son quienes desplazarían la fuerza de su instrumento eléctrico. Así nuestros sentimientos...

—¡Basta, Baltasar! ¡Me espantas, cometes sacrilegios! ¿Qué...? Mi amor, entonces, sería...

—Materia etérea que se desprende —respondió Claes— y que, sin duda, es la palabra del absoluto. Piensa, pues, que si yo..., ¡yo el primero!, hallo..., si hallo..., si hallo...

Y repitiendo estas últimas palabras en tres diferentes tonos, su rostro adquirió la expresión del inspirado.

—¡Yo hago los metales, hago los diamantes, repito la naturaleza! —exclamó.

—¿Y serás más feliz? —gimió Josefina con desespero—. ¡Maldita ciencia, maldito demonio! Olvidas, Claes, que cometes el pecado de soberbia del que fue culpable Satán. Te enfrentas con Dios...

—Bah, Dios...

—¡Y lo niega! —exclamó ella retorciéndose las manos—. Claes, Dios dispone de una potencia que tú no tendrás nunca.

Ante este argumento que parecía anular su querida ciencia, Claes, temblando, miró a su mujer.

—¿Qué? —dijo.

—La fuerza única, el movimiento. Eso es lo que yo he aprendido en los libros que me has obligado a leer. Analiza flores, frutos, el vino de Málaga... Desde luego descubrirás sus principios, que se producen, como los de tu berro, en un ambiente que parece serles ajeno; en rigor, puedes hallarlos en la naturaleza; pero uniéndolos, amalgamándolos, fusionándolos, ¿harás tú esas flores, esos frutos, ese vino de Málaga? ¿Tendrás los incomprensibles efectos del sol? ¿Conseguirás la atmósfera de España? Descomponer no es crear.

—Si encuentro la fuerza coercitiva, podré crear.

—¡Nada le detendrá! —sollozó Pepita con desesperado acento—. ¡Oh, mi amor está muerto; lo he perdido!

Y prorrumpió en llanto, y sus ojos, animados por el dolor y por la santidad de los sentimientos que difundían, brillaron más bellos que nunca a través de sus lágrimas.

—Sí —prosiguió sollozando—, estás muerto del todo. Lo veo, la ciencia es más poderosa en ti que tú mismo, y su vuelo te ha llevado demasiado alto como para que descendas a ser el compañero de una pobre mujer. ¿Qué felicidad puedo yo ofrecerte aún? Yo quisiera, triste consuelo, creer que Dios te ha creado para manifestar sus obras y cantar sus alabanzas; que te ha llenado de una fuerza irresistible que te domina. Pero no; Dios es bueno, y Él te dejaría en el corazón algunos pensamientos para una mujer que te adora, para unos hijos a los que debes proteger. Sí, únicamente

el demonio puede ayudarte a marchar solo en medio de esos abismos sin salida, entre esas tinieblas donde no estás iluminado por la fe de lo alto, sino por una horrible creencia en tus facultades... De lo contrario, ¿no habrías advertido que has devorado novecientos mil francos en tres años? ¡Oh, hazme el favor, tú que eres mi dios en la tierra, de creer que no te reprocho nada en absoluto! Si sólo fuésemos tú y yo, te traería de rodillas nuestras riquezas, y te diría: «¡Tómalas, quémalas en tu horno, conviértelas en humo!», y hasta me reiría viéndolas llamear y consumirse. Si fueses pobre, yo iría a mendigar sin avergonzarme para procurarte el carbón que te exigiese tu horno. Y si precipitándome dentro de él consiguiese que encontrases tu execrable absoluto, te aseguro, Claes, que lo haría con alegría, porque tú cifras tu gloria y tu felicidad en ese secreto no hallado aún... ¡Pero nuestros hijos, Claes, nuestros hijos! ¿Qué será de ellos si no descubres pronto ese secreto infernal? ¿Sabes a qué vino Pierquin...? A reclamarte treinta mil francos que tú debes sin tenerlos. Tus propiedades ya no son tuyas. Le he dicho que tú tenías esos treinta mil francos, a fin de evitarte el apuro en que te habrían puesto sus preguntas; pero, para liquidar esa deuda, he pensado vender nuestra vieja platería.

Ella vio humedecerse los ojos de su marido, y se arrojó desesperadamente a sus pies, las manos tendidas hacia él, suplicantes.

—Querido mío —sollozó—, cesa por un tiempo en tus búsquedas, ahorremos el dinero necesario que te hará falta para reanudarlas más tarde... si no puedes renunciar a proseguir tu obra. Oh, yo no la juzgo. Sufriré tus hornos, si lo quieres, pero no reduzcas a nuestros hijos a la miseria; tú no puedes quererlos ya; la ciencia ha devorado tu corazón, pero no les legues una vida desgraciada a cambio de la dicha que les debes. El sentimiento maternal ha sido, a menudo, el más débil en mi corazón, sí; a veces, he deseado ser madre para unirme más íntimamente a tu alma, a tu vida, y para vencer mis remordimientos, debo defender en ti la causa de tus hijos antes que la mía.

El cabello se le había suelto y flotaba sobre sus hombros; sus ojos vertían mil sentimientos como otras tantas flechas, y triunfó de su rival. Baltasar la alzó, la llevó al sofá y se arrodilló a sus pies.

—¿Te he hecho sufrir mucho? —le dijo con el acento del hombre que se despierta de un pesado sueño.

—Pobre Claes... Todavía me harás sufrir más, a pesar tuyo —respondió ella pasándole la mano por el pelo—. Ven siéntate a mi lado —añadió señalándole un sitio en el sofá—. Mira, ya lo he olvidado todo, puesto que has vuelto. Querido, lo repararemos todo, pero tú no te alejarás más de tu mujer, ¿no es así? Di que sí. Déjame, mi grande y bello Claes, ejercer sobre tu noble corazón esa influencia femenina tan necesaria para la felicidad de los artistas desgraciados, de los grandes hombres que sufren... Tú me tratarás con rudeza, me destrozarás si quieres, pero me permitirás que te contradiga un poco por tu bien. Yo no abusaré nunca del poder que me concederás. Sé célebre, pero sé feliz también. ¡No prefieras la química a nosotros!

Escucha, seremos muy complacientes, permitiremos a la ciencia entrar con nosotros en el reparto de tu corazón; pero sé justo, ¡danos nuestra mitad! Dime, ¿no es sublime mi desinterés?

Consiguió que Baltasar sonriese. Con ese maravilloso arte que poseen las mujeres, había llevado la principal cuestión al terreno del humor, en el que son maestras las mujeres. Sin embargo, aunque pareciese que reía, su corazón estaba tan violentamente contraído que a duras penas lograba mantener el ritmo igual y suave de su habitual estado, pero al ver que en los ojos de Baltasar renacía la expresión que la encantaba y que era su gloria, anunciándole la total acción de su antiguo poder que creía perdido, le dijo sonriendo:

—Créeme, Baltasar, la naturaleza nos ha hecho para sentir, y aunque tú quieras que sólo seamos máquinas eléctricas, tus gases y tus materias etéreas no explicarán jamás el don que poseemos de entrever el futuro.

—Sí... —respondió él—, por afinidades. La potencia de visión que forma al poeta y potencia de deducción que crea al sabio se fundan en afinidades visibles, intangibles e imponderables que el ser vulgar sitúa en la clase de los fenómenos morales, pero que son efectos físicos. El profeta ve y deduce. Desgraciadamente, esas especies de afinidades son demasiado raras y poco perceptibles para ser sometidas al análisis o a la observación.

—Y esto, por ejemplo —dijo ella dándole un beso para alejar a la química que tan tercamente se despertaba otra vez—, ¿sería también una afinidad?

—No, eso es una combinación: dos sustancias del mismo *signo* no producen ninguna actividad...

—Vamos, cállate —dijo ella—, pues me harías morir de tristeza. Sí, querido, no podría soportar el ver a mi rival hasta en los transportes de tu amor.

—Pero, querida mía, si no pienso más que en ti... Mis trabajos son la gloria de mi familia, y tú estás en el fondo de todas mis esperanzas...

—¡Veamos, mírame!

Esta escena la había embellecido como una joven, y de toda ella, su marido no veía más que su cabeza entre una nube de muselinas y de encajes.

—Sí, ha sido grande mi culpa al abandonarte por la ciencia —dijo—. Desde ahora, cuando vuelva a caer en mis preocupaciones, tú me despertarás, librándome de ellas; será así, Pepita mía...

Ella bajó los ojos y dejó que él cogiese su mano, su mayor belleza; una mano a la vez fuerte y delicada.

—Pero yo quisiera más aún —dijo ella.

—Eres tan deliciosamente bella que puedes obtenerlo todo.

—Quiero destruir tu laboratorio y ponerle un freno a tu ciencia —agregó ella mirándole como si le llameasen los ojos.

—Pues bien... ¡al diablo la química!

—Este momento borra todos mis dolores —aseguró ella—. Ahora ya puedes

hacerme sufrir si lo deseas.

Al oír estas palabras, las lágrimas asomaron a los ojos de Baltasar.

—Tienes razón... Yo no te veía más que a través de un velo y ya no te oía...

—Si no se hubiese tratado más que de mí —prosiguió Josefina—, habría seguido sufriendo en silencio, sin levantar la voz ante mi soberano, pero tus hijos merecen tu atención, Claes. Te aseguro que si continuases derrochando así tu fortuna, por muy glorioso que sea tu objetivo, el mundo no te lo agradecerá y su censura recaería sobre los tuyos. ¿No te bastará a ti, hombre de tanto valer, que tu mujer te llame la atención sobre un peligro que no advertías? No hablemos ya más de todo eso —añadió dirigiéndole una sonrisa y una mirada acariciantes—. Esta noche, Claes mío, no seamos felices a medias...

IV

LA MUERTE DE UNA MADRE

Al día siguiente de esa velada tan trascendental para la vida del matrimonio, Baltasar Claes, de quien Josefina había obtenido alguna promesa en cuanto a dejar sus trabajos, no subió a su laboratorio y se quedó con ella todo el día. Veinticuatro horas después la familia hizo sus preparativos para trasladarse al campo, donde ella vivió durante dos meses, y de donde no volvió a la ciudad sino para preparar la fiesta con que Claes quería, como en otro tiempo, celebrar el aniversario de su boda. Baltasar tuvo, un día tras otro, las pruebas del desorden que sus trabajos y su despreocupación le significaron. Lejos de agravar el desastre con observaciones, su mujer hallaba siempre paliativos para los males consumados. De los siete criados que tenía Claes la última vez que abrió sus salones, no quedaba sino Lemulquinier, la cocinera Josette y una vieja camarera llamada Marta, la cual no se separó de su ama desde que ésta salió del convento; era, pues, imposible recibir a la alta sociedad de la ciudad con tan escasa servidumbre. La señora Claes solventó todas las dificultades proponiendo que trajeran un cocinero de París, instruir para el servicio al hijo de su jardinero y pedirle a Pierquin que les prestase el criado. Así nadie se daría cuenta de que tenían dificultades.

Durante los veinte días que duraron los preparativos, la señora Claes distrajo hábilmente la desocupación de su marido. Lo mismo le encargaba que escogiera flores raras que debían adornar la gran escalinata, la galería y los aposentos, que le enviaba a Dunquerque para adquirir algunos de esos grandes pescados que son la gloria de las mesas particulares en el departamento del Norte. Una fiesta como la que daba Claes era un asunto de la mayor importancia, el cual exigía múltiples cuidados y una correspondencia activa en un país donde las tradiciones de la hospitalidad afectan tanto a la fama de una familia que, lo mismo para los amos que para los servidores, un banquete es como una victoria que se les brinda a los invitados. Las ostras llegaron de Ostende, pidieron los gallos a Escocia y las frutas vinieron de París; ni los menores detalles podían desmentir el lujo patrimonial. Además, el baile de la casa Claes tenía una especie de celebridad. Siendo entonces Douai la capital del departamento, la fiesta inauguraba, en cierto modo, la temporada de invierno y daba el tono a las demás. Así, durante quince años, Baltasar se había esforzado en distinguirse, y lo había logrado tan bien que cada vez era la comidilla de veinte leguas a la redonda, hablándose de los trajes, de los invitados, de cualquier particularidad, de las novedades que habían visto o de cuanto en la fiesta había acontecido.

Estos preparativos impidieron que Claes pensase en la búsqueda del absoluto.

Volviendo a las intimidades domésticas y a la vida social, el sabio recobró su amor propio de hombre, de flamenco y de amo de casa, y se complació en asombrar la región. Quiso imprimir un carácter a la velada mediante algún nuevo hallazgo, y, entre todas las fantasías del lujo, eligió la más primorosa, la más rica, la más pasajera, convirtiendo a su casa en un bosque de flores raras y preparando ramilletes para las mujeres. Los demás detalles de la fiesta respondían a ese extremado lujo, pareciendo que todo habría de lograr el mejor efecto. Pero el boletín 29.º y las noticias particulares de los desastres sufridos por el Gran Ejército en Rusia y en el Beresina se propagaron después de la cena. Una tristeza profunda y auténtica se apoderó de todos los invitados, quienes, por un sentimiento patriótico, rehusaron unánimemente bailar. Entre las cartas que llegaron de Polonia a Douai, hubo una para Baltasar. El señor de Wierzochownia, entonces en Dresde, donde, decía, se estaba muriendo de una herida recibida en uno de los últimos encuentros, quería legar a su huésped varias ideas que, desde su conversación, se le habían ocurrido en relación con el absoluto. Esa carta sumió a Claes en una profunda inquietud que hizo honor a su patriotismo; pero su mujer no se engañó. Para ella, la fiesta tuvo un doble duelo. Aquella velada, en la cual la casa de Claes lanzaba su último fulgor, tuvo algo de sombrío y de triste en medio de tanta magnificencia, de curiosidades amasadas por seis generaciones, cada una de las cuales tuvo su manía, y que la gente de Douai admiró por última vez.

La reina del día fue Margarita, con sus dieciséis años, a la cual sus padres presentaban en sociedad. Atrajo todas las miradas por su extremada sencillez y su aire candoroso, y, sobre todo, por su porte, tan en armonía con la vivienda. Era en efecto la muchacha flamenca tal como los pintores del país la han representado: una cabeza perfectamente redonda y llena, cabello castaño, liso sobre la frente y separado en dos bandas; ojos grises con cierto matiz a verde; bellos brazos y una robustez que no perjudicaba su belleza; un aire tímido, pero en la frente, alta y lisa, una firmeza que se ocultaba bajo una calma y una dulzura aparentes. Sin ser triste ni melancólica, parecía poco jovial. La reflexión, el orden y el sentimiento del deber, las tres principales expresiones del carácter flamenco, animaban su rostro, frío a primera vista, pero en el cual la mirada tenía cierta gracia y una apacible y serena altivez que era como una garantía de la felicidad doméstica. Por una singularidad que los filósofos no han explicado aún, no tenía ningún rasgo de su madre ni de su padre, ofreciendo la viva imagen de su abuela materna, una Conyncks de Brujas, cuyo retrato, conservado con el mayor cuidado, atestiguaba esa semejanza.

La cena dio cierta vida a la fiesta. Si los desastres del ejército prohibían los goces de la danza, todos pensaron que no se debían excluir los placeres de la mesa. Los patriotas se retiraron pronto y los indiferentes se quedaron, con algunos jugadores y varios amigos de Claes; pero, insensiblemente, esa casa tan brillantemente iluminada, en la que se apiñaban todas las notabilidades de Douai, recobró el silencio, y hacia la una de la madrugada la galería quedó desierta y las luces se apagaron en todos los salones. El patio interior, poco antes tan bullicioso, tan luminoso, se sumió en una

sombría negrura, imagen profética del futuro que esperaba a la familia. Cuando los Claes volvieron a su habitación, Baltasar dio a leer a su mujer la carta del polaco; ella se la devolvió con triste ademán. Josefina preveía el porvenir.

En efecto, desde ese día Baltasar ocultó mal la angustia, la inquietud y el hastío que le abrumaban. Por la mañana, después del almuerzo familiar, jugaba unos momentos en el locutorio con el pequeño Juan, y hablaba con sus dos hijas, ocupadas en coser, en bordar o en hacer encaje..., pero pronto se cansaba de esos juegos y de la charla, como si los admitiese por deber. Cuando su mujer volvía a bajar luego de vestirse, le encontraba siempre sentado en su sillón, contemplando a Margarita y a Felicia y sin que le impacientase el ruido de los bolillos. Cuando traían el periódico lo leía lentamente, igual que un comerciante retirado que no sabe cómo matar el tiempo. Luego se levantaba, miraba al cielo a través de las ventanas, volvía a sentarse y atizaba el fuego, ensimismado, como un hombre al que la tiranía de las ideas le privase de la conciencia de sus movimientos. La señora Claes lamentó vivamente su falta de instrucción y de memoria. Le resultaba difícil mantener largo rato una conversación interesante; además, quizá sea imposible entre dos seres que se lo han dicho todo y que se ven obligados a buscar temas de distracción al margen de la vida del corazón o la vida material. La vida del corazón tiene sus momentos, y quiere oposiciones; los detalles de la vida material no podrían ocupar mucho tiempo a espíritus superiores acostumbrados a decidir rápidamente, y la sociedad resulta insoportable a las almas amantes. Dos seres solitarios que se conocen por entero deben, pues, buscar sus diversiones en las regiones más elevadas del pensamiento, puesto que es imposible oponer algo pequeño a lo que es inmenso. Luego, cuando un hombre se ha acostumbrado a manejar grandes cosas, cada vez es menos propicio a las diversiones, no conserva en el fondo de su corazón ese principio de candor, ese dejarse llevar que hace tan graciosamente niños a las persona de genio. Pero esta infancia del corazón, ¿no es un fenómeno humano muy raro en aquéllos cuya misión es verlo todo, y saberlo y comprenderlo todo?

Durante los primeros meses, la señora Claes se zafó de la crítica situación mediante inauditos esfuerzos que le sugirieron el amor o la necesidad. Así quiso comprender el juego de chaquete, que nunca había conseguido entender, y por un prodigio bastante concebible acabó por dominarlo; así interesó a Baltasar en la educación de sus hijas pidiéndole que dirigiese sus lecturas. Pero estos recursos se agotaron. Llegó un momento en que Josefina se halló ante Baltasar como *madame* de Maintenon en presencia de Luis XIV, pero sin tener, para distraer al dueño amodorrado, ni las pompas del poder ni los ardides de una corte que sabía representar comedias como las de la embajada del rey de Siam o del sofí de Persia. Reducido, después de arruinar a Francia, a expedientes de hijo de familia para procurarse dinero, el monarca no tenía ya juventud ni éxito y sentía una terrible impotencia en medio de las grandezas; la real sirvienta, que supo acunar a los hijos, no siempre supo acunar al padre, quien sufría por haber abusado de las cosas, de los hombres, de la vida y de

Dios. Pero Claes sufría por demasiada potencia. Oprimido por un pensamiento que estrujaba, soñaba con las pompas de la ciencia, con tesoros para la humanidad y la gloria para él. Sufría como sufre un artista que se bate con la miseria, como Sansón atado a las columnas del templo. El efecto era el mismo para estos dos soberanos, aunque el monarca intelectual lo abrumase su fuerza y al otro su debilidad. Sola, ¿qué podría hacer Pepita sola contra esa especie de nostalgia científica? Tras haber empleado los medios que le ofrecían las ocupaciones de familia, llamó a la sociedad en su socorro, dando dos «cafés» por semana. En Douai, los *cafés* reemplazaban a los *tés*. Un café es una reunión donde durante una velada entera los invitados beben los exquisitos vinos y licores que colman las bodegas de ese bendito país, comen manjares selectos y toman café puro o café con leche helada, mientras que las mujeres cantan romanzas, discuten las modas o se cuentan las grandes nonadas de la ciudad. Son siempre los cuadros de

Mieris o de Terburg, menos las plumas encarnadas de los sombreros grises en punta, menos las guitarras y los bellos ropajes del siglo XVI. Pero los esfuerzos que hacía Baltasar para desempeñar bien su papel de dueño de la casa, su afabilidad ficticia, los fuegos de artificio de su espíritu, todo acusaba la profundidad del mal en la fatiga que acusaba al otro día.

Estas fiestas continuas, débiles paliativos, atestiguaron la gravedad de la dolencia. Esas ramas que hallaba Baltasar rodando en su precipicio, retrasaron su caída, pero la hicieron más pesada. Si no habló nunca de sus antiguas ocupaciones, si no emitió un lamento al verse en la imposibilidad de reanudar sus experiencias, tuvo los movimientos tristes, la apagada voz y el abatimiento de un convaleciente. Su hastío se traslucía a veces hasta en la manera con que cogía las tenazas para construir negligentemente, en el fuego del hogar, alguna fantástica pirámide con carbón vegetal. Al terminar la velada, se le veía como si recobrase la tranquilidad; sin duda el sueño le libraba de un importuno pensamiento; al día siguiente se levantaba melancólico al ver que tenía que soportar otra jornada, y parecía como si midiese el tiempo que tenía que consumir, lo mismo que un viajero fatigado mira el desierto que tiene que atravesar. Si la señora Claes conocía la causa de su languidez, se esforzaba en ignorar hasta dónde había llegado el estrago. Llena de valor contra los sufrimientos del espíritu, carecía de fuerzas contra las generosidades del corazón. No se atrevía a discutir con él cuando veía que escuchaba a sus hijas y las risas de Juan con el aire de un hombre absorbido por un pensamiento oculto, pero se estremecía al verle sacudir su melancolía y tratar, por un sentimiento generoso, de aparecer alegre para no entristecer a nadie. Los diálogos del padre con sus dos hijas o sus juegos con el pequeño Juan llenaban de lágrimas los ojos de Josefina, la cual se iba a sus habitaciones para ocultar el tormento que le causaba un heroísmo cuyo precio saben muy bien las mujeres, y que las destroza el corazón. La señora Claes sentía entonces deseos de gritarle: «¡Mátame y haz lo que quieras!». Insensiblemente, los ojos de Baltasar perdieron su vivo resplandor y adquirieron ese tinte glauco que enturbia los

de los viejos. En sus atenciones para con su mujer y en sus palabras se advertía un esfuerzo, una sensible ausencia. Esos síntomas, más acusados y graves hacia finales del mes de abril, asustaron a la señora Claes, para quien el espectáculo era ya intolerable, y quien se había hecho ya mil reproches admirando la fidelidad flamenca con que su marido mantenía su palabra. Un día en que le pareció que Baltasar estaba más abatido que nunca, ya no vaciló en sacrificarlo todo para volverle a la vida.

—Querido —le dijo—, te desligo de tus juramentos.

Baltasar le miró con estupor.

—¿Piensas en tus experimentos? —le preguntó ella.

Él respondió con un gesto de viva vehemencia. Lejos de reconvenirle o de sermonearle, la señora Claes, que había intuido el abismo al que iban a rodar los dos, le cogió una mano y se la estrechó sonriendo.

—Gracias, querido; estoy segura de mi poder —le dijo—. Me has sacrificado más que tu vida. A mí me tocan ahora los sacrificios. Aunque haya vendido algunos de mis diamantes, todavía quedan algunos, y puedo añadir los de mi hermano para conseguir el dinero que exijan tus trabajos. Yo destinaba esas alhajas a nuestras dos hijas; ¿pero no las deslumbrará más tu gloria? Y, además, ¿no las darás un día diamantes más bellos?

El júbilo que repentinamente iluminó el rostro de su marido colmó la desesperación de Josefina; vio con dolor que la pasión de aquel hombre era más fuerte que él. Claes tenía confianza en su obra para emprender sin temblar un camino que para su mujer era un abismo. Él tenía la fe, ella la duda, y de ahí que fuese para ella la carga más pesada. ¿No sufre siempre la mujer por los dos? En aquel momento ella quiso creer en el éxito, queriendo justificar ante sí misma su complicidad en la posible extensión de su fortuna.

—El amor de toda mi vida no bastarán para agradecer tu abnegación, Pepita —dijo Claes conmovido.

Apenas pronunció estas palabras cuando entraron Margarita y Felicia, dando los buenos días a sus padres. La señora Claes bajó la vista y permaneció unos momentos turbada ante sus dos hijas, cuya fortuna acababa de enajenar en beneficio de una quimera; su marido las sentó en sus rodillas y habló alegremente con ellas, feliz al poder expresar el júbilo que sentía. La señora Claes entró desde entonces en la ardiente vida de su marido. El porvenir de sus hijos y la consideración de su padre fueron para ella dos móviles tan poderosos como lo eran para Claes la gloria y la ciencia. Así, esa desgraciada mujer no tuvo ya una hora de sosiego desde que todos los diamantes de la casa fueron vendidos en París por mediación del abate de Solís, su director espiritual, y los fabricantes de productos químicos empezaron a hacer envíos. Agitada sin cesar por el demonio de la ciencia y por el furor de los hallazgos que devoraban a su marido, vivía en constante expectativa, permaneciendo como muerta durante días enteros, clavada a su butaca por la misma violencia de sus deseos, los cuales, no teniendo, como de Baltasar, un pasto, en los trabajos del

laboratorio, atormentaron a su alma con sus dudas y sus temores. Frecuentemente, reprochándose su complacencia por una pasión cuya finalidad era imposible alcanzar, y que su confesor condenaba, se levantaba, iba a la ventana que daba al patio interior y miraba con terror a la chimenea del laboratorio. Y si salía humo, lo miraba con desespero, agitados el corazón y el espíritu por las ideas más contradictorias. Veía diluirse en humo la fortuna de sus hijos, pero salvaba la vida del padre. ¿No era su primer deber de esposa el hacerle feliz? Este último pensamiento la serenaba un momento. Había obtenido la anuencia de poder entrar en el laboratorio y permanecer en él, pero pronto tuvo que renunciar a esa triste satisfacción. Experimentaba allí demasiados sufrimientos al ver que Baltasar no se fijaba en ella, y hasta parecía, a veces, que le molestaba su presencia; sufría entonces celosas impacencias, terribles deseos de hacer saltar la casa por los aires; era como si muriese de mil males inauditos. Lemulquinier se convirtió entonces para ella en una especie de barómetro; si le oía silbar, cuando iba y venía para servir la comida y la cena, adivinaba que los experimentos de su marido iban por buen camino y que concebía la esperanza de su próximo logro; si Lemulquinier aparecía taciturno, sombrío, lo miraba tristemente, pues significaba que Baltasar estaba descontento. El ama y el criado acabaron por comprenderse, a pesar de la altivez de ella y la arrogante sumisión de él. Débil y sin defensa contra las terribles postraciones del pensamiento, esta mujer sucumbía bajo esas alternativas de esperanza y desespero que, para ella, se incrementaban con las inquietudes de la mujer amante y con las ansiedades de la madre temblando por su familia. El desolador silencio que antes le enfrió el corazón, lo compartía sin apercibirse del sombrío clima que remaba en la vivienda, ni de las jornadas enteras que transcurrían sin una sonrisa, a menudo sin una palabra. Por una triste previsión maternal, acostumbraba a sus dos hijas a las labores caseras, e intentaba adiestrarlas en cualquier oficio femenino para que pudiesen vivir de él si llegaba la ruina que temía. La calma de aquel interior encubría, pues, terribles agitaciones. Hacia el final del verano Baltasar había consumido el dinero de los diamantes vendidos en París por mediación del viejo abate de Solís, y debía unos veinte mil francos a la casa Protez y Chiffreville.

En agosto de 1813, alrededor de un año después de la escena con que comienza esta historia, si bien Claes había hecho algunos buenos experimentos que por desgracia él desdeñaba, sus esfuerzos no dieron ningún resultado en cuanto al objetivo principal de sus investigaciones. El día que terminó la serie de sus trabajos, le aplastó el sentimiento de su impotencia; la seguridad de que había invertido infructuosamente considerables sumas le desesperó. Fue una espantosa catástrofe. Salió del desván, descendió lentamente al locutorio, se desplomó en una butaca delante de sus hijos y durante algunos instantes pareció como muerto, sin responder a las preguntas con que le agobiaba su mujer. No pudo evitar el llanto, y se fue a su habitación para que no hubiese testigos de su dolor; Josefina le siguió, y al quedar solos, Baltasar dejó estallar su desesperación. Sus lágrimas de hombre, sus palabras

de artista desalentado, los lamentos de padre de familia tuvieron un acento de terror, de ternura y de demencia que aún hizo más daño a la señora Claes que todos sus dolores pasados. La víctima consoló al verdugo. Y cuando Baltasar dijo con terrible tono de convicción: «¡Soy un miserable! He jugado con la vida de mis hijos, con la tuya y, para que seáis felices, es forzoso que me mate». Josefina oyó sus palabras como si le traspasasen el corazón, y, temiéndole porque conocía el carácter de su marido y llevara a término su desesperada intención, sufrió una de esas convulsiones que perturban la vida en su propio origen, la cual fue todavía más agotadora al tenerse que reprimir fingiendo una engañosa calma.

—Querido —respondió ella—, no he consultado a Pierquin, porque el afecto que nos tiene no evitaría que le alegrase vernos arruinados, sino a un anciano que, para mí, se muestra tan bueno como un padre. El abate de Solís, mi confesor, me ha dado un consejo que nos salvará de la ruina. Ha venido a ver tus cuadros. El precio de los que hay en la galería puede servir para levantar las hipotecas que pesan sobre tus propiedades y para saldar lo que debes a la casa Protez y Chiffreville, pues creo que también tienes allí alguna cuenta, ¿verdad?

Claes hizo un signo afirmativo bajando la cabeza, blanco ya el cabello desde los últimos tiempos.

—Mi confesor conoce a los Happe y Duncker, de Amsterdam; les enloquece la pintura, y desean, como nuevos ricos, desplegar un boato que sólo se pueden permitir las antiguas familias, por lo que pagarán los nuestros en todo su valor. Así, recuperemos nuestros ingresos, y tú podrás, con una cantidad que se aproxima a los cien mil ducados, disponer de una parte de capital para proseguir tus experimentos. Nuestras dos hijas y yo nos contentaremos con muy poco. Y con el tiempo y una buena economía cubriremos con otros cuadros los espacios vacíos, y tú vivirás feliz...

Baltasar levantó la cabeza y miró a su mujer con una alegría mezclada de temor. Los papeles estaban cambiados. La esposa se convertía en la protectora del marido. Ese hombre tan tierno, y cuyo corazón vivía con el corazón de su Josefina, la tenía entre sus brazos sin darse cuenta de la horrible convulsión que la hacía palpar y agitaba sus labios con nervioso estremecimiento.

—No me atrevía a decirte que entre yo y el absoluto apenas existe un pelo de distancia. Para gasificar los metales sólo hace falta hallar un medio de someterlos a un inmenso calor en que la presión de la atmósfera sea nula; en un vacío absoluto.

La señora Claes no pudo soportar el egoísmo que vio en su respuesta. Ella esperaba un apasionado agradecimiento por sus sacrificios, y hallaba un problema de química... Abandonó bruscamente a su marido, bajó al locutorio y se desplomó en su butaca, entre sus dos asustadas hijas, y prorrumpió en llanto. Margarita y Felicia le tomaron una mano cada una y se arrodillaron a sus pies, llorando como ella, sin saber la causa de su pesar y preguntándole reiteradamente:

—¿Qué tenéis, madre?

—¡Pobres hijas! Siento como si me estuviera muriendo...

Su respuesta estremeció a Margarita, quien por vez primera vio en el rostro de su madre las huellas de la particular palidez de las personas cuya piel es morena.

—¡Marta, Marta! —gritó Felicia—. Venid, mamá os necesita...

La vieja dueña acudió corriendo de la cocina, y, al ver la verdosa blancura de aquel rostro levemente pardo, exclamó en español:

—¡Cuerpo de Cristo! ¡La pobre señora se muere!

Salió precipitadamente, encargó a Josette que calentara agua para un baño de pies y volvió al lado de su ama.

—No alarméis al señor, no le digáis nada, Marta —recomendó la señora Claes—. Pobres queridas hijas... —añadió estrechando contra su corazón a Margarita y a Felicia con desesperado movimiento—. Cómo desearía poder vivir bastante tiempo para veros felices y casadas... Marta —prosiguió—, dile a Lemulquinier que vaya a casa del abate de Solís a rogarle de mi parte que venga.

Esta especie de rayo repercutió necesariamente hasta en la cocina. Josette y Marta, consagradas leal y abnegadamente a la señora Claes y a sus hijas, sintieron como si hiriesen el único cariño que tenían. Las terribles palabras de Marta: «¡La señora se muere! ¡El señor la habrá matado! ¡Anda, prepara a toda prisa un baño de pies con mostaza!», arrancaron muchas interjecciones a Josette, quien agredía con ellas a Lemulquinier. Éste, frío e insensible, comía en una esquina de la mesa, ante una de las ventanas por donde entraba la claridad en la cocina, la cual estaba tan limpia como el tocador de una querida.

—Eso debía acabar así —decía Josette mirando al ayuda de cámara y subiéndose a un taburete para coger de un estante un caldero que relucía como el oro—. No hay madre que vea con sangre fría a un padre divertirse haciendo picadillo de una fortuna como la del señor, para convertirla en chicharrones.

Josette, cuya cabeza cubierta con un gorro redondo parecía un cascanueces alemán, dirigió a Lemulquinier una agria mirada que el color verde de sus rasgados ojillos hacía casi venenosa. El viejo ayuda de cámara se encogió de hombros con un movimiento digno de un Mirabeau impaciente, y luego se metió en la boca una rebanada de pan con manteca en la cual había sembradas unas *menudencias*.

—En vez de importunar al señor —dijo—, lo que debería hacer la señora es darle dinero, y pronto estaríamos todos nadando en oro. No falta ya ni el canto de un ochavo para que lo encontremos...

—¿Ah, sí? ¿Y, entonces, por qué tú, que tienes veinte mil francos ahorrados, no se los ofreces al señor? Es tu amo. Y si estás tan seguro de lo que hace...

—Tú no entiendes nada de esto, Josette; anda, calienta el agua —respondió el flamenco interrumpiendo a la cocinera.

—Entiendo lo bastante como para saber que había aquí mucho más de mil marcos en platería, y que tú y tu amo los habéis fundido, y que si se os deja obrar a vuestro capricho, aquí no habrá pronto ni para coser un roto.

—Y el señor —dijo Marta apareciendo de nuevo—, matará a la señora para desembarazarse de una mujer que le retiene y le impide que se lo trague todo. Si está poseído por el demonio... Lo menos que arriesgas ayudándole, Lemulquinier, es tu alma, si es que tienes alma, pues te quedas como un cacho de hielo mientras que todo aquí es desolación. Las señoritas lloran como Magdalenas. Anda ya, corre a buscar al abate de Solís...

—El señor me ha encargado que arregle el laboratorio —respondió el ayuda de cámara—. Está demasiado lejos de aquí el barrio de Esquerchin. Puedes ir tú.

—¿No oyes a ese monstruo? —dijo Marta a Josette—. ¿Y quién dará el baño de pies a la señora? ¿Quieres dejar que se muera? Tienes la sangre en la cabeza...

—Lemulquinier —dijo Margarita entrando en la sala que precedía a la cocina—; al volver de casa del abate le rogaréis al doctor Pierquin que venga rápidamente.

—Anda, tendrás que ir —dijo Josette.

Pero éste le respondió a Margarita:

—Señorita, el señor me ha encargado que arregle su laboratorio...

Y se volvió hacia las dos mujeres, mirándolas con aire despótico.

—Padre —dijo Margarita al señor Claes, quien bajaba en aquel momento—, ¿no podríais dejarnos a Lemulquinier para que lleve un recado a la ciudad?

—¡Claro que irás, granuja! —dijo Marta al oír que el señor Claes ordenaba a Lemulquinier que obedeciera a su hija.

El escaso apego del ayuda de cámara a la casa era el motivo de pendencias entre las dos mujeres y él, cuya frialdad dio por resultado fortalecer el afecto que se tenían Josette y la dueña. Esta lucha, tan mezquina en apariencia, influyó mucho en el porvenir de la familia cuando más tarde tuvo necesidad de auxilio contra la desgracia. Baltasar, más distraído que nunca, no advirtió la indisposición de Josefina, y se puso al pequeño Juan en las rodillas jugando con él maquinalmente, pero pensando en el problema que tenía la posibilidad de resolver. Vio traer el caldero con agua para el baño de pies a su mujer, la cual, sin fuerzas para levantarse de su butaca, se había quedado en el locutorio. Vio cómo sus hijas se ocupaban de su madre, sin inquirir la causa de sus solícitas atenciones. Cuando Margarita o Juan querían hablar, la señora Claes les reclamaba silencio señalándoles a Baltasar. Una escena semejante tenía que hacer pensar a Margarita, quien, situada entre su padre y su madre, tenía ya edad y era bastante razonable para apreciar aquella conducta.

Llega un momento, en la vida interior de las familias, que los hijos, voluntaria o involuntariamente, se convierten en jueces de sus padres. La señora Claes comprendió el peligro de esta situación. Por amor a Baltasar se esforzaba en justificar a los ojos de Margarita lo que, en el despierto y justo espíritu de una muchacha de dieciséis años, pudieran parecer faltas de un padre. Así, el profundo respeto que en esta circunstancia demostraba la señora Claes por Baltasar, anulándose ante él para no turbar su meditación, imprimía a sus hijos una especie de terror por la majestad paternal. Pero esa abnegación, por contagiosa que fuese, aumentaba aún la

admiración que Margarita sentía por su madre, a la cual la unían más particularmente los accidentes cotidianos de la vida. Ese sentimiento se fundaba en una especie de adivinación de los sufrimientos cuya causa debía naturalmente preocupar a una muchacha. Ninguna potencia humana podía impedir que, a veces, una palabra que se le escapaba a Marta o a Josette no descubriese a Margarita el origen de la situación que atravesaba la casa desde hacía cuatro años. A pesar de la discreción de la señora Claes, su hija descubría insensible y lentamente, hilo a hilo, la trama misteriosa de ese doméstico drama. Margarita no tardaría en ser la confidente activa de su madre, y sería, en el desenlace, el más terrible de los jueces. Así, la atención de la señora Claes se cifraba en Margarita, a la que intentaba transmitir su abnegación por Baltasar. La firmeza, la razón que hallaba en su hija, la estremecían ante la idea de una lucha posible entre la hija y el padre cuando, a su muerte, la reemplazaría Margarita en la dirección interior de la casa. Esta pobre mujer había, pues, llegado a temblar más por las consecuencias de su muerte que por su propia muerte. Su solicitud por Baltasar saltaba a la vista en la resolución que acababa de tomar. Al liberar los bienes de su marido aseguraba su independencia y prevenía toda discusión al separar sus intereses de los de sus hijos; esperaba verle feliz hasta el momento en que ella cerraría los ojos; además, contaba con traspasar las delicadezas de su corazón a Margarita, quien continuaría desempeñando al lado de él el papel de un ángel de amor, ejerciendo sobre la familia una autoridad tutelar y conservadora. ¿No sería eso hacer brillar aún desde la tumba su amor sobre aquellos que le eran tan queridos? Sin embargo, no quiso desconsiderar al padre a los ojos de la hija iniciándola antes de tiempo en los terrores que las inspiraba la pasión científica de Baltasar; estudiaba el alma y el carácter de Margarita para saber si la joven se convertiría por sí misma en una madre para sus hermanos y su hermana, y para su padre en una mujer dulce y cariñosa.

Entonces, los dos últimos días de la señora Claes estaban envenenados por cálculos y temores que no se atrevía a confiar a nadie. Sintiéndose herida en la misma vida por esta última escena, miraba hacia el futuro, mientras Baltasar, inepto en cuanto se tratase de economía, de fortuna, de sentimientos domésticos, pensaba en hallar el absoluto... El profundo silencio que reinaba en el locutorio no lo interrumpía sino el monótono movimiento del pie de Claes, quien continuaba balanceándolo sin darse cuenta de que el pequeño Juan le había dejado. Sentado junto a su madre, cuyo rostro pálido y desencajado contemplaba, Margarita se volvía de vez en cuando hacia su padre, asombrándola su insensibilidad. No tardó en oírse la puerta de la calle al cerrarse, y la familia vio al abate de Solís apoyado en su sobrino, atravesando lentamente el patio.

—Ah, aquí viene Emmanuel —dijo Felicia.

—¡Qué gallardo mozo! —dijo la señora Claes—. Me alegro de volverle a ver.

Margarita se ruborizó al oír el elogio que se le escapó a su madre. Desde hacía dos días el porte de ese joven despertó en su corazón sentimientos desconocidos, y despejado en su espíritu pensamientos hasta entonces inertes. Durante la visita del

confesor de su penitente habían ocurrido esos imperceptibles acontecimientos que ocupan mucho lugar en la vida y cuyos resultados eran lo bastante importantes como para exigir aquí la descripción de los dos nuevos personajes introducidos en el seno de la familia. La señora Claes tenía por principio realizar en secreto sus prácticas de devoción. Su director, casi desconocido en casa de ella, aparecía por segunda vez, pero lo mismo allí que en cualquier otra parte uno se sentía ganado por cierta especie de enternecimiento y de admiración a la vista del tío y el sobrino. El abate de Solís, anciano octogenario de plateado cabello, presentaba un rostro decrépito en que la vida parecía concentrarse en los ojos. Andaba con dificultad, pues de sus dos escuálidas piernas, la una tenía el pie horriblemente deformado, enfundado en una especie de pernera de algodón que le obligaba a servirse de una muleta cuando no disponía del brazo de su sobrino. Su encorvada espalda y su enjuto cuerpo ofrecían un espectáculo de una naturaleza doliente y frágil, dominada por una voluntad de hierro y por un casto espíritu religioso que la había conservado. Ese sacerdote español, notable por su vasto saber, por una sincera piedad y conocimientos muy amplios, fue sucesivamente dominicano, gran penitenciario de Toledo y vicario general del arzobispado de Malinas. Sin la Revolución francesa, la protección de la Casa-Real le habría llevado a las más altas dignidades de la Iglesia, pero el pesar que le causó la muerte del joven duque, alumno suyo, le apartó de una vida activa y se consagró por entero a la educación de su sobrino, huérfano desde muy niño. Cuando la conquista de Bélgica, se quedó a vivir no lejos del lugar de los Claes. Desde su juventud, el abate de Solís profesaba por Santa Teresa un entusiasmo que le condujo, por inclinación de su espíritu, hacia el lado místico del cristianismo. Al encontrar en Flandes, donde la señorita Bourignon, como los escritores iluminados y quietistas, hizo muchos prosélitos, un gran número de católicos fieles a sus creencias, se quedó allí con el mayor agrado, por cuanto se le consideró como un patriarca, por esa comunión particular que continúa siguiendo las doctrinas de los místicos, a pesar de las censuras que alcanzaron a Fenelón y a la señora Guyon. Sus costumbres eran austeras, su vida ejemplar, y se decía que tenía éxtasis. No obstante el despego que un religioso tan severo había de sentir por las cosas de este mundo, el afecto que tenía por su nieto le impulsaba a velar por sus intereses. Cuando se trataba de una obra de caridad, el anciano acudía a la ayuda de sus feligreses antes de recurrir a su propia fortuna, y su autoridad patriarcal estaba a tal punto reconocida, sus intenciones eran tan puras, y su perspicacia se equivocaba tan raramente, que todos correspondían a sus peticiones. Para tener una idea del contraste que existía entre tío y sobrino, habría que comparar al viejo a uno de esos sauces huecos que vegetan al borde de las aguas, y al joven al escaramujo cargado de rosas y cuyo elegante y erecto tallo se enlaza con el tronco musgoso, como si quisiera enderezarlo.

Severamente educado por su tío, quien lo sujetaba lo mismo que una matrona guarda a una virgen, Emmanuel tenía esa delicada sensibilidad, ese ingenuo candor pasajero en la juventud, pero tierno en las almas nutridas por principios religiosos. El

anciano sacerdote había reprimido la expresión de los sentimientos voluptuosos en su discípulo, preparándole para los sufrimientos de la vida mediante continuos trabajos y por una disciplina casi claustral. Esta educación, que había de entregar impoluto a Emmanuel al mundo y hacerle feliz si era afortunado en sus primeros afectos, le había revestido de una angélica pureza que comunicaba a su persona el encanto de que están investidas las doncellas. Sus tímidos ojos, protegidos por un espíritu fuerte y valeroso, despedían una luminosidad que vibraba en el alma como el sonido del cristal expande sus ondulaciones en el oído. Su rostro expresivo, aunque regular, se destacaba por una gran precisión en los contornos, por la excelente disposición de sus líneas y por la profunda serenidad que otorga la paz del corazón. Todo era en él armonioso. Su negro cabello, sus ojos pardos y sus cejas realzaban más aún una tez blanca y de vivos colores. Su voz era la que se esperaba de tan bello rostro. Sus movimientos, de una suavidad un tanto femenina, armonizaban con la melodía de su voz y con la tierna claridad de su mirada. Parecía ignorar el atractivo que provocaban la reserva medio melancólica de su actitud, el recato de sus palabras y los respetuosos cuidados que prodigaba a su tío. Viéndole pendiente del andar tortuoso del viejo abate para acompañarse a sus dolorosas desviaciones, mirando desde lejos lo que podía lastimarle los pies y conduciéndole por el mejor camino, era imposible no reconocer en Emmanuel los sentimientos generosos que hacen del hombre una sublime criatura. Parecía tan grande al querer a su tío sin juzgarle, obedeciéndole sin discutir jamás sus órdenes, que todos veían una predestinación en el dulce nombre que le había puesto su madrina. Cuando en su casa o en las de los demás, el anciano sacerdote ejercía su despotismo de dominico, Emmanuel levantaba, a veces, la cabeza tan noblemente como para protestar de su fuerza si lo veía en discusión con otro hombre, que las personas de corazón se conmovían, como los artistas ante una gran obra, pues los bellos sentimientos no sacuden menos en el alma por las concepciones vivientes que por las realizaciones del arte.

Emmanuel había ya acompañado a su tío cuando fue a casa de su penitente para examinar los cuadros de la colección Claes. Al saber por Marta que el abate de Solís estaba en la galería, Margarita, que deseaba ver al célebre hombre, buscó un pretexto para acercarse a su madre, a fin de satisfacer su curiosidad. Entrando con un poco de atolondramiento, afectando la ligereza bajo la cual las muchachas jóvenes ocultan tan bien sus deseos, encontró al lado del anciano vestido de negro, encorvado, apergaminado y cadavérico, el lozano y delicioso rostro del apuesto Emmanuel. Las dos miradas igualmente jóvenes e igualmente ingenuas de estos dos seres expresaron el mismo asombro. Emmanuel y Margarita se habían visto ya sin duda en sus sueños. Los dos bajaron los ojos y los volvieron a levantar en seguida con igual movimiento, dejando escapar una misma confesión. Margarita cogió el brazo de su madre, le habló con voz baja por discreción y se refugió, por decirlo así, bajo el ala maternal, teniendo el cuello con movimiento de cisne, para volver a ver a Emmanuel, quien seguía pegado al brazo de su tío. Aunque hábilmente distribuida para el mejor efecto

de cada lienzo, la débil claridad de la galería favoreció aquellas furtivas miradas que son el goce de las personas tímidas. Sin duda que ninguno de ellos llegó, ni siquiera en pensamiento, hasta el «sí» con el cual comienzan las pasiones, pero ambos sintieron ese profundo temblor que remueve el corazón y en el que la juventud guarda íntimamente su secreto por deleite o por pudor.

La primera impresión que determina los desbordamientos de una sensibilidad durante mucho tiempo contenida es seguida, en todos los jóvenes, por el asombro bobalicón que producen a los niños los primeros sonos de la música. Entre los niños, unos ríen y piensan, otros sólo ríen después de haber pensado; pero aquéllos cuya alma está llamada a vivir de poesía o de amor escuchan largo rato y piden la repetición de la melodía con una mirada en la que se ilumina ya el goce, en la que apunta la curiosidad del infinito. Si amamos irresistiblemente los lugares en que fuimos, en nuestra infancia, iniciados a las bellezas de la armonía; si recordamos con deleite al músico y hasta al instrumento, ¿cómo no amar al ser que fue el primero en revelarnos las músicas de la vida? ¿No es como una patria el primer corazón en el que hemos aspirado amor? Emmanuel y Margarita fueron el uno para el otro esa voz musical que despierta un sentido, esa mano que alza nubosos cendales y muestra las riberas bañadas por los fulgores del sol meridiano.

Cuando la señora Claes detuvo al anciano ante un cuadro de Guido que representaba a un ángel, Margarita adelantó la cabeza para ver cuál sería la impresión de Emmanuel, y el joven miró a Margarita para comparar el mudo pensamiento del lienzo con el viviente pensamiento de la criatura. Ese halago involuntario y encantador fue comprendido y saboreado. El anciano abate alababa gravemente la bella composición pictórica, y la señora Claes le respondía... Pero los dos jóvenes estaban silenciosos.

Tal fue su encuentro. La misteriosa claridad de la galería, la paz de la casa, la presencia de los padres, todo contribuyó a grabar más en el corazón los delicados rasgos del vaporoso espejismo. Los mil confusos pensamientos que acababan de llover sobre Margarita se calmaron, dejando en su alma como una límpida extensión, y se tiñeron con un rayo luminoso cuando Emmanuel balbució algunas frases al despedirse de la señora Claes. Esa voz, cuyo timbre fresco y aterciopelado vertía en el corazón un inaudito encanto, completó la súbita revelación que Emmanuel había causado y que él debía fecundar en su provecho, pues el hombre de quien se sirve el destino para despertar el amor en el corazón de una muchacha ignora a menudo su obra y la deja inacabada. Margarita se inclinó tímidamente, y tradujo su despedida en una mirada en la que parecía reflejarse el pesar de perder aquella pura y encantadora visión. Lo mismo que un niño, quería aún su melodía. El adiós tuvo lugar al pie de la vieja escalera, ante la puerta del locutorio, y, cuando ella entró en él, siguió contemplando a través de la ventana al tío y al sobrino hasta que se cerró la puerta de la calle. La señora Claes estuvo demasiado ocupada por los graves temas tratados en la conferencia con su director espiritual, para que pudiese fijarse en la expresión de su

hija.

Y cuando el abate de Solís y su sobrino aparecieron por segunda vez, estaba ella demasiado violentamente turbada para darse cuenta del rubor que tiñó el rostro de Margarita revelando las fermentaciones del primer placer recibido en un corazón virgen. Al anunciar al anciano abate, Margarita volvió a su labor, pareciendo prestarle tanta atención que saludó al tío y al sobrino sin mirarlos. Claes devolvió maquinalmente el saludo que le hizo el abate de Solís, y salió del locutorio como un hombre acuciado por sus obligaciones. El pío dominico se sentó al lado de su penitente dirigiéndole una de las profundas miradas con que sondeaba las almas; le había bastado ver a Claes y a su mujer para adivinar una catástrofe.

—Hijas —dijo la madre—, id al jardín. Margarita, enseñale a Emmanuel los tulipanes de tu padre.

Medio avergonzada, Margarita tomó del brazo a Felicia y miró al joven, quien enrojeció y salió del locutorio, llevando al pequeño Juan por deferencia. Cuando estuvieron los cuatro en el jardín, Felicia y Juan se fueron por un lado, dejando a Margarita, quien al quedarse casi sola con el joven de Solís, lo llevó ante la mata de tulipanes, invariablemente dispuesta de la misma manera, cada año, por Lemulquinier.

—¿Os gustan los tulipanes? —preguntó Margarita tras haber permanecido durante un momento en el más completo silencio sin que Emmanuel pareciera querer romperlo.

—Señorita, son unas flores muy bellas, pero para quererlas han de gustar, saber estimar sus bellezas. Esas flores me deslumbran. El hábito del trabajo, en la oscura y pequeña habitación en que vivo, al lado de mi tío, sin duda me hace preferir lo que es suave a la vista.

Diciendo estas últimas palabras contempló a Margarita, pero sin que su mirada, llena de confusos deseos, contuviese alusión alguna a la blancura mate, a la calma, a los tiernos colores que hacían una flor de aquel rostro.

—¿Trabajáis, pues, mucho? —le preguntó Margarita guiando a Emmanuel a un banco de madera con el respaldo pintado de verde—. Desde aquí —prosiguió— no veréis los tulipanes tan cerca, y así os cansarán menos los ojos. Tenéis razón, esos colores deslumbran y dañan la vista.

—Sí, trabajo mucho —respondió el joven tras un momento de silencio durante el cual había igualado con el pie la arena de la avenida—. Trabajo en muchas cosas... Mi tío quería que fuese sacerdote...

—¡Oh! —exclamó ingenuamente Margarita.

—Me negué, pues no me sentí con vocación. Pero me fue preciso mucho valor para contrariar los deseos de mi tío. Es tan bueno y me quiere tanto... últimamente me ha pagado un sustituto para que no fuese al servicio, yo, un pobre huérfano...

—¿Y a qué queréis dedicaros? —preguntó Margarita, quien pareció querer continuar su frase dejando escapar un gesto, añadiendo—: Perdón, señor, debéis de

encontrarme muy curiosa...

—Oh, señorita... —dijo Emmanuel mirándola con tanta admiración como ternura—. Nadie, excepto mi tío, me ha hecho aún esa pregunta. Estudio para ser profesor. Qué queréis, yo no soy rico... Si consigo ser director de algún colegio de Flandes, tendré de qué vivir modestamente y me casaré con una mujer sencilla a la que amaré... Esta es la vida que tengo en perspectiva. Tal vez sea por eso que prefiera una vellowita que todo el mundo pisa, en la llanura de Orchis, a esos bellos tulipanes llenos de oro, de púrpura, de zafiros, de esmeraldas, que representan una vida fastuosa, lo mismo que la vellowita representa una vida dulce y patriarcal, la vida del pobre profesor que yo seré.

—Yo siempre había llamado margaritas a las vellowitas.

Emmanuel de Solís enrojeció a más no poder, y buscó una respuesta atormentando la arena con los pies. En un aprieto por escoger entre todas las ideas que le acudían y que hallaba necias, y descontento luego por el retraso que daba a la respuesta, dijo: «No me atrevía a pronunciar vuestro nombre...», y no acabó.

—Profesor —repitió ella.

—Oh, señorita...; yo seré profesor para tener un medio de vida, pero emprenderé trabajos que podrán serme de mucha más utilidad. Tengo una gran afición a los trabajos históricos.

—Ah...

—Ese «ah» lleno de pensamientos secretos avergonzó aún más al joven, quien se echó a reír torpemente, diciendo:

—Vos me hacéis hablar de mí, señorita, cuando yo sólo debería hablaros de vos.

—Mi madre y vuestro tío han acabado su conversación, creo —dijo ella mirando a través de las ventanas del locutorio.

—He encontrado a vuestra señora madre muy cambiada.

—Sufre, sin querer decirnos el motivo de sus sufrimientos, y nosotros no podemos sino padecer con sus dolores.

La señora Claes acababa, en efecto, de terminar una consulta delicada por tratarse de un caso de conciencia que sólo el abate de Solís podía decidir. Previendo una ruina completa, ella quería retener, sin que lo supiera Baltasar, quien se ocupaba muy poco de sus asuntos, una suma considerable sobre el precio de los cuadros que el abate de Solís se encargaba de vender en Holanda, con el fin de reservarla para el momento en que la miseria se abatiese sobre la familia. Tras una madura deliberación, y después de apreciar las circunstancias en que se hallaba la penitente, el anciano dominico aprobó ese acto de prudencia. Decidió, pues, ocuparse de la venta, que debía hacerse secretamente para no exponerla a la consideración del señor Claes. El anciano envió a su sobrino con una carta de recomendación a Amsterdam, donde el joven, encantado de prestar un servicio a la casa Claes, logró vender los cuadros de la galería a los famosos banqueros Happe y Duncker por una suma ostensible de ochenta y cinco mil ducados de Holanda y por otra de quince mil que se entregarían secretamente a la

señora Claes. Los cuadros eran tan conocidos, que bastaba, para cerrar el trato, la respuesta de Baltasar a la carta que la casa Happe y Duncker le escribió. Emmanuel de Solís fue encargado por Claes de recibir el importe de los cuadros, los cuales se expidieron secretamente para que la villa de Douai ignorase la venta realizada.

Hacia finales de septiembre Baltasar reembolsó las sumas que se le habían prestado, liberó sus bienes y reanudó sus trabajos; pero la casa Claes se había despojado de su más bello ornamento. Cegado por su pasión, no demostró el menor pesar, pues se creía tan seguro de poder reparar muy pronto aquella pérdida, que había exigido que la operación fuese a retroventa. Cien lienzos pintados no eran nada a los ojos de Josefina ante la felicidad doméstica y la satisfacción de su marido; por lo demás, hizo llenar la galería con cuadros de los aposentos de recepción, y, para disimular el vacío que dejaban en la casa de delante, cambió su mobiliario. Una vez pagadas sus deudas, Baltasar dispuso de unos doscientos mil francos para reanudar sus experiencias. El abate de Solís y su sobrino fueron los depositarios de los quince mil ducados reservados para la señora Claes. A fin de aumentar esa suma, el abate los vendió, pues los acontecimientos de la guerra continental habían aumentado su valor. Y así, ciento sesenta y seis mil francos en escudos fueron enterrados en la bodega de la casa donde vivía el abate. La señora Claes tuvo la triste dicha de ver a su marido constantemente ocupado durante casi ocho meses. Sin embargo, demasiado duramente alcanzada por el golpe que le había asestado, cayó en una enfermedad de languidez que necesariamente debía empeorar. La ciencia devoró tan por completo a Baltasar que ni los reveses que sufría Francia, ni la primera caída de Napoleón, ni el retorno de los Borbones le apartaron de sus trabajos; ya no era ni marido, ni padre, ni ciudadano; sólo era químico.

Hacia finales del año 1814 la señora Claes llegó a tal grado de consunción que no la permitía abandonar el lecho. No queriendo vegetar en la alcoba donde había sido tan feliz, donde los recuerdos de su desvanecida dicha le habrían inspirado involuntarias y abrumadoras comparaciones con el presente, permanecía en el locutorio. Los médicos favorecieron ese deseo de su corazón, hallando esta pieza más ventilada, más alegre y más conveniente a su estado que su habitación. Entre la chimenea y la ventana que daba al jardín acomodaron el lecho en el que esa desgraciada mujer iba acabando de vivir. Allí pasó sus últimos días, santamente ocupada en perfeccionar el alma de sus dos hijas, tratando de que irradiase en aquellas almas el resplandor de la suya. Debilitado en sus manifestaciones, el amor conyugal permitió desplegarse al amor maternal. La madre se mostró tanto más encantadora cuanto que había tardado en mostrarse así. Como todas las personas generosas, experimentaba sublimes delicadezas de sentimientos que tomaba por remordimientos. Creyendo que negó ternuras que debió dedicar a sus hijos, trataba de redimir sus imaginarios yerros, y tenía para ellos atenciones y solicitudes que la elevaban; quería en cierto modo hacerlos revivir en su propio corazón, cubrirlos con sus desfallecientes alas y amarlos en un día por todos los que los había descuidado.

Los sufrimientos prestaban a sus caricias y a sus palabras el calor lleno de unción que exhalaba su alma. Sus ojos acariciaban a sus hijos antes de que su voz los conmoviese con entonaciones llenas de los más nobles deseos, y su mano parecía derramar constantemente bendiciones sobre ellos.

Si, tras haber vuelto a sus costumbres de lujo, la casa Claes no recibió pronto a nadie; si su aislamiento fue nuevamente más completo; si Baltasar no dio una fiesta en el aniversario de su boda, la villa de Douai no se sorprendió. La dolencia de la señora Claes pareció una suficiente razón para ese cambio; luego, el pago de las deudas atajó el curso de las maledicencias, las vicisitudes políticas a que fue sometido Flandes, la guerra de los Cien Días y la ocupación extranjera hicieron olvidar completamente al químico.

Durante esos dos años la ciudad estuvo tan a menudo a punto de ser tomada, tan consecutivamente ocupada por los franceses o por los enemigos, llegaron a ella tantos extranjeros, se refugiaron tantos campesinos, hubo tantos intereses agitados, tantas existencias comprometidas, tantos movimientos y desgracias, que cada uno sólo pudo pensar en sí mismo. El abate Solís y su sobrino y los dos hermanos Pierquin eran las únicas personas que iban a visitar a la señora Claes, por lo que el invierno del 1814 al 1815 fue para ella la más dolorosa de las agonías. Su marido iba raramente a verla. Después de la cena, sí pasaba algunas horas a su lado, pero como ella no tenía ya fuerzas para sostener una conversación larga, él decía una o dos frases eternamente semejantes, se sentaba, callaba y dejaba que reinase en el locutorio un pavoroso silencio. Esta monotonía cambiaba los días en que el abate de Solís y su sobrino pasaban la velada con los Claes. Mientras el viejo abate jugaba al chaquete con Baltasar, Margarita hablaba con Emmanuel junto al lecho de su madre, quien sonreía ante sus inocentes goces, sin dejar percibir cuán dolorosa y benéfica era a la vez para su lastimada alma la fresca brisa de aquellos virginales amores desbordando en oleadas y palabra a palabra. La inflexión de la voz con el uno, seducía a otro, le destrozaba el corazón; una mirada de inteligencia que les sorprendía, le devolvía, a ella ya casi muerta, recuerdos de sus días felices, los cuales aumentaban la amargura del presente. Emmanuel y Margarita tenían una delicadeza que les hacía reprimir las deliciosas puerilidades del amor, para no ofender a una mujer dolorida cuyas heridas adivinaban instintivamente. Nadie ha observado aún que los sentimientos tienen una vida que les es propia, una naturaleza que procede de las circunstancias en medio de las cuales han nacido; conservan la fisonomía de los lugares donde han crecido y la impronta de las ideas que han influido en sus desarrollos.

Hay pasiones ardientemente concebidas cuya llama subsiste, como la de la señora Claes por su marido; luego hay sentimientos a los que todo ha sonreído, que conservan una alegría matinal, cuyas cosechas de júbilo no dejan nunca de ir acompañadas de risas y de fiesta; pero hay también amores fatalmente enmarcados de melancolía o circundados por la desgracia y cuyos placeres y goces son penosos, arduos, llenos de temores, de remordimientos y de desesperanzas. El amor oculto en

el corazón de Emmanuel y de Margarita, sin que ni uno ni otro comprendiesen aún que se trataba de amor; ese sentimiento que brotó bajo la oscura bóveda de la galería Claes, ante un anciano y severo sacerdote y en un momento de silencio y calma; ese amor grave y discreto, fértil en dulces y suaves matices, en secretos deleites saboreados como racimos robados en un viñedo, estaba teñido del pardo color y de las grises tonalidades que lo decoraron en sus primeras horas.

No atreviéndose a entregarse a ninguna demostración viva ante aquel lecho de dolor, las dos criaturas engrandecían sus goces sin saberlo por una concentración que los imprimía en el fondo de su corazón. Eran cuidados prestados a la enferma y en los que gustaba de participar Emmanuel, dichoso al poder unirse a Margarita y hacerse anticipadamente hijo de aquella madre. Un agradecimiento melancólico sustituía en los labios de la muchacha el dulce lenguaje de los enamorados. Los suspiros del corazón de cada uno, henchidos de júbilo por la mirada que cruzaban, se diferenciaban poco de los suspiros arrancados por el espectáculo del amor maternal. Sus bellos y breves momentos de declaraciones indirectas, de promesas inacabadas, de expansiones comprimidas, podían compararse a esas alegorías pintadas por Rafael sobre fondos negros. Tenían uno y otro una certidumbre que no se la confesaban; sabían qué sol ardía sobre ellos, pero ignoraban qué viento ahuyentaría los negros nubarrones amontonados sobre sus cabezas; dudaban del porvenir, y, temiendo hallarse siempre acosados por sufrimientos, permanecían tímidamente en las sombras de ese crepúsculo, sin atreverse a decirse: «¿Acabamos juntos la jornada?».

Sin embargo, la ternura que la señora Claes testimoniaba a sus hijos ocultaba noblemente lo que se callaba a sí misma. Sus hijos no le causaban ni estremecimiento ni terror; eran su consuelo, pero no su vida; ella vivía para ellos y moría por Baltasar. Por penosa que le fuese la presencia de su marido abstraído durante horas enteras, y quien le dirigía de cuando en cuando una monótona mirada, ella no olvidaba sus dolores sino durante esos crueles instantes. La indiferencia de Baltasar por la mujer moribunda habría parecido criminal a cualquier extraño que lo hubiese presenciado; pero la señora Claes y sus hijas se habían acostumbrado, y, porque conocían el corazón de aquel hombre, lo absolvían. Si durante el día la señora Claes sufría alguna peligrosa crisis, si se sentía peor, si parecía a punto de expirar, Claes era el único en la casa y en la ciudad que lo ignoraba; Lemulquinier, su ayuda de cámara, lo sabía; pero ni sus hijas, a las que su madre imponía silencio, ni la camarera le informaban sobre los peligros que corría una criatura tan ardientemente amada en otro tiempo. Cuando se le oía andar en la galería en el momento en que iba a cenar, la señora Claes era feliz; iba a verle, y hacía acopio de fuerzas para disfrutar de esa alegría. En el instante en que él entraba, esa mujer pálida y casi muerta recobraba su vivo color y un aspecto de salud; el sabio se acercaba al lecho, le cogía una mano y la veía bajo un falso aspecto; sólo para él estaba ella bien. Y cuando él le preguntaba: «Querida mía, ¿cómo te encuentras hoy?», ella le respondía: «Mejor, querido», haciéndole creer a aquel hombre distraído que al día siguiente se levantaría, restablecida ya. La

preocupación de Baltasar era tan grande que tenía por una simple indisposición la enfermedad de que moría su mujer. Moribunda para todo el mundo, ella seguía viva para él.

El resultado de aquel año fue una separación completa de los dos esposos. Claes dormía aparte, se levantaba al rayar el día y se encontraba en su laboratorio o en su despacho; al no ver a su mujer sino delante de sus hijas o de las dos o tres amistades que iban a visitarla, se desacostumbró de ella. Estos dos seres, en otro tiempo habituados a pensar juntos, no tuvieron sino muy de tarde en tarde esos momentos de comunicación, de abandono, de expansión que sustituyen la vida íntima, y llegó un momento en que hasta esos raros goces cesaron. Los sufrimientos físicos vinieron en socorro de la pobre mujer y la ayudaron a soportar un vacío, una separación que la habría matado si hubiese estado verdaderamente viva. Fueron tan agudos sus dolores que a veces fue feliz viendo que los ignoraba el hombre a quien seguía amando. Contemplaba a Baltasar durante una parte de la velada, y, sabiéndole feliz como quería él serlo, bendecía la dicha que ella le había procurado. Ese frágil goce le bastaba; no se preguntaba ya si era amada; se esforzaba por creerlo y se deslizaba sobre esa capa de hilo sin atreverse a apoyarse demasiado, temiendo romperla y ahogar su corazón en una espantosa nada. Como ningún suceso turbaba esa calma, y la enfermedad que consumía lentamente a la señora Claes contribuía a esa paz interior, manteniendo el afecto conyugal en un estado pasivo, fue fácil llegar en este triste estado a los primeros días del año 1816.

Hacia finales del mes de febrero Pierquin, el notario, dio el golpe que debía precipitar la muerte de una mujer angélica cuya alma, decía el abate de Solís, estaba casi sin pecados.

—Señora —le dijo Pierquin en voz baja, aprovechando un momento en que sus hijas no podían oírle el señor Claes me ha encargado que le consiga un préstamo de trescientos mil francos sobre sus propiedades; adoptad precauciones por la fortuna de vuestros hijos.

La señora Claes juntó las manos, alzó los ojos al techo y agradeció al notario con una benévola inclinación de cabeza y una triste sonrisa que le conmovió. Ese aviso fue la puñalada que mató a Pepita. Aquel día se había entregado a penosas reflexiones que le habían henchido el corazón, y se hallaba en una de esas situaciones en que el viajero, no conservando ya su equilibrio, rueda, empujado por un pequeño guijarro, hasta el fondo del precipicio que ha sorteado mucho tiempo y valerosamente. Una vez salió el notario, la señora Claes pidió a Margarita lo necesario para escribir, hizo acopio de fuerzas y se ocupó durante largos instantes en redactar un testamento. Varias veces se detuvo para contemplar a su hija. La hora de las confesiones había llegado. Al conducir la casa desde la enfermedad de su madre, Margarita había satisfecho tan bien las esperanzas de la moribunda que la señora Claes se fijó sin desespere en el porvenir de su familia, viéndose revivir en ese ángel amante y fuerte. Sin duda las dos mujeres presentían las mutuas y tristes confianzas que se harían; la

hija miraba a su madre cuando la madre la miraba a ella, y las dos tenían los ojos llenos de lágrimas. Varias veces, en los momentos en que la señora Claes descansaba, Margarita decía: «¿Madre mía...?», como para hablar, y luego se detenía, como sofocada, sin que su madre, demasiado absorbida por sus propios pensamientos, le preguntase la causa de su interrogación. Finalmente la señora Claes quiso sellar lo que había escrito; Margarita, que sostenía una bujía, se retiró por discreción, para no ver a quién iba dirigido.

—Puedes leerlo, hija —le dijo la enferma con desgarrador acento.

Y Margarita vio a su madre trazando estas palabras: *A mi hija Margarita.*

—Ya hablaremos cuando haya descansado —añadió la madre metiendo la carta bajo su almohada para luego dejarse caer como agotada por su último esfuerzo y durmiendo durante varias horas.

Cuando se despertó, sus dos hijas y sus dos hijos estaban de rodillas ante su lecho y rezaban con fervor. Era un jueves. Gabriel y Juan acababan de llegar del colegio acompañados por Emmanuel de Solís, nombrado desde hacía seis meses profesor de historia y filosofía.

—Queridos hijos, hemos de decirnos adiós —anunció—. Vosotros no me abandonáis, no, y aquel que...

No acabó su frase.

—Señor Emmanuel —dijo Margarita viendo palidecer a su madre—, id a decir a mi padre que mamá está peor.

El joven Solís subió al laboratorio, y después de conseguir que Lemulquinier fuese a avisar a Baltasar, éste respondió a la súplica del joven diciendo:

—Ahora voy.

—Amigo mío —dijo la señora Claes a Emmanuel al regresar éste—, llevaos a mis dos hijos e id a buscar a vuestro tío. Creo que es necesario que se me den los últimos sacramentos; deseo recibirlos de su mano.

Al hallarse sola con sus hijas, hizo una señal a Margarita, quien, comprendiendo a su madre, hizo salir a Felicia.

—También yo tenía que hablaros, mi querida mamá —dijo Margarita, quien al no creer a su madre tan grave como en realidad estaba, agrandó la herida abierta por Pierquin—. Desde hace diez días no dispongo de dinero para los gastos de la casa, y debo a los criados seis meses de su sueldo. Dos veces he querido pedir dinero a mi padre y no me he atrevido. Vos no lo sabéis, pero se han vendido los cuadros de la galería y la bodega...

—No me ha dicho una palabra de eso —exclamó la señora Claes—. ¡Oh Dios mío, qué a tiempo me llamáis a Vos...! ¿Qué será de vosotros, pobres hijos míos?

Hizo una ardiente plegaria que le tiñó los ojos con fulgores de arrepentimiento.

—Margarita —prosiguió sacando la carta de debajo de su almohada—, este es un escrito que no abrirás ni leerás hasta el momento en que, después de mi muerte, te encuentres en el mayor apuro, es decir, si llega a faltarnos el pan. Mi querida

Margarita, quiere mucho a tu padre, pero cuida de tu hermana y de tus hermanos. Dentro de algunos días, de algunas horas acaso, estarás a la cabeza de la casa. Sé ahorradora. Si te hallases en oposición con las voluntades de tu padre, y esto podría llegar, pues ha gastado grandes cantidades buscando un secreto cuyo descubrimiento sería objeto de una gloria y de una fortuna inmensas, tendrá sin duda necesidad de dinero, y acaso te lo pida; despliega entonces toda la ternura de una hija, y sabe conciliar los intereses cuya única protectora serás con lo que debes a un padre, a un gran hombre que sacrifica su felicidad y su vida para el encumbramiento de su familia; él no podría estar equivocado sino en la forma, sus intenciones serán siempre nobles, es excelente y su corazón está lleno de amor; le volveréis a ver bueno y afectuoso... He debido decirte estas palabras al borde de la tumba, Margarita. Si quieres endulzar los dolores de mi muerte, me prometerás, hija mía, reemplazarme al lado de tu padre, no causarle ningún dolor; no le reproches nada, no le juzgues... Sé una dulce y complaciente mediadora hasta que, acabada su obra, vuelva a ser el cabeza de familia.

—Os comprendo, mi querida madre —dijo Margarita besando los inflamados ojos de la moribunda—, y haré como vos deseáis.

—No te cases, ángel mío —prosiguió la señora Claes—, sino cuando Gabriel pueda sucederte en el gobierno de los asuntos de la casa. Tu marido, si te casaras, quizá no compartiría tus sentimientos, podría traer trastornos a la familia y atormentaría a tu padre.

Margarita miró a su madre y le dijo:

—¿No tenéis otra recomendación que hacerme sobre mi casamiento?

—¿Vacilarías, hija mía? —dijo la moribunda con temor.

—No —respondió la hija—; os prometo obedeceros.

—Pobre hija...; no he sabido sacrificarme por ti —añadió la madre vertiendo ardientes lágrimas—, y te pido que te sacrifiques por todos. La felicidad nos hace egoístas. Sí, Margarita, yo he sido débil porque era feliz. Sé fuerte, conserva la razón para quienes no la tengan aquí. Haz que tus hermanos y tu hermana no me acusen nunca. Quiere mucho a tu padre, no le contraríes... demasiado.

Inclinó la cabeza sobre la almohada y no añadió una palabra, pues sus fuerzas la habían traicionado. El combate interior entre la mujer y la madre había sido demasiado violento. Algunos instantes después llegó el clero, precedido por el abate de Solís, y el locutorio se llenó con los componentes de la casa. Cuando comenzó la ceremonia, la señora Claes, a quien su confesor había despertado, miró a todos los que estaban en su derredor y no vio a Baltasar.

—¿Y el señor? —preguntó.

Esta frase, que resumía su vida y su muerte, fue pronunciada con tan lastimero acento que produjo un triste escalofrío. A pesar de sus muchos años, Marta se lanzó como una flecha, subió la escalera y llamó violentamente en la puerta del laboratorio.

—¡Señor, la señora se muere, y se os espera para administrarle los sacramentos!

—gritó con la violencia de la indignación.

—Ahora voy —respondió Baltasar.

Lemulquinier llegó un momento después, diciendo que su amo le seguía. La señora Claes no cesó de mirar a la puerta del locutorio, pero su marido no apareció sino en el momento en que la ceremonia terminaba. El abate de Solís y los dos hijos rodeaban la cabecera del lecho de la moribunda. Al ver entrar a su marido, Josefina enrojeció y algunas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—«¿Ibas sin duda a descomponer el nitrógeno?» —le preguntó con tan angelical dulzura que estremeció a los asistentes.

—¡Lo logré! —exclamó él con acento de triunfo—. El ázoe contiene oxígeno y una sustancia de la naturaleza de los imponderables que probablemente es el principio de la...

Hubo murmullos de horror que le interrumpieron y le hicieron comprender la realidad.

—¿Qué me han dicho? —prosiguió—. ¿Estás, pues, peor? ¿Qué ha sucedido?

—Sucede, señor —le dijo al oído el abate de Solís indignado—, que vuestra esposa se muere, y que vos la habéis matado.

Y sin esperar su respuesta, el anciano sacerdote cogió del brazo a Emmanuel y salió, seguido de los hijos, quienes le acompañaron hasta el patio. Baltasar quedó como fulminado y miró a su mujer, dejando caer algunas lágrimas.

—¡Tú mueres y yo te he matado! —exclamó—. ¿Qué es lo que ha dicho?

—Querido —respondió ella—, yo no vivía sino por tu amor, y tú me has retirado la vida, sin saberlo.

—Dejadnos —dijo Claes a sus hijos cuando regresaron—. ¿He dejado de amarte un solo instante? —preguntó sentándose junto a su mujer y besándole las manos.

—Querido, no te reprocharé nada. Tú me has hecho feliz, demasiado feliz; yo no he podido sostener la comparación de los primeros días de nuestro matrimonio, que eran llenos, con estos últimos durante los cuales tú no has sido tú mismo y que han sido vacíos. La vida del corazón, como la vida física, tiene sus acciones. Desde hace seis años has estado muerto para el amor, para la familia, para todo lo que constituía nuestra felicidad. No te hablaré de las dichas que son privativas de la juventud y que deben cesar en el otoño de la vida, pero esas dichas dejan frutos de los que se alimentan las almas, una confianza sin límites, dulces costumbres, y bien, tú me has arrebatado esos tesoros de nuestra edad. Me voy a tiempo; ya no vivíamos juntos de ninguna manera; tú me ocultabas tus pensamientos y tus actos. ¿Cómo has llegado a temerme? ¿Te he dirigido alguna vez una palabra, una mirada, un gesto de censura? Y, sin embargo, has vendido tus últimos cuadros, hasta los vinos de la bodega, y aún pides préstamos sobre tus bienes sin decirme una palabra... Saldré, pues, de la vida disgustada de la vida... Si cometiste errores, si te cegaste persiguiendo lo imposible, ¿no te he demostrado que había en mí suficiente amor para ser dulce compartiendo tus yerros, yendo siempre a tu lado, aunque me hubieses llevado por los caminos del

delito? Me has querido demasiado; esa es mi gloria y mi dolor. Mi enfermedad ha durado mucho tiempo, Baltasar; empezó el día que en este lugar donde voy a morir me demostraste que pertenecías más a la ciencia que a la familia y aquí tienes a tu mujer muerta y a tu fortuna consumida. Tu fortuna y tu mujer te pertenecían, podías disponer de los dos, pero el día en que yo no estaré, mi fortuna será de tus hijos y tú no podrás tocar nada. ¿Qué será, pues, de ti? Ahora te debo la verdad; los moribundos van lejos... ¿Dónde se hallará en adelante el contrapeso que equilibrará la maldita pasión que ha envenenado tu vida? Si me has sacrificado a mí por esa pasión, tus hijos no te pedirán nunca cuentas, pues yo te debo esa justicia de confesar que me preferías a todo. Dos millones y seis años de trabajos han sido lanzados a ese abismo, y no has encontrado nada...

Ante estas palabras, Claes hundió la cabeza entre sus manos, y no respondió.

—Ni tampoco hallarás más que la vergüenza para ti y la miseria para tus hijos —prosiguió la moribunda—. Ya se te llama por irrisión Claes el alquimista; más tarde será Claes el loco... Yo creo en ti. Yo sé que eres grande y sabio, que eres un genio, pero para la gente vulgar la genialidad se parece a la locura. La gloria es el sol de los muertos; en vida, serás desgraciado como todo lo que fue grande y arrumarás a tus hijos. Yo me voy sin haber disfrutado de tu fama, que me habría consolado de haber perdido la felicidad. Pues bien, Baltasar, para hacerme menos amarga esta muerte, sería preciso que estuviese yo segura de que nuestros hijos tendrán un pedazo de pan, pero nada, ni siquiera tú, podría calmar mis inquietudes...

—Te juro —dijo Claes— que...

—No jures, querido, para no faltar a tus juramentos —le interrumpió ella—. Tú nos debías tu protección, la cual nos ha faltado desde hace casi siete años. La ciencia es tu vida. Un gran hombre no puede tener ni mujer ni hijos. Id solo en vuestras sendas de miseria; vuestras virtudes no son las de los seres vulgares; pertenecéis al mundo, no podríais pertenecer ni a una mujer ni a una familia. Secáis la tierra en torno vuestro, lo mismo que los grandes árboles. Yo, pobre planta, no he podido elevarme a bastante altura, y expiro cuando estás en la mitad de la vida. Esperaba este último día para decirte estos horribles pensamientos, que sólo he descubierto con los relámpagos del dolor y de la desesperación. ¡Pero evita las penas de mis hijos! Que estas palabras se graben en tu corazón. Te las diré hasta mi último suspiro. La mujer está ya muerta; tú la has despojado, lenta y gradualmente, de sus sentimientos, de sus goces. ¡Ay!, sin esa cruel diligencia que has tomado involuntariamente, ¿habría vivido yo tanto tiempo? Pero esos pobres hijos no me abandonan, no; ellos han crecido al lado de mis dolores, la madre ha sobrevivido en ellos. Evítales, ahórrales penas a nuestros hijos.

—¡Lemulquinier! —gritó Baltasar con temblorosa voz.

El viejo criado apareció en el acto.

—¡Ve a destruirlo todo arriba, máquinas y aparatos! Hazlo con precaución, pero destrórzalo todo. ¡Renuncio a la ciencia! —dijo a su mujer.

—Es demasiado tarde... —respondió ella mirando a Lemulquinier—. ¡Margarita!
—exclamó sintiéndose morir.

Apareció Margarita en el umbral de la puerta, y lanzó un penetrante grito al ver que se apagaban los ojos de su madre.

—Margarita... —repitió la moribunda.

Esta última exclamación contenía una llamada tan intensa a su hija, la investía de tanta autoridad que fue como un testamento. Acudió espantada la familia y la servidumbre, y todos vieron expirar a la señora Claes, quien había agotado las últimas fuerzas en su conversación con su marido. Baltasar y Margarita, inmóviles, ella en la cabecera y él al pie del lecho, no podían creer en la muerte de esa mujer cuyas cabales virtudes y su inagotable ternura sólo ellos conocían. El padre y la hija cambiaron una mirada llena de pensamientos: la hija juzgaba a su padre, y el padre temblaba ya de encontrar en su hija el instrumento de una venganza. Aunque los recuerdos de amor con que su mujer colmó su vida volviesen en tropel a asaltar su memoria y diesen a las últimas palabras de la muerta una santa autoridad que debía hacerle escuchar siempre su voz, Baltasar dudaba de su corazón, tan débil contra su genio; luego oía un terrible rugido de pasión que le negaba la firmeza de su arrepentimiento, y le asustaba de sí mismo. Al desaparecer aquella mujer todos comprendieron que la casa Claes tenía un alma y que esa alma no existía ya. Y el dolor fue tan intenso que el locutorio en que parecía revivir la noble Josefina permaneció cerrado; nadie se atrevía a entrar en él.

V

SACRIFICIOS DE LA JUVENTUD

La sociedad no practica ninguna de las virtudes que pide a los hombres; comete crímenes en todo momento, pero los comete en palabras; prepara las malas acciones por medio de la burla como degrada lo bello por medio del ridículo; se burla de los hijos que lloran demasiado a sus padres, anatemiza a los que no los lloran bastante, y se divierte después sopesando los cadáveres antes de que se enfríen... La noche del día en que la señora Claes expiró, los amigos de esa mujer dejaron algunas flores sobre su tumba entre dos partidas de *whist* y rindieron homenaje a sus bellas cualidades buscando algún palo de la baraja. Luego, tras algunas frases lacrimosas que son el *Ba be bi bo bu* del dolor colectivo, y que se pronuncian con las mismas entonaciones, sin mucho ni poco sentimiento, en todas las ciudades de Francia y a cualquier hora, cada uno cifró el producto de su herencia. Pierquin fue el primero en hacer observar a quienes comentaban el luctuoso suceso que la muerte de aquella excelente mujer era un bien para ella; su marido la hacía demasiado desgraciada, y para sus hijos eran un bien mayor aún, pues ella no habría sabido negar su fortuna a su marido, a quien ella adoraba, mientras que ahora Claes ya no podría derrocharla. Y todos a calcular la herencia de la pobre señora Claes, a precisar sus economías (¿las había hecho, no las había hecho?), a inventariar sus joyas, a pasar revista a su guardarropa, a registrar sus cajones, mientras que la afligida familia lloraba y rezaba en torno al lecho mortuario. Con el golpe de vista de un perito tasador de fortunas, Pierquin calculó que podían aún hallarse los propios —por emplear su expresión— de la señora Claes, los cuales debían ascender alrededor de un millón y medio de francos entre el bosque de Waignies, cuya madera había adquirido un precio enorme desde hacía doce años, y contó sus arboledas antiguas y modernas, y los bienes de Baltasar, quien aún era *bueno* para *satisfacer* a sus hijos si el valor de la liquidación no les correspondía directamente. La señorita Claes era, pues, para seguir hablando en su argot, una muchacha de cuatrocientos mil francos.

—Pero si no se casa pronto —añadió—, lo que la emanciparía y le permitiría licitar el bosque de Waignies, liquidar la parte de los menores y emplearla de manera que el padre no la tocara, el señor Claes era un hombre capaz de arruinar a sus hijos.

Todos buscaron cuáles eran, en la provincia, los jóvenes capaces de pretender a la mano de la señorita Claes, pero nadie le hizo al notario la galantería de suponerlo digno. El notario hallaba razones para rechazar a cada uno de los partidos propuestos como indigno de Margarita. Los interlocutores se miraban sonriendo, y se complacían prolongando su malicia provinciana. Pierquin había visto en la muerte de la señora Claes un acontecimiento favorable a sus pretensiones, y despedazaba ya en provecho

suyo el cadáver.

—Esta buena mujer —se dijo volviendo a su casa para acostarse— era orgullosa como un pavo real y no me habría dado nunca a su hija. Vaya, vaya... ¿Por qué no he de maniobrar ahora para casarme con ella? El padre Claes es un hombre ebrio de carbono que no se ocupa de sus hijos; si le pido su hija, después de convencer a Margarita de lo que le urge casarse para salvar la fortuna de sus hermanos y de su hermana, tendrá una alegría por desembarazarse de una criatura que puede importunarle.

Se durmió entreviendo las bellezas matrimoniales del contrato, meditando todas las ventajas que le ofrecía el asunto, y las garantías que encontraba para su felicidad en la persona de la que ya se veía su esposo. Resultaba difícil hallar en la provincia una joven más delicadamente bella y mejor educada que Margarita. Su modestia y su gracia eran comparables a las de la hermosa flor que Emmanuel no había osado nombrar ante ella, temiendo descubrir así los secretos deseos de su corazón. Sus sentimientos eran altivos y sus principios religiosos, por lo que debía ser una casta esposa, pero ella no halagaba tan sólo la vanidad que todo hombre dedica más o menos a la elección de una mujer, sino que aún satisfacía el orgullo del notario por la inmensa consideración que su familia, doblemente noble, disfrutaba en Flandes y que compartía su marido. Al día siguiente Pierquin sacó de su caja algunos billetes de mil francos y fue amistosamente a ofrecérselos a Baltasar, a fin de ahorrarle apuros pecuniarios en el momento en que estaba sumido en el dolor. Conmovido ante tan delicada atención, Baltasar haría sin duda a su hija el elogio del corazón y de la persona del notario. Pero no fue así. El señor Claes y su hija hallaron aquel rasgo de afecto muy natural, y su sufrimiento era demasiado exclusivo como para que pensaran en Pierquin. En efecto, la desesperación de Baltasar fue tan grande que las personas dispuestas a censurar su conducta se la perdonaron, menos desde el punto de vista de la ciencia que podía excusarla, pues en gracia a sus quejas no reparaban el mal. El mundo se contenta con muecas, se satisface con lo que da, sin comprobar su calidad; para él, el verdadero dolor es un espectáculo, una especie de goce que le inclina a absolverlo todo, incluso a un criminal; en su avidez de emociones, indulta sin discernimiento lo mismo al que le hace reír que al que le hace llorar, sin pedirle cuenta de los medios.

Margarita había cumplido diecinueve años cuando su padre le entregó el gobierno de la casa, y su autoridad fue devotamente reconocida por su hermana y sus dos hermanos, a quienes, durante los últimos momentos de su vida, la señora Claes exhortó a que obedeciesen a la mayor. El luto realizaba su blanca lozanía, del mismo modo que la tristeza ponía de relieve su dulzura y su paciencia. Desde los primeros días prodigó las pruebas de ese valor femenino, de esa constante serenidad que deben tener los ángeles encargados de expandir la paz, tocando con su verde palma los corazones dolientes. Pero si ella se acostumbró, por la prematura comprensión de sus deberes, a ocultar sus dolores, no por ello fueron menos vivos; su sereno exterior

estaba en desacuerdo con la hondura de sus sensaciones, y muy pronto se vio obligada a sufrir esas terribles reflexiones del sentimiento que el corazón no siempre puede contener; su padre había de tenerla continuamente oprimida entre las generosidades naturales a las almas jóvenes y la voz de una imperiosa necesidad. Los cálculos a que se entregó el mismo día que siguió a la muerte de su madre la enfrentaron con los intereses de la vida, en el momento en que las muchachas sólo conciben sus placeres. Espantosa educación del sufrimiento que no ha faltado nunca a las naturalezas angélicas. El amor que se apoya en el dinero y en la vanidad crea la más obstinada de las pasiones. Pierquin no quiso perder tiempo para sitiar a la heredera. Algunos días después de su ofrecimiento al señor Claes buscó la ocasión de hablar a Margarita, comenzando sus operaciones con una habilidad que habría podido seducirla, pero el amor le había impuesto en el corazón una clarividencia que impidió que se dejase prender por actitudes externas propicias a los engaños sentimentales, y en esta circunstancia Pierquin desplegaba la bondad que le era propia, la bondad del notario que se cree querido cuando salva dinero. Apoyándose en su dudoso parentesco y en el constante hábito que tenía de llevar los asuntos y compartir los secretos de esa familia, seguro del afecto y de la amistad del padre, bien servido por la despreocupación de un sabio que no había hecho proyecto alguno respecto al futuro de su hija, y no suponiendo que Margarita pudiese sentir ya una predilección, le dejó juzgar una solicitud que no representaba la pasión sino por la alianza de los cálculos más odiosos a las almas jóvenes, y que no supo velar. Fue él quien estuvo ingenuo y ella quien usó del disimulo, precisamente porque él creía actuar contra una muchacha indefensa y porque desconocía los privilegios de la debilidad.

—Mi querida prima —le dijo a Margarita mientras paseaban por las avenidas del jardinillo—, vos conocéis mi corazón y sabéis el pesar con que respeto los dolorosos sentimientos que en este momento os afectan. Tengo el alma demasiado sensible para ser notario, pues no vivo sino por el corazón, y estoy obligado constantemente a ocuparme de los asuntos de los demás cuando mi deseo sería abandonarme a las dulces emociones que hacen feliz la vida. De ahí mi sufrimiento al verme forzado a hablaros de proyectos discordantes con el estado de vuestra alma, pero es necesario. No he cesado de pensar en vos desde hace unos días. Acabo de reconocer que por una singular fatalidad, la fortuna de vuestros hermanos y de vuestra hermana, y la vuestra misma, están en peligro... ¿Queréis salvar a vuestra familia de una ruina completa?

—¿Qué habría que hacer? —preguntó ella asustada ante sus palabras.

—Casaros —respondió Pierquin.

—No me casaré —dijo ella.

—Os casaréis —replicó el notario— cuando hayáis reflexionado en la crítica situación en que os encontráis.

—¿Qué puede salvar mi casamiento...?

—Ahí os esperaba, prima —dijo él interrumpiéndola—. El matrimonio emancipa.

—¿Por qué habría de emancipáreme? —preguntó Margarita.

—Para ser dueña de lo vuestro, mi querida prima —respondió el notario con aire de triunfo—. Os posesionaréis de vuestra parte de la fortuna de vuestra madre. Para dárosla, es preciso liquidarla, y para liquidarla, ¿no habrá que licitar el bosque de Waignies? Planteada así la cuestión, todos los valores de la sucesión se capitalizarán, y vuestro padre, como tutor, se verá obligado a colocar la parte de vuestros hermanos y de vuestra hermana, con lo cual la química ya no podrá tocarla.

—¿Y qué sucedería en caso contrario? —preguntó ella.

—Pues que vuestro padre administrará vuestros bienes —respondió Pierquin—. Y si volviese a querer hacer oro, podría vender el bosque de Waignies y dejaros peor que desnudos. El bosque de Waignies vale en estos momentos un millón cuatrocientos mil francos; pero si un día se le ocurre a vuestro padre talarlo, el terreno no valdrá ni trescientos mil. ¿No es mejor evitar ese peligro, casi seguro, planteando de inmediato la necesidad del reparto para vuestra emancipación? Así salvaréis todas las talas que más tarde podría disponer vuestro padre en perjuicio vuestro. En este momento la química duerme, e inscribirá necesariamente los valores de la liquidación en la Deuda Pública. Los fondos están a cincuenta y nueve, y sus queridos hijos tendrán de ese modo cinco mil libras de renta por cincuenta mil francos. Y como no se puede disponer de capitales que pertenecen a menores, al llegar a su mayoría de edad vuestros hermanos y vuestra hermana verán duplicada su fortuna. Mientras que de otro modo, os digo... Además, vuestro padre ha mermado ya mucho los bienes de vuestra madre; sabremos el déficit mediante un inventario. Si aparece como deudor él, lo convertiréis en hipoteca sobre sus bienes, y así salvaréis ya algo.

—Ni pensarlo. Eso sería ultrajar a mi padre. No hace tanto tiempo de las últimas palabras de mi madre para que no pueda recordarlas. Mi padre es incapaz de despojar a sus hijos —añadió ella dejando escapar lágrimas de dolor—. No le conocéis, señor Pierquin.

—Pero si vuestro padre, mi querida prima, vuelve a la química, entonces...

—Nos arruinaría, ¿no es así?

—Completamente arruinados. Creedme, Margarita —añadió tomándola una mano que se puso sobre su corazón—: yo faltaría a mis deberes si no insistiese. Vuestro único interés...

—Señor —replicó Margarita con frío acento y retirando su mano—, el interés bien entendido de mi familia exige que yo no me case. Mi madre lo creía así.

—Prima —exclamó él con la convicción de un hombre acaudalado que ve perder una fortuna—, os suicidáis, arrojáis al agua la herencia de vuestra madre... Pero no importa; yo tendré la abnegación que me exige la gran amistad que os profeso. Vos no sabéis hasta qué extremo os quiero; os adoro desde el día en que os vi en el último baile que dio vuestro padre. Estabais encantadora. Podéis fiar en la voz del corazón cuando habla de intereses, querida Margarita... —Hizo una pausa y añadió—: Sí, convocaremos un consejo de familia y os emanciparemos sin consultaros.

—¿Pero qué es eso de estar emancipada?

—Es gozar de los derechos.

—Pues si puedo emanciparme sin casarme, ¿por qué queréis que me case? ¿Y con quién?

Pierquin quiso mirar a su prima con aire tierno, pero su expresión contrastaba tanto con la rigidez de sus ojos, acostumbrados a hablar de dinero, que Margarita creyó percibir cálculo en su improvisada ternura.

—Os casaríais con la persona que os habrá gustado... en la ciudad... —prosiguió el notario—. Os es indispensable un marido, hasta como expediente. Vais a hallaros en presencia de vuestro padre, ¿y cómo podríais resistirle sola?

—Bah, señor, yo sabré defender a mis hermanos y a mi hermana cuando llegue el momento.

«¡Diablos con la comadre!», se dijo Pierquin, añadiendo en voz alta: No, no creo que podáis resistirle.

—Dejemos ya ese tema —le atajó ella.

—Bien, prima, entonces, adiós; intentaré serviros a vuestro pesar, y demostraré lo mucho que os quiero protegiéndoos contra una desgracia que todo el mundo prevé.

—Os agradezco vuestro interés, pero os suplico que no propongáis ni emprendáis nada que pueda causar el menor disgusto a mi padre.

Margarita quedóse pensativa al ver alejarse a Pierquin; comparó la voz metálica, los modales que no tenían más que la elasticidad de los resortes y las miradas que traslucían más servilismo que dulzura, con las poesías melodiosamente mudas de que estaban revestidos los sentimientos de Emmanuel. Hágase o dígame lo que sea, existe un admirable magnetismo en los efectos que nunca engañan. El sonido de la voz, la mirada, los apasionados gestos del hombre amante pueden imitarse, y una muchacha puede ser engañada por un hábil comediante, ¿pero no debe ser sólo para lograrlo? Si esa muchacha tiene a su lado un alma que vibra al unísono de sus sentimientos, ¿no ha reconocido bien pronto las expresiones del auténtico amor? Emmanuel estaba en aquellos momentos, como Margarita, bajo la influencia de las nubes que tras su encuentro habían formado fatalmente una sombría atmósfera sobre sus cabezas, y que les ocultaban el cielo azul del amor. Él sentía por su elegida esa idolatría que la falta de esperanza hace tan dulce y tan misteriosa en sus pías manifestaciones. Situado socialmente demasiado lejos de la señorita Claes por su escasa fortuna y no pudiendo ofrecerle más que un digno nombre, no veía probabilidad alguna de que lo aceptase como esposo. Había esperado algunos alientos, que Margarita evitó darle ante los apagados ojos de una moribunda. Igualmente puros, no se habían dicho aún una sola palabra de amor. Sus goces habían sido los egoístas goces que los desgraciados se ven obligados a saborear solos. Habíanse estremecido por separado, aunque estuvieran agitados por un rayo brotado de la misma esperanza; parecían tener miedo de ellos mismos, sintiéndose ya demasiado el uno del otro. Así Emmanuel temblaba sólo al roce de la mano de la soberana a la que había levantado un santuario en su corazón. El más descuidado contacto habría desarrollado en él deleites demasiado intensos y

no habría sido dueño de sus desencadenados sentidos. Pero aunque no se hubiesen otorgado nada de los tenues e inmensos, de los inocentes y serios testimonios que se permiten los más tímidos amantes, mutuamente se habían alojado tan bien en sus respectivos corazones, que se sabían dispuestos a concederse los mayores sacrificios, los únicos placeres que podían saborear. Desde la muerte de la señora Claes, su secreto amor se ahogaba bajo los crespones del duelo. Pardos, los tintes de la esfera en que vivían se habían vuelto negros, y las claridades se extinguían en lágrimas. La reserva de Margarita se trocó casi en frialdad, pues había de mantener el juramento exigido por su madre, y viéndose más libre que antes, adquirió también más rigidez. Emmanuel había abrazado el duelo de su bienamada, comprendiendo que el menor deseo de amor, la más simple exigencia sería como si se agrediesen las leyes del corazón. Ese gran amor estaba, pues, más oculto que nunca. Las dos tiernas almas producían siempre el mismo sonido, pero, separadas por el dolor, como lo habían sido por las timideces de la juventud y por el respeto debido a los sufrimientos de la muerta, se adherían aún al magnífico lenguaje de los ojos, a la muda elocuencia de las acciones abnegadas, a una coherencia continua, sublimes armonías de la juventud, primeros pasos del amor en su infancia. Emmanuel iba cada mañana a saber noticias de Claes y de Margarita, pero no entraba en el comedor sino cuando les llevaba una carta de Gabriel o cuando Baltasar se lo pedía. Su primera mirada a la muchacha le revelaba mil pensamientos de simpatía, y sufría por la discreción que le imponían las conveniencias; no la había abandonado, compartía su tristeza, y vertía el rocío de sus lágrimas en el corazón de su amiga por una mirada que ninguna segunda intención alteraba. Ese excelente joven vivía tan bien en el presente, que apegaba tanto a una dicha que creía fugaz, que Margarita se reprochaba a veces por no tenderle generosamente la mano, diciéndole: «Seamos amigos...».

Pierquin prosiguió sus obsesiones con esa obstinación que es la paciencia irreflexiva de los necios. Juzgaba a Margarita según las reglas corrientes empleadas por la masa vulgar para apreciar a las mujeres. Creía que las palabras matrimonio, libertad, fortuna, que le había vertido al oído, germinarían en su alma, haciendo florecer un deseo del que él se beneficiaría, y se imaginaba que la frialdad de la muchacha era puro disimulo. Pero aunque la rodease de solicitudes y de atenciones galantes, ocultaba mal las maneras despóticas de un hombre acostumbrado a zanjar las más elevadas cuestiones relativas a la vida de las familias. Para consolarla, le decía esos lugares comunes habituales a las gentes de su profesión, las cuales pasan enroscándose como caracoles sobre los dolores, dejando un reguero de secas palabras que desfloran su santidad. Su ternura era la del embaucador. Abandonaba su fingida melancolía en la puerta al coger sus chanclos o su paraguas. Se servía del tono que su prolongada familiaridad le autorizaba como de un instrumento para avanzar más en el corazón de la familia, para decidir a Margarita a un matrimonio propalado de antemano en toda la villa. El amor verdadero, abnegado y respetuoso, formaba un gran contraste con un amor egoísta y calculado. Todo era heterogéneo en los dos

hombres. Uno fingía una pasión y se valía de las menores ventajas para desposar a Margarita; el otro ocultaba su amor, y temblaba ante la idea de que advirtiesen su abnegada devoción.

Algún tiempo después de la muerte de su madre, y en el mismo día, Margarita comparó a los dos únicos hombres que podía juzgar. Hasta entonces, la soledad a la que estuvo condenada no le había permitido ver mundo, y la situación en que se encontraba no permitía el acceso de los que pudieran pensar en pedirla en matrimonio. Un día, en una de esas hermosas mañanas del mes de abril, llegó Emmanuel en el momento en que Claes salía después del desayuno. Baltasar soportaba tan difícilmente la vista de su casa, que iba a pasearse a lo largo de las murallas de la villa durante una parte del día. Emmanuel tuvo deseos de seguirle, pareció hacer acopio de fuerzas, miró a Margarita y se quedó. Margarita adivinó que el profesor quería hablarle y le propuso ir al jardín. Mandó a su hermana Alicia al lado de Marta, quien estaba trabajando en la antesala del primer piso, y fue a sentarse en un banco desde donde podían verla su hermana y la vieja dueña.

—El señor Claes está tan absorbido por el pesar como lo estaba con sus investigaciones científicas —dijo el joven al ver a Baltasar andando lentamente por el patio—. Todo el mundo le compadece, camina como hombre ajeno a todo; se detiene sin motivo, mira sin ver...

—Cada dolor tiene su expresión —dijo Margarita conteniendo el llanto—. ¿Qué queríais decirme? —añadió tras una pausa y con fría dignidad.

—Señorita —respondió Emmanuel con voz conmovida—, no sé si tengo el derecho de hablaros como lo voy a hacer. No veáis en ello, os lo ruego, más que el deseo de seros útil, y permitidme creer que un profesor puede interesarse por la suerte de sus alumnos hasta el punto de inquietarse por su porvenir. Vuestro hermano Gabriel tiene quince años ya, está en la enseñanza secundaria y es necesario dirigir sus estudios hacia el espíritu de la carrera que abrazará. Vuestro padre es quien ha de decidir en esta cuestión, pero si no pensara en ello, ¿no supondría una desgracia para Gabriel? ¿No sería también mortificante para vuestro señor padre que le hicieseis observar que no se ocupa de su hijo? ¿No podríais en esta coyuntura consultar a vuestro hermano sobre sus gustos, hacerle escoger por sí mismo una carrera, a fin de que si más tarde su padre quisiera que fuese administrador, magistrado o militar, Gabriel tuviese ya conocimientos especiales? Yo no creo que ni vos ni el señor Claes queríais dejarle ocioso...

—¡Oh, no! —dijo Margarita—. Os lo agradezco, Emmanuel; tenéis razón. Mi madre, al querer que hiciésemos encajes, al enseñarnos con tanto esmero a dibujar, a coser, a bordar, a tocar el piano, nos decía que nunca se sabía lo que podía suceder en la vida. Gabriel debe, en efecto, poseer un valor personal y una completa educación. ¿Pero cuál es la carrera más conveniente que puede escoger un hombre?

—Señorita —dijo Emmanuel estremeciéndose de dicha—, Gabriel es en la clase quien muestra mayores aptitudes para las matemáticas; si quisiera ingresar en la

Escuela Politécnica, creo que allí adquiriría conocimientos útiles para todas las carreras. Cuando saliese sería libre de escoger la que más le gustara. Sin haber prejuzgado hasta entonces nada sobre su porvenir, vos habríais ganado tiempo. Los que salen con buenas notas de esa Escuela son bien acogidos en todas partes. Ella ha proporcionado administradores, diplomáticos, sabios, ingenieros, generales, marinos, magistrados, fabricantes y banqueros. No hay, pues, nada extraordinario porque un joven rico o de buena familia trabaje con la finalidad de que se admita su ingreso. Si Gabriel se decidiera, yo os pediría...; ¿me lo concederíais? ¡Decid sí!

—¿Qué deseáis?

—Ser su profesor particular.

Margarita miró al señor de Solís, le estrechó la mano y le dijo:

—Sí.

Hizo una pausa y añadió con voz conmovida:

—¡Cuánto aprecio la delicadeza que os hace ofrecer precisamente lo que puedo aceptar de vos! En lo que acabáis de decir, yo veo que habéis pensado mucho en nosotros. Os lo agradezco.

Aun cuando estas palabras fueron dichas con sencillez, Emmanuel volvió la cabeza para no dejar ver las lágrimas que le asomaban a los ojos ante el placer de serle agradable a Margarita.

—Os traeré a los dos hermanos —dijo cuando se hubo serenado un poco—, pues mañana es día de vacación.

Levantose y saludó a Margarita, quien le siguió, y cuando estuvo en el patio, la vio aún en la puerta del comedor, desde donde le dirigió un amistoso saludo. Después de la cena, el notario fue a hacerle una visita al señor Claes y se sentó en el jardín entre su primo y Margarita, precisamente en el mismo banco en que se había sentado Emmanuel.

—Mi querido primo —dijo—, he venido esta noche para hablar de un importante asunto... Cuarenta días han transcurrido desde la defunción de vuestra esposa...

—No los he contado —respondió Baltasar, enjugando una lágrima que le arrancó la expresión legal de *defunción*.

—¡Oh, señor...! —dijo Margarita mirando al notario—. ¿Cómo podéis...?

—Pensad, prima, que nosotros nos vemos obligados a contar los plazos que se hallan fijados por la ley. Se trata precisamente de vos y de vuestros coherederos. El señor

Claes sólo tiene hijos menores, lo cual le obliga a efectuar un inventario en el plazo de los cuarenta y cinco días que siguen al óbito de su esposa, a fin de constatar los bienes de la comunidad. ¿No es preciso saber si la situación es buena o mala, para aceptarla o para atenerse a los derechos puros y simples de los menores?

Margarita se levantó:

—Quedaos, prima mía —dijo Pierquin—, pues estos asuntos os conciernen, a vos y a vuestro padre. Ya sabéis hasta qué extremo comparto vuestro pesar, pero es

preciso ocuparos hoy mismo de esos detalles, pues de no ser así podríais tropezar unos y otros con muchos inconvenientes... En este momento cumplo con mi deber como notario de la familia.

—Tiene razón —dijo Claes a su hija.

—El plazo expira dentro de dos días —prosiguió el notario—, por lo que debo proceder mañana mismo a la apertura del inventario, aunque no sea más que para retrasar el pago de los derechos de sucesión que os va a reclamar el fisco; el fisco no tiene corazón, no le importan los sentimientos y tiene siempre la zarpa a punto. Entonces, cada día, después de las diez, mi pasante y yo vendremos con el perito tasador, el señor Raparlier. Así que terminemos en la ciudad iremos a la casa de campo. En cuanto al bosque de Waignies, ya hablaremos. Expuesto esto, pasemos a otros puntos. Hemos de convocar un consejo de familia para nombrar un subtutor. El señor Coyncks, de Brujas, es hoy vuestro pariente más próximo, pero no sirve al efecto, ya que se ha hecho súbdito belga. Yo creo, estimado primo, que deberíais escribirle al respecto, a fin de saber si tiene la intención de vivir en Francia, donde posee hermosas propiedades, y así podríais decidirle para que él y su hija fijasen su residencia en el Flandes francés. Si rehúsa, veré de constituir el consejo de familia según los grados de parentesco.

—¿Para qué sirve un inventario? —preguntó Margarita.

—Para constatar los derechos, los valores, el activo y el pasivo. Cuando todo queda bien determinado, el consejo de familia toma, en interés de los menores, las resoluciones que juzga...

—Pierquin —dijo Claes levantándose del banco—, procede a los actos que creáis necesarios para la conservación de los derechos de mis hijos, pero ahorrádnos el pesar de ver la venta de lo que pertenecía a mi querida...

No acabó; había dicho estas palabras con expresión tan noble y tan penetrante acento, que Margarita cogió la mano de su padre y la besó.

—Hasta mañana —dijo Pierquin.

—Venid a comer —dijo Baltasar, y como si le asaltase algún recuerdo, añadió—: Pero según mi contrato de casamiento, extendido según la costumbre de Hainaut, yo había dispensado a mi mujer del inventario, a fin de que no se la molestara, y probablemente tampoco yo estoy obligado...

—¡Oh, qué suerte! —exclamó Margarita—. Nos habría dolido tanto...

—Bien, mañana estudiaremos vuestro contrato —respondió un poco confuso el notario.

—¿Entonces, no lo conocíais? —le dijo Margarita.

Esta observación interrumpió la entrevista. El notario vio muy difícil poder continuar después de la observación de su prima.

«El diablo se ha metido en medio», se dijo en el patio. Ese hombre tan distraído recobra la memoria en el momento preciso para impedir que se tomen precauciones contra él... Sus hijos se quedarán sin nada; esto es tan seguro como dos y dos son

cuatro. Bah... hablarles de negocio a sentimentales muchachas de diecinueve años. Me he devanado los sesos para salvar la hacienda de esos hijos, procediendo regularmente y entendiéndome con el bueno de Conyncks..., y al diablo todo. Me pierdo en el espíritu de Margarita, quien le preguntará a su padre por qué quería yo proceder a un inventario que ella cree inútil. Y el señor Claes le dirá que los notarios tienen la manía de levantar actas, que somos notarios antes que parientes, primos o amigos; en fin, una sarta de tonterías.

Cerró la puerta con violencia y echando pestes contra los clientes que se arruinan por sensibilidad. Baltasar tenía razón. El inventario no tuvo lugar. Nada, pues, se determinó sobre la situación del padre respecto a los hijos.

Varios meses transcurrieron sin que cambiara la situación de la casa Claes. Gabriel, hábilmente conducido por Emmanuel de Solís, convertido en su protector, trabajaba con aplicación, aprendía idiomas extranjeros y se disponía a pasar el necesario examen de ingreso en la Escuela Politécnica. Felicia y Margarita vivían en absoluto retiro, yendo, por economía, a pasar la temporada de verano en la casa de campo de su padre. El señor Claes se ocupó de sus asuntos, pagó sus deudas solicitando un crecido préstamo sobre sus bienes y visitó el bosque de Waignies.

Mediado el año 1817, su dolor, lentamente mitigado, le dejó solo y sin defensa contra la monotonía de la vida que llevaba y que cada día le pesaba más. Al principio luchó tenazmente contra la ciencia, la cual volvía insensiblemente a azuzarle, y se prohibió pensar en la química. Pero siguió pensando en ella. No quiso, sin embargo, ocuparse activamente y sólo lo hizo teóricamente. No obstante, el constante estudio hizo resurgir su pasión, entregándose a silogismos agotadores. Discutió si se había comprometido a no continuar sus investigaciones y se acordó que su mujer no quiso que jurase. Y aunque se hubiese prometido a sí mismo no perseguir la solución de su problema, ¿no podía cambiar de determinación desde el momento que entreveía un éxito? Tenía ya cincuenta y nueve años. A esta edad la idea que le dominaba contrajo agresiva fijeza con que comienzan las monomanías. Las circunstancias conspiraron aún contra su vacilante lealtad.

La paz que disfrutaba Europa permitía la circulación de los descubrimientos y de las ideas científicas adquiridas durante la guerra por los sabios de los diferentes países entre los que no hubo relaciones durante casi veinte años. La ciencia había, pues, avanzado. Claes vio que los progresos de la química se habían dirigido, sin que los químicos lo supieran, hacia el objeto de sus búsquedas. Las personas consagradas a la ciencia pura pensaban como él, que la luz, el calor, la electricidad, el galvanismo y el magnetismo eran los diferentes efectos de una misma causa y que la diferencia que existía entre los cuerpos hasta entonces considerados como simples debían producirla las diversas dosificaciones de un principio desconocido. El temor de que otro hallase la reducción de los metales y el principio constitutivo de la electricidad, dos descubrimientos que conducían a la solución del absoluto químico, aumentó lo que los vecinos de Douai llamaban una locura, y llevó sus deseos a un paroxismo que

comprenderán las personas apasionadas por las ciencias, o que han conocido la tiranía de las ideas. De ahí que Baltasar no tardase en verse arrastrado por una pasión tanto más violenta cuanto más tiempo había estado adormecida.

Margarita, que espiaba los estados anímicos por que pasaba su padre, abrió el locutorio. Allí reavivó los dolorosos recuerdos que despertaba la muerte de su madre, y logró, al reavivar el dolor de su padre, retrasar su caída en el abismo en el que a pesar de todo había de sucumbir. Quiso frecuentar la sociedad y obligó a Baltasar a que se distrajera. Se le presentaron varios no despreciables partidos que despertaron la atención de Claes, aunque Margarita declaró que no se casaría antes de los veinticinco años. A pesar de los esfuerzos de su hija, y a pesar de violentos combates consigo mismo, a principios de invierno Baltasar reanudó secretamente sus trabajos. Era difícil ocultar tales ocupaciones a mujeres curiosas, y así, Marta le dijo un día a Margarita mientras la ayudaba a vestirse:

—Señorita, estamos perdidos... Ese monstruo de Lemulquinier, que es el diablo disfrazado, pues no le he visto nunca hacer la señal de la cruz, ha vuelto a subir al desván... Ya está vuestro padre con billete para el infierno... ¡Quiera el cielo que no os mate a vos, como mató a nuestra pobre querida señora!

—Si no es posible... —dijo Margarita.

—Venid a ver la prueba de su tráfico...

Margarita fue a la ventana y vio en efecto una tenue humareda que salía del tubo del laboratorio.

«Tendré veintiún años dentro de algunos meses, pensó, y con mi mayoría de edad podré oponerme a la disipación de nuestra fortuna».

Abandonándose a su pasión, Baltasar había de sentir menos respeto por los intereses de sus hijos que el que tuvo por los de su mujer. Las barreras eran menos poderosas, su conciencia más elástica y su pasión más fuerte.

Y siguió su carrera de gloria, de trabajo, de esperanza y de miseria con el furor de un hombre lleno de convicciones. Seguro del resultado, se dedicó día y noche a su tarea con un arrebató que aterró a sus hijas, quienes ignoraban lo perjudicial que es el exceso de trabajo en un hombre que sólo vive por él. En cuanto su padre reanudó sus experiencias, Margarita suprimió las superfluidades de la mesa, se hizo de una parsimonia digna de un avaro, y fue admirablemente secundada por Josette y por Marta. Claes no se dio la menor cuenta de aquella reforma que reducía la subsistencia a lo más estricto. Por de pronto, no comía; luego sólo bajaba del laboratorio para cenar, y finalmente se acostaba pocas horas después de que sus hijas estuviesen con él en el locutorio, aunque no les decía una palabra. Cuando se retiraba, ellas le daban las buenas noches y él se dejaba besar maquinalmente las mejillas. Semejante conducta habría motivado las mayores desdichas domésticas si Margarita no hubiese estado preparada para ejercer la autoridad de una madre y advertida por una pasión secreta contra las desgracias de una libertad tan grande. Pierquin dejó de ir a ver a sus primas, entendiendo que su ruina sería completa.

Las propiedades rústicas de Baltasar, que producían dieciséis mil francos y valían alrededor de doscientos mil escudos, estaban ya gravadas por trescientos mil francos en hipotecas. Antes de volver a la química, Claes solicitó un considerable préstamo. Los ingresos sólo bastaban para el pago de los intereses, pero como, con la imprevisión natural en los hombres consagrados a una idea, confiaba las rentas a Margarita para que atendiese los gastos de la casa, el notario calculó que tres años bastarían para el derrumbamiento y para que los acreedores y el fisco devorasen lo que Baltasar no se hubiera comido. La frialdad de Margarita despertó en Pierquin una indiferencia casi hostil. Para justificarse el derecho de renunciar a la mano de su prima, si ella llegaba a una extremada pobreza, decía de los Claes con acento piadoso:

—Esas pobres gentes están arruinadas. He hecho todo lo que he podido para salvarles; ¿pero qué queréis? La señorita Claes ha rechazado todas las combinaciones legales que debían preservarles de la miseria...

Nombrado director del Instituto de Douai merced a la protección de su tío, Emmanuel, cuyos méritos le hacían digno de ese puesto, iba a ver todas las veladas a las dos muchachas, las cuales llamaban a su lado a la dueña en cuanto su padre iba a acostarse. El suave aldabonazo del joven de Solís no se hacía esperar nunca. Desde hacía tres meses, alentado por el gracioso y mudo agradecimiento con que Margarita aceptaba sus atenciones, volvía a ser el mismo. Las irradiaciones de su alma pura como un diamante brillaron sin nubes, y Margarita pudo apreciar su intensidad, su persistencia, y vio lo inagotable que era su origen. Ella admiraba la eclosión de las flores una a una, después de respirar de antemano sus aromas. Cada día Emmanuel colmaba una de las esperanzas de Margarita, y hacía brillar en las regiones encantadas del amor nuevas luminarias que ahuyentaban las nubes, despejaban su cielo y coloreaban las fecundas riquezas sepultadas hasta entonces en la sombra. Más a sus anchas, Emmanuel dio curso a las seducciones de su corazón, hasta entonces discretamente ocultas; a esa expansiva alegría de la juventud, esa simplicidad que presta una vida colmada por el estudio y los tesoros de un delicado espíritu y que la sociedad no había adulterado; todos los inocentes donaires que tan bien sientan a la juventud enamorada. Su alma y la de Margarita se entendieron mejor; fueron juntos hasta el fondo de sus corazones y hallaron en ellos los mismos pensamientos; perlas de un mismo oriente, suaves y frescas armonías semejantes a las que se encuentran bajo el mar y que, según el rumor, fascinan a los buceadores. Uno y otro se fueron conociendo por esos cambios de frases, por esa alternativa curiosidad que en ellos adoptaba las más deliciosas formas del sentimiento. Fue sin falso rubor, pero no sin mutuas coqueterías. Las dos horas que Emmanuel pasaba todas las noches entre las dos muchachas y Marta valían para que Margarita aceptase la vida de angustias y de resignación en que había entrado.

Ese amor cándidamente progresivo fue su sostén. Emmanuel añadía a sus testimonios de afecto esa gracia natural que tanto seduce, ese espíritu dulce y sutil

que matiza la uniformidad del sentimiento, como las facetas revelan la monotonía de una piedra preciosa haciendo que jueguen sus destellos; admirables maneras cuyo secreto pertenece a los corazones enamorados y a las mujeres fieles a la mano artista bajo la cual las formas renacen siempre nuevas; a la voz que no repite jamás una frase que no sea más fresca y lozana con sus nuevas modulaciones. El amor no es tan sólo un sentimiento, sino también un arte. Una simple palabra, una precaución, una nimiedad revelan a una mujer al grande y sublime artista que puede tocar su corazón sin herirlo. Cuanto más iba Emmanuel, más encantadoras eran las expresiones de su amor.

—Me he adelantado a Pierquin —le dijo una noche—; viene a anunciarnos una mala noticia, pero prefiero decíroslo yo mismo. Vuestro padre ha vendido el bosque a especuladores que lo han revendido en parcelas; han cortado ya los árboles y han sacado toda la madera. El señor Claes ha recibido trescientos mil francos al contado, que le han servido para pagar sus deudas en París, y para saldarlas por completo, se ha visto obligado a hacer un traspaso de crédito de cien mil francos sobre los cien mil escudos que quedan por pagar a los adquirentes.

Pierquin llegó poco después.

—Bueno, mi querida prima —dijo—, ¡ya estáis arruinados! Os lo predije, pero no quisisteis escucharme. Vuestro padre tiene buen apetito. Del primer bocado se ha tragado vuestros bosques. Vuestro tutor está en Amsterdam, donde acaba de liquidar su fortuna, y Claes ha aprovechado el momento para dar su golpe. Eso no está bien. Acabo de escribir al bueno de Conyncks; pero cuando llegue ya podremos cantar un responso. Tendréis que demandar a vuestro padre; el proceso no será largo, pero sí deshonesto, y Conyncks no puede evitar entablarlo, puesto que la ley se lo exige. Ese es el fruto de vuestra obstinación. ¿Reconocéis ahora lo prudente que yo era, lo que me preocupaban vuestros intereses?

—Yo os traigo una buena noticia, señorita —dijo el joven de Solís con su dulce voz—. Gabriel ha aprobado el ingreso para la Escuela Politécnica. Se han vencido las dificultades que había para su admisión.

Margarita agradeció a su amigo sus palabras con una sonrisa, y dijo:

—Mis economías valdrán para algo... Marta, mañana mismo empezaremos a ocuparnos del vestuario de Gabriel... Mi pobre Felicia, tendremos que trabajar de firme —añadió besando en la frente a su hermana.

—Mañana lo tendréis aquí para diez días; debe estar en París el 15 de noviembre.

—Mi primo Gabriel adopta una buena decisión —dijo el notario mirando de arriba abajo al profesor—, pues tiene, ahora más que nunca, que abrirse camino... Pero, mi querida prima, se trata de salvar el honor de la familia; ¿no vais a escucharme esta vez?

—No —respondió ella—, si todavía se trata de casamiento.

—¿Pero qué vais a hacer vos?

—¿Yo...?, pues nada.

—Sin embargo, sois mayor de edad.

—Dentro de unos días. ¿Tenéis, acaso, alguna solución que pueda conciliar nuestros intereses y lo que debemos a nuestro padre con el honor de la familia?

—Prima, no podemos hacer nada sin vuestro tío. Entendiéndolo así, yo volveré cuando él regrese.

—Adiós, señor —dijo Margarita.

«Cuanto más pobre es, más melindrosa sé vuelve», pensó el notario.

—Adiós, señorita —añadió en voz alta. Y luego—: Señor director, os saludo atentamente.

Y se marchó sin saludar ni a Felicia ni a Marta.

—Desde hace dos días estudio el Código, y he consultado a un viejo abogado amigo de mi tío —dijo Emmanuel con temblorosa voz—. Si me lo autorizáis, iré mañana mismo a Amsterdam... Escuchad, querida Margarita...

Por primera vez decía esta afectuosa expresión; ella se lo agradeció con una húmeda mirada, una sonrisa y una inclinación de cabeza. Se detuvo, señalando a Felicia y a Marta.

—Hablad delante de mi hermana —dijo—. Ella no tiene necesidad de esta discusión para resignarse a nuestra vida de privaciones y de trabajo; ¡es tan dulce y valerosa...! Pero sí debe saber hasta qué punto nos es necesario el valor.

Las dos hermanas se cogieron las manos y se besaron, como para darse una nueva prueba de su unión ante el infortunio.

—Déjanos, Marta.

—Querida Margarita —prosiguió Emmanuel, expresando en la inflexión de su voz la felicidad que experimentaba al conquistar los pequeños derechos del afecto—, me he procurado los nombres y el domicilio de los adquiridores que deben los doscientos mil francos restantes sobre el precio de los árboles talados. Mañana, si consentís en ello, un abogado que actuará en nombre del señor Conyncks, quien no le desautorizará, pondrá en sus manos una impugnación. Dentro de seis días vuestro tío abuelo estará de regreso, convocará un consejo de familia y hará emancipar a Gabriel, quien tiene ya dieciocho años. Estando vos y vuestro hermano autorizados para ejercer vuestros derechos, pediréis la parte que os corresponde del precio de los árboles. El señor Claes no podrá negaros los doscientos mil francos fijados por la impugnación; en cuanto a los otros cien mil que aún se os deberán, obtendréis una obligación hipotecaria sobre la casa que habitáis. Y Conyncks reclamará garantías para los trescientos mil francos que corresponden a Felicia y a Juan. En esta situación, vuestro padre se verá obligado a dejar hipotecar sus bienes de la llanura de Orchies, gravados ya en cien mil escudos. La ley concede una prioridad retroactiva a las inscripciones efectuadas en interés de los menores. Todo estará, pues, salvado. El señor Claes tendrá en adelante las manos atadas, pues vuestras tierras son inalienables; no podrá conseguir préstamos sobre las suyas, que responderán por sumas superiores a su precio, y así los asuntos serán zanjados en familia, sin

escándalo ni proceso alguno. Vuestro padre se verá obligado a seguir prudentemente sus investigaciones, si no las abandona.

—Sí —dijo Margarita—, ¿pero de dónde vendrán nuestros ingresos? Los cien mil francos hipotecados sobre esta casa no nos producirán nada, puesto que vivimos aquí.

El producto de los bienes que posee mi padre en la llanura de Orchies pagará los intereses de los trescientos mil francos debidos a extraños... ¿Pero de qué viviremos?

—De momento —respondió Emmanuel—, colocando los cincuenta mil francos que quedarán a Gabriel de su parte, en valores públicos, dispondréis, según la cotización actual, de más de cuatro mil libras de renta que le bastarán para pensión y su sostenimiento en París. Gabriel no puede disponer ni de la suma inscrita sobre la casa de su padre, ni de los fondos de su renta; entonces, no habéis de temer que dilapide ni un céntimo, y tendréis una carga menos. Además, ¿no os quedan también cincuenta mil francos vuestros?

—Mi padre me los pedirá —respondió ella con temor—, y yo no sabré negárselos.

—Pues bien, querida Margarita, podéis salvarlos aún, desprendiéndolos de ellos. Colocadlos en la Deuda Pública a nombre de vuestro hermano. Esa suma os proporcionará doce o trece mil libras de renta que os permitirán vivir. No pudiendo los menores emancipados enajenar nada sin beneplácito del consejo de familia, obtendréis así tres años de tranquilidad. Para esa época, vuestro padre habrá dado con la solución de su problema o probablemente habrá renunciado; en cuanto a Gabriel, ya mayor de edad, os restituirá los fondos para establecer las cuentas entre vosotros cuatro.

Margarita se hizo explicar otra vez las disposiciones legales que no podía comprender de buenas a primeras. Fue ciertamente una nueva escena aquella en que los enamorados estudiaban el Código de que se había provisto Emmanuel para explicar a su amada las leyes que regulan los bienes de los menores, y cuyo espíritu no tardó en ella en captar, gracias a la penetración natural de las mujeres, y que el amor aún aguzaba.

Al otro día Gabriel volvió a la casa paterna. Cuando de Solís anunció a Baltasar su admisión en la Escuela Politécnica, el padre se lo agradeció al profesor con un ademán y le dijo:

—Cuánto me satisface...; entonces, Gabriel será un sabio.

—Querido hermano —dijo Margarita al ver que su padre volvía al laboratorio—, trabaja firme y gasta lo menos posible... Haz todo lo que tengas que hacer, pero sé buen administrador. Los días que salgas en París, ve a casa de nuestras amistades, o de nuestros parientes, para no coger ninguno de los vicios que arruinan a los jóvenes. Tu pensión sube casi mil escudos; te quedarán mil francos para tus diversiones, y deben bastarte.

—Yo respondo de él —dijo Emmanuel de Solís dando una palmada en el hombro de su alumno.

Un mes más tarde el señor Conyncks, de acuerdo con Margarita, consiguió de Claes todas las garantías deseables. Los planes tan cuerdamente concebidos por Emmanuel de Solís fueron enteramente aprobados y ejecutados. Ante la ley, y delante su primo, cuya cabal probidad transigía difícilmente en cuestiones de honor, Baltasar, avergonzado de la venta que había consentido en un momento en que estaba acosado por sus acreedores, se sometió a todo lo que se exigía de él. Satisfecho por poder reparar el perjuicio que había casi involuntariamente causado a sus hijos, firmó las actas con la preocupación de un sabio. Se había vuelto completamente imprevisor, como los negros que por la mañana venden a su mujer por un trago de aguardiente y la lloran por la noche. Ni siquiera miraba hacia el más próximo futuro, ni se preguntaba cuáles serían sus recursos cuando hubiese gastado el último escudo; proseguía sus trabajos y continuaba sus compras, sin saber que no era ya más que el poseedor titular de su casa y de sus propiedades, y que le sería imposible, debido a la severidad de las leyes, procurarse un ochavo sobre los bienes de que en cierto modo era el depositario judicial.

El año 1818 terminó sin ningún acontecimiento desgraciado. Las dos hijas pagaron los gastos necesarios para la educación de Juan, y satisficieron todos los de su casa con los dieciocho mil francos de renta colocados a nombre de Gabriel, cuyos semestres le fueron enviados exactamente por su hermano. De Solís perdió a su tío en el mes de diciembre de aquel año. Una mañana, Margarita supo por Marta que su padre había vendido su colección de tulipanes, el mobiliario de la casa de delante y toda la platería. Viose obligada a comprar la cubertería necesaria para el servicio de la mesa, y la hizo grabar con sus iniciales. Hasta entonces había callado ante las malversaciones de su padre, pero por la noche, después de la cena, pidió a Felicia que la dejara a solas con él, y cuando, según su costumbre, Baltasar se sentó en una esquina de la chimenea del locutorio, Margarita le dijo:

—Querido padre, sois dueño de venderlo todo aquí, hasta a vuestros hijos. Todos os obedeceremos sin rechistar; pero me veo obligada a observaros que estamos sin dinero, que apenas tenemos de qué vivir este año, y que Felicia y yo nos veremos obligadas a trabajar noche y día para pagar la pensión de Juan con lo que ganemos con los encajes que haremos. Os conjuro, mi buen padre, para que renunciéis a vuestros trabajos.

—Tienes razón, hija mía, pero antes de seis semanas todo habrá acabado. Encontraré el absoluto, o el absoluto será imposible de encontrar. Tendréis millones...

—Dejadnos por el momento un trozo de pan... —respondió Margarita.

—¿Y no hay pan aquí? —dijo Claes asustado—. ¿No hay pan en casa de un Claes...? ¿Y nuestros bienes?

—Habéis cortado el bosque de Waignies. El terreno no está aún desbrozado y no puede producir nada. En cuanto a vuestras granjas de Orchies, sus rentas no alcanzan para pagar los intereses de las cantidades que habéis pedido en préstamo.

—¿De qué vivimos, pues?

Margarita le mostró su aguja, y añadió:

—Las rentas de Gabriel nos ayudan, pero son insuficientes. Yo podría resolver el año si no nos agobiaseis con facturas que no esperaba; no me decís nada de vuestras compras en la ciudad. Cuando creo tener lo bastante para mi trimestre, y he resuelto los pequeños problemas, me llega una factura de soda, de potasa, de zinc, de azufre...; qué sé yo.

—Mi querida hija, seis semanas de paciencia todavía, y después me comportaré cuerdamente. Y verás maravillas, mi pequeña Margarita.

—Ya es hora de que penséis en vuestros asuntos. Lo habéis vendido todo: cuadros, tulipanes, platería... Ya no os queda nada; por lo menos no contraigáis nuevas deudas.

—No, no caeré en otras —dijo el viejo.

—¿En otras? —exclamó ella—. ¿Tenéis, pues, algunas pendientes?

—Nada, miserias... —respondió él bajando la vista y enrojeciendo.

Margarita se sintió por vez primera humillada por el rebajamiento de su padre, y le dolió tanto que no se atrevió a interrogarle. Un mes después de esta escena un banquero de la ciudad presentó al cobro una letra de cambio de diez mil francos, suscrita por Claes. Habiendo rogado Margarita al banquero que esperase durante el día, demostrando su pesar por no haber sido prevenida sobre ese pago, el banquero le advirtió que la casa Protez y Chiffreville tenía otras nueve letras por la misma suma y con vencimientos mensuales.

—¡Al fin, al fin...! —gimió Margarita—. Todo llega...

Envió a buscar a su padre y se paseó agitada, a grandes pasos, por el locutorio, hablándose a sí misma:

«Encontrar cien mil francos, o ver a nuestro padre detenido... ¿Qué hago? ¿Qué podemos hacer?».

Baltasar no bajó. Cansada de esperarle, Margarita subió al laboratorio. Al entrar vio a su padre en medio de una vasta pieza, muy iluminada, provista de máquinas y de polvorientos hornos de vidrio; aquí y allá, libros, mesas repletas de productos con etiquetas, numerados. Por todas partes, el desorden que acarrea la preocupación del sabio y que ofendía las costumbres flamencas. Aquel conjunto de matraces, de redomas, de retortas, de metales, de cristalizaciones fantásticamente coloreadas, de muestras pegadas a las paredes o tiradas sobre los hornos, estaba dominado por la figura de Baltasar Claes, quien, sin su levita, la camisa sin abrochar y arremangada, mostraba los brazos desnudos como los de un obrero y un pecho con el pelo blanco como su cabello. Sus ojos, horriblemente fijos, no se apartaron de una máquina neumática cuyo recipiente tenía una lente formada por dobles cristales convexos con el interior lleno de alcohol y en el que convergían los rayos solares, los cuales se filtraban por uno de los compartimientos de la claraboya del desván. El recipiente, cuyo plato estaba aislado, comunicaba con los hilos de una inmensa pila de Volta.

Lemulquinier, con la cara negra de polvo, ocupado en mover el plato de esta máquina montada sobre un eje móvil, a fin de mantener constantemente su lente en una dirección perpendicular a los rayos del sol, se levantó y dijo:

—Cuidado, señorita, no os acerquéis.

El aspecto de su padre, quien casi arrodillado ante su máquina recibía a plomo la luz del sol y cuyos espaciosos cabellos semejaban hebras de plata, su anguloso cráneo, su rostro contraído por una angustiosa espera, la singularidad de los objetos que le rodeaban, la oscuridad de la vasta estancia, de donde emergían extraños artefactos...; todo contribuyó a impresionar a Margarita, quien se dijo aterrada:

«Mi padre está loco».

Aproximose luego a él y le dijo al oído:

—Decidle a Lemulquinier que salga.

—No, no, hija mía; le necesito; espero el efecto de un gran experimento en el que no han pensado los demás. Ya llevamos tres días acechando un rayo de sol. Tengo los medios para someter a los metales, en un vacío perfecto, a los rayos solares concentrados y a las corrientes eléctricas. Mira: dentro de un momento va a producirse la más enérgica acción de que puede disponer un químico, y yo solo...

—Escuchad, padre mío... En vez de vaporizar los metales deberíais reservarlos para pagar vuestras letras de cambio...

—¡Espera, espera!

—Ha venido el señor Mersktus, padre; le hacen falta diez mil francos a las cuatro.

—Sí, sí, en seguida... Yo firmé esos pequeños efectos para este mes, es verdad. Creía que ya habría encontrado el absoluto. Dios mío..., si dispusiera del sol de julio lograría mi experimento.

Se mesó el cabello, se sentó sobre un viejo sillón de paja y le cayeron las lágrimas.

—El señor tiene razón —dijo Lemulquinier—. Todo es culpa de ese miserable sol, que es demasiado débil, el cobarde, el holgazán...

Ni el amo ni el criado veían a Margarita.

—Dejadnos, Lemulquinier —le dijo ella.

—¡Ah, ya tengo un nuevo experimento! —exclamó Claes.

—Padre mío, olvidad vuestros experimentos —le dijo su hija cuando estuvieron solos—. Habéis de pagar cien mil francos y no poseemos un ochavo... Abandonad vuestro laboratorio; ahora se trata de vuestro honor. ¿Qué será de vos cuando estéis en prisión? ¿Mancharéis vuestra blanca cabeza y el nombre de Claes con la infamia de una bancarrota? Yo me opondré. Tendré la fuerza de combatir vuestra locura, y sería espantoso veros sin pan en vuestros últimos días. ¡Abrid los ojos y ved nuestra situación, recobrad el juicio!

—¡El juicio! —exclamó Baltasar, quien irguiéndose sobre las piernas clavó sus luminosos ojos sobre la hija, se cruzó los brazos sobre el pecho y repitió la palabra «juicio» tan majestuosamente que Margarita tembló—. ¡Ah, tu madre no me habría

dicho esa palabra! —prosiguió—. Ella no ignoraba la importancia de mis investigaciones: ella había aprendido una ciencia para comprenderme, sabía que trabajo para la humanidad, que no hay nada ni de personal ni de sórdido en mí. El sentimiento de la mujer que ama está, bien lo veo, por encima del afecto filial. Sí, el amor es el más bello de todos los sentimientos. ¡Volver a la razón! —añadió golpeándose el pecho—. ¿Acaso me falta? ¿No soy yo mismo? Somos pobres, hija mía; pues bien, yo lo quiero así. Yo soy vuestro padre; obedecedme. Os haré ricos cuando me plazca. ¡Vuestra fortuna es una miseria! Cuando yo haya hallado un disolvente del carbono, llenaré vuestro locutorio de diamantes..., y eso es una tontería comparado con lo que busco... Creo que podéis esperar cuando yo me consumo en gigantescos esfuerzos...

—Padre, yo no tengo el derecho de pedir os cuentas de los cuatro millones que habéis enterrado en este desván. No os hablaré de mi madre, a quien vos habéis matado. Si yo tuviese un marido, sin duda lo amaría tanto como os amaba mi madre, y estaría dispuesta a todos los sacrificios como ella os lo sacrificó todo. He seguido sus órdenes entregándome por entero a vos, y os lo he demostrado no casándome para no obligaros a rendirme cuentas de tutoría. Dejemos el pasado y pensemos en el presente. Vengo aquí a representar la necesidad que os habéis creado vos mismo. Hace falta dinero para vuestras letras de cambio, ¿lo comprendéis? No queda nada por embargar aquí más que el retrato de vuestro abuelo Van Claes. Vengo, pues, en nombre de mi madre, quien se sintió demasiado débil para defender a sus hijos contra su padre y que me ordenó que os resistiera; vengo en nombre de mis hermanos y de mi hermana, y vengo, padre, en nombre de todos los Claes, a ordenaros que abandonéis vuestros experimentos, que os creéis una fortuna propia antes de proseguirlos. Si os valéis de vuestra paternidad, que no se hace sentir sino para matarnos, tengo conmigo a mis antepasados y el honor, que hablan más alto que la química. La familia está antes que la ciencia. ¡He sido demasiado vuestra hija!

—¡Y ahora quieres ser mi verdugo! —respondió él con voz débil.

Margarita se fue de allí para no abdicar del papel que acababa de apropiarse, creyendo haber oído la voz de su madre cuando le dijo: «No contraríes demasiado a tu padre; quiérole mucho...».

—¡Qué buena obra está haciendo arriba la señorita! —dijo Lemulquinier al bajar a la cocina para comer—. Estábamos ya sobre el secreto, no teníamos necesidad más que de un poco de sol de julio, pues el señor, ¡oh, qué hombre!, está casi en la confianza de Dios... No hace falta ni esto —dijo a Josette enseñándole la uña de su pulgar derecho— para que supiéramos el principio de todo... y, toma, viene ella con su patatín patatán por tonterías de letras de cambio...

—Pues pagad esas letras de cambio con vuestro salario —le soltó Marta.

—¿No hay mantequilla para el pan? —preguntó Lemulquinier a Josette.

—¿Y el dinero para comprarla? —respondió agriamente la cocinera—. ¿Cómo es, viejo monstruo, que si hacéis oro en vuestra cocina del demonio no hacéis también un

poco de mantequilla? Eso no sería tan difícil y podríais vender la en el mercado. Nosotras comemos pan seco. Las señoritas se contentan con pan y nueces..., ¿y vos comiendo mejor que los señores...? La señorita no quiere gastar sino cien francos al mes para toda la casa; no hacemos más que una comida. Si queréis pasteles, ahí tenéis esos hornos de arriba para guisar perlas... ¡Si no se habla de otra cosa en el mercado...! ¿Hacéis también pollos asados?

Lemulquinier cogió su pan y salió.

—Va a comprar algo con su dinero —dijo Marta—. Mejor; eso ahorraremos. Vaya avaro que está hecho ese marrano...

—Había que atraparle por el hambre —dijo Josette—. Ya van ocho días que no ha *fregao na*; yo hago su trabajo, pues él siempre está arriba. Podría pagarnos con algunos arenques, y como los traiga, yo creo que se los voy a coger.

—Vaya —dijo Marta—, oigo llorar a la señorita. El viejo brujo de su padre se tragará la casa sin decir una palabra cristiana. En mi país se le habría ya quemado vivo, pero aquí se tiene tanta religión como entre los moros del África.

La señorita Claes sofocaba mal sus sollozos al atravesar la galería. Entró en su habitación, buscó la carta que su madre le confió y leyó lo que sigue:

Hija mía, si Dios lo permite, mi espíritu estará en tu corazón cuando leas estas líneas, las últimas que habré escrito. Están llenas de amor para mis queridos pequeños, que quedan abandonados a un demonio al que yo no he sabido resistir. Habrá, pues, absorbido vuestro pan como ha devorado mi vida y hasta mi amor. Tú sabías, hija mía, cuánto quería yo a tu padre. Voy a expirar amándole menos, ya que tomo contra él precauciones que no hubiese confesado en vida. Sí habré guardado en el fondo de mi féretro un último recurso para el día en que os encontréis en el peor grado de la desgracia. Si él os ha reducido a la indigencia, o si hace falta salvar vuestro honor, hija mía, hallaréis en casa del abate de Solís, si aún vive, y si no en casa de su sobrino, nuestro buen Emmanuel, alrededor de ciento setenta mil francos que os ayudarán a vivir. Si nada ha podido vencer la pasión de vuestro padre, si sus hijos no son para él una barrera más fuerte que lo que ha sido mi amor, y no le detienen en su marcha criminal, separaos de vuestro padre; vivid por lo menos. Yo no podía abandonarle, pues me debía a él. Tú, Margarita, salva a la familia. Te absuelvo de cuanto hagas para defender a Gabriel, a Juan y a Felicia. Ten valor, sé el ángel tutelar de los Claes. Sé firme; no me atrevo a decir sin piedad, pero para reparar las desgracias ya causadas es preciso conservar alguna fortuna, y debes obrar como si hubieses al día siguiente de la miseria, pues nada detendrá el furor de la pasión que me lo ha arrebatado todo. Así, pues, hija mía, olvidarte de tu corazón será tener un gran corazón; tu disimulo, en el caso de que fuese necesario mentir a tu padre, será glorioso; tus actos, por censurables que puedan parecer, serán heroicos, hechos con la finalidad de proteger a la familia. El virtuoso abate de Solís me lo ha dicho, y jamás

conciencia alguna fue más pura ni más clarividente que la suya. Yo no habría tenido la fuerza de decirte estas palabras, ni siquiera en trance de muerte. Sin embargo, sé siempre respetuosa y buena en esta horrible lucha. Resiste adorando, niega con dulzura. Yo habré guardado lágrimas desconocidas y dolores que sólo estallarán después de mi muerte... Besa en mi nombre a mis queridos hijos en el momento en que te convertirás en su protección. Que Dios y los santos estén contigo,

Josefina.

Con esta carta iba un recibo de los señores de Solís, tío y sobrino, comprometiéndose a devolver el depósito puesto en sus manos por la señora Claes a cualquiera de sus hijos que lo presentara al cobro.

—Marta —pidió Margarita a la dueña, quien subió en seguida—. Id a casa del señor de Solís y rogadle de mi parte si puede venir... «Noble y discreta criatura, pensó; nunca me ha dicho nada, como si fuesen suyos mis dolores...».

Emmanuel llegó antes de que Marta estuviese de vuelta.

—Habéis tenido secretos para mí —le dijo Margarita enseñándole el escrito.

Emmanuel bajó la cabeza.

—¿Sois, pues, muy desgraciada, Margarita? —respondió él con voz temblorosa.

—¡Oh sí! Sed mi sostén, vos a quien mi madre llama *nuestro buen Emmanuel* —dijo ella mostrándole la carta y no pudiendo reprimir un movimiento de alegría al ver su elección aprobada por su madre.

—Mi sangre y mi vida estaban a vuestra disposición desde el día en que os vi en la galería —respondió él, llorando de gozo y de dolor—. Pero yo no sabía, no me atrevía a esperar que aceptaseis mi sangre. Si me conocéis bien, debéis saber que mi palabra es sagrada. Perdonadme esta obediencia a las voluntades de vuestra madre; no era yo quien podría juzgar sus intenciones.

—¡Vos nos habéis salvado! —dijo ella interrumpiéndole y cogiéndole del brazo para bajar al locutorio.

Tras haberle informado Emmanuel sobre el origen de la cantidad que guardaba, Margarita le confió la triste penuria en que se encontraba la casa.

—Es preciso ir a pagar las letras de cambio —dijo Emmanuel—. Si se encuentran todas en la banca de Mersktus ganaréis los intereses. Os entregaré los setenta mil francos que os quedarán. Mi pobre tío me ha dejado una suma parecida en ducados que será fácil trasladar secretamente.

—Sí —dijo ella—, traedlos de noche, y cuando mi padre esté dormido los esconderemos nosotros dos. Si él supiera que tengo dinero quizá me acosaría. Oh, Emmanuel, ¡desconfiar del propio padre! —añadió llorando y apoyando su cabeza en el pecho del joven.

Ese gracioso y triste movimiento, por el cual Margarita buscaba una protección, fue la expresión primera de aquel amor siempre envuelto en melancolía, siempre

contenido en una esfera de dolor; pero aquel corazón demasiado colmado tenía que desbordar, y fue bajo el peso de una miseria...

—¿Qué hacer? ¿Qué puede ocurrir? Él no ve nada, no se cuida ni de nosotros ni de sí mismo, pues no sé cómo puede vivir en ese desván, con esa atmósfera tan sofocante.

—¿Qué podéis, esperar de un hombre que siempre exclama, como Ricardo III, «Mi reino por un caballo»? —respondió Emmanuel—. Siempre será despiadado, y vos debéis serlo tanto como él. Pagad sus letras de cambio, dadle, si queréis, vuestra fortuna, pero la de vuestros hermanos y vuestra hermana no os pertenece ni a vos ni a él.

—¿Dar mi fortuna? —dijo ella apretando la mano de Emmanuel y mirándole con estupor—. ¿Y vos me lo aconsejáis, mientras que Pierquien recurría a mil embustes para que la conservase?

—Quizá yo sea egoísta a mi manera —replicó él—. Tan pronto os quisiera sin fortuna, pues me parece que estaríais más cerca de mí, como rica y feliz..., y creo que hay mucha pequeñez en creerse separados por las pobres grandezas de la fortuna.

—Querido, no hablemos de nosotros...

—Nosotros —repitió él con arrobo. Y tras una pausa añadió—: El mal es grande, pero no irreparable.

—Se reparará por nosotros mismos; la familia Claes ya no tiene jefe; ya no es ni padre ni hombre, no tiene noción alguna de lo justo y lo injusto..., pues él, tan grande, tan generoso, tan probo, ha derrochado, a pesar de la ley, la hacienda de los hijos a quienes debía defender... ¿En qué abismo ha caído? Dios mío, ¿qué es lo que busca?

—Por desgracia, Margarita, si está equivocado como cabeza de familia, tiene razón científicamente, y una veintena de hombres en Europa le admirarán cuando otros lo acusarán de loco, pero vos podéis sin escrúpulo alguno negarle la fortuna de sus hijos. Un descubrimiento ha sido siempre un azar. Si vuestro padre ha de dar con la solución de su problema, la encontrará sin tantos dispendios, y quizá cuando desespere de su hallazgo...

—Mi pobre madre es feliz —dijo Margarita—. Ella sufriría mil veces la muerte antes de morir, muriendo en su primer choque con la ciencia. Pero este combate no tiene fin...

—Hay un fin —replicó Emmanuel—. Cuando ya no tengáis nada, el señor Claes no encontrará más crédito, y se detendrá.

—¡Pues que se detenga hoy mismo! —exclamó Margarita—. Estamos sin recursos.

De Solís fue a retirar las letras de cambio y volvió para entregárselas a Margarita. Baltasar bajó algunos momentos antes de la cena, contra su costumbre. Por primera vez desde hacía dos años su hija percibió en su fisonomía las señales de una tristeza horrible; otra vez se le veía padre; la razón había ahuyentado a la ciencia. Miró al

patio y al jardín, y cuando creyó que estaba solo con su hija, se le acercó con una expresión llena de melancolía y de bondad.

—Hija mía —le dijo tomándola de la mano y apretándosela con ternura—, perdona a tu viejo padre... Sí, Margarita, he estado equivocado. Tú tienes razón. Mientras no lo haya «hallado», soy un miserable... Me marcharé de aquí. No quiero ver vender a Van Claes —añadió señalando al retrato del mártir—. Él murió por la libertad, yo habré muerto por la ciencia. Él es venerado y yo seré odiado...

—¿Odiado, padre? No —añadió ella abrazándolo—. Todos os adoramos... ¿Verdad, Felicia? —dijo a su hermana, la cual entraba en aquel momento.

—¿Qué tenéis, querido padre? —dijo la joven cogiéndole la mano.

—Os he arruinado...

—Bah... —dijo Felicia—. Nuestros hermanos levantarán una fortuna. Juan es siempre el primero en la clase.

—Venid, padre —prosiguió Margarita conduciendo a Baltasar con un movimiento lleno de gracia y de afecto filial ante la chimenea, de cuya repisa cogió algunos papeles—; aquí tenéis vuestras letras de cambio, pero no suscribáis ninguna más, pues ya no habría con qué pagarlas...

—¿Así, pues, tienes dinero? —dijo Baltasar al oído de Margarita una vez repuesto de su sorpresa.

Estas palabras sofocaron a la heroica hija, tan acusada era la expresión de delirio, de júbilo y de esperanza en el rostro de su padre, quien miraba en derredor como para descubrir oro.

—Padre —respondió ella con acento de dolor—, tengo mi fortuna.

—Dámela —le pidió con gesto ávido—. Te la devolveré centuplicada.

—Sí, os la daré —respondió Margarita contemplando a Baltasar, quien no comprendió el sentido que ponía su hija en su respuesta.

—¡Ah, mi querida hija, tú me salvas la vida! —dijo—. He imaginado un último experimento, después del cual ya no se podría hacer más. Si ahora no doy con ello, habrá que renunciar a la búsqueda del absoluto. Dame el brazo, ven, querida hija; quisiera hacerte la mujer más dichosa de la tierra; tú me devuelves a la felicidad, a la gloria; tú me procuras el poder de colmaros de tesoros... Os cubriré de joyas, de riquezas...

Besó a su hija en la frente, le cogió la manos, se las estrechó y le demostró su alegría con mimos, que parecieron casi humillantes a Margarita. Durante la cena Baltasar sólo la veía a ella, la miraba con la solicitud, con la atención, con la ilusión con que un enamorado mira a su amada; si hacía ella un movimiento, él trataba de adivinar qué pensaba, su deseo, y se levantaba para servirla; la hacía avergonzarse al poner en sus atenciones una especie de juventud que contrastaba con su prematura vejez. A sus efusiones, Margarita oponía el cuadro de la penuria actual, con una palabra de duda o con una mirada que dirigía a los vacíos estantes de los aparadores del comedor.

—Bah... —le dijo él—; dentro de seis meses llenaremos la casa de oro y de maravillas. Tú serás como una reina. La naturaleza entera nos pertenecerá, estaremos por encima de todo..., y por ti, mi Margarita... ¡Margarita! —prosiguió sonriendo—. Tu nombre es una profecía. Margarita quiere decir una perla. Sterne lo ha dicho en alguna parte. ¿Has leído a Sterne? ¿Quieres una obra de Sterne? Te gustará.

—La perla, según se dice, es el fruto de una enfermedad —respondió ella con amargura—, y nosotros hemos sufrido ya mucho...

—No estés triste, pues harás la felicidad de aquéllos a quienes amas; serás muy poderosa, muy rica...

—La señorita tiene tan buen corazón... —dijo Lemulquinier, cuyo rostro de espumadera consiguió a duras penas una sonrisa que parecía una mueca.

Durante el resto de la velada Baltasar ofreció a sus dos hijas todas las gracias de su carácter y el encanta de su conversación. Seductor como la serpiente, su palabra y sus miradas difundían un fluido magnético, y prodigó esa potencia de genio, ese dulce espíritu que fascinaba a Josefina, y se metió, por decirlo de alguna manera, a sus hijas en el corazón. Cuando llegó Emmanuel de Solís vio, por vez primera desde hacía tiempo, reunidos al padre y a las hijas. A pesar de su reserva, el joven profesor quedó influido por la escena, pues la conversación y las maneras de Baltasar tenían un poder irresistible. Aunque sumidos en los abismos del pensamiento, e incesantemente ocupados en observar el mundo moral, los hombres de ciencia perciben, no obstante, los más pequeños detalles de la esfera en que viven. Más intempestivos que distraídos, no están nunca en armonía con lo que les rodea, lo saben y lo olvidan todo; prejuzgan el porvenir, profetizan para ellos solos, intuyen un acontecimiento antes de que se produzca, pero no lo han aludido. Si en el silencio de las meditaciones hacen uso de su poder para comprender lo que sucede en su derredor, les basta con haber adivinado. El trabajo les empuja, y aplican siempre desordenadamente los conocimientos que han adquirido sobre las cosas de la vida. A veces, cuando despiertan de su apatía social, o cuando caen del mundo moral al mundo exterior, reingresan con una magnífica memoria, y nada les extraña. Así, Baltasar, que unía la perspicacia del corazón a la del cerebro, sabía todo el pasado de su hija, conocía o había adivinado los menores acontecimientos del misterioso amor que la unía a Emmanuel, se lo demostró a los dos sutilmente y con tacto, y sancionó su afecto compartiéndolo. Era el mejor halago que podía rendir un padre, y los dos enamorados no supieron resistirle. La velada fue deliciosa por el contraste que formaba con los pesares que asaltaban la vida de aquellas pobres hijas.

Cuando tras haberlas, por decirlo así, inundado con su luz y bañado con su ternura, se retiró Baltasar, Emmanuel de Solís, que hasta entonces había mantenido una actitud un poco embarazada o incómoda, sacó de sus bolsillo los tres mil ducados en oro que había temido que él los percibiese; los puso sobre el bastidor de labores de Margarita, quien los cubrió con el lienzo que repasaba, y seguidamente el joven fue a buscar el resto de la suma.

Cuando volvió, Felicia se había ya acostado. Dieron las campanadas de las once, y Marta, que velaba para desvestir a su ama, estaba ocupada con Felicia.

—¿Dónde esconderlo? —dijo Margarita, quien no había resistido al placer de manosear algunos ducados, una ingenuidad que la perdió.

—Levantaré esta columna de mármol que tiene el zócalo hueco —dijo Emmanuel— y pondréis aquí los rollos. ¡Ni el diablo los buscaría aquí!

En el momento en que Margarita hacía su penúltimo recorrido del bastidor a la columna, lanzó un grito penetrante y dejó caer los rollos, cuyo contenido rompió el papel y las monedas se desparramaron por el suelo. Su padre estaba en la puerta del locutorio y asomaba su cabeza, cuya expresión de avidez la asustó.

—¿Qué estáis haciendo ahí? —dijo Baltasar mirando alternativamente a su hija, a la que el miedo clavaba al suelo, y al joven que se había erguido bruscamente, pero cuya actitud junto a la columna era harto significativa.

El estrépito del oro sobre el piso fue horrible, y su desparramamiento pareció profético.

—Ya veo que no me engañaba —dijo Baltasar sentándose—; he oído el sonido del oro...

No estaba él menos emocionado que los dos jóvenes, cuyos corazones palpitaban tan al unísono que se oían sus latidos como el tictac de un péndulo en medio del profundo silencio que reinó de pronto en el locutorio.

—Os lo agradezco, señor de Solís —dijo Margarita a Emmanuel dirigiéndole una mirada que significaba: «Secundadme para salvar esta suma».

—¡Qué! ¿Ese oro...? —dijo Baltasar mirando con espantosa lucidez a su hija y a Emmanuel.

—Este oro es del señor, que tiene la bondad de prestármelo para cumplir con nuestros compromisos —le respondió ella.

De Solís enrojeció y se dispuso a salir.

—Señor —le dijo Baltasar deteniéndole por un brazo—, no os sustraigáis a mi agradecimiento.

—Señor, vos no me debéis nada. Ese dinero pertenece a la señorita Margarita, a quien le hago un préstamo sobre sus bienes —respondió él mirando a su amada, quien le agradeció sus palabras con un imperceptible parpadeo.

—No permitiré eso —dijo Claes cogiendo una pluma y una hoja de papel de la mesa donde acostumbraba a escribir delicia.

Y volviéndose hacia los dos asombrados jóvenes, preguntó:

—¿Cuánto hay?

La pasión había hecho a Baltasar más astuto que el más diestro de los intendentes bribones; la suma iba a ser de él. Margarita y de Solís vacilaban.

—Contemos —dijo Baltasar.

—Hay seis mil ducados —respondió Emmanuel.

—O sea, setenta mil francos —añadió Claes.

La mirada que dirigió Margarita a su amado le dio valor.

—Señor —dijo con respeto—, vuestro compromiso fes inválido, y perdonadme esta expresión puramente técnica; yo he prestado esta mañana a la señorita cien mil francos para retirar las letras de cambio que vos estabais imposibilitado de pagar, por lo que no podríais darme ninguna garantía. Esos ciento setenta mil francos son de vuestra hija, quien puede disponer de ellos como le parezca, pero no se los presto sino bajo la promesa que me ha dado de suscribir un contrato mediante el cual pueda yo asegurarme sobre su parte en los terrenos bajos de Waignies.

Margarita volvió la cabeza para no dejar ver las lágrimas que afluyeron a sus ojos, pues conocía la pureza de corazón que distinguía a Emmanuel. Educado por su tío en la más severa práctica de las virtudes religiosas, el joven tenía un especial horror por la mentira; tras haber ofrecido su vida y su corazón a Margarita, le hacía, pues, el sacrificio de su conciencia.

—Adiós, señor —le dijo Baltasar—. Os suponía más confianza en un hombre que os veía con ojos de padre...

Después de cambiar con Margarita una triste mirada, Emmanuel salió acompañado de Marta, quien cerró la puerta de la calle. En el momento en que el padre y la hija estuvieron solos, Claes le dijo:

—Tú me quieres, ¿verdad?

—No os andéis con rodeos, padre; ¿queréis ese dinero? Pues no lo tendréis.

En el acto se puso a reunir sus ducados ayudándole su padre a recoger los que se habían caído, dejándole hacer Margarita sin demostrar la menor desconfianza. Una vez puestos en pilas los ducados, Baltasar dijo con desespero:

—¡Margarita, me hace falta ese oro!

—Sería un robo si lo tomaseis —respondió ella fríamente—. Escuchad, padre: vale más que nos matéis de un solo golpe que hacemos sufrir mil muertes cada día. Ved si sois vos o nosotros quien ha de sucumbir...

—¡Habéis, pues, asesinado a vuestro padre!

—Habremos vengado a nuestra madre —respondió ella, señalando el sitio donde había muerto la señora Claes.

—Hija mía, si supierais de qué se trata, no me dirías esas palabras. Escucha, voy a explicarte el problema... ¡Pero no me comprenderías! —exclamó desesperado—. Tú dámelo, cree por una vez en tu padre... Sí, ya sé que hice sufrir a tu madre; que he derrochado, por emplear la palabra de los ignorantes, mi fortuna y dilapidado la vuestra; que todos trabajáis por eso que llamas una locura; pero, ángel mío, mi bienamada, mi amor, mi Margarita, escúchame... Si no tengo éxito, me pondré en tus manos, te obedeceré como tú deberías obedecerme; haré tu voluntad, te entregaré la administración de mi fortuna, no seré ya el tutor de mis hijos, renunciaré a toda autoridad. ¡Te lo juro por tu madre! —añadió llorando.

Margarita volvió la cabeza para no ver sus lágrimas, y Claes se hincó de rodillas ante su hija, creyendo que ella iba a ceder.

—¡Margarita, Margarita, dámelo! ¿Qué son sesenta mil francos para evitar remordimientos eternos? Mira, yo moriré, esto me matará... ¡Escúchame, mi palabra será sagrada! Si fracaso, renuncio a mis trabajos, abandonaré Flandes, hasta Francia si lo exigies, e iré a trabajar como obrero para rehacer ochavo a ochavo mi fortuna y devolver un día a mis hijos lo que la ciencia les habrá quitado.

Margarita quiso levantar a su padre, pero él persistía en seguir de rodillas, y añadió llorando:

—¡Sé por última vez tierna y abnegada! Si no tengo éxito, yo mismo te daré la razón por tus durezas. Podrás llamarme viejo loco..., mal padre..., incluso que soy un ignorante... Y yo, cuando te oiga esas palabras, te besaré las manos. Hasta podrás pegarme, si lo quieres..., y cuando lo digas, te bendeciré como a la mejor de las hijas, recordando que me has dado tu sangre...

—Si no se tratase más que mi sangre, os la daría —exclamó ella—. ¿Pero puedo dejar a mis hermanos y mi hermana en la ruina por la ciencia? ¡No...! Basta, basta... —pidió mientras enjugaba sus lágrimas y rechazaba las acariciadoras manos de su padre.

—Sesenta mil francos y dos meses —dijo él levantándose con rabia—; no me hace falta más que eso. Pero mi hija se interpone entre la gloria, entre la riqueza y yo... ¡Maldita seas! ¡Tú no eres ni hija, ni mujer; tú no tienes corazón! ¡No serás ni madre ni esposa...! Dámelos, mi querida pequeña; di que sí, mi querida hija, y te adoraré... —añadió adelantando la mano sobre el oro, con un movimiento de una atroz energía.

—¡Estoy indefensa contra la fuerza, pero Dios y el gran Claes nos ven! —dijo Margarita señalando el retrato.

—¡Bueno, pues intenta vivir cubierta por la sangre de tu padre...! —rugió Baltasar mirándola con horror.

Se levantó, contempló el locutorio y salió lentamente. Al llegar a la puerta se volvió como lo habría hecho un mendigo, e interrogó a su hija con un gesto, al que Margarita respondió haciendo una señal negativa con la cabeza.

—Adiós, hija mía —dijo él con dulzura—. Trata de vivir feliz.

Una vez desapareció, Margarita se sintió dominada por un estupor que tuvo por efecto aislarla de la tierra; no estaba ya en el locutorio, no sentía su cuerpo, tenía alas y volaba por los espacios del mundo moral donde todo es inmenso, donde el pensamiento aproxima las distancias y las épocas, donde alguna mano divina alza el velo tendido sobre el futuro. Le parecía que transcurrían días enteros entre cada uno de los pasos que daba su padre subiendo la escalera; luego sintió un escalofrío de horror en el momento en que le oyó entrar en su habitación. Guiada por un presentimiento que derramó en su alma la punzante claridad de un relámpago, franqueó la escalera sumida en la oscuridad, sin ruido, con la velocidad de una flecha, y vio que su padre se llevaba a la frente una pistola.

—¡Tomadlo todo, padre! —le gritó echándosele encima.

Y se desplomó sobre un sofá. Baltasar, al verla pálida como una muerta, se echó a llorar como lloran los viejos; se volvió niño, le besó la frente, le dijo palabras incoherentes, estaba a punto de saltar de júbilo, y parecía querer jugar con ella como un amante juega con su amada después de haber obtenido la dicha.

—¡Basta, basta, padre mío! —dijo ella—. ¡Pensad en vuestra promesa! ¿Me obedeceréis si no conseguís lo que esperáis?

—Sí.

—¡Madre mía! —exclamó ella, volviéndose hacia la habitación de la señora Claes—. Vos lo habríais dado todo, ¿no es así?

—Duerme tranquila —dijo Baltasar—. Eres una buena hija.

—¡Dormir! —replicó ella—. Ya no tengo las noches de mi juventud; vos me envejecéis, padre, como desgarrasteis lentamente el corazón de mi madre...

—Pobre hija, quisiera tranquilizarte explicándote los efectos del magnífico experimento que acabo de imaginar, y comprenderías...

—No comprendo más que nuestra ruina —repuso ella al dejarle.

El día siguiente, que era festivo, Emmanuel de Solís llegó con Juan.

—¿Y bien? —dijo con tristeza al dirigirse a Margarita.

—Cedí —respondió ella.

—Mi vida querida —dijo él con un movimiento de melancólica alegría—, si hubieseis resistido, os habría admirado, pero débil, os adoro...

—¡Pobre, pobre Emmanuel! ¿Qué nos quedará?

—Dejadme hacer —exclamó el joven con gesto radiante—. Nos queremos y todo irá bien.

VI

EL PADRE DESTERRADO

Algunos meses transcurrieron en una tranquilidad perfecta. De Solís hizo comprender a Margarita que sus mezquinas economías no constituirían nunca una fortuna, y le aconsejó que viviese holgadamente, tomando, para mantener la abundancia en casa, el dinero que quedaba de la suma cuyo depositario fue él. Margarita quedó librada a las ansiedades que en otro tiempo habían agitado a su madre en semejante contingencia. Por incrédula que ella pudiera ser, había llegado a fiar en el genio de su padre. Por un inexplicable fenómeno, muchas personas acogen la esperanza sin poseer la fe. La esperanza es la flor del deseo y la fe es el fruto de la certidumbre. Margarita se decía: «Si mi padre tiene éxito seremos felices». Sólo Claes y Lemulquinier decían: «¡Lo lograremos!». Desgraciadamente, de día en día fue entristeciéndose el rostro de Baltasar. Cuando iba a cenar, a veces no se atrevía a mirar a su hija, y otras le dirigía miradas de triunfo. Margarita empleó sus veladas en hacerse explicar por el joven de Solís diversas dificultades legales. Abrumó a su padre con preguntas sobre sus relaciones de familia. Y completó su educación viril: evidentemente se preparaba para ejecutar el plan que meditaba si su padre sucumbía una vez más en su duelo con «lo ignoto».

A principios del mes de julio Baltasar se pasó un día entero sentado en el banco de su jardín, sumido en triste meditación. Miró muchas veces el terrero sin tulipanes y las ventanas de la habitación de su mujer; sin duda se estremecía al pensar en todo lo que la lucha le había costado; sus movimientos atestiguaban pensamientos al margen de la ciencia. Margarita trabajó a su lado algunos momentos antes de la cena.

—Y bien, padre; ¿no lo habéis conseguido aún?

—No, hija...

—¡Ah...! —exclamó Margarita, diciendo luego con voz dulce—. No os dirigiré el más leve reproche, pues los dos somos igualmente culpables. Únicamente reclamaré el cumplimiento de vuestra palabra, que debe ser sagrada, pues sois un Claes. Vuestros hijos os rodearán de amor y de respeto, pero desde hoy me pertenecéis y me debéis obediencia. No sintáis inquietud alguna; mi reinado será suave, y hasta me esforzaré porque acabe pronto. Me llevo a Marta, os dejaré durante un mes, y para ocuparme de vos, pues —añadió besándole en la frente— vos sois mi hijo. Mañana Felicia dirigirá la casa. La pobre chiquilla no tiene más que dieciséis años, por lo que no sabría resistiros; sed, pues, generoso con ella, no le pidáis ni un ochavo, porque no dispondrá más que de lo que le es estrictamente necesario para los gastos de casa. Tened valor, renunciad durante dos o tres años a vuestros trabajos y a vuestros pensamientos. El problema madurará, y habré reunido el dinero necesario

para resolverlo, lo resolveréis. Bueno, decidme, ¿no creéis que vuestra reina es clemente?

—¿No está, pues, todo perdido? —dijo el viejo.

—No, si sois fiel a vuestra palabra.

—Te obedeceré, hija mía —respondió Claes con profunda emoción.

Al día siguiente el señor Conyncks llegó de Cambrai a buscar a su sobrina. Iba en coche de viaje, y no quiso quedar en casa de su primo sino el tiempo necesario para que Margarita y Marta hiciesen sus últimos preparativos. Claes recibió a su primo con afabilidad, pero estaba visiblemente triste y humillado. El viejo Conyncks adivinó los pensamientos de Baltasar, y, durante la comida, le dijo con ruda franqueza:

—Tengo algunos de tus cuadros, primo; me gusta la buena pintura..., es una pasión ruinosa, pero todos tenemos nuestra locura.

—¡Querido tío! —exclamó Margarita.

—Se os cree arruinados, primo —prosiguió Conyncks—, pero un Claes tiene siempre tesoros aquí —dijo dándose una palmada en la frente—, y aquí —añadió dándose otra en el pecho, sobre el corazón—. ¿No es así? Por lo tanto cuento también contigo, y he encontrado en mi escarcela algunos escudos que pongo a tu disposición.

—¡Ah! —exclamó Baltasar—; te devolveré tesoros...

—Los únicos tesoros que poseíamos nosotros en Flandes, primo, son la paciencia y el trabajo —respondió severamente Conyncks—. Nuestro antepasado tenía esas dos palabras grabadas en la frente —añadió señalándole el retrato del presidente Van Claes.

Margarita besó a su padre al despedirse de él, hizo sus recomendaciones a Josette y a Felicia, y salió en la posta de París. El tío, viudo él, sólo tenía una hija de doce años y poseía una inmensa fortuna, por lo que no era imposible que quisiera casarse de nuevo; así, los habitantes de Douai pensaron que iba a hacerlo con su joven sobrina, y el rumor de esa boda volvió a llevar al notario Pierquin a casa de los Claes. Se habían producido grandes cambios en las ideas de este excelente calculador. Desde hacía dos años la sociedad de la villa se había dividido en dos bandos enemigos. La nobleza había formado un primer círculo y la burguesía otro segundo, naturalmente muy hostil al primero. Esa súbita separación, repetida en toda Francia y dividiéndola en dos naciones enemigas, cuyas envidiosas hostilidades crecieron en intensidad, fue una de las principales razones que hicieron adoptar en provincias la revolución de julio del año 1830. Entre estas dos sociedades, una de las cuales era ultramonárquica y la otra ultraliberal, estaban los funcionarios admitidos según su importancia en una u otra, los cuales, en el momento de la caída del poder legítimo, permanecieron neutrales. Al comienzo de la lucha entre la nobleza y la burguesía, los cafés realistas adquirieron un inaudito esplendor, y rivalizaron tan brillantemente con los cafés liberales, que esa especie de fiestas gastronómicas costaron, según se dice, la vida a muchos personajes, quienes, semejantes a morteros mal fundidos, no pudieron resistir

tales ejercicios. Naturalmente, las dos sociedades se hicieron exclusivas y se depuraron.

Aunque muy rico para ser provinciano, Pierquin fue excluido de los círculos aristocráticos y rebotado a los de la burguesía. Su amor propio hubo de sufrir en gran manera por los sucesivos desaires que recibió al verse insensiblemente rechazado por personas con las que antes trataba. Tenía ya cuarenta años, la única edad de la vida en la que los hombres que aún piensan en el matrimonio pueden todavía desposarse con mujeres jóvenes. Los partidos a los que podía pretender pertenecían a la burguesía, y su ambición tendía a permanecer en la alta sociedad, donde debía introducirle una buena alianza. El aislamiento en que vivía la familia Claes hizo que viviese ajena a ese movimiento social. Aunque Claes perteneciera a la antigua aristocracia de la provincia, era probable que sus preocupaciones le impidieran obedecer a las antipatías creadas por esa nueva clasificación de las personas. Mas por muy pobre que pudiera ser, una señorita Claes aportaba a su marido esa fortuna de vanidad que desean todos los advenedizos.

Pierquin volvió, pues, a casa de los Claes con la secreta intención de hacer los necesarios sacrificios para llegar a la conclusión de un matrimonio que consumara sus ambiciones futuras. Hizo compañía a Baltasar y a Felicia durante la ausencia de Margarita, pero reconoció tardíamente un competidor temible en Emmanuel de Solís. La herencia del difunto abate pasaba por ser considerable, y a los ojos de un hombre que traducía a números todas las cosas de la vida, el joven heredero parecía más poderoso por su dinero que por las seducciones del corazón, de lo que nunca se preocupaba Pierquin. Esa fortuna devolvía al nombre de Solís todo su valor. El oro y la nobleza eran como dos luminarias que, alumbrándose mutuamente, redoblaban su esplendor. El sincero afecto que el joven director demostraba a Felicia, a la que trataba como a una hermana, excitó la emulación del notario. Intentó eclipsar a Emmanuel mezclando la jerga de moda y las expresiones de una galantería superficial con tonos enfáticos, con rasgos elegiacos que concordaban con su rostro. Manifestándose desilusionado de todo el mundo, volvía los ojos hacia Felicia como para que creyese que únicamente ella podría reconciliarlo con la vida. Felicia, a la que por primera vez dirigía cumplidos un hombre, escuchó ese lenguaje siempre dulce aunque sea falaz; ella confundió el vacío con la profundidad, y esa fue la razón para que él persistiese en sus esfuerzos, pero sin comprometerse más de lo que en realidad deseaba. Emmanuel no perdió de vista los comienzos de esta pasión, falsa en el notario e ingenua en Felicia, cuyo futuro estaba en juego. Entre la prima y el primo siguieron algunas dulces conversaciones, algunas palabras dichas en voz baja a espaldas de Emmanuel, y esas pequeñas supercherías que prestan a una mirada o a una palabra una expresión cuya insidiosa melosidad puede causar inocentes errores. A favor del trato que mantenía Pierquin con Felicia, Emmanuel intentó penetrar el secreto del viaje emprendido por Margarita, para saber si se trataba de casamiento, y por lo tanto renunciar a sus esperanzas. Pero a pesar de su mayor sutileza, ni Baltasar

ni Felicia pudieron darle luz alguna por la sencilla razón de que no sabían nada de los proyectos de Margarita, quien, al tomar el poder, parecía seguir la máxima de callarlos.

La sombría tristeza de Baltasar y su decaimiento dificultaban las veladas. A pesar de que Emmanuel hubiese logrado hacerle jugar al chaquete, Baltasar estaba tan distraído que a veces este hombre tan grande por su inteligencia parecía estúpido. Frustrado en sus esperanzas, humillado por haber devorado tres fortunas, jugador sin dinero, se doblegaba bajo el peso de sus ruinas, bajo el fardo de sus esperanzas menos destruidas que engañadas. Este hombre de genio, refrenado por la necesidad, se condenaba a sí mismo, ofrecía un espectáculo verdaderamente trágico que habría conmovido al hombre más insensible. Hasta el propio Pierquin no contemplaba sin un sentimiento de respeto a aquel león enjaulado, cuyos ojos llenos de una potencia combativa se habían tranquilizado a fuerza de tristeza, y apagados a fuerza de luz; cuyas miradas pedían una limosna que la boca no se atrevía a pronunciar. A veces un resplandor cruzaba como un relámpago por aquel rostro desecado, que se reanimaba por la concepción de un nuevo experimento; luego, contemplando el locutorio, los ojos de Baltasar se detenían en el lugar donde su mujer había expirado, y unas lágrimas rodaban como ardientes granos de arena en el desierto de sus pupilas, que el pensamiento hacía inmensas, y la cabeza volvía a caerle sobre su pecho. Había alzado un mundo, como un Titán, y el mundo recaía más pesado sobre su pecho.

Ese gigantesco dolor, tan virilmente contenido, pesaba sobre Pierquin y sobre Emmanuel, cuya emoción hacía que a veces deseasen ofrecerle a aquel hombre la suma necesaria para algunas series de experimentos; tan contagiosas son las convicciones del genio. Los dos comprendían que la señora Claes y Margarita hubiesen arrojado millones a aquel abismo; pero la razón no tardaba en atajar los impulsos del corazón, y sus emociones se traducían en consuelos que amargaban aún más las penas del Titán fulminado. Claes no hablaba de su hija mayor ni se preocupaba por su ausencia, ni por el silencio que mantenía no escribiéndoles ni a él ni a Felicia. Cuando Solís o Pierquin le pedían noticias, parecía desagradablemente afectado. ¿Presentía que Margarita actuaba contra él? ¿Se sentía humillado por haber abdicado en su hija los derechos majestuosos de la paternidad? ¿Había llegado a quererla menos porque ella se había convertido en el padre y él en la criatura? Quizá había en ello muchas de esas razones y muchos de esos inexpresables sentimientos que atraviesan como nubes el alma, en el mudo disfavor que hacía él pesar sobre Margarita.

Por grandes que puedan ser los grandes hombres conocidos o desconocidos, afortunados o desgraciados en sus tentativas, tienen pequeñeces por las que se adhieren a la humanidad. Por una doble desdicha, no sufren menos por sus cualidades que por sus defectos, y acaso Baltasar tenía que familiarizarse con los dolores de su vanidad herida. La vida que llevaba y las veladas durante las cuales aquellas cuatro personas se reunían en ausencia de Margarita, fueron una vida y unas veladas

impregnadas de tristeza, llenas de vagas aprensiones. Fueron días infecundos como landas agostadas, donde, sin embargo espigaban algunas flores, raros consuelos. La atmósfera les parecía brumosa sin la hija mayor, convertida en el alma, la esperanza y la fuerza de la familia.

Dos meses transcurrieron así, durante los cuales Baltasar esperó pacientemente a su hija. Margarita volvió a

Douai con su tío, quien permaneció en la casa en vez de regresar a Cambrai, para, sin duda, apoyar con su autoridad algún golpe de Estado meditado por su sobrina. El retorno de Margarita se celebró con una pequeña fiesta de familia. Al notario y a de Solís los invitaron a cenar Baltasar y Felicia. Cuando el coche de viaje se detuvo ante la casa, estas cuatro personas recibieron a los viajeros con grandes demostraciones de alegría. Margarita pareció feliz por volver a ver el hogar paterno, y sus ojos se llenaron de lágrimas al atravesar el patio para llegar al locutorio. Al abrazar a su padre, sus caricias de muchacha no estuvieron, sin embargo, desprovistas de una segunda intención, y enrojeció como una esposa culpable que no sabe fingir, pero sus miradas recobraron su diáfana pureza cuando saludó a de Solís, de quien parecía extraer la fuerza para rematar la empresa que secretamente proyectaba. Durante la cena, a pesar del júbilo que animaba los rostros, y las palabras, el padre y la hija se examinaron con desconfianza y curiosidad. Baltasar no hizo a Margarita ninguna pregunta sobre su estancia en París, sin duda por dignidad paternal. Emmanuel de Solís imitó esa reserva. Pero Pierquin, que estaba acostumbrado a conocer todos los secretos familiares, le preguntó a Margarita, encubriendo su curiosidad bajo una falsa llaneza:

—Y bien, querida prima, ¿habéis visto París, los espectáculos...?

—No he visto nada en París —respondió ella—, pues no he ido a divertirme. Los días han transcurrido tristemente porque estaba demasiado impaciente para volver a Douai.

—Si yo no me hubiese enfadado, ella no habría venido a la ópera, donde, por lo demás, se ha aburrido —dijo el señor Conyncks.

La velada fue penosa, pues todos se sentían incómodos; unos y otros sonreían mal o se esforzaban por testimoniar esa alegría de encargo, artificiosa, bajo la cual se ocultan reales ansiedades. Margarita y Baltasar sufrían de sordas y crueles aprensiones que reaccionaban sobre cada corazón. Cuanto más avanzaba la velada más se alteraba la expresión del padre y de la hija. A veces Margarita intentaba sonreír, pero sus gestos, sus miradas y el sonido de su voz traicionaban una viva inquietud. Los señores Conyncks y de Solís parecían conocer la causa de los secretos movimientos que agitaban a la noble hija, y parecían alentarla mediante expresivas miradas. Herido por haberle tenido al margen de una resolución y de gestiones realizadas para él, Baltasar se separaba insensiblemente de sus hijas y de sus amigos, sin intervenir en nada. Margarita iba sin duda decidida a descubrirle lo que ella había decidido acerca de él. Para un hombre mayor, para un padre, la situación era

intolerable. Llegado a una edad en la que no se disimula nada en medio de los hijos, donde la amplitud de las ideas confiere fuerza a los sentimientos, se volvía grave, pensativo y apesadumbrado, viendo aproximarse el momento de su muerte civil. Aquella velada encerraba una de esas crisis de la vida interior que no pueden explicarse sino por imágenes. Las nubes y el rayo se amontonaban en el cielo, y se reía en la campiña; todo el mundo tenía calor, sentía la tormenta, alzaba la cabeza y proseguía su camino.

El señor Conyncks fue el primero en retirarse, acompañándolo a su habitación Baltasar. Durante su ausencia, se marcharon Pierquin y de Solís. Margarita se despidió afectuosamente del notario; no dijo nada a Emmanuel, pero le estrechó con fuerza la mano al mismo tiempo que le dirigía una húmeda mirada. Despidió también a Felicia, y cuando Claes volvió al locutorio, encontró sola a su hija.

—Mi buen padre —le dijo ella con voz temblorosa—, han sido necesarias las graves circunstancias en que nos encontramos para hacerme abandonar la casa, pero tras muchas angustias y después de haber superado inauditas dificultades, vuelvo con algunas probabilidades de salvación para todos. Gracias a vuestro nombre, a la influencia de nuestro tío y a las protecciones del señor de Solís, hemos obtenido para vos una plaza de recaudador de impuestos en Bretaña; está dotada, dicen, con dieciocho a veinte mil francos por año. Nuestro tío ha impuesto la fianza... Aquí tenéis vuestro nombramiento —añadió sacando un documento de su bolso—. Vuestra estancia aquí durante nuestros años de privaciones y de sacrificios sería intolerable. Nuestro padre debe gozar de una situación cuando menos igual a la que siempre ha vivido. Yo no os pediré nada de vuestros ingresos; los emplearéis como os parezca bien, únicamente os suplico que penséis que no tenemos ni un ochavo de renta, y que viviremos con lo que Gabriel nos dará de sus ingresos. La villa no sabrá nada de esta vida claustral. Si os quedaseis en casa supondrías un obstáculo para los medios que emplearemos mi hermana y yo para restablecer la holgura. ¿Es abusar de la autoridad que me habéis dado situaros en una posición apta para rehacer vos mismo vuestra fortuna? En algunos años, si lo queréis, seréis recaudador general.

—Así, Margarita —dijo mansamente Baltasar—, me echas de mi casa.

—No merezco un reproche tan duro —respondió la hija reprimiendo los tumultuosos latidos de su corazón—. Volveréis entre nosotros cuando podáis vivir en vuestra villa natal como os merecáis. Además, padre, ¿no tengo vuestra palabra? —añadió fríamente—. Debéis obedecerme. Mi tío se ha quedado para acompañaros a Bretaña, para que no, hagáis solo el viaje.

—¡No iré! —exclamó Baltasar levantándose—. ¡No necesito el socorro de nadie para restablecer mi fortuna y pagar lo que debo a mis hijos!

—Eso será mejor —replicó Margarita sin conmoverse—. Únicamente os rogaré que reflexionéis en nuestra situación respectiva, que voy a explicaros en pocas palabras. Si os quedáis en esta casa, vuestros hijos saldrán, para dejaros amo de ella.

—¡Margarita! —exclamó Baltasar.

—Después —añadió ella sin querer parar mientes en la irritación de su padre—, habrá que informar al ministro de vuestra negativa en el caso de que no aceptéis un puesto lucrativo y honorable que, a pesar de nuestras gestiones y nuestras protecciones, no habríamos obtenido sin algunos billetes de mil francos diestramente puestos por mi tío en el guante de una dama...

—¡Abandonarme!

—O vos nos dejáis o nosotros nos marcharemos —respondió ella—. De ser yo vuestra hija única, imitaría a mi madre, sin murmurar contra la suerte que me creabais. Pero mi hermana y mis dos hermanos no perecerán de hambre o de desesperación a vuestro lado; lo he prometido a aquella que murió allí —añadió mostrando el lecho de su madre—. Os hemos ocultado nuestros dolores, hemos sufrido en silencio y nuestras fuerzas se han agotado ya. No nos encontramos ahora al borde de un abismo, sino en el mismo fondo, padre... Para salir de él no nos hace falta tan sólo valor, sino que nuestros esfuerzos no estén incesantemente frustrados por los caprichos de una pasión...

—¡Mis queridos hijos! —exclamó Baltasar cogiendo la mano de Margarita—. Yo os ayudaré, yo trabajaré, yo...

—Aquí tenéis los medios —respondió ella tendiéndole el despacho ministerial.

—Pero, ángel mío, el medio que me ofreces para rehacer mi fortuna es demasiado lento. Me haces perder el fruto de diez años de trabajos y las sumas enormes que representa mi laboratorio. Allí —añadió señalando en dirección al desván— están todos nuestros recursos.

Margarita se dirigió hacia la puerta diciendo:

—Padre mío, vos escogeréis.

—¡Ah, hija mía, cuán dura eres! —respondió él sentándose en un sofá y dejando que se fuera.

A la mañana siguiente Margarita supo por Lemulquinier que el señor Claes había salido. El simple anuncio la hizo palidecer, y su gesto fue tan cruelmente significativo que el viejo criado le dijo:

—Estad tranquila, señorita. El señor ha dicho que volvería a las once para comer. No se acostó. A las dos de la madrugada estaba todavía de pie, mirando por las ventanas el tejado del laboratorio. Yo esperaba en la cocina y le veía; él lloraba, tiene mucha pena. Llega ya el mes de julio, durante el cual el sol es capaz de enriquecernos a todos, y vos queréis...

—¡Basta! —dijo secamente Margarita, adivinando los pensamientos que debieran de asaltar a su padre.

Se había, en efecto, realizado en Baltasar ese fenómeno que se apodera de todas las personas sedentarias, dependiendo su vida, por así decirlo, de los lugares con que se había identificado; su pensamiento, enlazado a su laboratorio y a su casa, los hacía indispensables, como lo es la Bolsa para el jugador que ve en los días feriados días perdidos. Allí estaban sus esperanzas, allí descendía del cielo la única atmósfera en

que sus pulmones podían aspirar el aire vital. Esta alianza de los lugares débiles, se vuelve casi titánica entre los científicos y los estudiosos. Para Baltasar, abandonar su casa era renunciar a la ciencia, a su problema: era morir.

Margarita fue presa de una extrema agitación hasta la hora de comer. La escena que había inducido a Baltasar a querer suicidarse le había vuelto a la memoria, y temía un desenlace trágico de la desesperada situación en que su padre se hallaba. Iba y venía por el locutorio, estremeciéndose cada vez que sonaba la campanilla de la puerta. Por fin apareció Baltasar, y, mientras atravesaba el patio, Margarita, que le observó con inquietud, no vio en él más que la expresión de un extremo dolor. Cuando entró en el locutorio, ella se adelantó para darle los buenos días, y él la enlazó afectuosamente por el talle, la apoyó contra su corazón, le besó la frente y le dijo al oído:

—He ido a pedir mi pasaporte.

El timbre de su voz, su resignada mirada y su expresión abrumaron el corazón de la pobre muchacha, quien volvió la cabeza para no dejar ver sus lágrimas, pero no pudiendo reprimirlas, fue al jardín y volvió después de haber llorado hasta desahogarse. Durante la comida Baltasar se mostró alegre, como hombre que había tomado su decisión.

—¿Vamos, pues, a salir para Bretaña, tío? —dijo al señor Conyncks—. Siempre he deseado ver ese país.

—La vida es muy barata allí —respondió el viejo tío.

—¿Nos deja nuestro padre? —exclamó Alicia.

Entraron de Solís y Juan.

—Nos lo dejaréis hoy —dijo Baltasar poniendo a su hijo a su lado—. Me marcho mañana y quiero decirle adiós.

Emmanuel miró a Margarita, quien bajó la cabeza. Fue una jornada sombría, en la que todo el mundo estuvo triste, reprimiendo pensamientos o lágrimas. Aquélla no era una ausencia, sino un destierro. Además, todos sentían instintivamente lo que de humillante había para un padre al declarar así públicamente sus desastres, aceptando un empleo y abandonando a su familia a la edad de Baltasar. Sólo él fue tan grande como Margarita fue firme, y pareció aceptar noblemente aquella penitencia de las faltas que el arrebató del genio le había hecho cometer. Una vez acabada la velada y quedado solos el padre y la hija, Baltasar, que durante todo el día se había demostrado suave y afectuoso, como lo era durante los buenos días de su vida patriarcal, tendió la mano a Margarita y le dijo con una especie de enternecimiento mezclado de desespero:

—¿Estás contenta de tu padre?

—Sois digno de aquél —respondió Margarita señalando el retrato de Van Claes.

A la mañana siguiente Baltasar, seguido de Lemulquinier, subió a su laboratorio como para despedirse de las esperanzas que había acariciado, y que las operaciones comenzadas le revivían. El amo y el criado se dirigieron una mirada llena de

melancolía al entrar en el desván que acaso abandonaban para siempre. Baltasar contempló las máquinas sobre las que había planeado tantos años su pensamiento, cada uno de los cuales estaba ligado al recuerdo de una investigación o de un experimento. Con aire triste ordenó a Lemulquinier que hiciera evaporar los gases y los ácidos peligrosos, y que separase las sustancias que pudieran producir explosiones. Y mientras íntimamente se despedía de todo, profería amargas lamentaciones, como el condenado a muerte antes de subir al cadalso.

—He aquí, sin embargo —dijo deteniéndose ante una cápsula en la cual se sumergían los dos hilos de una pila de Volta—, un experimento cuyo resultado debiera esperarse. De haber tenido éxito, ¡espantoso pensamiento!, mis hijos no expulsarían de su casa a un padre que les echaría diamantes a los pies... He aquí una combinación de carbono y de azufre —añadió hablándose a sí mismo— en que el carbono desempeña el papel de cuerpo electropositivo; la cristalización debe comenzar en el polo negativo, y, en el caso de descomposición, el carbono terminaría cristalizado...

—¿Se haría así? —le preguntó Lemulquinier, mirando con admiración a su amo.

—Ahora bien —prosiguió Baltasar tras una pausa—, la combinación está sometida a la influencia de esta pila que puede obrar...

—Si el señor quiere, voy a aumentar su efecto...

—No, no; hay que dejarla como está. El reposo y el tiempo son composiciones esenciales para la cristalización...

—¡Caramba!, pues sí que requiere tiempo esa cristalización —exclamó el ayuda de cámara.

—Si la temperatura baja, el sulfuro de carbono se cristalizará —dijo Baltasar, expresando a jirones los precisos pensamientos de una meditación completa en su entendimiento—; pero si la acción de la pila opera en ciertas condiciones que ignoro... Sería preciso vigilar, es... es posible... ¿Pero en qué pienso? No se trata ya de más química, amigo mío; tenemos que ir a regentar una oficina de impuestos en Bretaña...

Claes salió precipitadamente y descendió para hacer una última comida en familia, a la que asistieron Pierquin y de Solís. Baltasar, presuroso por acabar con su agonía científica, se despidió de sus hijos y subió al coche con el tío; toda la familia le acompañó hasta la puerta. Allí, cuando Margarita abrazó a su padre por última vez y como con desespero, él respondió diciéndole al oído: «Eres una buena hija y no te guardaré nunca rencor»; Margarita atravesó el patio, entró en el locutorio, arrodillándose en el sitio donde murió su madre y rezó ardientemente a Dios, suplicándole que le concediese la fuerza para realizar las duras tareas de su nueva vida. Sentíase ya fortalecida por una voz interior que le había vertido en el corazón las loas de los ángeles y el agradecimiento de su madre, cuando entraron en el locutorio su hermana, su hermano, Emmanuel y Pierquin, quienes habían estado contemplando la calesa de viaje hasta perderla de vista.

—¿Y qué vais a hacer ahora, señorita? —le dijo Pierquin.

—Salvar la casa —respondió ella con sencillez—. Poseemos unos cientos de hectáreas de terreno en Waignies. Mi intención es desbrozarlas, dividir las en tres granjas, construir los edificios necesarios para su explotación y alquilarlos; así, creo que en algunos años y con mucha economía y paciencia, cada uno de nosotros —dijo señalando a su hermana y a su hermano— poseerá una espaciosa granja que podrá valer un día casi quince mil francos de renta. Mi hermano Gabriel conservará esta casa, que está inscrita a su nombre. Y un día u otro entregaremos a nuestro padre su fortuna liberada de toda obligación, consagrando nuestros ingresos a la liquidación de sus deudas.

—Pero, querida prima —opuso el notario, estupefacto por aquella exégesis de los negocios con la fría razón de Margarita—, os harán falta más de doscientos mil francos para desbrozar los terrenos, construir las granjas y comprar ganado... ¿De dónde vais a sacar esa suma?

—Ahí empiezan mis dificultades —respondió ella mirando alternativamente al notario y a de Solís—. No me atrevo a pedírsela a mi tío, quien ya ha aportado la fianza de mi padre.

—Pero tenéis amigos —exclamó Pierquin, viendo de pronto que las señoritas Claes «serían aún muchachas de quinientos mil francos».

Emmanuel de Solís miró a Margarita con ternura, pero, desgraciadamente para él, Pierquin siguió siendo notario en medio de su entusiasmo, y prosiguió así:

—Yo os ofrezco esos doscientos mil francos.

Emmanuel y Margarita se consultaron con una mirada que fue un rayo de luz para Pierquin. Felicia enrojeció intensamente, a tal punto se sentía dichosa al ver a su primo tan generoso como lo deseaba ella. Miró a su hermana, quien de pronto adivinó que durante su ausencia la pobre muchacha se había dejado prender por algunas triviales galanterías de Pierquin.

—No me pagaréis más que un cinco por ciento de interés —añadió—. Me reembolsaréis como queráis, y me daréis una hipoteca sobre vuestros terrenos. Pero quedad tranquila, pues no habréis de pagar sino los gastos de vuestros contratos, ya que os hallaré buenos granjeros y llevaré vuestros asuntos gratuitamente, a fin de ayudaros como buen pariente.

Emmanuel hizo una seña a Margarita invitándola a rehusar, pero ella estaba demasiado ocupada en estudiar los cambios que expresaba el rostro de su hermana, y no se dio cuenta. Tras una pausa, miró al notario con aire irónico y le dijo, con gran alegría de Solís.

—Sois un magnífico pariente, y no esperaba menos de vos, pero el interés del cinco por ciento retrasaría demasiado nuestra liberación; esperaré la mayoría de edad de mi hermano y venderemos sus rentas.

Pierquin se mordió los labios; Emmanuel sonrió suavemente.

—Felicia querida, acompaña a Juan al colegio, con Marta... Juan, ángel mío, sé

juicioso, no rompas la ropa, pues no somos lo bastante ricos para renovártela con tanta frecuencia como hacíamos. Anda, ve, pequeño, y estudia mucho.

Felicia salió con su hermano.

—Primo —dijo Margarita a Pierquin—, y vos, señor —dijo a de Solís—, ¿sin duda habéis venido a ver a mi padre durante mi ausencia? Os agradezco esa prueba de amistad. No haréis sin duda menos por dos pobres muchachas que van a tener necesidad de consejos. Entendámonos al respecto... Cuando esté yo en la ciudad, os recibiré siempre con el mayor placer; pero cuando Felicia se encuentre aquí sola con Josette y Marta, no tengo necesidad de deciros que ella no debe ver a nadie, aunque fuese un antiguo amigo y el más afecto de nuestros parientes. En las circunstancias en que nos hallamos, nuestra conducta debe ser de una irreprochable severidad. Durante mucho tiempo sólo nos dedicaremos al trabajo y a la soledad.

Reinó el silencio durante algunos momentos. Emmanuel, absorto en la contemplación de la cabeza de Margarita, parecía mudo; Pierquin no sabía qué decir. El notario se despidió de su prima, rabioso contra sí mismo. Había adivinado de pronto que Margarita quería a Emmanuel, y que él acababa de comportarse como un verdadero necio.

—Vaya, Pierquin, amigo mío —se dijo apostrofándose a sí mismo en la calle—, cualquiera que te dijese que eres un perfecto animal tendría razón. ¡Seré imbécil! Dispongo de doce mil libras de renta, aparte de mi cargo, sin contar la sucesión de mi tío Des Raquets, cuyo único heredero soy yo, y que duplicará mi fortuna un día u otro (en fin, no le deseo la muerte, pues es ahorrador), y cometo la infamia de pedir intereses a la señorita Claes... Estoy seguro que los dos se burlan ahora de mí. No debo pensar ya más en Margarita. Después de todo, Felicia es una criatura dulce y buena que me conviene más. Margarita tiene un carácter de hierro, querría dominarme, y me dominaría... Ea, mostrémonos generosos, no seamos tan notario...; no puedo sacudirme ese arnés... ¡Por vida de...! Me voy a dedicar a amar a Felicia, y no me saldré ni un punto de ese sentimiento. Pero... Ella tendrá una granja de doscientas hectáreas, que en un tiempo dado valdrá entre quince y veinte mil libras de renta, pues los terrenos de Waignies son buenos. En cuanto mi tío Des Raquets muera, ¡pobre hombre!, venderé mi estudio, y soy un hombre de cin-cuen-ta-mil-libras-de-ren-ta. Mi mujer es una Claes y estoy emparentado con casas considerables. ¡Diablos, ahora veremos si los Courteville, los Magalhens y los Savaron de Savarus rehúsan venir a casa de un Pierquin-Claes-Molina-Nourho! Seré alcalde de Douai, tendré cruz de la Legión de Honor, puedo ser diputado, llegaré a todo... Vamos, Pierquin, muchacho, sigue en tus trece, no hagas tonterías, te doy mi palabra de honor de que Felicia..., la señorita Felicia Van Claes te ama...

En cuanto los dos enamorados quedaron solos, Emmanuel tendió una mano a Margarita, quien no evitó su impulso de tenderle la suya. Los dos se levantaron con unánime movimiento y se dirigieron hacia su banco del jardín; pero ya en medio del locutorio, el enamorado no pudo refrenar su júbilo y con voz que la emoción hacía

temblar, le dijo a Margarita:

—Tengo trescientos mil francos para vos...

—¡Cómo! —exclamó ella— ¿Es que mi pobre madre aún os habría confiado...? No... ¿Qué?

—¡Oh mi Margarita! Lo que es mío ¿no es también vuestro? ¿No sois vos quien por primera ha dicho *nosotros*?

—¡Querido Emmanuel! —dijo ella apretando la mano que tenía aún en la suya.

Y en vez de ir al jardín se dejó caer en un sillón.

—¿No soy yo quien debe agradecerérselo —dijo él con amorosa voz—, puesto que aceptáis?

—Este momento, mi querido amado —dijo ella—, borra muchos dolores y aproxima un dichoso futuro. Sí, acepto tu fortuna —añadió dejando vagar por sus labios una sonrisa de ángel—, pues conozco el medio de hacerla mía.

Contempló el retrato de Van Claes como para tener un testigo. El joven, que seguía las miradas de Margarita, no la vio que se quitaba del dedo un anillo, y sólo se percató del gesto cuando le oyó estas palabras:

—En medio de nuestras profundas miserias surge una felicidad. Mi padre me deja, por negligencia, la libre disposición de mí misma —dijo ella tendiéndole el anillo—. ¡Tómalo, Emmanuel! Mi madre te quería; ella te habría elegido.

Las lágrimas afluyeron a los ojos de Emmanuel, quien palideció, cayó de rodillas y le dijo a Margarita, dándole un anillo que él llevaba siempre.

—Esta es la alianza de mi madre, Margarita mía —y besando el anillo prosiguió—: ¿no tendré otra prenda que ésta?

Ella se inclinó presentando su frente a los labios de Emmanuel.

—Mi pobre amado... ¿No hacemos algo malo? —dijo emocionada—. Tendremos que esperar mucho tiempo.

—Mi tío decía que la adoración era el pan cotidiano de de la paciencia, hablando del cristiano que ama a Dios; yo puedo amarte así: desde hace tiempo te veo como unida al Señor de todas las cosas; soy tuyo, como soy de Él.

Durante algunos momentos permanecieron embelesados en el más dulce arrobamiento. Fue la sincera y serena efusión de un sentimiento que, semejante a un manantial demasiado lleno, se desbordaba en pequeñas e incesantes oleadas. Los acontecimientos que separaban a estos dos enamorados eran un motivo de melancolía que hizo más intensa su dicha, imprimiéndole un sentimiento agudo como el dolor. Felicia volvió demasiado pronto para ellos. Emmanuel, inspirado por el delicado tacto que lo hace adivinar todo en amor, dejó a las dos hermanas solas después de cambiar con Margarita una mirada en la que ella pudo ver lo que le costaba aquella discreción, pues expresaba hasta qué extremo anhelaba aquella dicha tanto tiempo añorada, y que acababa de ser consagrada por los esponsales del corazón.

—Ven aquí, pequeña —dijo Margarita acariciando a Felicia.

Luego, en el jardín, las dos se sentaron en el banco al que cada generación confió

sus palabras de amor, sus dolorosos suspiros, sus meditaciones y su proyectos. A pesar del tono alegre y de la tierna sonrisa de su hermana, Felicia sentía una emoción que se parecía al miedo. Margarita le cogió la mano y notó que le temblaba.

—Señorita Alicia —dijo la mayor al oído de su hermana—, yo leo en tu alma. Pierquin ha venido a menudo durante mi ausencia; ha venido todas las tardes y te ha dicho dulces palabras, y tú las has escuchado...

Felicia enrojeció.

—No te disculpes, ángel mío —prosiguió Margarita—; es tan natural el amar... Quizá tu bella alma cambiará un poco la naturaleza de tu primo; es egoísta, interesado, pero es un hombre honesto y sin duda sus defectos pueden hacerte feliz. Te querrá como a la más hermosa de sus propiedades, serás una parte de sus negocios. Perdóname estas palabras, querida amiga. Tú le corregirás de los malos hábitos que ha contraído al no ver en todas partes sino intereses, enseñándole los negocios del corazón.

Felicia no pudo sino abrazar a su hermana.

—Por lo demás —prosiguió Margarita—, posee fortuna. Su familia es de la más antigua y elevada burguesía. ¿Pero sería yo quien me opondría a tu felicidad, si tú quieres encontrarla en una condición mediocre?

Felicia dejó escapar estas palabras:

—Querida hermana...

—¡Oh, sí; puedes confiarte a mí! —exclamó Margarita—. ¿Qué más natural que decirnos nuestros secretos?

Estas palabras llenas de afecto determinaron uno de esos deliciosos diálogos en que las jóvenes se lo dicen todo. Cuando Margarita, a quien el amor había dado ya una experiencia, reconoció el estado del corazón de Felicia, acabó diciéndole:

—Bueno, mi querida niña, asegúrenos de que el primo te quiere de verdad, y entonces...

—Deja que yo resuelva —respondió Felicia riendo—. Tengo mis modelos.

—¡Loca! —dijo Margarita besándola en la frente.

Aunque Pierquin perteneciese a esa clase de hombres que ven en el matrimonio obligaciones, la ejecución de las leyes sociales y un modo para la transmisión de las propiedades; a pesar de que le fuese indiferente casarse con Felicia o con Margarita, si una y otra tenían el mismo apellido y la misma dote, se percató de que las dos eran, según una de sus expresiones, «románticas y sentimentales», dos adjetivos que las gentes sin corazón emplean para burlarse de los dones que la naturaleza siembra con mano parsimoniosa a través de los surcos de la humanidad; el notario se dijo sin duda que había que bailar al son que tocasen, y al día siguiente fue a ver a Margarita, la llevó misteriosamente al jardinillo y se puso a hablar de sentimiento, pues era una de las cláusulas del contrato primitivo que debía preceder, en las leyes del mundo, al contrato notarial.

—Querida prima —le dijo—, no hemos sido siempre de la misma opinión sobre

los medios que se debían adoptar para llegar a la feliz conclusión de vuestros asuntos; pero reconoceréis que siempre me ha guiado el mayor deseo de seros útil. Pues bien, ayer eché por los suelos mi ofrecimiento por un hábito fatal que nos da el *espíritu notario*; ¿comprendéis...? Mi corazón no era cómplice de mi necesidad. Yo os he querido mucho; pero nosotros tenemos cierta perspicacia, y me he dado cuenta de que no os gustaba. La culpa es mía...; otro habría sido más hábil que yo. Pues bien, vengo a confesaros, «lealísimamente», que siento un verdadero amor por vuestra hermana Felicia. Tratadme, pues, como a un hermano; tomad cuanto queráis de mi bolsa...; cuanto más toméis, más amistad me demostraréis. Yo soy por entero vuestro, «sin interés»; ¿me comprendéis? Ni al doce ni al cuatro por ciento. Sólo deseo que me veáis digno de Felicia, y me haréis feliz. Perdonadme mis defectos, pues son la consecuencia de mi entrega a mis negocios; el corazón es bueno, y antes me lanzaría al Escarpa que no hacer feliz a mi mujer.

—Eso está muy bien —dijo Margarita—, pero mi hermana depende de ella y de nuestro padre.

—Lo sé, mi querida prima —replicó el notario—, pero vos sois la madre de toda la familia, «y mi corazón sólo quiere que seáis juez del mío».

Ese disparate expresivo retrata mejor que nada el espíritu del honrado notario. Tiempo después Pierquin se hizo célebre por su respuesta al comandante del campamento de Saint-Omer, quien habiéndole invitado a asistir a una fiesta militar, recibió su respuesta redactada así: «El señor Pierquin-Claes de Molina-Nourho, alcalde de la villa de Douai, caballero de la Legión de Honor, tendré “el de” asistir...».

Margarita aceptó la ayuda del notario, pero sólo en lo que se relacionaba con su profesión, a fin de no comprometer en nada su dignidad de mujer ni el porvenir de su hermana ni las determinaciones de su padre. El mismo día resolvió que su hermana quedase bajo la custodia de Josette y de Marta, quienes se consagraron en cuerpo y alma a su joven ama, secundando sus planes de economía. Margarita salió en seguida para Waignies, donde empezó sus operaciones, hábilmente dirigidas por Pierquin. Una fiel dedicación se grabó en el espíritu del notario como una especulación excelente; sus atenciones, sus molestias, fueron en cierto modo una colocación de fondos que no quiso economizar. De momento trató de evitarle a Margarita el engorro de hacer desbrozar y labrar los terrenos destinados a las granjas. Llamó a tres jóvenes hijos de granjeros ricos que deseaban establecerse, los sedujo con la perspectiva que les ofrecía la excelencia de aquellos terrenos, y consiguió que cogiesen en arriendo las tres granjas que se iban a construir. Mediante la cesión del precio de la granja durante tres años, los granjeros se comprometieron a pagar por su arriendo diez mil francos el cuarto año, doce mil el sexto y quince mil durante el resto del contrato; abrirían las zanjias, realizarían las plantaciones y comprarían el ganado. Mientras se construían las granjas, los granjeros se dedicaron a desbrozar las tierras. Cuatro años después de la marcha de Baltasar, Margarita había casi restablecido la fortuna de su

hermano y su hermana. Doscientos mil francos bastaron para todas las construcciones. No le faltaron ni apoyos ni consejos a la valerosa muchacha cuya tenacidad era la admiración de la gente. Margarita vigiló las edificaciones, la ejecución de los tratos y arriendos con el buen sentido, la actividad y la constancia que saben desplegar las mujeres cuando las impulsa un gran sentimiento. Desde el quinto año pudo destinar treinta mil francos del ingreso que producían las granjas, las rentas de su hermano y el producto de los bienes paternos, a la cancelación de los capitales hipotecados y a la reparación de los estragos que la pasión de Baltasar había causado en su casa. La amortización debía, pues, coincidir rápidamente con la disminución de los intereses. Emmanuel de Solís ofreció entonces a Margarita los cien mil francos que le quedaban de la herencia de su tío y que ella no había empleado, añadiendo veinte mil francos de sus economías, por lo que, desde el tercer año de su gestión, consiguió reducir una parte bastante considerable de sus deudas. Esa vida de valor, de privaciones y de sacrificio persistió durante cinco años, y todo, desde entonces y bajo la administración y la influencia de Margarita, fue mejorando día a día.

Convertido en ingeniero de puentes y caminos, Gabriel, con la ayuda de su tío abuelo, hizo una rápida fortuna en la empresa de un canal que construyó, y conquistó a su prima la señorita Conyncks, adorada por su padre y una de las más ricas herederas de los dos Flandes. En el año 1824 los bienes de los Claes quedaban liberados, y la casa de la calle de París había reparado sus pérdidas. Pierquin pidió oficialmente la mano de Felicia a Baltasar, igualmente que de Solís pidió la de Margarita.

A comienzos del mes de enero del 1825 Margarita y el señor Conyncks fueron a buscar al padre desterrado, cuyo regreso deseaban todos y quien presentó su dimisión para no separarse ya de su familia, cuya felicidad iba a recibir su sanción. En ausencia de Margarita, que a mentido había expresado su pesar por no poder reemplazar los cuadros de la galería y de los aposentos de recepción, para el día en que volviese a su casa, Pierquin y de Solís tramaron con Felicia prepararle a Margarita una sorpresa que haría en cierto modo que la hermana menor tuviese su parte en la restauración de la casa Claes. Los dos habían comprado para Felicia varios hermosos cuadros que completarían la decoración de la galería. El señor Conyncks tuvo la misma idea. Queriendo testimoniar a Margarita la satisfacción que le producía su noble conducta y su fidelidad en cumplir el mandato de su madre, había tomado sus medidas para que se trajesen unas cincuenta de sus más importantes telas y algunos de los cuadros que en otro tiempo vendió Baltasar, con lo cual la galería Claes recobró totalmente su categoría. Margarita había ido varias veces a ver a su padre, acompañada de su hermana o de Juan, pero después de su última visita la vejez de Baltasar aparecía con alarmantes síntomas, a cuya gravedad contribuía sin duda la vida de privaciones que se había impuesto para poder emplear la mayor parte de sus emolumentos en experiencias que defraudaban siempre sus esperanzas. Aunque no

tuviere más de sesenta y cinco años, su aspecto era el de un octogenario. Los ojos se le habían hundido en las órbitas, tenía blancas las cejas y sólo algunos cabellos le crecían en la nuca; se dejaba crecer la barba, cortándosela con las tijeras cuando era demasiado larga; además de encorvado como viejo campesino, iba miserablemente vestido, lo que aún lo hacía más repelente. Aunque un vigoroso pensamiento hirviese en aquel rostro cuyas facciones desaparecían bajo sus arrugas, la fijeza de la mirada, un gesto desesperado y una constante inquietud hacían pensar en una posible demencia, cuando no en todas las demencias juntas. Lo mismo le acudía una esperanza que le daba a Baltasar la expresión de un monomaniaco, como la impaciencia por no descubrir un secreto que se le presentaba como un fuego fatuo le imprimía los síntomas del furor; luego una estridente carcajada revelaba su locura, pero la mayor parte del tiempo era el más completo abatimiento lo que resumía todas las facetas de su pasión por la fría melancolía del idiota. Por fugaces e imperceptibles que fuesen esas expresiones para los extraños, eran desgraciadamente bien sensibles para los que conocían a un Claes sublime de bondad, con gran corazón, con bello rostro, y del que sólo quedaban escasos vestigios. Envejecido, fatigado como su amo por trabajos constantes, Lemulquinier no había, sin embargo, tenido que sufrir como él los afanosos esfuerzos del pensamiento, por lo que su fisonomía ofrecía una singular mezcla de inquietud y de admiración por su amo, sobre la que era fácil equivocarse, pues aunque oyese la menor palabra de su señor con respeto, que siguiera sus menores movimientos con una especie de ternura, cuidaba de él como una madre de su hijo, y, a menudo, hasta parecía que sólo pensase en protegerle; y en verdad le protegía respecto a las vulgares necesidades de la vida, en las que Baltasar no pensaba nunca. Estos dos viejos, esclavos de una misma obsesión, confiados en la realidad de su esperanza, agitados por el mismo soplo, representando uno la cobertura y el otro el alma de la existencia común, eran un espectáculo horrible y conmovedor a la vez. Cuando llegaron Margarita y Conyncks, encontraron a Claes en un albergue; su sucesor no se hizo esperar y había ya tomado posesión del cargo.

A través de las preocupaciones de la ciencia, agitaba a Baltasar el deseo de volver a ver su patria, su casa y su familia; la carta de su hija le había anunciado faustos acontecimientos; él pensaba coronar su carrera con una serie de experiencias que, al fin, debían llevarle al descubrimiento de su problema, por lo que esperaba a Margarita con la mayor impaciencia. La muchacha se echó en brazos de su padre llorando de alegría. Esta vez ella venía a buscar la recompensa de una vida dolorosa y el perdón de su rigor doméstico. Sentíase delincuente a la manera de los grandes hombres que violan las libertades para salvar a la patria. Pero al contemplar a su padre, se estremeció, reconociendo los cambios que desde su última visita se habían operado en él. Conyncks compartió el secreto temor de su sobrina, e insistió en trasladar a Douai a su primo lo más pronto posible, pues la influencia del terruño podría devolverle la razón y también la salud, mediante la vida apacible y feliz del hogar doméstico.

Después de las primeras efusiones del corazón, más exaltado en Baltasar de lo que Margarita había esperado, tuvo para ella singulares atenciones; demostró su pesar por recibirla en la pobre habitación de un hospedaje, se informó sobre sus gustos, le preguntó qué prefería para las comidas con la solicitud de un amante y actuó del mismo modo que un culpable que quiere congraciarse con su juez. Margarita conocía tan bien a su padre, que adivinó el motivo de aquella ternura, suponiendo que podía tener en la ciudad algunas deudas que quería abonar antes de irse. Observó a su padre, y entonces vio el corazón humano al desnudo. Baltasar se había empequeñecido. El sentimiento de su decadencia y el aislamiento en que le situaba la ciencia le habían hecho tímido e infantil en todos los asuntos ajenos a sus ocupaciones favoritas. Su hija mayor le imponía; el recuerdo de su abnegación pasada, de la fuerza que ella había desplegado, la conciencia del poder que él le había dejado tomar, la fortuna de que disponía y los indefinibles sentimientos que se habían apoderado de él desde el día en que abdicó de su paternidad ya comprometida, habían sin duda elevado de día en día a la muchacha. Conyncks parecía que no fuese nadie a los ojos de Baltasar; él no veía más que a su hija y sólo pensaba en ella, pareciendo que la temiese como ciertos maridos débiles temen a la mujer superior que los ha subyugado; cuando la miraba, Margarita sorprendía en sus ojos una expresión de temor, parecida a la de un niño que se sabe culpable. La noble muchacha no sabía cómo conciliar la majestuosa y terrible expresión, de aquel cráneo devastado por la ciencia y los trabajos con la sonrisa pueril, con el cándido servilismo que expresaban en los labios y el rostro de Baltasar. Se sintió herida ante el contraste que había en aquella grandeza y aquella pequeñez, y se prometió emplear su influencia para que recobrase su padre la antigua dignidad para el día solemne en que iba a reaparecer ante su familia. Sin esperar lo él, aprovechó un momento en que estuvieron solos para decirle al oído:

—¿Debéis algo aquí?

Baltasar enrojeció, y respondió con embarazo:

—No sé, pero Lemulquinier te lo dirá. Ese buen hombre está más al corriente de mis asuntos que yo mismo.

Margarita llamó al ayuda de cámara, y cuando acudió examinó casi involuntariamente la fisonomía de los dos viejos.

—¿Desea algo el señor? —preguntó Lemulquinier.

Margarita, que era todo orgullo y nobleza, sintió como si le faltase el aire al ver, por el tono y la actitud del criado, que se había llegado a cierta impropiedad familiaridad entre su padre y el compañero de sus trabajos.

—¿Entonces, mi padre no puede sacar sin vos la cuenta de lo que debe aquí? —preguntó Margarita.

—El señor —respondió Lemulquinier— debe...

Al oír estas palabras, Baltasar le hizo a su criado un signo de inteligencia que Margarita sorprendió y que la indignó.

—¡Dime cuánto debe mi padre! —ordenó al criado.

—El señor debe un millar de escudos al boticario que nos ha servido potasas cáusticas, plomo, zinc y reactivos.

—¿Nada más?

Baltasar repitió un signo afirmativo a Lemulquinier, quien, dominado por su amo, respondió:

—Nada más, señorita.

—Bien —dijo ella—, yo se los daré.

Baltasar abrazó jubilosamente a su hija diciéndole:

—Eres un ángel para mí, hija mía.

Y respiró a sus anchas, mirándola con ojos menos tristes; pero a pesar de aquella alegría, Margarita advirtió fácilmente en su rostro las muestras de una profunda inquietud, y juzgó que aquellos mil escudos sólo significaban las deudas menudas del laboratorio.

—Sed franco, padre —dijo sentándose en sus rodillas—; ¿debéis aún algo? Confesadlo todo, volved a vuestra casa sin llevar ninguna inquietud en medio de la alegría general.

—Mi querida Margarita —respondió él tomándole las manos y besándoselas con una gracia que parecía un recuerdo de su juventud—, ¿me reñirás?

—No —dijo ella.

—¿De verdad? —dijo él con infantil júbilo—. ¿Puedo, pues, decírtelo todo?, ¿pagarás?

—Sí —respondió ella reprimiendo las lágrimas que le afluían a los ojos.

—Pues bien, debo... ¡oh, no me atrevo!

—¡Pero decidlo ya, padre mío!

—Es considerable —respondió él.

Ella unió las manos con movimiento de desespero.

—Debo treinta mil francos a Protez y Chiffreville.

—Treinta mil francos —dijo ella— son mis economías, pero tengo el mayor placer en ofrecéroslos —añadió besándole la frente con respeto.

Levantose él, y cogiendo a su hija en brazos, fue dando vueltas por la habitación como si jugase con una niña; luego la volvió a dejar en el sofá exclamando:

—¡Mi querida hija; eres un tesoro de amor! Yo no vivía. Los Chiffreville me han escrito tres cartas amenazadoras y querían llevarme al juzgado, a mí, que les he hecho ganar una fortuna...

—Padre —dijo tristemente Margarita—, ¿seguís, pues, buscando?

—¡Siempre! —respondió él con una sonrisa de loco—. Y lo hallaré, vaya que sí... ¡Si supieses dónde estamos!

—¿Quienes...?

—Hablo de Lemulquinier; ha acabado por comprenderme y me ayuda mucho... Pobre hombre; ¡me es tan fiel!

Conyncks interrumpió la conversación entrando. Margarita hizo una seña a su padre para que se callara, para que se rebajase a los ojos de su tío. Estaba angustiada por los estragos que la preocupación había causado en aquella gran inteligencia, absorbida en la búsqueda de un problema quizá insoluble. Baltasar, que no veía más allá de sus hornos, no se percataba siquiera de la dilapidación de su fortuna.

Al otro día salieron todos para Flandes. El viaje fue lo bastante largo como para que Margarita pudiese comprender confusamente la situación en que se encontraban su padre y Lemulquinier. El criado tenía sobre el amo ese ascendiente que saben tomar sobre los más grandes espíritus las gentes sin educación que se sienten necesarias y que, de concesión en concesión, saben llegar al dominio con la persistencia de una idea fija. ¿O acaso el amo había contraído por su criado esa especie de afecto que nace de la costumbre, semejante a la que el obrero tiene por su herramienta y el árabe por su corcel liberador? Margarita espió algunos hechos para decidirse sobre si era real aquel humillante yugo, proponiéndose libertar a Baltasar. Luego se detuvo varios días en París con objeto de liquidar las deudas de su padre, a la vez que rogó a los fabricantes de productos químicos que no enviasen nada a Douai sin antes prevenirla de los pedidos que les hiciese Claes. Consiguió que su padre se cambiase de ropa y que recobrase sus antiguas costumbres, vistiéndose y comportándose como era de ley en un hombre de su clase. Esta restauración corporal devolvió a Baltasar una especie de dignidad física que fue de buen augurio para un cambio de ideas. Pronto, su hija, feliz de antemano por todas las sorpresas que esperaban a su padre en su propia casa, decidió la salida para Douai.

Tres leguas antes de llegar a la villa, Baltasar vio a su hija Felicia a caballo, escoltada por los dos hermanos, por Emmanuel, por Pierquin y por los íntimos amigos de las tres familias. El viaje había necesariamente distraído al químico de sus habituales pensamientos, y la vista de Flandes había obrado en su corazón; así, cuando percibió el jubiloso cortejo que formaba su familia y sus amistades, experimentó emociones tan vivas que los ojos se le humedecieron, le tembló la voz, enrojeció y abrazó tan apasionadamente a sus hijos sin poderse desprender de ellos que los espectadores de la escena no pudieron refrenar su emoción. Cuando volvió a ver su casa, palideció, saltó del coche con la agilidad de un joven, respiró con deleite el aire del patio y contempló los menores detalles con un placer que le desbordaba, dando la sensación de que estaba rejuveneciendo. Luego, al entrar en el locutorio, lloró; lloró al ver la exactitud con que su hija había reproducido sus antiguos candelabros de plata vendidos, comprendiendo que los desastres estaban totalmente reparados. Una espléndida comida había servida en el comedor, cuyos aparadores estaban llenos de curiosidades y de una platería cuyo valor era semejante al de las piezas que en otro tiempo había en sus estantes. Aunque aquella comida en familia duró varias horas, apenas hubo tiempo para los relatos que Baltasar les pedía a cada uno de sus hijos. La conmoción infundida a su moral por el retorno hizo que se identificase con la felicidad de su familia y se sintiese otro padre y jefe de aquel

hogar. Sus maneras adquirieron su antigua nobleza. Desde el primer momento se entregó por entero al goce de la posesión, sin reflexionar en los esfuerzos que habría costado recuperar todo lo que él había perdido. Su goce fue, pues, pleno y total. Terminada la comida, los cuatro hijos, el padre y el notario Pierquin pasaron al locutorio, donde Baltasar vio no sin inquietud documentos sellados que un pasante había puesto sobre una mesa, ante la cual estaba como para atender a su dueño. Sentáronse los hijos, y Baltasar, asombrado, permaneció de pie ante la chimenea.

—Esto —dijo Pierquien— es la gestión de tutela que rinde el señor Claes a sus hijos. No es sin duda muy divertida —añadió riendo a la manera de los notarios, quienes generalmente adoptan un tono festivo para tratar de los asuntos más serios—, pero es absolutamente preciso que lo escuchéis.

Aunque las circunstancias justificasen sus palabras, Claes, a quien su conciencia recordaba el pasado de su vida, las consideró como un reproche y frunció el entrecejo. El pasante comenzó la lectura. El asombro de Baltasar fue aumentando a medida que avanzaba. Se consideraba en el documento que la fortuna de su mujer ascendía, en el momento de su muerte, a un millón seiscientos mil francos, y la conclusión de esta rendición de cuentas proporcionaba claramente a cada uno de sus hijos una parte entera, como la habría podido administrar un buen y escrupuloso padre de familia. De ello resultaba que la casa estaba libre de toda hipoteca, que Baltasar estaba en su casa, y que sus bienes rústicos quedaban igualmente liberados. Una vez firmadas las distintas actas, Pierquien presentó los recibos de las sumas tomadas a préstamo en otro tiempo, y los desembargos de las propiedades. En este momento Baltasar, que recuperaba a la vez el honor de hombre, la vida del padre y la consideración ciudadana, se desplomó sobre un sofá; buscó con la mirada a Margarita, quien, por una de esas sublimes delicadezas de mujer, se había ausentado durante la lectura, para ver si se habían cumplido sus instrucciones para la fiesta. Todos los miembros de la familia comprendieron el pensamiento del viejo en el momento en que sus ojos débilmente húmedos requerían a su hija, a la que todos veían entonces, con los ojos del alma, como un ángel de fuerza y de luz. Gabriel fue a buscarla. Al oír los pasos de su hija, Baltasar corrió a estrecharla en sus brazos.

—Padre mío —le dijo ella al pie de la escalera donde el la abrazó—, os lo suplico, no disminuyáis en nada vuestra santa autoridad. Agradecedme, ante toda la familia, el haber cumplido bien vuestras intenciones, y sed así el único autor del bien que aquí ha podido hacerse.

Baltasar alzó los ojos al cielo, miró luego a su hija, cruzose de brazos, y, tras una pausa en la cual su rostro volvió a adquirir una expresión que sus hijos no le habían visto desde hacía diez años, dijo:

—¡Por qué no estarás aquí, Pepita, para admirar a nuestra hija!

Y abrazando nuevamente con fuerza a Margarita, y sin poder pronunciar una palabra más, volvió a entrar en el locutorio.

—Hijos míos —dijo con la noble actitud que en otros tiempos hacía de él un

hombre de los más importantes—, todos debemos agradecimiento y reconocimiento a mi hija Margarita por la cordura, el acierto y el valor con que ha realizado mis intenciones y ejecutado mis planes cuando, absorbido yo por mis trabajos, le entregué las riendas de nuestra administración doméstica.

—Bien, ahora vamos a proceder a la lectura de los contratos de casamiento —dijo Pierquin consultando la hora—. Pero esos procedimientos no me conciernen, puesto que la ley me impide actuar por mis parientes y por mí. Por lo tanto, el señor Raparlier, el tío, se encargará de ello.

En este momento fueron llegando sucesivamente las amistades de la familia invitadas a la cena que se daba para celebrar el regreso de Claes y la firma de los contratos matrimoniales, mientras que los servidores traían los regalos de boda. La asamblea aumentó rápidamente y fue muy considerable por la calidad de los concurrentes y la magnificencia de los vestidos. Las tres familias que se unían para la felicidad de sus hijos rivalizaban en esplendor. En un instante el locutorio se llenó con los espléndidos presentes ofrecidos a los futuros contrayentes. El oro centelleaba. Los tejidos desplegados, los chales de ca chemira, los collares y los aderezos provocaban la mayor alegría en los que los ofrecían y en los que los recibían y ese júbilo casi infantil se retrataba tan bien en todos los rostros que el valor de los magníficos regalos lo olvidaban los indiferentes, con demasiada frecuencia ocupados en hacer cálculos. Comenzó luego la ceremonia tradicional en la familia Claes para estas solemnidades. Únicamente el padre y la madre podían estar sentados, permaneciendo entre ellos en pie y a distancia los asistentes. A la izquierda del locutorio y al lado del jardín se situaron Gabriel Claes y la señorita Conyncks, al lado de los cuales se colocaron de Solís y Margarita, y su hermana y Pierquin. A algunos pasos de estas tres parejas, Baltasar y Conyncks, los únicos de la asamblea que podían sentarse, haciéndolo cada uno en un sofá, al lado del notario que reemplazaba a Pierquin. Juan estaba en pie detrás de su padre. Unas veinte mujeres elegantemente ataviadas y algunos hombres, todos elegidos entre los más próximos parientes de los Pierquin, de los Conyncks y de los Claes; luego el alcalde de Douai, que debía casar a los prometidos; los doce testigos tomados entre las más íntimas amistades de las tres familias, estando con ellos el primer presidente de la Audiencia Real, y todos, hasta el cura párroco de San Pedro, permanecieron en pie, formando del lado del patio un gran círculo. Este homenaje rendido por toda la reunión a la paternidad, que en aquel instante irradiaba una majestad regia, imprimía a la escena un color antiguo. Fue el único momento durante el cual, desde hacía dieciséis años, Baltasar olvidó la búsqueda del absoluto. Raparlier, el notario, preguntó a Margarita y a su hermana si habían llegado todas las personas invitadas a la firma y a la cena que debía seguir, y, a su respuesta afirmativa, volvió para tomar el contrato de matrimonio de Margarita y de Solís, el cual debía ser el primero en leerse, cuando de pronto se abrió la puerta del locutorio y apareció Lemulquinier con el rostro radiante de alegría:

—¡Señor, señor!

Baltasar miró a Margarita con desespero, le hizo una seña y se la llevó al jardín. Siguió una gran confusión.

—No me atreví a decírtelo, hija mía —dijo el padre—, pero ya que tanto has hecho por mí, me salvarás de esta nueva desdicha. Lemulquinier me prestó para una nueva experiencia que no ha tenido éxito veinte mil francos, todos fruto de sus ahorros. El desgraciado viene sin duda a pedírmelos al saber que vuelvo a ser rico; dáselos inmediatamente. Tú, ángel mío, le debes tu padre, pues únicamente él me consolaba en mis desastres, y sólo él tiene todavía fe en mí. Ten por seguro que sin él, yo ya habría muerto...

—¡Señor, señor! —volvió a exclamar Lemulquinier.

—¿Qué sucede? —dijo Baltasar volviéndose.

—¡Un diamante!

Claes corrió al locutorio al ver un diamante en la mano de su ayuda de cámara, quien le dijo en voz muy baja:

—He ido al laboratorio...

El químico, que lo había olvidado todo, dirigió una mirada al viejo flamenco que podía traducirse por estas palabras:

«¡Tú has sido el primero en ir al laboratorio!!».

—Y —el criado prosiguió— he hallado este diamante en la cápsula que comunicaba con la pila que habíamos dejado para que hiciese lo que quisiera... y... ¡lo ha hecho, señor! —añadió mostrando un límpido diamante, de forma octaédrica, cuyo destello atrajo las miradas de todos los presentes.

—Hijos míos, mis amigos —dijo Baltasar—, perdonad a mi viejo servidor, perdonadme a mí... Esto va a volverme loco. Un azar de siete años ha producido, sin mí, un descubrimiento que busco desde hace dieciséis años. ¿Cómo? Lo ignoro. Sí, yo había dejado sulfuro de carbono sometido a la influencia de una pila de Volta cuya acción debió vigilarse todos los días. Pues bien, durante mi ausencia, el poder de Dios se ha manifestado en mi laboratorio sin que haya yo podido constatar sus efectos, progresivos, desde luego. ¿No es esto espantoso? ¡Maldito exilio, maldito azar! Si yo hubiese espiado esta larga, esa lenta, esa súbita, no sé cómo decirlo, cristalización, transformación, ese milagro..., entonces mis hijos serían más ricos aún... Aun cuando no sea esa la solución del problema que investigo, cuando menos los primeros rayos de mi gloria habrían brillado sobre mi país, y estos instantes, que nuestros satisfechos afectos llenan de felicidad, aún serían caldeados por el sol de la ciencia.

Todo el mundo callaba al oír a ese hombre. Las palabras sin ilación que le arrancó el dolor eran demasiado sinceras para que no fuesen sublimes.

De pronto, Baltasar rechazó su desespero hacia el fondo de sí mismo, lanzó sobre la asamblea una majestuosa mirada que brilló en las almas, cogió el diamante y se lo ofreció a Margarita exclamando:

—Te pertenece, ángel mío.

Despidió luego a Lemulquinier con un ademán, y dijo al notario:

—Prosigamos.

Esta palabra provocó en la asamblea el escalofrío que, representando ciertos personajes, transmitía Talma a los espectadores. Baltasar volvió a sentarse diciéndose en voz baja:

«Hoy sólo debo ser padre».

Margarita oyó estas palabras, se adelantó, le cogió la mano y se la besó respetuosamente.

—Nunca hombre alguno fue tan grande —dijo Emmanuel a su prometida cuando volvió a su lado—; nunca fue nadie tan poderoso; cualquier otro hombre se habría vuelto loco.

Leídos y firmados los tres contratos, todos se apresuraron a inquirir de Baltasar cómo se había llegado a la formación de aquel diamante; pero él no pudo responder nada concreto sobre un accidente tan singular. Miró hacia el desván y lo señaló con un gesto de rabia, diciendo luego:

—Sí, la espantosa potencia debida al movimiento de la materia inflamada, que sin duda ha formado los metales y los diamantes, se ha manifestado allí, durante un momento y por azar.

—Ese azar es sin duda muy natural —aseguró una de esas personas que quieren explicarlo todo—. Probablemente el buen hombre olvidaría algún verdadero diamante. Ése es el único que ha salvado entre todos los que ha quemado...

—Olvidémoslo —dijo Baltasar a sus amigos—. Os ruego que hoy no me habléis de eso.

Margarita abrazó a su padre para trasladarse a los aposentos de la casa de delante, donde esperaba una suntuosa fiesta. Cuando entró él en la galería siguiendo a sus invitados, y la vio llena de cuadros y de las más raras flores, exclamó:

—¡Cuadros, cuadros...! ¡Y algunos de los antiguos nuestros...!

Se detuvo, contrajo la frente y sintió el peso de sus culpas al medir la magnitud de su humillación secreta,

—Todo esto es vuestro, padre —dijo Margarita al adivinar los sentimientos que agitaban el alma de Baltasar.

—Ángel que los espíritus celestes deben aplaudir —exclamó él—, ¿cuántas veces habrás dado la vida a tu padre?

—Apartad todas las nubes de vuestra frente y el más pequeño y triste pensamiento de vuestro corazón —respondió ella—, y me recompensaréis hasta más allá de mis esperanzas. Acabo de pensar en Lemulquinier, mi querido padre, y las pocas palabras que sobre él me habéis dicho hacen que yo le estime; confieso que había juzgado mal a ese hombre; no penséis más en lo que le debéis... Seguirá a vuestro lado como un humilde amigo. Emmanuel tiene sesenta mil francos ahorrados y se los daremos a Lemulquinier. Después de haber servido tan bien, ese hombre debe vivir feliz el resto de sus días. No os inquietéis por nosotros. De Solís y yo llevaremos una vida tranquila, sin ostentaciones. Podemos prescindir de esa suma

hasta que vos nos la devolváis.

—Hija mía, no me abandones nunca... Sé la providencia de tu padre...

Al entrar en los aposentos de recepción, Baltasar los encontró restaurados y amueblados tan magníficamente como lo estuvieron en otros tiempos. Luego, los invitados se trasladaron al gran comedor de la planta baja, por la gran escalera, habiendo en el extremo del peldaño arbustos floridos. Una platería maravillosa de estilo, ofrecida por Gabriel a su padre, atrajo las miradas, así como un lujoso servicio de mesa que pareció inaudito a los principales de una villa donde el lujo es tradicional. Los criados del señor Conyncks, los de Claes y los de Pierquin se habían agregado para servir el suntuoso banquete. Viéndose presidiendo esa mesa, rodeado de parientes, de amigos y de rostros en los que brillaba una alegría viva y sincera, Baltasar, detrás del cual estaba Lemulquinier, sintió una emoción tan intensa que todo el mundo se calló, como se guarda silencio ante las grandes galerías y ante los grandes dolores.

—Queridos hijos —exclamó—, habéis echado la casa por la ventana ante la vuelta del padre pródigo.

Estas palabras con que el sabio se hizo justicia, y que acaso impidieron que no se le hiciera más severa, fueron tan noblemente pronunciadas que enternecieron a todo el mundo; pero fueron la última expresión de melancolía, pues el júbilo adquirió insensiblemente el carácter ruidoso y animado que impera en las fiestas familiares. Después de la cena llegaron los principales de la villa para el baile, el cual respondió al clásico esplendor de la casa Claes restaurada. Pronto se celebraron las tres bodas, y dieron lugar a fiestas, a bailes y banquetes que arrastraron durante varios meses al viejo Claes en el torbellino de la sociedad. Su hijo mayor se estableció en las tierras que Conyncks poseía cerca de Cambrai, quien no quiso separarse de su hija. La señora Pierquin abandonó la casa paterna para hacer los honores de la vivienda que Pierquin hizo construir y donde él quería vivir noblemente, pues había vendido su despacho, y su tío Des Raquets acababa de morir dejándole tesoros reunidos a fuerza de años y de ahorros. Juan se trasladó a París, donde debía terminar su educación.

Así, únicamente los Solís se quedaron con su padre, quien les cedió la vivienda de atrás, alojándose él en el segundo piso de la casa de delante. Margarita continuó velando por el bienestar material de Baltasar, ayudándola en su dulce tarea Emmanuel. Esta noble muchacha recibió de manos del amor la más envidiada corona, la que trenza la felicidad y cuyo esplendor mantiene la constancia. En efecto, jamás pareja alguna ofreció la imagen de esa dicha completa, declarada, pura, que todas las mujeres acarician en sus sueños. La unión de esos dos seres tan valerosos en las pruebas de la vida, y cuyo amor fue tan honesto, provocó en la villa una respetuosa admiración. De Solís, nombrado desde hacía mucho tiempo inspector general universitario, dimitió su cargo para disfrutar mejor de su felicidad y permanecer en Douai, donde todo el mundo rendía homenaje a su talento y a su carácter, hasta el punto de que su candidatura se anunciaba de antemano para las elecciones de la

Diputación. Margarita, tan fuerte en la adversidad, recobró con la ventura su placidez y su tierno trato. Claes siguió durante aquel año gravemente preocupado, pero si efectuó algunas experiencias poco onerosas, para las que bastaban sus ingresos, pareció dejar de un lado el laboratorio. Margarita, que reanudó las viejas costumbres de la casa Claes, ofreció todos los meses a su padre una fiesta de familia, a la cual asistían los Pierquin y los Conyncks, y recibía un día de cada semana a la alta sociedad de la villa, convirtiéndose sus salones en los más distinguidos de la ciudad. Aunque distraído con frecuencia, Claes asistía a todas las reuniones, y fue de nuevo tan sociable, sólo para complacer a su hija mayor, que sus hijos llegaron a creer que había renunciado a buscar la solución de su problema.

Así transcurrieron tres años.

VII

EL HALLAZGO DEL ABSOLUTO

En el año 1828 un acontecimiento favorable a Emmanuel requirió su traslado a España. Aunque entre los de la casa Solís y él hubiese tres ramas numerosas, la fiebre amarilla, la vejez, la esterilidad, todos los caprichos, en fin, de la fortuna, se conjugaron para convertirle en heredero de los títulos y de las ricas sustituciones de su casa, toda vez que él era el último. Por una de esas casualidades que sólo son inverosímiles en los libros, la casa de Solís había adquirido el condado de Nourho. Margarita no quiso separarse de su marido, quien debía quedarse en España todo el tiempo que requiriesen sus asuntos; además, sintió curiosidad por ver el castillo de Casa-Real, en el que su madre había pasado su infancia, y la ciudad de Granada, cuna patrimonial de los Solís. Partió, pues, confiando la administración de la casa a la fidelidad de Marta, de Josette y de Lemulquinier, quienes ya se habían acostumbrado a llevarla. Baltasar, a quien Margarita propuso el viaje a España, rehusó alegando sus muchos años, pero la verdadera razón de su negativa fueron diversos trabajos meditados desde hacía tiempo y que debían colmar sus esperanzas.

El conde y la condesa de Solís y Nourho permanecieron en España más tiempo del que deseaban, donde nació el primer hijo de Margarita. A mediados del año 1830 estaban en Cádiz, donde esperaban embarcar para volver a Francia por Italia, pero recibieron una carta en la que Felicia daba tristes noticias a su hermana. En dieciocho meses, su padre se había arruinado totalmente. Gabriel y Pierquin se veían obligados a entregar a Lemulquinier una suma mensual para subvenir a los gastos de la casa. El viejo criado había sacrificado una vez más su fortuna a su amo. Baltasar no quería recibir a nadie, no admitiendo ni siquiera a sus hijos en su casa. El cochero, el cocinero y los demás criados fueron sucesivamente despedidos. Los caballos y los carruajes se habían vendido. Aunque Lemulquinier guardase el más profundo secreto sobre las costumbres de su amo, todo hacía creer que los mil francos que Gabriel y Pierquin le daban mensualmente se empleaban en experimentos. Las escasas provisiones que el criado compraba en el mercado eran el indicio de que los dos viejos se contentaban con lo estrictamente necesario. Así, para que la casa paterna no fuese vendida, Gabriel y Pierquin pagaban los intereses de las sumas tomadas a préstamo por Claes, sin saberlo ellos, sobre el inmueble. Ninguno de sus hijos tenía influencia cerca del viejo, quien a sus setenta y dos años desplegaba una energía extraordinaria para imponer, por abrumadora que fuese, su voluntad. Únicamente Margarita podía recuperar el imperio que antes ejerciera sobre su padre, y Felicia suplicaba a su hermana que regresase rápidamente, pues temía que su padre hubiese firmado algunas letras de cambio. Gabriel, Conyncks y Pierquin, asustados ante la

continuación de una locura que había devorado ya alrededor de siete millones sin resultado, estaban decididos a no pagar las deudas de Claes. Esa carta alteró los proyectos del viaje de Margarita, quien cogió el camino más corto para llegar a Douai. Sus economías y su nueva fortuna le permitían resolver las deudas de su padre, pero ella quería más; ella quería obedecer a su madre no permitiéndole que Baltasar bajase a la tumba deshonorado. Ciertamente qué sólo ella podía ejercer algún ascendiente sobre aquel anciano para impedirle que prosiguiese su ruinoso obra y en una edad de la que no cabía esperar ningún trabajo fructuoso de sus debilitadas facultades. Pero deseaba también gobernarle sin herir su amor propio, para no imitar a los hijos de Sófocles, en el caso de que su padre se aproximara al objetivo científico al que tanto había sacrificado.

Los señores de Solís llegaron a Flandes hacia los últimos días del mes de septiembre del 1831, y entraron en Douai una mañana. Margarita hizo detener el carruaje en su casa de la calle de París, y la encontró cerrada. Sacudió violentamente la campanilla, sin que nadie contestase. Un comerciante salió de su tienda al oír el traqueteo de los carruajes de los señores de Solís y de su servidumbre. Mucha gente se asomó a las ventanas para disfrutar del espectáculo que les ofrecía el regreso de un matrimonio querido en toda la villa, atraídas también por la vaga curiosidad que se asociaba a los acontecimientos que la llegada de Margarita había de significar para la casa Claes. El comerciante le dijo al ayuda de cámara del conde de Solís que el viejo Claes había salido hacía una hora. Sin duda, Lemulquinier paseaba a su amo por las murallas. Margarita mandó que llamasen a un cerrajero para que abriese la puerta, a fin de evitar la escena que preveía en la resistencia de su padre si, como le había escrito Felicia, se negaba a admitirla en su casa. Emmanuel fue a buscar al viejo para anunciarle la llegada de su hija, mientras su ayuda de cámara corrió a prevenir a los señores Pierquin.

Un momento bastó para abrir la puerta. Margarita entró en el locutorio para dejar allí su equipaje, y se estremeció de terror al ver las paredes desnudas como si hubiese habido un incendio. Los admirables entablados esculpidos por Van Huysium y el retrato del presidente se habían vendido, según se dijo, a lord Spencer. El comedor estaba vacío, no habiendo sino dos sillas de paja y una mesa corriente sobre la cual Margarita vio con angustia dos platos, dos escudillas, dos cubiertos de plata, y en una fuente los restos de un arenque ahumado que Claes y su criado acababan sin duda de repartirse. En un instante recorrió la casa, cada uno de cuyos aposentos le ofreció el desolador espectáculo de una desnudez semejante a la del locutorio y el comedor. La idea del absoluto había pasado por allí como un incendio. Por todo mobiliario, en la habitación de su padre había una cama, una silla y una mesa sobre la cual había un ruin candelabro de cobre, en el que, la víspera, había expirado una vela de la clase más ordinaria. La desnudez era tan completa que ni siquiera había cortinas en las ventanas. Los menores objetos que podían tener un valor en la casa, todo, hasta los utensilios de cocina, se habían vendido. Movida por la curiosidad que no nos

abandona ni siquiera en la desgracia, Margarita entró en la habitación de Lemulquinier, y la encontró tan desnuda como la de su padre. En el cajón medio cerrado de la mesa vio un resguardo del Monte de Piedad, por el empeño, hacía pocos días, de un reloj del criado. Corrió al laboratorio y lo vio tan abarrotado de instrumentos como en el pasado. Ordenó que abriesen su habitación particular; su padre la había respetado.

Le bastó ver aquello para que Margarita prorrumpiese en llanto y se lo perdonase todo a su padre. En medio de aquella furia devastadora, le habían detenido el sentimiento paternal y el agradecimiento que le debía a su hija... Esa prueba de cariño, recibida en un momento en que la desesperación de Margarita llegaba al colmo, determinó una de esas reacciones morales contra las cuales se hallan sin fuerza los corazones más fríos. Bajó al locutorio y esperó allí la llegada de su padre con una ansiedad que la duda aumentaba terriblemente. ¿Cómo lo volvería a ver? ¿Destruído, decrepito, doliente, debilitado por los ayunos que sufría por orgullo? ¿Estaría en su pleno juicio? Las lágrimas caían de sus ojos sin darse cuenta al ver asolado aquel santuario. Las imágenes de toda su vida, sus esfuerzos, sus precauciones inútiles, su infancia, su madre feliz y desgraciada, todo, hasta la vista de su pequeño José sonriendo ante aquel espectáculo de desolación, le componía un poema de desgarradoras melancolías. Pero aunque previese desgracias, no esperaba el desenlace que había de coronar la vida de su padre, aquella vida tan grandiosa y tan miserable a la vez. No era un secreto para nadie el estado en que se encontraba Claes. Para vergüenza de los hombres, no había en Douai dos corazones generosos que rindiesen una honrosa pleitesía a su perseverancia de hombre de genio. Para la sociedad, Baltasar era un ser al que había que excluir, un mal padre que había consumido seis fortunas, dilapidado millones, y que buscaba la piedra filosofal en el siglo XIX, en este siglo ilustrado, en este siglo incrédulo, en este siglo..., etc. Se le calumniaba colgándole el sambenito de alquimista y lanzándole al rostro estas palabras: «¡Quiere hacer oro!» ¡Cuántos elogios no se vertían sobre este siglo en el que, como en tantos otros, el talento expira bajo una indiferencia tan brutal como la de los tiempos en que murieron Dante, Tasso, Cervantes, e *tutti quanti*...! Los pueblos comprenden aún más tardíamente las creaciones del genio que lo que tardan en comprenderlos los reyes.

Esas opiniones se habían filtrado insensiblemente desde la alta sociedad de Douai a la burguesía, y desde la burguesía al bajo pueblo. El septuagenario químico provocaba un sentimiento de piedad en las personas bien educadas, y una curiosidad burlona en la plebe, dos expresiones preñadas del menosprecio de ese *Vae victis!* con que las masas aplastan a los grandes hombres cuando los ven miserables. Mucha gente iba a la casa Claes para fijarse en el rosetón del desván donde se había consumido tanto oro y tanto carbón. Cuando pasaba Baltasar, le señalaban con el dedo; a menudo, ante su aspecto, una palabra de burla o de compasión salía de los labios de un hombre del pueblo o de un niño, pero Lemulquinier tenía el tacto de

traducírsela a su amo como un elogio, y podía engañarle impunemente. Si los ojos de Baltasar conservaban esa sublime lucidez que el hábito de los grandes pensamientos les imprime, el oído se le había ido debilitando. Para muchos campesinos, gente grosera y supersticiosa, aquel anciano era un brujo. La noble, la gran casa Claes se llamaba en los suburbios y en el campo, la casa del diablo. Hasta la estrafalaria figura de Lemulquinier se prestaba a las ridículas creencias que se habían divulgado sobre su amo. Así, cuando el pobre viejo ilota iba al mercado a buscar los alimentos necesarios para su subsistencia, buscando los más baratos, no conseguía nada sin sufrir injurias a manera de *jolgorio*, y hasta podía considerarse afortunado cuando, a veces, algunas vendedoras supersticiosas no se negaban a venderle su magra pitanza ante el miedo de condenarse por su contacto con un engendro del infierno. Los sentimientos de la villa eran generalmente hostiles al gran anciano y a su compañero. El desorden del vestido de cada uno se añadía aún a ello, pues iban vestidos como esos pobres vergonzantes que conservan un exterior decoroso y dudan si pedir limosna. Si no ahora, después, los dos viejos podían ser insultados. Pierquin, viendo lo deshonroso que sería para la familia una injuria pública, enviaba siempre, durante los paseos de su padre político, a dos o tres de sus criados con el encargo de que lo siguiesen a distancia para protegerle en un momento dado, pues la revolución de julio no había contribuido a hacer respetuoso al pueblo.

Por una de esas fatalidades que no tienen explicación, Claes y Lemulquinier, que habían salido muy temprano, se vieron solos en la villa. Al regresar de su paseo se sentaron al sol en un banco de la plaza de San Jaime, por donde pasaban algunos niños al ir al colegio. Al ver desde lejos a los dos indefensos ancianos los niños se pusieron a hablar entre sí. Normalmente, las conversaciones de los niños se convierten pronto en risas, y de la risa caen en las burlas cuya crueldad desconocen. Siete u ocho de los primeros que llegaron se quedaron algo apartados y mirando impertinentemente hacia los dos ancianos, conteniendo ahogadas lisas que llamaron, no obstante, la atención de Lemulquinier.

—Oye, ¿ves ese que tiene la cabeza de tubo?

—Sí.

—Pues es un sabio de nacimiento.

—Papá dice que hace oro —dijo otro.

—¿Por dónde? ¿Por aquí o por acá? —añadió un tercero señalando con ademán chocarrero esa parte de sí mismo que los escolares se muestran tan a menudo en señal de desprecio.

El más pequeño de la pandilla, quien tenía su cestillo lleno de provisiones y lamía una rebanada de pan con mantequilla, se acercó ingenuamente al banco y le dijo a Lemulquinier:

—¿Es verdad, señor, que hacéis perlas y diamantes?

—Sí, pequeño miliciano —respondió Lemulquinier sonriendo y dándole una palmadita en la mejilla—. Cuando aprendas mucho te daremos algunos.

—¡Eh, señor, dadme a mi también! —fue la general exclamación de los demás pequeños, quienes corriendo como una bandada de pájaros fueron rodeando a los dos químicos.

Baltasar, absorto en una meditación de la que le sacaron los gritos, hizo un gesto de asombro que causó una risa general.

—¡Vamos, galopines, respetad a un gran hombre! —dijo Lemulquinier.

—¡A la porra! —gritaron los niños—. Vosotros sois brujos... ¡Sí, brujos! ¡Viejos brujos, brujos...!

Lemulquinier se levantó y amenazó con el bastón a los chavales, quienes huyeron recogiendo barro y piedras. Un obrero, que almorzaba a pocos pasos, al ver que Lemulquinier levantaba el bastón para que echasen a correr los chicos, creyó que les había pegado, y les apoyó con estas terribles palabras:

—¡Mueran los brujos!

Los muchachos, al verse protegidos, lanzaron sus proyectiles, alcanzando a los dos ancianos en el momento en que aparecía el conde de Solís en uno de los extremos de la plaza, seguido de los criados de Pierquin. Pero no llegaron lo suficientemente pronto para evitar que la chiquillería llenase de barro al gran anciano y a su ayuda de cámara. El golpe había llegado. Baltasar, cuyas facultades se habían conservado hasta entonces por la natural castidad de los sabios, en quienes la preocupación de un descubrimiento reduce a la nada las pasiones, adivinó, por un fenómeno de introspección, el secreto de aquella escena; su decrepito cuerpo no resistió la terrible reacción que sufrió en la elevada región de los sentimientos y cayó en brazos de Lemulquinier herido por un fulminante ataque de parálisis, llevándose el criado a su casa en una camilla, ayudado por los dos yernos y los servidores. Ninguna potencia pudo impedir al populacho de Douai escoltar al anciano hasta la puerta de su casa, donde estaban Felicia y sus hijos, Juan, Margarita y Gabriel, quien prevenido por la hermana había llegado de Cambrai con su mujer.

Fue un terrible espectáculo la entrada del anciano, quien se debatía menos contra la muerte que contra el espanto de ver a sus hijos penetrando en el secreto de su miseria. Inmediatamente lo instalaron en un lecho que pusieron en medio del locutorio, dedicando los mayores cuidados a Baltasar, cuyo estado permitió, hacia el final de la jornada, concebir ciertas esperanzas de recuperación. La parálisis, aunque hábilmente combatida, le dejó durante bastante tiempo en un estado próximo a la infancia. Cuando la parálisis cesó gradualmente, se le fijó en la lengua, especialmente afectada, debido quizá a la cólera con que trató de revolverse el anciano en el momento en que quiso apostrofar a los chiquillos.

La escena del banco produjo en la villa una indignación general. Por una ley, hasta entonces desconocida, que dirige los afectos de la muchedumbre, el acontecimiento despertó a todos los espíritus en favor del señor Claes. En un momento se convirtió en un gran hombre, provocó la admiración y obtuvo todos los asensos complacientes y sensibles que le negaban la víspera. Todo el mundo alabó su

paciencia, su voluntad, su valor y su genio. Los magistrados quisieron actuar contra los que habían participado en el atentado...; pero el mal ya estaba hecho. La familia Claes fue la primera en pedir que se le echara tierra al asunto. Margarita ordenó que se amueblase debidamente el locutorio, cuyas paredes cubrieron con colgaduras de seda.

Cuando, algunos días después del suceso, el anciano padre recobró sus facultades y se vio en un ambiente elegante, rodeado de cuanto era necesario para una vida feliz, hizo comprender que quería que llamasen a Margarita, en el mismo momento en que su hija entraba en el locutorio; al verla, Baltasar enrojeció y sus ojos se le humedecieron, sin que, empero, le brotase una lágrima. Pudo estrechar con sus fríos dedos la mano de su hija, y puso en su presión todos los sentimientos y todas las ideas que no podía expresar ya verbalmente. Había algo de santo y de solemne en el adiós del cerebro que aún vivía y en el corazón al que la gratitud reanimaba. Agotado por sus infructuosas tentativas, fatigado por su lucha con un problema gigantesco y desesperado quizá por el incógnito que le esperaba a su memoria, aquel gigante iba pronto a dejar de vivir; todos sus hijos le rodeaban con respetuoso sentimiento, por lo que sus ojos pudieron recrearse por las imágenes de la abundancia y de la riqueza y en el conmovedor cuadro que le ofrecían sus familiares. Fue constantemente afectuoso en sus miradas, de las que se valió para expresar sus sentimientos; sus ojos adquirieron de pronto tan grande diversidad de expresión, que hablaron un lenguaje luminoso, fácil de comprender. Margarita pagó las deudas de su padre y devolvió en pocos días a la casa de Claes un esplendor moderno que había de descartar toda idea de decadencia. Ya no abandonó la cabecera del lecho de Baltasar, cuyos menores pensamientos se esforzaba en adivinar con el mismo afán con que satisfacía sus más mínimos deseos.

Algunos meses pasaron en las alternativas de gravedad y de mejoría que señalan en los viejos el combate entre la vida y la muerte. Todas las mañanas sus hijos iban a su lado, permanecían durante el día en el locutorio y cenaban junto a su lecho, no yéndose hasta que se dormía. La distracción que más le agradó, entre todas las que trataron de proporcionarle, fue la lectura de los periódicos, a los cuales los acontecimientos políticos daban entonces el mayor interés. Claes escuchaba atentamente la lectura que de Solís daba en voz alta a su lado.

Hacia finales del año 1832 Baltasar pasó una noche tremendamente crítica, durante la cual el doctor Pierquin fue llamado por la enfermera, asustada por un súbito cambio que experimentó el enfermo; en efecto, el médico quiso velarle temiendo a cada instante que expirase por la presión de una crisis interna cuyos efectos tuvieron el carácter de una agonía.

El anciano repetía movimientos de una increíble fuerza para sacudirse las ataduras de la parálisis; deseaba hablar y mover la lengua, pero sin lograr sonidos; sus llameantes ojos proyectaban pensamientos, sus contraídas facciones expresaban inauditos dolores, sus dedos se agitaban desesperadamente y el sudor le caía en

goterones. Por la mañana los hijos entraron a abrazar a su padre con el cariño que el temor de su próxima muerte hacía que fuese más ardiente y vivo cada día, pero él no testimonió la satisfacción que habitualmente le causaban sus muestras de ternura. Emmanuel, advertido por Pierquin, se apresuró a coger el periódico para ver si su lectura reduciría la crisis interior que sufría Baltasar. Al abrirlo vio estas palabras: «Descubrimiento del absoluto», las cuales le impresionaron mucho, y leyó a Margarita un artículo en el que se hablaba de un proceso relacionado con la venta que un célebre matemático polaco había hecho del absoluto. Aunque Emmanuel leyera en voz muy baja la noticia a Margarita, quien le rogó que no se detuviese en el artículo, Baltasar lo había oído.

De pronto, el moribundo se incorporó sobre sus dos puños, dirigió a sus asustados hijos una mirada que los alcanzó como un rayo, se agitaron los cabellos que le caían sobre la nuca, sus arrugas se estremecieron, su rostro se animó como si una llama lo envolviese, y lo mismo que si un viento le azotase el rostro, adquirió una expresión sublime. Levantó hacia lo alto una mano crispada por la rabia, y gritó con voz que fue como un estallido la famosa palabra de Arquímedes: ¡EUREKA! (¡Lo hallé!). En el acto volvió a desplomarse sobre el lecho con el pesado golpe de un cuerpo inerte. Murió emitiendo un espantoso gemido, y sus convulsos ojos expresaron, hasta el momento en que el médico los cerró, el dolor de no haber podido legar a la ciencia la clave de un enigma cuyo velo se había tardíamente desgarrado bajo los descamados dedos de la Muerte.

París, junio-septiembre de 1834.



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.

Notas

[1] Antiguas casas de los procuradores. <<

[2] La Plaza de San Marcos. (*N. del T.*) <<

[3] Primer acompañante; el «chevalier servant» también de nuestros días y que, por lo general, es el eufemismo de amante. <<

[4] Ni segundo, ni tercero, ni suspirante. <<

[5] No me olvides. <<

[6] Bella reunión. <<

[7] Libro de la belleza. <<

[8] El Pañuelo. <<

[9] ¡Puede ser! <<

[10] Amigos, no; hermanos. <<

[11] Querido mío. <<

[12] ¡Tormentos! ¡Afanos! ¡Anhelos! <<

[13] Aduana. <<

[14] ¡Qué prodigio! <<

[15] ¡Pobrecillo! <<

[16] Afanes, anhelos, crueles. <<

[17] Mis tiranos. <<

[18] Comprendo, <<

[19] Tudescos, alemanes. <<

[20] Damita. <<

[21] Bocados, manjares. <<

[22] ¡De remate! <<

[23] ¡Es verdad! <<

[24] Tiempo de marcha. <<

[25] ¡He aquí a la Mariana! <<